Aristófanes

Comedias



GENIO MALIGNO

ARISTÓFANES

Comedias

GENIO MALIGNO

Comedias, de Aristófanes.

Traducción: Federico Baráibar.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1918 (traductor verificado: Federico Baráibar, m. 1918). Dominio público en Argentina desde el 1/1/1989.

Texto de dominio público, a partir de una transcripción hecha por voluntarios.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Tomo I

Cuatro palabras

ACERCA DEL TEATRO GRIEGO EN ESPAÑA.

* * *

Si el autor de la presente traducción, que lo es mi amigo el laborioso helenista vascongado señor Baráibar, no la hubiese encabezado ya con una discreta introducción, además de los proemios que delante de cada comedia ha puesto, quizá vendría bien aquí un estudio sobre el carácter y mérito del teatro de Aristófanes, en que, remontándonos a los orígenes de la comedia griega, hiciéramos notar su índole ditirámbica y lírica, y prescindiendo de esas reminiscencias del teatro moderno que por tanto tiempo han extraviado a la crítica, aplaudiéramos en Aristófanes la franca alegría, la serenidad y plácido contentamiento de la vida, su portentoso genio cómico en que dichosamente se daban la mano lo fantástico y lo plástico; y el vuelo como de águila con que, desde las impurezas y escorias de la realidad, se levanta a las más altas esferas de la poesía lírica; y el sentido moral, patriótico, tradicionalista y de hombre de orden que, aun en medio de sus licencias y desenfrenos de dicción, nunca le abandona, y le convierte en azote de demagogos y sofistas (siquiera diese a veces lejos del flanco). Si el falso clasicismo de otros tiempos, por vana mojigatería y ridículo

sentimentalismo, estuvo muy lejos de comprender la altísima hermosura y la importancia histórica de la sátira aristofanesca, hoy que cara a cara podemos contemplar la antigüedad, sin preocupaciones de colegio, lícito nos es decir con Platón que *en el alma de Aristófanes anidaron todas las gracias*, como que desde su teatro ideal y grandioso, lleno de luz y poesía, variado como el mundo, y rico de contrastes que hoy diríamos humorísticos, a la pálida, *bourgeoise* y prosaica comedia nueva de Menandro y Filemón, de Plauto y Terencio, hay todavía mayor distancia que de Homero a Apolonio de Rodas, de Píndaro al Pseudo-Anacreonte, y de Demóstenes a Demetrio Falereo. Nunca lo cómico se ha presentado con tan galano atavío; nunca ha sido la sátira más poética que en Aristófanes.

Pero de todo esto se ha escrito mucho, y no es cosa de repetir lo ya sabido. Prefiero reducir a breve y descarnada sinopsis un estudio mío, aún inédito, y compendiar en pocas palabras la historia, no muy gloriosa ni larga, del conocimiento e influencia del teatro griego en España. Hablar solo de los traductores de Aristófanes no daría materia ni para media página.

Traductores. *Esquilo* no ha sido traducido ni estudiado apenas hasta nuestro siglo, en España. Tengo por primeras versiones la que de todas las tragedias ha hecho en prosa[1] mi amigo D. Fernando Brieva Salvatierra, catedrático de la Universidad de Granada; y las que en verso he trabajado yo del *Prometeo* y de *Los Siete sobre Tebas*, proponiéndome hacer lo mismo con las restantes, en unión con el insigne helenista D. Juan Valera, que ha querido asociar su nombre al mío oscurísimo, para esta labor difícil.

Sófocles 1) «La Ven- | gança de Agamenón. Tragedia que hi- | zo Hernán pérez de | Oliva, Maestro, cu- | yo argumento es de | Sophocles

poeta | griego... | Año 1528.»

Colofón: «Fue impreso en la muy noble y más leal ciudad de Burgos: acabo se a xiiij días del mes de mayo. Año del señor de mil y quinientos y xxviij años.»

En 4.º gót. Sin foliatura, signaturas a—b.

El único ejemplar conocido de esta rarísima edición, perteneció a la biblioteca de Salvá, y pertenece hoy a la de D. Ricardo Heredia. Ni Moratín ni Barrera la conocieron.

Hay las siguientes reimpresiones.

—«Las obras del Maestro Fernán Pérez de Oliva... Con otras cosas que van añadidas. Córdova, Gabriel Ramos, Bejerano, 1586.»

En 4.º 24 hojas preliminares, 283 folios, y una blanca. La impresión se empezó en Córdoba y se acabó en Salamanca. La dirigió el cronista Ambrosio de Morales, sobrino del autor.

La tragedia de Sófocles está al folio 75 vuelto.

—«Las obras del Maestro Fernán Pérez de Oliva, natural de Córdova, Rector que fue de la Universidad de Salamanca, y Catedrático de Teología en ella... Dalas a luz en esta segunda edición D. A. V. C... En Madrid, en la imprenta de Benito Cano. Año de M.DCC.LXXXVII.»

2 tomos en 8.º, págs. 174 a 234 del 1.º se lee *La venganza de Agamenón*.

—«Parnaso Español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos. Por D. Juan Joseph López de Sedano... Tomo VIº... Madrid. Por D. Antonio de Sancha. Año de M.DCC.LXXII.» Págs. 191 a 250 se halla la tragedia.

Es una traducción libre, o más bien imitación de la *Electra*, de Sófocles,

en prosa elegante y noble, pero algo fría. Basta compararla con el original para ver cuán recortada e infielmente traducida está. La parte lírica, sobre todo, ha sufrido espantosas mutilaciones. Añádanse a esto los rasgos ampulosos y declamatorios que de su cosecha pone el traductor, y se tendrá idea de *La venganza de Agamenón*, digna de vivir solo por la hermosura de lengua, y por ser la primera muestra del teatro griego entre nosotros. Dista mucho de ser una *hermosa copia*, como le parecía a Martínez de la Rosa, pero siempre merecerá respeto quien modeló la prosa castellana hasta el punto de perfección que muestran estas líneas de la escena IX:

Clitemnestra... «Esto viendo, quisiera yo otra vez esconderla en mi vientre, porque ningún mal llegara a ella, que no pasara primero por mí: mas no pudiendo, la abrazaba y besaba sus ojos, y mezclaba mis lágrimas con las suyas, pensando en su mala ventura, y contemplando su simpleza virginal, según la qual ella no sabía sino llorar con esta triste de su madre: y así estando, me la quitaron de mis pechos, con no menos dolor que si el corazón me arrancaran, y la llevaron donde aquel su cuello semejante al marfil, adornado con oro, pasasen con cuchillo,» etc., etc.

2) D. Vicente García de la Huerta puso en verso castellano, a fines del siglo pasado, la *Electra* con el título de *Agamenón vengado*; pero como no sabía griego, se valió de la traducción de Hernán Pérez de Oliva. Todo su trabajo consistió en convertir la prosa en endecasílabos asonantados, por lo general fáciles y rotundos. Trozos hay que no desdicen de los mejores de su *Raquel*.

Puede leerse este *rifacimento* en el tomo 2.º de las *Obras poéticas de D. Vicente García de la Huerta* (Madrid, 1768, por D. Antonio de Sancha).

Es la primera composición de las incluidas en ese volumen.

3) El P. José Arnal, jesuita aragonés, de los expulsos a Italia (nació en Teruel el 18 de marzo de 1729; murió en el destierro hacia 1790), publicó anónimos:

«*El Philoctetes de Sophocles*. En verso. Dedicado por las Escuelas de Zaragoza a su Ayuntamiento. Zaragoza, 1764, por Francisco Moreno.» En 4.º, 36 págs.

Poseo otra edición sin año, aunque parece del mismo tiempo.

«Tragedia. El Philoctetes de Sophocles. En dos actos.»

Al fin dice: «Barcelona: Por Cárlos Gibert y Tutó, impresor y librero.» En 4.º, 24 páginas.

Versificación sumamente débil. Parte de ella es en endecasílabos asonantados; parte en endecasílabos pareados (abundan los agudos.) No hay trozo alguno que merezca citarse. Tampoco es traducción, sino una especie de arreglo de la obra original (muy raquítico y compendiado) para que lo representasen los discípulos del P. Arnal en Zaragoza. Obra, en suma, muy endeble, y solo estimable por su rareza.

4) «Edipo Tirano, Tragedia de Sófocles, traducida del Griego en verso castellano, con un discurso preliminar sobre la tragedia antigua y moderna. Por D. Pedro Estala, Presbítero. En Madrid, En la Imprenta de Sancha. Año de MDCCXCIII.» En 8.º, 50 páginas de discurso preliminar y 86 de texto.

El autor no era poeta, pero sí helenista, y literato de veras, y regular versificador. No alteró la sencillez griega con vanos afeites. El *Discurso preliminar* es documento interesantísimo, y bien puede decirse que señala adelanto notable en nuestra crítica. Estala rompe con la escuela

pseudoclásica, ataca las unidades de lugar y tiempo y el principio de la *ilusión* dramática: explica el carácter de la tragedia griega por su objeto moral y político: pone en el fatalismo la esencia del teatro antiguo, y en la simpatía el origen de la emoción trágica: defiende el teatro español: hace notar la diferencia profunda entre la tragedia griega y la francesa, en medio de sus aparentes analogías, y lo prueba comparando el *Hipólito* de Eurípides con la *Fedra* raciniana, con bastante más acierto que Guillermo Schlegel, empeñado en condenar a Racine en nombre de Eurípides; de lo cual amargamente se ha burlado Enrique Heine. Hay en este discurso de Estala verdaderas adivinaciones.

5) D. José Musso y Valiente, de la Real Academia Española (murió en 1838), tradujo en verso el *Áyax flagelífero*, según es de ver en su biografía publicada en la *Revista de Madrid* por D. Fermín de la Puente y Apecechea.

6) D. Emeterio Suaña, catedrático de latinidad en el Instituto de San Isidro de Madrid, tiene traducido en prosa castellana el *Edipo Rey*, y se ocupa en otras tragedias de Sófocles.

7) D. Fernando Brieva y Salvatierra ha interpretado también en prosa todo Sófocles. Pronto se publicará en esta Biblioteca clásica.

Eurípides. 1) En el *Privilegio* dado por Carlos V en 18 de febrero de 1543 a la viuda de Boscán para la impresión de las obras de su marido, leemos: «Por quanto por parte de vos, doña Ana Girón de Rebolledo, vidua del difunto Juan Boscán, caballero de Barcelona, nos ha sido hecha relación que el dicho vuestro marido compuso... *una tragedia de Eurípides, autor griego*,» etc.

Esta tragedia no llegó a imprimirse, ni aun se sabe su título.

2) «*Hécuba triste*.» Tragedia de Fernán Pérez de Oliva. Puede leerse en sus *Obras*, fól. 100 vto. de la ed. de 1586 (fól. 235, tomo I de la de 1787), y en el *Parnaso Español* (tomo VI, pág. 251 y siguientes).

Es imitación de la *Hécuba*, pero todavía más libre y menos ajustada que la de la *Electra*. Faltan la escena entre Hécuba y Agamenón, los vaticinios de Polimnestor, todo el papel de Taltibio y mucha parte de los coros. El plan está asimismo algo variado, intercalándose el episodio de Polidoro antes de acabar la historia de Polixena. Los méritos de lengua y estilo son iguales o mayores en esta tragedia que en *La venganza de Agamenón*. Una y otra han sido largamente estudiadas por Montiano y Luyando (*Discursos sobre las tragedias españolas*), Moratín (*Orígenes del teatro*) y Martínez de la Rosa (*Apéndices a la Poética*).

A la *Hécuba* añadió un final de su cosecha Jerónimo de Morales, sobrino del autor. Y de él dijo su hermano Ambrosio que «*más parecía recitado en juicio que fin de tragedia.*»

3) «La *Medea* de Eurípides,» traducida, sin duda en prosa, por Pedro Simón Abril. Barcelona, 1599.

La cita como impresa en ese año D. Luis José Velázquez (*Orígenes de la Poesía Castellana*, página 147), pero nadie más dice haberla visto.

4) A fines del siglo XVI se representaba con aplauso una *Ifigenia en Áulide* traducida o imitada de la de Eurípides. Sabémoslo por el Pinciano en su *Philosophia Antigua Poética* (Ep. XIII, página 513): «*¿A dó vamos* (dice uno de los interlocutores del diálogo), *que en el teatro de la Cruz se representa la Iphigenia*...?» Más adelante advierte que *era la tragedia de Eurípides con episodios nuevos* (pág. 530), pero *con prólogo*.

También Mateo Luján de Sayavedra (pseudónimo de Juan Martí) en la

parte 2.ª, lib. 3.º, capítulo VIII de su continuación del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, habla de la *Ifigenia*, copiando casi las palabras del Pinciano.

5) Don Esteban Manuel de Villegas tradujo o imitó el *Hipólito* de Eurípides. Habla de él en una epístola (que llama *elegía*) a D. Lorenzo Ramírez de Prado:

Que no se han de igualar fábulas pías
A una que he engendrado sin remiendo,
Cuya preñez me cuesta cien buxías.
Bien sé que si a tus manos la encomiendo,
Has de tomar de Eurípides cariño,
Por quien va nuestro Hipólito creciendo.
Déjale, pues, criar, que agora es niño, etc.
(Eróticas, Parte II, elegía 6.ª)

6) Como fragmentos traducidos de Eurípides en el siglo de oro, pueden citarse dos de la *Andrómaca*:

No truxo esposa a Troya cosa buena...
(En tercetos.)
O no nacer jamás escojo y quiero...
(En cuartetos.)

por Fr. Luis de León, publicados por primera vez en el tomo VI de sus *Obras* coleccionadas por el P. Merino (págs. 288 y 289) conforme a un manuscrito del Colegio de San Ildefonso de Alcalá. Son como de tal maestro.

También Pedro de Valencia tradujo un largo trozo de las *Bacantes*, y le inserta en su *Discurso* (inédito) *sobre las brujas y cosas tocantes a magia*.

7) Don Genaro Alenda publicó en la *Revista de Instrucción Pública* (27 de noviembre de 1858) la escena de Taltibio en la *Hécuba* de Eurípides.

8) «Biblioteca de dramáticos griegos, publicada por la iniciativa y bajo la protección del Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega... y traducida en prosa castellana por D. Eduardo de Mier. Tragedias de Eurípides. Tomo I. Madrid, imprenta de M. Tello... 1865.» 4.º, XXIV + 382 páginas.

Contiene este tomo nueve tragedias; la mitad del teatro de Eurípides: Hécuba. — Hypólito. — Las Fenicias. — Orestes. — Alcestes. — Medea. — Las Troyanas. — Hércules Furioso.
— Electra.

Con una introducción, notas y preámbulos del traductor a cada tragedia.

Si tan escasa y pobre es la cosecha en Castilla, fácilmente se imaginará que es aún menor en Portugal y Cataluña. No existe ninguna traducción portuguesa de Esquilo, y las de Sófocles y Eurípides se reducen a las siguientes:

a) «*Tragedia da vingança que foy feita sobre a morte del Rey Agamenón. Agora novamente tirada de Grego em lingoagem: trovada por Anrrique Ayres Victoria. Cujo argumento he de Sophocles poeta Grego. Agora seguda vez impressa e emendada e anhadida pelo mesmo autor.*»

A la vuelta de esta portada hay una dedicatoria a doña Violante de Tavora.

Impreso a dos columnas. Dividido en siete escenas, tras de las cuales viene una *Exhortacam do autor aos leitores*, en cuatro estancias de arte mayor. La última dice así:

A presente obra foi acabada
De em nossa linguagem se traduzir
A quinze de março, sem nada mentir,
Na era do parto da virgem sagrada
De mil e quinhentos, sem errar nada,
E treinta e seis falando verdade,
No Porto que he muy nobre cidade,
E por Anrique Ayres foi tresladada.

«Aqui fenece a Tragedia de Orestes tirada de grego em lingoagem portuguez e trovada. Foy impressa na muy nobre e sempre leal cidade de Lixboa por German Galharde... Acabouse a os VI días do Novembro de Mil e quinhentos e cincoenta e cinco anhos.»

Veinte cuadernos de papel, sin foliar, letra gótica.

De este opúsculo de estupenda rareza solo llegó a ver un ejemplar Inocencio da Silva, y a juzgar por los trozos que en su *Diccionario bibliographico portuguez* copia Enrique Ayres, más que el original griego, tuvo a la vista la traducción del maestro Oliva, y sobre ella calcó la suya, convirtiendo la prosa en quintillas.

b) El oratoriano Francisco José Freyre, más conocido por su nombre arcádico de *Cándido Lusitano*, legislador de la poesía portuguesa en tiempo de Pombal, y hombre de no escasa doctrina, aunque de dotes poéticas nulas, tradujo el *Edipo* de Sófocles, la *Medea*, la *Hécuba*, las *Phenicias*, el *Hércules Furioso*, la *Ifigenia en Áulide* y un fragmento de la *Ifigenia en Tauris*, de Eurípides. Todas yacen inéditas en la Biblioteca de Évora, y fueron trabajadas por los años de 1760 a 1769.

c) En 11 de abril de 1777 se representó en Lisboa una *Ifigenia en Áulide* de Manuel de Figueiredo, infatigable, aunque poco feliz dramaturgo. Teófilo Braga la da por traducción de Eurípides; pero de las aficiones de su autor, nada helenista, puede sospecharse que más bien sea arreglo de la de Racine, como lo es su *Andrómaca*. Por no tener ahora a la vista los trece volúmenes del teatro de Miguel de Figueiredo, no puedo resolver de plano esta cuestión.

d) Francisco de Pina Mello publicó:

«*Traducçao do OEdipo de Sophocles*. Lisboa, 1765.» 4.º, 140 páginas. Citado por Inocencio da Silva.

e) «Hyppolito de Eurípides, vertido do Grego em Portuguez pelo director de huma das classes da Academia Real das Sciencias, e por elle offerecido a sua alteza real o Principe Regente nosso Senhor. Lisboa, na Typografía da mesma Academia. MDCCCIII...» 4.º, 161 páginas, hermosa edición con el texto griego al frente. En verso suelto: los coros en metro lírico.

Esta curiosa traducción es obra del P. Joaquín de Foyos, presbítero del Oratorio (m. en 1811).

Catalanas no conozco más que una de *El Cíclope* de Eurípides (drama satírico), publicada en la primera época del *Gay Saber* con las iniciales J. R. R., y otra del *Edipo Rey* de Sófocles, por D. Enrique Franco en la segunda época de la misma revista, que también anunció en un prospecto la *Ifigenia en Táurida*[2]. Las dos citadas están en prosa.

Aristófanes. a) El *Pluto* traducido en prosa por Pedro Simón Abril. Tuvo el manuscrito Tamayo de Vargas, y le cita en la *Junta de Libros*, de donde tomaron la noticia Nicolás Antonio y Pellicer.

b) «El Pluto, comedia de Aristófanes, traducida del Griego en verso castellano, con un discurso preliminar sobre la comedia antigua y moderna. Por D. Pedro Estala, presbítero. En Madrid. En la imprenta de Sánchez. Año de MDCCXCIV».

Cuarenta y seis páginas y 102 de texto. La traducción es en romance octosílabo, y los versos bastante flojos y rastreros; pero, además de la fidelidad y buen lenguaje, la recomienda el *Discurso preliminar*, escrito con ingenio y buen gusto aunque no con la novedad y atrevimiento de ideas que admiramos en el que precede al *Edipo*. Uno y otro fueron leídos por Estala en su cátedra de Historia literaria de San Isidro. Se fija mucho en el carácter democrático de la comedia antigua y en la censura moral que entrañaba.

c) «Comedias escogidas de Aristófanes traducidas del griego por D. Federico Baráibar. (*Las Nubes.*) Vitoria, imprenta de los Hijos de Manteli, 1874.» XVI + 77 páginas. Es una tirada aparte de *El Ateneo* de Vitoria (tomos III y IV) donde por primera vez se imprimieron *Las Nubes*.

El resto de la elegante, castiza y fiel traducción del Sr. Baráibar, primera que de Aristófanes vemos completa en España, se publica hoy en la *Biblioteca Clásica*.

Los portugueses no traen más contingente a esta pobrísima bibliografía aristofanesca, que la siguiente traducción latina:

—«*Plutus Aristophanis, Comoedia in Latinum Conversa Sermonem. Authore Michaele Cabedo Senatore Regio, dum Parisiis esset anno* MDXLVII.» 17 hojas sin foliar. El ejemplar que vi en la Academia de Ciencias de Lisboa no tenía portada. A la comedia siguen versos latinos y cartas del autor. El cual fue eminentísimo humanista y jurisconsulto.

Nació en Setúbal en 1525, y murió en Lisboa en 1577. Había estudiado en Burdeos, Tolosa y Coimbra, siendo discípulo de Juan Gélida y Martín de Azpilcueta. La traducción del *Pluto* está en versos fáciles y bien construidos, aunque Cabedo la estimaba solo como desenfado de estudiante.

Si a estos trabajos agregamos las traducciones, también latinas, del escoliasta de Sófocles y del escoliasta de Eurípides, hechas por el infatigable valenciano Vicente Mariner, que se conservan manuscritos con sus demás obras en el estante *Ff.* de la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional[3], tendremos casi completo este índice.

Ni sería mucho más granado el de los críticos y expositores, pues aunque de la tragedia griega dijeron algo, y bien, el Dr. Alonso López Pinciano en su *Philosophia Antigua Poética*, y D. José Antonio González de Salas en su *Nueva idea de la tragedia antigua e ilustración última al libro singular de Poética de Aristóteles Stagirita*, fue no tanto a la luz de los modelos mismos como a la de los comentarios y explicaciones del hijo de Nicomáco. Y perdida más adelante esta severa y fructuosa enseñanza, que quizá nos hubiera llevado a una comprensión seria y profunda del espíritu de la antigüedad, abrimos sin recelo la puerta a los libros franceses; y fuera de los discursos de Estala, cuya originalidad queda ya indicada, no hallamos en el siglo XVIII otra cosa digna de memoria que algunas notas de Moratín sobre *Las Suplicantes*, *Ifigenia en Áulide*, *Ifigenia en Tauris*, *Reso* y *Medea*[4], donde la crítica es tan pobre y estrecha, que sin reparo se tiene por inútil el coro y por impertinente todo lo que en los antiguos se refiere a los ritos de la sepultura y al culto de los muertos: se dice que Racine ha mejorado mucho a Eurípides, y que Metastasio sabía hacer

mejor que él las exposiciones: se encuentra mal que Aquiles no esté enamorado: se censura a los griegos por no haber observado las unidades, etc., etc.

Mucho más vale el prólogo de Martínez de la Rosa a su *Edipo*, y aun las observaciones que sobre el mismo asunto trágico hizo en las notas a su *Poética*. Siquiera tiene el mérito de haber reprobado los absurdos episodios y ornamentos con que los imitadores modernos habían desfigurado y calumniado la purísima sencillez de Sófocles. En cuanto al coro, estaba a la misma altura que Moratín: le tenía por un accesorio o comparsa, *las más veces inverosímil*, pero que contribuía a la pompa del espectáculo. ¡El coro, que es precisamente la esencia de la tragedia!

No me toca juzgar aquí los estudios posteriores, que son todos harto breves. Baste decir que en sus respectivos compendios y manuales de literatura griega han dicho algo de estas cosas los señores D. Braulio Foz[5], D. Raimundo González Andrés[6], D. Jacinto Díaz[7] y D. Salvador Constanza[8].

Con lo cual, y con los *Ensayos histórico-críticos sobre Esquilo y Sófocles*, publicados por don Eduardo Mier en la *Revista de Instrucción Pública* (1857 y 1858); el discurso inaugural leído en la Universidad de Zaragoza en 1874 por el doctor D. Andrés Cabañero y Temprado sobre la *tendencia e influjo del teatro griego en el orden político social de los antiguos pueblos de la Grecia*, y los *Estudios* del Dr. Camus acerca de la *Comedia griega y Aristófanes*, insertos en la *Revista de la Universidad de Madrid*, quedará completa esta bibliografía, todavía más pobre, raquítica e infecunda que la anterior.

La influencia *directa* del teatro griego bien puede decirse que ha sido

casi nula en España; y la razón es clara: hemos poseído un teatro propio y castizo, nacido y desarrollado aquí, con alguna influencia de la Italia del Renacimiento, en sus primeros pasos, pero libre luego de trabas y andadores. Este teatro, a primera vista romántico y anárquico, tiene en la grandeza de sus felices momentos, en el carácter nacional, y aun en el espíritu religioso, en la presencia de elementos líricos y (¿será una profanación decirlo?) en ciertos personajes cómicos, que cumplen, aunque de muy distinto modo, uno de los fines del coro antiguo, y templan como él la emoción trágica, cierta remota analogía con el de los helenos.

En la primera época de nuestra escena, en la de los orígenes, donde no faltaron tentativas de todo color y toda laya, dio una muestra de tragedia clásica el portugués Antonio Ferreira en su *Castro*, si es que esta obra es original y no traducción de la *Nise lastimosa* de Fr. Jerónimo Bermúdez. Quienquiera que fuese su autor primero, acertó con rasgos patéticos dignos de Eurípides, aunque suele afearlos con otros declamatorios de la escuela de Séneca, de quien tomó asimismo la manía de moralizar, y los diálogos rápidos y contrastados. Los coros están muy desligados de la acción, pero abundan en bellezas líricas del género horaciano.

La *Tragedia de la muerte de Áyax Telamón sobre las armas de Aquiles*, que compuso Juan de la Cueva, nada tiene que ver con el *Áyax flagelífero*, sino que está fundada en la famosa *Contienda* que se lee en los *Metamorfóseos* de Ovidio.

El único poeta español que se acercó instintivamente a la ruda manera de Esquilo fue (aunque parezca extraño) Miguel de Cervantes en su *Numancia*, con aquel proceder por grandes masas, aquella imperiosa fatalidad que mueve la lengua de los muertos e inspira agüeros, vaticinios y

presagios; los elementos épicos (narraciones, descripciones, etc.) que se desbordan del estrecho cuadro de la escena lo mismo que en *Los Siete sobre Tebas*; el asunto, que no es una calamidad individual, sino el suicidio de todo un pueblo, y finalmente, el espíritu nacional que lo penetra e informa todo, y por medio de profecías y visiones anuda y encadena la España moderna con la de los primeros tiempos históricos.

Entró luego Lope de Vega, y se alzó con el cetro de la monarquía cómica, sin que en tan prodigioso número de comedias propias, felices, discretas y bien razonadas, con que inundó el teatro, deba nada a los griegos, aunque sí algo a Plauto, a Terencio y a los italianos; y por más que entre tantos asuntos, algunos tomara de la antigüedad. Y lo que digo de él debe entenderse de toda su escuela, incluso de Calderón, a quien como hierofante o poeta sacerdotal, y por lo alto, profundo y simbólico de las concepciones, y el aire místico y solemne, y por haber tratado a su modo lo que debió ser asunto de la primera parte de la Trilogía de Prometeo, han llamado algunos el *Esquilo* castellano.

Y mejor podía llamarse a Quevedo el *Aristófanes*, faltándole solo para merecer tal título la claridad y la limpieza, la ática transparencia de estilo que enamora en las obras del cómico ateniense, pues en lo demás ambos ingenios eran gemelos, y no faltan en los *Sueños* ni lo cómico ideal y fantástico, ni los contrastes humorísticos, ni la sal mordicante, ni la intención política.

Los pocos y frígidísimos imitadores de la tragedia antigua en el siglo XVII, fuéronlo de Séneca y no de los griegos: así, González de Salas en *Las Troyanas*, y López de Zárate en el *Hércules Furente y Eteo*. Rojas convirtió los *Encantos de Medea* en una absurda comedia de magia, que se sostuvo

largo tiempo en las tablas.

De Calderón consta que escribió una *Ifigenia*, no sabemos si *en Áulide* o *en Tauris*, porque pertenece al número de sus comedias perdidas. Pero algo hubo de aprovecharla Cañizares para las dos suyas del mismo argumento, tan populares en el siglo pasado. De la primera no ocurre hablar, por ser imitación de la de Racine, con más los indispensables *graciosos* y otras adiciones infelices de la cosecha del refundidor, que la hizo, «para mostrar las comedias conforme al francés estilo.» Mas para la *Ifigenia en Tauris* no tuvo modelo francés, y como era hombre de pocas letras y no conocía directamente a Eurípides, sospéchase que entró a saco por la obra calderoniana. Como quiera, hizo una comedia de intriga, llena de anacronismos, cuchilladas y extravagancias, en la cual apenas se descubren confusas reminiscencias de la tragedia griega, fuera del diálogo entre Ifigenia, Pílades y Orestes, que está copiado de Eurípides con bastante fidelidad, si bien de segunda mano, y es (según Moratín) «lo único tolerable en esta desatinada composición.» Mala y todo como es, fue refundida en cinco actos, con título de tragedia, por D. Cándido María Trigueros[9].

En el siglo pasado no hubo más *Fedras*, *Medeas*, *Antígonas* y *Andrómacas* que las que se tradujeron del francés. El abate Marchena, en los pocos trozos que conocemos de su *Polixena*, tiene imitaciones de Eurípides, mezcladas con otras de Lucrecio.

Queda, pues, como única muestra del teatro griego entre nosotros, el *Edipo* de Martínez de la Rosa, ingenio elegante y tímido, que en esta ocasión se levantó algo sobre su nivel ordinario. Desde luego deja atrás a los demás *Edipos* modernos, aunque este no es grande elogio. Tuvo el buen

gusto de no alterar con inoportunos episodios la imponente unidad del asunto griego. El estilo es pulcro y terso, y la expresión de los afectos sencilla; pero no faltan rasgos de sentimentalismo a la moderna, y repugna sobremanera oír hablar a Edipo de su *sensible pecho*. Los coros, escritos como están en metros cortos y reducidos a un accesorio, parecen cantarcillos de zarzuela y desdicen de la gravedad trágica. La versificación y el lenguaje no tienen tacha. Y cuanto el buen juicio y el amor al arte pueden hacer, otro tanto logró Martínez de la Rosa en esta composición, privilegiada entre las suyas. Y logró más: hacer tolerable a un público como el nuestro la forma de Sófocles, no muy adulterada, e interesarle y conmoverle hasta el punto de que aún resuena en nuestros oídos *el eco de las tumbas de Tebas*. Tales ventajas se logran del trato con los grandes modelos, aunque la inspiración propia no sea muy enérgica ni robusta.

M. Menéndez Pelayo.

Santander, 4 de enero 1880.

* * *

Notas

1. Está en prensa para esta biblioteca.

2. Escribo esto de memoria, y quizá alguna de estas traducciones haya visto la luz pública no en el *Gay Saber*, sino en *La Renaixensa*.

3. *Sophoclis Tragediae Septem, cum interpretationibus vetustis et valde utilibus, Vincentio Marinerio Valentino interprete*, 468 folios.

4. Tomo III de sus *Obras Póstumas*.

5. *Literatura griega*... Zaragoza, 1849, en 8.º Zaragoza, 1854, en 8.º

6. *Compendio de literatura griega*. Madrid, 1860.

7. *Historia de la literatura griega*. Barcelona, 1865, dos tomos en 8.º

8. *Manual de literatura griega*. Madrid, 1860, en 8.º

9. El Sr. Hartzenbusch incluyó esta refundición en el tomo IV de las *Comedias de Calderón* (ed. Rivadeneyra).

Introducción

* * *

¡Coros de nubes, y graznar de ranas
Chistes inmundos, mágico lirismo.
Comedia aristofánica, que adunas
Fango y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus alados hijos me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aun en sus locos, descompuestos saltos.

(Menéndez Pelayo. *Carta a mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la* Bibliotheca Graeca *de Fermín Didot.*)

«La gloria escénica de Aristófanes, dice un discreto traductor[1], su influencia sobre el pueblo ateniense, las numerosas coronas conquistadas en las fiestas de Baco, he aquí toda su biografía.» Tal carencia de noticias tratándose de tan ilustre poeta, débese, sin duda, a su misma celebridad, que dispensó a los escritores contemporáneos de consignar lo que de todos era sabido, no menos que a la pérdida de las comedias de sus rivales[2], de las

cuales, a vueltas de la exageración natural en el ataque, pudieran haberse recogido muy interesantes datos.

La escasez de estos llega al extremo de no saberse a punto fijo la fecha ni el lugar del nacimiento de Aristófanes. Conjetúrase que debió ser hacia la Olimpiada 82 (452 años antes de Cristo),[3] y en Cidatene, demo del Ática, perteneciente a la tribu de Pandión. Así lo afirman la mayoría de sus biógrafos, por más que algunos le creyeran natural de Egina, de Camira, de Lindo en Rodas y aun de Naucratita en Egipto[4]. Igualmente desconocidos son los detalles de su vida de familia, sabiéndose en junto que su padre se llamaba Filipo, y que tres de sus hijos, Araros, Filetero y Nicóstrato, se dedicaron también al cultivo de la Musa cómica. El florecimiento de Aristófanes coincidió con la guerra del Peloponeso (431-404 antes de la era cristiana), en cuyo azaroso período se representaron diez de las once comedias que de él se conservan. Afiliose al partido aristocrático, y atacó constantemente a los demagogos, en cuyas manos estaba en su tiempo la dirección de la república. Con este motivo se atrajo las iras de varios de ellos, pero muy especialmente de Cleón, que fue su más constante y encarnizado enemigo.

Tampoco se sabe si ejerció cargos públicos, por más que es de suponer que, dada su gran significación, no dejarían de enconmendársele algunos. Se tiene solo noticia de que en 430 pasó en calidad de cleruco con otros conciudadanos a la isla de Egina, recobrada por los atenienses, con objeto de hacerse cargo de los extensos dominios que en ella poseía[5].

O por timidez, o porque la ley o la costumbre exigiesen una edad determinada para presentar comedias, Aristófanes, como él mismo lo indica[6], puso en escena las tres primeras que compuso bajo los nombres de

sus dos actores Fidónides y Calístrato, aunque el público no dejara de comprender a quién pertenecían. Fueron estas *Los Detalenses* y *Los Babilonios*[7], de las cuales solo se conservan fragmentos, y *Los Acarnienses*, que poseemos completa. En la primera atacaba Aristófanes la defectuosa educación que se daba a los jóvenes de su tiempo, presentando ante el coro, compuesto de una sociedad de gastrónomos, un debate entre un joven modesto y virtuoso (σώφρων) y otro corrompido (καταπύγων), análogo al que el *Justo* y el *Injusto* sostienen en *Las Nubes*, cuyo objeto es, aunque ampliado y mejorado, el mismo de *Los Detalenses*.

En la segunda, o sea *Los Babilonios*, representada en 426 por Calístrato, el poeta echa por otro camino, y principia ya la audaz empresa en que no cejó un punto de hacer del pueblo mismo, de la constitución ateniense y de las resoluciones de los tribunales y la ágora, el objeto de sus comedias. En esta atacó ruda y valientemente, ante el inmenso público que concurría al teatro en las brillantes fiestas Dionisíacas, a muchos magistrados, y especialmente al arrogante Cleón. El demagogo sintió en el alma la ofensa y trató de vengarla citando ante el Senado a Calístrato, que era, por decirlo así, el editor responsable, y acumuló sobre él tales insultos, calumnias y amenazas que le pusieron a dos dedos de su ruina[8]. Contra Aristófanes valiose para inutilizarle de medios indirectos, presentando la grave acusación de usurpación de los derechos de ciudadano, γραφὴ ξενίας, de que el poeta consiguió ser absuelto. La animosidad que entre ambos existía adquirió con esto las proporciones de un odio mortal, que estalló con una violencia sin ejemplo en la célebre comedia *Los Caballeros*, cuarta de las compuestas por Aristófanes y primera de las presentadas con su nombre. Siguieron a esta otras, hasta cuarenta y cuatro, de las cuales solo se han

conservado once, que son, además de *Los Acarnienses* (Ἀχαρνῆς) y *Los Caballeros* (Ἱππῆς) ya citados, *Las Nubes* (Νέφελαι), *Las Avispas* (Σφῆκες), *La Paz* (Εἰρήνη), *Las Aves* (Ὄρνιθες), la Lisístrata (Λυσιστράτη), *Las Fiestas de Ceres* (Θεσμοφοριάζουσαι), *Las Ranas* (Βάτραχοι), *Las Junteras* (Ἐκκλησιάζουσαι) y el *Pluto* (Πλοῦτος)[9].

Ignóranse, por último, la época y las circunstancias de la muerte de Aristófanes, conjeturándose únicamente que debió ocurrir siendo de edad bastante avanzada, pues su *Pluto* reformado se representó en el año 390, cuando el poeta debía estar ya en los 62 de su edad, y aún compuso después el *Cócalo* y el *Eolosicón*, bien que estos se pusieron en escena por su hijo Araros.

Hechas estas indicaciones biográficas, pasemos ya a ocuparnos del teatro de Aristófanes, diciendo antes, para juzgarle con el debido acierto, algo sobre el origen y carácter de la antigua comedia ateniense, de que fue principal cultivador y es genuino y único representante[10].

La comedia y la tragedia sabido es que nacieron en las fiestas de Baco, cuyo culto, vario sobre manera, contenía una multitud de elementos dramáticos[11]. Pero así como la segunda, inspirada en las fiestas Leneas, tuvo un carácter triste y serio, conforme a los sufrimientos aparentes del dios en aquella solemnidad conmemorados, la primera, nacida en las Dionisíacas campestres, fiestas de vendimia en que el placer de ver terminadas las faenas agrícolas y llenos trojes y lagares se manifestaba con todo género de locuras, lleva hasta en sus menores detalles impreso el sello de la más descompuesta alegría. Parte muy principal de estas fiestas era el *comos* (κῶμος), festín animado y bullicioso sazonado con picarescos chistes y canciones de sobremesa, al fin de las cuales los convidados, perdiendo su gravedad, se

entregaban medio beodos a danzas irregulares y desenvueltas y entonaban a coro un entusiasta himno a Baco en que al dios del vino se asociaban Falo y Fales, representantes de la fuerza generatriz de la naturaleza. A esta canción báquica se la llamaba la *Comedia*, es decir, el canto del banquete, según la fuerza etimológica de la palabra[12], y solía repetirse en una procesión que a continuación del festín se organizaba. Los comensales, disfrazados con abigarrados vestidos, grotescas máscaras, enormes coronas de hojas y flores, y tiznados de heces de vino y otras sustancias colorantes, recorrían encaramados en carros de labranza el demo o villa en que la fiesta tenía lugar.

Una vez celebrado el dios causa de su alegría, esta especie de ebria mascarada buscaba como blanco de sus burlas al primero que se ofrecía ante su vista, y lanzaba contra él desde la carreta, embrión del futuro tablado escénico, un verdadero diluvio de irrespetuosos chistes, sacando a pública vergüenza todos los defectos, y saltando las barreras del pudor entre las carcajadas y aplausos de la multitud que los rodeaba e iba engrosando a cada instante. En *Las Ranas* de Aristófanes encontramos vestigios de la costumbre que estamos indicando, pues en ella el coro de Iniciados, después de haber dirigido sublimes himnos a Dionisio-Iaco, los interrumpe sin transición alguna, para exclamar: «¿Queréis que nos burlemos juntos de Arquedemo?» Circunstancia que con otras sirve de base al insigne Müller para considerar las improvisadas burlas de los falóforos como parte esencial del canto báquico.

El cómo y cuándo este rudimento de comedia se perfeccionó y tomó carta de naturaleza en Atenas, convirtiéndose las farsas de la aldea en espectáculo artístico digno de ser saboreado por los ciudadanos más cultos,

es cosa que no está bien averiguada. Dejemos a un lado la historia de su oscura gestación, desconocida para los mismos griegos, y hagamos notar tan solo que este género dramático, aun después de su perfeccionamiento, conservó en el fondo todos los caracteres de su origen, siendo, por tanto, la antigua comedia ateniense una composición enteramente distinta de las que con igual título cultivaron Menandro y Filemón, imitaron Plauto y Terencio y se representan en nuestro moderno teatro. Así, al aquilatar su mérito evitaremos el grave error en que escritores de nota han incurrido, porque como dice Schlegel[13], «para juzgar acertadamente al antiguo teatro cómico, es necesario prescindir por completo de la idea de lo que en la actualidad se llama comedia y los griegos designaron también con el mismo nombre. La comedia antigua y la nueva no se distinguen solo por diferencias accidentales, sino que son absoluta y esencialmente diversas. Jamás podrá considerarse la antigua como el principio grosero de un arte perfeccionado después; al contrario, constituye el género original y verdaderamente poético, mientras la nueva únicamente presenta una modificación más cercana a la prosa y a la realidad.»

Nacida la comedia en las regocijadas fiestas Dionisíacas, conservó siempre como carácter distintivo y esencial la alegría franca y desenvuelta que en el canto del *comos* y los subsiguientes himnos falofóricos e itifálicos dominaban. Buscando los poetas la fuente de lo cómico, y huyendo en sus composiciones de cuanto pudiera ser grave y serio, presentaron los errores, inconsecuencias y debilidades de los hombres como resultado natural del imperio de sus apetitos y de casuales accidentes sin desastrosas consecuencias. Comprendiendo que la alegría rehuye todo fin determinado, y que así como cuando llega a apoderarse de un individuo se

manifiesta por saltos desordenados, gritos, carcajadas sin motivo, atrevidas burlas, hasta llegar a una especie de delirio, prescindieron por completo en sus piezas de todo plan y presentaron la Musa cómica a modo de bacante ebria que ya se eleva a regiones ideales, revelando en medio de su beodez la pura esencia de su naturaleza divina, ya desciende al fango de la realidad más repugnante; que enlaza en medio de un caos sin objeto aparente sublimes himnos y obscenas groserías, sabios consejos y virulentas sátiras; y que aspirando a la virtud y a la justicia, propone su ideal a los espectadores entre el bullicio del licencioso *córdax* y las torpes imágenes del falo. Recordando las improvisaciones carnavalescas y las ocurrencias imprevistas de los falóforos, presentaron sus obras en el tablado escénico como una inmensa chanza, como una especie de bromazo universal, si se nos permite la frase, en que no escapan impunes ni filósofos, ni generales, ni estadistas, ni poetas, ni oradores; en que se revelan los misterios más recónditos de la vida de familia; en que se cruza el rostro con el látigo de procaz ironía al pueblo que presencia, paga y juzga el espectáculo y a los mismos dioses, en cuyo honor se celebra.

De esta suerte la comedia, embriagada, por decirlo así, con su propia alegría y levantada en alas de la imaginación, pasó pronto de la censura del ciudadano particular a mostrar bajo su aspecto cómico, dice un escritor ya citado[14], «toda la constitución social, el pueblo, el gobierno, la raza de los hombres y la de los dioses, dándoles la fantasía con los brillantes toques de su pincel los colores más vivos y originales.»

Atenta únicamente la comedia antigua a rendir culto al dios de la alegría, y apegada siempre a sus tradiciones, no trató en sus censuras de evitar las personalidades[15]; todo lo contrario, designaba al vicioso por su

nombre, le presentaba con su propia fisonomía, y si acudía al teatro, lo señalaba con el dedo. De otro modo hubieran parecido insípidas sus sales a los espectadores, ávidos de hallar en ella pasto a su natural malignidad, pues es de advertir que el público que acudía a las representaciones escénicas no era, como en los teatros modernos, en escaso número y formado de las clases más ilustradas, sino el pueblo en masa, que buscaba en aquel espectáculo una distracción análoga a su gusto. Por consiguiente, los poetas quizá hubieran sido silbados implacablemente si, prescindiendo de personalidades, única parte de la comedia inteligible para la mayoría de su auditorio, se hubiesen concretado a presentar obras de pura imaginación como las modernas.

De aquí el carácter predominantemente político que, conformándose a la afición a intervenir en el gobierno y a la constitución democrática de Atenas, llegó a revestir la comedia antigua, convirtiendo la escena en una segunda tribuna y juzgando con una audacia solo posible dado el buen sentido de los atenienses, las decisiones que el pueblo adoptaba en la ágora y proponiendo además reformas y medidas que le han dado cierta semejanza con la prensa periódica moderna. Así es que, no contenta todavía con las alusiones más o menos directas que en el decurso del diálogo van como bordando el velo alegórico que constituye generalmente la trama de las mismas, había un punto en que toda ficción se suspendía, en que se cortaba la acción, y el poeta se presentaba frente a frente a los espectadores, para decirles paladinamente en la *Parábasis* cuanto creía oportuno sobre los más graves negocios del Estado o sus asuntos particulares. En ella el corifeo, quitándose la máscara, no es ya un simple actor que se dirige a los concurrentes a un espectáculo, sino el orador que

arenga a una asamblea. De este modo, como afirma Platón con una ironía que manifiesta el extremo a que la influencia de los cómicos alcanzaba, la república ateniense llegó a ser una *Teatrocracia* verdadera[16].

En esta forma determinada llegó la comedia a Aristófanes, quien no introdujo en ella más modificaciones que las que un ingenio superior da inevitablemente a cuanto toca con sus manos. ¿Habrá, pues, derecho a exigirle en sus obras méritos y perfecciones impropios de las mismas, dada la diferencia esencial que hemos señalado entre la antigua comedia y la moderna? ¿No podría el poeta favorito de las Gracias, rechazar como impertinente el interrogatorio a que el Abate Andrés le sujeta al hacerle comparecer ante la autoridad de su crítica?[17] ¿No tendría derecho cuando el erudito Aristarco le exige un plan bien ideado y regular, una acción ligada, bien seguida y acabada, pinturas justas y fieles, caracteres bien expresados y distintos, y afectos bien manejados, a contestarle: todo eso que echas de menos en mis dramas es grave y serio, y en su composición yo no he tenido más objeto aparente que la alegría; y la alegría solo existe cuando se rechaza todo plan y toda traba; cuando se desarrollan de un modo inesperado todas las facultades de nuestra alma; cuando el pensamiento abandona sus trilladas sendas y vuela por la región de lo imprevisto; cuando se reúne lo extraordinario, lo inverosímil, lo maravilloso y lo imposible con las localidades más conocidas y los usos más familiares; cuando se inventa una fábula atrevida y fantástica, con tal que sea propia para sacar a luz caracteres extravagantes y situaciones ridículas; cuando con la rapidez del rayo se arranca su máscara al vicio y se disimula la indignación bajo una estrepitosa carcajada; cuando, en una palabra, se toman como a juego las cosas más graves y se presentan bajo el disfraz de

divertida chanza?[18]

Para convencerse de que Aristófanes fue, en efecto, digno intérprete de Talía, y de que poseyó, como nadie, ese talento especial y precioso de regocijar los ánimos, al que se ha dado el expresivo nombre de *vis cómica*, no hay más que leer sin preocupaciones sistemáticas ni espíritu de escuela cualquiera de sus obras, y no se podrá menos de confesar que la serie de escenas que las constituyen revelan tal ingenio, tal profusión de sales y de gracias, que si el aparato escénico, los trajes, las danzas y la música eran dignas de las concepciones del poeta, debieron producir en los espectadores, dice Müller, una verdadera embriaguez cómica.

No se crea, sin embargo, que la comedia es en manos de Aristófanes un simple juego de la fantasía, propio solo para divertir a los niños y a la plebe más rústica y soez. Todo lo contrario. Parecida a aquellas grotescas imágenes de sátiros que contenían en su interior la estatua de una divinidad, oculta siempre bajo el revuelto vaivén de sus locuras, liviandades y chocarrerías, el oro de un profundo pensamiento moral y la constante aspiración a un ideal más perfecto, *buscado entre las heces de la realidad*.

Perfectamente persuadido Aristófanes de la altísima misión de los poetas, lleno de ardiente patriotismo, y amante de la justicia y la virtud, ataca, como Cervantes, con aquellas *terribles gracias*, φοβεράς χάριτας[19], de que poseía inagotable caudal, todos los vicios y abusos que minaban en su tiempo la existencia de la república ateniense o contribuían a extraviar el buen sentido en el orden religioso, literario y moral.

Así es que de las once comedias que de él se han conservado, unas son predominantemente políticas, como *Los Acarnienses*, *Los Caballeros*, la *Lisístrata* y *La Paz*, y se refieren a la guerra del Peloponeso, aconsejan su

terminación y atacan rudamente a los ambiciosos demagogos que conseguían captarse el aura popular; otras, como *Las Avispas*, *Las Junteras* y el *Pluto*, van dirigidas con especialidad contra abusos introducidos en la interna administración de la república por la viciosa organización de los tribunales y las discusiones de la ágora, y tratan de atajar el mal que la predicación de ciertas utopías filosóficas podían llegar a producir; otras, como *Las Fiestas de Ceres* y *Las Ranas*, son verdaderas sátiras literarias en las cuales el poeta trata de contener la decadencia del arte trágico, iniciada en Eurípides y Agatón; otras, en fin, como *Las Nubes* y *Las Aves*, atacan la viciosa educación que a la juventud daban los sofistas, o presentan, en el cuadro más animado y pintoresco que ha podido crear la humana fantasía, una especie de resumen de cuantos vicios, abusos y ridiculeces son objeto de especial censura en las demás.

Mas para salir victorioso en esta gigantesca lucha contra la injusticia, las preocupaciones y el error, el poeta hubo de acudir a todos los resortes de su ingenio, y doblegarse a la dura necesidad de dar gusto lo mismo a la parte más sensata de su auditorio, que era naturalmente la menor, que a la multitud ignorante, grosera y afiliada por añadidura a un partido contrario al que Aristófanes se creía obligado a defender. Por eso, sin duda, y teniendo además presente la derrota de Cratino, expulsado del teatro por no haber sazonado su comedia con los inmundos chistes que eran de rigor, nuestro poeta mancha con excesiva frecuencia el espléndido ropaje de su Musa con impúdicas sales, licenciosos cuadros, frases malsonantes, equívocos bajos y pueriles, y recursos escénicos de pésimo gusto y mala ley. Al decir esto, no pretendemos defenderle a fuer de ciegos apologistas; pero sí creemos oportuno advertir, como circunstancia que atenúa

notablemente la gravedad de esas faltas, que más que del poeta son de la corrompida sociedad y de la época en que vivió, a la cual, si le indignase el verse pintada tan al vivo y con tan repugnantes colores, pudiera decirse con Quevedo:

Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.

Pues es de notar que entre los méritos que, aparte de los literarios, hacen sobremanera interesante el teatro de Aristófanes, figura en primera línea el de ser un verdadero retrato de la república ateniense en el interesante período de la guerra del Peloponeso, así como el más completo monumento que de las costumbres griegas nos ha legado la antigüedad. Y tan exacto es esto, que se cuenta que deseando Dionisio el Joven conocer a fondo la situación de Atenas, el divino Platón le envió como el libro más adecuado las comedias de Aristófanes; y en nuestros días, para citar un solo testimonio entre mil, el docto Macaulay[20] las prefiere para igual objeto a las admirables historias de Tucídides y Jenofonte.

Entiéndase, por supuesto, que al utilizar los dramas de Aristófanes como documentos históricos, hay que proceder con la necesaria discreción para prescindir de todas aquellas exageraciones, errores y aun calumnias en que el espíritu de partido, la enemistad personal, el amor propio lastimado y otras debilidades humanas hicieron incurrir al poeta, especialmente al ocuparse de Lámaco, Cleón, Eurípides y Sócrates.

Pues aunque Aristófanes, según él mismo dice y manifiesta, creía obrar siempre a impulsos de un pensamiento generoso, como no era ni un sabio ni un santo, no pudo librarse en todas sus censuras del ofuscamiento de las pasiones y el error. Por eso confundió lastimosamente a Sócrates con

aquella muchedumbre de sofistas, corruptores del arte y de la moral y peligrosos maestros de la juventud, y envolviéndole quizá en el profundo aborrecimiento que sentía contra Eurípides, de quien el ilustre filósofo fue amigo, le escarneció en *Las Nubes*, sembrando las calumnias que veinticuatro años más tarde sirvieron de base a su condenación. Fue esta una falta de que no habremos de disculparle, por más que ni seríamos los primeros, ni faltarían razones sólidas que alegar; pero creemos sumamente injusto el que algunos críticos, haciendo solidarios los errores del hombre con los del literato, se ensañen por este motivo contra Aristófanes hasta el punto de negarle, por decirlo así, el pan y la sal, y tratar de expulsarle ignominiosamente del Estado de las letras, sin darle siquiera aquella honorífica corona que Platón concedía a los vates al desterrarlos de su república ideal.

Al hacer esta indicación, bien se comprenderá que nos referimos especialmente a Plutarco[21], que en su violenta diatriba contra Aristófanes en parangón con Menandro, punto de partida de muchas críticas posteriores, aparte de comparar la poesía aristofánica a una vieja e hipócrita ramera, tan insoportable a las personas sensatas como a la más abyecta multitud, llega hasta motejar su estilo, desconociendo aquel aticismo seductor, encanto de San Juan Crisóstomo, y en cuyo honor compuso Platón, autoridad nada sospechosa en la materia, el sabido dístico en que se hace del alma de Aristófanes el indestructible santuario de las Gracias.

Se necesita, en efecto, todo el apasionamiento y ceguedad del autor de un tratado sobre la *Malignidad de Heródoto* para negar al lenguaje de Aristófanes esa magia indescriptible, ese perfume delicioso que se percibe todavía a pesar del trascurso de tantos siglos, raro conjunto de elocución

sublime y familiar, de elegancia y rudeza, de giros graciosísimos mezclados a palabras de incomensurables dimensiones, siempre exacto, puro, flexible, conciso y espontáneo, y siempre encajado por decirlo así, en la pauta de una versificación rica, variada, armoniosa e irreprochable.

Mucho pudiéramos decir todavía sobre el Teatro de Aristófanes y los encontrados juicios a que ha dado lugar, pero creemos que las observaciones apuntadas bastan para preparar el ánimo del que emprenda la lectura de sus comedias con la imparcialidad debida. Solo nos resta, pues, reclamar mucha indulgencia para nuestra traducción, que por ser nuestra y la primera que aparece en lengua castellana, necesariamente debe adolecer de infinitos defectos. Al hacerla hemos seguido el texto de Aristófanes, corregido por Dindorf y publicado en 1867 por Fermín Didot en su *Bibliotheca græca*, habiendo tenido también a la vista, entre otros trabajos, las ediciones de Brunck (Londres, 1823), Boissonade (París, 1826) y Bergk (Leipzig, 1867). Para las notas, que necesariamente han de abundar en un autor todo alusiones, parodias y alegorías, hemos acudido principalmente a los escolios griegos, procurando apartarnos en ellas de todo cuanto pudiera parecer de mera erudición. Y finalmente, en la versión hemos procurado ceñirnos todo lo posible a la letra, adecentando a menudo con el velo de la perífrasis sus obscenas desnudeces, y poniendo al pie la interpretación latina de Brunck, excepto en aquellos pasajes, poco frecuentes por fortuna dadas las costumbres griegas, en que lo nefando del vicio nos ha obligado a suprimirlos o a dejarlos en el idioma original.

* * *

Notas

1. Poyard. *Aristophane*, trad. nouvelle, 6.e éd. París, 1878, pág. 11.

2. Los principales fueron Cratino, Éupolis, Ferécrates, Hermipo, Amipsias, Teléclides, Crates y Platón, de cuyas comedias solo se conservan fragmentos. (V. *Poetarum comicorum græcorum fragmenta post Augustum Meinecke recognovit et latine transtulit F. H. Bothe*, Parisiis. Ed. A. F. Didot, 1855, y Otfried Müller, *Histoire de la littérature grecque*, trad. par K. Hillebrand, París, 1866. Tomo II, págs. 433 y siguientes.)

3. El Escoliasta de *Las Ranas*, v. 501, dice, con evidente exageración, que era un adolescente cuando concurrió al primer certamen dramático en el año 427. Lo probable es que entonces tuviera 25 años por lo menos. El mismo poeta se pinta en sus comedias como de más avanzada edad, y en *Las Nubes* alude ya graciosamente a su calvicie, que no hay razón para suponer prematura.

4. V. *Scholia græca in Aristophanem cum prolegomenis grammaticorum.* Parisiis, ed. F. Didot, 1855, p. XVII et sqq. — Suidas: Ἀριστοφάνης. — *Heliodorus atheniensis in libris* περὶ ἀκροπόλεος, *apud Atheneum*, VI, pág. 299, e.

5. Müller (obra citada, pág. 385) apoya esta noticia en el testimonio de Aristófanes, *Los Acarnienses*, v. 652, y de Küster, *Aristoph.*, pág. 14, y Teágenes en los escolios a la *Apología* de Platón, pág. 93, 8 (311, Becker).

6. En *Los Caballeros*, v. 512, y en la *Parábasis* de *Las Nubes*.

7. De *Los Detalenses* se conservan 41 fragmentos y 23 de *Los Babilonios*, reunidos en la edición greco-latina de Aristófanes, dada a luz por F. Didot en París, 1877.

8. V. *Los Caballeros*, 377. Algunos creen que la primera acusación fue también contra Aristófanes, pero el público no podía menos de aplicar las palabras de Diceópolis:

9. Los títulos de las restantes son: Δαιταλῆς, Βαβυλώνιοι, Προαγών, Ἀμφιάρεως, Αἰολοσίκων, Κώκαλος, Ἀνάγυρος, Γεωργοί, Γῆρας, Γηρυτάδης, Δαίδαλος, Δαναίδες, Δράματα ἢ Κένταυρος, Δράματα ἢ Νίοβος, Ἥρωες, Λήμνιαν, Ναυαγός, Νῆσοι, Ὀλκάδες, Πελαργοί, Ποίησις, Πολύϊδος, Σκηνὰς καταλαμβάνουσαι, Ταγηνισταί, Τελμησῆς, Τριφάλης, Φοίνισσαι, Ὧραι. Estas veintiocho comedias con las once del texto hacen solo treinta y nueve, pero es de advertir que de *Las Nubes*, *La Paz*, *Las Fiestas de Ceres*, el *Pluto* y el *Eolosicón*, se hicieron

dos ediciones. Para más detalles, véanse *De Aristophanis fabularum numero et nominibus*, en la edición Dindorf-Didot, pág. 445 y siguientes, y las *noticias* que preceden a nuestra traducción de cada una de las conservadas.

10. En la colección de los poetas cómicos de Meinecke, antes citada, puede verse el inmenso tesoro de comedias que se ha perdido. El índice de poetas comprende 151 nombres y se conservan los títulos de 1414 obras.

11. Vid. Müller, t. II, pág. 156.

12. Otros creen que viene de κώμη, en cuyo caso *Comedia* significaría *canto de aldea*.

13. *Cours de littérature dramatique, trad. de l'allem.* París, 1814, tomo I, págs. 293-295.

14. Schlegel.

15.

16. *Las Leyes*, lib. III.

17. *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, ed. Madrid, 1787, tomo IV, p. 68.

18. V. Schœl y Müller, obras citadas.

19. Vid. en la *Antología palatina*, IX, 186, el epigrama de Antípatro de Tesalónica.

20. *Estudios literarios*. Tr. de M. Juderías Bender, Madrid, 1879, pág. 384.

21. Ricard (*Œuvres morales de Plutarque, trad. en français*, París, 1789, t. XI, p. 264) atribuye el injusto juicio de Plutarco a haber atacado Aristófanes a Sócrates en *Las Nubes*.

Los acarnienses

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Cuando se representaron *Los Acarnienses*, hacía ya seis años que la guerra llamada del Peloponeso tenía en conflagración toda la Grecia, y, sembrando por doquiera la discordia, la desolación y la muerte, anulaba el resultado de los épicos combates de Maratón, Salamina y las Termópilas, y preparaba sensiblemente la ruina de la nacionalidad helena. No siendo preciso a nuestro propósito el entrar en minuciosos detalles sobre el particular, remitimos a los que deseen conocerlos a las obras de Tucídides, Diodoro Sículo, Plutarco y otros[1], donde podrán satisfacer su curiosidad cumplidamente, y nos limitaremos a espigar en el vasto campo de sus escritos las noticias más necesarias para la ilustración de *Los Acarnienses*.

Algunos jóvenes de Atenas, después de haberse embriagado jugando al cótabo, se dirigieron a Megara y robaron a la cortesana Simeta. Los Megarenses, en revancha, arrebataron a Aspasia dos de sus más íntimas

amigas[2]. Entonces Pericles, cediendo a las instigaciones de la hermosa y discreta *hetaira*, y más que todo, a la necesidad de sostenerse en el poder por medio de una guerra que le hiciese indispensable y distrajera a los atenienses, hizo aprobar el célebre decreto que castigaba con la pena capital a todo ciudadano de Megara que fuese cogido dentro del territorio del Ática. Los megarenses solicitaron, pero inútilmente, la derogación de este decreto, y vanas fueron también las reclamaciones hechas por los lacedemonios. Pericles se opuso con toda su influencia, y el decreto no se derogó. Tal fue el pretexto de aquella guerra funesta; pretexto decimos, porque la verdadera causa que la hizo completamente inevitable fue, como apunta el perspicaz Tucídides[3], el recelo y justificado temor que a los lacedemonios inspiraba el siempre creciente poderío de Atenas. No dejaba de haber, sin embargo, entre ambas repúblicas otros poderosos motivos de resentimiento; pero Plutarco[4] da por seguro que los espartanos jamás se hubieran puesto a la cabeza de la liga, si el decreto contra Megara hubiera sido revocado, estando acorde en este punto con lo que Aristófanes dice en su comedia.

La mayoría de los atenienses, acostumbrados a vivir hasta entonces en el campo con esa independencia, abundancia y libertad que hacen la vida rústica tan agradable, viéronse obligados a buscar un refugio en la capital con sus mujeres e hijos, enviando sus ganados a la Eubea, y abandonando sus hogares y tierras cuando apenas habían concluido de repararse los estragos causados por las recientes guerras médicas. «Desamparaban llenos de dolor, dice Tucídides[5], las habitaciones y los templos a los cuales una larga posesión parecía ligarles; y al renunciar a su modo de vivir, creían dar un adiós eterno a su pueblo nativo.» La pena que naturalmente les hizo

experimentar la concentración se exacerbaba cada día por lo incómodo de los alojamientos que en Atenas pudieron proporcionarse. «Muy pocos, dice el historiador citado[6], hallaron acogida en las casas de sus amigos y parientes; los más se establecieron en los sitios deshabitados de la ciudad, en los lugares consagrados a los dioses y a los héroes, en todas partes, en fin, excepto en la acrópolis, el Eleusinion[7], y otros recintos sólidamente cerrados. El mismo Pelasgicón[8], a pesar del oráculo que a su ocupación se oponía, fue también invadido, e igualmente las torres de las murallas.» Todo esto no era suficiente, sin embargo, para la inmensa afluencia de refugiados, y la mayor parte vivían mezquina y desastrosamente faltos de aire y de luz, sujetos a todo género de privaciones y miserias[9], y expuestos más tarde al furor de la espantosa peste que repetidas veces desoló a Atenas durante el decurso de la guerra. La influencia de esta, como no podía menos, dejose muy pronto sentir, introduciendo perturbaciones en el orden político y social. La discordia tiranizaba las ciudades; todo eran disensiones y atroces venganzas; las ambiciones más bajas y viles tenían espacio abierto donde tender las alas; la codicia era causa y ocasión de enriquecerse en los frecuentes tumultos; la calumnia estaba segura de ser oída y aceptada, no menos que la audacia irreflexiva o criminal de conseguir el favor de la desenfrenada muchedumbre; y a tal extremo llegaron el desorden y la perversión, que se cambió arbitrariamente la acepción de las cosas y palabras. «La inconsiderada temeridad se tuvo por valor a toda prueba; la calma prudente por hipócrita cobardía; la moderación por pretexto de timidez; y una inteligencia poco común por una grande inercia. El ciego arrojo fue el distintivo del valiente; la circunspección, un especioso subterfugio. Al hombre violento se le

consideraba como el más seguro; y al que se le oponía, como sospechoso. El colmo de la habilidad era tender asechanzas a sus enemigos, y sobre todo el eludirlas, y en cambio, al que rehuía tan bajos medios se le acusaba de traidor y pusilánime. Los vínculos de la sangre eran más débiles que el espíritu de partido, este, en efecto, ligaba más fuertemente a los hombres, por lo mismo que sus asociaciones no se pactaban bajo el amparo de la ley sino con miras culpables, y en vez de estar sancionadas por el santo temor de los dioses, tenían su sola salvaguardia en la participación del crimen. Se estimaba en más el vengar una ofensa que el no haberla recibido. Los juramentos de paz solo tenían una fuerza transitoria que duraba lo que la necesidad que los había arrancado; en cuanto se ofrecía ocasión no había reparo en atacar al enemigo indefenso, prefiriéndose la vil traición al noble y descubierto combate. Manantial de todos estos males fue el afán de dominar instigado por la codicia y la ambición, envenenado después por las pasiones, despertadas al grito de la rivalidad. Los jefes de partido ostentaban en sus banderas, unos la igualdad de derechos, otros una aristocracia moderada; pero, bajo la máscara del bien general, solo trataban de suplantarse mutuamente. Daban rienda suelta a sus deseos y rencores, y sin más ley que el propio arbitrio, menospreciaban la justicia y el bien común. Llegados al poder, satisfacían sus odios personales a fuerza de sentencias inicuas y descaradas violencias. Ninguno respetaba la buena fe: el dios éxito era el único en cuyos altares se sacrificaba; y el perpetrador de algún negro delito, como supiera encubrirlo con apariencias de honradez, podía estar seguro de la pública estimación. En cambio, los ciudadanos que se mantenían apartados de la política, sucumbían al furor de ambos partidos, ya por negarse a tomar parte en la lucha, ya por envidia a su

tranquilidad[10].»

Tan aflictiva situación veíase además sobremanera agravada, de un lado por la escasez y carestía que se dejaba sentir como era natural después de la devastación del territorio del Ática y el consiguiente abandono de las tareas agrícolas, y de otro por una segunda invasión de la peste que debilitó extraordinariamente a Atenas, arrebatándole cuatro mil cuatrocientos hoplitas, trescientos caballeros, e incalculable número de los demás habitantes[11]. Además, las esperanzas fundadas en alianzas con reyes extranjeros habían menguado mucho, y aun no pocas se habían desvanecido por completo, visto el ningún resultado práctico de las negociaciones entabladas con Sitalces, rey de Tracia, casado con una hermana de Ninfodoro de Abdera, y con los monarcas de Persia y Macedonia. Y para colmo de males, la sabia y moderada influencia de Pericles, víctima de la peste a los dos años y medio de la guerra, se veía sustituida por la del demagogo Cleón, hombre de baja estofa, orador violento y audaz, ídolo entonces del populacho ateniense, cuyos bélicos instintos halagaba incesantemente, excitándole además contra todos aquellos ciudadanos que podían oponerse legítimamente a su poder.

En tal estado de cosas, las gentes honradas y pudientes, hartas de ser juguete de ambiciosos e intrigantes, compadecidas de la miseria pública, previendo el desastroso efecto de la guerra, cualquiera que fuese el vencedor, desconfiando del envío de auxilios extranjeros, anhelando la tranquilidad y el sosiego, se pronunciaron abiertamente por la paz. Aristófanes, haciéndose eco de tales sentimientos, compuso entonces *Los Acarnienses*, comedia cuyo objeto es demostrar las ventajas de la paz, y la conveniencia de reconciliarse con Lacedemonia.

El título de esta pieza, Ἀχαρνῆς, viene de *Acarna* (Ἀχάρνα), demo del Ática, cuyos moradores, toscos y robustos, ejercían en su mayor parte el oficio de carboneros. No sin razón escogió Aristófanes el coro entre los ancianos de aquella comarca, pues además de estar dotados del belicoso humor que le convenía para el contraste, el territorio de Acarna fue de los primeros invadidos, hasta el punto que Arquidamo, rey de Lacedemonia, contaba con la exasperación de sus habitantes para obligar a los atenienses a una decisiva batalla en los principios de la guerra del Peloponeso. «Creía, en efecto, al tomar posiciones junto a Acarna, que suministrando sus moradores al Estado hasta tres mil hoplitas, no dejarían asolar impunemente su territorio y arrastrarían a todos al combate, o que una vez tolerada la devastación no pondrían igual empeño en defender las haciendas ajenas después de la ruina de las propias[12].» El plan de Arquidamo era acertadísimo. Solo el tacto exquisito de Pericles pudo contener a los acarnienses y evitar el que en una sola partida se decidiese la suerte de Atenas.

Los acarnienses, pues, habían sido los más castigados por la guerra: seis años hacía que habían abandonado sus fértiles campos cubiertos de viñedos y los frondosos bosques donde ejercían la industria carbonera. No fue sin motivo, por consiguiente, el elegirlos para formar el coro en una comedia cuyo fin era aconsejar la paz, y el sacar de entre ellos el protagonista.

Diceópolis, identificado, como indica su nombre (δίκαιος, *justo*, πόλις, *ciudad*), con la idea de lo que debe ser una república bien administrada, acude al lugar de la Asamblea decidido a promover una discusión sobre la conveniencia de la paz. A pesar de lo grave de la situación de Atenas,

encuentra el Pnix desierto, y distingue a los ciudadanos y a los pritáneos muy distraídos en la ágora con pláticas insustanciales. El buen viejo recuerda con amargura su vida pasada y su situación presente, y se confirma más y más en sus proyectos pacíficos. Ábrese al fin la sesión, y Anfiteo, que usa el primero la palabra, en cuanto propone la paz con Lacedemonia es arrojado de la Asamblea. Preséntanse después los embajadores de Atenas al rey de Persia, acompañados de Pseudartabas, el *Ojo del Rey*, y luego Teoro, enviado a la corte de Sitalces, rey de Tracia. Diceópolis descubre sus farsas y mentiras, y exasperado por el robo de su frugal desayuno y la ineficacia de sus esfuerzos, hace levantar la sesión y encarga a Anfiteo que pacte para él y su familia una tregua particular con los lacedemonios.

A su vuelta de Esparta, Anfiteo es sorprendido y perseguido por un grupo de ancianos acarnienses, y sin tiempo más que para entregar a Diceópolis su tratado, huye precipitadamente. El furioso tropel encuentra a Diceópolis cuando se disponía a solemnizar con un sacrificio su regreso al campo. La bilis acarniense, *inflamable como una encina seca*, se desata contra él y tratan de matarle a pedradas; pero el astuto viejo les contiene amenazando hundir su puñal en el seno de un inocente saco de carbón. Los acarnienses, enternecidos por la desgracia que amenaza a un compañero querido, admiten parlamento. Diceópolis, comprendiendo lo apurado del trance, acude a Eurípides en busca de un traje a propósito para producir el patético. El poeta trágico accede benévolo a las súplicas del viejo socarrón, y le da a elegir los andrajos de Eneo, Fénix, Filoctetes y Belerofonte. Diceópolis escoge por último los de Telefo, que en el guardarropa de Eurípides se hallaban entre los de Ino y Tiestes. Con su

disfraz de mendigo heroico, arenga al coro Diceópolis y logra convencer a varios de sus compatriotas de que no todas las injusticias han sido cometidas por los lacedemonios. El resto del coro, indignado, llama en su auxilio a Lámaco, general ateniense, que es también blanco de las burlas de Diceópolis. Este acaba por abrir su mercado a megarenses y beocios, con los cuales estaba entonces prohibida toda relación mercantil. Llega un megarense y da a conocer la espantosa miseria a que su país estaba reducido. Obligado por el hambre, se propone vender sus dos hijas disfrazándolas al efecto de puercos, lo cual da lugar a una multitud de equívocos maliciosos. Un sicofanta o delator sobreviene durante la corta ausencia del protagonista, que al fin le obliga a callarse. Acude luego un beocio, inundando el mercado de todo género de comestibles, legumbres, caza, aves, anguilas y otros deliciosos manjares de que hacía tiempo estaba privada Atenas. La venta es interrumpida por Nicarco, otro delator, que acaba por ser empaquetado como una vasija en castigo de su insolencia. Diceópolis, hechas sus provisiones, se prepara a celebrar alegremente la fiesta de las Copas. Un sirviente de Lámaco, que se presenta a comprar para su dueño algunos tordos y anguilas, es rechazado entre graciosas burlas; pero la petición de una recién casada es benévolamente acogida. El coro pondera las ventajas de la paz y la felicidad de Diceópolis, y un afligido labrador contribuye a ponerlas de relieve con la relación de sus miserias. En esto, una repentina invasión obliga a Lámaco a partir, no obstante lo crudo del temporal. Con tal motivo hay una graciosísima escena abundante en contrastes cómicos entre los preparativos guerreros de Lámaco y los aprestos culinarios de Diceópolis. Parten por fin ambos y vuelven a poco, el primero herido y magullado, arrojando lastimeros gritos, y el segundo

sostenido por dos lindas muchachas, bien comido y bien bebido. Por último, las lamentaciones del asendereado general son ahogadas por las aclamaciones del coro en honra de Diceópolis, dichoso vencedor en la fiesta de las Copas.

Esta comedia es una de las más notables de Aristófanes y la tercera que compuso, según la más acreditada opinión que la coloca después de *Los Detalenses* y *Los Babilonios*[13]. En toda ella se observa una alegría siempre creciente, y verdadera plétora de aquellas sales áticas que tan sabrosa hacen la poesía aristofánica. Las escenas entre Eurípides y Diceópolis y este y Lámaco son de mano maestra en su género, como el lector podrá juzgar por sí mismo, a pesar de lo mucho que con la traducción se desfigura. La pintura viva y animada de las ventajas de la paz debió sin duda hacerla apetecible a los más belicosos. Pero el carácter inconstante y voluble, que Aristófanes echa en cara a los atenienses, hizo sin duda ineficaces sus saludables consejos. ¡Tanta influencia ejercía entonces hasta sobre ciudadanos víctimas de los horrores de la guerra la audaz y arrebatada oratoria de los demagogos!

Esta comedia se representó el año 425 antes de Jesucristo, como lo indican varios pasajes de la misma[14]. Calístrato estuvo encargado del papel de Diceópolis, y la representación tuvo lugar en las fiestas Leneas, que se celebraban en el mes Gamelión (enero-febrero) y ofrecían la particularidad de no admitirse extranjeros a sus espectáculos.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Diceópolis.

Un Heraldo.

Anfiteo.

Un Pritáneo.

Embajadores de Atenas, de regreso de Persia.

Pseudartabas.

Teoro.

Coro de Acarnienses.

Una Mujer, esposa de Diceópolis.

Una Joven, hija de Diceópolis.

Un Criado de Eurípides.

Eurípides.

Lámaco.

Un Megarense.

Muchachas, hijas del Megarense.

Un Delator.

Un Beocio.

Nicarco.

Un Criado de Lámaco.

Un Labrador.

Un Paraninfo.

Mensajeros.□□

* * *

LOS ACARNIENSES.

* * *

DICEÓPOLIS[16].

¡Cuántos pesares me han roído el corazón! ¡Qué pocas, poquísimas veces, cuatro a lo más, he sentido placer! Pero mis penas son innumerables como las arenas del mar; veamos, si no, qué cosas me han causado verdadero júbilo. Nunca recuerdo haber gozado tanto como cuando Cleón[17] vomitó aquellos cinco talentos. ¡Qué alegría! Desde entonces amo a los caballeros, autores de esta acción, digna de Grecia[18]. En cambio, experimenté un dolor verdaderamente trágico, cuando después de esperar con tanta boca abierta la aparición de Esquilo[19], oí gritar al Heraldo: «Teognis[20], introduce tu coro.» ¡Golpe mortal para mi corazón! Otra vez gocé mucho cuando a seguida de Mosco[21], ejecutó Doxiteo[22] un aire beocio; pero este año pensó morir víctima del más cruel martirio, viendo a Queris[23] disponerse a cantar al modo ortio[24].

Mas nunca, desde que me es permitido lavarme en los públicos baños[25], me ha picado tanto el polvo en los ojos como hoy, día de la asamblea ordinaria[26], en este Pnix[27], todavía desierto. Allí se están charlando mis conciudadanos en la plaza, corriendo arriba y abajo para evitar la cuerda teñida de rojo[28]. Ni aun los pritáneos[29] vienen; eso sí, en cuanto lleguen, aunque tarde, los veremos empujarse sin consideración, disputarse los primeros bancos de madera[30] y tomarlos como por asalto. De los medios de conseguir la paz, no hay temor de que se ocupen ¡Ah, ciudadanos, ciudadanos! Yo soy el primero que acudo a la asamblea y tomo

en ella asiento; y al verme solo, suspiro, bostezo, me desperezo y desahogo a mi gusto[31]; no sabiendo qué hacer, me entretengo en escribir con el bastón en la arena, en arrancarme pelillos, en hacer cálculos; y, mirando al campo, amante de la paz y aborrecedor de la ciudad, echo de menos mi aldea, que nunca me decía: «compra carbón, compra vinagre, compra aceite»; esta palabra «compra» le era desconocida; ella misma lo producía todo, sin este eterno «compra»[32] que me sierra las entrañas. Así es que vengo completamente decidido a gritar, a interrumpir, a insultar a los oradores si hablan de otra cosa que de la paz. Pero ya llegan, aunque al mediodía, los pritáneos. ¿No lo decía yo? Como me figuraba, todos se precipitan sobre los primeros bancos.

UN HERALDO.

Más adelante, más adelante, para que estéis dentro del recinto purificado[33].

ANFITEO[34].

¿Ha hablado ya alguno?

EL HERALDO.

¿Quién pide la palabra?

ANFITEO.

Yo.

EL HERALDO.

¿Quién eres?

ANFITEO.

Anfiteo.

EL PRITÁNEO.

¿No eres hombre?

ANFITEO.

No; soy un inmortal. Anfiteo fue hijo de Ceres y Triptólemo; de él nació Celeo; Celeo se casó con Fenáreta[35], mi abuela, de esta nació Licino, que me engendró inmortal. Únicamente a mi permitieron los dioses que pactase una tregua con los lacedemonios. Pero yo, ciudadanos, a pesar de mi inmortalidad, carezco de los víveres necesarios para el viaje; porque no me los dan los pritáneos[36].

EL PRITÁNEO.

¡Hola, Arqueros!

ANFITEO.

¡Oh Triptólemo! ¡Oh Celeo! ¿Lo consentiréis?

DICEÓPOLIS.

Pritáneos, inferís una injuria a la asamblea mandando expulsar a un hombre que trata de proporcionaros una tregua y el placer de colgar nuestros escudos.

EL PRITÁNEO.

Siéntate y calla.

DICEÓPOLIS.

No, por Apolo; no callaré hasta que propongáis que se trate de la paz.

EL HERALDO.

Los embajadores enviados al Rey...

DICEÓPOLIS.

¿A qué rey? Ya estoy harto de embajadores, y pavos reales[37] y fanfarronerías.

EL HERALDO.

¡Silencio!

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¡Ah! ¡Oh Ecbatana[38], qué traje!

UN EMBAJADOR.

Siendo arconte Eutímenes[39], nos enviasteis al gran Rey con un sueldo de dos dracmas diarios.

DICEÓPOLIS.

¡Cuántos dracmas, gran Júpiter!

EL EMBAJADOR.

Hemos padecido muchísimo vagando por las orillas del Caistro[40], viviendo bajo nuestras tiendas blandamente acostados en los carros; ¡muertos de fatiga!

DICEÓPOLIS.

¿Y yo? ¿Lo pasaba muy bien durmiendo sobre paja para guardar las murallas?

EL EMBAJADOR.

Adonde quiera que llegábamos nos obligaban a beber en copas de oro y cristal un vino dulce y exquisito.

DICEÓPOLIS.

¿No conoces, ciudad de Cranao[41], que se burlan de ti tus embajadores?

EL EMBAJADOR.

Aquellos bárbaros solo tienen por hombres a los grandes glotones y borrachos.

DICEÓPOLIS.

Y nosotros a los libertinos e infames.

EL EMBAJADOR.

A los cuatro años llegamos al palacio; pero el rey, a la cabeza del

ejército, había marchado a hacer sus necesidades, y semejante operación le entretuvo ocho eternos meses en las Montañas de Oro[42].

DICEÓPOLIS.

¿Y cuánto tardó en terminarla definitivamente?

EL EMBAJADOR.

Todo el plenilunio; después regresó a su alcázar y nos recibió admirablemente, obsequiándonos con bueyes enteros asados en horno.

DICEÓPOLIS.

¿Se han visto nunca bueyes asados en horno?[43] ¡Qué exageración!

EL EMBAJADOR.

También, os lo juro, hizo que nos sirviesen un ave tres veces mayor que Cleónimo[44]; se llamaba el Engañador.

DICEÓPOLIS.

Por eso nos engañas tú cobrando los dos dracmas.

EL EMBAJADOR.

Y ahora os traemos a Pseudartabas[45], el Ojo del Rey.

DICEÓPOLIS (*a Pseudartabas*).

¡Hércules poderoso! ¿Qué te pasa, buen hombre? ¿Ves una línea de navíos dispuestos al ataque, o costeas un accidentado promontorio? Tu ojo está guarnecido de cuero como los agujeros de los remos en las naves[46].

EL EMBAJADOR.

Manifiesta ahora, Pseudartabas, lo que el Rey te encargó que anunciases a los atenienses.

PSEUDARTABAS.

Iartaman exarx anapissonai satra[47].

EL EMBAJADOR.

¿Has entendido lo que ha dicho?

DICEÓPOLIS.

No, por mi vida.

EL EMBAJADOR.

Dice que el Rey os enviará oro.

PSEUDARTABAS.

No se te dará oro, Jonio infame[48].

DICEÓPOLIS.

¡Desdichado de mí! ¡Eso sí que lo ha dicho claro!

EL EMBAJADOR.

¿Pues qué ha dicho?

DICEÓPOLIS.

Nada: que son unos asnos los atenienses si cuentan con el oro de los Persas.

EL EMBAJADOR.

No hay tal: habla de darnos el oro por fanegas.

DICEÓPOLIS.

¡Por fanegas! Eres el fanfarrón más grande que se ha visto. Pero vete, les preguntaré yo solo. (*A Pseudartabas.*) Ea, respóndeme con claridad, si no quieres que te tiña en púrpura de Sardes[49]. ¿Nos enviará dinero el gran Rey? (*Pseudartabas hace señas negativas.*) ¿Por consiguiente nos engañan los embajadores? (*Pseudartabas hace señas afirmativas.*) Pero estos hombres hacen para contestar las mismas señas que los griegos: me parece imposible que no lo sean. ¡Justamente! Ya he conocido a uno de estos eunucos; es Clístenes[50], el hijo de Sibirtio. ¡Qué invención la del infame! ¿Cómo, teniendo barba, quieres pasar por eunuco, mico desvergonzado? Y

ese otro, ¿quién es? ¿Acaso Estratón?

EL HERALDO.

Calla y siéntate. El Senado invita a Ojo del Rey a pasar al Pritaneo[51].

DICEÓPOLIS.

¡Hay para ahorcarse! ¿Qué hago aquí ya? Las puertas del Pritaneo siempre están abiertas para tales huéspedes. Mas voy a llevar a cabo un proyecto grande y asombroso. ¿Dónde está Anfiteo?

ANFITEO.

Heme aquí.

DICEÓPOLIS.

Toma estos ocho dracmas, y páctame con los lacedemonios una tregua para mí solo, mi mujer y mis hijos. Vosotros, papanatas, continuad enviando embajadores.

EL HERALDO.

Preséntese Teoro[52], embajador en la corte de Sitalces.

TEORO.

Aquí estoy.

DICEÓPOLIS.

Ya sale otro charlatán a la palestra.

TEORO.

No hubiéramos permanecido tanto tiempo en Tracia...

DICEÓPOLIS.

Es verdad, si no hubieras percibido tan crecido sueldo.

TEORO.

Si toda la Tracia no hubiera estado cubierta de nieve y helados sus ríos, precisamente cuando Teognis[53] hacía representar aquí sus tragedias.

Mientras tanto, pasé el tiempo en beber con Sitalces[54], que es aficionadísimo a los atenienses y nos quiere de veras; a tal punto llega su afecto que ha escrito en la muralla: «Hermosos atenienses.» Su hijo[55], a quien nombramos ciudadano, deseaba comer salchichas en las Apaturias[56], y rogaba a su padre que os auxiliase; este, atendiendo su súplica, ha jurado en un sacrificio, que había de venir a socorrernos con tan numeroso ejército, que los atenienses exclamarían al verlo: «¡Qué nube de langostas!»

DICEÓPOLIS.

¡Que muera desastrosamente si creo una sola palabra de cuanto has dicho, excepto lo de las langostas!

TEORO.

Por de pronto os envía el pueblo más belicoso de la Tracia.

DICEÓPOLIS.

Ya empieza a verse claro.

EL HERALDO.

Presentaos, tracios de Teoro.

DICEÓPOLIS.

¿Qué plaga es esta?

TEORO.

El ejército de los odomantas[57].

DICEÓPOLIS.

¿Qué odomantas? Dime, ¿qué es esto? ¿quién los ha circuncidado?[58].

TEORO.

Si les dais dos dracmas de sueldo, asolarán toda la Beocia.[59].

DICEÓPOLIS.

¡Dos dracmas a esos hombres incompletos! Con razón se quejarían

todos nuestros marinos, bravos defensores de la ciudad... ¡Ah, qué desgracia!... Los odomantas me han robado los ajos[60]; devolvédmelos pronto.

TEORO.

¡Desdichado! Guárdate de acercarte a unos hombres que han comido ajos[61].

DICEÓPOLIS.

¿Consentís, oh pritáneos, que en mi propio país me traten los extranjeros de esta manera? Me opongo a que la Asamblea delibere sobre el sueldo de los tracios: os aseguro que acaba de manifestarse un augurio: me ha caído una gota de agua[62].

EL HERALDO.

Retírense los tracios y comparezcan dentro de tres días; pues los pritáneos disuelven la Asamblea.

* * *

DICEÓPOLIS.

¡Pobre de mí! he perdido casi todo el almuerzo. ¡Hola! aquí está Anfiteo de vuelta de Lacedemonia. Salud, amigo.

ANFITEO.

Déjame, déjame correr y huir de los acarnienses que me persiguen.

DICEÓPOLIS.

¿Qué sucede?

ANFITEO.

Venía apresuradamente con tu tratado de paz: pero lo olieron[63] unos de esos viejos acarnienses, duros como el roble, intratables, feroces, veteranos

de Maratón, y gritaron unánimes: «Infame, ¿traes la paz, y el enemigo ha talado nuestras viñas?» y al mismo tiempo recogían piedras en los mantos: yo eché a correr, y ellos me persiguen vociferando.

DICEÓPOLIS.

Que griten cuanto quieran; ¿traes el tratado de paz?

ANFITEO.

Los traigo de tres clases: a elección. Este es por cinco años. Toma y gústale.

DICEÓPOLIS.

¡Puf!

ANFITEO.

¿Qué?

DICEÓPOLIS.

No me gusta: huele a brea y a equipo de naves[64].

ANFITEO.

Toma este de diez años, y prueba a ver.

DICEÓPOLIS.

Tampoco; este huele a los embajadores enviados a las ciudades para quejarse de la morosidad de los aliados.

ANFITEO.

En este se pacta por treinta años una tregua en mar y tierra.

DICEÓPOLIS.

¡Oh placer! este sí que huele a ambrosía y a néctar: este no me manda aprovisionarme para tres días[65], sino que me dice bien claro: «Ve a donde quieras.» Por eso lo acepto y ratifico con entusiasmo, deseando mil felicidades a los acarnienses. Libre de la guerra y de sus males, iré al campo

a celebrar las fiestas de Baco[66].

ANFITEO.

Yo huyo de los acarnienses[67].

* * *

CORO.

Por aquí todos, seguidle, perseguidle, preguntad a los transeúntes por él: la captura de ese hombre interesa a la república. El que sepa a dónde ha huido ese porta-tratados, dígamelo.

¡Ha escapado, ha desaparecido! ¡Triste peso de los años! ¡En mis buenos tiempos, cuando cargado de carbón seguía sin dificultad a Failo[68] el andarín, no se me hubiera escurrido ese negociante de treguas, a pesar de toda su agilidad!

Las rodillas del viejo Lacrátides[69] se han endurecido: los años pesan sobre sus piernas; por eso se escapó el bribón. Persigámosle: que jamás pueda burlarse de nosotros, aunque viejos, gloriándose de haberse librado de los acarnienses, él, ¡oh Júpiter y dioses soberanos! él que se ha atrevido a pactar treguas con mis enemigos, contra los cuales mis campos devastados me obligarán a combatir cada día más encarnizadamente. ¡Oh! no cesaré de perseguirlos hasta clavarme en su costado como acerado junco; ni dejaré de hostigarlos para que nunca vuelvan a talar mis viñas.

Pero busquemos a ese hombre: dirijámonos hacia Balena[70], y persigámosle de lugar en lugar: jamás me cansaré de apedrearle.

DICEÓPOLIS.

Guardad, guardad el silencio religioso[71].

CORO.

Callad. ¿Habéis oído? Se nos pide que guardemos el silencio religioso. Es el mismo a quien buscamos. Venid todos aquí. Separaos: parece que va a ofrecer un sacrificio.

DICEÓPOLIS.

Silencio, silencio. — Adelántate un poco, joven canéfora[72]. — Jantias, ten el falo[73] derecho.

LA MUJER.

Deja la cesta, hija mía, para que principiemos el sacrificio.

LA HIJA.

Madre, dame la cuchara, y verteré la salsa sobre esta torta.

DICEÓPOLIS.

Todo está bien preparado. — ¡Baco poderoso, ya que lleno de gratitud te dedico con mi familia esta fiesta y solemne sacrificio, concédeme que, libre de las faenas militares, celebre con alegría las Dionisíacas campestres, y que me sean para bien estos treinta años de tregua!

LA MUJER.

Vamos, hija mía, procura llevar con gracia el canastillo; ve seria y con el avinagrado gesto del que mastica ajedrea. Feliz quien se case contigo y fecunde tu seno al salir el sol[74]. Anda y cuida de que entre la multitud no te roben las alhajas de oro[75].

DICEÓPOLIS.

Jantias, lleva el falo derecho detrás de la canéfora: yo te seguiré cantando el himno fálico. — Tú, esposa mía, puedes mirarnos desde el terrado de casa[76]. — Adelante.

¡Oh Falo[77], amigo y compañero de Baco, nocturno rondador, adúltero y pederasta, al cabo de seis años[78] te saludo al fin, volviendo regocijado a mi

aldea, libre de miserias, combates y Lámacos[79], después de haber pactado una tregua para mí solo y mi familia! ¡Cuánto más delicioso es, amable Fales, encontrarse una linda leñadora como Trata, la esclava de Estrimodoro, robando troncos en el monte Feleo[80], y estrechar su talle gentil, y gozar allí mismo de sus encantos! ¡Oh Fales, amable Fales, si hoy bebieres con nosotros, trastornado aún por el vino de la víspera, devorarás mañana el plato de la paz, y yo colgaré mi escudo al humo!

CORO.

Ese es, ese mismo. Tirad, tirad. Apedreemos todos a ese infame. ¿Por qué no tiráis? ¿Por qué no tiráis?

DICEÓPOLIS.

¡Por Hércules! ¿Qué es esto? Me vais a romper la olla[81].

CORO.

Tu cabeza, traidor, es lo que vamos a romper a pedradas.

DICEÓPOLIS.

¿Qué motivo hay, venerables Acarnienses?

CORO.

¿Y lo preguntas, bribón desvergonzado, traidor a tu patria? ¿Y aún te atreves a mirarme a la cara después de haber pactado treguas con los enemigos?

DICEÓPOLIS.

Ignoráis por qué he hecho ese tratado. Escuchad.

CORO.

¡Escucharte! Matémosle a pedradas.

DICEÓPOLIS.

Nunca antes de oírme. Calmaos, mis buenos amigos.

CORO.

Ni yo me calmaré, ni tú hablarás otra palabra. Porque te aborrezco más que a Cleón, a quien pienso desollar para hacer con su piel sandalias a los caballeros[82]. Amigo de los lacedemonios, no pienses que yo escuche tus largos discursos. Vas a llevar tu merecido.

DICEÓPOLIS.

Mis buenos convecinos, dejad en paz a los lacedemonios. Oíd las razones que he tenido para pactar esta tregua.

CORO.

¿Qué razones puede haber para pactar con esos hombres sin fe, sin religión, sin juramento?

DICEÓPOLIS.

Es que creo también que los lacedemonios, a quienes tanto aborrecemos, no son la causa de todos nuestros males.

CORO.

¿Que no son la causa de todos nuestros males, grandísimo bribón? ¿Y te atreves a decirlo delante de nosotros? ¿Y aun pretenderás que te perdone?

DICEÓPOLIS.

No de todos, no de todos. Yo mismo podría demostraros que ellos han sido víctimas de más de una injusticia.

CORO.

Solo faltaba que te atrevieses a defender delante de nosotros a nuestros enemigos: tus palabras me irritan y exasperan.

DICEÓPOLIS.

Si lo que digo no es justo, y si el pueblo no lo reconoce por tal, me

comprometo a hablar con la cabeza sobre un tajo.

CORO.

Ea, compañeros, ¿por qué no le apedreamos? ¿Por qué no le cardamos como a la lana que va a teñirse de púrpura?

DICEÓPOLIS.

¿Qué negro tizón enciende de nuevo vuestra ira? ¿No me escucharéis, acarnienses? ¿No me escucharéis?

CORO.

No te escucharemos.

DICEÓPOLIS.

¿Y me trataréis tan indignamente?

CORO.

¡Que me muera si te escucho!

DICEÓPOLIS.

De ningún modo, acarnienses.

CORO.

Sabe que vas a morir ahora.

DICEÓPOLIS.

También yo os daré que sentir; también yo mataré a vuestros más queridos amigos; porque tengo rehenes vuestros y los degollaré sin piedad.

CORO.

Decidme, conciudadanos, ¿qué amenaza contra los acarnienses envuelven sus palabras? ¿Tendrá acaso encerrado a alguno de nuestros hijos? ¿Cómo está tan atrevido?

DICEÓPOLIS.

Tirad, tirad si queréis; yo destrozaré a este: así sabré pronto el cariño

que tenéis a los carbones[83].

CORO.

¡Perdidos somos! Ese cesto es conciudadano mío. No realices, ¡ah! no realices tu intento.

DICEÓPOLIS.

Lo mataré, gritad cuanto queráis; yo no os escucharé.

CORO.

¿Será posible qué mates a ese pobre carbonero, nuestro amigo e igual?

DICEÓPOLIS.

¿Atendíais vosotros hace un instante a lo que os decía?

CORO.

Di, pues, lo que quieras de esos lacedemonios que te son tan queridos. Jamás abandonaré a ese pobre cestillo.

DICEÓPOLIS.

Dejad primero las piedras.

CORO.

Ya están en el suelo; deja tú también la espada.

DICEÓPOLIS.

Cuidado con esconder piedras en los mantos.

CORO.

Las hemos tirado todas. Mira cómo sacudimos los mantos; pero no pongas pretexto, deja la espada; ya ves cómo sacudo mi manto al pasar de un lado a otro.

DICEÓPOLIS.

Debíais de gritar todos a porfía. Si continuáis un poco más, hubierais visto perecer los carbones del Parneto[84] por la imprudencia de sus

conciudadanos. A fe que este cesto ha tenido un miedo terrible; pues me ha manchado de negro, como el calamar al verse perseguido. Ya veis cuán dañoso es ese vuestro carácter intratable, que os arrastra en seguida a dar golpes y gritos, y no os deja escuchar las equitativas proposiciones que sobre los lacedemonios pensaba haceros con la cabeza sobre un tajo: y cuenta que estimo la vida como el que más.

CORO.

¿Por qué no traes, hombre audaz, tu decantado tajo, y dices sobre él esas cosas de tanta importancia? Tengo vivos deseos de saber lo que piensas. Pero ya que tú mismo te has comprometido, venga el tajo, y habla en seguida.

DICEÓPOLIS.

Está bien, mirad. Este es el tajo, el orador este, es decir, yo, así, pequeñito. No me cubriré con un escudo; pero diré de los lacedemonios lo que me parezca conveniente. Y no es que no tenga por que temer: conozco perfectamente el flaco de los labradores, y sé que, con tal que un charlatán colme de elogios justos o injustos a ellos y a su ciudad, ya no caben en sí de gozo, ni ven que les está vendiendo. También conozco el carácter de los viejos: solo piensan en fulminar sentencias condenatorias. Y sé por experiencia propia lo que me hizo sufrir Cleón[85] por mi comedia del año pasado, haciéndome comparecer ante el Senado, calumniándome, acumulándome supuestos crímenes, tratando de confundirme con sus ultrajes y declamaciones, y poniéndome a pique de morir, manchado por sus infames calumnias. Pero antes de principiar mi discurso, permitidme que me vista los andrajos de un hombre miserable.

CORO.

¿Qué engaños estás fraguando? ¿A qué tales dilaciones? Por mí, si quieres, ya puedes pedir a Hierónimo[86] el casco tenebroso y erizado de Plutón, y emplear después todas las astucias de Sísifo[87]; pero el negocio no admite demora.

DICEÓPOLIS.

Ya es tiempo de adoptar una resolución enérgica; no tengo más remedio que dirigirme a Eurípides. (*Llamando a la puerta de Eurípides.*) ¡Esclavo, esclavo!

EL CRIADO DE EURÍPIDES[88].

¿Quién?

DICEÓPOLIS.

¿Está en casa Eurípides?

EL CRIADO.

Está y no está, ¿lo entiendes?

DICEÓPOLIS.

¿Cómo puede estar y no estar al mismo tiempo?

EL CRIADO.

Muy fácilmente, anciano. Su espíritu, que anda por fuera recogiendo versitos, no está en casa; pero él está en casa, colgado del techo, y componiendo una tragedia[89].

DICEÓPOLIS.

¡Oh bienaventurado Eurípides! ¡Qué felicidad tener un criado que responda con tanta discreción![90] — Llámale.

EL CRIADO.

Es imposible.

DICEÓPOLIS.

Sin embargo... yo no puedo marcharme. Llamaré a su puerta. ¡Eurípides, mi querido Eurípides! Escúchame, si alguna vez has escuchado a alguien. Te llamo yo, Diceópolis el de Cólides[91].

EURÍPIDES.

No tengo tiempo.

DICEÓPOLIS.

Haz que te traigan aquí.

EURÍPIDES.

Es imposible.

DICEÓPOLIS.

Sin embargo...

EURÍPIDES.

Sea, haré que me lleven[92]; pero no tengo tiempo de bajar.

DICEÓPOLIS.

¡Eurípides!

EURÍPIDES.

¿Por qué gritas?

DICEÓPOLIS.

¡Ah, compones tus tragedias suspendido en el aire, pudiéndolas hacer en tierra! Ya no me asombra que sean cojos tus personajes[93]. ¿Qué miserables andrajos guardas ahí? Ya no me extraña que tus héroes sean mendigos[94]. De rodillas te lo pido, Eurípides: dame los harapos de algún drama antiguo. Tengo que pronunciar ante el coro un largo discurso; y, si lo declamo mal, me va en ello la vida.

EURÍPIDES.

¿Qué vestidos te daré? ¿Los que llevaba Eneo[95], anciano infeliz, al

presentarse a la lucha?

DICEÓPOLIS.

Los de Eneo, no; otros más derrotados.

EURÍPIDES.

¿Los de el ciego Fénix?[96]

DICEÓPOLIS.

Los de Fénix, no: otros más miserables todavía.

EURÍPIDES.

¿Qué andrajos serán los que pide este hombre? ¿Quieres los del mendigo Filoctetes?[97]

DICEÓPOLIS.

No, no: los de otro héroe muchísimo más miserable.

EURÍPIDES.

¿Quieres aquel manto sucio que sacó el cojo Belerofonte?[98]

DICEÓPOLIS.

No quiero el de Belerofonte, sino el de aquel que era cojo, mendigo, charlatán e infatigable hablador.

EURÍPIDES.

Ya sé quién dices; Telefo de Misia[99].

DICEÓPOLIS.

El mismo; por favor, préstame su vestido.

EURÍPIDES.

Esclavo, dale los harapos de Telefo; están encima de los de Tiestes y entre los de Ino[100].

EL CRIADO.

Tómalos.

DICEÓPOLIS.

¡Oh Júpiter, que todo lo ves con perspicaz mirada, permíteme cubrirme hoy con el vestido de la miseria![101] — Eurípides, ya que me has concedido este favor, no me niegues los accesorios correspondientes a estos jirones; dame el gorrillo misio para la cabeza. «Pues hoy me conviene, para fingirme mendigo, ser quien soy y no parecerlo[102].» Es preciso que los espectadores sepan quién soy, y que yo hurle al coro estúpido con mi palabrería.

EURÍPIDES.

Te lo daré: a tu sutil ingenio nada puede negarse.

DICEÓPOLIS.

«La bendición de los inmortales descienda sobre ti y tu Telefo[103].» ¡Magnífico! Me siento henchido de bellas frases. Pero necesito también un bastón de mendigo.

EURÍPIDES.

Toma, y «retírate de estos pórticos de piedra.»

DICEÓPOLIS.

¿Ves, alma mía, cómo me despide, cuando aún me faltan tantas cosas para completar mi atavío? No hay que desistir; pidamos, supliquemos, porfiemos. Eurípides, dame un farolillo de mimbre ya medio quemado[104].

EURÍPIDES.

Pero, desdichado, ¿para qué lo quieres?

DICEÓPOLIS.

Para nada; pero quiero tenerlo.

EURÍPIDES.

Eres excesivamente fastidioso. Vete.

DICEÓPOLIS.

¡Ah! los dioses te bendigan como ya bendijeron a tu madre.

EURÍPIDES.

¡Ea, vete!

DICEÓPOLIS.

Aún no; dame también un jarrillo desportillado.

EURÍPIDES.

Toma y márchate; ya estás de más aquí.

DICEÓPOLIS.

No sabes, por Júpiter, todo el mal que me causas. Ea, dulcísimo Eurípides, otra cosa tan solo; dame un puchero cuyo fondo esté cerrado por una esponja[105].

EURÍPIDES.

Hombre, te me llevas una tragedia entera. Toma y lárgate.

DICEÓPOLIS.

Me marcho; ¿mas qué hago? Aún me falta una cosa, de cuya adquisición pende mi vida. Oye, dulcísimo Eurípides; si me das lo que te voy a pedir, me marcho para no volver: por favor, unas hojitas de verdura para la cesta.

EURÍPIDES.

¡Me asesinas! Ahí las tienes. Mis tragedias quedan reducidas a nada.

DICEÓPOLIS.

Basta; me retiro: soy demasiado molesto «sin mirar que me hago odioso a los reyes.» ¡Infeliz de mí, soy perdido; he olvidado lo principal! Dulcísimo, queridísimo Eurípides, permita Júpiter que muera desastrosamente, si te pido otra cosa fuera de esta sola, de esta sola; dame

un poco de aquel perifollo que vende tu madre[106].

EURÍPIDES.

Ese hombre me insulta. Cierra la puerta.

* * *

DICEÓPOLIS.

No tengo más remedio que presentarme sin el perifollo. (*A sí mismo.*) ¿Sabes la lucha que vas a emprender atreviéndote a hablar en favor de los lacedemonios? Adelante, corazón mío: he aquí la línea enemiga. ¿Te detienes? ¿No estás empapado en el espíritu de Eurípides? ¡Valor! Adelante, corazón angustiado; presenta sin miedo tu cabeza, y di cuanto te agrade. Atrévete, anda, acércate. Mi denuedo me regocija.

CORO.

¿Qué hará? ¿Qué dirá? Solo un hombre impudente y de férreo corazón se atrevería a exponer su cabeza contra toda la ciudad, y a ponerse en contradicción con ella. Ya se presenta ese hombre intrépido. Ea, habla, pues tal es tu deseo.

DICEÓPOLIS.

No os ofendáis[107], espectadores, de que siendo un mendigo, me atreva a hablar de política en una comedia; pues también la comedia conoce lo que es justo. Yo os diré palabras amargas, pero verdaderas. No me acusará hoy Cleón de que hablo mal de la ciudad en presencia de los extranjeros; estamos solos; las fiestas se celebran en el Leneo[108]; no hay extranjeros, ni han venido de las ciudades los pagadores de tributos, ni los aliados; estamos solos y limpios de toda paja: porque yo llamo paja de la ciudad a los metecos[109].

Yo aborrezco como el que más a los lacedemonios; ojalá el mismo Neptuno, dios del Ténaro[110], reduzca a escombros su ciudad[111]: pues también talaron mis viñas. Sin embargo, y esto lo digo porque sois amigos míos los que escucháis, ¿a qué creerles la causa de todos nuestros males? Algunos conciudadanos nuestros, no digo toda la república, notadlo bien, no digo toda la república, sino algunos hombres perdidos, falsos, sin honra ni pudor, y extraños a la ciudad, acusaron de contrabando a los megarenses. En cuanto veían un melón, o un lebratillo, o un cochinillo de leche, o un ajo, o un grano de sal, decían que eran de Megara, y los arrebataban y vendían inmediatamente. Todo esto no tenía grande importancia, ni trascendía fuera de la ciudad; pero algunos mozuelos, que se habían embriagado jugando al cótabo, fueron a Megara y robaron a la cortesana Simeta[112]; los megarenses, irritados, se apoderaron en revancha de dos hetairas amigas de Aspasia[113], y por esto, por tres meretrices, la guerra se encendió en todos los pueblos griegos. Por esto Pericles el Olímpico[114] tronó y relampagueó, conturbó toda la Grecia con sus discursos, e hizo aprobar una ley en la cual, como dice la canción[115], se prohibía a los megarenses permanecer en el territorio del Ática, en el mercado, en el mar y en el continente. Pronto estos, al verse acosados por el hambre, rogaron a los lacedemonios que interpusieran su influencia para que revocásemos el decreto, motivado por las cortesanas. Nosotros desatendimos sus repetidas súplicas. Empezaba ya a oírse el entrechocar de los escudos. «Alguno dirá: no convenía; decid, pues, ¿qué convenía?»[116]. Si contra un lacedemonio se hubiera presentado la acusación de haber ido embarcado a Serifos[117], y robado allí un perrillo, ¿hubierais permanecido tranquilos en vuestras moradas? Me parece que no: en seguida hubierais

puesto a flote vuestras trescientas naves, y nos hubieran ensordecido el rumor de los soldados, las voces de los electores de trierarcas[118], y los gritos de los que venían a cobrar su paga: se hubieran dorado las estatuas de Palas[119]; la multitud hubiera invadido los pórticos donde se distribuye el trigo; y la ciudad se hubiera llenado de odres, de correas para remos, de compradores de toneles, de ristras de ajos, de aceitunas, de horcas de cebollas, de coronas, de sardinas, de tañedoras de flauta, y de contusiones: el arsenal también se hubiera visto atestado de maderas para remos, y atronado por el ruido de las clavijas que se ajustan y por el de los remos sujetos a las clavijas, por los gritos de los marineros, y por los silbidos de las flautas y pitos, que los animan al trabajo. «Sé que hubierais hecho esto»; pero, ¿no pensamos en Telefo? «Nos falta el sentido común.»[120].

SEMICORO.

¡Perdido, infame, mendigo harapiento! ¿Cómo te atreves a decirnos eso, y a echarnos en rostro que hemos sido delatores?

SEMICORO.

Tiene razón. Por Neptuno, cuanto ha dicho es la pura verdad.

SEMICORO.

¿Y aunque sea verdad, es necesario decirlo? Pero ya le costará caro su atrevimiento.

SEMICORO.

¡Eh, tú! ¿A dónde vas? Detente. Si tocas a ese hombre, yo me encargaré de ti.

SEMICORO.

¡Oh Lámaco de fulminante mirada, socórrenos: preséntate, amigo Lámaco, ciudadano de mi tribu; preséntate y atérralos con tu terrible

penacho![121] Generales y capitanes, acudid todos en mi auxilio. Me tienen agarrado por medio del cuerpo.

LÁMACO.

¿De dónde salen esos gritos de guerra? ¿A dónde es menester prestar mi auxilio y armar alborotos? ¿Quién me obliga a sacar de su caja mi terrible Gorgona?[122]

DICEÓPOLIS.

¡Oh Lámaco, héroe sin rival en penachos y batallones!

CORO.

¡Oh Lámaco, este hombre hace tiempo que está ultrajando a toda la ciudad!

LÁMACO.

¿Tú, vil mendigo, te atreves a tanto?

DICEÓPOLIS.

Heroico Lámaco, perdona que un mendigo, al empeñarse en hablar, haya dicho algunas necedades.

LÁMACO.

¿Qué has dicho contra nosotros? Habla.

DICEÓPOLIS.

No me acuerdo ya; el miedo a tu armadura me marea; por piedad, aparta de mi vista ese espantajo de tu escudo.

LÁMACO.

Sea.

DICEÓPOLIS.

Déjalo ahora en el suelo.

LÁMACO.

Ya está.

DICEÓPOLIS.

Ahora dame una pluma de tu casco.

LÁMACO.

Toma la pluma.

DICEÓPOLIS.

Ahora sostenme la cabeza para que vomite: tu penacho me da náuseas.

LÁMACO.

¿Qué intentas? ¿quieres provocar el vómito con esa pluma?

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¿es una pluma? Y dime, ¿de qué pájaro? ¿Acaso del Fanfarrón?[123]

LÁMACO.

¡Me las vas a pagar!

DICEÓPOLIS.

De ningún modo, Lámaco; esto no se decide por la fuerza; ya que tanta fuerza tienes, ¿por qué no me circuncidas? Armas no te faltan.

LÁMACO.

¿Así te insolentas con todo un general, vil mendigo?

DICEÓPOLIS.

¡Yo mendigo!

LÁMACO.

¿Pues quién eres?

DICEÓPOLIS.

¿Quién soy? Un buen ciudadano, exento de ambición; y, desde que hay guerra, un soldado voluntario; y tú, desde que hay guerra, un soldado mercenario.

LÁMACO.

Fui elegido por los votos de...

DICEÓPOLIS.

Tres petates[124]. Eso es lo que me ha indignado y movido a pactar esta tregua, no menos que el ver en las filas a hombres encanecidos, mientras otros jóvenes como tú, escurriendo el bulto, se iban con embajadas, unos a Tracia, ganándose tres dracmas, como los Tisámenes[125], los Fenipos y los Hipárquidas, todos a cual peores; otros, con Cares[126], a la Caonia[127], como los Geres y Teodoros, y los Diomeos, tan pagados de sí mismos; otros a Camarina, Gela y *Catágela*[128].

LÁMACO.

Fueron elegidos por el sufragio popular.

DICEÓPOLIS.

Entonces, ¿por qué todas las recompensas son para vosotros y para estos ninguna?[129] Di, Marílades, tú que tienes la cabeza encanecida por la edad, ¿has ido alguna vez en embajada? Dice que no, y sin embargo es prudente y laborioso. Y vosotros, Dracilo, Eufórides y Prínides[130], ¿conocéis a Ecbatana o la Caonia? Tampoco. Sin embargo, las han visitado el hijo de Cesira[131] y Lámaco, de quienes, por no poder pagar su escote, ni sus deudas, decían hace poco sus amigos: «¡Agua va!» como los que al anochecer vierten por las ventanas el líquido con que se han lavado los pies.

LÁMACO.

¡Pueblo insolente! ¿Habrá que tolerar tales insultos?

DICEÓPOLIS.

No; si Lámaco no cobrase sueldo.

LÁMACO.

Pues yo haré siempre la guerra a todos los peloponesios; los hostilizaré cuanto pueda, y los perseguiré con todas mis fuerzas terrestres y marítimas.

DICEÓPOLIS.

Pues yo anuncio a todos los peloponesios, megarenses y beocios, que pueden acudir a comprar y vender en mi mercado; solo exceptúo a Lámaco.

(*Queda solo el* CORO.)

CORO.

Este hombre aduce argumentos convincentes y va a cambiar la opinión del pueblo, inclinándole a la paz. Pero dispongámonos a recitar los anapestos[132].

Desde que nuestro poeta dirige los coros cómicos nunca se ha presentado a hacer su propio panegírico[133]; pero hoy que ante los atenienses, tan precipitados en sus decisiones, sus enemigos le acusan falsamente de que se burla de la república e insulta al pueblo, preciso le es justificarse con sus volubles conciudadanos. El poeta pretende haberos hecho mucho bien, impidiendo que os dejéis sorprender por las palabras de los extranjeros y que os hechicen los aduladores y seáis unos chorlitos. Antes los diputados de las ciudades, cuando os querían engañar, principiaban por llamaros: «Coronados de violetas»[134], y al oír la palabra *coronas*, era de ver cómo no cabíais ya en vuestros asientos[135]. Si otro adulándoos decía: «La espléndida Atenas»[136], conseguía al punto cuanto deseaba, por haberos untado los labios con el elogio, como si fueseis anchoas. Desengañándoos, pues, os ha prestado el poeta eminentes servicios, y ha difundido por las ciudades aliadas el régimen democrático. Por eso los pagadores de tributos de esas mismas ciudades acudirán

deseosos de conocer al excelente poeta que no ha temido decir la verdad a los atenienses. La fama de su atrevimiento ha llegado tan lejos, que el gran Rey, interrogando a la embajada de los lacedemonios, preguntó primero cuál era la armada más poderosa, y después cuáles eran los más atacados por nuestro vate, y les aseguró que sería más feliz y conseguiría señaladísimas victorias la república que siguiese sus consejos. Por eso los lacedemonios os brindan con la paz, y reclaman a Egina[137]; no porque den gran importancia a aquella isla, sino por despojar de sus bienes al poeta; pero vosotros no le abandonéis jamás; en sus comedias brillará siempre la justicia, y abogará siempre por vuestra felicidad, no con adulaciones ni vanas promesas, fraudes, bajezas ni intrigas, sino dándoos buenos consejos y proponiéndoos lo que sea mejor.

Después de esto, ya puede Cleón urdir y maquinar contra mí cuanto se le antoje. La honradez y la justicia estarán de mi lado, y nunca la república verá en mí, como en él, un cobarde e inmundo bardaje.

¡Ven, infatigable musa acarniense, brillante y devoradora como el fuego! Semejante a la chispa que, sostenida por un suave viento, salta de los tizones de encina mientras unos asan sobre ellos sabrosos pececillos, y otros preparan la salmuera fresca de Tasos o amasan la blanca harina, ¡ven, musa impetuosa, intencionada y agreste, y presta inspiración a tu conciudadano!

Nosotros, decrépitos ancianos, acusamos a la ciudad. Vemos desamparada nuestra vejez, sin que se nos alimente en recompensa digna de los méritos que en las batallas navales contrajimos; en cambio, sufrimos mil vejámenes; nos enredáis en litigiosas contiendas, y luego permitís que sirvamos de juguete a oradores jovenzuelos: ya nada somos; mudos e inservibles, como flautas rajadas, un bastón es nuestro único apoyo, o

nuestro Neptuno, por decirlo así. En pie ante el tribunal, balbuceando algunas palabras inconexas, solo vemos de la justicia la bruma que la rodea, mientras el abogado contrario, deseando captarse las simpatías de la juventud, lanza sobre el demandado un diluvio de palabras precisas y seguras; y luego de haberlo rendido, le interroga, le dirige preguntas insidiosas, y le turba, le aflige y despedaza, como le sucedió al anciano Titón.

El pobre calla; se retira castigado con una pena pecuniaria; llora y solloza, y dice a sus amigos: «El dinero con que pensaba comprar mi ataúd, tengo que darlo para pagar esta multa.»

¿Es justo arruinar de ese modo a un anciano, a un hombre encanecido, que sobrellevó con sus compañeros tantas fatigas, que vertió por la república sudores ardientes, varoniles y copiosos, y que en Maratón peleó como un héroe? Nosotros, que de jóvenes perseguimos en Maratón a los enemigos, somos ahora perseguidos por hombres malvados, y condenados al fin. ¿Que responderá a esto Marpsias?[138] ¿Es justo que un hombre encorvado por la edad, como Tucídides[139], cual si se hubiera perdido en los desiertos de Escitia, sucumba en sus litigios con Cefisodemo[140], abogado locuaz? Os aseguro que sentí la más viva compasión y hasta lloré, viendo maltratado por un arquero a ese anciano, a Tucídides digo, que, por Ceres, cuando estaba en la plenitud de sus fuerzas no hubiera tolerado fácilmente que se le atreviese nadie, ni aun la misma Ceres, pues primero hubiera derribado a diez Evatlos[141], y luego aterrado con sus gritos a los tres mil arqueros, y matado con sus flechas a toda la parentela de ese mercenario. Mas, ya que no queréis dejar descansar a los viejos, decretad, a lo menos, la división de las causas: que el viejo desdentado litigue contra los viejos; el

bardaje contra los jóvenes, y el charlatán contra el hijo de Clinias[142]. Es necesario, no lo niego, perseguir a los malvados; pero en todos los procesos sea el anciano quien condene al anciano, y el joven al joven.

* * *

DICEÓPOLIS.

Estos son los límites de mi mercado. Todos los peloponesios, megarenses y beocios pueden concurrir a él, con la condición de que me vendan a mí sus mercancías y no a Lámaco. Nombro agoránomos[143] de mi mercader, elegidos a suerte, estos tres zurriagos del Lepreo[144]. Que no entre aquí ningún delator, ni ningún habitante de Fasos[145]. Voy a traer la columna[146] sobre la cual está escrito el tratado, para colocarla a la vista de todos.

* * *

(*Entra un megarense con dos muchachas.*)

EL MEGARENSE[147].

¡Salud, mercado de Atenas, grato a los megarenses! Juro por Júpiter, protector de la amistad, que deseaba verte como el hijo a su madre. Hijas desdichadas de un padre infortunado, mirad si encontráis alguna torta. Escuchadme, por favor, y hagan eco mis palabras en vuestro famélico vientre. ¿Qué queréis? ¿Ser vendidas o moriros de hambre?

LAS MUCHACHAS.

¡Ser vendidas, ser vendidas!

EL MEGARENSE.

También me parece lo mejor. ¿Mas habrá algún tonto que os compre siendo una carga manifiesta? Pero se me ocurre un ardid digno de Megara.

Os voy a disfrazar de cerdos, y diré que os traigo al mercado. Poneos estas pezuñas y procurad parecer de buena casta, pues si volvéis a casa, ya sabéis, por el tonante Júpiter, que sufriréis los horrores del hambre. Ea, colocaos estos hocicos de puerco y meteos en este saco. Procurad gruñir bien y hacer *coi*, gritando como los cerdos que van a ser sacrificados a Ceres[148]. Yo voy a llamar a Diceópolis: ¡Diceópolis! ¿Quieres comprar cerdos?

DICEÓPOLIS.

¿Qué es ello? ¡Un megarense!

EL MEGARENSE.

Venimos al mercado.

DICEÓPOLIS.

¿Cómo lo pasáis?

EL MEGARENSE.

Sentados siempre junto al fuego y muertos de hambre.

DICEÓPOLIS.

Por Júpiter, eso es muy agradable, teniendo al lado un flautista.[149] ¿Y qué más hacéis los megarenses?

EL MEGARENSE.

¿Y lo preguntas? Cuando yo salí para venir al mercado, nuestras autoridades dictaban las medidas oportunas para que la ciudad se arruine lo más pronto y desastrosamente posible.

DICEÓPOLIS.

Entonces no tardaréis en veros libres de apuros.

EL MEGARENSE.

¿Por qué no?

DICEÓPOLIS.

¿Qué más ocurre en Megara? ¿Qué precio tiene el trigo?

EL MEGARENSE.

Tiene tanta estimación y precio como los dioses.

DICEÓPOLIS.

¿Traes sal?

EL MEGARENSE.

¿Cómo, si os habéis apoderado de nuestras salinas?

DICEÓPOLIS.

¿Y ajos?[150]

EL MEGARENSE.

¿Qué ajos? Si siempre que invadís nuestras tierras arrancáis todas las plantas como si fueseis ratones de campo.

DICEÓPOLIS.

¿Pues qué traes?

EL MEGARENSE.

Puercas para los sacrificios.

DICEÓPOLIS.

¡Que me place! A verlas.

EL MEGARENSE.

¡Mira qué hermosas! Tómalas a peso si quieres. ¿Qué gorda y qué hermosa está esta?

DICEÓPOLIS.

¿Pero qué es esto?

EL MEGARENSE.

Una cerda, por vida mía.

DICEÓPOLIS.

¿Qué dices? ¿De dónde es?

EL MEGARENSE.

De Megara. ¿No es puerca o qué?

DICEÓPOLIS.

A mí no me lo parece.

EL MEGARENSE.

¡Que no! ¡Tu incredulidad es asombrosa! ¡Decir que no es una puerca! Apostemos, si quieres, un celemín de sal mezclada con tomillo a que entre los griegos pasa esta por puerca.

DICEÓPOLIS.

Sí que es puerca[151]; pero de hombre.

EL MEGARENSE.

Sí, por Diocles,[152] y mía, ¿qué crees tú que son? ¿Quieres oírlas gruñir?

DICEÓPOLIS.

Bueno; no hay inconveniente.

EL MEGARENSE.

Gruñe pronto, puerquecilla. ¿A qué te callas, desdichada? Te volveré a casa, por Mercurio.

UNA MUCHACHA.

¡Coi! ¡Coi!

EL MEGARENSE.

¿Es o no puerca?

DICEÓPOLIS.

Ahora lo parece; pero bien alimentada será otra cosa[153].

EL MEGARENSE.

Dentro de cinco años, te lo aseguro, será como su madre.

DICEÓPOLIS.

Pero no sirve para el sacrificio.

EL MEGARENSE.

¿Por qué razón?

DICEÓPOLIS.

Porque no tiene cola[154].

EL MEGARENSE.

Aún es muy joven; cuando crezca tendrá una cola grande, gorda y colorada. Si quieres alimentarla, será una puerca magnífica.

DICEÓPOLIS.

¡Qué parecida es a esta otra![155].

EL MEGARENSE.

Las dos son hijas del mismo padre y de la misma madre. Cuando se engorde y se cubra de pelos será la mejor víctima que pueda ofrecerse a Venus.

DICEÓPOLIS.

A Venus no se le sacrifican puercas.

EL MEGARENSE.

¿Que no se sacrifican puercas a Venus? Precisamente es la única deidad a quien le agradan. La carne de estos animales es riquísima, sobre todo cuando se la clava en el asador.

DICEÓPOLIS.

¿Comen ya solas, sin necesitar de su madre?

EL MEGARENSE.

Ni de su padre, por Neptuno.

DICEÓPOLIS.

¿Qué comida les gusta más?

EL MEGARENSE.

La que les des. Pregúntaselo a ellas

DICEÓPOLIS.

¡Gorrín! ¡Gorrín!

LAS MUCHACHAS.

¡Coi! ¡Coi!

DICEÓPOLIS.

¿Comerás nabos?[156].

LAS MUCHACHAS.

¡Coi! ¡Coi! ¡Coi!

DICEÓPOLIS.

¿Comerás higos?

LAS MUCHACHAS.

¡Coi! ¡Coi!

DICEÓPOLIS.

¡Con qué furia han pedido los higos! Traedles algunos a estas puerquecillas. ¿Los comerán? ¡Sopla! ¡Con qué afán los devoran, Hércules venerando! Parece que son de *Tragacia*[157]. Pero es imposible que se hayan comido todos los higos.

EL MEGARENSE.

Todos, menos uno que he cogido yo.

DICEÓPOLIS.

Son hermosos animales, a fe mía. ¿Por cuánto me los vendes?

EL MEGARENSE.

Este, por una ristra de ajos, y el otro, si te gusta, por un quénice[158] de

sal.

DICEÓPOLIS.

Trato hecho. Espérame aquí.

* * *

EL MEGARENSE.

¡Bueno va! ¡Mercurio protector del comercio, concédeme que pueda vender lo mismo a mi mujer y a mi madre![159].

UN DELATOR.

¡Buen hombre! ¿De dónde eres?

EL MEGARENSE.

Soy un megarense, vendedor de cerdos.

EL DELATOR.

Pues yo denuncio como enemigos a tus lechoncillos y a ti.

EL MEGARENSE.

¡Otra vez! Este renueva la fuente de todos nuestros males.

EL DELATOR.

Ya te arrepentirás de tu venida. Deja pronto ese saco.

EL MEGARENSE.

¡Diceópolis! ¡Diceópolis! Me denuncia un no sé quién.

DICEÓPOLIS.

¿Quién te denuncia? Agoránomos, ¿por qué no arrojáis del mercado a los delatores? — ¿Cómo quieres alumbrarnos sin linterna?[160].

EL DELATOR.

¿No puedo denunciar a los enemigos?

DICEÓPOLIS.

A costa de tu pellejo, si no te largas a otro sitio con tus delaciones.

EL MEGARENSE.

¡Qué peste para Atenas!

DICEÓPOLIS.

Ánimo, megarense; aquí tienes el precio de tus lechoncillos; toma los ajos y la sal. Y pásalo bien.

EL MEGARENSE.

Ya no es costumbre entre nosotros.

DICEÓPOLIS.

Cierto, he dicho una tontería. ¡Caiga la culpa sobre mí!

EL MEGARENSE.

Id, lechoncillos míos, y, lejos de vuestro padre, ved si hay quien os dé de comer tortas con sal.

(*Vanse los dos.*)

* * *

CORO.

Este hombre[161] es muy feliz. ¿No has oído cuán provechosa le ha sido su determinación? Se gana la vida sentado tranquilamente en la plaza; y si se presenta Ctesias o algún otro delator, les obligará a tomar asiento doloridos. Nadie te engañará en la compra de comestibles; Prepis[162] no te manchará con su inmundo contacto; Cleónimo no te dará empellones; cruzarás por entre la multitud vestido de fiesta sin temor de que te salga al encuentro el pleitista Hipérbolo, ni de que, al pasear por el mercado, se te acerque Cratino[163], pelado a la manera de los libertinos, o aquel perversísimo Artemón[164], en cuyas axilas se esconden chivos apestados[165].

Tampoco se burlarán de ti en la plaza ni el perdido Pausón[166] ni Lisístrato[167], oprobio de los colargienses; ese que impregnado de todos los vicios, como el paño en la púrpura que le tiñe, padece hambre y frío más de treinta días al mes.

UN BEOCIO.

¡Por Hércules! ¡Cómo me duele el hombro! — Isménico, descarga con cuidado el poleo[168]; y vosotros, flautistas tebanos, soplad con vuestras flautas de hueso por el agujero mayor de esta piel de perro[169].

DICEÓPOLIS.

¡Callad, malditos! ¿Si habrán echado raíces en mi puerta semejantes moscones? ¿De dónde vendrán esos discordantes flautistas, dignos discípulos de Queris?[170].

EL BEOCIO.

Por Iolao[171], ¡con qué placer les vería irse al infierno! Desde Tebas vienen soplando detrás de mí, y me han arrancado todas las flores del poleo. Extranjero, ¿quieres comprarme pollos o langostas?

DICEÓPOLIS.

Salud, amigo beocio, gran comedor de panecillos. ¿Qué traes?

EL BEOCIO.

Cuanto de bueno hay en Beocia: orégano, poleo, esterillas, mechas para lámparas, ánades, grajos, francolines, pollas de agua, reyezuelos, mergos...

DICEÓPOLIS.

De modo que entras en el mercado a manera de huracán que abate las aves contra el suelo.

EL BEOCIO.

También traigo gansos, liebres, zorras, topos, erizos, gatos, píctidas,

nutrias, anguilas del Copais...[172]

DICEÓPOLIS.

¡Oh qué deliciosísimo bocado acabas de nombrar! Sí traes anguilas, déjame que las salude.

EL BEOCIO.

Sal, tú, la mayor de las cincuenta vírgenes Copaidas, a regocijar con tu presencia a este extranjero[173].

DICEÓPOLIS.

¡Querida mía, por tanto tiempo deseada, al fin has venido a satisfacer los deseos de los coros cómicos, y los del mismo Moricos![174]. — Esclavos, traedme el fuego y el aventador. Mirad, muchachos, esta hermosa anguila, que al fin viene a visitarnos después de seis años de espera[175]. Saludadla, hijos míos. Llevadla adentro. — Ni aun la muerte podrá separarme de ti[176], como te cuezan con acelgas.

EL BEOCIO.

¿Y cuánto me vas a pagar por ella?

DICEÓPOLIS.

Esta me la darás por derechos de entrada. ¿Quieres vender alguna otra cosa?

EL BEOCIO.

Sí, por cierto; todo.

DICEÓPOLIS.

Vamos a ver, ¿cuánto pides? ¿O prefieres cambiar por otras tus mercancías?

EL BEOCIO.

Bien, me llevaré de Atenas lo que no hay en Beocia.

DICEÓPOLIS.

Entonces querrás anchoas del Falero[177] y cacharros.

EL BEOCIO.

¡Anchoas! ¡Cacharros! De sobra los tenemos. Solo quiero llevarme cosas que no hay allí, y aquí se encuentran en abundancia.

DICEÓPOLIS.

Ahora caigo en la cuenta: llévate un delator perfectamente empaquetado como si fuese una vasija.

EL BEOCIO.

¡Por los Dioscuros![178] Ese sí que sería un negocio redondo: cargar con un mico lleno de malicias.

DICEÓPOLIS.

Muy oportunamente llega Nicarco a delatar alguno.

EL BEOCIO.

¡Qué pequeño es!

DICEÓPOLIS.

Pero todo veneno.

* * *

NICARCO.

¿De quién son estas mercancías?

EL BEOCIO.

Mías; traídas de Beocia: por Júpiter lo juro.

NICARCO.

Pues yo las denuncio por enemigas.

EL BEOCIO.

¿Qué furia te mueve a declarar la guerra a las aves?

NICARCO.

También a ti te denunciaré.

EL BEOCIO.

¿Qué daño te he hecho yo?

NICARCO.

Te lo diré en obsequio de los presentes: tú traes mechas del país enemigo.

EL BEOCIO.

¿Eres por tanto un denunciador de mechas?

NICARCO.

Una sola puede incendiar la flota.

EL BEOCIO.

¡Una mecha incendiar la flota! ¿Cómo? ¡Soberano Júpiter!

NICARCO.

Cualquier beocio enciende una mecha, la ata a un insecto alado, y, aprovechando un momento en que el Bóreas sople con más violencia, la lanza sobre la flota por medio de un tubo; si el fuego prende en cualquier navío, es seguro que se abrasará en seguida toda la flota.

DICEÓPOLIS.

¡Canalla sin vergüenza! ¿De modo que para reducir a cenizas la escuadra, bastan una mecha y un insecto? (*Le pega*).

NICARCO.

¡Sed testigos! ¡Favor!

DICEÓPOLIS.

Tápale la boca: dame bálago y mimbres para envolverle y podérmelo

llevar como una vasija sin que se rompa.

CORO.

Buen hombre, ata bien tan delicada mercancía, no se te quiebre en el camino.

DICEÓPOLIS.

Eso a mi cargo queda; aunque deja oír un crujido como si se hubiera rajado en el horno. ¡Crujido odioso a los inmortales!

CORO.

¿Qué hará con él?

DICEÓPOLIS.

Me servirá para todo: de recipiente de los males; de mortero para majar pleitos; de linterna para espiar a los recaudadores, y de barreño donde se enturbien todas las cosas.

CORO.

¿Pero quién se atreverá a usar un vaso cuyos crujidos resuenan incesantemente en la casa?

DICEÓPOLIS.

Es sólido, amigo mío, y no se quebrará fácilmente si se le cuelga de los pies, cabeza abajo.

CORO.

Ya está bien embalado.

EL BEOCIO.

Voy a segar mi cosecha.

CORO.

Excelente forastero, carga con ese paquete, llévate a ese delator, bueno para cualquier cosa, y arrójalo donde te agrade.

DICEÓPOLIS.

Trabajo me ha costado el empaquetar a ese perdido. Ea, amigo, toma tu vasija y llévatela.

EL BEOCIO.

Isménico, cárgatela sobre tus duros hombros.

DICEÓPOLIS.

Procura llevarla con cuidado. Aunque no llevas nada de bueno, sin embargo, es fácil que salgas ganancioso con tu carga: serás feliz por gracia de los delatores.

(*Vase el Beocio.*)

UN CRIADO DE LÁMACO.

¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Quién va? ¿Qué me quieres?

EL CRIADO.

Lámaco te suplica que le des, mediante este dracma, algunos tordos, para celebrar la fiesta de las *Copas*[179]; y que por otros tres le vendas una anguila del Copais.

DICEÓPOLIS.

¿Quién es ese Lámaco que desea la anguila?

EL CRIADO.

Aquel terrible sufridor de trabajos, que lleva una Gorgona en el escudo, y sobre cuyo casco se agita un penacho triple.

DICEÓPOLIS.

No le venderé nada, por Júpiter, aunque me dé su escudo: en vez de comer pescado, entreténgase en agitar su penachos. Si se alborota, llamaré a

los agoránomos. Ahora, recogiendo mis compras, entraré en mi casa «sobre las alas de los mirlos y los tordos.»[180]

* * *

CORO.

¿No veis, ciudadanos, no veis la extremada prudencia y discreción de ese hombre, que, después de haber pactado sus treguas, puede comprar cuantas cosas suelen traer los mercaderes, útiles unas a la casa, y gratísimas otras al paladar?

Todos los bienes penetran por sí mismos en su morada.

Nunca admitiré en mi casa al belicoso Marte; jamás cantará en mi mesa el himno de Harmodio[181], porque es un ser cuya embriaguez es temible. Arrojándose sobre nuestros bienes, descargó sobre nosotros todos los males, la ruina, la destrucción y la muerte; en vano le decíamos amablemente: «Bebe, acompáñanos en la mesa, acepta esta copa de amistad», porque entonces atizaba con más violencia el incendio de nuestros rodrigones, y derramaba el vino de nuestras cepas.

Abundante mesa es la de Diceópolis; envanecido con su suerte, arroja en los umbrales de su casa esas plumas, indicio de su regalada vida.

¡Oh Paz, compañera de la hermosa Venus y de sus amigas las Gracias! ¿Cómo he podido desconocer tanto tiempo tu sin par belleza?

¡Ojalá me despose contigo un Amor coronado de rosas como el que está allí pintado![182] ¿Me crees acaso demasiado viejo? Pues si me enlazo a ti podré, aunque anciano, hacer tres cosas en obsequio tuyo: abrir en primer lugar un largo surco para la vid[183]; poner después junto a él tiernos retoños de higuera, y plantar luego el vigoroso sarmiento; cercando, por fin, todo

mi campo de olivos, con cuyo aceite podamos mutuamente ungirnos en las Neomenias.

* * *

UN HERALDO.

Pueblos, escuchad: conforme a la costumbre patria, bebed en vuestras copas, al son de las trompetas; el que primero haya apurado su vaso recibirá en premio un odre de Ctesifonte[184].

DICEÓPOLIS.

Muchachos, mujeres, ¿no habéis oído? ¿Qué hacéis? ¿No habéis oído el pregón? Coced las viandas, asadlas; retirad pronto las liebres de los asadores; tejed las coronas; dadme asadorcillos para los tordos[185].

CORO.

Celebro tu suerte, amigo mío, y más que todo esa tu discreción admirable por la cual gozas de tan delicioso banquete.

DICEÓPOLIS.

¿Pues qué diréis cuando veáis cómo se asan mis tordos?

CORO.

También creo que tienes razón en eso.

DICEÓPOLIS.

Atizad el fuego.

CORO.

¿Veis cómo dispone su comida, a modo de un cocinero hábil y experimentado?

* * *

UN LABRADOR.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

Por Hércules, ¿quién es este?

EL LABRADOR.

Un hombre desgraciado.

DICEÓPOLIS.

Pues sigue tu camino.

EL LABRADOR.

Queridísimo amigo, ya que las treguas se han pactado solo para ti, cédeme un poco de tu paz, aunque no sea más que por cinco años.

DICEÓPOLIS.

¿Qué te aflige?

EL LABRADOR.

Estoy arruinado; he perdido una pareja de bueyes.

DICEÓPOLIS.

¿Cómo?

EL LABRADOR.

Los beocios me los quitaron en la toma de Fila[186].

DICEÓPOLIS.

¡Oh tres veces mísero! ¿Y aún vas vestido de blanco?

EL LABRADOR.

Ellos, ¡oh poderoso Júpiter!, me mantenían en la más deliciosa abundancia[187].

DICEÓPOLIS.

¿Qué necesitas ahora?

EL LABRADOR.

Me he estropeado los ojos llorando aquellos bueyes. Si algún interés te merece Derceles de Fila, frótame pronto los ojos con el bálsamo de la paz.

DICEÓPOLIS.

Pero, desdichado, yo no soy médico público[188].

EL LABRADOR.

Por piedad, hazlo, para ver si puedo recobrar mis bueyes.

DICEÓPOLIS.

Me es imposible; vete con tus lágrimas a los discípulos de Pítalo[189].

EL LABRADOR.

Ponme siquiera una gota de paz en esta cañita.

DICEÓPOLIS.

Ni el átomo más imperceptible. Vete a llorar donde quieras.

EL LABRADOR.

¡Desdichado de mí! ¡Sin bueyes para la labranza!

* * *

CORO.

Este hombre ha conseguido con su tratado muchas ventajas, de las cuales, al parecer, no quiere hacer partícipe a nadie.

DICEÓPOLIS.

Pon esos callos con miel: asa los calamares.

CORO.

¿Oís cómo levanta la voz?

DICEÓPOLIS.

Asad las anguilas.

CORO.

Nos vas a matar de hambre; y a tus vecinos con el humo y las voces.

DICEÓPOLIS.

Asad esa con cuidado; que quede doradita.

* * *

UN PARANINFO[190].

¡Diceópolis! ¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Quién llama?

EL PARANINFO.

Un recién casado te envía esta parte de su convite de boda.

DICEÓPOLIS.

Es muy amable, sea quien quiera.

EL PARANINFO.

Te suplica que en cambio de estas viandas, le eches en este vaso de alabastro una copita de paz, para que pueda eximirse de la milicia y quedarse en casa disfrutando de los placeres del amor.

DICEÓPOLIS.

Llévate, llévate tus viandas, y nada me des, pues no le cedería una gota por mil dracmas. — ¿Pero quién es esa mujer?

EL PARANINFO.

Es la madrina de la boda. Quiere hablarte a ti solo, de parte de la novia.

DICEÓPOLIS.

Vamos, ¿qué tienes que decirme?... — ¡Dioses inmortales! Qué ridícula es la pretensión de la novia... Me pide que haga de modo que permanezca

en la casa una parte del cuerpo de su esposo[191]. Ea, venga aquí el tratado; a ella sola le daré parte, en consideración a que siendo mujer no debe sufrir las molestias de la guerra. Tú (*A la madrina.*), buena mujer, acerca el frasco... ¿Sabes cómo se ha de usar? Dile a la desposada que cuando se haga la leva de los soldados, unte con esto esa parte del cuerpo de su marido que desea conservar. Llévate el tratado. Traed el cacillo para que llene de vino las copas.

CORO.

Ahí se acerca uno con el entrecejo fruncido, como si nos fuera a anunciar alguna desgracia.

* * *

MENSAJERO 1.º

¡Oh trabajos y combates! ¡Oh Lámacos![192]

LÁMACO.

¿Quién mueve tanto estrépito en torno de esta casa hermoseada por ornamentos de bronce?[193].

MENSAJERO 1.º

Los estrategas ordenan que, reuniendo a toda prisa tus batallones y penachos, partas hoy mismo, a pesar de la nieve, a custodiar la frontera. Han sabido que los bandidos beocios pensaban invadir nuestro territorio, en ocasión de estarse celebrando la fiesta de las copas y las ollas[194].

LÁMACO.

¡Oh estrategas, cuantos más sois peores! ¿No es terrible el no poder ni siquiera celebrar esta fiesta?

DICEÓPOLIS.

¡Oh ejército bélico-lamacaico![195].

LÁMACO.

¡Oh desgracia! ¿Ya te burlas de mí?

DICEÓPOLIS.

¿Quieres luchar con este Gerión de cuádruple penacho?[196].

LÁMACO.

¡Ay! ¡Ay! ¡Qué noticia tan triste me ha traído este mensajero!

DICEÓPOLIS.

¡Oh! ¡Oh! ¡Qué agradable es la que me trae este otro!

* * *

MENSAJERO 2.º

¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Qué hay?

MENSAJERO 2.º

Corre al festín y lleva una cesta y una copa, pues te invita el sacerdote de Baco[197]: pero apresúrate: los convidados te esperan. Ya está todo preparado, los triclinios, los cojines, los tapetes, las coronas, los perfumes y los postres: hay allí cortesanas y galletas, pasteles, tortas de sésamo, rosquillas y hermosas bailarinas, delicias de Harmodio[198]; pero corre, corre cuanto puedas.

LÁMACO.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

¡Infeliz tú, cuando te pavoneas con la gran Gorgona de tu escudo!

Cerrad la puerta y preparad la comida.

LÁMACO.

¡Esclavo, esclavo! Tráeme la maleta.

DICEÓPOLIS.

¡Esclavo, esclavo! Tráeme la cesta.

LÁMACO.

Trae sal mezclada con tomillo, y cebollas.

DICEÓPOLIS.

Y a mí peces; me cansan las cebollas.

LÁMACO.

Tráeme aquel rancio guiso envuelto en su hoja de higuera.

DICEÓPOLIS.

Y a mí aquel recién hecho[199]: ya lo coceré yo.

LÁMACO.

Tráeme las plumas de mi casco.

DICEÓPOLIS.

Tráeme pichones y tordos.

LÁMACO.

¡Qué hermosa y qué blanca es esta pluma de avestruz!

DICEÓPOLIS.

¡Qué hermosa y qué dorada está la carne de este pichón!

LÁMACO.

Amigo, deja de burlarte de mi armadura.

DICEÓPOLIS.

Amigo, deja, si puedes, de mirar mis tordos.

LÁMACO.

Dame la caja de mi triple cimera.

DICEÓPOLIS.

Dame ese embutido de carne de liebre.

LÁMACO.

¡Cómo han devorado las polillas mis penachos!

DICEÓPOLIS.

¡Cómo voy a devorar embutidos de liebre antes del banquete!

LÁMACO.

Amigo, ¿no puedes dejar de hablarme?

DICEÓPOLIS.

No te hablo; disputo hace tiempo con mi esclavo. — ¿Quieres apostar (Lámaco decidirá la cuestión) si son más sabrosos los tordos que las langostas?

LÁMACO.

Estás muy insolente.

DICEÓPOLIS.

Dice que son más sabrosas las langostas.

LÁMACO.

Esclavo, esclavo, saca la lanza y tráemela.

DICEÓPOLIS.

Esclavo, esclavo, saca aquella morcilla del fuego y tráemela.

LÁMACO.

Ea, sujeta bien la lanza mientras yo tiro de la vaina.

DICEÓPOLIS.

Ten tú también firme y no lo sueltes[200].

LÁMACO.

Saca las abrazaderas de mi escudo.

DICEÓPOLIS.

Saca del horno los panes, abrazaderas de mi estómago.

LÁMACO.

Tráeme el disco del escudo que tiene una Gorgona.

DICEÓPOLIS.

Tráeme el disco de aquel pastel que tiene un queso.

LÁMACO.

¿No es este un burlón sin gracia?

DICEÓPOLIS.

¿No es este un pastel delicioso?

LÁMACO.

Echa aceite en el escudo. Veo en él la imagen de un viejo que será acusado de cobardía[201].

DICEÓPOLIS.

Echa miel al pastel. Veo en él la imagen de un viejo que hace rabiar al penachudo Lámaco.

LÁMACO.

Esclavo, tráeme la coraza de batalla.

DICEÓPOLIS.

Esclavo, tráeme mi coraza, es decir, mi copa.

LÁMACO.

Con esto defenderé mi pecho contra los enemigos.

DICEÓPOLIS.

Con esto defenderé mi pecho contra los bebedores[202].

LÁMACO.

Sujeta esas correas a mi escudo.

DICEÓPOLIS.

Sujeta los platos a la cesta.

LÁMACO.

Cogeré esta maleta y la llevaré yo mismo.

DICEÓPOLIS.

Yo cogeré este vestido y me marcharé.

LÁMACO.

Toma el escudo y anda. — ¡Oh Júpiter! ¡Está nevando! Tengo que hacer una campaña de invierno.

DICEÓPOLIS.

Recoge las viandas. Tengo que cenar.

(*Salen ambos.*)

CORO.

Id alegremente a la guerra. ¡Qué caminos tan diversos seguís! Aquel beberá, coronado de flores; tú harás centinela medio helado; aquel dormirá con una hermosísima joven... Lo digo de veras: ¡ojalá Júpiter confunda al hijo de Psacas, a Antímaco, poetastro infeliz, que, siendo corega[203] en las fiestas Leneas, me mandó a mi casa sin cenar! ¡Ojalá le vea yo algún día deseoso de comer un calamar, y cuando esté ya frito, chirriando en la sartén, servido en la mesa, y aderezado con sal, en el momento de llevarlo a la boca, un perro se lo arrebate y escape con él!

Además de ese mal, le deseo otra aventura nocturna. ¡Ojalá al volver febril a su casa, después de la equitación, se tropiece con Orestes[204] borracho, y este enfurecido le rompa la cabeza; y que pensando tirarle una piedra, coja en la oscuridad un excremento reciente, y al lanzarlo con

ímpetu como si fuera un guijarro, yerre el golpe y le pegue a Cratino![205].

* * *

UN CRIADO DE LÁMACO.

¡Esclavos de Lámaco, pronto, pronto, calentad agua en un pucherillo! Preparad trapos, ungüento, lana virgen y vendas, para atarle el tobillo. Al saltar una zanja se ha herido con una estaca, se ha dislocado un pie y se ha roto la cabeza contra una peña; la Gorgona saltó del escudo, y al ver el héroe su formidable penacho caído entre las piedras, entonó estos versos terribles:

Por la postrera vez, astro brillante,
Te ven mis ojos; desfallezco y muero.[206]

Dicho esto, cae en una zanja, levántase, se arroja sobre los fugitivos, persigue a los bandoleros, los hostiliza con su lanza. Pero helo aquí; abrid pronto la puerta.

LÁMACO.

¡Ay, ay, ay! ¡Qué agudos dolores! ¡Qué frío! ¡Yo muero, triste de mí, herido por una lanza enemiga! Pero aun será mas terrible mi desgracia si Diceópolis viéndome en este estado, se burla de mi infortunio.

DICEÓPOLIS (*Con dos cortesanas del brazo*).

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Vuestro turgente seno tiene la dureza del membrillo! Dadme un beso, tesoro mío, un beso dulce y voluptuoso. Pues yo he sido el que he bebido la primera copa.

LÁMACO.

¡Oh suerte funesta! ¡Oh dolorosísimas heridas!

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¡Ah! Salud, caballero Lámaco.

LÁMACO.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

¡Qué desdichado soy!

LÁMACO.

¿Por qué me besas?

DICEÓPOLIS.

¿Por qué me muerdes?

LÁMACO.

¡Infortunado! ¡Qué duro escote he pagado en el combate!

DICEÓPOLIS.

Pues qué, ¿se paga escote en la fiesta de las copas?[207]

LÁMACO.

¡Oh Peán! ¡Peán![208]

DICEÓPOLIS.

Hoy no se celebran las fiestas de Peán.

LÁMACO.

Levantadme, levantadme esta pierna. ¡Ay, amigos míos, sostenedme!

DICEÓPOLIS.

Vosotras, amigas mías, sostenedme también[209].

LÁMACO.

La herida de la cabeza me da vértigos y me turba la vista.

DICEÓPOLIS.

Yo quiero acostarme; no puedo más: necesito descanso[210].

LÁMACO.

Llevadme a casa de Pítalo, cuyas manos son émulas de las de Peán[211].

DICEÓPOLIS.

Llevadme ante los jueces. ¿Dónde está el rey? Dadme el odre señalado como premio.

LÁMACO.

Una lanza terrible se ha clavado en mis huesos.

DICEÓPOLIS.

Mirad esta copa vacía. ¡Victoria! ¡Victoria!

CORO.

¡Victoria! Anciano, pues así lo deseas, clamemos ¡victoria!

DICEÓPOLIS.

He llenado mi copa de vino y la he apurado sin respirar.

CORO.

¡Victoria! recoge tu odre, ilustre vencedor.

DICEÓPOLIS.

Seguidme cantando: ¡Victoria! ¡Victoria!

CORO.

Te seguiremos cantando ¡victoria! ¡victoria! a ti y a tu odre.

FIN DE LOS ACARNIENSES.

* * *

Notas

1. *Historia de la Guerra del Peloponeso*; Diodoro Sículo, *Bibliotheca historica*, Lib. XII; Plutarco, *Vitæ Parallelæ*, Pericles; Dodwell (Henr.) *Annales Thucydidei et Xenophontei* ad calcem operis ejusdem de cyclis. Oxonii, 1710.

2. Aristófanes, *Los Acarnienses*, v. 524 y sig.

3. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I, 23.

4. *Vida de Pericles*.

5. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 16.

6. *Hist.*, II, 17.

7. Templo de Ceres Eleusinia, situado al norte de la acrópolis, cerca de la ágora.

8. Espacio situado a lo largo del muro septentrional de la acrópolis, construido por los Pelasgos (Heródoto, *Historia*, VI, 137). A semejanza del *pomœrium* romano, debía permanecer deshabitado y vacío.

9. Aristófanes, *Los Caballeros*, v. 780.

10. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, lib. III.

11. Tucídides, III, 87.

12. Tucídides, II, 20.

13. V. *Aristoph. comœdiæ, ed. Firmin Didot*, p. 445. — *Schol. Nub.*, 529.

14. Versos 266, 890; 504-508.

15. La edición de Dindorf, publicada por Fermín Didot, que es la que seguimos, no incluye entre los personajes de esta comedia a los *Mensajeros*, sin razón para ello, pues intervienen en la acción y hablan tanto como cualquiera de los otros secundarios. En la lista no se ponen los personajes mudos, que son: *Jantias*, esclavo de Diceópolis, y la *Madrina* de las bodas que aparece en una de las últimas escenas.

16. El nombre de *Diceópolis* se compone de dos palabras, δίκαιος y πόλις, que significan *ciudadano justo*, o *ciudad justa*. Píndaro da este epíteto a la isla de Egina.

17. Demagogo ateniense, enemigo encarnizado de Aristófanes, contra el cual lanza este en sus comedias todo género de acusaciones. Es uno de los personajes principales de *Los Caballeros*. Habiendo recibido en una ocasión cinco talentos de las islas tributarias de Atenas, para conseguir rebaja en la contribución que debían de pagar, los caballeros le obligaron a devolverlos. Y este es el hecho que causó tanta alegría a Diceópolis.

18. Hemistiquio del *Telefo* de Eurípides, al decir del Escoliasta.

19. Esquilo murió el 436 a. d. C., es decir, 30 años antes de la representación de *Los*

Acarnienses. Mas en consideración a su mérito, los atenienses permitieron a los poetas modernos concurrir a los certámenes trágicos con sus tragedias corregidas y arregladas. Suidas dice que Euformión, hijo de Esquilo, ganó cuatro premios con tragedias de su padre, que aun no habían sido representadas.

20. Poeta trágico, de cuya frialdad se burla más adelante Aristófanes, suponiendo que al representarse sus dramas se helaron todos los ríos de Tracia (v. 140). Los atenienses le llamaron por lo mismo χίων, la *Nieve*. Llegó a ser uno de los treinta tiranos.

21. Músico detestable.

22. Excelente citarista, vencedor en los juegos píticos.

23. Flautista y citarista, sin mérito alguno. Aristófanes se burla también de él en otros pasajes de sus comedias (*Las Aves*, 858; *La Paz*, 951). Entre otros defectos, le echa en cara el de hallarse siempre donde sus amigos se reunían a comer.

24. Era un modo vivo y guerrero y que, según indica su nombre, se cantaba en los tonos más elevados. Arión (Herod., Clio, XXIV), antes de arrojarse al mar, cantó un *nomo ortio*, cuya deliciosa melodía le valió el ser salvado por un delfín.

25. Es decir, *desde la pubertad*, porque antes de esa edad no se permitía la entrada en los baños públicos.

26. Las asambleas ordinarias (κύριαι) tenían lugar los días once, veinte y treinta de cada mes. A las extraordinarias (συγκλήτοι) se convocaba cuando había asuntos urgentes e interesantes.

27. Plaza próxima a la ciudadela, donde tenían lugar las asambleas del pueblo. La palabra Pnix se deriva de πυκνῶσθαι, *apretarse*, habiéndosele dado este nombre, tal vez, por la multitud que en él se aglomeraba en algunos días de sesión.

28. Para obligar a los ciudadanos a entrar en el Pnix, se teñía de rojo una cuerda, que se llevaba a lo ancho de la *ágora* o mercado. La cuerda manchaba el vestido de los morosos, pudiendo así ser reconocidos y obligados a pagar la mulla de un trióbolo (medio dracma), en que consistía el sueldo de los asistentes a la asamblea.

29. Magistrados entre cuyas atribuciones estaba la de convocar y presidir las asambleas populares y levantar sus sesiones.

30. Los asientos del Pnix eran de piedra (V. *Los Caballeros*, 734); pero debía de haber algunos de madera, cuya posesión se disputaban los pritáneos por ser sin duda más distinguidos y cómodos.

31. Πέρδομαι, *pedo*.

32. Hay en el texto un juego de palabras intraducible, basado en la semejanza de las palabras πρίων, *sierra*, y πρίω, *comprar*.

33. Poco antes de reunirse la asamblea se purificaba el local, vertiendo sobre los bancos de los pritáneos algunas gotas de sangre de cerdo. Este sacrificio se ofrecía a Ceres.

34. La palabra θεός, *dios*, entra en la composición de este nombre.

35. Aristófanes parodia los prólogos de Eurípides, en los cuales uno de los personajes principales solía exponer fríamente toda su genealogía. Ifigenia, por ejemplo, presentándose sola en escena decía, (Vid. Eurip. *Ifig. in Tauride*): «Pélope hijo de Tántalo, cuando vino de Nisa se casó con la hija de Enomao, de la cual nació Atreo; de Atreo nacieron Menelao y Agamenón; este se casó con la hija de Tíndaro; y yo, Ifigenia, fui el fruto de este himeneo.»

36. Los pritáneos estaban encargados de proveer a las necesidades de los ciudadanos pobres que habían servido a la república.

37. Los pavos reales eran muy raros entonces en Atenas y se exponían todos los meses a la curiosidad pública. Tal vez los embajadores se presentarían en escena con plumas de pavo real, lo cual explica la exclamación de Diceópolis.

38. Residencia de invierno del gran Rey; en el verano la corte residía en Susa. En Ecbatana se hacía la especie de vestido llamado *pérsida*, que sin duda traían los embajadores atenienses.

39. Eutímenes fue arconte el 423 a. d. C., de modo que la embajada había durado trece años.

40. Río de Lidia, que desemboca en el Egeo, junto a Éfeso.

41. Antiguo rey de Atenas, sucedió a Cécrope en 1506.

42. Censura de la ostentación de la corte de Persia. Luciano (*Hermótimo*, al fin) habla de las Montañas de Oro como de un país imaginario.

43. Los griegos solo conocían los panes *cocidos en el horno*. Heródoto (I, 133) hablando de

los Persas dice: «El aniversario de su nacimiento es de todos los días el que celebran con preferencia, debiendo dar en él un convite, en el cual la gente más rica y principal suele sacar a la mesa bueyes enteros, caballos, camellos y asnos asados en el horno.» (*Tr. de Pou*).

44. General ateniense, de elevada estatura y muy vil y cobarde. Aristófanes lanza contra él sus invectivas en casi todas sus comedias. El hecho más escandaloso de su vida pública fue el haber huido arrojando el escudo. (V. *Las Nubes*, 673; *Los Caballeros*, 958; *Las Aves*, 1473 y 1480; *Las Fiestas de Ceres*, 829, etc.)

45. La palabra ψεῦδος, *mentira*, entra en la composición de este nombre. Recibían el título de *Ojo del Rey* ciertos ministros de la confianza particular del monarca persa. Eran, como si dijéramos, *su brazo derecho*.

46. Este agujero se llamaba ὀφθαλμὸς, ojo. El actor que desempeñaba el papel de Pseudartabas tenía una máscara con un solo ojo enormemente grande, de donde la comparación de Diceópolis.

47. Jerga incomprensible que probablemente no tiene significado en lengua alguna. Algunos sabios orientalistas han creído encontrar en ella ciertos vestigios de la lengua persa, pero sumamente alterados e ininteligibles (Anquetil-Duperron y Sacy). Hotibius supone que es una frase griega, ligeramente alterada y que pudiera reconstruirse así:

48. *Hianti podice*.

49. Es decir, «que te apalee hasta dejarte bañado en sangre.»

50. Hombre de relajadas costumbres citado muchas veces en las comedias de Aristófanes (V. *Las Aves*, 831; *Los Caballeros*, 1374; *Las Nubes*, 355; *Las Ranas*, 48; *Lisístrata*, 1092, etc.) Cratino también se ocupó de él en la *Botella de Mimbres*.

51. Los embajadores se alojaban en el Pritaneo, donde eran mantenidos por cuenta del Estado.

52. Embajador, que es preciso no confundir con otro Teoro, poeta de mala reputación, que vivía en Corinto para satisfacer sus crapulosas aficiones. Aristófanes le acusa de adulador, impío, adúltero y ladrón (*Las Avisp.* 42, 43; *Las Nubes*, 309).

53. Alusión a la frialdad de sus dramas.

54. Rey de Tracia, aliado de Atenas y muy poderoso. Murió algunos años después de la

representación de *Los Acarnienses* en una expedición contra los Tríbalos. (Véase Tucid., II, 368, 369; IV, 101.)

55. Teres o Sitalces, llamado Sadoco por Tucídides (IV, 101.)

56. Fiestas que duraban tres días y se celebraban en el mes Pianepsion (noviembre). Fueron establecidas en conmemoración de un combate entre atenienses y tebanos, en el cual cada pueblo estuvo representado por dos campeones. El ateniense derribó a su adversario por medio de un ardid, y salvó a su patria. La palabra encierra la idea de engaño (ἀπάτη), y por eso sin duda el hijo de Sitalces prefería estas fiestas a otras más solemnes.

57. Pueblo de Tracia que habitaba en la orilla del Estrimón. Practicaban la circuncisión, por lo cual se les creyó judíos.

58. *Quisnam ei mutilavit penem?*

59. Entonces en guerra con los atenienses.

60. Diceópolis había traído a la Asamblea su frugal desayuno. En *Las Junteras*, v. 306, se hace referencia a la misma costumbre.

61. Los ajos les hacían más terribles en el combate, como a los gallos, a quienes se obligaba a comerlos antes de entrar en riña.

62. La Asamblea se disolvía cuando se manifestaba algún augurio desfavorable.

63. Para la inteligencia de esta frase y las siguientes es preciso tener en cuenta que la palabra griega σπονδαὶ, *treguas*, significa también *libaciones*.

64. Alusión a los aprestos marítimos que entonces se hacían.

65. Los soldados al partir a una expedición militar debían llevar víveres para tres días. (V. *La Paz*, 312; *Las Avispas*, 243.)

66. Había en Atenas cuatro fiestas de Baco: 1.ª, las *Dionisíacas*, llamadas de los campos, se celebran en todo el Ática en el mes Posideón (diciembre-enero); 2.ª, las *Leneas* (fiesta de los lagares) peculiares a Atenas, en el mes Gamelión (enero-febrero); 3.ª, las *Antesterias* (febrero-marzo); 4.ª, las *Grandes Dionisíacas* en el 12 de Elafebolión (marzo-abril). Las fiestas a que se refiere Diceópolis, son las segundas. En ellas fueron representadas *Los Acarnienses* y *Los Caballeros*.

67. Al terminar esta escena debía de haber necesariamente un cambio de decoración.

68. Célebre andarín, natural de Crotona, que obtuvo tres veces el primer premio en los juegos Pitios. (Herod., VIII, 47).

69. Arconte de Atenas en tiempo de Darío. Durante su mando nevó tanto y se sintieron tan intensos fríos, que las gentes viéronse obligadas a encerrarse en sus casas. De ahí que su nombre se hubiese hecho proverbial para designar toda cosa fría en sentido propio o figurado.

70. Juego de palabras intraducible. *Palena* era un demo del Ática donde los atenienses lucharon contra Pisístrato cuando quiso apoderarse de la Tracia. Cambiando la P en B, resulta *Balena*, palabra que significa *lapidación*.

71. Εὐφημεῖτε (*ore favete*), fórmula sacramental que pronunciaba el sacerdote antes de ofrecer el sacrificio.

72. Llamábase así la joven que llevaba la cesta mística en las ceremonias religiosas. Solían ser de las más distinguidas familias.

73. El Falo figuraba en las procesiones de las fiestas de Baco, en memoria de una enfermedad de los órganos de la generación que Baco, irritado por la mala acogida hecha a su imagen importada por Pegaso, envió contra los atenienses. La enfermedad solo cesó por la institución de las Dionisíacas, en las cuales figuró en primera línea una representación de las partes atacadas por la epidemia. El Falo se imitaba con un pedazo de cuero pendiente de la punta de un báculo o cayado. Los poetas cómicos abusaron de las imágenes del Falo para hacer reír a la parte más grosera del público, como censura Aristófanes en *Las Nubes*, v. 542, por más que después, con notable inconsecuencia, lo empleó él mismo en la *Lisístrata*.

74. *Tempus* ἀφρωδισίον, dice el Escoliasta.

75. Sin duda se corría en escena peligro de ser robado. (V. *La Paz*, 734.)

76. Las mujeres no formaban parte de las procesiones.

77. Dios de la generación, adorado bajo el emblema del falo.

78. Este pasaje no deja duda sobre la fecha en que se representaron *Los Acarnienses*.

79. General ateniense, contemporáneo de Nicias y Alcibíades.

80. Monte del Ática donde crecía en abundancia la planta acuática llamada *Fleos*.

81. En las Dionisíacas rurales se llevaba una olla llena de legumbres. Por lo mismo uno de

los tres días de las *Antesterias* se llamaba la fiesta de las *ollas*.

82. Cleón había sido curtidor. Los caballeros eran sus más acérrimos enemigos.

83. Parodia de la escena en que *Telefo* se apodera de Orestes, niño todavía, y amenaza matarle si Agamenón no le da audiencia.

84. Monte del Ática, en el demo de Acarna.

85. Alusión a *Los Babilonios*. Cleón, que era muy mal tratado en esta comedia, acusó a Calístrato de haber injuriado en ella a los principales magistrados de Atenas, con la circunstancia agravante de haberlo hecho en presencia de los muchos extranjeros que, por haberse puesto en escena durante las Dionisíacas, asistieron a la representación.

86. Poeta lírico y trágico que escogía para sus dramas los asuntos más terribles, sin saber sacar partido de ellos; el éxito de sus piezas lo fiaba mucho en las extrañas máscaras que daba a sus personajes. Tal vez el erizado casco de Plutón, de que habla Aristófanes, es una alusión a la crespa y abundante cabellera que cubría el ardiente cráneo del melenudo poeta, o quizá a alguna de las piezas del mismo, en que Perseo se presentaba cubierto del *casco infernal*, para cortar la cabeza de Medusa. (V. Suidas, Αἴδος κυνῆ.)

87. Se dio maña hasta para escaparse del Infierno.

88. Otras ediciones sustituyen el nombre apelativo por el propio Cefisofón, criado de quien habrá ocasión de hablar más adelante.

89. Crítica de las sutilezas que abundan en las tragedias de Eurípides.

90. Estas palabras envuelven quizá una censura a Eurípides por haber dado gran importancia en sus tragedias a los papeles de esclavo, lo cual debió escandalizar a los clasicistas de su tiempo.

91. Demo del Ática.

92. Como los dioses y los héroes, que aparecían en escena por medio de la máquina llamada *ekkyklema*, de donde vino el haberse hecho proverbial el *Deus ex machina*. En *Las Fiestas de Ceres*, Agatón se presenta con igual aparato.

93. Porque se rompen las piernas al caer de la máquina donde está colgado. Alusión a varios personajes de las tragedias de Eurípides que eran cojos, como Telefo, Filoctetes, Belerofonte. En *Las Ranas*, Esquilo le llama graciosamente χωλοποιόν (Lit.: *factor de cojos*).

94. Eurípides se complacía en presentar a sus héroes cubiertos de andrajos y en la última miseria, acudiendo a este medio, un poco de mala ley, para producir efecto.

95. Héroe de una tragedia perdida. Después de la muerte de Tideo, mientras Diomedes hacía una expedición contra los tebanos, Eneo, ya anciano, fue destronado por los hijos de Agrio y reducido a andar errante en la mayor miseria. Diomedes, a su regreso, arrojó al usurpador y volvió a colocar en el trono a Eneo. En *Las Ranas*, v. 1238, cita Eurípides dos versos de la tragedia aquí aludida.

96. Protagonista de otro drama de Eurípides, también perdido. Atendiendo a las calumnias de una concubina, su padre Amíntor le condenó a perder la vista; pero el centauro Quirón se la devolvió al encomendarle la educación de Aquiles.

97. Eurípides lo presentó mendigando en la isla de Lemnos, donde le abandonaron los griegos a causa de la fetidez de su herida.

98. Belerofonte quedó cojo a consecuencia de una caída del caballo Pegaso, sobre el cual tenía la pretensión de subir al cielo.

99. Cuando los griegos se dirigieron contra Troya, creyendo al llegar a Misia encontrarse ya en país enemigo, la devastaron por completo. Telefo, rey de aquel país, que quiso oponerse, fue herido por Aquiles, y no consiguió curarse hasta hacer un viaje a Tesalia. Telefo fue más tarde muy infeliz, llegando hasta mendigar el sustento, en cuya situación lo presentó Eurípides en una tragedia perdida.

100. Tragedias perdidas.

101. Versos tomados del *Telefo* de Eurípides.

102. Nueva parodia.

103. Este verso es probablemente parodia de otro de Eurípides.

104. Los faroles se llevaban en cestitas de mimbre para preservarlos del viento.

105. O para servirse de ella a modo de casco, cuyo fondo solía rellenarse de esponjas o lana con objeto de amortiguar los golpes; o para excitar la compasión mostrando el mal estado de su batería de cocina. Crítica mordaz de los recursos dramáticos de Eurípides para producir el patético.

106. La madre de Eurípides había sido verdulera. Aristófanes no se contenta con echar en

cara a su enemigo lo humilde de su nacimiento, sino que parece acusar a su madre de no vender legítima hortaliza, sino perifollo o *scandix*. (Vid. Plin. *Hist. nat.*, XXII.)

107. Parodia del *Telefo*.

108. Véase la nota al verso 378.

109. Los metecos eran los extranjeros domiciliados en Atenas.

110. Ciudad de Laconia, junto al cabo del mismo nombre (hoy de Matapán). Neptuno tenía en ella un magnífico templo.

111. Alusión a un terremoto que se sintió en Esparta (468), después de haber quebrantado los lacedemonios el derecho de asilo de que gozaba el templo de Neptuno, para apoderarse de los hilotas refugiados al pie de sus altares. En el invierno anterior y en el verano siguiente se observaron otros temblores de tierra en toda Grecia. (Tuc. III, 87, 89.)

112. El Escoliasta se hace eco de la especie de que Alcibíades, enamorado de Simeta, indujo a unos marineros atenienses a que la robaran. (*Acar.*, 524.)

113. Célebre cortesana, amiga y consejera de Sócrates, amante y más tarde esposa de Pericles, y rival de los más elocuentes oradores. Según Platón, la oración fúnebre de los atenienses muertos por la patria, que Tucídides nos ha conservado, es obra de Aspasia. Su influencia era extraordinaria. (Vid. Philarète Chasles, *Études sur l'Antiquité*, p. 320 y siguientes. París, 1847.)

114. Acerca de este sobrenombre de Pericles dice Plutarco en su biografía: «El nombre de Olímpico creen unos que se le dio por los soberbios monumentos con que embelleció la ciudad, y otros por su acierto en el gobierno de la república y el mando de los ejércitos; nada impide, sin embargo, que varias causas hayan contribuido a su gloria. Los poetas cómicos de su tiempo, al asestar contra él los dardos de la sátira, dan a entender que su elocuencia le valió ese sobrenombre, pues dice que tronaba y relampagueaba desde la tribuna.»

115. Una canción de Timocreonte de Rodas, entonces muy popular, principiaba con las mismas palabras que el decreto contra los megarenses.

116. Verso del *Telefo* de Eurípides.

117. Isla pequeña perteneciente al grupo de las Cícladas. Estaba bajo la dependencia de Atenas.

118. El nombramiento de trierarca, traía consigo cuantiosos gastos, pues estaba obligado el electo a mantener por su cuenta la tripulación de una galera, y a tenerla siempre en disposición de darse a la vela en servicio del Estado. Este cargo durante las revueltas políticas era conferido a ciertos ciudadanos con ánimo de arruinarles. Así es que muchos se fingían pobres para excusarse de aceptarlo.

119. Las galeras atenienses llevaban en la proa una imagen dorada de Minerva, que se restauraba a cada nueva expedición.

120. Versos del *Telefo*.

121. La elección de Lámaco, como representante del partido que deseaba la guerra, es acertada, no solo por el humor belicoso que caracterizaba a aquel general, sino hasta por su nombre, perfectamente adecuado a las circunstancias: la etimología de Λάμαχος es, en efecto, λῶ, quiero, μάχη, guerra.

122. Era bastante frecuente esculpir en los escudos una cabeza de Gorgona.

123. Nombre de pájaro, fingido por Aristófanes para pintar el carácter de Lámaco.

124. Lit.: *de tres cucos*. Alude quizá a alguna elección hecha por sorpresa.

125. Atenienses de mala reputación.

126. El escoliasta de Aristófanes, en *Los Caballeros*, habla de un «Cares general que tomó a Mitilene», sin duda confundiéndole con Paques. (Tuc., III, 18, 28, 34 y sigs.).

127. País de Tracia. Este nombre tiene en su acepción etimológica un significado obsceno, por lo cual lo emplea Aristófanes para indicar la depravación de costumbres de Geres y Teodoro.

128. *Camarina* y *Gela*, ciudades de Sicilia. *Catágela*, nombre imaginario que significa cosa *ridícula*. El poeta parece aludir a Laques, que había mandado por entonces la escuadra enviada contra Sicilia.

129. Señalando al Coro.

130. *Marílades*, *Prínides*, *Eufórides*, nombres perfectamente adecuados a unos carboneros; vienen, en efecto, de μαρίλη, brasa; πρίνος, encina; εὖ φέρω, *que lleva con facilidad su carga*.

131. Joven orador desconocido. Algunos suponen que es una alusión a Alcibíades.

132. Metro empleado en las *Parábasis*. La *Parábasis* (de παραβαινῶ, *mudar de sitio*) era la

parte más principal del coro en la comedia antigua ateniense. En ella, reunido aquel frente a los espectadores, les dirigía la palabra, en el primer entreacto, como diríamos nosotros, pues la *Parábasis* se declamaba cuando los actores abandonaban por primera vez la escena. Los poetas aprovechaban esta oportunidad para dirigir la palabra al pueblo, dando explicaciones sobre sus actos y obras, o discurriendo sobre los negocios públicos, como se observa en esta de *Los Acarnienses*. La *Parábasis*, a lo menos con el carácter político que aquí tiene, desapareció en la comedia media y moderna. *El Pluto*, última de las piezas de Aristófanes que se han conservado, no tiene *Parábasis*.

133. Aristófanes había presentado sus dos primeras comedias con los nombres de Calístrato y Filónides, actores encargados de la representación de sus fábulas dramáticas.

134. Los atenienses hacían un gran consumo de coronas, especialmente de violetas. En *El Banquete* de Platón, Alcibíades se presenta con varias coronas de aquella deliciosa flor.

135. La frase griega es mucho más gráfica: *in primoribus natibus sedebatis*.

136. Lit.: *grasienta y lustrosa*, como lo que se unta de aceite; por eso viene después la comparación de las anchoas. El Escoliasta cita con este motivo el siguiente verso de una oda de Píndaro:

137. Isla dependiente de Atenas. De este pasaje han deducido algunos que Aristófanes tenía propiedades en Egina; otros creen que no se trata del poeta, sino del actor Calístrato. De todos modos, la toma de Egina fue una de las principales causas de la guerra (V. Tuc., I, 139).

138. Orador sumamente verboso y siempre pronto a disputar.

139. Uno de los adversarios políticos de Pericles. Acusado de traición, no pudo pronunciar una sola palabra, a pesar de ser un orador distinguido, y fue condenado, según unos, al ostracismo por diez años, y, según otros, a destierro perpetuo y confiscación de bienes.

140. Mal orador y gran pleitista. Su abuela era natural de Escitia, lo cual le echa en cara Aristófanes. Para comprender lo que sigue conviene tener presente que la mayor parte de los arqueros, que constituían la guardia municipal de Atenas, procedían de Escitia.

141. Orador de mala reputación. Era hijo de un arquero o de otra persona de baja extracción.

142. Alcibíades.

143. Magistrados que, como su nombre indica, tenían a su cargo la inspección de los mercados. Iban armados de azotes formados de correas.

144. *Lepros* era un sitio extramuros de Atenas, donde estaba el mercado de cueros.

145. Es decir, todo delator, porque *fasos* en griego tiene la misma raíz que *sicofanta* o delator. Fasos es el nombre de una ciudad y de un río de Escitia.

146. Era costumbre grabar en una columna de piedra o de madera las leyes y decretos para darlos a conocer.

147. El megarense se expresa en dialecto dórico.

148. Cada iniciado ofrecía a Ceres el sacrificio de un cerdo.

149. Juego de palabras. El megarense dice πεινῶμεν, *tenemos hambre*, y Diceópolis entiende πίνωμεν, *bebemos*, por la semejanza de ambos vocablos, que en la pronunciación casi debían confundirse.

150. El ajo puede decirse que constituía la base de la alimentación de los campesinos y del pueblo bajo. En Megara se recogía mucho.

151. La palabra χοῖρος significa *porcus* y *cunnus*; de aquí una infinidad de equívocos que no hacemos más que dejar traslucir.

152. *Diocles* era un héroe por el cual juraban los megarenses como en otros pueblos por Hércules o los Dioscuros. En su honor se celebraban juegos llamados *Dioclenses*.

153. *Cunnus fiet*.

154. Solo se sacrificaban víctimas perfectas.

155. *Quam germanus est hujus cunni alteri*!

156. Lit.: *garbanzos*. *Vox græca penem etiam significat*.

157. Ciudad imaginaria, cuyo nombro se deriva de τραγεῖν, *tragar o devorar*.

158. Medida de capacidad equivalente a un litro, ocho centilitros.

159. Esta súplica indica el extremo a que había llegado en Megara la miseria.

160. La voz griega significa *alumbrar* y *delatar*.

161. Diceópolis.

162. Alusión a sus prácticas infames.

163. El Escoliasta dice que este Cratino, poeta lírico de costumbres depravadas, no debe confundirse con el poeta cómico de igual nombre, atacado también por Aristófanes en varias de sus comedias.

164. Anacreonte, en un fragmento conservado por Ateneo (XII, 434. e. f.), habla de un Artemón, al cual llama περιφόρητος (*circunvectitius*), adjetivo cambiado por Aristófanes en περιπόνηρος (como si dijéramos *archibibrón*). Plutarco (*Vida de Pericles*, 27) habla de otro Artemón, hábil mecánico que ayudó a Pericles en el sitio de Samos, empleando máquinas de guerra.

165. Los poetas latinos usan también esta perífrasis para indicar el mal olor vulgarmente llamado a sobaquina.

166. Pintor extremadamente pobre y desvergonzado.

167. Parásito, natural del demo de Colargos; su pobreza y descaro eran extraordinarios. (Vid. *Los Caballeros*, 1265; *Las Avispas*, 787; y el frag. 1 de *Los Detalenses*.)

168. Hierba tónica y astringente, muy abundante en Beocia.

169. *Osseis tibiis inflate canis culum*. Las flautas a que alude eran parecidas a nuestras gaitas gallegas.

170. Mal flautista, ya citado.

171. Héroe muy respetado en Beocia. Ayudó a Hércules en su combate con la hidra de Lerna. (V. Pausanias, l. IX, 23.)

172. Lago de Beocia, cuyas anguilas eran muy grandes y apreciadas.

173. Parodia de Esquilo y Eurípides.

174. Poeta trágico, fue embajador en la corte de Persia, y gastrónomo famoso, una especie de Lúculo ateniense.

175. Porque durante la guerra del Peloponeso estuvieron interrumpidas las relaciones mercantiles con Beocia, y no podían presentarse en el mercado ateniense sus renombradas anguilas.

176. Verso 367 de la *Alcestes* de Eurípides.

177. Puerto de Atenas. Barthélemy, apoyado en autores antiguos, dice que las sardinas que en sus inmediaciones se pescaban merecían presentarse en la mesa de los dioses. (V. *Voyage*

du jeune Anacharsis, t. II, cap. 25).

178. Juramento muy usado por los espartanos, entre los cuales Cástor y Pólux recibían culto especial. (V. *La Paz*, 214, 285; *Lisíst.*, 81, 86.)

179. Fiesta que se celebraba el segundo día de las *Antesterias*. He aquí su origen, según el Escoliasta: cuando Orestes vino a Atenas, después de haber vengado el asesinato de su padre Agamenón con el de su madre Clitemnestra, Pandión, rey entonces del Ática, hallábase presidiendo un banquete en honor de Baco. No queriendo ni excluir a Orestes ni que sus convidados se contaminasen bebiendo en el mismo vaso que el parricida, distribuyó a cada uno una copa, de modo que al hacer las libaciones no hubiese necesidad de pasarla de mano, como era costumbre.

180. Parodia de alguna canción popular.

181. En honor de *Harmodio*, que, unido a Aristogitón, mató al tirano Hiparco, se compuso un *Escolio* o canto de sobremesa, conservado por Ateneo (lib. 15, c. 15). *Cantar el Harmodio* con alguno, significaba lo mismo que comer en su compañía. La canción aludida principiaba:

182. Se cree que Aristófanes alude a un Amor coronado de rosas y radiante de hermosura que Zeuxis había pintado en el templo de Venus, en Atenas.

183. *In his turpiuscula latent* (Boissonade.).

184. Epigrama contra Ctesifonte, que era muy grueso y panzudo.

185. Los tordos eran muy estimados en Atenas, como lo prueban varios pasajes del mismo Aristófanes.

186. Demo del Ática.

187. Lit.: *alebant me fume bovino*; para significar que los abonos constituyen una parte muy principal de la riqueza agrícola.

188. Había en Atenas médicos encargados de prestar gratuitamente sus servicios a los pobres.

189. Médico de Atenas.

190. Dábase este nombre al mozo que acompañaba al recién casado cuando se dirigía a su casa con su esposa.

191. Τὸ πέος.

192. Juego de palabras sobre μάχαι y Λάμαχοι.

193. Parodia del estilo trágico.

194. El tercer día de las Antesterias se llamaba la fiesta de las *ollas*.

195. Expresión burlesca.

196. El Escoliasta supone que el nombre de *Gerión* se lo da burlescamente Diceópolis a un insecto de *cuatro alas* que revolotea sobre la cabeza de Lámaco.

197. Que solía dar un gran festín para celebrar la fiesta del dios.

198. Es decir del banquete.

199. Este guiso recibía el nombre de θρῖον, *hoja de higuera*. Los había de muchas clases; vayan por muestra dos recetas para confeccionar este sabroso plato. Se mezclaba manteca de cerdo derretida con leche, hasta formar una masa espesa; añadíase queso fresco, yemas de huevos, y sesos; envolvíase la pasta en una hoja de higuera, y se ponía a cocer en un caldo de aves o de cabrito. Después se retiraba del fuego, se separaba la hoja y se sumergía en una cazuela llena de miel hirviendo. El manjar se servía después de cuajada la mezcla. Otra menos complicada: se mezclaban un trozo de tocino, harina de trigo común, leche, y una yema de huevo, y se envolvía la pasta en hojas de higuera.

200. Se supone que para sacar las carnes del asador.

201. Era una de las acusaciones públicas, lo mismo que la deserción.

202. El verbo θωρήσσω significa: *ponerse una coraza*, y *embriagarse*.

203. El corega tenía a su cargo ordenar por su cuenta los gastos teatrales. Parece que Antímaco trató mezquinamente a los artistas. Además hizo aprobar un decreto en que se prohibía a los poetas cómicos poner en escena con su propio nombre a los ciudadanos atenienses; por lo cual hubieron de retirarse muchas comedias, y quedaron reducidos a la mendicidad gran parte de los coristas.

204. Ladrón de vestidos.

205. Este Cratino es el mismo del verso 849, y no el poeta cómico.

206. Parodia de algún poeta trágico.

207. Los invitados a las fiestas solemnes no pagaban escote.

208. Sobrenombre de Apolo, honrado como dios de la medicina.

209. *Meum penem ambæ medium prehendite*.

210. *Tentigine rumpor, et in tenebris futuere gestio*.

211. Dios de la medicina.

Los Caballeros

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Al establecer Solón el principio de la soberanía nacional, dando al pueblo reunido en asamblea amplias facultades legisladoras y administrativas, no dejó de comprender el grave peligro que la nave del Estado correría si de su dirección se encargaba una multitud ligera, frívola, olvidadiza, fácilmente impresionable, apasionada en sus decisiones, ignorante y perpetuamente inexperta como la ateniense. Entre los infinitos escollos que el sabio legislador debió prever, presentábasele indudablemente como uno de los más formidables el de los nombramientos para las altas magistraturas encargadas de importantísimas funciones. Pues si privaba a la asamblea del derecho electoral, exponíase a hacer ilusorios todos los otros, dejándola a merced de sus enemigos declarados; y si no limitaba de algún modo el ejercicio de esta prerrogativa, ¿cómo impedir que, captándose el aura popular mediante halagos y promesas, escalasen los más altos puestos

hombres sin ilustración ni patriotismo, ávidos, rapaces y predispuestos al soborno y la venalidad? Sabido es que Solón resolvió el conflicto dejando a la asamblea general la facultad de nombrar los magistrados y de exigirles cuenta de su administración, mas prescribiendo que la designación para altos cargos únicamente pudiera recaer sobre los ricos. Al efecto, adoptando como base la riqueza y prescindiendo de la aristocracia de la sangre, dividió a los atenienses en cuatro clases, a saber: *Pentacosiomedimnos*, que tenían una renta anual de 500 medimnas; *Caballeros*, cuya cosecha era de 300 a 500; *Zeugitas*, que recogían de 200 a 300; y Tetas (Θῆτες), todos los demás. Estos últimos, con arreglo a la constitución de Solón, no tenían más derechos políticos que el de emitir su voto en la Asamblea y formar parte de los tribunales de justicia, mientras las tres clases primeras constituían, por decirlo así, el cuerpo de electores-elegibles.

Pero las guerras médicas antes, y la del Peloponeso después, dieron al traste con tan sabias precauciones, siendo causa del desastroso estado en que la administración de Atenas se encontraba cuando Aristófanes escribió *Los Caballeros*. Arístides fue quien dio el primer paso en tan funesto camino, haciendo aprobar después de la batalla de Platea un decreto por el cual los ciudadanos de la última clase podían aspirar, en concurrencia con los de las otras, a las altas magistraturas: agravose más tarde el mal cuando el gobierno consignó un salario para los asistentes a las públicas deliberaciones y empezaron a hacerse distribuciones de trigo: la clase pobre rehuyó entonces el trabajo; el aliciente del trióbolo la arrastró en masa al Pnix; la holgazanería fomentó su humor inquieto y novelero; la miseria la hizo esclava del que prometía más; y rechazando el blando freno de la ley y

la prudencia con que los buenos ciudadanos intentaban sujetarla, los alejó furiosa del gobierno, y se echó ciegamente en brazos de los ambiciosos demagogos. Figuraba como el principal de estos Cleón, heredero de la influencia de Pericles y acérrimo partidario de la guerra: Tucídides nos le pinta audaz, arrebatado y violento[1], idolatrado por el pueblo ateniense, cuyo apoyo se procuraba mediante larguezas esquilmadoras del tesoro y lisonjeros discursos en que trataba de inspirarle un soberano desprecio a las fuerzas de Lacedemonia[2]. Cuéntase que, deseando dar uno de esos golpes de efecto que seducen a la muchedumbre, reunió un día a todos sus amigos y les manifestó que, hallándose a punto de administrar la república, veíase obligado a renunciar a todo género de afecciones para ajustar sus actos solo al más puro criterio de justicia. Les hechos desmintieron bien pronto estas palabras; pero la multitud, obstinada y ciega, continuó favoreciéndole hasta el punto de tolerar sus burlas e insolencias, y aun de aplaudirlas, como las de un niño mimado[3]. Sin embargo, como el pueblo ateniense era voluble y tornadizo si los hubo, empezaba ya a eclipsarse y palidecer la estrella de Cleón cuando un acontecimiento singular, reciente al ponerse en escena *Los Caballeros*, vino a prestarle nuevos y más vivos resplandores. Refiriéndose constantemente la comedia de Aristófanes a este suceso, preciso es que sobre el mismo digamos algo.

Corría el año séptimo de la guerra del Peloponeso (425 antes de J. C.). Demóstenes, general ateniense, en una expedición a la Laconia, ocupó a Pilos, pequeña ciudad marítima, situada en la antigua Mesenia, a 400 estadios de Esparta, y la hizo amurallar en la expectativa de un ataque de los lacedemonios. Dieron estos al principio muy poca importancia a la dicha ocupación, considerando cosa fácil el recobrar una plaza fortificada a

la ligera, defendida solo por un puñado de hombres y mal aprovisionada por añadidura. En esta confianza marcharon contra Pilos; pero no creyendo inútiles ciertas precauciones, situaron sus hoplitas en la isla Esfacteria, que extendiéndose delante de aquel puerto solo permite llegar a él por dos estrechos pasos, cuya angostura dificulta sobremanera toda maniobra naval. Pensaban, pues, sin combate marítimo y sin grave riesgo, apoderarse de una plaza casi desguarnecida. Sin embargo, de tal modo se arreglaron las cosas que, contra lo que esperaban, fueron vencidos los lacedemonios en un combate, y viéronse obligados a abandonar en Esfacteria 420 soldados de las más distinguidas familias espartanas. Con objeto de librarlos, enviaron a los atenienses una embajada; pero Cleón, cuyo ascendiente sobre el pueblo no tenía entonces límites, imposibilitó todas las negociaciones con exigencias irritantes, y la guerra continuó alrededor de Pilos con más encarnizamiento que nunca.

Prolongábase el bloqueo indefinidamente; los atenienses carecían de víveres y sufrían toda clase de privaciones, mientras los lacedemonios conseguían, aunque a duras penas, introducir vituallas en la isla. El pueblo de Atenas irritose con estas dilaciones y empezó a murmurar de Cleón a quien cabía grave responsabilidad en el asunto. El audaz demagogo culpó de lo que ocurría a la ineptitud y morosidad de los generales Nicias y Demóstenes, dejándose decir públicamente que si se le confiaba el mando del ejército, se apoderaría de Esfacteria en menos de veinte días. Cogiole la palabra Nicias y le puso en grave aprieto dimitiendo su cargo: el pueblo, viendo defenderse a Cleón con evasivas, le obligó a partir por uno de esos movimientos familiares a la multitud ateniense.

Demóstenes en tanto había puesto fuego a un montecillo de la isla,

desde el cual su gente era muy hostilizada. Quemado el monte era fácil apoderarse de Esfacteria sin necesidad de refuerzos. Llegó a poco Cleón, y acompañado de Demóstenes obligó a rendirse a la guarnición lacedemonia, y volvió triunfante a Atenas con los trescientos prisioneros hechos en la isla, atribuyéndose toda la gloria de aquella hazaña. No es decible cuánto aumentó su crédito con esto; las turbas llegaron a adorar en él, con lo cual el insolente demagogo dio rienda suelta a su audacia y vejó más que nunca a todos sus enemigos[4].

A raíz de estos sucesos compuso Aristófanes su comedia intitulada *Los Caballeros* (Ἱππῆς) que es una violentísima sátira contra Cleón y sus secuaces. El poeta le azota sin piedad; saca a público espectáculo sus violencias y sus crímenes; acumula sobre su cabeza cuantas acusaciones pueden hacer a un hombre odioso y despreciable, y se ensaña con una virulencia de que no hay otro ejemplo en los anales literarios. Como si no le bastase haber apurado todo el diccionario de los ultrajes y dicterios, llega hasta inventar palabras nuevas para denigrarlo: Cleón en *Los Caballeros* es insolente, adulador, sicofanta, concusionario, venal, impudente, cobarde, calumniador, canalla, bribón, infame, recaudador sin conciencia, mina de latrocinios y abismo de perversidad: las prendas corporales marchan en armonía con las del espíritu; su continente es tosco y soez, su voz atronadora y desentonada, su faz ceñuda, sus ojos aviesos y feroces, y todo su cuerpo, en fin, sucio y pestilente. Para apreciar en su justo valor la verdad de todo este negrísimo retrato, téngase en cuenta que en Aristófanes hablaban a un tiempo el odio de partido y los resentimientos personales. Tucídides, no obstante estar afiliado también a la aristocracia, trata a Cleón con mucho menos encono; pero ya vimos en *Los Acarnienses*

que luego de representados *Los Babilonios*, Cleón había acusado a Aristófanes en la persona de Calístrato de haber entregado el pueblo al ludibrio de los extranjeros y luego había tratado de disputarle su condición de ciudadano.

El poeta después de estos ataques creyose autorizado a todo, y desafiando, como nos dice el mismo, el *huracán* y las *tempestades*:[5], lanzó contra el hombre más poderoso de su tiempo los dardos de su burla inextinguible. Pero en medio de las personalidades que afean *Los Caballeros*, no puede menos de aplaudirse el ardiente patriotismo de Aristófanes, que con valor rayano en temerario le anima a decir a sus conciudadanos las más amargas verdades: en esta comedia ataca vigorosamente, en efecto, todos los vicios que iban minando la constitución de Atenas y acelerando el día de su perdición, cuales eran: la debilidad del Senado, la impudencia de los oradores, la frivolidad y presunción del pueblo, las concusiones de los funcionarios públicos, las calumnias de los sicofantas, el desorden de la administración, la manía de los procesos, la creciente inmoralidad de las costumbres y la funesta oposición a la paz.

El pueblo ateniense está en *Los Caballeros* personificado en Δῆμος, viejo chocho y gruñón, de áspero e irascible carácter. Dos de sus esclavos, Nicias y Demóstenes, los generales de que acabamos de hablar, se quejan amargamente de que uno de sus camaradas, como perro zalamero, a fuerza de adulaciones y servilismo ha logrado sorber el sexo al buen anciano, y gobernar a su antojo toda la casa. Este tal es Cleón, al cual nunca llaman por su propio nombre, sino con los apodos de paflagonio o curtidor. Buscando un modo de librarse de tan odiosa tiranía, consiguen apoderarse

de un oráculo, en el cual se predice que debe ser suplantado por un choricero. Apenas han concluido de enterarse de la preciosa profecía, aparece uno de aquel oficio en la plaza pública: Nicias y Demóstenes se apresuran a anunciarle su futura gloria, y logran vencer sus escrúpulos y resistencia. «¿Pero cómo yo, simple choricero, les dice, puedo llegar a ser un gran personaje? — Por eso mismo, porque eres un canalla, audaz y salido de la hez del pueblo. — Si no he recibido la menor instrucción; si solo sé leer, y eso mal...» alega batiéndose ya en retirada. A lo lo cual replican: «Precisamente lo único que te perjudica es saber leer, aunque mal, porque has de tener presente que el gobierno popular no pertenece a los hombres ilustrados y de intachable conducta, sino a los ignorantes y perdidos.» Con tan sangrienta ironía ataca Aristófanes a la democracia.

Cleón aparece entonces vomitando calumnias, y a su vista el choricero huye despavorido: el coro, formado de *Caballeros*, acude a socorrerle, y lanza una granizada de denuestos sobre el paflagonio; el choricero se anima poco a poco; entáblase entre ambos contendientes un certamen sobre cuál es más bribón, desvergonzado y canalla, y el choricero vence. Cleón acude al Senado y al Pueblo, y su rival consigue nuevos triunfos, hasta que al fin se presenta con el anciano Demo, completamente remozado y embellecido, y con firmes propósitos de enmendarse. Para probar su arrepentimiento el Pueblo arroja al paflagonio de su presencia, y celebra las *dulzuras de la paz*.

Respecto a la dificultad de apreciar el mérito literario de *Los Caballeros*, dice el Sr. Camus: «Dos circunstancias de gran bulto hacen que no podamos recrearnos con esta pieza tanto como se recrearon los espectadores atenienses: es la primera el ningún interés que para nosotros tiene el personaje satirizado por el poeta, y por tanto, no tienen ya el efecto

cómico que hubieron de tener entonces las mordaces alusiones a sus rasgos personales; y la segunda, que por estar erizado su estilo de enigmas y anécdotas de aquel tiempo, por grande que sea nuestra erudición, por grande que sea nuestro conocimiento de las cosas de aquella época por siempre memorable, nunca llegaremos a comprenderlas todas lo bastante para poder disfrutar de toda la gracia que contienen, quedando siempre algo ininteligible y oscuro.»[6] Mas a pesar de todo, se nota en esta comedia que el vigor del ataque, la seria indignación que hervía en el alma del poeta, y tal vez el convencimiento de los peligros a que le dejaba expuesto su filípica teatral, hacen sin duda que en ella no se encuentren con la ordinaria abundancia la inagotable inventiva, la vis cómica, las sabrosas sales, las ingeniosas alegorías, las chispeantes burlas, la ática ironía características del teatro aristofánico. La realidad se ve demasiado clara, y la verdad se muestra demasiado al desnudo, sin que el velo de la ficción, tan necesario en todo poema dramático, suavice la dureza de sus contornos y dulcifique la acritud de su colorido; «solo al fin, dice un traductor de Aristófanes,[7] cuando el poeta ha desahogado ya su bilis contra Cleón su enemigo, vuelve a aparecer la inextinguible vena de sus chistes en la lucha de adulaciones y zalamerías que el choricero y el curtidor entablan para granjearse el afecto del Pueblo.» Es también de admirar en *Los Caballeros* la pericia de consumado general con que Aristófanes previene los peligros y consecuencias de su agresión, ligando a su propia causa la de los acaudalados propietarios, de entre los cuales formó el coro, no designando nunca por su nombre a Cleón, por más que se le vea, dice Brumoy[8], detrás de una alegoría de gasa; y por último, lisonjeando los instintos de la multitud, abofeteada en la persona de Pueblo, con su regeneración y

embellecimiento final.

El hecho de no haber querido ningún actor encargarse del papel de paflagonio ni haberse encontrado en Atenas artista alguno que quisiera hacer su máscara, demuestra elocuentemente la necesidad de estas precauciones: el mismo Aristófanes con la cara embadurnada tuvo que representar al peligroso personaje.

Los Caballeros se pusieron en escena en las fiestas *Leneas*, a raíz de los acontecimientos de Pilos, el 425 antes de Jesucristo, habiendo obtenido el primer premio.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Demóstenes.
Nicias.
Un choricero llamado Agorácrito.
Cleón.
Coro de Caballeros.
Pueblo, personificado en un anciano.

* * *

La escena pasa delante de la casa del anciano Pueblo.

* * *

LOS CABALLEROS.

* * *

DEMÓSTENES.

¡Oh qué calamidad! ¡Ojalá confundan los dioses a ese recién venido Paflagonio[9] y a sus malditos consejos! Desde que, en mal hora, se introdujo en esta casa[10], no cesa de apalear a los esclavos.

NICIAS.

¡Ojalá perezca desastradamente con sus infames calumnias!

DEMÓSTENES.

¿Cómo lo pasas, desdichado?

NICIAS.

Muy mal, lo mismo que tú.

DEMÓSTENES.

Ven acá: mezclemos nuestros gemidos, imitando los cantos plañideros de Olimpo.[11]

DEMÓSTENES Y NICIAS.

Mumu, mumu, mumu, mumu, mumu, mumu.

DEMÓSTENES.

¿A qué lamentos inútiles? ¿No convendría más buscar otro medio de mejorar nuestra suerte, y dejarnos de llantos?

NICIAS.

¿Cuál podrá ser ese medio? Dímelo.

DEMÓSTENES.

Dímelo tú; no quiero disputar contigo.

NICIAS.

No, ¡por Apolo! No he de ser yo el primero; habla sin temor; después hablaré yo.

DEMÓSTENES.

«¡Ojalá me dijeses lo que debo decir!»[12]

NICIAS.

No me atrevo. ¿Cómo haré para decir eso discretamente, a la manera de Eurípides?

DEMÓSTENES.

¡Aparta, aparta, no me llenes de verdolagas![13] Más vale que inventes un canto de libertad.[14]

NICIAS.

Di, pues, de una vez: *pasemos*.[15]

DEMÓSTENES.

Sea; ya digo *pasemos*.

NICIAS.

Añade *a él* a *pasemos*.

DEMÓSTENES.

A él.

NICIAS.

Perfectamente. Ahora, como si te arrascases, di primero despacito: *Pasemos*, y repítelo después, aprisa, añadiendo *a él*.

DEMÓSTENES.

Pasemos, *pasemos a él*, *pasemos a él*.

NICIAS.

¡Eh! ¿No es delicioso?

DEMÓSTENES.

Sin duda; pero temo que este oráculo sea funesto a nuestra piel.

NICIAS.

¿Por qué motivo?

DEMÓSTENES.

Porque arrascándose suele arañarse la piel.[16]

NICIAS.

En el actual estado de las cosas, creo que lo mejor será acercarnos suplicantes a la estatua de cualquier dios.

DEMÓSTENES.

¿A qué estatua? ¿Acaso crees que hay dioses?

NICIAS.

Yo sí.

DEMÓSTENES.

¿En qué te fundas?

NICIAS.

En que soy aborrecido por ellos. ¿No tengo razón?

DEMÓSTENES.

Me has convencido.

NICIAS.

Pero hablemos de otra cosa.

DEMÓSTENES.

¿Quieres que manifieste todo el asunto a los espectadores?

NICIAS.

No será malo: pero antes roguémosles que con la expresión de su fisonomía muestren si les son gratos nuestros argumentos y palabras.[17]

DEMÓSTENES.

Principio ya. Tenemos un amo, selvático, voraz por las habas,[18] irascible, tardón y algo sordo; se llama Pueblo Pniciense. El mes último compró un esclavo, zurrador paflagonio, lo más intrigante y calumniador que puede imaginarse. El tal Paflagonio, conociendo el carácter del viejo, empezó, como perro zalamero, a hacerle la rosca, a adularle, a acariciarle y a sujetarle con sus correíllas,[19] diciéndole: «¡Dueño mío! vete al baño, que ya es bastante trabajo el sentenciar un pleito; toma un bocadillo, echa un trago, come, cobra los tres óbolos.[20] ¿Quieres que te sirva la comida?» Y arrebatando después lo que cada uno de nosotros había dispuesto para sí, se lo ofrecía generosamente al viejo. Últimamente le había yo preparado en Pilos[21] un pastel lacedemonio; pues bien, no sé de qué manera se las arregló ese bribón pero el caso es que me lo escamoteó y se lo ofreció al amo como cosa suya. Nos aparta cuidadosamente del anciano Pueblo y no nos permite servirle. Armado de su mosquero de correas,[22] se coloca junto a su señor cuando cena, y espanta a los oradores y pronuncia oráculos, y le ha llenado al viejo la cabeza de profecías. Cuando le ve ya chocho, pone manos a la obra. Acusa y calumnia a todos los de la casa y nos muelen a golpes. El mismo Paflagonio corre alrededor de los criados, les pide, les acosa, les arranca regalos, diciéndoles: «¿Veis cómo por mi causa le sacuden a Hilas? ¡Si no hacéis lo que quiero, moriréis hoy mismo!» Y nosotros le damos cuanto pide, pues si no, pateados por el viejo, aflojaríanos ocho veces más.[23] Tratemos, pues, cuanto antes, amigo mío, del camino que debemos seguir y a dónde debemos ir a parar.

NICIAS.

Lo mejor será lo que antes hemos dicho: huir.

DEMÓSTENES.

Pero si nada puede hacerse sin que lo vea ese maldito Paflagonio: él mismo lo inspecciona todo. Tiene un pie en Pilos y el otro en la asamblea. Esta inmensa separación de sus piernas hace que sus nalgas caigan sobre Caonia, mientras sus dos manos están pidiendo en Etolia y su imaginación robando en Clopidia.[24]

NICIAS.

Lo mejor será morir. Mas procura que muramos como valientes.

DEMÓSTENES.

¿Cómo nos arreglaremos para morir como valientes?

NICIAS.

Lo mejor será beber sangre de toro. ¿Hay muerte más apetecible que la de Temístocles?[25]

DEMÓSTENES.

Sangre no, por mi vida; mejor será vino del Buen Genio. Quizá se nos ocurra alguna idea excelente.

NICIAS.

¡Ah! ¡Vino! Luego se trata de beber. ¿Pero qué idea buena puede ocurrírsele a un hombre ebrio?

DEMÓSTENES.

Pues ya lo creo; bebes tanta agua que solo aciertas a decir necedades. ¿Te atreves a acusar al vino de que turba la razón? ¿Acaso hay nada de más eficaces resultados? Escucha: los hombres cuando beben son ricos, afortunados en sus negocios, ganan los pleitos y son felices y útiles a sus amigos. Ea, tráeme pronto una copa de vino para que riegue mi espíritu y diga alguna gracia.

NICIAS.

¡Ay de mí! ¿Qué vamos a sacar de que tú bebas?

DEMÓSTENES.

Mil ventajas; pero trae la copa: voy a recostarme aquí. Si llega a alegrarme el vino, ya verás cómo inundo estos contornos de conceptitos, sentencitas y argumentillos.

(*Entra un momento en la casa y vuelve con el vino.*)

NICIAS.

¡Qué suerte! nadie me ha sorprendido.

DEMÓSTENES.

¡Di! ¿Qué hace el Paflagonio?

NICIAS.

Harto de vino y panes denunciados, el muy bribón ronca tendido sobre sus cueros.

DEMÓSTENES.

Entonces escánciame vino con mano pródiga, como si fuera para una libación.

NICIAS.

Toma y haz una libación en honor del Buen Genio;[26] bebe, bebe el vino del Genio de Pramnio.[27]

DEMÓSTENES.

¡Oh Buen Genio! esta idea no es mía, sino tuya.

NICIAS.

¡Cómo! ¡Habla pronto! ¿Qué se te ha ocurrido?

DEMÓSTENES.

Entra en la casa mientras duerme, y escamotéale sus oráculos al

Paflagonio.

NICIAS.

Lo haré. Mas temo que esa idea te la haya inspirado un Mal Genio.

DEMÓSTENES.

Anda. En tanto llenaré yo mismo la copa. Tal vez este riego haga germinar en mi cerebro alguna buena idea.

(*Entra en la casa Nicias y vuelve en seguida.*)

NICIAS.

¡Con qué furia ronca y se desahoga el Paflagonio! Así es que le he sustraído sin dificultad aquel sagrado oráculo que guardaba cuidadosamente.

DEMÓSTENES.

¡Tu destreza no tiene rival! Dámelo para que lo lea. En tanto échame vino a toda prisa. — Veamos lo que dice. ¡Oh, qué precioso hallazgo! Dame, dame pronto la copa.

NICIAS.

Toma. ¿Qué dice el oráculo?

DEMÓSTENES.

Llénamе otra.

NICIAS.

¡Cómo! ¿El oráculo dice: «Llénamе otra»?

DEMÓSTENES.

¡Oh Bacis![28]

NICIAS.

¿Pero qué es ello?

DEMÓSTENES.

Dame pronto la copa.

NICIAS.

Sin duda Bacis menudeaba los tragos.

DEMÓSTENES.

¡Maldito Paflagonio! ¡Por eso guardabas hace tanto tiempo este oráculo que se refiere a ti!

NICIAS.

¿Cómo?

DEMÓSTENES.

Aquí se dice cómo ha de perecer.

NICIAS.

Pero ¿cómo?

DEMÓSTENES.

¿Cómo? El oráculo dice terminantemente que primero habrá un vendedor[29] de estopas que gobernará la república.

NICIAS.

Ya hemos tenido el vendedor. ¿Y después?

DEMÓSTENES.

Será el segundo un tratante en ganado.[30]

NICIAS.

Ya van dos comerciantes. Y a ese ¿qué le sucederá?

DEMÓSTENES.

Mandará hasta que aparezca otro hombre más perverso que él. Caerá entonces, reemplazándole un Paflagonio, comerciante en pieles, ladrón, alborotador y de voz ensordecedora como la del torrente Ciclóboro.[31]

NICIAS.

¿El tratante en ganado debía, pues, ser derribado por el comerciante en pieles?

DEMÓSTENES.

Sí, por cierto.

NICIAS.

¡Infeliz de mí! ¿Dónde podremos encontrar otro comerciante?

DEMÓSTENES.

Aún hay otro de astucia extraordinaria.

NICIAS.

¿Quién? Por favor, ¿quién es?

DEMÓSTENES.

¿Lo diré?

NICIAS.

Sí, por Júpiter.

DEMÓSTENES.

Un choricero será quien le derribe.

NICIAS.

¡Un choricero![32] ¡Nobilísimo oficio, por Neptuno! ¿Pero dónde hallaremos a ese hombre?

DEMÓSTENES.

Busquémosle.

NICIAS.

Ahora entra uno en el mercado; los dioses nos le envían.

* * *

(*Entra el* Choricero *con una tabla llena de embutidos.*)

DEMÓSTENES.

¡Ven, ven, choricero dichoso! ¡Adelante, hombre querido, a quien está reservada nuestra salvación y la de la república!

EL CHORICERO.

¿Qué es esto? ¿Por qué me llamáis?

DEMÓSTENES.

Ven acá, y escucha tu feliz y afortunado destino.

NICIAS.

Ea, cógele el tablero y entérale del oráculo del dios, y de su contenido. Yo voy a ver lo que hace el Paflagonio.

DEMÓSTENES.

Vamos, deja primero en el suelo tus mercancías, y adora después a la tierra y a los dioses.

EL CHORICERO.

Heme aquí. ¿Qué es ello?

DEMÓSTENES.

¡Mortal bienaventurado! ¡Mortal opulento, que hoy no eres nada, y mañana lo serás todo! ¡Oh jefe de la afortunada Atenas!

EL CHORICERO.

¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

DEMÓSTENES.

¿Qué tripas? ¡Insensato! mira allí. ¿Ves esas filas de ciudadanos?[33]

EL CHORICERO.

Las veo.

DEMÓSTENES.

Pues bien, tú serás su jefe, y el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás al Senado; destituirás a los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás a prisión y establecerás tu mancebía en el Pritaneo.

EL CHORICERO.

¿Yo?

DEMÓSTENES.

Sí, tú; y aún no lo ves todo. Súbete sobre ese tablero y mira todas las islas del rededor.[34]

EL CHORICERO.

Las veo.

DEMÓSTENES.

Bueno; ¿y los mercados y las naves de carga?

EL CHORICERO.

También.

DEMÓSTENES.

¿Puede haber fortuna mayor? Dirige ahora el ojo derecho a Caria y el otro a Calcedonia.[35]

EL CHORICERO.

¿De modo que mi gran fortuna va a ser quedarme bizco?

DEMÓSTENES.

No; tú *venderás*[36] todo eso. Porque llegarás a ser, como el oráculo lo dice, un gran personaje.

EL CHORICERO.

¿Pero cómo yo, que soy un choricero, llegaré a ser un personaje?

DEMÓSTENES.

Por eso mismo llegarás a ser un grande hombre; porque eres un canalla

audaz, salido de la hez del pueblo.

EL CHORICERO.

Me creo indigno de ser grande.

DEMÓSTENES.

¡Pobre de mí! ¿De qué te crees indigno? Parece que aún abrigas algún buen sentimiento. ¿Acaso perteneces a una clase honrada?

EL CHORICERO.

No, por los dioses; pertenezco a la canalla.

DEMÓSTENES.

¡Oh mortal afortunado! ¡De qué felices dotes de gobierno te ha colmado la naturaleza!

EL CHORICERO.

Pero, buen amigo, si no he recibido la menor instrucción; si solo sé leer, y eso mal.

DEMÓSTENES.

Precisamente lo único que te perjudica es saber leer, aunque sea mal. Porque el gobierno popular no pertenece a los hombres instruidos y de intachable conducta, sino a los ignorantes y perdidos. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones.

EL CHORICERO.

Veamos; ¿qué dice ese oráculo?

DEMÓSTENES.

Se expresa muy bien, por los dioses, y con una alegoría elegante y no muy oscura. «Pero cuando el águila pelambrera, de ganchudas uñas, por la cabeza sujete al estúpido dragón bebedor de sangre, entonces la salmuera con ajos de los paflagonios perecerá, y el Numen a los tripacalleros

concederá insigne gloria; a no ser que prefieran continuar vendiendo embutidos.»[37]

EL CHORICERO.

¿Qué tiene eso que ver conmigo? Explícamelo.

DEMÓSTENES.

El águila pelambrera es nuestro Paflagonio.

EL CHORICERO.

¿Qué significa eso «de ganchudas uñas?»

DEMÓSTENES.

Eso quiere decir que con sus manos todo lo arrebata y se lo lleva.

EL CHORICERO.

¿Y lo del dragón?

DEMÓSTENES.

Eso está clarísimo. El dragón es largo y el chorizo también. Y el chorizo y el dragón se llenan de sangre. Así es que el dragón, dice el oráculo, podrá vencer al águila pelambrera si no se deja engañar por palabras.

EL CHORICERO.

Me lisonjean, por vida mía, sus vaticinios; mas no acierto a comprender cómo puedo ser apto para los negocios políticos.

DEMÓSTENES.

Muy fácilmente. Haz lo mismo que ahora: embrolla y revuelve los negocios como acostumbras a hacer con los intestinos, y conquista el cariño del pueblo engolosinándole con proposiciones culinarias. Tus cualidades son las únicas para ser un demagogo a pedir de boca: voz terrible; natural perverso; impudencia de plazuela; en fin, cuanto se necesita para gobernar la república. Los oráculos y el mismo Apolo Pitio te

designan para ello. Ea, ponte una corona, haz una libación a la *Necedad*,[38] y ataca a tu rival denodadamente.

EL CHORICERO.

¿Y quién me ayudará? Los ricos le temen; la pobre plebe tiembla en su presencia.

DEMÓSTENES.

Pero hay mil honrados Caballeros[39] que le detestan y que te defenderán; en tu auxilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos, y hasta los mismos dioses. No temas; ni siquiera verás su rostro, pues ningún artista se ha atrevido a esculpir su máscara. Sin embargo, ya se le conocerá; los espectadores no son lerdos.

* * *

(*Sale Cleón.*)

EL CHORICERO.

¡Desdichado de mi! Ya sale el Paflagonio.

CLEÓN.

No quedará impune, lo juro por los doce grandes dioses, la conspiración que estáis tramando contra el pueblo hace tanto tiempo. ¿Qué hace aquí esta copa de Calcis?[40] No cabe duda de que tratabais de sublevar a los calcidenses. Pereceréis, moriréis sin remedio, pareja de malvados.

DEMÓSTENES.

¡Eh, tú! ¿Por qué huyes? Quédate, ilustre choricero. No abandones la empresa. Acudid, Caballeros: llegó la hora. Simón, Panecio, colocaos en el

ala derecha. Ya se acercan. Persiste tú también y dale cara de nuevo. El polvo que levantan te anuncia que ya llegan; resístele, acométele, hazle que huya.

* * *

CORO DE CABALLEROS.

Hiere, hiere a ese canalla enemigo de los Caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios, y canalla y cien veces canalla; y siempre canalla, nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada día. Pero sacúdele, síguele, zarandéale, expulsa a ese bribón; maldícele como nosotros y persíguele gritando. Cuidado no se te escabulla; mira que sabe los caminos por donde Éucrates se escapó al salvado.[41]

CLEÓN.

Ancianos heliastas,[42] cofrades del trióbolo, a quienes yo alimento con mis justas o injustas denuncias, socorredme: estos hombres se han conjurado para sacudirme.

CORO.

Y nos sobra razón, porque tú te apoderas de los bienes de todos y los consumes antes de que sean distribuidos; y después tanteas y oprimes a los que han de dar las cuentas, como se tantea un higo para ver si está verde o maduro; y cuando ves alguno de carácter débil y pacífico, le haces venir del Quersoneso,[43] le agarras por la cintura, le echas los brazos al cuello, le armas la zancadilla, y después de arrojarlo al suelo te lo tragas de un solo bocado.[44] Tú siempre estás acechando a los ciudadanos sencillos y mansos como ovejas, honrados y enemigos de pleitos.

CLEÓN.

¿Todos os subleváis contra mí? Y sin embargo, ciudadanos, por vuestra causa soy apaleado, pues iba a proponer en el Senado que se construyese en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor.

CORO.

¡Qué hablador y qué astuto! Mira como se arrastra a nuestro alrededor y trata de engañarnos como si fuéramos unos viejos chochos. Mas si vence por estos medios, con ellos será castigado; si se inclina hacia aquí, le plantaré un puntapié.

CLEÓN (*apaleado*).

¡Oh pueblo! ¡Oh ciudadanos! ¡Qué fieras me patean el vientre!

CORO.

¿También tú gritas, destructor de la república?

EL CHORICERO.

Yo me comprometo a ahuyentarle al punto con mis gritos.

CORO.

Si tus gritos son mayores, te proclamaremos vencedor; si le sobrepujas en desvergüenza, nuestra será la victoria.

CLEÓN.

Yo delato a ese hombre, y sostengo que ha llevado la salsa de sus mercancías a las naves peloponesias.[45]

EL CHORICERO.

Y yo, voto a bríos, acuso a este de haber ido al Pritaneo con el estómago vacío, y haber vuelto de él con el vientre lleno.[46]

DEMÓSTENES.

Y además, saca de allí cosas prohibidas, carne, pan y pescado, lo cual nunca consiguió ni el mismo Pericles.

CLEÓN.

Los dos vais a morir.

EL CHORICERO.

Gritaré tres veces más que tú.

CLEÓN.

Te aturdiré con mis voces.

EL CHORICERO.

Te ensordeceré con mis gritos.

CLEÓN.

Te acusaré cuando seas general.

EL CHORICERO.

Te deslomaré como a un perro.

CLEÓN.

Ya te cortaré los vuelos.

EL CHORICERO.

Ya te atajaré el camino.

CLEÓN.

Mírame de frente.

EL CHORICERO.

También yo me he criado en la plaza.

CLEÓN.

Si resuellas, te hago trizas.

EL CHORICERO.

Si hablas, te cubro de estiércol.

CLEÓN.

Yo confieso que soy un ladrón: tú lo niegas.

EL CHORICERO.

Por Mercurio, dios del mercado, lo negaré con juramento aunque me cojan infraganti.

CLEÓN.

Quieres adornarte con méritos ajenos. Te acusaré ante los pritáneos[47] de que tienes vientres de víctimas que no han pagado su diezmo a los dioses.

CORO.

¡Infame, bribón, bocaza; tu audacia llena toda la tierra, toda la asamblea, las oficinas de recaudación, los procesos, los tribunales! ¡Removedor de fango, tú has enturbiado la limpieza de la república, y ensordecido a Atenas con tus estentóreos clamores: tú desde lo alto del poder acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes!

CLEÓN.

Ya sé yo donde se ha adobado[48] esta conspiración.

EL CHORICERO.

Si tú no supieses adobar pieles, yo no sabría hacer embutidos; tú que vendías a los labradores la piel de un buey enfermo, curtida de suerte que parecía más gruesa, y apenas la habían llevado un día se estiraba dos palmos.

DEMÓSTENES.

¡A mí me jugó la misma mala pasada! ¡Cuánto se burlaron mis compañeros y vecinos! Antes de llegar a Pérgasas[49] ya nadaba en mis zapatos.

CORO.

¿No has hecho desde el principio ostentación de desvergüenza, arma única de los oradores? Tú, que eres el jefe de esa impudente gavilla, sonsacas a los extranjeros opulentos; por eso el hijo de Hipodamo[50] llora cuando te mira; pero ha aparecido, ¡cuánto me alegro!, otro hombre más bribón que tú, que te arrojará del puesto, y, a lo que parece, te vencerá en audacia, intrigas y maquinaciones. (*Al Choricero.*) Tú, que te has criado aquí,[51] de donde salen los hombres que valen algo, demuéstranos cuán inútil es una educación honrada.

EL CHORICERO.

Escuchad, pues, quién es este ciudadano.

CLEÓN.

¿No me dejarás hablar?

EL CHORICERO.

No por cierto; también yo soy un canalla.

CORO.

Si eso no le convence, dile que también fueron canallas tu padre y tu madre.

CLEÓN.

¿No me dejarás hablar?

EL CHORICERO.

No.

CLEÓN.

Sí.

EL CHORICERO.

No, por Neptuno. Discutamos antes para ver a quién le corresponde hablar el primero.

CLEÓN.

¡Oh, voy a estallar!

EL CHORICERO.

No te dejaré.

CORO.

Déjale, por los dioses te lo pido; déjale que estalle.

CLEÓN.

¿En qué confías para creerte digno de contradecirme?

EL CHORICERO.

En que sé hablar y hacer chorizos.

CLEÓN.

¡Hablar! Será bueno, si se te presenta algún asunto, ver cómo lo haces picadillo y lo embutes sin dificultad. ¿A que sé lo que te ha pasado? Lo mismo que a otros muchos. Sin duda has ganado un pleito contra algún infeliz extranjero domiciliado[52] a fuerza de soñar con tu defensa toda la noche, de hablar a solas en las calles, de beber agua, y ensayarte cien veces con gran molestia de tus amigos; y sin más te crees ya un elocuente orador. ¡Qué estupidez!

EL CHORICERO.

¿Y tú qué licor has bebido para hacer callar con tu charlatanería a toda la ciudad?

CLEÓN.

¿Y habrá quien se atreva a oponérseme? A mí, que después de comer una caliente tajada de atún, y de beber una copa de buen vino, soy capaz de hacer un corte de mangas a todos los generales de Pilos.

EL CHORICERO.

Yo, que después de tragarme todos los tripacallos de un buey y el vientre de un cerdo, y de beberme encima la salsa, soy capaz de estrangular a todos los oradores y de volver turulato al mismo Nicias.

CORO.

Me parece bien cuanto has dicho; solo me desagrada el que pienses beberte toda la salsa.

CLEÓN.

¿A que no te atreves con los milesios,[53] solo por comer percas de mar?

EL CHORICERO.

¿A que si me como un lomo de buey recobro las minas?[54]

CLEÓN.

¿A que si me arrojo sobre el Senado lo trastorno todo?

EL CHORICERO.

¿A que hago una morcilla con tu intestino recto?

CLEÓN.

¿A que te aplico un puntapié, y sales de cabeza?

EL CORO.

¡Eh! por Neptuno, para que ese salga tienes que echarme a mí antes.

CLEÓN.

¡En qué cepo de madera[55] te voy a meter!

EL CHORICERO.

Te acusaré de cobardía.

CLEÓN.

Cubriré sillas con tu piel.

EL CHORICERO.

Te desollaré para hacer un zurrón de bandidos.

CLEÓN.

Te clavaré en el suelo.

EL CHORICERO.

Te haré picadillo.

CLEÓN.

Te arrancaré los párpados.

EL CHORICERO.

Te reventaré el buche.

DEMÓSTENES.

¡Por Júpiter! Metámosle un palo en la cabeza como hacen los cocineros, arranquémosle la lengua, y mirando a placer por el agujero del ano, veamos si tiene lamparones.[56]

CORO.

Hay, pues, otras cosas más ardientes que el fuego, y en la ciudad palabras más desvergonzadas que la desvergüenza misma. No hay que despreciar este asunto. Empújale, derríbale, nada hagas a medias: en cuanto consigas que flaquee en el primer encuentro, verás que es un cobarde. Nosotros le conocemos bien.

EL CHORICERO.

Siempre lo ha sido, y sin embargo, ha pasado por valiente, sin más que por haberse dado maña a recoger la cosecha ajena. Ahora deja que se sequen en las prisiones aquellas espigas y pretende venderlas.[57]

CLEÓN.

No os temo mientras exista el Senado, y el Pueblo continúe siendo estúpido.

CORO.

¡Qué desvergonzado es en todo! ¡Ni siquiera se le muda el color! Si no te aborrezco, permita Júpiter que sirva a Cratino de colchón[58] y que tenga que aprender a cantar toda una tragedia de Morsimo.[59]

¡Y tú, que como la abeja que vaga de flor en flor andas pidiendo regalos a todos en todas partes, ojalá los devuelvas con la misma facilidad que los adquieres! Entonces podremos cantar: «Brinda, brinda a la buena fortuna.»[60] Entonces hasta el hijo de Julio,[61] ese viejo acaparador de trigo, cantará alegremente al dios Peán y a Baco.

CLEÓN.

¡Os juro por Neptuno que no me excederéis en desvergüenza! De otra suerte, permita el cielo que no asista a los sacrificios de Júpiter, protector del mercado.[62]

EL CHORICERO.

Y yo juro por los infinitos puñetazos que por mil tunantadas diversas me han sacudido desde la niñez, y por mis cien cuchilladas, que espero vencerte en esta contienda, o si no, me será inútil esta corpulencia adquirida a fuerza de comer migajones destinados a limpiarse la grasa de los dedos.[63]

CLEÓN.

¡Migajones, como un perro! ¿Y tú, miserable, que te has alimentado como un perro, quieres reñir con un cinocéfalo?[64]

EL CHORICERO.

¡Eh, por Júpiter! también yo cometía mis fraudes cuando chico. Engañaba a los cocineros diciéndoles: «Mirad, muchachos, ¿no veis? Ya viene la primavera, la golondrina.»[65] Ellos miraban, y mientras tanto yo les atrapaba muy buenas tajadas.

CORO.

¡Astucia admirable! ¡Inteligencia precoz! Como los aficionados a comer ortigas,[66] hacías tu cosecha antes de volver las golondrinas.

EL CHORICERO.

La mayor parte de las veces no me veían; pero si alguno lo notaba, escondía la carne entre los muslos, y juraba por todos los dioses que nada tenía. Por lo cual dijo un orador que me vio: «Es imposible que ese muchacho no llegue a gobernar la república.»

CORO.

Acertó en su pronóstico. Claro está en qué se fundaba: en que negabas descaradamente el hurto, mientras lo escondías entre las nalgas.

CLEÓN.

Yo reprimiré tu audacia, o más bien, la de los dos. Me arrojaré sobre ti con ímpetu horrendo, y, a modo de violento torbellino, revolveré los mares y la tierra.

EL CHORICERO.

Pero yo formaré con mis chorizos una balsa, y encomendándome sobre ella a las olas propicias, te daré que sentir.

DEMÓSTENES.

Y yo vigilaré en la sentina, por si acaso se raja.

CLEÓN.

No, por Ceres lo juro; no has de disfrutar impunemente de los talentos que has robado a Atenas.

CORO.

Cuidado, amaina un poco las velas; empieza a soplar un viento de calumnias y delaciones.

EL CHORICERO.

Me consta que has sacado diez talentos de Potidea.[67]

CLEÓN.

¿Quién? ¡Yo! ¿Quieres uno por callar?

CORO.

Con gusto lo tomaría. Pero tú ya desamarras.

EL CHORICERO.

El viento cede.

CLEÓN.

Voy a hacer que te formen cuatro causas de cien talentos cada una.[68]

EL CHORICERO.

Y yo a ti veinte por deserción, y más de mil por robo.

CLEÓN.

Yo digo que desciendes de los profanadores de la Diosa.[69]

EL CHORICERO.

Y yo, que tu abuelo fue uno de los satélites...

CLEÓN.

¿De quién? Di.

EL CHORICERO.

De Birsina, esposa de Hipias.[70]

CLEÓN.

Eres un impostor.

EL CHORICERO.

Y tú un bandido.

CORO.

¡Dale duro!

CLEÓN.

¡Ay, ay! Los conspiradores me matan a palos.

CORO.

Dale, dale duro; azótale el vientre con manojos de intestinos; castígale sin piedad.

¡Oh admirable corpulencia! ¡Oh esforzado corazón, salvador de la república y de los ciudadanos! ¡Con qué hábil oratoria has sabido vencerle! ¡Ojalá pudiéramos alabarte como deseamos!

CLEÓN.

No se me ocultaba, por Ceres, esta fábrica de intrigas: bien sabía yo que aquí se encolaban todas.[71]

CORO.

¿Y tú no le dirás algún término de constructor de carretas?

EL CHORICERO.

Tampoco se me oculta lo que está fraguando en Argos. Finge que trata de conciliarnos su alianza, y celebra en tanto conferencias secretas con los lacedemonios. Sé para qué se atiza este fuego; para forjar las cadenas de los cautivos.

CORO.

¡Bravo, bravo! forja tú mientras él encola.

EL CHORICERO.

Allí tienes hombres que te ayudan en la obra;[72] mas nunca, aunque me des todo el oro y plata del mundo y me envíes a todos mis amigos para que me calle, nunca conseguirás que yo oculte la verdad a los atenienses.

CLEÓN.

Iré al punto al Senado y delataré a todos vuestra conjuración, vuestras

reuniones nocturnas contra la república, vuestra connivencia con el rey persa, y ese negocio con los de Beocia que tratáis de que cuaje.

EL CHORICERO.

¿Pues qué precio tiene el queso de Beocia?[73]

CLEÓN.

¡Por Hércules, te voy a desollar vivo!

CORO.

Ea, demuéstranos ahora ingenio y valor; tú, que, como acabas de confesarlo, escondías en otro tiempo la carne entre los muslos. Corre al Senado sin perder un instante, pues ese va a calumniarnos a todos, vociferando como acostumbra.

EL CHORICERO.

Voy allá; pero antes permitidme que deje aquí estas tripas y cuchillos.

CORO.

Lleva solo esa enjundia para untarte el cuello y poder escurrirte si la calumnia te agarra.[74]

EL CHORICERO.

Buen consejo; así se acostumbra en la palestra.

CORO.

Toma, y cómete también esos ajos.[75]

EL CHORICERO.

¿Para qué?

CORO.

Para que al combatir harto de ajos, tengas más fuerza, amigo mío. Pero anda pronto.

EL CHORICERO.

Ya voy.

CORO.

Procura morderle y derribarlo; arráncale la cresta, y no vuelvas sin haberte comido su papada.[76] Parte alegre y triunfa como es mi deseo. ¡Que el Júpiter del mercado te guarde, y vuelvas vencedor y cubierto de coronas!

* * *

(El choricero *sale*; el coro *queda solo por primera vez en la escena y se vuelve a los espectadores para principiar la parábasis*.)

Pero vosotros, que estáis acostumbrados a todo género de poesías, escachad nuestros anapestos.[77]

Si alguno de vuestros antiguos poetas cómicos nos hubiese pedido que recitáramos sus versos en el teatro, le hubiera sido difícil conseguirlo; pero el autor de esta comedia es digno de que lo hagamos en su obsequio. Ya porque odia a los mismos que nosotros aborrecemos, ya porque desafiando intrépido al huracán y las tempestades, no le atemoriza el decir lo que es justo. Como muchos se le han acercado admirándose de que desde hace tiempo no haya solicitado un coro, y preguntádole la causa de ello, el poeta nos manda que os manifestemos el motivo. No ha sido sin razón, dice, el haber tardado tanto, sino por conocer que el arte de hacer comedias es el más difícil de todos, hasta el punto de que, de los muchos que lo solicitan, pocos logran dominarlo. Sabe además desde hace tiempo cuán inconstante es vuestro carácter, y con qué facilidad abandonáis, apenas envejecen, a los poetas antiguos. No ignora, en primer lugar, la suerte que cupo a Magnes[78] cuando le empezaron a blanquear los cabellos. Aunque había conseguido muchas victorias en los certámenes cómicos; aunque recorrió todos los

tonos y presentó en escena citaristas, aves, lidios y cínifes; aunque se pintó el rostro del color de las ranas, no pudo sostenerse, sino que en la edad madura y no en la juventud le abandonasteis, porque con los años había perdido aquella gracia que os hacía reír. También se acuerda de Cratino, que en sus buenos tiempos, en el apogeo de su gloria, corría impetuosamente por los llanos, y desarraigando plátanos y encinas los arrastraba con sus adversarios vencidos; entonces no se podía cantar en los banquetes otra cosa que: *Doro, la de las sandalias de higuera*,[79] y *Autores de himnos elegantes*;[80] ¡tan floreciente estaba! Pero ahora cuando le veis chochear no os compadecéis de él: desde que a su lira se le caen las clavijas, se le saltan las cuerdas y se le pierden las armonías, el pobre anciano vaga lo mismo que Connas,[81] ceñida la frente de una seca corona y muerto de sed, él que por sus primeros triunfos merecía beber[82] en el Pritaneo, y en vez de delirar en la escena, presenciar perfumado el espectáculo, sentado junto a la estatua de Baco.[83] Y Crates,[84] ¿cuántos insultos y ultrajes vuestros no sufrió a pesar de que os alimentaba, a tan poca costa, masticando en su boca delicada los más ingeniosos pensamientos? Y, sin embargo, este fue el único que se sostuvo, ya cayéndose, ya levantándose.

Temeroso de esto nuestro autor, se ha contenido repitiéndose a menudo: «es preciso ser remero antes de ser piloto, y guardar la proa y observar los vientos antes de dirigir por sí mismo la nave.» En gracia de esta modestia, que le ha impedido deciros necedades, tributadle un aplauso que iguale al estruendo de las olas, honradle en estas fiestas Leneas[85] con jubilosas aclamaciones, para que, satisfecho de su triunfo, se retire con la frente radiante de alegría.[86]

Neptuno ecuestre,[87] que te complaces oyendo el relincho de tus

corceles y el resonar de sus ferrados cascos; potente numen a quien agrada ver las trirremes[88] mercenarias hender rápidas los mares con azulada proa, y a los jóvenes, enardecidos por esa pasión que les arruina, dirigir sus carros en el reñido certamen, asiste a este coro, deidad de áureo tridente, rey de los delfines, adorado en Sunio[89] y en Geresta,[90] hijo de Saturno, protector de Formión,[91] y ahora, para Atenas, el más propicio de los dioses.

Queremos elogiar a nuestros padres, héroes dignos de su patria y de los honores del peplo,[92] que, vencedores siempre y en todas partes en combates terrestres y marítimos, cubrieron de gloria a la república; que nunca al encontrar los enemigos se ocuparon en contarlos, pues su corazón estaba siempre dispuesto al ataque. Si alguno llegaba a caerse por casualidad en la batalla, limpiábase el polvo, y negando su caída, volvía a la carga con más ardor. Jamás los generales de entonces hubieran pedido a Cleéneto[93] que se les alimentase a costa del Estado; pero ahora, si no tienen esta prerrogativa y la de asiento distinguido,[94] se niegan a combatir. Nosotros deseamos pelear valientemente y sin sueldo por la patria y nuestros dioses: nada pedimos en pago, sino que cuando se haga la paz y cesen las fatigas de la guerra nos permitáis llevar largo el cabello[95] y cuidar de nuestro cutis.

Veneranda Palas, diosa tutelar de Atenas que reinas sobre la tierra más religiosa y fecunda en poetas y guerreros, ven y trae contigo a la Victoria, nuestra compañera en los ejércitos y batallas, esa fiel amiga del Coro, que combate a nuestro lado contra nuestros enemigos. Preséntate ahora: hoy más que nunca, sea como quiera, es preciso que nos otorgues el triunfo. Queremos también publicar lo bueno que sabemos de nuestros caballos:[96] dignos son de alabanza. Muchas veces nos ayudaron en las excursiones y combates; mas nunca nos admiraron tanto con lo que en tierra hicieron

como cuando se lanzaron intrépidamente a las naves[97] con toda su carga de vasos de campaña, ajos y cebollas; y apoderándose de los remos, como si fueran hombres, gritaban: «¡Hippapai![98] ¿Quién remará con más brío? ¿Qué hacemos? ¿No remarás tú, oh Sánfora?»[99] También bajaron a Corinto: los más jóvenes se hicieron allí un lecho con sus cascos o iban en busca de cobertores, y en vez de forraje de la Media, comían los cangrejos que se descuidaban en salir a la playa, y aun los buscaban en lo profundo del mar. Por eso Teoro dijo que un cangrejo había hablado así: «Terrible es, oh Neptuno, no poder, ni en el fondo del abismo, ni en la tierra, ni en el mar, escapar de los Caballeros».[100]

* * *

(*Vuelve* EL CHORICERO.)

CORO.

¡Oh, el más querido y valiente de los hombres, cuán inquieto nos ha tenido tu ausencia! Ya que vuelves sano y salvo, cuéntanos cómo te las has arreglado.

EL CHORICERO.

¿Qué he de deciros, sino que he conseguido la victoria en el Senado?

CORO.

¡Ahora es ocasión de prorrumpir todos en exclamaciones de júbilo! Tú, que hablas tan bien, pero que superas a las palabras con las obras, cuéntanoslo todo circunstanciadamente; con gusto emprenderíamos un largo viaje solo por oírte. Por tanto, hombre excelente, habla sin miedo; todos nos alegramos de tu triunfo.

EL CHORICERO.

Escuchad, pues la cosa merece la pena. En cuanto salió de aquí, le seguí pisándole los talones; apenas entró en el Senado, empezó con su voz estentórea a tronar contra los Caballeros, acumulándoles calumnias portentosas, acusándoles de conspiradores y amontonando palabras sobre palabras, que empezaban a ser creídas. El Senado le escuchaba y tan fácilmente se apacentó de aquellas falsedades, que crecían prodigiosamente como la mala hierba, que ya lanzaba miradas severas y fruncía el entrecejo. Pero yo, cuando comprendí que sus palabras producían efecto y que conseguía engañar a su auditorio, exclamé: «Oh dioses protectores de la lujuria y del fraude, de las chocarrerías y desvergüenzas;[101] y tú, Mercado, en donde se educó mi niñez, dadme audacia, lengua expedita e impudente voz.» Cuando pensaba en esto, un bardaje se desahogó[102] a mi derecha, y yo me prosterné en actitud de adoración; después, empujando la barrera con la espalda, grité abriendo una boca enorme: «Senadores, soy portador de buenas noticias, y quiero ser el primero en anunciároslas: desde que estalló la guerra, nunca han estado más baratas las anchoas.» Al punto la serenidad brilló en todos los semblantes, y en seguida me decretaron una corona por la fausta nueva. Yo en cambio les enseñé en pocas palabras un secreto para comprar muchas anchoas por un óbolo: que era el recoger todos los platos a los fabricantes. Todos aplaudieron y me miraban con la boca abierta. Advirtiendo esto el Paflagonio, que conoce muy bien el modo de engatusar al Senado, dijo: «Ciudadanos, propongo, ya que tan buenas nuevas acaban de anunciarnos, que para celebrarlas inmolemos cien bueyes a Minerva.» Y el Senado se puso otra vez de su parte: yo, viéndome entonces humillado y vencido, le cogí la vuelta, proponiendo que se sacrificasen hasta doscientos, y además mil cabras a Diana, si al día

siguiente se vendían las sardinas a un óbolo el ciento; con esto el Senado se inclinó de nuevo a mi favor; y el Paflagonio, aturdido, empezó a decir necedades: los arqueros y pritáneos le sacaron fuera y se formaron grupos en que se trataba de las anchoas. Él les suplicaba que esperasen un momento: «Escuchad, exclamaba, lo que va a decir el enviado de Lacedemonia: viene a tratar de la paz.» Entonces gritaron todos a una: «¿Ahora de la paz? ¡Estúpido! ¿Después que han sabido lo baratas que tenemos las anchoas? No necesitamos paz, siga la guerra.» Y mandaron a los pritáneos que levantasen la sesión. En seguida saltaron las verjas por todas partes. Yo me escapé y corrí a comprar cuanto cilantro y puerros había en el mercado, y los distribuí luego gratis a todos los que lo necesitaban para sazonar las anchoas. Ellos no hallaban palabras con que elogiarme y me colmaban de caricias, hasta el punto de que por un solo óbolo de cilantro me he hecho dueño del Senado.

CORO.

Has conseguido cuanto te proponías como hombre favorecido por la fortuna. Aquel bribón ha tropezado con otro que le da quince y raya en tunantadas, astucia y zalamerías. Procura terminar el combate con igual felicidad: ya sabes hace tiempo que somos tus benévolos auxiliares.

EL CHORICERO.

Ahí viene el Paflagonio turbando y arremolinando las olas delante de sí, como si tratara de tragarme. ¡Dioses! ¡qué audacia!

* * *

CLEÓN.

¡Que me muera si no te hago añicos, por pocas de mis antiguas

mentiras que me resten!

EL CHORICERO.

Me gusta oír tus amenazas y reírme de tus humos; de miedo que me das, bailo y grito: ¡quiquiriquí!

CLEÓN.

¡Por Ceres, perezca ahora mismo si no te devoro!

EL CHORICERO.

¿Si no me devoras? ¡Así me muera si no te sorbo de un solo trago y reviento después de haberte sorbido!

CLEÓN.

Te mataré, lo juro por el asiento de honor que gané con lo de Pilos.

EL CHORICERO.

¡Ya salió el asiento distinguido! ¡Bah! pronto pienso verte relegado de aquel primer asiento a los últimos bancos del teatro.

CLEÓN.

Juro por cuanto hay que jurar, aplicarte el tormento.

EL CHORICERO.

¡Qué furioso estás! Vamos, ¿qué te daré de comer? ¿Qué es lo que más te gusta? ¿Una bolsa?

CLEÓN.

Te voy a arrancar las tripas con las uñas.

EL CHORICERO.

Ya te cortaré yo esas uñitas con que atrapas los víveres del Pritaneo.

CLEÓN.

Te arrastraré ante el pueblo para que me haga justicia.

EL CHORICERO.

También yo te arrastraré y te acusaré de mil crímenes.

CLEÓN.

¡Miserable! a ti no te cree, y yo me burlo de él cuando quiero.

EL CHORICERO.

¡Qué seguro estás de dominar al pueblo!

CLEÓN.

Es que sé con qué guisos se le ceba.

EL CHORICERO.

Y le alimentas mal como las nodrizas; pues con el pretexto de masticar antes la comida te tragas tres veces más de lo que a él le presentas.[103]

CLEÓN.

¡Por Júpiter, con mi destreza yo puedo ensanchar o estrechar el pueblo a mi gusto![104]

EL CHORICERO.

¡Vaya un lance! también lo sé yo.

CLEÓN.

Pobre hombre, no pienses que me has de jugar otra pasada como la del Senado: acudamos al pueblo.

EL CHORICERO.

Nada nos lo impide: adelante, no haya tardanza.

CLEÓN.

¡Oh pueblo! ¡sal aquí!

EL CHORICERO.

¡Sí, por Júpiter; sal aquí, padre mío!

CLEÓN.

¡Pueblecillo mío querido, sal para que veas cuán indignamente me

tratan!

* * *

PUEBLO.

¿Quiénes son estos alborotadores? ¡fuera pronto de esta puerta! Me habéis tirado el ramo de olivo.[105] ¿Quién te maltrata, Paflagonio?

CLEÓN.

Este, y esos jóvenes que me apalean por tu causa.

PUEBLO.

¿Por qué?

CLEÓN.

Porque te quiero, oh Pueblo, y estoy enamorado de ti.

PUEBLO.

Y tú, ¿quién eres?

EL CHORICERO.

Yo soy su rival; te amo ya hace tiempo, y con otros muchos buenos y honrados ciudadanos solo anhelo serte útil. Pero este nos lo impide. Pues tú te pareces a esos jóvenes rodeados de amantes; no quieres a los buenos y honrados, y te entregas a los vendedores de lámparas,[106] y a los zapateros, guarnicioneros y curtidores.

CLEÓN.

Hace bien; porque yo sirvo al pueblo.

EL CHORICERO.

¿En qué? ¿dime?

CLEÓN.

Fui a Pilos, suplanté a los generales cuando a ella se dirigían, y me traje

a los prisioneros lacedemonios.

EL CHORICERO.

También yo, estando paseando, robé de una tienda la olla con la comida que otro había puesto a cocer.

CLEÓN.

Pueblo mío, convoca cuanto antes una asamblea para que sepas quién de los dos te quiere más, y decidas quién merece tu amor.

EL CHORICERO.

Bueno, bueno, decide entre los dos, con tal que no sea en el Pnix.[107]

PUEBLO.

No puedo sentarme en otro sitio; pero antes es necesario reunir en él los ciudadanos.

EL CHORICERO.

¡Infeliz de mí! ¡Soy perdido! Porque este viejo, que en su casa es el más discreto de los hombres, en cuanto se sienta en esos bancos de piedra se está con la boca abierta, como el que al colgar higos se le quedan los cabos en la mano.[108]

* * *

CORO.[109]

Ahora es necesario que despliegues todas las velas y desamarres todos los cables; ármate de valor y de astucia y de capciosos discursos para vencerle. El enemigo es flexible y hábil en presentar toda clase de obstáculos. Procura, pues, arrojarte sobre él con todas tus fuerzas; mucho cuidado; antes de que él te ataque levanta los pesos que has de arrojarle y adelanta tu nave.[110]

CLEÓN.

¡Oh poderosa Minerva, protectora de la ciudad! si después de Lisicles,[111] Cinna y Salabaca[112] soy yo el que más amo al pueblo ateniense, concédeme que, como hasta ahora, sea, por no hacer nada, alimentado a costa del Estado. Mas si te aborrezco y no combato por ti, aunque me vea aislado, que muera y me sierren vivo, y corten en correas mi pellejo.

EL CHORICERO.

¡Y yo, Pueblo mío, si no es cierto que te amo y estimo, permita Júpiter que sea cocido y hecho menudísimas tajadas! Si no crees mis palabras, consiento en ser rallado sobre este tablero, mezclado con queso para hacer un almodrote y arrastrado con un gancho al Cerámico.[113]

CLEÓN.

¡Oh Pueblo! ¿Cómo puede haber un ciudadano que te ame más que yo? Desde que soy tu consejero, he enriquecido tu tesoro atormentando a estos, apurando a aquellos y pidiendo a otros, sin atender a ningún particular con tal de serte grato.

EL CHORICERO.

Todo eso, oh Pueblo, nada tiene de extraordinario; yo haré lo mismo, pues robaré panes a otros para servírtelos. No creas que ese te ama y procura tu bien en consideración a tu persona, sino por calentarse a tu fuego. De otra suerte, ¿cómo no ve que tú, que en defensa de esta tierra desenvainaste en Maratón la espada contra los persas y alcanzaste de ellos aquella insigne victoria tantas y tantas veces ponderada, te sientas siempre sobre esas duras piedras? Nunca se le ha ocurrido como a mí ofrecerte un cojín, como este que te traigo cosido con mis propias manos. Ea, levántate y siéntate sobre él cómodamente; así no estarán mortificados esos

miembros que trabajaron tanto en Salamina.[114]

PUEBLO.

¿Quién eres, amigo mío? ¿Eres acaso de la raza de Harmodio? Tu obsequio es en verdad muy popular y delicado.

CLEÓN.

Eso es muy poco para que ya te muestres benévolo con él.

EL CHORICERO.

A fe que tú le has engañado con mucho menos cebo.

CLEÓN.

Apuesto la cabeza a que no habido nunca uno que combata más que yo por ti, ¡oh Pueblo! ni que más te ame.

EL CHORICERO.

¿Cómo puedes amarle cuando le ves hace ocho años vivir en cuevas y miserables chozas, y lejos de compadecerte de él lo dejas que se muera ahumado,[115] y cuando Arqueptólemo vino a proponernos la paz, la rechazaste y arrojaste de la ciudad a puntapiés a los embajadores encargados de pactar las treguas?[116]

CLEÓN.

Es para que gobierne a todos los griegos. Porque en los oráculos se dice que si tiene paciencia llegará a cobrar en la Arcadia cinco óbolos por administrar justicia. Así es que yo le alimentaré y cuidaré, y suceda lo que suceda siempre le pagaré los tres óbolos.[117]

EL CHORICERO.

No te afanas porque este mande en Arcadia, sino por robar más, y obtener muchos regalos de las ciudades tributarias: quieres que entre el remolino de la guerra el Pueblo no vea tus tunantadas, y que la necesidad,

la miseria y el aliciente del estipendio le obligue a considerarte como su única esperanza. Pero si alguna vez, volviendo al campo, logra vivir en paz, y reponer sus fuerzas con el trigo nuevo y las sabrosas olivas, conocerá los bienes de que le priva tu estipendio; entonces, irritado y feroz, te acusará ante los tribunales. Tú lo sabes, y por eso le engañas con esperanzas quiméricas.

CLEÓN.

¿No es intolerable que tú digas eso de mí y me calumnies ante los atenienses y el Pueblo, cuando, por la venerable Ceres lo juro, he prestado a la república más servicios que Temístocles?

EL CHORICERO.

«¡Ciudad de Argos! ¿Escuchas lo que dice?[118]» ¿Tú igual a Temístocles? Nuestra ciudad estaba ya henchida de riquezas, y él añadió tantas que se desbordaron como el agua de un vaso lleno hasta la boca; a los manjares de su espléndida mesa, él añadió el Pireo[119], y, sin quitarnos los antiguos peces, nos procuró otros nuevos. ¡Tú igual a Temístocles, cuando no has hecho más que estrechar la ciudad, dividirla con murallas e inventar oráculos! Él, sin embargo, fue desterrado, y tú te regalas el cuerpo a nuestra costa[120].

CLEÓN.

¿No es insufrible, oh Pueblo, tener que oír estos dicterios solo porque te amo?

PUEBLO.

Cállate, basta de injurias. Harto tiempo me has engañado.

EL CHORICERO.

¡Es un malvado, Pueblecillo mío! Ha cometido mil iniquidades

mientras te ha tenido sorbido el seso. Se ha hecho pagar a peso de oro la impunidad de los concusionarios, y metiendo el brazo hasta el codo en el tesoro de la república, ha robado cuanto ha podido.

CLEÓN.

¡No te has de alegrar! Yo probaré que has robado tres mil dracmas.

EL CHORICERO.

¿Por qué te revuelves? ¿Por qué te alborotas siendo el hombre peor que existe para el pueblo ateniense? También yo probaré, o si no que me muera, que recibiste de Mitilene[121] más de cuarenta minas.

CORO.

Te felicito por tu elocuencia, oh mortal que apareces como el bienhechor de todos los hombres[122]. Si así continúas, serás el más grande de los griegos, y único dueño de la república: armado del simbólico tridente, mandarás a los aliados, y reunirás inmensas riquezas trastornando y confundiéndolo todo. Pero no sueltes a ese hombre, ya que se ha dejado coger; fácil te será vencerle con semejantes pulmones.

CLEÓN.

Aún no, buena gente, aún no han llegado las cosas a ese extremo; me queda todavía por decir una hazaña tan ilustre que puedo tapar con ella la boca a todos mis adversarios, mientras se conserve un resto de los escudos cogidos en Pilos[123].

EL CHORICERO.

Párate en los escudos; ya me has dado un asidero[124]. Pues por precaución no debías, ya que tanto amas al pueblo, permitir que fueran suspendidos en el templo con sus abrazaderas. Pero lo que hay aquí, Pueblo mío, es una maquinación para que no puedas castigarle, si alguna

vez lo intentas. ¿Ves esa turba de jóvenes curtidores que le escolta, acompañada por esa otra de vendedores de miel y de quesos? Pues todos conspiran al mismo fin. Por tanto, si te encolerizas y le amenazas con el ostracismo[125], se apoderarán una noche de esos escudos y correrán a apropiarse de nuestros graneros.

PUEBLO.

¡Infeliz de mí! ¿Conque aún tienen las abrazaderas? ¡Infame, cuánto tiempo me has tenido engañado!

CLEÓN.

Querido mío: no seas tan crédulo; no pienses que has de encontrar un amigo mejor que yo: yo solo he sofocado todas las conspiraciones; en cuanto existe la menor conspiración, yo te la denuncio a gritos.

EL CHORICERO.

Haces lo que los pescadores de anguilas. Si el lago está tranquilo, no cogen nada; pero cuando revuelven el cieno arriba y abajo, hallan buena pesca. Tú también pescas cuando revuelves la ciudad[126]. Pero dime una sola cosa: tú que vendes tantos cueros, y te jactas de amar tanto al pueblo, ¿le has dado nunca una suela para sus zapatos?

PUEBLO.

¡No, por Apolo!

EL CHORICERO.

Y bien, ¿vas conociendo a ese hombre? Yo te he comprado este par de zapatos y te los doy para que los gastes.

PUEBLO.

Ningún hombre, que yo sepa, ha sido mejor que tú para el pueblo; ni más celoso por el bien de la república y de los dedos de mis pies.

CLEÓN.

¿No es doloroso que des tanta importancia a un par de zapatos y te olvides de todo lo que he hecho en tu favor? Yo corregí a los lujuriosos, borrando a Grito[127] de la lista de los ciudadanos.

EL CHORICERO.

¿No es doloroso también que te metas a investigaciones de cierto género[128], y a corregir los lujuriosos? Aunque solo lo hiciste por miedo de que se convirtiesen en oradores[129]. En tanto, ves a este pobre anciano sin túnica, en el rigor del invierno, y no has sido capaz de darle una con dos mangas[130], como esta que yo le regalo.

PUEBLO.

He aquí una idea que nunca se le ocurrió a Temístocles. No cabe duda de que las fortificaciones del Pireo son una gran cosa, pero a mí me parece mejor la ocurrencia de darme esta túnica.

CLEÓN.

¡Ay de mí! ¡Con qué zalamerías me suplantas!

EL CHORICERO.

Nada de eso: hago lo que los convidados cuando se ven apretados por una necesidad; así como ellos cogen los zapatos ajenos[131], yo me valgo de tus añagazas.

CLEÓN.

Pues a zalamero no me has de ganar. Voy a cubrirle con este manto. Tú, bribón, rabia ahora.

PUEBLO.

¡Puf! ¡Quita allá! Apestas a cuero.

EL CHORICERO.

Por eso te ha puesto el manto, con objeto de asfixiarte. También antes lo intentó: ¿te acuerdas de aquella corteza de laserpicio[132] que vendía tan barata?

PUEBLO.

Sí que me acuerdo.

EL CHORICERO.

Procuró que se vendiese tan barata para que la compraseis y comieseis, y después en el tribunal os mataseis los jueces unos a otros con vuestras ventosidades.

PUEBLO.

¡Por Neptuno!, un *fematero*[133] me dijo lo mismo.

EL CHORICERO.

¿Y no os poníais rojos de tanto mal olor?

PUEBLO.

Fue en verdad una idea digna de Pirrandro[134].

CLEÓN.

¡Canalla! ¡Con qué chocarrerías intentas perderme!

EL CHORICERO.

La diosa me mandó que te sobrepujase en palabrería.

CLEÓN.

Pues no me vencerás. Yo prometo, oh Pueblo, darte un buen plato: tu salario de juez sin trabajar nada.

EL CHORICERO.

Y yo te doy esta cajita con ungüento para que te cures las úlceras de las piernas.

CLEÓN.

Yo te rejuveneceré, quitándote los cabellos blancos.

EL CHORICERO.

Toma esta cola de liebre para que te enjugues los ojillos.

CLEÓN.

Cuando te suenes, Pueblo mío, límpiate los dedos en mi cabeza.

EL CHORICERO.

En la mía.

CLEÓN.

En la mía. Haré que te nombren trierarca[135] para que te veas obligado a equipar una nave a tu costa; ya procuraré darte la más vieja, y de ese modo no tendrán fin tus gastos y reparaciones. Las velas han de ser podridas.

EL CORO.

El hombre entra en ebullición[136]; basta, basta. Mira que hierve demasiado; quita un poco de fuego para disminuir sus espumarajos de rabia.

CLEÓN.

Ya me las pagarás todas juntas; voy a hundirte a contribuciones, y a hacer que te inscriban en el padrón de los ricos.

EL CHORICERO.

Yo no gastaré el tiempo en amenazas; solo esto te deseo: que cuando la sartén llena de calamares esté chirriando en el fuego, y tú disponiéndote a hablar por los Milesios para ganar un talento si consigues que su proposición sea aprobada, al tratar de engullirte a toda prisa la fritada, antes de acudir a la asamblea, se presente cualquiera importuno, y tú por no perder el talento, te ahogues al tragar el almuerzo.

CORO.

¡Muy bien, por Júpiter, Ceres y Apolo!

PUEBLO.

A mí también me parece fuera de duda que es un buen ciudadano, y de esos que en estos tiempos no se venden por un óbolo. Tú, Paflagonio, que tanto alardeas de quererme, me has irritado, y por tanto devuélveme mi anillo[137], pues desde este instante dejas de ser mi tesorero.

CLEÓN.

Tómalo. Sin embargo, bueno es que sepas que si no me dejas gobernar la república, mi sucesor será peor que yo.

PUEBLO.

No es posible que este sea mi anillo; me parece, si no me engaña la vista, que el sello es diferente.

EL CHORICERO.

Veamos, ¿cuál era tu sello?

PUEBLO.

Una hoja de higuera untada de grasa[138].

EL CHORICERO.

No es ese.

PUEBLO.

¿No es la hoja de higuera? Pues ¿qué tiene?

EL CHORICERO.

Un cuervo marino[139], con el pico abierto, arengando desde una piedra[140].

PUEBLO.

¡Desdichado de mí!

EL CHORICERO.

¿Qué te pasa?

PUEBLO.

Tíralo lejos; no es el mío, es el de Cleónimo[141]. Toma este y sé mi tesorero.

CLEÓN.

A lo menos, dueño mío, escucha antes mis oráculos.

EL CHORICERO.

Y los míos.

CLEÓN.

Si le crees, tendrás que prestarte a sus rapiñas.

EL CHORICERO.

Si le crees, tendrás que prestarte a sus infamias[142].

CLEÓN.

Mis oráculos dicen que reinarás en todo el mundo coronado de rosas.

EL CHORICERO.

Los míos, que vestido de una túnica de púrpura bordada a aguja, y ceñida la frente con una corona, perseguirás en un carro de oro a Esmicites[143] y a su marido.

PUEBLO.

Ve y trae los oráculos para que este los oiga.

EL CHORICERO.

Con gusto.

PUEBLO.

Trae tú también los tuyos.

CLEÓN.

Voy.

EL CHORICERO.

Vamos, pues: nada nos lo impide.

CORO.

Felicísimo será este día para los presentes y los que han de llegar[144] si en él acaece la pérdida de Cleón; aunque he oído en el bazar de los pleitos sostener a ciertos viejos tardones que si este hombre no hubiera alcanzado tanto poder, nos faltarían en la república dos utilísimos enseres: el mortero y la espumadera[145].

Admiro también su grosera educación; los muchachos que con él asistían a la escuela, dicen que nunca pudo templar su lira más que al modo dórico, sin querer aprender ningún otro; por lo cual irritado el maestro de música le despidió, diciendo: «ese mozuelo es incapaz de aprender otros tonos que aquellos cuyo nombre signifique regalar»[146].

* * *

CLEÓN.

Aquí tienes, mira; aún no los traigo todos.

EL CHORICERO.

¡Ah, no puedo resistir más![147] y aún no los traigo todos.

PUEBLO.

¿Qué es eso?

CLEÓN.

Oráculos.

PUEBLO.

¿Todos?

CLEÓN.

¿Te admiras? Pues aún tengo un arca llena.

EL CHORICERO.

Y yo el desván de mi casa y otros dos contiguos.

PUEBLO.

Veamos, ¿de quién son esos oráculos?

CLEÓN.

Los míos de Bacis.

PUEBLO.

¿Y los tuyos?

EL CHORICERO.

De Glanis[148], hermano mayor de Bacis.

PUEBLO.

¿De qué hablan?

CLEÓN.

De Atenas, de Pilos, de ti, de mí, de todas las cosas.

PUEBLO.

Y los tuyos, ¿de qué?

EL CHORICERO.

De Atenas, de lentejas, de Lacedemonia, de alachas frescas, de los que venden en la plaza mal el grano, de ti, de mí. ¡Chúpate esa, Paflagonio![149].

PUEBLO.

Leédmelos, leédmelos, y sobre todo aquel que tanto me agrada porque vaticina que seré un águila cerniéndome en las nubes.

CLEÓN.

Escucha, y fíjate bien: «Medita, hijo de Erecteo, sobre el sentido de este oráculo, que Apolo pronunció desde su santuario impenetrable, por

medio de los trípodes venerandos. Te manda guardar al sagrado can de agudísimos dientes, que ladrando y desgañitándose por ti, defiende tu salario; si así no lo hicieres, morirá. Mil grajos envidiosos graznan contra él.»

PUEBLO.

Por Ceres, no he entendido una palabra de toda esa jerigonza. ¿Qué tiene que ver Erecteo con los perros y los grajos?

CLEÓN.

Yo soy aquel perro que ladro por ti, y Apolo te dice que me guardes.

EL CHORICERO.

No dice semejante cosa; pero ese perro roe los oráculos lo mismo que tu puerta: yo tengo uno que canta claro respecto a ese sagrado can.

PUEBLO.

Dilo: antes voy a coger una piedra, no se le antoje morderme a ese oráculo que habla del perro.

EL CHORICERO.

«Desconfía, hijo de Erecteo, del Cancerbero traficante en hombres, que mueve la cola y te mira cuando cenas, dispuesto a arrebatarte la comida si vuelves la cabeza para bostezar. A la noche penetrará cautelosamente en la cocina, y con perruna voracidad te lamerá los platos y las ollas.»

PUEBLO.

Oh Glanis, tus oráculos son mucho mejores.

CLEÓN.

Escucha, amigo mío, y juzga después: «Hay una mujer que parirá en la sagrada Atenas un león, que, como si defendiese sus cachorros, peleará por el pueblo, contra una multitud de mosquitos; guárdalo y construye

murallas de madera y ferradas torres.»

¿Comprendes lo que esto significa?

PUEBLO.

Ni una sola palabra.

CLEÓN.

El dios te ordena bien claro que me conserves; yo soy para ti lo que el león.

PUEBLO.

¿Cómo te has convertido en león sin yo saberlo?

EL CHORICERO.

Te oculta de intento una parte esencial del vaticinio: el fatídico Loxias[150] ordena en efecto que lo guardes, pero ha de ser encerrado en los muros de madera y ferradas torres.

PUEBLO.

¡Cómo! ¿El dios dice eso?

EL CHORICERO.

Te manda sujetarlo en un cepo de cinco agujeros.

PUEBLO.

Me parece que el oráculo se empieza a cumplir.

CLEÓN.

No lo creas; es el graznido de las envidiosas cornejas. Ama siempre al azor; no olvides que te ha traído los cuervos de Lacedemonia[151].

EL CHORICERO.

Ese peligro lo afrontó el Paflagonio en un momento de embriaguez: ¿y lo tendrás por una hazaña insigne, atolondrado Cecrópida?[152] Una mujer llevará fácilmente un fardo si le ayuda a cargársele un hombre; pero no

combatirá en la guerra, porque si combate, apestará[153].

CLEÓN.

Pero fíjate bien en lo que dice de Pilos; escucha: «Pilos está delante de Pilos...»

PUEBLO.

¿Qué significa lo de «delante de Pilos»?

EL CHORICERO.

Da a entender que ocupará todas las *pilas* de los baños[154].

PUEBLO.

De modo que hoy no podré lavarme, puesto que nos roba todas las pilas.

EL CHORICERO.

Este oráculo mío dice de la escuadra una cosa en la que te conviene fijar mucho la atención.

PUEBLO.

Ya atiendo; lee, pero antes dime cómo me he de arreglar para pagar el sueldo a los marineros.

EL CHORICERO.

«Hijo de Egeo, cuidado no te engañe el perro-zorro[155]; mira que muerde a traición, y es falaz, astuto y malicioso.»

¿Sabes quién es este?

PUEBLO.

Filóstrato es el perro-zorro[156].

EL CHORICERO.

No es eso; Cleón te pide naves ligeras, para cobrar los tributos insulares; Apolo te prohíbe dárselas.

PUEBLO.

¿Pero en qué se parece una trirreme al perro-zorro?

EL CHORICERO.

¿En qué se parece? La trirreme y el perro son muy veloces.

PUEBLO.

Y ¿por qué al perro se añade el zorro?

EL CHORICERO.

Porque el zorro se asemeja a los soldados en que roba las uvas de las viñas.

PUEBLO.

Sea; mas ¿dónde está el sueldo para esos raposillos?[157].

EL CHORICERO.

Yo lo proporcionaré en el término de tres días. Escucha también este oráculo en que el hijo de Latona te manda evitar a Cilene y sus engaños.

PUEBLO.

¿Qué Cilene?

EL CHORICERO.

Da a entender la mano de Cleón, porque está diciendo siempre «Echa en Cile»[158].

CLEÓN.

Te equivocas. Febo al hablar de Cilene[159] se refiere a la mano de Diópito[160]. Pero aún tengo un oráculo alado, que se refiere a ti. «Serás un águila y reinarás en toda la tierra.»

EL CHORICERO.

Yo tengo otro: «Administrarás justicia en la tierra, en el mar Eritreo y en Ecbatana, y comerás manjares deliciosos»[161].

CLEÓN.

Yo he tenido un sueño, y en él me ha parecido ver a la misma diosa derramando sobre el pueblo la salud y la riqueza.

EL CHORICERO.

Y yo también, por Júpiter, y en él me ha parecido ver a la misma diosa bajar de la ciudadela con una lechuza[162] sobre sus cabellos, y derramar de un ancho vaso sobre tu cabeza, ¡oh Pueblo!, la ambrosía, y sobre la de ese[163], salmuera con ajos.

PUEBLO.

¡Oh! ¡Oh! Nadie aventaja a Glanis en sabiduría. Me encomiendo a ti para que seas el báculo de mi vejez, y me eduques como a un niño[164].

CLEÓN.

Aún no; por favor, espera un instante; yo te daré todos los días trigo y alimentos.

PUEBLO.

No quiero oír hablar de granos; tú y Teófano[165] me habéis engañado ya muchas veces.

EL CHORICERO.

Yo te daré la harina preparada.

CLEÓN.

Yo tortitas muy bien cocidas y peces asados; no tendrás más que comerlos.

PUEBLO.

Apresuraos a cumplir lo que prometéis. Entregaré las riendas del Pnix al que me trate mejor.

CLEÓN.

Yo seré el primero.

EL CHORICERO.

¡Ca! El primero seré yo.

(*Vanse corriendo.*)

* * *

CORO.

¡Oh Pueblo! tu poder es muy grande; todos los hombres te temen como a un tirano; pero eres inconstante y te agrada ser adulado y engañado[166]: en cuanto habla un orador te quedas con la boca abierta, y pierdes hasta el sentido común.

PUEBLO.

No habrá un átomo de sentido común bajo vuestros cabellos si creéis que obro sin juicio: me hago el loco porque me conviene. A mí me gusta estar bebiendo todo el día, alimentar a un dueño ladrón, y matarlo cuando está bien gordo.

CORO.

Discretamente obras, si según aseguras haces las cosas con esa intención; si los engordas en el Pnix como públicas víctimas, y luego, cuando hay falta de provisiones, eliges el más gordo, lo matas y te lo comes.

PUEBLO.

Considerad, pues, si veré claros los manejos de esos que se tienen por muy listos y creen engañarme. Yo los observo cuando roban, y finjo no ver nada, después les obligo a vomitar todo cuanto me han robado, echando por su garganta a guisa de anzuelo una acusación pública.

* * *

CLEÓN.

¡Afuera, en hora mala!

EL CHORICERO.

¡Vete tú, so bribón!

CLEÓN.

¡Oh Pueblo! hace ya mucho tiempo que estoy aquí dispuesto a servirte.

EL CHORICERO.

Y yo hace diez veces más tiempo, y doce veces más tiempo, y mil veces más tiempo, y mucho más tiempo, mucho más tiempo, mucho más tiempo.

PUEBLO.

Y yo hace treinta mil veces más tiempo que os espero, y os maldigo, y muchísimo tiempo, muchísimo tiempo más.

EL CHORICERO.

¿Sabes lo que has de hacer?

PUEBLO.

Si no lo sé, tu me lo dirás.

EL CHORICERO.

Mándanos que disputemos quién te sirve mejor.

PUEBLO.

Que me place. Alejaos.

CLEÓN.

Ya estamos.

PUEBLO.

Corred.

EL CHORICERO.

No me adelantarás.

PUEBLO.

Gracias a estos dos adoradores, voy a ser hoy el más feliz de los mortales, a no ser que me las eche de interesante.

CLEÓN.

¿Ves? Yo soy el primero que te traigo una silla.

EL CHORICERO.

Pero no una mesa; y yo la he traído muchísimo antes.

CLEÓN.

Mira; aquí tienes esta tortita hecha con aquella harina que traje de Pilos.

EL CHORICERO.

Toma estos panecillos que la misma diosa ha socavado con su mano de marfil[167].

PUEBLO.

¡Qué dedos tan largos tienes, Minerva veneranda!

CLEÓN.

Toma estos puches de guisantes, cuyo hermoso color y buen gusto abre el apetito: los ha colado la misma Palas, mi protectora en Pilos.

EL CHORICERO.

¡Oh Pueblo! No hay duda que la diosa te protege; ahora extiende sobre tu cabeza esta olla llena de salsa.

PUEBLO.

¿Crees tú que hubiera podido vivir tanto tiempo en esta ciudad si la diosa no hubiese tenido realmente la olla extendida sobre nosotros?[168]

CLEÓN.

Este plato de peces te lo regala la diosa, terror de los ejércitos.

EL CHORICERO.

La hija del poderoso Júpiter te envía esta carne cocida en salsa, y este plato de tripacallos e intestinos.

PUEBLO.

Bueno es que se acuerde del peplo[169] que la regalo.

CLEÓN.

La diosa temible por la Gorgona de su casco, te manda comer esta torta prolongada, para que puedas alargar más fácilmente los remos.

EL CHORICERO.

Toma también esto.

PUEBLO.

¿Y qué haré de estos intestinos?

EL CHORICERO.

La diosa te los envía de intento, para componer las tripas de las naves: no pierde de vista nuestra escuadra. Bebe también este vaso con dos partes de vino y tres de agua.

PUEBLO.

¡Oh Júpiter! ¡Qué vino tan grato! ¡Qué buen gusto le dan las tres partes de agua![170]

EL CHORICERO.

La misma Tritonia[171] ha hecho la mezcla.

CLEÓN.

Acepta este pedazo de torta untado con manteca.

EL CHORICERO.

Toma esta torta entera.

CLEÓN.

Pero tú no tienes liebre para darle, y yo sí.

EL CHORICERO.

¡Ay! Es verdad. ¿En donde encontraré liebre ahora? Ingenio mío, discurre alguna estratagema.

CLEÓN.

¿Ves esta liebre, pobre hombre?

EL CHORICERO.

Nada se me importa. ¡Calla! Aquellos se dirigen a mí.

CLEÓN.

¿Quiénes son?

EL CHORICERO.

Unos embajadores con bolsas repletas de dinero.

CLEÓN.

¿Dónde? ¿dónde?

EL CHORICERO.

¿Qué se te importa? ¿No has de dejar en paz a los extranjeros? (*Al volver la cabeza le quita la liebre y se la ofrece a* PUEBLO.) Pueblecillo mío, ¿ves la liebre que te traigo?

CLEÓN.

¡Ay, desdichado! Me la has robado a traición.

EL CHORICERO.

Por Neptuno, tú hiciste lo mismo en Pilos.

PUEBLO.

Dime, dime: ¿de qué estratagema te has valido para robársela?

EL CHORICERO.

La estratagema es de la diosa; el hurto mío.

CLEÓN.

Me ha costado mucho trabajo el cazarla.

EL CHORICERO.

Y a mí el asarla.

PUEBLO.

Vete; yo solo sé quién me la ha servido.

CLEÓN.

¡Infeliz de mí! ¡Me vence en desvergüenza!

EL CHORICERO.

¿Por qué no decides, oh Pueblo, quién de los dos ha servido mejor a ti y a tu vientre?

PUEBLO.

¿De qué medio me valdré para demostrar a los espectadores la justicia de mi elección?

EL CHORICERO.

Voy a decírtelo. Anda, registra en silencio mi cesta y la del Paflagonio; mira lo que contienen, y después podrás juzgar con acierto.

PUEBLO.

Corriente, voy a examinar la tuya.

EL CHORICERO.

¿No ves, padrecito mío, que está vacía? Todo te lo traje.

PUEBLO.

Es una cesta verdaderamente popular.

EL CHORICERO.

Aproxímate a la del Paflagonio. ¿La ves?

PUEBLO.

¡Hola! ¡Qué repleta está! ¡Qué torta tan grande se ha guardado! ¡Y a mí me dio un pedacillo!

EL CHORICERO.

Siempre ha hecho lo mismo; te daba un trocito de lo que cogía, y él se guardaba la mejor parte.

PUEBLO.

¡Ah, infame! ¿así me robabas; así me engañabas? Y «yo te llené de coronas y presentes»[172].

CLEÓN.

Yo robaba por el bien de la república.

PUEBLO.

Quítate al instante esa corona para que se la ciña a tu rival.

EL CHORICERO.

Quítatela pronto, bergante.

CLEÓN.

De ninguna manera: tengo un oráculo de Delfos que declara quién debe ser mi vencedor.

EL CHORICERO.

Dice, y muy claro, que he de ser yo.

CLEÓN.

Examinaré antes si las palabras del dios pueden referirse a ti; dime en primer lugar, ¿a qué escuela acudiste de niño?

EL CHORICERO.

Me educaron a puñetazos en las cocinas.

CLEÓN.

¿Qué dices? ¡Ah, este oráculo me mata!... Prosigamos... ¿Qué aprendiste con el maestro de gimnasia?

EL CHORICERO.

A robar, a negar el robo y a mirar a los testigos cara a cara.

CLEÓN.

¡Oh Febo! ¡Oh Apolo, dios de Licia![173] ¿Qué vas a hacer de mí? Y de adulto, ¿a qué te has dedicado?

EL CHORICERO.

A la venta de chorizos y al libertinaje.

CLEÓN.

¡Oh desdicha! Soy perdido; una tenue esperanza me sustenta. Dime esto no más: ¿vendías los chorizos en el mercado o en las puertas?

EL CHORICERO.

En las puertas, donde se vende la pesca salada.

CLEÓN.

¡Infortunado! La predicción se ha cumplido[174]. Llevad adentro a este infeliz. Adiós, corona mía. Bien a mi pesar te abandono: otro te poseerá no más ladrón que yo, aunque más afortunado[175].

* * *

EL CHORICERO.

Tuya es la victoria, Júpiter, protector de la Grecia.

DEMÓSTENES.

Salud, ilustre vencedor; acuérdate de que yo te he hecho hombre. Bien poco te pido en recompensa: nómbrame escribano de actuaciones, como lo es ahora Fanos[176].

PUEBLO (*al Choricero*).

Dime cómo te llamas.

EL CHORICERO.

Agorácrito, porque me crié en el mercado en medio de los pleitos.

PUEBLO.

Póngome, pues, en manos de Agorácrito[177], y le entrego a ese Paflagonio.

(*En este momento Cleón, que había permanecido en la escena, era llevado adentro.*)

AGORÁCRITO.

Y yo, Pueblo, te cuidaré con tal solicitud que tendrás que confesar que nunca has visto un hombre más adicto a la república de los papanatas.

(*Vanse.*)

* * *

CORO.

«¿Hay nada más hermoso que principiar y concluir nuestros cantos celebrando al conductor de rápidos corceles»[178], en vez de herir con ultrajes gratuitos a Lisístrato o a Teomantis[179] privado hasta de hogar? Este, divino Apolo, derramando lágrimas arrancadas por el hambre, se abraza suplicante a tu carcaj en Delfos para evitar el rigor de la miseria.

Nadie critica que se censure a los malvados; todos los hombres discretos lo consideran como un tributo a la virtud. Si la persona cuyas infamias voy a delatar fuese muy conocida, no haría mención de otro amigo. Nadie ignora quién es Arignoto[180], a menos de no saber distinguir lo blanco de lo negro, ni el modo ortio de los demás. Pero este tiene un

hermano que no lo es ciertamente en las costumbres, el infame Arífrades[181], perverso a sabiendas, y no solo perverso (si así fuese nada diría), ni solo perversísimo, sino inventor de nefandas torpezas...

. . . . . .

. . . . . .

Quien no deteste con toda su alma a semejante hombre, no beberá jamás en nuestra copa.

Muchas veces medito durante la noche sobre la causa de la voracidad de Cleónimo. Dicen que devorando como un animal los bienes de los ricos, no pueden apartarle de la cesta del pan, viéndose obligados a decirle: «Vete, por piedad; déjanos algo en la mesa.»

Cuentan que el otro día se reunieron las naves para tratar de sus asuntos, y que la más vieja de todas dijo: «¿Habéis oído, amigas mías, lo que pasa en la ciudad? Un tal Hipérbolo[182], ciudadano perverso e inútil como el vino picado, ha pedido cien de nosotras para una expedición a Calcedonia»[183]. Dicen que esto pareció insoportable a las trirremes, y que una de ellas, virgen todavía, exclamó: «Por todos los dioses, antes consentirá Naufante, hija de Nausón, ser roída por la carcoma y pudrirse de vieja en el puerto, que tener por dueño a un hombre semejante. ¡Tan cierto como estoy hecha de tablas y de brea! Si los atenienses aprueban esa proposición, no nos resta más recurso que navegar con rumbo al templo de Teseo o al de las Euménides[184], y detenernos allí. De este modo no le veremos insultar a la república mandando la escuadra; váyase a los infiernos, botando al agua aquellos cajones en que vendía lámparas.»

* * *

AGORÁCRITO.

Guardad el silencio sagrado, plegad los labios y absteneos de citar testigos: ciérrense las puertas de los tribunales, delicias de la república, y retumbe en todo el teatro un jubiloso peán[185] en celebridad de las nuevas felicidades.

CORO.

¡Antorcha de la sagrada Atenas, salvador de nuestras islas! ¿Qué fausta nueva nos anuncias? ¿Qué dicha es esa que llenará nuestras plazas con el humo de los sacrificios?

AGORÁCRITO.

He regenerado a Pueblo[186], y lo he hermoseado.

CORO.

Y ahora, ¿dónde está?, ¡oh inventor de cambio tan prodigioso!

AGORÁCRITO.

Habita en la antigua Atenas, coronada de violetas.

CORO.

¿Cuándo le veremos? ¿Qué vestido tiene? ¿Cómo es ahora?

AGORÁCRITO.

Es lo que era antes, cuando tenía por comensales a Milciades y Arístides. Vais a verle; pues ya resuenan las puertas de los Propileos[187]. Regocijaos; saludad con ruidosas aclamaciones a la admirable y celebrada Atenas; miradla qué bella parece, recobrado su antiguo esplendor, y habitada por un pueblo ilustre[188].

CORO.

¡Oh hermosa y brillante ciudad coronada de violetas![189], muéstranos al único señor de este país y de la Hélade.

AGORÁCRITO.

Vedle con las cabellos adornados de cigarras[190], con su espléndido traje primitivo, oliendo a mirra y a paz, en vez de apestar a mariscos[191].

CORO.

Salud, rey de los griegos; contigo nos congratulamos; sobre ti ha derramado la Fortuna dones dignos de esta ciudad y de los trofeos de Maratón.

PUEBLO.

¡Oh queridísimo amigo! Acércate, Agorácrito. ¡Cuánto bien me has hecho transformándome!

AGORÁCRITO.

¿Yo? Pero, buen hombre, aún no sabes lo que eras antes y lo que hacías; de otra suerte me creerías un dios.

PUEBLO.

¿Pues qué hice antes? Dime, ¿cómo era?

AGORÁCRITO.

Antes, si alguno decía en la asamblea: «Oh Pueblo, yo soy tu amigo, yo te amo de veras, yo soy el único que velo por tus intereses», al punto te levantabas del asiento y te pavoneabas arrogante.

PUEBLO.

¿Yo?

AGORÁCRITO.

Y después de engañarte se marchaba.

PUEBLO.

¿Qué dices? ¿Eso hicieron conmigo, y yo nada conocí?

AGORÁCRITO.

No es extraño: tus orejas se extendían unas veces, y otras se plegaban como un quitasol.

PUEBLO.

¡Tan imbécil y chocho me puso la vejez!

AGORÁCRITO.

Además, si dos oradores trataban, uno de equipar las naves y el otro de pagar a los jueces su salario, siempre se retiraba vencedor el que habló del sueldo, y derrotado el que propuso armar la escuadra. — ¿Pero qué haces? ¿Por qué bajas la vista? ¿No puedes estarte quieto?

PUEBLO.

Me avergüenzo de mis faltas pasadas.

AGORÁCRITO.

Pero no te aflijas; no es tuya la culpa, sino de los que te engañaron. Ahora contéstame: si algún abogado chocarrero te dice: «Jueces, no tendréis pan si no condenáis a este acusado», ¿qué le harás?

PUEBLO.

Lo levantaré en alto y lo arrojaré al Báratro[192], colgándole del cuello a Hipérbolo.

AGORÁCRITO.

¡Hola!, en esto ya andas acertado y discreto. Pero, y los otros asuntos de la república ¿cómo los arreglarás?

PUEBLO.

En cuanto lleguen al puerto los remeros de los navíos de guerra les pagaré íntegro su sueldo[193].

AGORÁCRITO.

Providencia grata a muchas asendereadas posaderas.

PUEBLO.

Después mandaré que ningún ciudadano inscrito en la lista de los hoplitas[194] pueda pasar por recomendación a otro orden; cada cual estará en la lista donde se le apuntó al principio.

AGORÁCRITO.

Eso va derecho contra el escudo de Cleónimo[195].

PUEBLO.

Ningún imberbe podrá hablar en la asamblea.

AGORÁCRITO.

¿Y dónde perorarán Clístenes y Estratón?[196]

PUEBLO.

Hablo de esos jovenzuelos que frecuentan las tiendas de perfumes, donde charlan así: «¡Qué docto es Féax![197] ¡Cuán acertada ha sido su educación! Se apodera del ánimo de sus oyentes y los conduce a su fin: es sentencioso, sabio, y muy diestro en mover las pasiones y en dominar un tumulto.»

AGORÁCRITO.

¿Acaso estás apasionado de esos charlatanes?

PUEBLO.

No, por cierto; a todos les obligaré a irse de caza, en vez de hacer decretos.

AGORÁCRITO.

Con esa condición, toma esta silla, y este robusto muchacho para que la lleve; si te agrada, puedes sentarte sobre él[198].

PUEBLO.

¡Qué felicidad recobrar mi antiguo estado!

AGORÁCRITO.

Eso lo podrás decir cuando te entregue las treguas por treinta años. ¡Hola, Treguas[199], presentaos pronto!

PUEBLO.

¡Júpiter supremo! ¡Qué hermosas son! Dime, por los dioses: ¿puede tratarse con ellas? ¿Dónde las encontraste?

AGORÁCRITO.

Pues qué, ¿no las tenía guardadas el Paflagonio para que tú no las hallases? Yo te las doy; vete al campo y llévatelas.

PUEBLO.

¿Qué castigo vas a imponer a ese Paflagonio que ha hecho tanto mal?

AGORÁCRITO.

Uno pequeño. No le impondré más que el de ejercer mi antiguo oficio: vender chorizos en las puertas, y picar carnes de perros y burros[200]. Cuando se embriague, reñirá con las prostitutas, y no beberá más agua que la de las bañeras.

PUEBLO.

Excelente idea: nadie más digno que él de destrozarse a denuestos con los bañeros y prostitutas. En recompensa de tantos beneficios te invito a venir al Pritaneo y a ocupar en él la silla de aquel miserable. Sígueme y coge esa túnica verde-rana. Conducid al Paflagonio al sitio donde ha de ejercer su oficio, para que lo vean los extranjeros a quienes solía ultrajar.

FIN DE LOS CABALLEROS.

* * *

Notas

1. *Hist.*, III, 36.

2. *Id.*, IV, 28.

3. Plutarco, en la *Vida de Nicias*, refiere que en una ocasión, esperando la Asamblea a Cleón con impaciencia para tratar de un asunto interesante, el insolente demagogo presentose al fin, suplicando a los concurrentes que dejasen la discusión para otro día, porque teniendo convidados a unos extranjeros, no tenía entonces tiempo para dedicarse a los negocios del Estado. El pueblo se levantó, aplaudió a Cleón y continuó favoreciéndole.

4. Tucídides, IV, 3, 41.

5. *Los Cab.*, v. 511.

6. *Estudios de lit. griega*, publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid*.—Segunda época, tomo I, página 645.

7. Poyard: *Aristophane, trad. nouvelle*. París, 1878, pág. 44.

8. *Le Théâtre des Grecs*. París, 1749. Tom. VI, p. 295.

9. Cleón. Le llama *Paflagonio* no por que fuese de Paflagonia, región del Asia menor, sino para indicar su pronunciación defectuosa y sus desentonados gritos. Pues dicho apodo se deriva del verbo παφλάζω, designativo del rumor que produce el agua al hervir, y que en otra acepción significa también *tartajear* o *tartamudear*.

10. Es decir, se mezcló en la administración de la república.

11. Músico, discípulo de Marpsias, que compuso melodías, con acompañamiento de flauta, que expresaban perfectamente el dolor.

12. Verso 345 del *Hipólito* de Eurípides.

13. Alusión al oficio de la madre de Eurípides. El verbo διασκανδικίζω es invención de Aristófanes.

14. Lit.: *un canto de fuga de la casa de nuestro amo*.

15. La palabra griega μόλωμεν se decía con particularidad de los esclavos y desertores. Quizá Aristófanes supone en Nicias y Demóstenes intención de pasarse al enemigo.

16. Sobre la interpretación de este pasaje, dice discretamente el Sr. Camus:

17. Probablemente el público manifestaría su aprobación por medio de aplausos.

18. Las habas se empleaban para votar en las asambleas; además, los jueces, para no dormirse en el tribunal, solían entretenerse en mascullarlas. De modo que el epíteto de Aristófanes es intencionadísimo, pues satiriza a un tiempo las dos manías capitales de los atenienses: la afición a la política y a los pleitos. Por esto mismo la abstención de comer habas, que prescribía Pitágoras a sus discípulos, significaba su retraimiento de los negocios.

19. Cleón era hijo de un curtidor y había ejercido el oficio de su padre.

20. Salario de los jueces. Pericles fue quien introdujo la costumbre de pagar un óbolo a los ciudadanos que concurrían a la asamblea o formaban parte de los tribunales. Cleón, para hacerse popular, elevó su sueldo a tres.

21. Alusión a la victoria de Pilos, que se atribuyó a Cleón, aunque Demóstenes lo hizo todo. (Véase la *Noticia preliminar* y Tucídides, lib. IV, páginas 28 y siguientes).

22. Cambiando μυρσίνην en βυρσίνην, el poeta sustituye la rama de mirto que los esclavos usaban para espantar las moscas por unas disciplinas de cuero, alusivas al oficio de Cleón.

23. *Octuplum cacamus*.

24. Lit. *Culus est Chaoniæ, manus utraque Ætoliæ, mens vero in tribu Clopidum*.

25. Tucídides (lib. I, 138) no menciona esta particularidad de la muerte de Temístocles, y asegura que murió de enfermedad, aunque apunta el rumor de que se suicidó; pero Cicerón (*De Claris Orat.*, II) y Plutarco (*Vida de Temístocles*) dicen lo mismo que Aristófanes.

26. Se cree que era la copa que se bebía al fin de la comida. Otros suponen que era la primera.

27. Comarca del Asia menor, junto a Esmirna, célebre por sus vinos.

28. Antiguo y famoso adivino griego, natural de Beocia. El Escoliasta menciona dos más del mismo nombre, uno ateniense y otro arcadio.

29. *Éucrates* (alias *Estopa*), demagogo influyente en Atenas antes de Cleón. Viose obligado a esconderse bajo un montón de salvado para librarse de sus enemigos. Parece que además de comerciante en estopas lo era también en trigo y harinas.

30. Lisicles, demagogo como el anterior.

31. Torrente del Ática.

32. El choricero se cree que es Hipérbolo.

33. Señala a los espectadores.

34. Ἐν κύκλῳ, *en círculo*. Se refiere a las Cícladas.

35. La *Caria*, estaba al Sur del Asia Menor, y la *Calcedonia* al Norte; de ahí los temores de estrabismo que asaltan a Agorácrito.

36. *Venderás*, por *gobernarás*; alusión a la mala administración de Atenas.

37. Parodia del estilo ampuloso e intrincado de los oráculos.

38. Como pudiera decir a Júpiter o a las Musas.

39. Segunda clase del Estado. (V. *Noticia preliminar*.)

40. Ciudad de Tracia, sometida entonces a Atenas y que trataba de sacudir el yugo de la metrópoli. Cleón al ver una copa de Calcis en manos de Demóstenes sospecha que es un regalo enviado para sobornarlo. Otros creen que se trata de Calcis de Eubea, emancipada del protectorado de Atenas pocos años después (Tuc., VIII, 5), y muy conocida por sus obras de cerámica.

41. Véase la nota sobre Éucrates.

42. Llamábanse así los jueces del Ἡλιαστικὸν, tribunal de Atenas, situado al mediodía y al aire libre. Cleón cuenta con la ayuda de los heliastas, que eran 500, por el sueldo de tres óbolos que por iniciativa suya se les había asignado.

43. El Quersoneso de Tracia, tributario entonces de Atenas y muy maltratado por Cleón.

44. Aristófanes después de una serie de metáforas tomadas de los combates cuerpo a cuerpo, vuelve a su primera comparación de los higos. La idea es que Cleón arruina con sus calumniosas delaciones a los débiles o tímidos.

45. Con quienes Atenas estaba en guerra entonces.

46. Alusión al súbito enriquecimiento de Cleón.

47. Los pritáneos eran cincuenta individuos del Senado o Consejo de los quinientos, encargados de la vigilancia y presidencia de las asambleas durante treinta y cinco días.

48. Término tomado de su oficio de pelambrero.

49. Demo de Atenas.

50. Hipodamo de Mileto fue un arquitecto célebre; contribuyó mucho al embellecimiento de Atenas, dividiéndola en calles, plazas y barrios. Cedió al Estado una casa de su propiedad en el Pireo. Su hijo Arqueptólemo, afiliado a la aristocracia y enemigo de Cleón, y partidario de la paz, después de la caída de los *cuatrocientos* y del restablecimiento de la democracia, fue acusado de traición y condenado a muerte.

51. Es decir, en el mercado, escuela de desvergüenza y malas artes.

52. Los *metecos* o extranjeros domiciliados no gozaban de los derechos políticos; estaban sujetos a tributos especiales y a multitud de vejaciones: su condición era, pues, muy inferior a la de los ciudadanos.

53. Las costas de Mileto abundaban en rica pesca, especialmente en el pez llamado λάβραξ, especie de perca, gobio o locha a que los romanos dieron el nombre de *lupus*.

54. Se refiere a las minas de oro y plata de Laurium, montaña próxima a Atenas: el impuesto sobre sus rendimientos proporcionaba al Estado una pingüe renta. Pertenecian a particulares ricos.

55. A los criminales se les sujetaba con cepos de madera.

56. Operaciones que se practicaban con los cerdos para certificarse de su buen estado.

57. Alusión a la victoria de Pilos, conseguida en realidad por Demóstenes, y cuya gloria se apropió Cleón; y después a los prisioneros de Esfacteria, por los cuales se exigía a los lacedemonios un crecido rescate, y que al fin murieron de miseria en las prisiones de Atenas.

58. Célebre poeta cómico. Su afición al vino, que Aristófanes le echa en cara varias veces, le hizo contraer una incontinencia de orina.

59. Trágico detestable. Su padre Filocles y su hijo Astidamas eran también muy malos poetas. Aristófanes le cita a menudo. (V. *Paz*, 803; *Ranas*, 151.)

60. Así empezaba una canción de Simónides.

61. Sobre el epíteto πυροπίνην, *acaparador de trigo*, dado al hijo de Julio, véase Feuillemorte, *Comédies d'Aristophane*, tomo I, pág. 290, nota. París, 1864.

62. Lit. *Júpiter forense* ἀγοραιὸς, sin duda por la estatua que tenía en la ágora o mercado.

63. En vez de servilletas se usaban rebanadas de pan para limpiarse los dedos.

64. Especie de mono. *Cinocéfalo* quiere decir *Cabeza de perro*, esto es, desvergonzado, o

conservando la etimología, *cínico*.

65. La aparición de las golondrinas era en Grecia señal de la vuelta de la primavera. Se celebraba mucho su venida. Ateneo nos ha conservado una canción de los niños de Rodas, titulada *Quelidonismo*, cuya traducción incluí en mi artículo sobre los *cantos populares griegos*, publicados en *El Ateneo de Vitoria*.

66. Se cogían al aproximarse el buen tiempo.

67. Ciudad tributaria de Atenas: al principio de la guerra del Peloponeso se declaró independiente, y fue reducida a la obediencia después de un largo asedio. (V. Tuc., I, 59, 64; II, 58, 70.)

68. El acusador debía fijar la multa a que había de ser condenado el reo, caso de probarse el delito.

69. Alusión a un antiguo sacrilegio cometido en el templo de Minerva.

70. La mujer de Hipias, tirano de Atenas e hijo de Pisístrato, se llamaba *Mirrina* o *Mirsina*; pero Aristófanes le da el nombre de *Birsina*, aludiendo al primer oficio de Cleón: *Birsa*, significa *cuero*.

71. Parodia de las metáforas bajas y vulgares que algunos oradores empleaban para hacer efecto en el populacho.

72. Quizá estas palabras se dirigieran a cierta clase de espectadores.

73. La pregunta del Choricero está motivada por la metáfora de Cleón. Demóstenes (*Discurso sobre la Embajada mal desempeñada*) empleó una frase análoga, τυρεύειν κατάσκευας.

74. A imitación de los atletas, que se untaban el cuerpo de aceite para escurrirse con más facilidad entre las manos de su adversario.

75. Véase la nota al verso 166 de *Los Acarnienses*.

76. Alusión a las riñas de gallos.

77. Metro usado en la parábasis.

78. Poeta cómico, al principio muy del gusto de los atenienses, que premiaron sus piezas once veces. Aristófanes enumera algunas de sus comedias. Ateneo (XV, 690, c.) cita *Los Citaristas*, *Los Cínifes* y *Los Lidios*.

79. Principio de un canto de Cratino, que era una sátira contra la venalidad y la delación.

80. Principio de otro canto de Cratino.

81. Músico que tenía el vicio de embriagarse; su pobreza era extremada, pues las coronas de olivo con que le premiaron en los juegos olímpicos eran toda su hacienda. Solía decir: «que estaba bien coronado, pero mal bebido.»

82. Cratino era extremadamente aficionado a la bebida. Horacio hace mérito de este vicio (*Epist.*, I, 19):

83. Había asientos de honor en el teatro.

84. Poeta cómico. Principió por ser actor y representar las obras de Cratino. El Escoliasta asegura que compraba los votos de los espectadores.

85. Véanse *Los Acarnienses*.

86. Aristófanes parece aludir a su espaciosa calva.

87. En su disputa con Minerva sobre quién había de dar su nombre a la ciudad de Atenas, Neptuno produjo el caballo, de donde el epíteto que se lee en el texto.

88. Las *trirremes* (τριήρης) eran naves de tres filas de remeros.

89. Promontorio del Ática consagrado a Neptuno.

90. Promontorio de Eubea, junto al cual había un templo de Neptuno.

91. General ateniense, jefe de la escuadra, y famoso por sus recientes victorias navales. Era de costumbres muy austeras. No habiendo podido pagar a causa de su honrada pobreza la cantidad de cien minas, por la que estaba en descubierto con el tesoro público, «fue condenado como insolvente y se retiró al campo.» Más tarde le rehabilitó el pueblo ateniense. (V. *La Paz*, 347; Tuc., II, 68, 85, 92.)

92. El peplo (πέπλος) era una especie de manto cortado en redondo, de una tela muy fina, consagrado con especialidad a Minerva en concepto de patrona de Atenas; en él se hallaba representado el gigante Encélado, muerto por la diosa. Cada cinco años, en las *Grandes Panateneas* se le ofrecía un peplo en el cual figuraban las acciones y los nombres de los ciudadanos dignos de recordarse. (V. Winckelmann, *Hist. de l'Art chez les Anciens*, tom. I, pág. 517. París, 1802; Escoliasta, *Los Cab.*, 566.)

93. Autor de un decreto sobre el derecho de los generales a obtener de la república una

subvención. El padre del demagogo Cleón se llama Cleéneto, pero no está bien averiguado si es el mismo a quien cita Aristófanes.

94. Uno de los honores más apreciados era el tener asiento de distinción en el teatro y otros lugares públicos.

95. Los caballeros llevaban el cabello largo.

96. El Coro tributa a sus caballos los elogios que no quiere dirigirse a sí mismo.

97. Los atenienses enviaron una expedición contra Corinto después de la victoria de Pilos, tantas veces aludida en esta comedia. (V. Tuc., IV, 42, 43.)

98. Grito de los marineros.

99. Nombre de un caballo.

100. Pasaje lleno de alusiones oscuras para nosotros. Sobre Teoro, véanse *Los Acarnienses*.

101. Todas las divinidades invocadas por el Choricero son inventadas por Aristófanes: Σκίταλοι, *demonios de la lujuria*; Φέναξες, *del fraude* (de φέναξ, *engañador*); Βρεσχεθοὶ, *de la estupidez*; Κοβάλοι, *de la chocarrería*; Μόθων, *esclavo insolente*.

102. *Pepedit*.

103. Aristóteles (*Ret.*, I, 4) hace la misma comparación.

104. Es decir, darle mucho o poco a su arbitrio.

105. Era una costumbre piadosa el colgar ramas de árboles a las puertas de la casa.

106. Alusión a Hipérbolo.

107. Lugar donde se reunía la asamblea popular.

108. Al ponerlos a secar al sol.

109. Cambio de decoración. La escena debía de representar el Pnix.

110. Metáforas tomadas de la navegación.

111. Lisicles, ya citado en el verso 132.

112. *Cinna* y *Salabaca*, cortesanas de Atenas. Como se ve, el patriotismo de Cleón no era excesivo.

113. Demo de Atenas en que eran sepultados los guerreros muertos en el combate. En el recinto de la ciudad había un lugar del mismo nombre habitado por las cortesanas. Para dar

más fuerza a su imprecación, Agorácrito dice por dónde ha de ser enganchado: τῶν ὀρχιπέδων, *correptis testiculis*.

114. *Nates eorum qui remum agebant.*

115. Vid. la Noticia preliminar de *Los Acarnienses*.

116. Los lacedemonios, antes de la toma de Pilos, enviaron a Atenas una embajada solicitando la paz. Arqueptólemo, ciudadano ateniense, fue el encargado de presentarla; pero Cleón hizo infructuosas sus gestiones. (Vid. Tuc., IV, 17, 22.)

117. Salario de los jueces. Ya hemos visto que era uno de los medios empleados por Cleón para sostener su influencia.

118. Verso de Eurípides.

119. Puerto de Atenas que se hizo por consejo de Temístocles, quien lo unió a la ciudad por medio de una muralla de 35 estadios. (Plutarco, *Vida de Temístocles*; Cornelio Nepote, *id.*, cap. 6.)

120. Lit. «Comes las tortas de Aquiles», frase proverbial para indicar una alimentación exquisita.

121. No se sabe de cierto por qué motivo. El Escoliasta recuerda lo que sobre la sublevación de los Mitilenenses dice Tucídides (III, 18, 36, 56). Pero el haber pedido Cleón que fuesen pasados a cuchillo todos los hombres de la ciudad rebelde y reducidos a la esclavitud los niños y las mujeres, no permite suponer que hubiera sido comprado en esta ocasión. El pueblo ateniense, compadecido de la mísera suerte de tantos infelices, revocó su cruel decreto, y solo fueron castigados los principales culpables.

122. Parodia del verso 614 del *Prometeo* de Esquilo.

123. Los escudos cogidos al enemigo se colgaban en los templos como en acción de gracias a los dioses; pero tomando la precaución de quitarles las correas o abrazaderas para evitar el que pudieran utilizarse en alguna sedición. A esta falta de precaución alude en su respuesta el Choricero.

124. Juego de palabras sobre λαβήν, que designa también la *abrazadera* o *asa* del escudo.

125. Destierro por algunos años que se solía decretar contra los ciudadanos cuyo poder e influencia inspiraba temor a la recelosa democracia ateniense.

126. Nótese la semejanza de esta comparación con nuestro refrán: «A río revuelto, ganancia de pescadores.»

127. Uno de los Escoliastas dice que este *Grito* era un constante parroquiano de los lupanares y burdeles, condenado a muerte por Cleón. Sin embargo, lo probable es que no sea un personaje real. Quizá es un nombre imaginario, formado de γρῦ, *porquería de las uñas*, inventado por Aristófanes para hacer ridícula la importancia de la pretendida corrección de costumbres que pondera Cleón.

128. *Te culos quidem inspectare*.

129. Aristófanes alude muchas veces a la disolución de los oradores.

130. Las túnicas con mangas solo las usaban los *cinœdi* y *pueri meritorii*, y los actores: ¿habrá en la promesa de Cleón alguna alusión satírica al pueblo ateniense? (Vid. Winckelmann, *obra citada*, tom. I, pág. 546.)

131. Los antiguos se descalzaban para recostarse en los triclinios, o camas, sobre las cuales comían.

132. El σίλφιον me parece que debe traducirse laserpicio, por más que haya escritores que entiendan que es el *benjuí*. Era una hierba notable por sus cualidades medicinales, y sumamente ventosa y laxante. Su olor no era agradable para todos. Se cosechaba mucho en la Cirenaica.

133. Permítasenos la importación de esta palabra del catalán, en gracia a que traduce exactamente el κόπρειος del original, y puede además derivarse de la castellana *fiemo* o *cieno*.

134. *Pirrandro* quiere decir *hombre rojo*, aludiendo al enrojecimiento anterior. Según el Escoliasta, el sujeto citado fue un delator o sicofanta.

135. El cargo de trierarca era sumamente oneroso. La república solo proporcionaba el casco de la nave, y el trierarca tenía que equiparla a su costa. Era uno de los medios de que se valían los demagogos para vejar a sus enemigos.

136. Παφλάζει, de donde el apodo de *Paflagonio* dado a Cleón.

137. Signo de mando.

138. Vuelve a mencionarse el θρῖον, de cuya confección hablamos en la nota al verso 1102 de *Los Acarnienses*. Hay además en el original un equívoco intraducible, basado en la casi

completa semejanza de los vocablos δῆμος, *pueblo*, y δημὸς, *grasa*.

139. Ave voraz, símbolo de la codicia de Cleón.

140. La tribuna desde la cual hablaban los oradores.

141. Alusión a su rapacidad.

142. *Verpum te fieri necesse est usque ad pectinem*.

143. Rey de Tracia, aliado de los Persas. Aristófanes lo convierte en mujer, y al decir que el pueblo *perseguirá* a Esmicites, en vez de añadir y a *su ejército*, dice y a *su marido*, como si se tratase de perseguir en justicia a una *mujer*, la cual solo podía ser demandada en unión de su esposo.

144. Los habitantes de las ciudades aliadas.

145. Quiere decir que Cleón desempeñaba el mismo papel en la administración del Estado que el mortero y la espumadera en la cocina; aplastando a sus enemigos y revolviéndolo todo.

146. Alusión a los regalos que Cleón admitía. Hay en el original un juego de palabras basado en la semejanza de *dórico* y δῶρον, *regalo*.

147. *Quam valde cacaturio*.

148. *Glanis* es un adivino inventado por Agorácrito. Llamábase así un pez que tenía la particularidad de comerse el cebo sin tragarse el anzuelo.

149. *Penem iste sibi mordeat*.

150. Sobrenombre de Apolo, cuando profetizaba.

151. Una clase de peces.

152. *Cécrope* fue el primer rey de Atenas.

153. *Cacaverit*. Hay en el original un juego de palabras, sobre μαχέσαιτο y χέσαιτο.

154. Juego de palabras que hemos podido reproducir.

155. *Cinalopex*, especie de pero de caza. (V. Jenofonte, *Cinegética*.)

156. Rufián conocido por el apodo que le da el texto.

157. El sueldo era la preocupación constante de los atenienses.

158. Es decir, «en el hueco de la mano». Feuillemorte (*Comédies d'Aristophane*, tom. I, pág.

342) comenta así este verso: «Cilene (que es necesario no confundir con la montaña del mismo nombre situada al Sur de la Acaya, al Norte de la Arcadia, tenida por los antiguos como morada de los *mirlos blancos*) era el principal puerto de la Élida en el mar de Sicilia. Quizá su nombre es denigrado por el oráculo, que la personifica como un agente de fraudes y tunanterías, no solo a causa de la analogía de su nombre con el que en griego significa *hueco de la mano*, o *garra*, de que va a hablar luego, sino porque en aquella ciudad había nacido Mercurio, dios de los ladrones (*Pomponio Mela*, II, 2, 3). Esta explicación es aplicable también a la Cilene de Arcadia, pues Virgilio (*Eneida*, VIII, 138) coloca en esta montaña la cuna de Mercurio, y Pausanias (*Arcad.*) dice que en ella había un antiguo templo consagrado a aquel dios.»

159. Ciudad de Mesenia.

160. Adivino, amigo de Nicias, orador fogoso y arrebatado, acusado de ladrón. Frínico, Éupolis, Amipsias y Teléclides le atacaron también. Aristófanes vuelve a ocuparse de él en *Las Aves*, 988, y en *Las Avispas*, 380.

161. Alusión a la manía de juzgar de los atenienses.

162. La lechuza estaba consagrada a Minerva, patrona de Atenas.

163. Cleón.

164. Parodia del *Peleo* de Sófocles.

165. *Teófano* debía ser algún demagogo que prometía al pueblo repartos de trigo.

166. Sobre la facilidad con que el pueblo ateniense era engañado por los oradores, véase en Tucídides el discurso de Cleón (lib. III, 38).

167. Era costumbre quitar al pan la miga y echar en el hueco salsa o legumbres. La mano de marfil alude a la magnífica estatua de Minerva hecha por Fidias, y colocada en la Ciudadela.

168. En vez de su mano protectora.

169. Vid. la nota al verso 566.

170. Los griegos no solían beber el vino puro, sino mezclado con agua.

171. En el original hay un juego de palabras intraducibles que versa sobre la semejanza de sonido entre el ordinal τρίτος (*tercero*) que ocurre al hablar de las tres partes de agua mezcladas a eos de vino, y Τριτογενὴς, sobrenombre de Minerva, por haber nacido de la

cabeza de Júpiter a los tres días de concebida, o a la margen del lago Tritón.

172. Verso tomado de los *Hilotas coronando a Neptuno*, tragedia de autor desconocido. Está en dialecto dórico.

173. Verso del *Telefo* de Eurípides.

174. Parodia de un verso del *Belerofonte* de Eurípides.

175. Parodia de los versos 481 y 182 de la *Alcestes* de Eurípides.

176. Fano (etimológicamente el *delator*) se duda si era un agente de Cleón, o un nombre inventado por Aristófanes. Se le cita también en *Las Avispas*, v. 1220.

177. Nombre compuesto de ἀγορά, *plaza pública, mercado*, y κριτής, *juez*.

178. Los tres primeros versos de este coro están tomados literalmente de Píndaro.

179. Sobre *Lisístrato*, véase *Los Acarnienses*, nota al verso 855. *Teomantis* era un adivino sumamente pobre. Aristófanes vuelve a citarle en *Las Aves*, v. 1406.

180. Músico muy estimado por los atenienses. Sobre el modo ortio, véase la nota al v. 16 de *Los Acarnienses*.

181. Hermano de Arignoto y de costumbres horriblemente depravadas. Aristófanes las expone a la pública indignación, aunque más valiera que nunca lo hubiera hecho. Tan repugnante es la descripción que de ellas hace, que ni encubiertas con el velo de la lengua latina pueden reproducirse. En nuestra traducción omitimos en su consecuencia la de los versos 1284-1287.

182. Demagogo muy influyente, varias veces citado. Después de la muerte de Cleón su poder no tuvo límites, hasta que Nicias y su partido consiguieron que se le condenase al ostracismo.

183. Ciudad de Tracia, próxima a Bizancio.

184. El templo de Teseo y el de las Euménides gozaban del derecho de asilo.

185. El *Peán*, himno dedicado primeramente a celebrar a Apolo, recibió este nombre de παύειν (*cesar*) porque se le dirigía al dios para obtener la terminación de alguna calamidad, como la guerra o la peste. Después llegó a designar, como aquí, todo canto de alegría. En este sentido dice Calímaco (*Himno II*, v. 20 y 21):

186. Lit.: *recocí*, aludiendo sin duda al remozamiento de Esón por Medea.

187. Magnífico edificio construido por orden de Pericles conforme a los diseños del arquitecto Mnesicles. Era de mármol y del majestuoso y severo orden dórico. Principiose el 437 antes de J. C., y se concluyó cinco años después. El importe de esta suntuosa fábrica ascendió a dos mil doce talentos, suma que excedía al presupuesto anual de ingresos de Atenas. Su nombre, Προπύλαιων, vale tanto como *vestíbulos*.

188. Probablemente un cambio de decoración permitiría ver el pórtico de los Propileos.

189. Epíteto tradicional de Atenas. Vid. *Acarnienses*, 637.

190. La cigarra, a la que se creía nacida de la tierra, era un símbolo de *autoctonía* para los habitantes de Atenas. Los antiguos habitantes del Ática, acostumbraban a recoger sus cabellos con cigarras de oro. (Tucid., I, 6).

191. Los jueces emitían sus votos por medio de conchas. Esta es la etimología de *ostracismo*.

192. Precipicio al cual eran arrojados los criminales. La frase de Aristófanes es mucho más graciosa en el texto original, por cuanto el nombre propio *Hipérbolo* es también un adjetivo con el cual se designaba la piedra que servía para la ejecución.

193. El sueldo de los remeros era de un dracma diario.

194. La infantería ateniense se componía de tres clases de soldados: 1.º, los *Hoplitas*, cuyas armas eran: casco, coraza, escudo, grebas, pica y espada; 2.º, los *Psiles*, o infantería ligera, destinados a lanzar dardos, y aun piedras; 3.º, los *Peltastas*, que recibían este nombre del pequeño escudo llamado *pelta* (πέλτη) de que iban armados.

195. Aristófanes moteja su cobardía en casi todas sus comedias.

196. Ya citados en *Los Acarnienses*.

197. Orador diserto pero no elocuente. Los cómicos le acusaban de pederastia. Parece que era muy hábil abogado, pues consiguió eludir con un discurso la pena de muerte que iba a imponérsele inevitablemente, por haber sido cogido *infraganti* en un delito que la merecía. El elogio de Aristófanes tiene visos de irónico.

198. Casi todas estas palabras y las de las contestaciones siguientes tienen un doble sentido obsceno.

199. Personifica las *Treguas* convirtiéndolas en cortesanas. Después de la muerte de Cleón y Brásidas (Tuc., V, 10), se pactó una tregua de 30 años, que se rompió muy pronto.

200. Como se ve, cierta clase de fraudes tienen un antiquísimo abolengo.

Las Nubes

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

«El año último dirigió el poeta sus ataques contra esos vampiros que, pálidos abrasados por incesante fiebre, estrangulaban en las tinieblas a vuestros padres y abuelos, y acostados en el lecho de los ciudadanos pacíficos, enemigos de cuestiones, amontonaban sobre ellos procesos, citaciones y testigos, hasta el punto de que muchos acudieron aterrados al polemarca. Y esto no obstante, el año pasado abandonasteis al intrépido defensor que puso todo su ahínco en purgar de tales monstruos a la patria, precisamente cuando sembraba pensamientos de encantadora novedad, cuyo crecimiento impedisteis por no haberlos comprendido bien. Sin embargo, el autor jura a menudo, entre estas libaciones a Baco, que jamás oísteis mejores versos cómicos. Vergonzoso es que no comprendieseis de seguida su intención profunda; pero al poeta le consuela el no haber desmerecido en la opinión de los doctos, aunque se hayan estrellado sus

esperanzas por vencer en audacia a sus rivales.»

Así explica Aristófanes, en la *Parábasis* de *Las Avispas*, el objeto de *Las Nubes*, y el elevado concepto que tenía formado de esta comedia, una de las más hermosas creaciones de su fantasía. *Las Nubes* son, en efecto, una sátira ingeniosa y trascendental de los vicios que en la educación iban introduciéndose merced, especialmente, a la influencia de los sofistas, ídolos entonces de la juventud, que frecuentaba solícita sus escuelas. Los sofistas habían aparecido en Atenas en tiempo de Pericles, y, abusando de la invención de Zenón el eleático, esgrimieron las armas de la dialéctica para satisfacer sus miras interesadas y ambiciosas. En sus discursos, exornados con todas las galas de la oratoria, no se proponían como objeto principal la demostración científica de un sistema de verdades, sino el deslumbrar a sus oyentes, sosteniendo, con aquellos falaces argumentos que de ellos han recibido el nombre de sofismas, las más absurdas conclusiones y extrañas paradojas.

Ensoberbecidos con su ingenio, disputaban atrevidamente *de omni re scibili*, y sostenían indistintamente el pro y el contra en todas las cuestiones, llegando, por este funesto modo de filosofar, a convertir la varonil elocuencia antigua en un arte de disputar artificiosamente, a llevar las inteligencias al escepticismo y a la negación de los dioses, y a relajar los más fuertes vínculos sociales con la predicación de una moral cuyo único móvil era el *carpe diem* y el placer. «El talento de hacer justo lo injusto, e injusto lo justo, que orgullosamente se atribuían, debía de ser, dice Schœll, siguiendo a Heeren[1], extremadamente peligroso en sus relaciones con la vida civil; pero aún producía un mal mayor, cual es el de echar por tierra el sentimiento de la verdad, que deja de ser respetable desde el momento en

que se la considera discutible.»

Aristófanes, que siempre estaba con el látigo levantado contra todo abuso y todo error, lo descargó también sobre estos maestros ateos, vanos e inmorales, impulsado por el noble, levantado y patriótico pensamiento de restaurar aquel sistema de enseñanza que formó los héroes de Maratón e hizo reinar en las costumbres la modestia y la virtud; pero al hacerlo cometió la imperdonable falta de elegir como blanco de sus tiros y personificación de los sofistas la venerable figura de Sócrates, que era precisamente el más declarado de sus enemigos. ¿Qué motivo pudo impulsar a Aristófanes a semejante elección y a acumular sobre la cabeza del virtuoso filósofo los anatemas con que quiere confundir la nueva educación? ¿Por qué acusar de corruptor de la juventud al que solo pretendía dirigirla al bien, de ateísmo al hombre más piadoso, de avaricia al más generoso y desprendido, y de perderse en nebulosas especulaciones al que sentaba toda su filosofía sobre la base práctica de la moral? Digámoslo en dos palabras: por la misma popularidad de Sócrates y su especial manera de enseñar. Sócrates, que no explicaba dentro del recinto de una escuela, sino en los lugares más concurridos; que empleaba todos los recursos de su natural gracejo en la disputa y en la exposición de sus doctrinas, era indudablemente el filósofo más conocido de los atenienses, y sin duda por eso lo eligió Aristófanes para personificar en él toda la filosofía de su tiempo, obedeciendo a la necesidad de dar unidad a su comedia y de no convertirla en una polémica insípida o pedante.

Es preciso, además, tener en cuenta que Sócrates, como todos los genios, quizá no lo apareciera ante los ojos de sus contemporáneos hasta que su muerte depuró en él, por decirlo así, toda aquella especie de

imperfección que empequeñece, cuando se las mira de cerca, las más grandes figuras. Desde luego, aun los más furiosos detractores de Aristófanes no podrán menos de confesar que había motivo para engañarse al apreciar las miras del mártir de la cicuta, cuando se le veía discutir con chistes y cuentecillos entre la plebe menos ilustrada, o dar consejos *de arte amandi* a la bella cortesana Teodota.

Esta singular conducta, cuando sus altos fines no eran bien conocidos, se prestaba indudablemente al ridículo; y por eso Sócrates, que despreciaba las vulgares preocupaciones que acerca de él existían, fue el blanco, como dice Séneca, de las envenenadas burlas de los cómicos. Porque no fue solo Aristófanes quien le escarneció en el teatro; Éupolis y Amipsias le llamaron vanidoso, mendigo y ladrón, y es de creer que también otros, dada la declarada guerra que entre poetas cómicos y filósofos y trágicos existía.

No pretendemos con esto, justificar a Aristófanes, sino hacer constar que, al componer *Las Nubes*, aparte de lo indisculpable de la sátira personal y calumniosa, procedió de buena fe, aunque con criminal ligereza, por haber confundido a Sócrates con la turba de sofistas cuya peligrosa enseñanza quería desterrar.

De todos modos, sus insultos no hallaron eco, por esta vez, en el público de Atenas, que, acostumbrado a la extremada licencia de los cómicos, tomaba a risa sus ultrajes y calumnias, o los consideraba como grandes exageraciones. Pues solo así se comprende que aplaudiese a un mismo tiempo los ataques de Aristófanes a Eurípides y su sistema dramático, y las tragedias del inspirado poeta. Sócrates, según irrecusables testimonios, continuó después de representadas *Las Nubes* siendo querido y respetado, y no pareció guardar resentimiento alguno contra su

calumniador. Platón y Jenofonte, sus más afectos discípulos, tampoco tienen para él ni una palabra de censura: al contrario, el primero compuso en su honor un lisonjero dístico y le presentó en el *Banquete*, conversando amigablemente con el maestro sobre las interesantes teorías del arte, la belleza y el amor.

En vista de estos elocuentes hechos y de haber trascurrido nada menos que veinticuatro años entre la primera representación de *Las Nubes* y la muerte de Sócrates, ha caído ya en descrédito la opinión de que la comedia aristofánica fue la causa principal de la injusta condena del filósofo. Verdad es que sus enemigos presentaron contra él las mismas acusaciones que en *Las Nubes* se le hacen; pero también es cierto que no pasaron de ser pretextos especiosos acogidos por un tribunal decidido a condenar a muerte al que había osado censurar la tiranía de los Treinta, y los atropellos de Nicias[2].

Quitado de *Las Nubes* el nombre de Sócrates, queda esta comedia como una de las más perfectas de Aristófanes. Muy lisonjeros juicios se han formulado sobre ella; pero como entre los más acertados figura el que mi particular amigo D. Fermín Herrán tuvo la bondad de poner al frente de mi versión en el año 1875, lo inserto a continuación, aprovechando esta oportunidad de agradecerle los amables o inmerecidos elogios de que entonces me colmó.

> *«El argumento de Las Nubes es sencillísimo; parécese en esto a algunos de nuestros autos sacramentales en que la acción se desenvuelve sin tropiezo, sin incidentes que la compliquen, ni episodios que la armonicen; ligera, sencilla y fácilmente comprensible.*

»Estrepsiades, personaje que Aristófanes nos presenta como la personificación del fraude, tipo que excita la repugnancia, sin dejar de interesar por eso, es un hombre que agobiado de deudas y no teniendo con qué pagarlas, discurre los medios de burlar a sus acreedores dejando a salvo su responsabilidad, única cosa que le atemoriza, no por la nota que sobre él podrá echar, sino por la materialidad del pago a que se vería obligado. Y en vez de recurrir a la economía, disminuyendo sus gastos, deshaciéndose de lo superfluo, o arbitrando recursos de cualquiera manera, cree haber resuelto la cuestión enviando a su hijo Fidípides a la escuela de Sócrates, donde debía aprender a convencer con su elocuencia a los más reacios de sus acreedores, logrando de este modo, y en caso de ser citado a juicio, ganar el pleito obteniendo sentencia favorable, para lo cual había de llevar prevenidos dos discursos, uno justo y otro injusto. Pero, en un principio, su hijo Fidípides, que está muy lejos de ser un modelo de respeto y cariño filial, se niega a ir a la escuela, pretextando la antipatía que siente por aquellos sabios, viéndose Estrepsiades obligado a presentarse él mismo en la escuela, donde es admitido, empezando a recibir las lecciones de Sócrates, que renuncia a sacar partido de un discípulo tan estúpido y desmemoriado que solo recuerda de lo que le enseñan aquello que tiene relación con la manía que le ocupa. Viendo que por sí mismo nada consigue, logra, si no convencer, persuadir a su hijo a entrar en la escuela, de donde sale con los conocimientos que deseaba, los cuales emplea, no en salvar a su padre de los rigores de una sentencia inminente, sino en cohonestar con argucias o sofismas su

conducta depravada; lo que obliga a Estrepsiades a renegar del talento de su hijo y maldecir la hora en que abrigó la idea de que lo adquiriese. Ansiando tomar venganza de los autores de su mal, quema la casa de Sócrates, y termina la comedia.

»Como se ve, la acción marcha por sí sola, sin que nada la detenga ni precipite; y la moral, aunque un poco tergiversada, es clara y provechosa, y pudiera condensarse en estas palabras: "del mal no puede venir el bien".

»Por el argumento no podría llamarse a Aristófanes notable dramático, toda vez que el ingenio más mediano es capaz de concebir un asunto tan sencillo; pero hay circunstancias que le avaloran y engrandecen, poniendo a su autor en elevado lugar.

»El diálogo, siempre vivo y animado, se hace notable e interesa por la oportunidad de las réplicas y agudeza de las observaciones. La sátira punzante que encierra, las transparentes alusiones que pone en boca de sus personajes le recomiendan y enaltecen, y los chistes en que abunda hacen la acción amena e interesante, en sumo grado: la intervención del coro podría hacerla pesada y algo monótona, pero es necesaria, toda vez que el comentario puesto en su boca hace las veces de moraleja, ilustración del texto y explicaciones de los pasajes, además de que, dadas las costumbres de entonces en aquel país, no podía prescindirse de él.

»Cuanto de ridículo tienen algunos personajes de la comedia está sacado a luz con tanta gracia, con tal oportunidad, que a pesar de reconocer muchas veces la injusticia y encono de los tiros, se aplaude la puntería en gracia del chiste.

»En los episodios, en ciertas escenas, en determinadas situaciones, luce esplendorosa la habilidad del autor de Las Nubes. El diálogo entre lo Justo y lo Injusto es admirable y verdadera obra maestra de ática ironía. El poner en boca del hijo, niño mimado e insolente, los sofismas que para defender lo contrario, o al menos lo distinto, ha expuesto el padre, bonachón y débil, es de éxito grande y efecto oportuno, como lo es la famosa escena entre el viejo y el filósofo, cuya irónica gracia, cuya petulancia e intención son muy superiores a todo encarecimiento.

»Sintetizando: argumento sencillo, lenguaje selecto, diálogos chispeantes y animados, caracteres bien dibujados y correctos, episodios divertidos o interesantes.»

La representación de *Las Nubes* tuvo lugar, según la opinión más probable, el año primero de la Olimpiada ochenta y nueve, o sea el 424 a. J. C. El mismo Aristófanes lo indica al lamentarse de su mal éxito en la parábasis de *Las Avispas*, representadas el 423, y al hablar en aquella comedia de Cleón, como si viviese todavía, siendo así que el célebre demagogo murió en el año décimo de la guerra del Peloponeso, que corresponde al segundo de la Olimpiada ochenta y nueve.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Estrepsiades.

Fidípides.
Un esclavo de Estrepsiades.
Discípulos de Sócrates.
Sócrates.
Coro de Nubes.
El Razonamiento justo.
El Razonamiento injusto.
Pasias, acreedor.
Un testigo de Pasias.
Aminias, acreedor.
Querefonte.

* * *

LAS NUBES.

* * *

La escena representa el dormitorio de Estrepsiades. Este aparece en su lecho, y próximos a él duermen su hijo, y los esclavos.

ESTREPSIADES.

¡Oh Júpiter supremo! ¿Es acaso interminable la duración de las noches? ¿Nunca se hará de día? Mucho tiempo ha que he oído el canto del gallo, y sin embargo, los esclavos aún están roncando: antes no sucedía esto. Maldita sea la guerra, que me impide hasta el castigar a mis esclavos[3]. Este buen mozo no despierta en toda la noche, y duerme profundamente[4], envuelto en las cinco mantas de su lecho. Pero probemos a imitarle...

¡Pobre de mí! no puedo conciliar el sueño. ¿Cómo he de dormir, si me atormentan los gastos, la caballeriza y las deudas que he contraído por causa de este hijo? Él cuida su cabellera, cabalga, guía un carro y sueña con caballos; y yo me siento morir cuando llega el día veinte del mes, porque se acerca el momento de pagar los intereses...[5].

Muchacho, enciende la lámpara y tráeme el libro de cuentas, para que examine los gastos, y averiguando a quiénes debo, calcule los intereses... Ea, veamos, ¿cuánto debo? «Doce minas a Pasias[6]»: ¿Y por qué doce minas a Pasias? ¿En qué las he gastado? Cuando compré el Coppatia[7]. ¡Desdichado de mí! ¡Ojalá me hubiesen vaciado antes un ojo de una pedrada![8].

FIDÍPIDES (*soñando*).

Filón, guías mal: tu carro debe seguir a este.

ESTREPSIADES.

He aquí el mal que me mata: hasta durmiendo sueña con caballos.

FIDÍPIDES (*soñando*).

¿Cuántas carreras es necesario dar en el certamen?

ESTREPSIADES.

A tu padre sí que le haces dar carreras... ¿Pero qué deuda contraje[9] después de la de Pasias? Veamos: «tres minas a Aminias[10] por el carro y las ruedas.»

FIDÍPIDES (*soñando*).

Lleva el caballo a la cuadra y revuélcalo antes en la arena.

ESTREPSIADES.

¡Infeliz! Tú si que das vuelco a mi fortuna; unos me tienen ya citado a los tribunales, otros me piden que les garantice el pago de los intereses[11].

FIDÍPIDES (*despertando*).

Pero, padre, ¿qué te angustia que no haces más que dar vueltas toda la noche?

ESTREPSIADES.

Me muerde cierto demarco[12] de las camas.

FIDÍPIDES.

Por favor, querido, déjame dormir un poco.

ESTREPSIADES.

Duerme en hora buena, pero sabe que todas estas deudas caerán sobre tu cabeza... ¡Oh! ¡Así perezca miserablemente aquella casamentera que me impulsó a contraer matrimonio con tu madre! Porque yo tenía una vida dulcísima, sencilla, grosera, descuidada y abundante en panales, ovejas y aceite. Después, aunque era hombre del campo, me casé con la nieta de Megacles hijo de Megacles, ciudadana soberbia, amiga de los placeres, con las mismas costumbres que Cesira[13]. Después del matrimonio, cuando nos acostábamos, yo no olía más que a mosto, higos y lana de mis ovejas; ella por el contrario, apestaba a pomadas y esencias, y solo deseaba besos amorosos, lujo, comilonas y los placeres de Venus[14]. No diré que fuese holgazana, sino que tejía; y muchas veces, enseñándola esta capa, le decía con tal pretexto: «Esposa mía, *aprietas*[15] demasiado los hilos.»

UN ESCLAVO.

No tiene aceite la lámpara.

ESTREPSIADES.

¡Ay de mí! ¿Por qué has encendido una lámpara tan bebedora? Acércate para que te haga llorar.

EL ESCLAVO.

Y ¿por qué he de llorar?

ESTREPSIADES.

Por haber puesto una mecha muy gorda... Después, cuando nos nació este hijo, disputamos mi buena mujer y yo acerca del nombre que habríamos de ponerle. Ella le posponía a todos los nombres el de caballo, queriendo que se llamase Jantipo, Caripo o Calípides[16]. Yo le llamaba Fidónides[17], como su abuelo. Tras largo debate, adoptamos, por fin, un término medio y le llamamos Fidípides[18]. Su madre, tomándole en brazos, solía decirle entre caricias: «¡Cuándo te veré, hecho un hombre, venir a la ciudad, ricamente vestido y dirigiendo tu carro, como tu abuelo Megacles...!» Y yo le decía: «¡Cuándo te veré, vestido de pieles, traer las cabras del Feleo[19] como tu padre...!» Pero nunca hizo caso de mis palabras. Y su afición a los caballos[20] me ha perdido. Después de haber meditado toda la noche, he encontrado un maravilloso expediente, que me salvará si consigo persuadir a mi hijo. Mas, antes de todo, quiero despertarle. ¿Cómo haré para despertarlo dulcemente? ¿Cómo? ¡Fidípides, querido Fidípides![21].

FIDÍPIDES.

¿Qué, padre mío?

ESTREPSIADES.

Bésame y dame tu mano derecha.

FIDÍPIDES.

Hela aquí. ¿Qué ocurre?

ESTREPSIADES.

Di: ¿me amas?

FIDÍPIDES.

Sí, por Neptuno ecuestre.

ESTREPSIADES.

Por favor, no me recuerdes nunca a ese domador de caballos; es la causa de todos mis males. Si me amas de todo corazón, hijo mío, compláceme.

FIDÍPIDES.

¿Y en qué quieres que te complazca?

ESTREPSIADES.

Cambia pronto de costumbres, y ve a aprender donde yo te mande.

FIDÍPIDES.

Explícate ya: ¿qué quieres?

ESTREPSIADES.

¿Y me obedecerás?

FIDÍPIDES.

Te obedeceré, por Baco.

ESTREPSIADES.

Mira a este lado. ¿Ves esa puertecita y esa casita?

FIDÍPIDES.

Las veo. ¿Pero qué quiere decir esto?

ESTREPSIADES.

Esa es la escuela[22] de las almas sabias. Ahí habitan hombres que hacen creer con sus discursos que el cielo es un horno que nos rodea, y que nosotros somos los carbones[23]. Los mismos enseñan, si se les paga, de qué manera pueden ganarse las buenas y las malas causas.

FIDÍPIDES.

Y ¿quiénes son esos hombres?

ESTREPSIADES.

No sé bien cómo se llaman. Son personas buenas dedicadas a la

meditación.

FIDÍPIDES.

¡Ah, los conozco, miserables! ¿Hablas de aquellos charlatanes pálidos y descalzos, entre los cuales se encuentran el perdido Sócrates y Querefonte?[24]

ESTREPSIADES.

¡Eh! calla: no digas necedades. Antes bien, si te conmueven las aflicciones de tu padre, sé uno de ellos y abandona la equitación.

FIDÍPIDES.

No lo haré, por Baco, aunque me dieses todos los faisanes que cría Leógoras[25].

ESTREPSIADES.

¡Oh!, por favor, queridísimo hijo, ve a la escuela.

FIDÍPIDES.

Y ¿qué aprenderé?

ESTREPSIADES.

Dicen que enseñan dos clases de discursos: uno justo, cualquiera que sea, y otro injusto[26]; con el segundo de estos afirman que pueden ganar hasta las causas más inicuas. Por tanto, si aprendes el discurso injusto, no pagaré ni un óbolo[27] de las deudas que tengo por tu causa.

FIDÍPIDES.

No puedo complacerte. Me sería imposible mirar a un jinete si tuviese el color de la cara tan perdido.

ESTREPSIADES.

Por Ceres, no comeréis ya a mis expensas ni tú, ni tu caballo de tiro, ni tu caballo de silla[28], sino que te echaré de casa enhoramala[29].

FIDÍPIDES.

Mi tío Megacles no me dejará sin caballos. Me voy, y no hago caso de tus amenazas.

* * *

(*Aquí debe haber mutación de escena, puesto que Estrepsiades va a llamar en la puerta de Sócrates.*)

ESTREPSIADES.

Sin embargo, aunque he caído, no he de permanecer en tierra[30], sino que invocando a los dioses iré a esa escuela y recibiré yo mismo las lecciones. Pero ¿cómo, siendo viejo, olvidadizo y torpe, podré aprender discursos llenos de exquisitas sutilezas? Marchemos. ¿Por qué me detengo y no llamo a la puerta? ¡Esclavo! ¡Esclavo!

UN DISCÍPULO.

¡Vaya al infierno! ¿Quién golpea la puerta?

ESTREPSIADES.

Estrepsiades, hijo de Fidón, del cantón de Cicinno[31].

EL DISCÍPULO.

¡Por Júpiter! Campesino habías de ser para golpear tan brutalmente la puerta y hacerme abortar[32] un pensamiento que había concebido.

ESTREPSIADES.

Perdóname, porque habito lejos de aquí, en el campo; pero dime: ¿cuál es el pensamiento que te he hecho abortar?

EL DISCÍPULO.

No me es permitido decirlo más que a los discípulos.

ESTREPSIADES.

Dímelo sin temor, porque vengo a la escuela como discípulo.

EL DISCÍPULO.

Lo diré: pero ten en cuenta que esto debe de ser un misterio. Preguntaba ha poco Querefonte a Sócrates cuántas veces saltaba lo largo de sus patas una pulga que había picado a Querefonte en una ceja y se había lanzado luego a la cabeza de Sócrates[33].

ESTREPSIADES.

Y ¿cómo ha podido?...

EL DISCÍPULO.

Muy ingeniosamente. Derritió un poco de cera, y cogiendo la pulga sumergió en ella sus patitas. Cuando se enfrió la cera, quedó la pulga con una especie de borceguíes pérsicos[34]. Se los descalzó Sócrates y midió con ellos la distancia recorrida por el salto.

ESTREPSIADES.

¡Supremo Júpiter, qué inteligencia tan sutil!

EL DISCÍPULO.

¿Pues qué dirás si te cuento otra invención de Sócrates?

ESTREPSIADES.

¿Cuál? Dímela, te lo ruego.

EL DISCÍPULO.

El mismo Querefonte Esfetiense le preguntó si creía que los mosquitos zumbaban con la trompa o con el trasero.

ESTREPSIADES.

¿Y qué dijo de los mosquitos?

EL DISCÍPULO.

Dijo que el intestino del mosquito es muy angosto, y que a causa de su

estrechez el aire pasa con gran violencia hasta el trasero, y como el orificio de este comunica con el intestino, el trasero produce el zumbido por la violencia del aire.

ESTREPSIADES.

Por lo tanto, el trasero de los mosquitos es una trompeta. ¡Oh tres veces bienaventurado el autor de tal descubrimiento! Fácilmente obtendrá la absolución de un reo quien conoce tan bien el intestino del mosquito.

EL DISCÍPULO.

Poco ha una salamandra le hizo perder un gran pensamiento.

ESTREPSIADES.

Dime: ¿de qué manera?

EL DISCÍPULO.

Observando de noche el curso y las revoluciones de la luna, miraba al cielo con la boca abierta, y entonces una salamandra le arrojó su excremento desde el techo.

ESTREPSIADES.

¡Linda salamandra que hace sus necesidades en la boca de Sócrates!

EL DISCÍPULO.

Ayer por la tarde no teníamos cena.

ESTREPSIADES.

¡Hem! ¿Y qué inventó para encontrar comida?

EL DISCÍPULO.

Extendió polvo sobre la mesa, dobló una barrita de hierro[35], y recogiendo después el compás, escamoteó un vestido de la palestra.

ESTREPSIADES.

¿Por qué admiramos ya a Tales?[36] Abre, abre prontamente la escuela, y

preséntame a Sócrates cuanto antes. Me impaciento por ser su discípulo. ¡Vivo! abre la puerta. — ¡Oh Hércules! ¿De qué país son estos animales?[37].

EL DISCÍPULO.

¿De qué te admiras? ¿Con quiénes les encuentras semejanza?

ESTREPSIADES.

Con los lacedemonios hechos prisioneros en Pilos[38]. ¿Pero por qué miran esos a la tierra?

EL DISCÍPULO.

Investigan las cosas subterráneas.

ESTREPSIADES.

Entonces buscan cebollas. No os cuidéis más de eso: yo sé dónde las hay hermosas y grandes. — ¿Y qué hacen esos otros con el cuerpo inclinado?

EL DISCÍPULO.

Investigan los abismos del Tártaro.

ESTREPSIADES.

¿Para qué mira al cielo su trasero?

EL DISCÍPULO.

Es que aprende astronomía por su parte. Pero entrad, no sea que el maestro nos sorprenda.

ESTREPSIADES.

No, todavía no: que estén aquí; tengo que comunicarles un asuntillo mío.

EL DISCÍPULO.

Es que no pueden permanecer largo tiempo al aire y en el exterior.

ESTREPSIADES.

¡En nombre de los dioses! ¿Qué son estas cosas? Decídmelo.

EL DISCÍPULO.

Esa es la astronomía.

ESTREPSIADES.

¿Y esta?

EL DISCÍPULO.

La geometría.

ESTREPSIADES.

¿Para qué sirve la geometría?

EL DISCÍPULO.

Para medir la tierra.

ESTREPSIADES.

¿La que se distribuye a la suerte?

EL DISCÍPULO.

No. Toda la tierra.

ESTREPSIADES.

¡Gracioso dicho! He aquí una idea muy popular y útil[39].

EL DISCÍPULO.

He aquí todo el circuito de la tierra. ¿Ves? Aquí está Atenas.

ESTREPSIADES.

¿Qué dices? No te creo. No veo a los jueces en sesión[40].

EL DISCÍPULO.

Sin embargo, este es verdaderamente el territorio del Ática.

ESTREPSIADES.

¿Y dónde están los Cicinenses mis compatriotas?

EL DISCÍPULO.

Helos aquí; y mira también la Eubea, que, como ves, es muy larga.

ESTREPSIADES.

Lo sé: Pericles y vosotros la habéis sometido a mil torturas[41]. Pero, ¿dónde está Lacedemonia?

EL DISCÍPULO.

¿Que dónde está? Hela aquí.

ESTREPSIADES.

¡Cuán cerca de nosotros! Meditad sobre esto y alejadla todo lo que se pueda.

EL DISCÍPULO.

Por Júpiter, eso es imposible.

ESTREPSIADES.

Pues ya os pesará. — ¡Calla! ¿y quién es ese hombre suspendido en el aire en un cesto?

EL DISCÍPULO.

Él.

ESTREPSIADES.

¿Quién es él?

EL DISCÍPULO.

Sócrates.

ESTREPSIADES.

¡Sócrates! Anda y llámale fuerte.

EL DISCÍPULO.

Llámale tú; que yo no tengo tiempo.

ESTREPSIADES.

¡Sócrates! ¡Sócrates!

SÓCRATES.

Mortal[42]. ¿Por qué me llamas?

ESTREPSIADES.

Ante todo, te ruego que me digas qué es lo que haces ahí.

SÓCRATES.

Camino por los aires y contemplo el Sol.

ESTREPSIADES.

Por tanto, ¿miras[43] a los dioses desde tu cesto y no desde la tierra? Si no es que...

SÓCRATES.

Nunca podría investigar con acierto las cosas celestes si no suspendiese mi alma y mezclase mis pensamientos con el aire que se les parece[44]. Si permaneciera en el suelo, para contemplar las regiones superiores, no podría descubrir nada porque la tierra atrae a sí los jugos del pensamiento: lo mismo exactamente que sucede con los berros.

ESTREPSIADES.

¿Qué hablas? ¿El pensamiento atrae la humedad de los berros? Pero, querido Sócrates, baja, para que me enseñes las cosas que he venido a aprender.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que te ha hecho venir?

ESTREPSIADES.

El deseo de aprender a hablar. Los usureros, los acreedores más intratables me persiguen sin descanso y destruyen los bienes que les he dado en prenda.

SÓCRATES.

¿Cómo te has llenado de deudas sin apercibirte?

ESTREPSIADES.

Me ha arruinado la enfermedad de los caballos, cuya voracidad es espantosa. Mas enséñame uno de tus dos discursos, aquel que sirve para no pagar. Sea cual fuere el salario que me pidas, juro por los dioses que te lo he de satisfacer.

SÓCRATES.

¿Por qué dioses juras? En primer lugar, es preciso que sepas que los dioses no son ya moneda corriente entre nosotros.

ESTREPSIADES.

¿Pues por quién juráis? Acaso por las monedas de hierro, como en Bizancio.

SÓCRATES.

¿Quieres conocer perfectamente las cosas divinas y saber sin engaño lo que son?

ESTREPSIADES.

Sí, por Júpiter, a ser posible.

SÓCRATES.

Y ¿hablar con las Nubes, nuestras divinidades?

ESTREPSIADES.

Mucho más.

SÓCRATES.

Siéntate, pues, en el lecho sagrado.

ESTREPSIADES.

Ya estoy sentado.

SÓCRATES.

Coge esta corona.

ESTREPSIADES.

¿Para qué la corona? ¡Ay de mí!, Sócrates, no me sacrificarás como a Atamas[45].

SÓCRATES.

No: hacemos todas estas ceremonias con los iniciados.

ESTREPSIADES.

¿Y qué ganaré con esto?

SÓCRATES.

Llegarás a ser un molino de palabras, un verdadero cascabel, fino como la flor de la harina: pero no te muevas.

ESTREPSIADES.

No me engañas, por Júpiter; si continúas empolvándome de ese modo me convertiré pronto en flor de harina[46].

SÓCRATES.

Es necesario guardar silencio, anciano, y escuchar atentamente mis súplicas. Soberano señor, Aire inmenso que rodeas la sublime tierra, Éter luminoso, y vosotras, Nubes, diosas venerables, que engendráis los rayos y los truenos, levantaos, soberanas mías, y mostraos al filósofo en las alturas.

ESTREPSIADES.

No, todavía no, hasta que me cubra la cabeza con el manto doblado, no sea que me moje. ¡Pobre de mí! haber salido de casa sin mi montera de piel de perro.

SÓCRATES.

Venid pues, oh Nubes venerables, y mostraos a este, ora ocupéis la sagrada cumbre del nevado Olimpo, ora forméis con las Ninfas la danza

sagrada en los jardines del padre Océano, ora recojáis en urnas de oro las aguas del Nilo, ora residáis en la laguna Meotis, o sobre las nevadas rocas del Mimas; oídme, aceptad mi sacrificio y mirad complacidas estas sagradas ceremonias.

* * *

CORO DE NUBES.

Del seno mugiente del Océano, nuestro padre, levantémonos, Nubes eternas, ligeras por nuestra naturaleza vaporosa, a las altas cumbres de los montes coronados de árboles seculares. Desde ellas veremos a lo lejos el horizonte montuoso, la tierra sagrada, madre de los frutos, el curso de los ríos divinos, y el mar que murmura profundamente. Puesto que el ojo infatigable del Éter brilla siempre con resplandeciente luz, disipemos la niebla oscura que nos rodea, y mostrémonos a la tierra con todo el esplendor de nuestra belleza inmortal.

SÓCRATES.

Indudablemente, habéis escuchado mis votos, ¡oh Nubes venerables! ¿Has oído tú su voz acompañada de los mugidos del trueno?

ESTREPSIADES.

Yo también os adoro, santas Nubes, y quiero responder a vuestros truenos[47]; a ello me obligan el miedo y el temblor; así es que, sea o no lícito, quiero desahogarme[48].

SÓCRATES.

No te burles, ni hagas lo que esos cómicos miserables[49] — ¡Silencio! Una multitud de diosas se adelantan cantando.

CORO.

Vírgenes imbríferas[50], vamos a visitar el pingüe territorio de Palas y la amable tierra de Cécrope, patria de tan grandes hombres, donde se celebra el culto de los sagrados misterios, se ven el santuario místico de las santas iniciaciones[51] las ofrendas a los habitantes del Olimpo, los elevados templos y las estatuas de los dioses, las procesiones religiosas, los sacrificios a las coronadas divinidades y los festines de todas las estaciones; y, cuando con la primavera vuelve la fiesta de Baco, los certámenes de los resonantes coros, y el grave sonido de las flautas.

ESTREPSIADES.

¡Por Júpiter! Sócrates, dime: ¿Quiénes son aquellas mujeres que han cantado con tanta majestad? ¿Son algunas heroínas?

SÓCRATES.

No; estas son las celestes Nubes, grandes diosas de los hombres ociosos; que nos dan el pensamiento, la palabra y la inteligencia, el charlatanismo, la locuacidad, la astucia y la comprensión.

ESTREPSIADES.

He aquí por qué al oírlas parece que mi alma va a volar, y ya desea discutir sobre sutilezas, hablar del humo, contradecir y oponer argumentos contra argumentos. Así es que desearía, si fuese posible, verlas personalmente.

SÓCRATES.

Mira hacia aquel lado, hacia el monte Parneto. Yo las veo descender con lentitud.

ESTREPSIADES.

¿Dónde? Enséñame.

SÓCRATES.

Míralas; vienen oblicuamente en gran número, a través de los valles y los bosques.

ESTREPSIADES.

Pero ¿qué es esto? Si no las distingo.

SÓCRATES.

Ahí, junto a la entrada.

ESTREPSIADES.

Al fin las entreveo.

SÓCRATES.

Ahora las verás perfectamente si no tienes telarañas en los ojos[52].

ESTREPSIADES.

Sí, por Júpiter: ¡oh diosas venerables! ya ocupan toda la escena.

SÓCRATES.

¡Y tú, que ignorabas su existencia y no las tenías por diosas!

ESTREPSIADES.

No por cierto: pero las creía niebla, humo o rocío.

SÓCRATES.

Por Júpiter, ¿no sabes que estas alimentan a multitud de sofistas, a los adivinos de Turium, a los médicos, a los holgazanes que no se ocupan mas que de sus uñas, sortijas y cabellos, a los autores de ditirambos y a los charlatanes de vaciedades sublimes? A todos estos los alimentan porque las celebran en sus cantos.

ESTREPSIADES.

¿Por eso cantan en sus versos el ímpetu veloz de las húmedas Nubes que lanzan deslumbradores relámpagos, los cabellos erizados de Tifón, el de las cien cabezas, y las tempestades furiosas como aves de rapiña, que

vuelan por el éter, nadando por el aire y los torrentes de lluvia que derraman las Nubes?[53] Y en premio de estos versos se comen los más grandes peces y la carne delicada de los tordos.

SÓCRATES.

¿Por causa de ellas, no es justo?

ESTREPSIADES.

Pero dime, si en realidad son Nubes, ¿en qué consiste que parecen mujeres y sin embargo no lo son?

SÓCRATES.

¿Pues qué son entonces?

ESTREPSIADES.

No lo sé bien: ahora me parecen copos de lana, pero de ninguna manera mujeres. Estas, sin embargo, tienen narices.

SÓCRATES.

Vamos, responde a mis preguntas.

ESTREPSIADES.

Pregunta lo que quieras.

SÓCRATES.

¿No has visto alguna vez, mirando al cielo, una Nube parecida a un centauro, a un leopardo, a un lobo o a un toro?

ESTREPSIADES.

Sí, en verdad; y ¿a qué viene esto?

SÓCRATES.

A probarte que se transforman como quieren. Así, cuando ven a un hombre de larga cabellera y pecho velludo como el hijo de Jenofante, se burlan de su locura, cambiándose en centauros.

ESTREPSIADES.

Y ¿qué hacen cuando ven a Simón, ladrón del tesoro público?

SÓCRATES.

Para poner de manifiesto sus costumbres, se transforman en lobos.

ESTREPSIADES.

Por eso es que ayer al distinguir a Cleónimo, que arrojó su escudo para huir, al verle tan cobarde se cambiaron en ciervos.

SÓCRATES.

Y ¿ves ahora? al mirar a Clístenes se han transformado en mujeres.

ESTREPSIADES.

¡Salud, oh diosas! Si alguna vez lo habéis hecho por un mortal, romped vuestro silencio y dejad oír vuestra celeste voz, reinas omnipotentes.

CORO.

Salud, investigador de la sabiduría: y tú, sacerdote de las vaciedades más inútiles, di para qué nos necesitas. Porque a ningún sofista de los que investigan las cosas del cielo escuchamos con tanto placer como a ti, excepto a Pródico[54]: a este le atendemos por su ingenio y por su ciencia; a ti por tu andar arrogante, por tu mirar desdeñoso, tu sufrimiento en caminar desnudo, y la majestad que imprimes a tu fisonomía.

ESTREPSIADES.

¡Oh Tierra, qué voz tan sagrada, venerable y prodigiosa!

SÓCRATES.

Es que ellas son las únicas diosas; todas las demás son pura ficción.

ESTREPSIADES.

Pero entonces, dime, por la sagrada Tierra: ¿Júpiter olímpico no es dios?

SÓCRATES.

¿Cuál Júpiter? Tú te burlas. No hay tal Júpiter.

ESTREPSIADES.

¿Qué estas diciendo? ¿Pues quién hace llover? Demuéstrame esto antes de todo.

SÓCRATES.

Ellas: y voy a demostrarlo con grandes razones. ¿Has visto alguna vez que Júpiter haga llover sin Nubes? Si fuese él, sería necesario que lloviese estando el cielo sereno y después de haberlas disipado.

ESTREPSIADES.

Perfectamente: por Apolo, tu argumento me ha convencido. Yo creía antes, como cosa cierta, que Júpiter para hacer llover orinaba en una criba. Pero dime: ¿quién produce el trueno? Esto me hace temblar.

SÓCRATES.

Las Nubes truenan cuando se revuelven sobre si mismas[55].

ESTREPSIADES.

¿De qué manera, hombre audaz?

SÓCRATES.

Cuando están muy llenas de agua y se ponen en movimiento arrastradas por su propio peso, al caer se entrechocan y rompen con estrépito.

ESTREPSIADES.

Pero ¿quién las empuja para que se entrechoquen? ¿Acaso Júpiter?

SÓCRATES.

De ningún modo: las empuja el Torbellino etéreo.

ESTREPSIADES.

¿El Torbellino? En verdad, ignoraba que Júpiter no existía y que reinaba por él el Torbellino. Pero nada me has enseñado todavía del fragor de los truenos.

SÓCRATES.

¿No me has oído decir que cuando las Nubes llenas de agua caen unas sobre otras producen ese fragor a causa de su densidad?

ESTREPSIADES.

¿Y cómo he de creer eso?

SÓCRATES.

Observando lo que a ti mismo te sucede, como voy a demostrarte. Cuando en las Panateneas[56] cenas tanto que se te desarregla el vientre, ¿no has notado que este produce de repente algunos ruidos?

ESTREPSIADES.

Sí, a fe mía: y en seguida me atormenta, y se revuelve, ruge como el trueno, y después estalla con estrépito. Primero hace, con ruido apenas perceptible, *pax*; luego *papax*, en seguida *papappax*, y cuando hago mis necesidades es un verdadero trueno *pappappax*, lo mismo que las Nubes.

SÓCRATES.

Considera el gran ruido que haces con tu pequeño vientre; ¿será, pues, inverosímil el que el aire inmenso truene con estrepitoso fragor? Por eso las palabras *trueno* y *ventosidad* son semejantes.

ESTREPSIADES.

Pero dime: ¿de dónde provendrá el rayo resplandeciente que a unos los reduce a cenizas y a otros los toca sin matarlos? Evidentemente Júpiter es quien lo lanza contra los perjuros.

SÓCRATES.

¡Pobre tonto, más viejo que el tiempo, la luna y el pan! ¿Cómo, si hiere a los perjuros, no ha abrasado ni a Simón, ni a Cleónimo, ni a Teoro? Estos son no poco perjuros. Sin embargo, vemos que hiere a su propio templo, al promontorio Sunio, y a las gigantescas encinas. ¿Por qué causa? una encina jamás es perjura.

ESTREPSIADES.

No lo sé, pero me parece que discurres bien. Mas dime: ¿qué es el rayo?

SÓCRATES.

Si un viento seco se eleva y se encierra dentro de las Nubes, las hincha como si fueran una vejiga; después cuando su misma fuerza las revienta se escapa violentamente comprimido por su densidad, y el ímpetu terrible con que estalla hace que se encienda a sí mismo.

ESTREPSIADES.

En verdad, lo mismo me sucedió una vez en las fiestas de Júpiter. Asaba para mi familia un vientre sin haber tenido la precaución de hacerle algunas incisiones; se había hinchado mucho, y de repente reventó por medio y me saltó a los ojos su interior quemándome la cara.

CORO.

¡Oh tú que deseas aprender los arcanos de la ciencia, cuán dichoso serás entre los atenienses y los demás griegos, si tienes memoria y aplicación y un alma constante para el sufrimiento; si no te cansas ni de permanecer quieto, ni de caminar; si no te hace mella el frío, ni deseas comer; si te abstienes del vino, de los ejercicios gimnásticos y de otras necedades, y piensas que es lo mejor y lo más propio de un hombre digno el sobresalir en las obras, en los consejos y en los combates de la palabra!

ESTREPSIADES.

Si te hace falta un alma dura e insensible a los desveladores cuidados, y un estómago frugal acostumbrado a las privaciones y capaz de alimentarse con ajedrea, puedes contar conmigo; mi cuerpo es tan duro como un yunque.

SÓCRATES.

Promete también no reconocer ya más dioses que los que nosotros veneramos en concepto de tales; a saber: el Caos, las Nubes y la Lengua; he aquí las tres divinidades.

ESTREPSIADES.

Nunca hablaré de otras aunque me tropezase con ellas, ni las honraré con sacrificios, libaciones ni incienso.

CORO.

Pide ahora confiadamente lo que deseas de nosotras, y lo obtendrás, si nos honras, nos admiras y procuras ser hombre hábil.

ESTREPSIADES.

¡Oh dioses! Lo que os pido es lo menos que puede pedirse; haced tan solo que sea el más elocuente de los griegos.

CORO.

Concedido: ningún hombre de estos tiempos te superará en hacer bellos discursos.

ESTREPSIADES.

No: eso no es lo que deseo, porque a mí jamás se me ocurre pronunciar grandes sentencias. Tan solo quiero resolver en mi favor los pleitos y escapar de las manos de los acreedores.

CORO.

Se cumplirá lo que deseas, pues no apeteces cosas imposibles. Ponte

confiadamente en manos de uno de nuestros sacerdotes.

ESTREPSIADES.

Haré lo que me mandáis, pues la necesidad aprieta por causa de los caballos y el matrimonio, que me han perdido. Hagan estos de mí ahora todo cuanto les plazca; yo les entrego mi cuerpo para que lo destrocen a fuerza de golpes, hambre, sed, calor y frío, y si quieren conviertan mi piel en una bota, con tal que no pague mis deudas y pase por hombre atrevido, charlatán, temerario, sin vergüenza, costal de mentiras, inventor de frases, trillado en los pleitos, litigante perpetuo, molino de palabras, zorro astuto, penetrante barreno, correa flexible, disimulado, escurridizo, fanfarrón, insensible como el nudo de las maderas, impuro, veleta, y parásito impudente. Si todos los que me encuentren llegan a saludarme con todos estos calificativos, hagan mis maestros cuanto les agrade de mi persona; y si les gusta, por Ceres, embutan mis intestinos y sírvanselos a los filósofos.

CORO.

Este hombre tiene una voluntad pronta y valiente. Ten entendido que la ciencia que te vamos a enseñar te hará conseguir tal gloria entre los mortales que te levantará hasta el cielo.

ESTREPSIADES.

Y ¿qué me sucederá?

CORO.

Que mientras vivas gozarás con nosotras una existencia extremadamente feliz.

ESTREPSIADES.

¿Acaso llegaré a ver eso?

CORO.

Habrá constantemente muchos sentados a tu puerta, deseando consultarte, hablar contigo y deliberar sobre infinitos pleitos y negocios en los que se cruzarán sumas inmensas. (*A Sócrates.*) Pero enseña al viejo algunas de tus lecciones, sondea su espíritu y explora los alcances de su ingenio.

SÓCRATES.

Ea, dime qué clase de carácter tienes, para que, una vez conocido, pueda dirigir contra él nuevas máquinas.

ESTREPSIADES.

¡Cómo! ¿Acaso piensas asaltarme como si fuera una muralla?

SÓCRATES.

No: solamente quiero hacerte algunas breves preguntas. En primer lugar, ¿tienes memoria?

ESTREPSIADES.

Sí, por cierto, y de dos clases. Si me deben, tengo una memoria excelente; pero si debo, ¡pobre de mí!, soy muy olvidadizo.

SÓCRATES.

¿Tienes alguna disposición natural para la elocuencia?

ESTREPSIADES.

Para la elocuencia no, pero sí para el fraude.

SÓCRATES.

Entonces, ¿cómo podrás aprender?

ESTREPSIADES.

Perfectamente, no te inquietes por eso.

SÓCRATES.

Ea, manos a la obra; en cuanto yo te proponga alguna cuestión sobre

las cosas celestes, te apoderas de ella inmediatamente.

ESTREPSIADES.

¡Qué! ¿Es preciso atrapar la sabiduría como un perro arrebata una tajada?

SÓCRATES.

¡Vaya un hombre ignorante y bárbaro! Me parece, anciano, que vas a necesitar algún correctivo. Vamos a ver, ¿qué haces cuando alguno te apalea?

ESTREPSIADES.

Me dejo apalear; después tomo testigos; en seguida ejercito mi acción ante el tribunal.

SÓCRATES.

Ea, quítate el vestido.

ESTREPSIADES.

¿Te he ofendido en algo?

SÓCRATES.

No; pero la costumbre es entrar desnudo[57].

ESTREPSIADES.

Yo no vengo aquí a buscar ninguna cosa robada[58].

SÓCRATES.

Abajo el vestido. ¿A qué decir tantas sandeces?

ESTREPSIADES.

Dime solo una cosa. Si soy muy aplicado y estudio con grande afán, ¿a cuál de tus discípulos me pareceré?

SÓCRATES.

Serás enteramente semejante a Querefonte.

ESTREPSIADES.

¡Ay desgraciado de mí! Entonces seré un cadáver ambulante.

SÓCRATES.

No charles tanto. Apresúrate y sígueme hacia ese lado.

ESTREPSIADES.

Dame antes una torta de miel, porque, al entrar ahí, siento tanto miedo como si bajase a la cueva de Trofonio[59].

SÓCRATES.

Anda: ¿por qué te detienes en la puerta?

CORO.

Marcha regocijado, sin que disminuya tu valor por eso. Ojalá tenga feliz éxito la empresa de este hombre, que en edad provecta ilustra su inteligencia con ideas nuevas y cultiva la sabiduría[60].

Espectadores, os diré francamente la verdad; lo juro por Baco, de quien soy discípulo[61]. Así salga yo vencedor y sea tenido por sabio, como es cierto que creyéndoos personas de buen gusto, sometí por primera vez a vuestra aprobación esta comedia, la mejor de las mías, trabajada con exquisito esmero. Y, sin embargo, a pesar de no merecer tal desgracia, fui vencido por rivales ineptos[62]. Por esto me quejo de vosotros, ilustrados jueces, a quienes dediqué mis trabajos. Mas no por tal motivo he de recusar la opinión de los doctos, ante quienes es tan agradable comparecer, y que oyeron, con tanta complacencia a mi *Prudente* y mi *Deshonesto*[63], cuando yo (virgen aún porque no me era lícito parir)[64] expuse el fruto de mi ingenio, que recogido por otra madre[65] fue educado liberalmente por vosotros; desde lo cual creía tener asegurada vuestra benevolencia. Ahora, pues, se presenta mi Comedia como una nueva Electra buscando con la vista a aquellos sabios

espectadores; y de seguro que reconocerá, en cuanto lo vea, el rizo de su hermano[66]. Reparad la decencia de sus costumbres. Es la primera que aparece en la escena sin venir armada de un instrumento de cuero, rojo por la punta, grueso y a propósito para hacer reír a los niños[67]; que no se burla de los calvos ni baila el córdax[68]; que no introduce un viejo golpeando con su bastón a todos los que encuentra para disimular la grosería de sus chistes, ni asalta la escena agitando una antorcha y gritando ¡Io! ¡Io!, ni confía más que en sí misma sus versos. Y yo, que soy su autor, ciertamente que no me enorgullezco[69] por tal cosa, ni procuro engañaros, presentándola dos y tres veces, sino que siempre invento comedias nuevas, que no se parecen entre sí y son todas bellas o ingeniosas. Cuando Cleón estaba en todo su poder yo lo he atacado frente a frente[70], pero en cuanto cayó cesé de insultarle. Los demás poetas, desde que Hipérbolo dio el ejemplo, atacan sin cesar al desgraciado sin perdonar ni a su madre. El primero de todos fue Éupolis, el cual presentó en escena su *Maricas* que no era otra cosa que un mal arreglo de mis *Caballeros*; solo añadió una vieja embriagada que bailase el córdax; personaje inventado mucho tiempo hace por Frínico[71], que la exponía a la voracidad de un monstruo marino. Después Hermipo presentó a Hipérbolo; y todos los demás cayeron sobre Hipérbolo imitando mi comparación de las anguilas. ¡Ojalá los que ríen en sus comedias no se diviertan con las mías! En cuanto a vosotros, que os deleitáis con mi persona e invenciones, seréis considerados en el porvenir como personas de buen gusto.

SEMICORO.

Invoco primeramente en favor de este coro al gran Júpiter, rey del cielo y señor de los dioses; después al prepotente numen cuyo tridente

irresistible conmueve la tierra y los salados mares; y a ti, nuestro ilustre padre, venerable Éter, alma de todas las cosas; y a ti, oh Sol, domador de corceles, que vivificas la tierra con tus brillantes rayos, y eres una divinidad poderosa entre los inmortales y los hombres.

CORO.

Sabios espectadores, parad en esto la atención. Nos quejamos de la injusticia con que nos tratáis; puesto que recibiendo de nosotras vuestra ciudad más beneficios que de todos los demás dioses, sin embargo ni sacrificáis ni hacéis libaciones en honor de vuestras conservadoras. Si se decreta alguna expedición insensata, inmediatamente tronamos o llovemos. Cuando elegisteis general al zurrador Paflagonio[72], enemigo de los dioses, fruncimos las cejas y dimos muestras de grande indignación; brilló el rayo acompañado de los estallidos del trueno; la luna abandonó su acostumbrado camino; y el sol[73], retirando su antorcha, negó sus resplandores a la tierra si Cleón era general. Sin embargo, le elegisteis, y desde entonces dicen que todas vuestras determinaciones son desacertadas, pero que los dioses convierten en buenas las faltas que cometéis. Os enseñaremos fácilmente la manera de aprovecharos de esto: apoderaos de Cleón[74], de esa gaviota voraz, y, después de condenarle por ladrón y sobornador, encabrestadlo y ahorcadle contra una viga: de esta manera repararéis vuestra falta y conseguiréis que produzca resultados en favor de la república.

SEMICORO.

Acude tú también, Febo soberano, dios de Delos, habitante de las elevadas y rocallosas cumbres del Cintio; y tú, Diana inmortal, que tienes en Éfeso un templo de oro, donde te sirven magníficamente las hijas de los

lidios; y tú, Minerva, diosa de nuestra patria, señora de la égida, patrona de esta ciudad; y tú, alegre Baco, que vagas por la cima del Parnaso, al resplandor de las teas, entre las bacantes de Delfos.

CORO.

Cuando íbamos a marchar, la luna se ha acercado a nosotros y nos ha encargado en primer lugar que saludemos a los atenienses y a sus aliados. Después se ha mostrado enojada por la manera atroz con que la habéis tratado, cuando ella os presta mil servicios no de palabra sino de obra. Primeramente os economiza lo menos un dracma de luz cada mes; puesto que todos los que salen al oscurecer dicen a su criado: «No compres antorchas porque la luz de la luna es muy hermosa.» También dice que os hace otros muchos beneficios. Vosotros, en cambio, alteráis de un modo lamentable el orden de los días[75]. Así es que en todos ellos tiene que sufrir las quejas de los dioses cuando vuelven a sus palacios, frustradas sus esperanzas de una cena que debía ofrecérseles según el primitivo orden de los días. Cuando es ocasión de hacer sacrificios, os halláis ocupados en los tribunales. Cuando uno ayuna llorando la muerte de Memnón o de Sarpedón[76], otros ríen y beben. Por eso nosotras hemos arrebatado su corona a Hipérbolo, cuando, designado por la suerte, acudía este año a la asamblea de los Anfictiones. Así aprenderá a arreglar los días conforme a las revoluciones de la luna.

* * *

SÓCRATES.

Juro por la respiración, por el caos y por el aire, no haber visto nunca un hombre tan grosero, tan estúpido y tan olvidadizo. Las sutilezas más

sencillas las olvida antes de haberlas aprendido. Sin embargo, le llamaré a la luz del día. ¡Hola, Estrepsiades! Sal aquí y tráete la cama.

ESTREPSIADES.

No me dejan llevarla las chinches.

SÓCRATES.

Colócala pronto y préstame atención.

ESTREPSIADES.

Heme aquí.

SÓCRATES.

Ea, dime: ¿cuál de las cosas que ignoras quieres aprender primero: los versos, la medida o el ritmo?

ESTREPSIADES.

La medida. Precisamente un comerciante de harina me defraudó el otro día dos quénices[77].

SÓCRATES.

No te pregunto eso; sino qué medida te parece más hermosa, la de tres o la de cuatro[78].

ESTREPSIADES.

Ninguna hay mejor que el semisextario[79].

SÓCRATES.

¡Pobre hombre! Solo dices necedades.

ESTREPSIADES.

¿Qué apuestas a que el semisextario es la medida de cuatro?

SÓCRATES.

¡Ve enhoramala! ¡Cuidado que eres díscolo y grosero! Vamos a ver si aprendes con más facilidad algo del ritmo.

ESTREPSIADES.

¿De qué me servirá el ritmo para vivir?

SÓCRATES.

Serás amable y chistoso cuando conozcas el ritmo enoplio[80] y el del dáctilo.

ESTREPSIADES.

¿El del dáctilo? Por Júpiter, ya le conozco.

SÓCRATES.

Pues dilo.

ESTREPSIADES.

Este[81]. Cuando era joven me servía de este otro.

SÓCRATES.

Eres tonto y grosero.

ESTREPSIADES.

Pero, desdichado, ¡si yo no quiero aprender ninguna de esas cosas!

SÓCRATES.

¿Pues cuáles quieres?

ESTREPSIADES.

Aquel, aquel razonamiento injusto.

SÓCRATES.

Pero antes es necesario aprender otras cosas. En primer lugar, tienes que saber cuáles son los cuadrúpedos machos.

ESTREPSIADES.

¿Pues no lo sé, o acaso estoy loco? El carnero, el cabrón, el toro, el perro, el faisán...[82]

SÓCRATES.

¿Ves lo que haces? Llamas faisán a la hembra lo mismo que al macho.

ESTREPSIADES.

¿Cómo es eso?

SÓCRATES.

¿Cómo? faisán y faisán.

ESTREPSIADES.

Verdad es lo que dices, por Neptuno. Mas ¿de qué modo llamaré a la hembra?

SÓCRATES.

Faisana; y al otro faisán[83].

ESTREPSIADES.

Faisana. Tienes razón, por el Aire. Solo por eso he de llenar de trigo tu troj[84].

SÓCRATES.

Nueva falta. Haces masculino un nombre femenino.

ESTREPSIADES.

¿Cómo hago masculina la troj?

SÓCRATES.

Lo mismo que diciendo Cleón[85].

ESTREPSIADES.

¿Por qué razón? Explícate.

SÓCRATES.

Dices troj lo mismo que Cleón.

ESTREPSIADES.

Pero, querido, si Cleón no tenía troj y amasaba la harina en un mortero redondo. Acabemos. ¿Cómo deberé decir?

SÓCRATES.

¿Cómo? diciendo *troja* como dices *Sóstrata*.

ESTREPSIADES.

¡*Troja*!

SÓCRATES.

Así está bien.

ESTREPSIADES.

De modo que debe decirse *troja*, Cleona.

SÓCRATES.

También debes aprender a distinguir en los nombres de las personas cuáles son masculinos y cuáles femeninos.

ESTREPSIADES.

Conozco perfectamente los que son femeninos.

SÓCRATES.

Di algunos.

ESTREPSIADES.

Lisila, Filina, Clitágora, Demetria.

SÓCRATES.

¿Y qué nombres son masculinos?

ESTREPSIADES.

Muchísimos. Filóxeno, Melexias, Aminias.

SÓCRATES.

Pero, tonto, esos no son masculinos.

ESTREPSIADES.

¿No son masculinos para vosotros?

SÓCRATES.

De ninguna manera. ¿Cómo dirás para llamar a Aminias?

ESTREPSIADES.

¿Cómo diré? así: ¡Aminia! ¡Aminia![86].

SÓCRATES.

¿Lo ves? Ya llamas a Aminias como si fuera una mujer.

ESTREPSIADES.

¿Y no es justo llamar así al que no va al ejército? Mas, ¿para qué aprendo lo que todos sabemos?

SÓCRATES.

Para nada, en verdad. Pero acuéstate ahí...

ESTREPSIADES.

¿Qué hago?

SÓCRATES.

Pensar un poco en tus asuntos.

ESTREPSIADES.

Por favor, no me mandes tenderme en esa cama. Si es de todo punto preciso el acostarse, déjame meditar sobre el duro suelo.

SÓCRATES.

Eso es imposible.

ESTREPSIADES.

¡Infeliz de mí! ¡Cuánto me van a atormentar hoy las chinches!

SÓCRATES.

Medita y reflexiona; reconcentra tu espíritu, y hazle discurrir en todos sentidos. Cuando tropieces con alguna dificultad, pasa inmediatamente a otro asunto, y así el dulce sueño huirá de tus párpados.

ESTREPSIADES.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

SÓCRATES.

¿Qué te pasa? ¿Qué te aflige?

ESTREPSIADES.

Perezco miserablemente; las chinches, que brotan de esta cama, me muerden, me desgarran los costados, me chupan la sangre, me ulceran todo el cuerpo[87] y me matan.

SÓCRATES.

No te quejes tan fuerte.

ESTREPSIADES.

¿Cómo no he de gritar si he perdido mis bienes, mi sangre, mi alma y mis zapatos, y para colmo de males, voy a perder aquí lo poco que me queda?

SÓCRATES.

¡He, tú! ¿qué haces? ¿No meditas?

ESTREPSIADES.

Sí, por Neptuno.

SÓCRATES.

Y ¿en qué piensas?

ESTREPSIADES.

Pienso en si dejarán algo de mí las chinches.

SÓCRATES.

Te perderás sin remedio.

ESTREPSIADES.

¡Pero, buen hombre, si ya estoy perdido!

SÓCRATES.

No desfallezcas, y envuélvete bien. Es preciso discurrir algún fraude, algún paliativo.

ESTREPSIADES.

¡Ay! ¿Quién me arrojará como paliativo una piel de carnero?

SÓCRATES.

Ea, veré primeramente lo que hace este. ¡Hola! ¿Duermes?

ESTREPSIADES.

No, por Apolo.

SÓCRATES.

¿Tienes algo?

ESTREPSIADES.

Nada tengo.

SÓCRATES.

¿Nada absolutamente?

ESTREPSIADES.

Nada más que esto.[88]

SÓCRATES.

Cúbrete y discurre algo.

ESTREPSIADES.

¿Sobre qué? Contesta, Sócrates.

SÓCRATES.

Di tú lo que quieres hallar primeramente.

ESTREPSIADES.

¿No lo has oído mil veces? Quisiera hallar el medio de no pagar los intereses a ningún usurero.

SÓCRATES.

Pues manos a la obra, cúbrete, fija tu inteligencia en un pensamiento sutil y estudia minuciosamente el asunto, distinguiendo bien sus diferentes partes y reflexionando sobre ellas.

ESTREPSIADES.

¡Ay de mí!

SÓCRATES.

Tranquilízate; si tropiezas con alguna dificultad, sepárate de ella; y en seguida vuelve al mismo pensamiento y reflexiona sobre él.

ESTREPSIADES.

¡Ay, queridísimo Sócrates!

SÓCRATES.

¿Qué pasa, anciano?

ESTREPSIADES.

Ya he dado con un medio de no pagar los intereses.

SÓCRATES.

Manifiéstalo.

ESTREPSIADES.

Di: ¿si yo comprase una hechicera de la Tesalia, que hiciera bajar de noche a la luna y la guardase después encerrada en una caja redonda, como si fuera un espejo...?

SÓCRATES.

¿Para qué puede servirte...?

ESTREPSIADES.

¿Para qué? Si la luna no volviese a salir, yo no tendría que pagar más intereses.

SÓCRATES.

¿Cómo?

ESTREPSIADES.

Porque los intereses se pagan cada mes.

SÓCRATES.

Perfectamente. Pero yo voy a proponerte otra astucia. Dime, si se dicta contra ti una sentencia que te condena al pago de cinco talentos, ¿cómo te arreglarás para que desaparezca?

ESTREPSIADES.

¿Cómo? ¿Cómo? No sé: pero es preciso hallar un medio.

SÓCRATES.

No concentres siempre el pensamiento dentro de ti mismo; dale suelta y déjale volar como un escarabajo a quien se ata un hilo al pie para que no se escape.

ESTREPSIADES.

He hallado un medio ingeniosísimo para anular la sentencia; tú vas a ser de mi opinión.

SÓCRATES.

¿Cuál?

ESTREPSIADES.

¿Has visto alguna vez en la tienda de los droguistas una piedra hermosa y diáfana, que sirve para encender fuego?

SÓCRATES.

¿Hablas del cristal?

ESTREPSIADES.

Del mismo.

SÓCRATES.

Y bien, ¿qué harías?

ESTREPSIADES.

Cogería el cristal, y cuando el escribano escribiera la sentencia, yo, permaneciendo bastante separado, derretiría[89] al sol el documento que me condenaba.

SÓCRATES.

Ingeniosísimo, por las Gracias.

ESTREPSIADES.

¡Qué placer, borrar una sentencia que me condena al pago de cinco talentos!

SÓCRATES.

Vamos a ver si encuentras pronto esto.

ESTREPSIADES.

¿Qué?

SÓCRATES.

El modo de contradecir la petición del demandante en un juicio, cuando ya vas a ser condenado, por falta de testigos.

ESTREPSIADES.

Eso es sumamente fácil.

SÓCRATES.

Veamos.

ESTREPSIADES.

Cuando no quedase por sentenciar más que un pleito antes del mío, correría a ahorcarme.

SÓCRATES.

Eso nada vale.

ESTREPSIADES.

¿Pues no ha de valer? Por los dioses, ¿quién me pondría pleito después de mi muerte?

SÓCRATES.

Desvarías. Vete de aquí; no quiero enseñarte más.

ESTREPSIADES.

Por los dioses, querido Sócrates, dime la causa.

SÓCRATES.

Porque olvidas al instante todo cuanto se te enseña. Y si no, dime: ¿qué era lo que has aprendido primeramente?

ESTREPSIADES.

Veamos: ¿qué era lo primero? ¿qué era lo primero?... ¿qué era aquello en que guardábamos el trigo?... ¡Ay de mí! ¿qué era?

SÓCRATES.

Vaya enhoramala el más desmemoriado y el más estúpido de todos los viejos.

ESTREPSIADES.

¡Ah desdichado! ¿Qué será de mí? Soy perdido, por no haber aprendido a manejar bien la lengua. Vosotras, oh Nubes, dadme algún buen consejo.

CORO.

Nosotras, anciano, te aconsejamos que si tienes educando a algún hijo, lo envíes para que estudie por ti.

ESTREPSIADES.

Tengo un hijo bueno y hermoso; pero no quiere estudiar. ¿Qué haré?

CORO.

Y ¿tú toleras eso?

ESTREPSIADES.

Es vigoroso y de buena constitución, y desciende por parte de madre de la noble familia de Cesira. Me dirigiré a él, y si se niega, no como pan hasta que no lo eche de casa. Entra, tú, adentro y espérame un poco.

CORO.

¿Reconoces[90] que nosotras te proporcionamos más bienes que todos los demás dioses? Porque ese está dispuesto a hacer todo cuanto le mandes. El pobre hombre queda atónito y deslumbrado por tu ingenio; procura sacar de él todo cuanto puedas, y que sea pronto, porque no suelen durar mucho tan buenas disposiciones.

* * *

ESTREPSIADES.

No, no permanecerás más en esta casa, lo juro por la Niebla: lárgate, y cómete las columnas[91] de tu tío Megacles.

FIDÍPIDES.

¡Desgraciado! ¿Qué te pasa, padre mío? Por Júpiter olímpico, tú has perdido el seso.

ESTREPSIADES.

¡Mira, mira «Júpiter olímpico»! ¡Qué estupidez! ¿A tu edad crees en Júpiter olímpico?

FIDÍPIDES.

¿De qué te ríes?

ESTREPSIADES.

De verte tan chiquillo dando crédito a todas esas vejeces. Acércate y

sabrás muchas cosas; y aun te diré alguna que en cuanto la sepas te sentirás convertido en hombre; pero no se la digas a nadie.

FIDÍPIDES.

Heme aquí. ¿Qué es ello?

ESTREPSIADES.

Acabas de jurar por Júpiter.

FIDÍPIDES.

Es cierto.

ESTREPSIADES.

¡Mira qué bueno es estudiar! No existe Júpiter, querido Fidípides.

FIDÍPIDES.

¿Pues quién?

ESTREPSIADES.

Reina el Torbellino, que ha expulsado a Júpiter.

FIDÍPIDES.

¿Qué estás disparatando?

ESTREPSIADES.

Sabe que es como te digo.

FIDÍPIDES.

¿Quién dice eso?

ESTREPSIADES.

Sócrates el Meliense[92], y Querefonte, que conoce las huellas de una pulga.

FIDÍPIDES.

¿Tan adelante has ido en tu locura que das crédito a esos atrabiliarios?

ESTREPSIADES.

Contén la lengua, y no murmures de esos hombres hábiles e inteligentes que, por economía, ni se rasuran, ni se perfuman, ni van nunca al baño para lavarse; mientras que tú disipas mis bienes, como si ya hubiese muerto. Pero ve cuanto antes y aprende por mí.

FIDÍPIDES.

¿Qué cosa buena puede aprenderse de ellos?

ESTREPSIADES.

Toda la sabiduría humana. Tú mismo has de conocer lo ignorante y estúpido que eres. Pero espérame aquí un momento[93].

FIDÍPIDES.

¡Ah! ¿Qué haré? Mi padre está loco. ¿Le argüiré de demencia en los tribunales, o noticiaré su enfermedad a los confeccionadores de ataúdes?

ESTREPSIADES.

Vamos a ver: ¿cómo llamas a este pájaro?

FIDÍPIDES.

Faisán.

ESTREPSIADES.

Bien, ¿y a esta hembra?

FIDÍPIDES.

Faisán.

ESTREPSIADES.

¿Los dos lo mismo? Eso es ridículo. En adelante no hables. Llama a esta faisana y a aquel faisán.

FIDÍPIDES.

¿Faisana dices? ¿Esas son las grandes cosas que has aprendido de los hijos de la Tierra?

ESTREPSIADES.

Y otras muchas; pero a causa de mis años cuando aprendía algo se me olvidaba en seguida.

FIDÍPIDES.

¿Por eso has perdido tu vestido?

ESTREPSIADES.

No lo he perdido; lo he dejado en la escuela.

FIDÍPIDES.

¿Y qué has hecho de tus zapatos, pobre tonto?

ESTREPSIADES.

Los he perdido, como Pericles[94], en lo que era necesario. Ea, anda, marchemos: si obedeces a tu padre, podrás delinquir sin cuidado alguno. No habías cumplido seis años y aún balbuceabas, cuando yo te compré en las fiestas de Júpiter un carrillo con el primer óbolo que gané administrando justicia en el Heliástico.

FIDÍPIDES.

Algún día te pesará lo que haces.

ESTREPSIADES.

Bien, ya me obedeces. ¡He Sócrates, sal aquí pronto! Te traigo a mi hijo, a quien he convencido a duras penas.

SÓCRATES.

Este es un mozo inexperto y no acostumbrado a nuestros cestos colgantes.

FIDÍPIDES.

Más acostumbrado estarías tú si te colgases.

ESTREPSIADES.

¿No te irás al infierno? Estás insultando a tu profesor.

SÓCRATES.

¡Si *te colgases*, ha dicho! ¡Qué horrible pronunciación! ¡Qué abrir la boca! ¿Cómo podrá aprender este la manera de ganar un pleito, de entablar una demanda y de destruir los argumentos del contrario? Hipérbolo aprendió todo esto por un talento.

ESTREPSIADES.

No te apures y enséñale: porque tiene disposición natural. Cuando era pequeñito, ya construía casas, esculpía naves, fabricaba carritos de cuero y hacía ranas de cáscaras de granada. Enséñale los dos razonamientos, el bueno, cualquiera que sea, y el malo, que triunfa del bueno por medio de la injusticia; o, por lo menos, enséñale el razonamiento injusto.

SÓCRATES.

Lo aprenderá de los mismos razonamientos.

ESTREPSIADES.

Yo me retiro. Acuérdate de ponerle en estado de refutar todos los argumentos justos.

* * *

CORO.

(*Falta el canto del coro.*)

* * *

EL RAZONAMIENTO JUSTO[95].

Sal aquí y muéstrate a los espectadores, tú que eres tan descarado.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.

Sea como gustes; al fin te derrotaré con más facilidad hablando ante la multitud.

EL JUSTO.

¿Tú derrotarme? ¿Quién eres?

EL INJUSTO.

Un razonamiento.

EL JUSTO.

Sí, pero débil.

EL INJUSTO.

Pues te venceré, aunque te crees más fuerte.

EL JUSTO.

¿De qué modo?

EL INJUSTO.

Inventando pruebas nuevas.

EL JUSTO.

Eso está hoy de moda, gracias a esos necios.

EL INJUSTO.

Di más bien a esos sabios.

EL JUSTO.

Yo te derrotaré vergonzosamente.

EL INJUSTO.

¿Cómo?

EL JUSTO.

Diciendo lo que sea justo.

EL INJUSTO.

Yo lo echaré todo por tierra contradiciéndote. En primer lugar, niego

que haya justicia.

EL JUSTO.

¿Dices que no hay...?

EL INJUSTO.

Claro; y si no, ¿dónde está?

EL JUSTO.

Entre los dioses.

EL INJUSTO.

Si la justicia existe, ¿cómo es que Júpiter no pereció cuando encadenó a su padre?

EL JUSTO.

¡Cómo! ¿Hasta ese extremo llega el mal? ¡Qué asco! Traedme una jofaina.

EL INJUSTO.

Eres un viejo chocho e imbécil.

EL JUSTO.

Y tú un bardaje sin vergüenza...

EL INJUSTO.

Como si me cubrieras de rosas.

EL JUSTO.

¡Payaso!...

EL INJUSTO.

Me coronas de lirios.

EL JUSTO.

Y parricida.

EL INJUSTO.

Pero ¿no conoces que me empolvas con oro?

EL JUSTO.

En otro tiempo esto te parecía plomo.

EL INJUSTO.

Pues ahora me sirve de adorno.

EL JUSTO.

¡Qué desvergonzado!

EL INJUSTO.

¡Qué estúpido!

EL JUSTO.

Por ti no frecuenta ningún joven las escuelas: ya conocerán algún día los atenienses lo que enseñas a esos necios.

EL INJUSTO.

Tu suciedad me repugna.

EL JUSTO.

Ahora eres rico, pero no ha mucho pedías limosna, y te comparabas a Telefo de Misia, teniendo por única comida las sentencias de Pandeletes que llevabas en tu alforja.

EL INJUSTO.

¡Qué gran sabiduría...!

EL JUSTO.

¡Qué gran locura...!

EL INJUSTO.

¡Me estás recordando...!

EL JUSTO.

La tuya y la de Atenas que alimenta al corruptor de la juventud.

EL INJUSTO.

¿Pretendes educar a este joven, viejo chocho?

EL JUSTO.

Claro está que sí, a no ser que quiera perderse y ejercitarse solo en la charlatanería.

EL INJUSTO.

Acércate aquí y déjale que delire.

EL JUSTO.

Te arrepentirás si le tiendes la mano.

CORO.

Dejaos de riñas y de injurias; y declarad, tú lo que enseñabas a los hombres de otra época, y tú la nueva doctrina; para que este joven, oído y sentenciado vuestro pleito, se decida por lo que mejor le parezca.

EL JUSTO.

Me place.

EL INJUSTO.

A mí también.

CORO.

Ea, ¿quién hablará primero?

EL INJUSTO.

Concedo que principie este; cuando haya hablado, yo me encargo de destrozar sus dichos con palabras y pensamientos nuevos, agudos como flechas; y por último, si aún se atreve a respirar, los rasgos de mi elocuencia le darán muerte, picándole toda la cara y los ojos, como si fueran tábanos.

CORO.

Vais a demostrar ahora por medio de artificiosas palabras, sutiles

pensamientos y profundas sentencias cuál de vosotros es más hábil en el arte oratoria. Hoy se debaten grandes asuntos de la filosofía, por la cual mis amigos libran un gran combate. Tú, que inspiraste a los antiguos tan buenas costumbres, levanta la voz en defensa de tu causa favorita, y danos a conocer tu carácter.

EL JUSTO.

Voy a decir cuál era la educación antigua, en los tiempos florecientes en que yo predicaba la justicia, y la modestia reinaba en las costumbres. En primer lugar, era necesario que ningún niño pronunciase imperfectamente. Los que vivían en un mismo barrio, iban a casa del maestro de música, recorriendo modestamente las calles desnudos y en buen orden, aunque la nieve cayese tan espesa como la harina del cedazo: después se sentaban con las piernas separadas y se les enseñaba o el canto «Temible Palas, destructora de ciudades», o el que principia «Grito resonante a lo lejos», conservándoles el aire que les habían dado sus antepasados. Si alguno de ellos trataba de hacer alguna payasada, o cantar, imitando los modos de Quíos y Sifnos, con las muelles inflexiones inventadas por Frinis[96], y que hoy gozan de tanta popularidad, era inmediatamente castigado con sendos azotes por enemigo de las Musas. En el gimnasio debían sentarse con las piernas extendidas para no enseñar ninguna indecencia; y cada cual al levantarse debía remover la arena, cuidando de no dejar a los amantes ninguna huella de su sexo. Ningún niño se ungía entonces más abajo del ombligo, floreciendo en sus vergüenzas un vello suave como el de las manzanas; ni se ofrecía por sí mismo a un amante con dulces inflexiones de voz y miradas lascivas. No les era permitido comer rábanos, ni el anís, reservado a los viejos, ni apio, ni

peces, ni tordos[97], ni poner una pierna sobre otra[98].

EL INJUSTO.

Todo esto es antiquísimo y coetáneo de las fiestas Diipolias[99], llenas de cigarras[100], del poeta Cécidas[101] y de las Bufonias.

EL JUSTO.

Sin embargo, esta fue la educación que formó a los héroes que pelearon en Maratón. Tú en cambio les enseñas a envolverse en seguida en sus vestidos; así es que me indigno, cuando, si les es necesario bailar en las Panateneas, veo a algunos cubriéndose con el escudo, sin cuidarse de Minerva. Por lo tanto, joven, decídete por mí sin vacilar; y aprenderás a aborrecer los pleitos, a no acudir a los baños públicos, a avergonzarte de las cosas torpes, a indignarte cuando se burlen de ti, a ceder tu asiento a los ancianos que se te acerquen, a conducirte bien con tus padres, y a no hacer nada deshonesto, porque debes de ser la imagen del pudor; a no extasiarte ante las bailarinas, no sea que mientras las miras como un papanatas, alguna meretriz te arroje su manzana[102], con detrimento de tu reputación; a no contradecir a tu padre, ni, burlándote de su vejez, recordar los defectos del que te ha educado.

EL INJUSTO.

Cree lo que este dice, y, por Baco, te parecerás a los hijos de Hipócrates[103], y te llamarán el tonto.

EL JUSTO.

Brillarás en los gimnasios; no charlarás sandeces en la plaza pública, como hacen los jóvenes del día; ni entablarás pleitos por la cosa más pequeña, cuando pueden arruinarte las calumnias de tus adversarios. Sino que, bajando a la Academia, te pasearás con un sabio de tu edad bajo los

olivos sagrados, ceñidas las sienes con una corona de caña blanca, respirando en la más deliciosa ociosidad el perfume de los tejos y del follaje del álamo blanco, y gozando de los hermosos días de primavera, en los que el plátano y el olmo confunden sus murmullos. Si haces lo que te digo, y sigues mis consejos, tendrás siempre el pecho robusto, el cutis fresco, anchas las espaldas, corta la lengua, gruesas las nalgas, y proporcionado el vientre[104]. Pero si te aficionas a las costumbres modernas, tendrás muy pronto color pálido, pecho débil, hombros estrechos, lengua larga, nalgas delgadas, vientre desproporcionado, y serás gran litigante. El otro te educará de tal modo que te parecerá torpe lo honesto, y honesto lo torpe, y por último, serás tan infame como Antímaco.

CORO.

¡Qué grato perfume de virtud exhalan tus palabras, cultivador de la más sólida y elevada filosofía! ¡Dichosos hombres los que vivieron en la época de tu esplendor! Tú, que posees todos los recursos de la oratoria, es preciso que digas algo nuevo contra este, que se ha hecho digno de alabanza. Necesitas ciertamente emplear recursos extraordinarios contra tu adversario, si quieres vencerle y no ser blanco de la burla de todos.

EL INJUSTO.

Hace tiempo que me abrasa la impaciencia, y ardo en deseos de echar por tierra todos sus argumentos. Los filósofos me llaman injusto, porque soy el primero que he descubierto la manera de contradecir las leyes y el derecho; pero ¿no es una habilidad inestimable la de salir vencedor en la causa más débil? Verás cómo refuto su decantado sistema de educación. En primer lugar, te prohíbe los baños calientes. ¿En qué te fundas para vituperar los baños calientes?

EL JUSTO.

En que son perjudiciales y debilitan al hombre.

EL INJUSTO.

Alto: ya estás cogido y no te escaparás. Dime, ¿cuál de los hijos de Júpiter ha sido el más esforzado y ha llevado a cabo más trabajos?

EL JUSTO.

Creo que ninguno sobrepuja a Hércules.

EL INJUSTO.

Y ¿dónde has visto baños fríos bajo la advocación de Hércules?[105] Sin embargo, ¿quién era el más esforzado?

EL JUSTO.

Esas son las razones que los jóvenes tienen siempre en la boca, y gracias a ellas los baños están llenos y desiertas las palestras.

EL INJUSTO.

También vituperas la costumbre de hablar en la plaza pública. Yo la alabo. Porque, si eso fuese perjudicial, Homero no hubiera hecho orador a Néstor, ni a todos los demás sabios. Pasemos al ejercicio de la lengua: dice que los jóvenes no deben cultivarla; yo digo lo contrario. También recomienda la modestia. En total, dos malos consejos. Porque ¿a quién has visto que haya conseguido bien alguno por medio de la modestia? Habla, refútame.

EL JUSTO.

He visto muchos: por causa de ella recibió Peleo[106] una espada.

EL INJUSTO.

¡Una espada! ¡Linda ganancia tuvo el desdichado! Ahí tienes a Hipérbolo, que gracias a su malicia y no a su espada, ha ganado muchos

talentos vendiendo lámparas.

EL JUSTO.

El mismo Peleo, por ser modesto, se casó con la diosa Tetis.

EL INJUSTO.

Que se marchó muy pronto y le dejó solo; porque no era un hombre violento, capaz de pasar toda la noche en dulces luchas de amor, que es lo que agrada a las mujeres. Pero tú eres un viejo chocho.

Considera, joven, todas las contrariedades de la modestia, y de qué placeres te privará; de los muchachos, de las mujeres, de los juegos[107], de los pescados, de beber y de reír. ¿Para qué quieres la vida, privada de estos placeres? Basta de esto. Paso ahora a las necesidades de la naturaleza. Has delinquido, has amado, has cometido algún adulterio y eres cogido infraganti; ya eres hombre muerto porque no sabes defender tu causa. Pero, conmigo, goza sin cuidado de la vida, baila, ríe, y nada te avergüence. Si eres sorprendido con la mujer ajena, asegura al marido que no has faltado; echa la culpa a Júpiter, que también fue vencido por el amor y las mujeres. Tú, siendo mortal, ¿cómo puedes ser más fuerte que el padre de los dioses?

EL JUSTO.

Y si siguiendo tus lecciones, es condenado al castigo de los adúlteros[108]: ¿encontrará entonces algún argumento para demostrar que no es un bardaje?

EL INJUSTO.

Y aunque sea un bardaje, ¿qué mal hay en ello?

EL JUSTO.

¿Puede haber mal mayor?

EL INJUSTO.

¿Qué dirás si también te venzo en este punto?

EL JUSTO.

Me callaré; ¿qué podría hacer?

EL INJUSTO.

Ea, dime, ¿a qué clase pertenecen los oradores?

EL JUSTO.

A la de los bardajes[109].

EL INJUSTO.

Lo creo. ¿Y los poetas trágicos?

EL JUSTO.

A la de los bardajes.

EL INJUSTO.

Tienes razón. ¿Y los demagogos?

EL JUSTO.

A la de los bardajes.

EL INJUSTO.

¿Ves cómo yo no hablaba tan neciamente? Mira ahora a qué clase pertenecen la mayoría de los espectadores.

EL JUSTO.

Ya miro.

EL INJUSTO.

¿Qué ves?

EL JUSTO.

Por los dioses, veo que los más son bardajes. Este que yo conozco, ese, y aquel de los largos cabellos.

EL INJUSTO.

¿Qué dices ahora?

EL JUSTO.

Somos vencidos. ¡Bardajes, recibid mi manto; me paso a vosotros!

(*Se retiran.*)

* * *

SÓCRATES.

Y bien, ¿quieres llevarte a tu hijo, o dejarle para que le enseñe el arte de hablar?

ESTREPSIADES.

Enséñale, castígale, y no te olvides de afilar bien su lengua, de modo que uno de sus dos filos le sirva para los negocios de poca monta, y el otro para los de mucha importancia.

SÓCRATES.

Pierde cuidado; te lo enviaré hecho un completo sofista.

FIDÍPIDES.

Bien pálido, me parece, y bien miserable.

CORO.

Id, pues; creo que te arrepentirás algún día. (*Entran en la escuela de Sócrates.*) Queremos deciros, jueces, lo que ganaréis si nos otorgáis la protección merecida. En primer lugar, al principio de la primavera, cuando queráis labrar vuestras tierras lloveremos antes para vosotros y en seguida para los demás; después, cuando vuestras viñas tengan ya racimos, cuidaremos de que no las perjudiquen ni la sequía ni la excesiva humedad. Pero, si algún mortal nos ofende, piense en los muchos males que le reserva

nuestra venganza. No recogerá de su campo vino ni fruto alguno; cuando principien a brotar sus vides y sus olivos, los devastaremos y los destruiremos por medio del huracán; si le vemos fabricar ladrillos, lloveremos y romperemos con redondo granizo las tejas de su casa; cuando él o alguno de sus parientes o amigos contraiga matrimonio, lloveremos a torrentes toda la noche[110], de modo que preferirá haber estado en Egipto a haber juzgado injustamente.

* * *

(*Estrepsiades sale de su casa con un saco de harina y se dirige a la de Sócrates.*)

ESTREPSIADES.

Aún faltan cinco días; después cuatro, tres, dos, y por último viene luego a toda prisa el que más temo, detesto y abomino, el día treinta del mes[111]. Todos mis acreedores hacen el depósito necesario para entablar un pleito y juran arruinarme y perderme: sin embargo, mis proposiciones son moderadas y justas. «Amigo mío, digo a cada uno, no me exijas por ahora esta cantidad; dame prórroga para pagarte esta otra; perdóname aquella.» Pero ellos dicen que así no cobrarán nunca, me insultan llamándome injusto, y dicen que van a procesarme. ¡Que me procesen! Poco me importa si Fidípides aprende el arte de hablar bien. Pronto lo sabré; llamemos a la puerta de la escuela. ¡Esclavo! ¡Hola, esclavo!

* * *

SÓCRATES.

Salud a Estrepsiades.

ESTREPSIADES.

Salud a Sócrates. Por lo pronto, toma esto[112]. Es justo regalar alguna cosa al maestro. Di, ¿ha aprendido mi hijo el famoso razonamiento?

SÓCRATES.

Lo ha aprendido.

ESTREPSIADES.

¡Bien, oh Fraude omnipotente!

SÓCRATES.

Podrás ganar todos los pleitos que quieras.

ESTREPSIADES.

¿Aunque haya habido algún testigo cuando yo tomé el préstamo?

SÓCRATES.

Aunque haya habido mil.

ESTREPSIADES.

De modo que podré gritar en alta voz: «¡Ay de vosotros, usureros! ahora pereceréis con vuestro capital y los intereses de los intereses; no me vejaréis más, porque en esa escuela se educa un hijo mío, armado de una lengua de dos filos, que será mi defensor, el salvador de mi casa, el azote de mis enemigos, el que libertará a su padre de infinitos cuidados y molestias.» Llámale pronto afuera. ¡Hijo mío, hijo mío! ¡Sal de la casa! ¡Atiende a tu padre!

SÓCRATES.

Helo aquí.

ESTREPSIADES.

¡Oh, amigo mío! ¡amigo mío!

SÓCRATES.

Parte, y llévatelo.

(*Sócrates entra en su casa.*)

* * *

ESTREPSIADES.

¡Oh, hijo mío! ¡Ah! ¡Ah! ¡Cuánto me alegro al ver tu color! Tu rostro indica que estás dispuesto primero a negar, después a contradecir, y que te es muy familiar esta frase: «¿Qué dices tú?» y el fingirte injuriado, cuando injurias y maltratas a los demás. Hasta en tu semblante brilla la mirada ática. Ahora date maña a salvarme, ya que me has perdido.

FIDÍPIDES.

¿Qué te atemoriza?

ESTREPSIADES.

El día viejo y nuevo.

FIDÍPIDES.

¿Hay acaso algún día viejo y nuevo?

ESTREPSIADES.

En él dicen que van a hacer sus depósitos para procesarme.

FIDÍPIDES.

Pues perderán los depositantes; porque un día no puede ser dos días.

ESTREPSIADES.

¿Que no puede ser?

FIDÍPIDES.

¿Cómo? A menos que la misma mujer pueda ser a un tiempo vieja y joven.

ESTREPSIADES.

La ley así lo dispone.

FIDÍPIDES.

Indudablemente no comprenden bien el espíritu de la ley.

ESTREPSIADES.

¿Cuál es su espíritu?

FIDÍPIDES.

El viejo Solón era, por carácter, amigo del pueblo.

ESTREPSIADES.

Eso no tiene nada que ver con el día nuevo y viejo.

FIDÍPIDES.

Y fijó dos días para la citación a juicio, el viejo y el nuevo, a fin de que los depósitos fuesen hechos el día del novilunio.

ESTREPSIADES.

¿Y por qué añadió el viejo?

FIDÍPIDES.

¿Preguntas por qué, fatuo? Con objeto de que los que hayan sido citados tengan un día para arreglar amigablemente el asunto; y de lo contrario, para que pueda reclamárseles en la mañana misma del novilunio.

ESTREPSIADES.

Entonces, ¿por qué los magistrados no reciben los depósitos el día primero de mes, sino en el anterior, en el día nuevo y viejo?

FIDÍPIDES.

Me parece a mí que hacen lo que los glotones, adelantan un día para disfrutar más pronto de los depósitos de los litigantes.

ESTREPSIADES.

¡Bien! Pobres tontos que servís de juguete a nosotros los sabios, porque

sois como piedras, como un rebaño de imbéciles, como borregos aglomerados al acaso cual si fuerais tinajas. Preciso es que yo entone un himno de alabanza en honor mió y de mi hijo.

«¡Feliz Estrepsiades, cuán sabio eres, y qué hijo has educado!» Tales serán las palabras de mis amigos y conciudadanos cuando me feliciten por haber ganado mis pleitos con tu elocuencia. Pero entra, que antes quiero darte una buena comida.

(*Entran en la casa.*)

* * *

PASIAS (*dirigiéndose al testigo que viene con él*).

¿Conviene perder alguna vez los bienes propios en provecho de los demás? Nunca seguramente. Yo debí hace tiempo deponer toda vergüenza y me hubiera ahorrado estos disgustos. Ahora, para recobrar mi dinero, tengo que traerte como testigo, y convertir en enemigo un conciudadano. Pero suceda lo que suceda, jamás, mientras viva, me he de mostrar indigno de mi patria[113]. Citaré a Estrepsiades...

(*Sale Estrepsiades.*)

ESTREPSIADES.

¿Quién es este?

PASIAS.

Para el día viejo y nuevo.

ESTREPSIADES.

Sed testigos de que ha indicado dos días a la vez. ¿Por qué me citas?

PASIAS.

Por las doce minas que te presté cuando compraste el caballo tordo.

ESTREPSIADES.

¿Un caballo? ¿No le oís todos vosotros que sabéis cuánto aborrezco la equitación?

PASIAS.

Y juraste por los dioses que me las habías de restituir.

ESTREPSIADES.

¡Por Júpiter! Entonces mi hijo Fidípides aún no había aprendido el razonamiento irresistible.

PASIAS.

¿Y piensas por eso negar ahora tu deuda?

ESTREPSIADES.

¿Qué otro provecho he de sacar de aquella enseñanza?

PASIAS.

¿Y te atreverás a negarla ante los dioses cuando yo te exija el juramento?

ESTREPSIADES.

¿Qué dioses?

PASIAS.

Júpiter, Mercurio, Neptuno...

ESTREPSIADES.

Sin duda; y aun añadiré tres óbolos por el gusto de que me hagas prestar juramento.

PASIAS.

¡Ojalá castiguen tu desvergüenza!

ESTREPSIADES.

Si a este hombre le restregasen con sal estaría mejor[114].

PASIAS.

¡Ah, te burlas!

ESTREPSIADES.

Caben en él seis congios[115].

PASIAS.

¡Por el gran Júpiter y por todos los dioses! No te burlarás de mí impunemente.

ESTREPSIADES.

Me estás dando risa con tus dioses. Júpiter, por quien juras, excita la hilaridad de las personas ilustradas.

PASIAS.

Algún día serán castigadas tus blasfemias. Pero contesta si me pagarás o no; despáchame pronto.

ESTREPSIADES.

Ten paciencia. En seguida te voy a contestar claramente.

(*Entra en su casa.*)

PASIAS.

¿Qué te parece que hará?

EL TESTIGO.

Me parece que te restituirá lo que le prestaste.

ESTREPSIADES.

¿Dónde está el que reclama el dinero? Di, ¿qué es esto?

PASIAS.

¿Qué es eso? Una pequeña troj.[116]

ESTREPSIADES.

¿Y te atreves a reclamar tu dinero siendo tan rudo? No; jamás devolveré ni un óbolo a quien llama *troj* a la *troja*.

PASIAS.

¿Conque no me pagarás?

ESTREPSIADES.

No, que yo sepa. ¿Pero te marchas, o piensas echar raíces en la puerta?

PASIAS.

Me voy. Mas ten presente que o me muero, o hago el depósito legal para demandarte.

ESTREPSIADES.

Será una nueva pérdida que tendrás que añadir a la de las doce minas. De todas maneras, siento que te suceda eso por haber llamado neciamente *troj* a la *troja*.

* * *

AMINIAS.

¡Ay, pobre de mí!

ESTREPSIADES.

¡Hola! ¿Quién es este que se queja? ¿Acaso ha hablado alguno de los dioses de Carcino?[117]

AMINIAS.

¿Quién soy? ¿Quieres saber quién soy? Soy un hombre desgraciado.

ESTREPSIADES.

Signe entonces tu camino.

AMINIAS.

¡Oh, triste suerte mía! ¡Oh fortuna, que has roto las ruedas de mis carros! ¡Oh Palas, tú me has perdido![118]

ESTREPSIADES.

¿Pues qué daño te ha causado Tlepólemo?

AMINIAS.

No te burles de mí, amigo mío; manda más bien a tu hijo que me devuelva el dinero que me debe, hoy principalmente que estoy en la desgracia.

ESTREPSIADES.

¿De qué dinero hablas?

AMINIAS.

Del que le presté.

ESTREPSIADES.

Tú no estás bueno, a lo que parece.

AMINIAS.

Es verdad, me he caído al hacer galopar los caballos.

ESTREPSIADES.

Pues no se conoce, porque deliras como si nunca te hubieras caído del asno.[119]

AMINIAS.

¡Conque deliro porque quiero cobrar lo que se me debe!

ESTREPSIADES.

Es imposible que estés en tu sano juicio.

AMINIAS.

¿Por qué?

ESTREPSIADES.

Me parece que tienes el cerebro algo perturbado.

AMINIAS.

Por Mercurio, te citaré a juicio, si no me devuelves el dinero.

ESTREPSIADES.

Dime: cuando llueve ¿crees tú que Júpiter hace siempre caer agua nueva, o bien que es la misma suspendida en el aire por el calor del sol?

AMINIAS.

No lo sé, ni me importa saberlo.

ESTREPSIADES.

Entonces, ¿cómo ha de ser justo el pagarte si no tienes ninguna noción de meteorología?

AMINIAS.

Si te encuentras apurado, págame al menos el interés.

ESTREPSIADES.

¿El interés? ¿Qué animal es ese?

AMINIAS.

Es el dinero que va creciendo más y más cada día, a medida que trascurre el tiempo.

ESTREPSIADES.

Muy bien dicho. Pero contesta: ¿crees tú que el mar es ahora más grande que antes?

AMINIAS.

No, por Júpiter, siempre es igual: porque el mar no puede aumentarse.

ESTREPSIADES.

¿Y cómo, gran canalla, si el mar no crece a pesar de los ríos que en él desembocan, pretendes tú aumentar incesantemente tu dinero? A ver si te largas pronto de esta casa. ¡Pronto! Un palo[120].

AMINIAS.

Sed testigos de esto.

ESTREPSIADES.

¡Largo de aquí! ¿Qué esperas? ¿No te moverás?

AMINIAS.

¿No es esto una injuria?

ESTREPSIADES.

¿Te mueves, o me obligas a que te pinche como a un caballo de tiro? ¿Huirás? (*Sale.*) Ya iba yo a removerte con tus ruedas y tus carros.

(*Estrepsiades entra en la casa.*)

* * *

CORO.

¡Lo que es aficionarse a las malas obras! Este viejo, que las ama con pasión, quiere defraudar a sus acreedores el dinero que le prestaron; pero es imposible que hoy no le sobrevenga alguna desgracia, y que este sofista, en castigo de sus tramas, no sea víctima de algún mal imprevisto. Creo que muy pronto conseguirá lo que deseaba, y su hijo sabrá oponer hábiles argumentos contra la justicia, y vencerá a todos sus adversarios aun cuando defienda las peores causas. Pero quizá llegue a desear que su hijo sea mudo.

* * *

ESTREPSIADES (*Saliendo precipitadamente*).

¡Ay! ¡Ay! ¡Vecinos, parientes, ciudadanos, socorredme con todas vuestras fuerzas! ¡Me apalean! ¡Ay mis mandíbulas! ¡Infame! ¿No ves que es a tu padre a quien maltratas?

FIDÍPIDES.

Lo confieso, padre mío.

ESTREPSIADES.

¿Oís? confiesa que me maltrata.

FIDÍPIDES.

Sin duda.

ESTREPSIADES.

¡Perverso! ¡Parricida! ¡Horadador de murallas!

FIDÍPIDES.

Dime otra vez esas injurias, y añade otras; ¿sabes que tengo el mayor gusto en escucharlas?

ESTREPSIADES.

¡Infame!

FIDÍPIDES.

Me estás cubriendo de rosas.

ESTREPSIADES.

Maltratas a tu padre.

FIDÍPIDES.

Y, por Júpiter, he de demostrar que tengo razón en pegarte.

ESTREPSIADES.

¡Perversísimo! ¿Acaso puede nunca haber razón para pegar a su padre?

FIDÍPIDES.

Yo te lo demostraré y te convenceré con mis palabras.

ESTREPSIADES.

¿Que me convencerás?

FIDÍPIDES.

Hasta la evidencia y muy fácilmente. Elige cuál de los dos razonamientos he de emplear.

ESTREPSIADES.

¿Cuáles razonamientos?

FIDÍPIDES.

El fuerte o el débil.

ESTREPSIADES.

A la verdad, querido mío, daré por bien empleados mis afanes para enseñarte a contradecir la justicia, si consigues persuadirme que es bueno y justo que los hijos golpeen a sus padres.

FIDÍPIDES.

Pues creo que te persuadiré de tal manera, que en cuanto me hayas oído no tendrás nada que replicarme.

ESTREPSIADES.

Tengo ganas de oírte.

CORO.

A ti te corresponde, anciano, el encontrar un medio de reducirle a la obediencia; porque no estaría tan soberbio si dudase de su triunfo. Por tanto, hay alguna cosa que le hace insolente como hombre confiado en sus propias fuerzas. Pero primeramente conviene que digas al Coro cómo ha tenido lugar vuestra disputa. Esto es lo que debes hacer antes de todo.

ESTREPSIADES.

Os diré cómo comenzó nuestra reyerta. Después que hubimos comido, como sabéis, le mandé en primer lugar tomar su lira y cantar la canción de Simónides «Cuando el carnero fue trasquilado.» Y en seguida me replicó que era una necedad cantar de sobremesa acompañado de la cítara, como una mujer ocupada en moler trigo.

FIDÍPIDES.

¿Y no era motivo para golpearte y patearte el que me hubieses mandado cantar como si tuvieras cigarras convidadas?

ESTREPSIADES.

Ahora no hace más que repetir lo que me dijo en casa: también aseguró que Simónides era un mal poeta. Me contuve al principio, aunque con trabajo, y le mandé que, tomando la rama de mirto, me recitase algún trozo de Esquilo. «¡Está muy bien! me contestó; precisamente yo considero a Esquilo el primero de nuestros poetas, como que es desordenado, enfático, estrepitoso y desigual.» Con estas palabras, considerad como estaría mi corazón; pero reprimiendo la ira, le dije: «Ea, recita si no, algunos pasajes de los poetas modernos que son los más doctos.» Y en seguida cantó un fragmento de Eurípides, en el que un hermano ¡justo cielo! viola a su hermana de madre[121]. Entonces yo no pude contenerme y le dirigí los más terribles insultos, y después, como suele suceder, acumulamos injurias sobre injurias; y por último, este se lanza sobre mí, me golpea, me maltrata, me sofoca y me mata.

FIDÍPIDES.

Muy justamente. ¿Por qué no elogias al doctísimo Eurípides?

ESTREPSIADES.

¡El doctísimo! ¡Ah!... ¿Cómo diré yo? Pero seré de nuevo maltratado.

FIDÍPIDES.

Sí, por Júpiter, y justísimamente.

ESTREPSIADES.

¡Justísimamente, desvergonzado! ¡A mí que te he educado con tanto cariño, que adivinaba los deseos que manifestabas con voz todavía balbuceante! Si decías «brin», te comprendía, y te daba al punto de beber.

Si decías «manman», en seguida te traía pan. Apenas habías dicho «caccan», te sacaba fuera y te sostenía para que hicieras tus necesidades[122]. Ahora, aunque yo clame y grite, es bien seguro, bribón, que no me sacarás fuera, ni me sostendrás. Al contrario, me sofocas y me obligas a desahogarme aquí mismo.

CORO.

Creo que el corazón de los jóvenes palpita impaciente por escuchar lo que va a decir. Y si logra demostrar que obró justamente al perpetrar tal crimen, no doy un comino[123] por la piel de los viejos. Ahora, gran inventor y removedor de palabras, busca argumentos convenientes para justificar tu causa.

FIDÍPIDES.

¡Qué grato es vivir entre cosas nuevas e ingeniosas y poder despreciar las leyes establecidas! Cuando me ocupaba solo de la equitación, no podía pronunciar tres palabras seguidas sin equivocarme; pero desde que este hombre me ha hecho abandonar mis aficiones predilectas, y me he acostumbrado a los pensamientos sutiles, a los discursos y a las meditaciones, me siento capaz de probar que he obrado bien maltratando a mi padre.

ESTREPSIADES.

Sigue con la equitación, por Júpiter. Prefiero mantener cuatro caballos a ser molido a golpes.

FIDÍPIDES.

Reanudo mi discurso en donde tú lo has interrumpido, y principio por preguntarte: ¿Me pegaste cuando era chico?

ESTREPSIADES.

Sí, porque te quería y miraba por tu bien.

FIDÍPIDES.

Dime, ¿no será justo que ahora mire yo igualmente por tu bien, y te pegue, puesto que el pegar a uno es mirar por su bien? ¿Es razonable que tu cuerpo esté exento de palos y el mío no? ¿No nací yo de tan libre condición como tú? Lloran los hijos, y ¿no han de llorar los padres? ¿Crees que los padres no deben llorar?

ESTREPSIADES.

¿Por qué?

FIDÍPIDES.

Tú dirás que la ley tolera que el niño sea castigado, y yo replicaré que los viejos son dos veces niños, y que es más justo castigar a los viejos que a los jóvenes, por cuanto sus faltas son menos excusables.

ESTREPSIADES.

Pero ninguna ley establece que el padre sea castigado.

FIDÍPIDES.

¿No era hombre como tú y como yo el que primeramente presentó aquella ley, y persuadió a los antiguos a que la aprobasen? Pues bien; ¿qué se opone a que yo haga una nueva por la cual los hijos puedan a su vez castigar a los padres? De buen grado os perdonamos los golpes recibidos antes de la promulgación de esta ley, y consentimos el haber sido maltratados impunemente. Mira cómo los gallos y los demás animales se vuelven contra sus padres: sin embargo, ¿se diferencian de nosotros en otra cosa que en no redactar decretos?

ESTREPSIADES.

Ya que imitas a los gallos en todo, ¿por qué no comes estiércol y

duermes en un palo?

FIDÍPIDES.

No es lo mismo, querido; Sócrates no admitiría ese argumento.

ESTREPSIADES.

No me pegues, pues te perjudicarás tú mismo.

FIDÍPIDES.

¿Por qué?

ESTREPSIADES.

Porque lo justo es que yo te castigue; y que tú castigues a tu hijo, si alguno te nace.

FIDÍPIDES.

¿Y si no me nace? Habré llorado en vano, y tú morirás burlándote de mí.

ESTREPSIADES.

En verdad, amigos míos, voy creyendo que tiene razón, y que se les debe conceder lo que es equitativo. Justo es que seamos castigados si no andamos derechos.

FIDÍPIDES.

Escucha otro argumento todavía.

ESTREPSIADES.

Soy hombre muerto.

FIDÍPIDES.

Quizá te alegres de haber sido maltratado.

ESTREPSIADES.

¿Cómo? Dime qué ganancia sacaré.

FIDÍPIDES.

Maltrataré también a mi madre.

ESTREPSIADES.

¿Qué dices? ¿Qué dices? ¡Eso es mucho peor!

FIDÍPIDES.

¿Qué dirás, si te pruebo por medio de aquel razonamiento que es necesario maltratar a la madre?

ESTREPSIADES.

Si haces eso, nada se opondrá a que te arrojes al Báratro[124] con Sócrates y su maldito razonamiento. Por vosotras, Nubes, me sucede esto; por vosotras a quienes encomendé todos mis asuntos.

CORO.

Tú tienes la culpa de todo por haber seguido la senda del mal.

ESTREPSIADES.

¿Por qué no me lo advertisteis antes, en vez de engañar a un pobre viejo campesino?

CORO.

Siempre obramos de esa manera cuando conocemos que alguno se inclina al mal, basta enviarle una desgracia, para que aprenda a respetar a los dioses[125].

ESTREPSIADES.

¡Ay! Doloroso es el castigo, ¡oh Nubes!, pero justo. Pues no debía haber negado a mis acreedores el dinero que me prestaron. Ahora, hijo mío querido, acompáñame para que nos venguemos del infame Querefonte y de Sócrates, que nos han engañado.

FIDÍPIDES.

Nunca maltrataré a mis maestros.

ESTREPSIADES.

Respeta a Júpiter paternal.

FIDÍPIDES.

¡Júpiter paternal! ¡Qué tonto eres! ¿Hay acaso algún Júpiter?

ESTREPSIADES.

Sí.

FIDÍPIDES.

No hay tal; pues reina el Torbellino que ha destronado a Júpiter.

ESTREPSIADES.

No lo ha destronado; pero entonces creía que ese Torbellino era Júpiter. ¡Pobre de mi, que tomé por un dios a un vaso de arcilla![126].

FIDÍPIDES.

Quédate ahí diciendo necedades.

(*Se va.*)

ESTREPSIADES.

¡Funesto delirio! ¡Qué necio fui al negar los dioses, persuadido por Sócrates! Pero, queridísimo Mercurio, no te encolerices conmigo: no me aniquiles; perdona a un pobre hombre fascinado por la charlatanería de los sofistas; sé mi consejero: ¿qué te parece? ¿entablaré contra ellos un proceso o adoptaré otra resolución?... ¡Excelente consejo![127] Dices que no espere la tardía determinación de una sentencia e incendie cuanto antes la casa de esos habladores. ¡Hola, Jantias! ven acá, trae una escalera y un azadón, sube en seguida al tejado de la escuela; y si amas a tu dueño, sacude de firme hasta que el techo se desplome sobre los habitantes. Dadme también una antorcha encendida; quiero vengarme de esos infames a pesar de toda su arrogancia.

DISCÍPULO PRIMERO.

¡Ay! ¡Ay!

ESTREPSIADES.

Antorcha mía, lanza una llama devoradora.

DISCÍPULO PRIMERO.

¡Eh! tú: ¿qué estás haciendo?

ESTREPSIADES.

¿Qué hago? Disputo sobre sutilezas con las vigas de la casa.

DISCÍPULO SEGUNDO.

¡Ah! ¿Quién incendia nuestra casa?

ESTREPSIADES.

Aquel a quien habéis cogido la capa.

DISCÍPULO SEGUNDO.

¡Que nos vas a matar! ¡Que nos vas a matar!

ESTREPSIADES.

No quiero otra cosa, con tal que el azadón no defraude mis esperanzas o que antes no me desnuque cayéndome de lo alto.

SÓCRATES.

Hola, ¿qué haces en el tejado?

ESTREPSIADES.

Camino por el aire y contemplo el sol.

SÓCRATES.

¡Ay de mí! Intentas asfixiarme.

QUEREFONTE.[128]

¡Desgraciado! voy a morir quemado vivo.

ESTREPSIADES.

¿Quién os mandaba ultrajar a los dioses, y contemplar el lugar de la luna? Sigue[129], arranca, destroza, paguen así todas sus culpas, y principalmente su impiedad.

CORO.

Retirémonos; pues el Coro ha trabajado bastante.

FIN DE LAS NUBES.

* * *

Notas

1. *Histoire de la littérature grecque profane*, París, 1824, t. II, p. 329.

2. Véase sobre *Las Nubes*, y la multitud de trabajos a que han dado lugar, Müller, *Hist. de la litt. grecque*, t. II.

3. Sin duda por el temor de que evitasen los malos tratamientos pasando al campo enemigo. En *La Paz* (verso 454) se indica esto mismo con más claridad. La guerra a que alude Aristófanes es la del Peloponeso.

4. *Verum pedit*.

5. Los intereses de las cantidades tomadas a préstamo se pagaban a fin de mes.

6. Cantidad equivalente a 4179 reales 69 céntimos.

7. Nombre de un caballo; derivado del coppa (90), signo de la numeración griega que, marcado en la piel, designaría su precio.

8. Porque entonces no lo hubiera comprado.

9. Parodia de Eurípides, según el escoliasta.

10. Se cree que bajo este nombre Aristófanes alude a Aminias, hijo de Pronapos, autor de un decreto que prohibía a los poetas cómicos burlarse de los magistrados.

11. Por medio de prendas o hipotecas.

12. *Demarco* se llamaba al jefe de un demo o cantón del Ática; uno de sus deberes era llevar un registro de las deudas de sus administrados, y apoderarse de los deudores morosos.

Estrepsiades alude a ellos al quejarse de las pulgas de su lecho.

13. Mujer de Alcmeón, que se hizo famosa por su extraordinario lujo.

14. Nos valemos de este rodeo para traducir las palabras Κωλιάδος y Γενετυλλίδος. Ambos son sobrenombres de Venus, tomados, el primero del promontorio Colias, sobre el cual tenía un templo; y el segundo del acto de la generación. Bajo el primero se oculta un equívoco obsceno que autoriza más nuestra versión.

15. El verbo σπαθάω significa también *prodigar* y *dilapidar*.

16. Nombres en cuya composición entran el sustantivo ἵππος (caballo) y los adjetivos ξανθὸς (rubio), χαρίεις (gracioso) y καλὸς (hermoso).

17. Significa *económico*.

18. Nombre compuesto de φειδὸς (económico) e ἱππὶς (diminutivo de caballo).

19. Monte del Ática. V. *Acarnienses*, 273.

20. Ἵππερος, *enfermedad del caballo* (morbus equinus), palabra formada por Aristófanes a semejanza de ὕδερος, ἴκτερος.

21. Φειδιππίδιον, diminutivo de Fidípides, imposible de formarse bien en nuestra lengua, por lo cual nos valemos de un apelativo cariñoso equivalente: *Fidipidillo* sería interminable.

22. La palabra griega φροντιστήριον tiene una gracia intraducible: literalmente significa *un pensadero*.

23. Doctrina de Hipón de Samos. El escoliasta de Aristófanes dice que esta opinión fue también ridiculizada por el poeta Crates. En *Las Aves* (v. 101) se pone en boca del geómetra Metón.

24. Querefonte era uno de los discípulos más asiduos de Sócrates, según Platón. (*Apología*.) Diógenes Laercio (lib. II, Sócrates, 16) dice que a él dio la Pitonisa aquel conocido oráculo: *Sócrates es el sabio entre los hombres*. Aristófanes le llama νυκτερίς, *murciélago*, (*Aves*, v. 1296 y 1564.)

25. Célebre glotón, padre del orador Andócides.

26. Literalmente *mejor* y *peor*.

27. Valía próximamente tres cuartillos de nuestro real de vellón.

28. Σαμφόρας designa un caballo marcado con la letra sigma, circunstancia que parece

designar un caballo de lujo.

29. Literalmente *a los cuervos* (ἐς κόρακας).

30. Quiere decir que no se da por vencido.

31. Uno de los cantones del Ática.

32. Alusión al oficio de partera que tenía la madre de Sócrates. Este solía llamarse comadrón de las almas.

33. Burla sobre las espesas cejas de Querefonte y la calva de Sócrates.

34. Calzado de mujer. Vid. *Lisístrata*, 229; *Las Fiestas de Ceres*, 734; *Las Junteras*, 319.

35. Como para hacer una demostración de geometría.

36. Célebre filósofo, el primero de los sabios de Grecia y fundador de la escuela jónica. (Vid. Dióg. Laercio, lib. I.)

37. Esta transición indica que la puerta se abre y se ve el interior de la escuela.

38. Alude al mal aspecto que estos debieron presentar a causa del hambre sufrida durante el sitio de aquella ciudad. Vid. *Caballeros*, *passim.* Tucídides, IV, 15, 29-38.

39. Plutarco (*Vida de Pericles*, 34.) asegura que Pericles calmó la irritación del pueblo contra la guerra prometiendo distribuir los campos conquistados. Después de la toma de Mitilene, realizó esta promesa, dividiéndola en tres mil lotes. (Tuc., III, 50.)

40. Alusión a la manía de juzgar de los atenienses, criticada en *Las Avispas*.

41. El verbo griego παρατείνω significa *extender* y *torturar*. La isla de Eubea (Negro ponto) es de desproporcionada longitud y había sufrido mucho durante la guerra del Peloponeso.

42. La palabra griega es mucho más enfática, y literalmente traducida significa *efímero*.

43. Ὑπερφρονέω significa *mirar de alto a bajo* (despicere) y también *menospreciar*.

44. Alusión a las ideas de Anaxímenes Milesio, que decía eran principio de todas las cosas el aire y el infinito (Diog. Laer., lib. II) y que el alma se parecía a aquel primer elemento.

45. Alusión a una tragedia de Sófocles en que Atamas era llevado al sacrificio coronado de flores. Atamas abandonó a su mujer *Néfele* (la Nube) que se refugió en el Cielo, haciendo sufrir una prolongada sequía al país de su marido. Este, para evitar tamaño azote, se ofreció a sí mismo en sacrificio; pero en el momento de ir a ser inmolado, fue salvado por Hércules. El recuerdo de Atamas, con preferencia a otra víctima, es muy natural en esta comedia por

la circunstancia de ser marido de la Nube.

46. Sócrates (según el escoliasta) esparcía harina sobre la cabeza de Estrepsiades, como se acostumbraba a hacer con las tortas de los sacrificios.

47. *Vestrisque volo tonitrubus oppedere*.

48. *Volo cacare*.

49. Literalmente *tiznados con heces de vino*.

50. Empleamos este adjetivo, que tal vez parecerá demasiado poético, porque ningún otro traduce con tanta exactitud el ὀμβροφόροι del original.

51. El templo de Ceres en Eleusis.

52. *Nisi gramias in oculis habes instar cucurbitæ*.

53. Parodia del estilo hinchado e incoherente que solían emplear los malos poetas ditirámbicos.

54. Sofista de grande ingenio muy elogiado por su alegoría del Vicio y la Virtud disputándose el alma de Hércules. Jenofonte (*Memorias de Sócrates*, lib. II) hace de ella una magnífica exposición, y San Basilio habla de él con mucho aprecio recomendando a los jóvenes su lectura.

55. Epicuro explicaba la formación de la lluvia, el rayo y el trueno con las mismas razones que Aristófanes pone en boca de Sócrates. (Vid. Diog. Laert., lib. X. *Epicuro*.)

56. Fiestas en honor de Minerva.

57. Como en los misterios.

58. El que penetraba en una casa para buscar un objeto que le había sido robado y que suponía se hallaba escondido, debía, para evitar fraude, despojarse de sus vestidos.

59. Con objeto de impedir el que pudieran ser reconocidos los resortes de la cueva de este célebre oráculo, los que penetraban en ella llevaban las manos ocupadas con tortas de miel para evitar, según decían los sacerdotes, las mordeduras de las serpientes.

60. Principia la *parábasis*.

61. Tanto la tragedia como la comedia tuvieron su origen en las fiestas de Baco, por lo cual era este considerado como el dios de los poetas dramáticos. En todos los teatros la *thymele* recordaba el altar donde primitivamente se sacrificó a Baco (V. la Introducción).

62. Uno de estos fue *Amipsias*, del cual nos ha conservado Diógenes Laercio algunos versos (*Vida de Sóc.*, 9).

63. Personajes de la primera comedia de Aristófanes, *Los Detalenses*.

64. Era necesario tener treinta o cuarenta años de edad para poder presentar comedias en el teatro. Los autores que no los tenían las presentaban con el nombre de otro.

65. Alude a Filónides y Calístrato, que presentaron como suya la primera comedia de Aristófanes.

66. Alusión al reconocimiento de Electra y Orestes, en las *Coéforas* de Esquilo.

67. Descripción del falo. (V. *Los Acarnienses*.)

68. Baile lascivo usado en la comedia antigua.

69. El verbo κομάω significa *enorgullecerse* y *tener buenos cabellos*. Aristófanes era calvo, por lo cual esta palabra es muy graciosa en sus labios.

70. Literalmente: «Le he herido en el vientre.» Alude a *Los Caballeros*.

71. El Frínico a quien alude Aristófanes es probablemente un poeta cómico contemporáneo suyo, y no el perfeccionador de la tragedia. Sus comedias carecían de invención, y adolecían de defectos de versificación y lenguaje.

72. Cleón, célebre demagogo, objeto de los violentos ataques de Aristófanes en *Los Caballeros*. Si le llama Paflagonio, no es porque hubiera nacido en esa región del Asia menor, sino aludiendo a su voz fuerte y desentonada.

73. Aristófanes parece aludir al eclipse que, según Tucídides, tuvo lugar el año octavo de la guerra del Peloponeso a la hora del medio día.

74. Nótese que Aristófanes habla en este pasaje de Cleón como si viviese todavía, cuando poco antes ha hecho mención de su muerte. Esta contradicción hace creer que el texto de *Las Nubes* está formado con los de varias ediciones de la misma.

75. Este pasaje alude probablemente a la confusión que se introdujo en el calendario griego por causa del arreglo hecho por el astrónomo Metón.

76. Hijos de Júpiter.

77. El *quénice* ático (χοῖνιξ) valía 1,08 litros.

78. Literalmente el trímetro o el tetrámetro. Sócrates habla de la medida de los versos, y

Estrepsiades entiende la medida ordinaria.

79. El *semisextario* (ἡμίεκτον) valía cuatro quénices, lo que en sentir del viejo equivale al tetrámetro.

80. El *ritmo enoplio* se componía de dos dáctilos y un espondeo.

81. Dáctilo significa dedo. Estrepsiades usa esta palabra en un doble sentido, que debía comprenderse por medio de la acción.

82. En griego, ἀλεκτρυὼν (*gallo*). Hacemos esta variación para que se entienda con más facilidad lo siguiente.

83. Ἀλεκτρύαιναν, τὸν δ' ἕτερον ἀλέκτορα.

84. Lit.: de harina tu artesa. Como todos los argumentos de Sócrates se fundan en tener κάρδοπος (*artesa*) terminación masculina no obstante ser del género femenino, hemos tenido que buscar un equivalente, para hacer inteligible el pasaje.

85. El texto original dice: *Cleónimo*.

86. El vocativo de Aminias tiene en griego terminación femenina.

87. *Et testiculos evellunt, et culum perfodiunt*.

88. *Nihil, nisi penem hunc, quem teneo dextera*.

89. Se escribía sobre tablas cubiertas de una ligera capa de cera.

90. Dirigiéndose a Sócrates.

91. Por ser lo único que le resta de su antigua opulencia.

92. Sócrates era de Atenas; pero Aristófanes le llama Meliense, porque el ateo Diágoras era natural de Melos.

93. Entra un momento en la casa, de donde sale con un gallo y una gallina en la mano, que aquí sustituimos por una pareja de faisanes, y repite la lección que antes recibió de Sócrates.

94. Alusión a la frase análoga de Pericles al dar cuenta de los diez talentos gastados en sobornar a los generales espartanos. (Plutarco, *Vida de Pericles*, c. XXII, XXIII.)

95. El Razonamiento justo y el injusto eran traídos a la escena en jaulas de mimbre como dos gallos preparados para reñir.

96. Tañedor de lira, que obtuvo el primer premio en las Panateneas, siendo arconte Calias.

97. Esta prohibición reconocía por causa la virtud afrodisiaca de todos esos alimentos.

98. Esta postura era muy indecente entre los griegos. Su prohibición a los niños debía obedecer a motivos análogos al de la anterior.

99. Las fiestas Diipolias y Bufonias eran una misma en honor de Júpiter *Polieus* o protector de la ciudad.

100. Alude a una moda antigua de Atenas, que consistía en sujetar los cabellos con una cigarra de oro.

101. Poeta ditirámbico muy antiguo.

102. Como prenda de amor.

103. Eran tres, tan notables por su estupidez, que fueron objeto de la burla de los poetas cómicos.

104. *Penem*.

105. Las fuentes de aguas termales se llamaban baños de Hércules.

106. Peleo recibió una espada de los dioses cuando fue expuesto sin armas al furor de las fieras, a causa de la calumnia de Hipólita.

107. Aristófanes nombra el cótabo, por toda clase de juegos.

108. Véase el Escoliasta (*Las Nubes*, 1083; *Pluto*, 168). De este castigo, que producía la *euriproctia*, se libraba el culpable mediante el pago de una multa.

109. Ἐξ εὐρυπρώκτων.

110. Para apagar las antorchas a cuya luz era conducida la novia a casa de su marido.

111. Ἕνη καὶ νέα, significa literalmente *el viejo y el nuevo*, porque Solón lo consideró común al mes que terminaba y al que daba principio. (Plutarco, *Vida de Solón*, c. 25.) En este día se pagaban los intereses.

112. La harina que le prometió antes.

113. Alude a la afición a pleitear de los atenienses.

114. Para hacer de él un pellejo de vino.

115. El congio (χοῦς) era una medida de capacidad que contenía doce cótilas. La cótila equivale a 27 centilitros.

116. Lit: *una artesa*.

117. Poeta que en alguna de sus tragedias introdujo dioses que se lamentaban.

118. Parodia de una tragedia de Jenocles, hijo de Carcino, en la que Alcmena lamenta en iguales términos la muerte de su hermano Licimnio a manos de Tlepólemo.

119. La frase griega significaba al mismo tiempo caer en demencia, porque en la pronunciación se confundían, ἀπ' ὄνου y ἀπὸ νοῦ. Hemos tratado de sustituirla con una frase española equivalente.

120. Literalmente «un aguijón.»

121. Una ley de Solón permitía el matrimonio con los hermanos de padre, pero entre hermanos uterinos estaba prohibido. Estrepsiades alude a una tragedia de Eurípides, *El Eolo*, en que Macareo viola a su hermana Canace.

122. Parodia del admirable discurso de Fénix en la *Ilíada*. Lib. IX.

123. Lit.: un garbanzo.

124. Precipicio al que eran arrojados los criminales.

125. Este parece ser el fin moral de la Comedia.

126. Estrepsiades parece dirigirse a un vaso de arcilla que, según Brunck, debía haber en el teatro, delante de la casa de Sócrates, sustituyendo a la columna en honor de Apolo que los atenienses acostumbraban a colocar en el vestíbulo.

127. Se supone inspirado por Mercurio.

128. Bergk (Aristophanis Comoedias. Lipsiae, 1867, volumen I, pág. XVII) dice que las palabras de Querefonte deben atribuirse al Discípulo, pues si el poeta hubiera querido que interviniera en la acción, indudablemente hubiera dado también más importancia a su papel. Cree asimismo que los Discípulos de Sócrates debe entenderse que son uno solo.

129. Estas palabras van dirigidas a Jantias.

Notas

* * *

Scholia in septem Eurípides Tragoedias ex antiquis exemplaribus ab Arsenio Archiepiscopo Monembasiae collecta, etc., etc. 774 páginas. Ambos en folio.
Αὐτὸς τ' ἐμαυτὸν, ὑπὸ Κλέωνος, ἄπαθον
Ἐπίσταμαι, etc.

al actor que las declamaba, que era Calístrato, encargado de desempeñar el papel de protagonista en las comedias de carácter político.
Eupolis atque Cratinus Aristophanesque poetæ
Atque alii, quorum comœdia prisca virorum est,
Si quis erat dignus describi, quod malus aut fur,
Quod mœchus foret, aut sicarius, aut alioqui
Famosus, multa cum libertate notabant.
(Horacio, Sat. IV, lib. I.)

ἐγὼ ἄρτι μὴν ἔξηρξ' ἀναπιττοῦν αὖ σαθρά

y traducirse: «Yo hace poco he comenzado a calafatear de nuevo mis estropeadas naves.» — Tal vez haya en todas estas ingeniosas explicaciones mucho de los sueños de los sabios de Campoamor, al interpretar el *Tururú*

y Tarará.
Αἱ λιπαραὶ καὶ ἰοστέφανοι Ἀθῆναι
Brillante y coronada
De violetas Atenas.

Testylis et rapido fessis messoribus æstu
Allia serpyllumque herbas contundit olentes.
(Virg. Eg. II, 10-11.)

La tradición de este piadoso procedimiento conservose en las fiestas de Baco. Lo característico de la de las *copas* era la lucha de bebedores, en la cual para ser declarado vencedor era preciso apurar una copa (χοῦς) cuyo contenido era de más de tres litros. El que primero la vaciaba recibía en recompensa una corona y un pellejo de vino.

Al fin de la comedia veremos a Diceópolis triunfante en este certamen báquico.

«Llevaré mi espada cubierta con hojas de mirto, como Harmodio y Aristogitón, cuando mataron al tirano y restablecieron en Atenas la igualdad de las leyes.»

«Brunck en su traducción latina (*Argentorati, apud Socios Bibliop.* Bauer *et* Treuttel, 1781) y todos los que le siguen, como Artaud, Poyard y otros en lenguas vulgares, creen hallar aquí una obscenidad repugnante; pero hartas suciedades tiene el original para que los eruditos se tomen el trabajo excusado de acrecentar su número, a todas luces lamentable; lo que no es necesario a fe para demostrar la travesura sin freno del ingenio del poeta. El verbo δέφω en su acepción recta significa *rascar*, y también *amasar*, como se prueba en la *Odyss.*, lib. XII, v. 48: Κηρὸν δεψήσας μελιηδέα, *cera malassata dulci* (*Estudios de literatura griega. Comedia*,

publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid*. Segunda época. Tom. II, pág. 648).»

Alusión a las infamias y rapacidad de Cleón, *Chaonia quia podex ejus hiat*; *Ætolia*, de αἰτέω, *pedir*; *Clopidia* (κλέπτω, *robar*), región imaginaria, sinónima de *país de los ladrones*. «Los espectadores esperaban oír en vez de este último nombre el de *Crópides*, demo de la tribu Leóntida.» (Esc., *Cab.*, 79.)

Prisco, si credis, Mæcenas docte, Cratino
Nulla placere diu, nec vivere carmina possunt,
Quæ scribuntur aquæ potoribus...

Dícese que, sin duda mortificado por la alusión de Aristófanes, Cratino compuso a los noventa y siete años de edad, y al siguiente de la representación de *Los Caballeros*, una comedia titulada *La botella de mimbres*, que ganó el primer premio: alarde de vigor intelectual que no es único en el teatro ateniense, pues también Sófocles compuso su *Edipo en Colona* a los ochenta y tantos años.

Οὐδὲ Θέτις Ἀχιλῆα κινυρέται αἴλινα μήτηρ
Ὀππόθ' ΙΗ ΠΑΙΗΟΝ ΙΗ ΠΑΙΗΟΝ ἀκούσῃ.

* * *

* * *

Tomo II

Las avispas

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

A deplorable estado llegó la administración de justicia en Atenas durante los primeros años de la guerra del Peloponeso. Contribuían a ello grandemente de un lado la defectuosa organización de los tribunales, y de otro la manía de juzgar, litigar y perorar en público, desarrollada en los atenienses con una furia de que no hay otro ejemplo. Entre los principales vicios de aquel sistema, aparece desde luego como de más bulto el de la multiplicidad de los tribunales. Basta, en efecto, recordar los nombres del Areópago, el Heliástico, el Epipaladio, el Epidelfinio, el Enfreacio, el Epipritáneo, el Epitalacio y las Curias del Arconte epónimo, del Arconte-rey, del Polemarca, de los Tesmotetas, de los Once, de los Catademos, de los Diatetas y de los Nautódicos, con sus mal definidas y a veces encontradas atribuciones, para comprender a cuántos abusos y entorpecimientos daría lugar complicación semejante. Y, sin embargo,

leemos con asombro en Jenofonte que con ser tantos los tribunales y dotados de personal numeroso, no eran todavía bastantes para dar solución a las infinitas cuestiones que a su decisión se sometían. «Muchos particulares, dice, vense obligados a esperar todo un año antes de poder presentar su demanda al Senado o al pueblo, porque la multitud de negocios es tal, que impide dar audiencia a todo el mundo.[1]» Pero el origen y verdadera fuente de las infamias y abusos que los jurados atenienses cometieron debe buscarse, sin duda alguna, en la ley de Solón que, equiparando la administración de justicia al ejercicio de los derechos políticos, permitía a todo ciudadano de treinta años formar parte de los tribunales; pues, como para el altísimo cargo de juzgar no se exigía circunstancia alguna de moralidad ni ilustración, los jueces eran fácilmente engañados por los oradores, que, o tergiversando los hechos, o falseando la ley, o enterneciendo al tribunal con peroraciones elocuentes, le hacían pronunciar fallos a todas luces injustos.

Así se explican hechos como el del anciano Tucídides[2], envuelto por la elocuencia de un hábil abogado, y condenado, no obstante su inculpabilidad, a una crecida multa: así se explica también, dice el citado Jenofonte[3], que tantos inocentes pereciesen víctimas de su altivez, mientras muchos criminales conseguían la absolución libre. Y si esto ocurría cuando los jueces eran ignorantes sin dejar de ser honrados, calcúlese a qué extremo llegarían los abusos cuando las agitaciones políticas y la guerra crearon tal estado de cosas, que el soborno, la venalidad y la falta de independencia llegaron a ser lo más corriente y ordinario.

Ya en *Los Acarnienses* y *Los Caballeros* pudimos observar que los campesinos refugiados en Atenas al verificarse la primera incursión

lacedemonia, invadieron los tribunales e hicieron un modo de vivir de la profesión de juez. Faltos de ocupación y víctimas de una miseria que las escasas distribuciones de víveres no podían remediar, tenían su único recurso en los tres óbolos que el Estado pagaba por sesión: expuestos por su penuria a la venalidad y al soborno, sucedía que en los negocios privados daban su voto al rico particular que se lo compraba, y en los asuntos de interés común obedecían dócil y ciegamente al demagogo, de cuya voluntad dependía el cobrar o no su sueldo.

A aumentar el desconcierto y escandalosos abusos de los tribunales, contribuía no poco aquella extraña afición de los atenienses a todo lo que fuera litigio, proceso y discusión, avivada por los odios de partido que dividían su democracia.

A este propósito dice discretamente Artaud: «Los debates entre particulares fácilmente se transformaban en Atenas en públicas acusaciones; todo hombre distinguido era pronto sospechoso de aspirar a la tiranía; el derecho de acusar, concedido a todo ciudadano, secundaba las animosidades, las venganzas, y sobre todo, esas pasiones envidiosas y malignas de que adolecen los gobiernos populares; la delación era ya un oficio, y el que denunciaba a un conspirador era bien acogido con seguridad: he aquí, pues, una fuente abundante de procesos. En fin, el pasar la vida entera en la calle y en la plaza, producía una continua necesidad de diversiones y pasatiempos; los oradores, los sofistas, los retóricos, cuya única ocupación era el perorar, encontraban siempre una multitud de ociosos, ávidos de escucharles: los discursos de los abogados en los tribunales no se oían con menos afán que las arengas políticas; era esto una diversión como otra cualquiera, y todos los días el pueblo se

apiñaba alrededor de la maroma que marcaba el recinto de los jueces en la plaza de Helia.[4]»

Tantos abusos y ridiculeces no podían pasar sin correctivo ante la cáustica musa de Aristófanes, pronta a azotar con el látigo de una sátira implacable todo lo que le parecía injusto o perjudicial. Así es que después de haberse desatado en *Las Nubes* contra los sofistas y sus doctrinas funestas para la juventud, trata de corregir en *Las Avispas* los vicios que acabamos de reseñar.

En esta comedia volvemos a encontrar en Filocleón una nueva personificación del pueblo ateniense, aunque solo bajo su aspecto de κυαμοτρώξ, *mascullador de habas*, es decir, entregado a la tarea de juzgar, que casi lo ha vuelto loco. *Bdelicleón* (enemigo de Cleón), hijo del maniático juez, le retiene en casa con ánimo de curarle; pero burlando la vigilancia de dos esclavos que guardaban la puerta de Filocleón, trata de evadirse, primero por el cañón de la chimenea, y después por el tejado, y, por último, parodiando a Ulises, escondido bajo la panza de su asno. Frustradas todas sus tentativas, auméntase su furor cuando ve llegar a sus colegas, que, vestidos de Avispas, le llaman para ir al tribunal: este disfraz es un emblema de su carácter irascible y feroz. Filocleón implora el socorro de sus amigos, y pronto se traba una contienda entre ellos y sus guardianes. Por fin hay un momento de tregua en que Bdelicleón refuta las quiméricas ventajas de ser jueces, y logra atraer a su partido al irritado enjambre.

Su padre cede también, pero con la condición de establecer en su casa una especie de tribunal. El primer acusado es el perro Labes, reo sorprendido infraganti delito de hurto de un queso siciliano. La causa se instruye con toda rapidez y formalidad, y al dar la sentencia Filocleón

absuelve al reo por una equivocación. El haber dejado libre a un culpable le llena de desesperación, hasta que su hijo se la hace olvidar llevándole a fiestas y banquetes.

Al llegar a este punto, el asunto de la comedia cambia por completo; el carácter del juez se transforma en el de un viejo alegre, insolente y alborotador, y la acción se reduce a las reclamaciones a que da lugar su intemperancia y a un certamen coreográfico a que provoca el transformado heliasta a todos los danzantes que se quieran presentar.

Respecto al mérito de esta Comedia debemos decir que no es ciertamente de las obras más interesantes de Aristófanes, bajo el punto de vista literario; no abundan en ella tanto como en otras aquellas inagotables gracias que les dan tanta amenidad; la acción se arrastra lánguida y desmayadamente, y carece, además, de la unidad necesaria, condición sin la cual toda obra artística deja mucho que desear.

En cambio, bajo el punto de vista histórico y jurídico, tiene una importancia inmensa, pues sirve para completar la historia interna de Atenas, y da curiosas noticias sobre el procedimiento y los tribunales en aquella ciudad.

Es digna también de mencionarse, al hablar de *Las Avispas*, la famosa imitación que de ella hizo Racine en sus *Plaideurs*, aunque no sea más que por ser única en su género. El célebre trágico conservó en *Los litigantes* muchos chistes y algunos episodios de Aristófanes; pero su comedia, como no podía menos, difiere esencialmente de las del poeta griego, no solo en la forma, sino en la intención, pues se limita a pintar en *Dauclin* el carácter de un juez maniático, sin la significación universal y política que tiene Filocleón.

Las Avispas se representaron un año después de *Las Nubes*, es decir, el 423 antes de nuestra era, noveno de la guerra del Peloponeso. No se sabe si fueron premiadas, porque el Escoliasta no nos lo dice, y es de notar la modestia con que el autor habla de sí mismo en la *Parábasis*, en cuya parte suele de ordinario encarecer sus medios de agradar.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Sosias.

Esclavos de Filocleón.

Jantias.

Bdelicleón.

Filocleón.

Coro de ancianos vestidos de Avispas.

Niños.

Un perro.

Una panadera.

Un acusador.

* * *

La escena en Atenas, delante de la casa de Filocleón. La acción principia algo antes de amanecer.

* * *

LAS AVISPAS.

* * *

SOSIAS.

¡Hola! ¿Qué haces, desdichado Jantias?

JANTIAS.

Procuro descansar de esta maldita centinela.[5]

SOSIAS.

¿Tan a mal estás con tus costillas? ¿O no sabes la casta de fiera que guardamos?

JANTIAS.

Lo sé; pero quiero dormir un poco.

SOSIAS.

Peligroso es, mas puedes hacerlo: yo también siento que sobre mis párpados pesa un sueño dulcísimo.[6]

JANTIAS.

¿Estás loco o frenético como un coribante?[7]

SOSIAS.

No, el sopor que de mí se apodera proviene de Sabacio.[8]

JANTIAS.

Entonces adoras como yo a Sabacio; porque hace un instante cayó también con sueño profundísimo sobre mis párpados, a modo de enemigo persa; y he tenido un ensueño maravilloso.

SOSIAS.

Y yo he tenido otro como nunca. Pero cuenta primero el tuyo.

JANTIAS.

Vi a un águila muy grande bajar volando a la plaza pública, y arrebatando en sus garras un escudo de bronce[9], elevarse con él hasta el cielo; después vi a Cleónimo[10] que arrojaba aquel mismo escudo.

SOSIAS.

De modo que Cleónimo es un verdadero logogrifo[11]. ¿Cómo, preguntará algún convidado, una misma fiera puede arrojar su escudo en el mar, en el cielo y en la tierra?

JANTIAS.

¡Ay de mí! ¿Qué desgracia me anunciará semejante sueño?

SOSIAS.

No te dé cuidado: ningún mal te sucederá, te lo aseguro.

JANTIAS.

Sin embargo, es terrible agüero el de un hombre arrojando su escudo. Pero cuenta tu sueño.

SOSIAS.

El mío es grandioso: se refiere a toda la nave del Estado.

JANTIAS.

Examina, pues, pronto la quilla del asunto.

SOSIAS.

Creí ver en mi primer sueño, sentados en el Pnix y celebrando una asamblea, una multitud de carneros, con báculos[12] y mantos burdos; después me pareció que entre ellos hablaba una omnívora ballena, cuya voz parecía la de un cerdo a quien están chamuscando.

JANTIAS.

¡Puf!

SOSIAS.

¿Qué te sucede?

JANTIAS.

Basta, basta; no cuentes más; ese sueño apesta a cuero podrido.[13]

SOSIAS.

Aquella maldita ballena tenía una balanza en la cual pesaba grasa de buey.[14]

JANTIAS.

¡Oh desgracia! Quiere dividir nuestro pueblo.[15]

SOSIAS.

A su lado creí distinguir a Teoro[16], sentado en el suelo con cabeza de cuervo, y Alcibíades[17] me dijo tartajeando: «Mila, Teolo tiene cabeza de cuelvo.»

JANTIAS.

Nunca ha balbuceado más oportunamente Alcibíades.[18]

SOSIAS.

¿Y no es un mal agüero el haberse convertido en cuervo Teoro?

JANTIAS.

Nada de eso; es excelente.

SOSIAS.

¿Cómo?

JANTIAS.

¿Que cómo? ¿Era hombre y de repente se ha convertido en cuervo? ¿No puede conjeturarse sin dificultad, que nos abandonará para irse a los cuervos?[19]

SOSIAS.

¿Y no te he de dar dos óbolos de salario, siendo tan hábil para interpretar los sueños?

JANTIAS.

Aguarda, quiero antes exponer el asunto a los espectadores y hacerles algunas breves advertencias. No esperéis de nosotros nada grandioso, ni siquiera una risa robada a Mégara.[20] No tenemos ni esclavos que arrojen de su cesta nueces a los concurrentes,[21] ni un Hércules furioso por su cena frustrada[22], ni siquiera Eurípides[23] será otra vez implacablemente censurado; ni sacaremos de nuevo a relucir con su sal y pimienta a Cleón,[24] por más que le haya elevado tanto la fortuna. Pero tenemos un argumento bastante racional, no superior ciertamente a nuestros alcances, pero sí más discreto que el de cualquiera insustancial comedia. Nuestro dueño, hombre poderoso, que duerme en la habitación que está bajo el tejado, nos ha mandado que guardemos a su padre, a quien tiene encerrado para que no salga. Este se halla atacado de una enfermedad tan extraña que difícilmente la podríais conocer vosotros, ni aun figurárosla, si no os dijéramos cuál era. ¿No lo creéis? Pues tratad de adivinarlo. Aminias,[25] el hijo de Prónapo, dice que es la afición al juego; pero se equivoca.

SOSIAS.

¡Ya lo creo! Se le figura que los demás tienen sus vicios.

JANTIAS.

No; el mal tiene su raíz en otra afición... Ahí está Sosias que le dice a Dercilo[26] que es la afición a la bebida.

SOSIAS.

No por cierto; esa es una afición de personas decentes.

JANTIAS.

Nicostrato,[27] el de Escambónides,[28] asegura que es la afición a los sacrificios o a la hospitalidad.

SOSIAS.

Nicostrato, te lo juro por el perro;[29] no es la afición a la hospitalidad; basta que el nombre impúdico de Filóxeno[30] suene a hospitalidad, para que él la deteste.

JANTIAS.

En vano os cansáis; no daréis en ello. Mas si lo deseáis saber, callad y yo os diré el mal que aqueja a mi dueño: es amante del tribunal como ninguno;[31] su pasión por juzgar le vuelve loco; se desespera si no se sienta el primero en el banco de los jueces. Durante la noche no disfruta ni un instante de sueño: si por casualidad se le cierran un momento los ojos, ya su pensamiento revolotea en el tribunal alrededor de la clepsidra,[32] y acostumbrado a tener la piedrecilla de los votos,[33] se despierta con los tres dedos apretados, como quien ofrece incienso a los dioses en el novilunio. Si ve escrito en alguna puerta: «Hermoso Demo, hijo de Pirilampo»; en seguida pone al lado: «Hermosa urna[34] de las votaciones.» Habiendo cantado su gallo al anochecer, dijo que sin duda le habían sobornado los criminales para que le despertase tarde.[35] En cuanto cena, pide a gritos los zapatos; corre al tribunal antes de amanecer, y duerme allí recostado y pegado como una lapa a una de las columnas. Su severidad le hace trazar siempre sobre las tablillas la línea condenatoria,[36] de suerte que siempre, como las abejas o los zánganos, vuelve a su casa con las uñas llenas de cera. Temeroso de que le falten piedrecitas para las votaciones, mantiene ahí dentro un banco de grava. Tal es su manía;[37] cuanto más se trata de corregirle, más se empeña en juzgar. Ahora le tenemos encerrado con

cerrojos para que no salga, pues su hijo siente en el alma tal enfermedad. Primero trató de persuadirle con afables palabras a que no llevase el manto burdo, ni saliese de casa, mas no cambió por eso. Luego le bañó y purgó; y siempre lo mismo. Después trató de curarle con los ejercicios de los coribantes, y el buen viejo se escapó con el tambor y se presentó a juzgar en el tribunal. Viendo la ineficacia de estos medios, lo llevó a Egina y le hizo acostarse una noche en el templo de Esculapio.[38] Mas en el momento de amanecer apareció ante la cancela del tribunal. Desde entonces no le dejábamos salir; pero como se nos escapaba por las canales y buhardillas, tuvimos que tapar y cerrar con paños todos los agujeros. Mas él, clavando palitos en la pared, saltaba de uno a otro como un grajo. Por último, hemos tenido que rodear con una red todo el patio, y así le guardamos. El viejo se llama Filocleón;[39] ningún nombre, por Júpiter, le está más propio: su hijo se llama Bdelicleón,[40] y trata de corregir el feroz carácter de su padre.

BDELICLEÓN (*Asomándose a la ventana*).

¡Eh, Jantias, Sosias! ¿estáis durmiendo?

JANTIAS.

¡Oh!

SOSIAS.

¿Qué hay?

JANTIAS.

Bdelicleón se ha despertado.

BDELICLEÓN.

A ver, pronto aquí uno de vosotros. Mi padre ha entrado en la cocina y está royendo no se qué como un ratón dentro del agujero. Tú, mira no se escape por el tubo de los baños; y tú recuéstate contra la puerta.

SOSIAS.

Está bien, señor.

JANTIAS.

¡Oh poderoso Neptuno! ¿Quién hace tanto ruido en la chimenea? ¡Eh, tú! ¿quién eres?

FILOCLEÓN.

Soy el humo que salgo.

BDELICLEÓN.

¡El humo! ¿De qué leña?

FILOCLEÓN.

De higuera.[41]

BDELICLEÓN.

Ya se conoce, por Júpiter, pues es la que despide humo más acre. Ea, adentro pronto. ¿Dónde está la tapa de la chimenea? Adentro he dicho. Encima, para mayor seguridad, pondré esta vigueta. Busca ahora otra salida; soy el más desdichado de los hombres: ¡mañana podrán llamarme el hijo del ahumado![42]

SOSIAS.

Empuja la puerta. Aprieta ahora mucho y fuerte. Allá voy yo también. Ten sumo cuidado de la cerradura y el cerrojo, no vaya a roer el pestillo.

FILOCLEÓN.

¿Qué hacéis? ¿No me dejáis salir a juzgar, grandísimos bribones, y Dracóntides[43] será absuelto?

BDELICLEÓN.

¿Y eso te causará mucha pena?

FILOCLEÓN.

Apolo, a quien consulté en Delfos, me predijo que moriría cuando se me escapase un acusado.[44]

BDELICLEÓN.

¡Oh Apolo, patrono nuestro, vaya un oráculo!

FILOCLEÓN.

Vamos, por piedad, déjame salir o estallo.

BDELICLEÓN.

Nunca, Filocleón, nunca; lo juro por Neptuno.

FILOCLEÓN.

Bueno, romperé la red a mordiscos.

BDELICLEÓN.

Si no tienes dientes.

FILOCLEÓN.

¡Oh, qué desdicha!... ¿Cómo podría matarte? ¿Cómo? Traedme pronto mi espada, o la tablilla condenatoria.

BDELICLEÓN.

Este hombre maquina alguna mala pasada.

FILOCLEÓN.

No, yo te lo aseguro: solo deseo salir a vender el asno con su albarda: hoy es el día de la luna nueva.[45]

BDELICLEÓN.

Y dime, ¿no lo podría yo vender lo mismo?

FILOCLEÓN.

No tan bien como yo.

BDELICLEÓN.

Muchísimo mejor, por Júpiter. Ea, trae el asno. (*Filocleón vase en busca*

del asno.)

JANTIAS.

¡Qué buen pretexto ha imaginado para que le sueltes!

BDELICLEÓN.

Pero no he tragado el anzuelo: en seguida he conocido a dónde iba a parar. Voy a llevar yo mismo el asno, y así el viejo no conseguirá salir. — ¡Pobre borriquillo! ¿Por qué te quejas? ¿Porque vas a ser vendido? Vamos pronto. ¿Por qué gimes? ¿Llevas acaso algún Ulises?

JANTIAS.

Sí, por Júpiter; lleva uno atado al vientre.[46]

BDELICLEÓN.

¿Quién? Veamos.

JANTIAS.

Es él.

BDELICLEÓN.

¿Qué es esto? ¿Quién eres, buen hombre?

FILOCLEÓN.

Ninguno, por Júpiter.

BDELICLEÓN.

¿Ninguno tú? ¿Y de qué tierra?

FILOCLEÓN.

De Ítaca, de la familia fugitiva.

BDELICLEÓN.

Por vida mía, ya sentirás el haberte llamado ninguno. Sácalo cuanto antes. ¡Oh desdichado, dónde se había metido! ¡Si parece un pollino escondido debajo de su madre!

FILOCLEÓN.

Si no me soltáis, litigaremos.

BDELICLEÓN.

¿Por qué?

FILOCLEÓN.

Por la sombra del asno.[47]

BDELICLEÓN.

No vales para ello, a pesar de tu extremada audacia.

FILOCLEÓN.

¡Que no valgo! Es que no sabes todavía lo que yo soy; ya lo sabrás cuando comas lo que te deje el anciano juez.[48]

BDELICLEÓN.

Entra con el asno en casa.

FILOCLEÓN.

¡Oh jueces compañeros míos, y tú, Cleón, socorredme!

BDELICLEÓN.

Grita adentro a puerta cerrada. — Pon tú una porción de piedras en la entrada; echa de nuevo el cerrojo; atraviesa esa tranca; y, para mayor seguridad, afiánzala con ese gran mortero.

SOSIAS.

¡Ay! ¿de dónde me ha caído este terroncillo?

JANTIAS.

Quizá te lo haya arrojado algún ratón.

SOSIAS.

¿Un ratón? ¡Ca! Es ese maldito juez que se desliza por entre las tejas.

JANTIAS.

¡Oh desgracia! Ese hombre se ha convertido en pájaro. Va a volar. ¿Dónde está, dónde esta la red? (*Como quien espanta un pájaro.*) — ¡Eh! ¡Pchist! ¡Pchist! ¡Fuera de ahí! ¡Pchist!

BDELICLEÓN.

Por Júpiter, más quisiera guardar a Escione[49] que a mi padre.

SOSIAS.

Puesto que le hemos espantado, y ya no puede escapársenos furtivamente, ¿por qué no dormimos un poco?

BDELICLEÓN.

Pero, desdichado, ¿no ves que dentro de poco vendrán a llamarle sus compañeros de tribunal?

SOSIAS.

¿Qué dices? Si aún no ha amanecido.

BDELICLEÓN.

Es verdad; hoy se levantan más tarde de lo acostumbrado, porque suelen venir con sus linternas a media noche, y le llaman cantando dulces versos de las Fenicias del antiguo Frínico.[50]

SOSIAS.

Pues, si hay necesidad, los apedrearemos.

BDELICLEÓN.

Pero, temerario, esa casta de viejos, cuando se la enfurece es como la de las avispas; pues en la rabadilla tienen un aguijón agudísimo con el cual pican, y saltan gritando, y lo lanzan como una centella.[51]

SOSIAS.

Pierde cuidado; tenga yo piedras, y dispersaré todo un enjambre de jueces.

(*Entran en la casa y llega el coro.*)

* * *

CORO.

Adelante, paso firme. ¿Te retrasas, Comias? Por Júpiter, antes no eras así; al contrario, eras más duro que una correa de perro: ahora Carinades te gana a andar. ¡Oh Estrimodoro de Contilo,[52] el mejor de los jueces! ¿están ahí por casualidad Evérgides y Cabes de Flíos? ¡Diantre, diantre! Aquí se halla cuanto queda de aquella juventud que florecía cuando tú y yo hacíamos centinela en Bizancio: entonces en nuestras correrías nocturnas le robamos su artesa a aquella panadera; la hicimos astillas, y cocimos unas verdolagas. Pero apresurémonos, amigos; hoy es el juicio de Laques;[53] todos dicen que tiene su colmena llena de dinero. Por eso Cleón, nuestro patrono, nos mandó ayer que acudiéramos temprano provistos para tres días de terrible cólera contra él,[54] a fin de vengarnos de sus injurias. Ea, aprisa, compañeros, antes de que amanezca. Marchemos mirando a todas partes con ayuda de las linternas,[55] no caigamos por falta de precaución en algún lazo.

UN NIÑO.

Padre, padre, cuidado con ese lodazal.

CORO.

Coge esa pajita del suelo, y espabila la linterna.

EL NIÑO.

No, ya la espabilaré con el dedo.

CORO.

Niño, ¿no ves que con el dedo vas a alargar la mecha, ahora que anda

tan escaso el aceite? ¡Ya se conoce que tú no lo compras!

EL NIÑO.

Por Júpiter, si continuáis amonestándonos a puñetazos, apagamos las linternas y nos vamos a casa. Entonces os quedaréis a oscuras y andaréis removiendo lodos, como si fueseis patos.

CORO.

Yo castigo a otros mayores. Pero me parece que voy pisando barro. Mucho será que a lo más dentro de cuatro días no llueva copiosamente. ¡Tanto crece el pábilo de mi lámpara! Este suele ser signo de gran lluvia. Además, los frutos tardíos están pidiendo el agua y el soplo del Bóreas. Pero ¿qué le habrá sucedido al colega que vive en esa casa, que no sale a reunirse con nosotros? A fe que antes no había que sacarle a remolque; él iba delante de nosotros cantando versos de Frínico, pues el amigo es aficionado a la música. Pienso, compañeros, que debemos pararnos aquí, y llamarle cantando; quizá la melodía de mi canción le haga salir.

¿Por qué no se presenta el viejo delante de su puerta y ni siquiera nos responde? ¿Habrá perdido los zapatos? ¿Se habrá dado algún golpe en el pie andando a oscuras y tendrá hinchado el tobillo? ¿Tendrá quizá algún bubón? Pues era el más acérrimo de nosotros y el único inexorable. Si alguno le suplicaba, le decía bajando la cabeza: «Cueces un guijarro».[56] Puede que haya tomado a pecho el habérsenos escurrido con mentiras aquel acusado, proclamándose amigo de los atenienses y primer revelador de lo ocurrido en Samos;[57] quizá esto le tenga con fiebre, porque el hombre es así. Vamos, amigo mío, levántate, no te dejes consumir por la ira. Hoy va a ser juzgado un hombre opulento de los que entregaron a Tracia.[58] Ven a condenarlo.

Anda adelante, muchacho, anda adelante.

EL NIÑO.

Padre, ¿me darás lo que te pida?

CORO.

Sí, hijito mío. ¿Qué cosa buena quieres que te compre? Creo que vas a pedirme un juego de tabas.

EL NIÑO.

No, papá mío; higos, que me gustan más.

CORO.

Eso no, aunque te ahorques.

EL NIÑO.

Bien; pues no te acompaño.

CORO.

Con mi mezquino sueldo de juez tengo que comprar pan, leña y carne, ¿y aún me pides higos?

EL NIÑO.

Y bien, padre mío, si al arconte se le antoja que no haya hoy tribunal, ¿dónde compraremos la comida? ¿Puedes darme alguna nueva esperanza o solo designarme el sagrado camino de Hele?[59]

CORO.

¡Ay! ¡Ay! No sé en verdad cómo cenaremos.

EL NIÑO.

¿Por qué me pariste, madre infeliz, si tanto había de costarme sostener mi vida?[60]

CORO.

Saquito mío, eres un adorno inútil.[61]

EL NIÑO.

¡Ay! gemir es nuestra suerte.

* * *

FILOCLEÓN (*asomándose a la ventana*).

Hace rato, amigos míos, que os oigo desde esta ventana y deseo responderos; pero no me atrevo a cantar. ¿Qué haré? Estos me tienen cerrado porque quiero ir con vosotros a las judiciales urnas para hacer alguna de las mías. ¡Oh Júpiter, truena con furia y conviérteme de repente en humo,[62] o en Proxénides, o en el hijo de Selo,[63] charlatán infatigable! Compadecido de mi suerte, otórgame esta gracia, Numen poderoso, o si no, redúceme a cenizas con tu ardiente rayo o arrástrame con tu impetuoso viento a una salmuera ácida e hirviente, o trasfórmame en aquella piedra sobre la cual se cuentan los votos.

CORO.

Pero ¿quién te detiene y te cierra la puerta? Di, ya sabes que hablas con amigos.

FILOCLEÓN.

Mi hijo; pero no gritéis; duerme en la parte anterior de la casa: hablad más bajo.

CORO.

Pero, tonto, ¿qué pretende impedir al hacer eso?

FILOCLEÓN.

El que juzgue y condene, amigos míos: por lo demás, trata de regalarme; pero yo no quiero.

CORO.

¿Eso se ha atrevido a decir ese tuno, ese orador a lo Cleón? . . . . .[64] Nunca hubiera tenido tal osadía ese hombre si no estuviera comprometido en alguna conspiración. Mas ya que esto sucede, tienes que intentar alguna nueva estratagema para bajar aquí sin que te vea tu carcelero.

FILOCLEÓN.

¿Cuál puede ser? Inventadla vosotros; a todo estoy dispuesto; ¡tal deseo me abrasa de recorrer los bancos con mi concha![65]

CORO.

¿Hay, di, algún agujero que puedas ensanchar por dentro, para escurrirte por él cubierto de andrajos como el prudente Ulises?[66]

FILOCLEÓN.

Todos están cerrados; no puede salir ni un mosquito. Buscad, buscad otro medio: ese es impracticable.

CORO.

¿Te acuerdas cuando en la toma de Naxos, estando de servicio, te escapaste clavando en la muralla unos asadores que habías robado?[67]

FILOCLEÓN.

Ya me acuerdo; pero ¿y qué? Ahora no es lo mismo. Entonces era joven, y lleno de vigor y energía para robar; además, nadie me custodiaba, y podía huir seguramente. Ahora hombres armados hasta los dientes están apostados en todas las salidas: dos de ellos, colocados junto a la puerta, me observan con asadores en las manos como a un gato que ha robado carne.

CORO.

Pues inventa cuanto antes otro medio, dulce amigo: ya despierta la aurora.

FILOCLEÓN.

Lo mejor será roer mi red. Perdóneme este destrozo Dictina,[68] diosa de las redes.

CORO.

Eso es obrar como hombre que busca su salvación. Dale duro a las mandíbulas.

FILOCLEÓN.

Ya está roído: chito, no gritéis: mucho cuidado, no nos oiga Bdelicleón.

CORO.

Nada temas, amigo mío, nada temas; si chista, le obligaré a morderse su propio corazón y a combatir por su existencia, para que entienda que no se conculcan impunemente las leyes de las venerables diosas.[69] Ata una cuerda a la ventana, sujétate con ella, y baja henchido el espíritu del furor de Diopites.[70]

FILOCLEÓN.

Mas, decidme; si mis guardianes notan lo que hago, y tiran de la cuerda para llevarme adentro, ¿qué es lo que haréis?

CORO.

Te defenderemos y reuniremos todas nuestras fuerzas para que no consigan su intento: eso es lo que pensamos hacer.

FILOCLEÓN.

Haré lo que decís confiado en vosotros; mas acordaos, si alguna desgracia me sucede, de levantarme con vuestras manos, y, después de regarme con vuestras lágrimas, sepultadme bajo la cancela del tribunal.

CORO.

Nada te sucederá, no temas; vamos, mi buen amigo, descuélgate sin miedo invocando los dioses de la patria.[71]

FILOCLEÓN.

¡Oh Lico, mi señor, héroe vecino mío! Tú, como yo, te deleitas con las lágrimas perpetuas y los lamentos de los acusados; por oírlos, sin duda, has elegido ese lugar, siendo el único de los héroes que has querido vivir junto a los desgraciados: ¡ten compasión de mí y salva a este tu vecino fiel! Nunca, te lo juro, nunca mancharé tu verja de madera con ninguna inmundicia.[72]

BDELICLEÓN.

¡Eh, tú, alerta!

SOSIAS.

¿Qué ocurre?

BDELICLEÓN.

Oigo sonar una voz en torno mío.

SOSIAS.

¿Se escurrirá el viejo por alguna parte?

BDELICLEÓN.

No, por Júpiter; se descuelga atado con una cuerda.

SOSIAS.

¿Qué haces, desdichado? No bajes.

BDELICLEÓN.

Sube corriendo a la otra ventana y pégale con este ramo,[73] a ver si con tus golpes consigues hacerle retroceder.

FILOCLEÓN.

¿No me socorréis, Esmicitión, Tisíades, Cremón, Feredipno,[74] y cuantos habéis de entender en los procesos de este año? ¿Cuándo me auxiliaréis si no es ahora, antes de que me arrastren allá dentro?

CORO.

Decidme: ¿por qué tardamos en remover aquella bilis que hierve furiosa contra todo el que ofende a nuestro enjambre? Enderecemos el aguijón vengador. Muchachos, pronto, arrojad vuestro manto; corred, gritad, advertid a Cleón lo que sucede. Decidle que venga y que castigue a ese hombre enemigo de la república y digno del último suplicio, pues se atreve a sostener la inconveniencia de los juicios y procesos.

BDELICLEÓN.

Amigos míos, oíd lo que ha ocurrido y no gritéis.

CORO.

Pondremos el grito en el cielo, y no abandonaremos a nuestro colega. ¿No es esto intolerable y tiránico a todas luces? ¡Oh ciudadanos! ¡Oh Teoro,[75] despreciador de los dioses! ¡Oh aduladores que nos presidís!

JANTIAS (*A Bdelicleón*).

¡Diantre, tienen aguijones! ¿No los ves, señor?

BDELICLEÓN.

Son los que atravesaron a Filipo, el hijo de Gorgias.

CORO.

Y los que te atravesarán a ti. Ea, dirijámonos todos contra él; acometámosle con el aguijón desenvainado, en buen orden, llenos de ira y de furor, para que conozca al fin a qué enjambre ha irritado.

JANTIAS.

Por Júpiter, el negocio se pone serio, si hay que reñir; tiemblo cuando veo sus aguijones.

CORO.

Suelta a nuestro amigo; si no, yo te aseguro que has de envidiar a las

tortugas la dureza de su concha.

FILOCLEÓN.

Ea, compañeros, rabiosas avispas, precipitaos unos con furia sobre sus nalgas; picadle otros los ojos y los dedos.

BDELICLEÓN.

¡Midas, Frigio, Masintias,[76] acudid! ¡Sujetadle y no le soltéis por nada del mundo! Si no, ayunaréis en el cepo. Ya sé yo que casi siempre es más el ruido que las nueces.[77]

CORO.

Si no lo sueltas, te clavaré el aguijón.

FILOCLEÓN.

Heroico Cécrope,[78] rey nuestro, cuyo cuerpo termina en dragón, ¿consentirás que así me traten estos bárbaros, a quienes he enseñado a llevar su *quénice* con cuatro medidas de lágrimas?[79]

CORO.

¡Qué temibles males afligen a la vejez! Ahora esos dos bribones sujetan a viva fuerza a su anciano señor, y no se acuerdan de las pieles y pequeñas túnicas que les compró en otro tiempo, ni de las monteras de piel de perro, ni del cuidado que tenía para que en el invierno no se les enfriasen los pies; pero en su impudente mirada no se ve el menor agradecimiento por los viejos zapatos.

FILOCLEÓN.

¿No me soltarás, bestia feroz? ¿No te acuerdas de cuando te sorprendí robando uvas y te até a un olivo y te vapuleé de lo lindo, hasta el punto de que daba envidia verte? — Pero eres un ingrato, suéltame tú; y tú también, antes de que venga mi hijo.

CORO.

Pronto y bien vais a pagar vuestro atrevimiento; así comprenderéis, bribones, que os las habéis con hombres justicieros, iracundos, de terrible mirada.

BDELICLEÓN.

Sacúdeles, sacúdeles Jantias; arroja de casa estas avispas.

JANTIAS.

Eso estoy haciendo; ahuyéntalas tú con una densa humareda.[80]

SOSIAS.

¿No os iréis al infierno? ¡Ah! ¿No os largáis? Buen palo en ellos.

JANTIAS.

Echa tú al fuego para hacer humo a Esquines, hijo de Selarcio.[81] Por fin os hemos ahuyentado.

BDELICLEÓN.

No lo hubieras conseguido tan fácilmente, si hubiesen comido versos de Filocles.[82]

CORO.

¿No está claro como la luz que la tiranía se ha introducido para los pobres, aprovechándose de nuestro descuido? Y tú, perverso y arrogante secuaz de Aminias, nos arrebatas las leyes que rigen la república, y, como dueño absoluto, ni siquiera disculpas tu usurpación con un pretexto o con una elegante arenga.

BDELICLEÓN.

¿No podríamos sin golpes ni alharacas conferenciar como buenos amigos, y hacer las paces?

CORO.

¿Conferenciar contigo, enemigo del pueblo, partidario de la monarquía, amigo de Brásidas,[83] que llevas franjas de lana y no te cortas la barba?[84]

BDELICLEÓN.

Ciertamente me valdría más abandonar a mi padre, que sufrir todos los días semejantes borrascas.

CORO.

Pues esto son todavía tortas y pan pintado,[85] como dice el proverbio vulgar. Hasta ahora no tienes por qué quejarte; pero ya verás, ya verás, cuando el acusador público te eche en cara todos esos crímenes y cite y emplace a tus conjurados.[86]

BDELICLEÓN.

¿Pero no os iréis, por todos los dioses? Mirad que si no, estoy resuelto a moleros a palos todo el día.

CORO.

No, nunca, jamás, mientras me quede un soplo de vida. Bien claro veo tus aspiraciones a la tiranía.

BDELICLEÓN.

Es fuerte cosa que sea grande o pequeño el motivo, a todo lo hemos de llamar tiranía y conspiración. Durante cincuenta años, ni una sola vez oí este dichoso nombre de tiranía; pero ahora es más común que el del pescado salado, y en el mercado no se oye ya otra cosa. Si uno compra orfos y no quiere membradas, el que vende estos peces en el puesto inmediato, grita al momento: «Ese hombre, quiere regalarse como durante la tiranía».[87] Si otro pide puerros para sazonar las anchoas, la verdulera, mirándole de soslayo, le dice: «¿Puerros, eh? ¿Quieres restablecer la tiranía,

o piensas que Atenas te ha de pagar los condimentos?»

JANTIAS.

Sin ir más lejos, yo entré ayer al mediodía en casa de una cortesana; y porque la propuse ciertos ejercicios hípicos, me preguntó furiosa si quería restablecer la tiranía de Hipias.

BDELICLEÓN.

Eso le agrada al pueblo: y a mí, porque quiero que mi padre cambie de costumbres, y, dejándose de delaciones, y pleitos y miserias, no salga de casa al amanecer y viva espléndidamente como Móricos,[88] me acusan de conjuración y tiranía.

FILOCLEÓN.

Y se te está muy bien empleado; pues yo ni por todas las delicias del mundo dejaría este género de vida de que pretendes apartarme. A mí no me gustan las rayas ni las anguilas; un pleito pequeñito cocido en su correspondiente tartera, me agradaría más.

BDELICLEÓN.

Claro está, como que te has acostumbrado a ello;[89] mas si puedes callar y escuchar con paciencia lo que te digo, creo que te demostraré cuán engañado estás.

FILOCLEÓN.

¿Me engaño cuando juzgo?

BDELICLEÓN.

¿No conoces que se burlan de ti esos hombres[90] a quienes rindes culto y adoración? ¿Que no eres más que un esclavo?

FILOCLEÓN.

¡Esclavo yo! Yo, que mando a todo el mundo.

BDELICLEÓN.

No lo creas: te haces la ilusión de que mandas, y eres un esclavo; y, si no, dime, padre: ¿qué honra obtienes de disfrutar todos los tributos de la Grecia?

FILOCLEÓN.

Muchísima: apelo al testimonio de esos amigos.

BDELICLEÓN.

Acepto el arbitraje: soltadle, esclavos.

FILOCLEÓN.

Dadme una espada. Si tus argumentos me vencen, me atravesaré con ella.

BDELICLEÓN.

Y si no, ¿te conformas con la sentencia de esos árbitros?

FILOCLEÓN.

No beberé jamás vino en honor del buen genio.[91]

CORO.

Ahora, adalid nuestro, es preciso que encuentres nuevas razones, a fin de...

BDELICLEÓN.

Traedme aquí cuanto antes unas tablillas; pero tú ¿qué opinión piensas sustentar cuando le incitas así?

CORO.

...no hablar como pudiera hacerlo ese joven.[92] Ya ves la inmensa importancia del certamen, y que lo perderemos si (lo que Dios no quiera) este sale vencedor.

BDELICLEÓN.

Iré apuntando todo cuanto diga, para que nada se me olvide.

FILOCLEÓN.

¿Qué me decís si este sale vencedor?

CORO.

La turba de los viejos no servirá para nada. En todas las calles se burlarán de nosotros llamándonos talóforos[93] y mondaduras de pleitos. Tú, que vas a defender nuestra soberanía, despliega, pues, atrevidamente todos los recursos de tu lengua.

FILOCLEÓN.

Empezaré por probar desde las primeras palabras que nuestro poder no es menor que el de los reyes más poderosos. Pues, ¿quién más afortunado, quién más feliz que un juez? ¿Hay vida más deliciosa que la suya? ¿Existe algún animal más temible, sobre todo si es viejo? Para cuando salto del lecho, ya me están esperando unos hombrones de cuatro codos que me escoltan hasta el tribunal: apenas me presento, una mano delicada, que fue esquilmadora del erario, estrecha blandamente la mía: los acusados abrazan suplicantes mis rodillas, y me dicen con lastimera voz: «Ten compasión de mí, padre mío; yo te lo pido por las hurtos que hayas podido cometer en el ejercicio de alguna magistratura o en el aprovisionamiento del ejército.» Pues bien, este a quien me refiero no sabría siquiera si yo existía si no le hubiera absuelto la primera vez.

BDELICLEÓN.

Tomo nota de lo que dices sobre los suplicantes.

FILOCLEÓN.

Entro después, abrumado de súplicas, y calmada mi cólera suelo hacer en el tribunal todo lo contrario de lo que había prometido; pero escucho a

una muchedumbre de acusados que en todos los tonos piden la absolución. ¡Oh! ¡Cuántas palabras de miel pueden oír allí los jueces! Unos lamentan su pobreza, y añaden males fingidos a los verdaderos hasta lograr que sus desgracias igualen a las nuestras: otros nos recitan fábulas: estos nos refieren alguna gracia de Esopo:[94] aquellos dicen un chiste para hacerme reír y desarmar mi ira. Cuando tales recursos no nos vencen, se presentan de pronto trayendo sus hijos e hijas de la mano: yo presto atención: ellos, desgreñado el cabello, prorrumpen en berridos; el padre, temblando, me suplica como a un Dios que le absuelva siquiera por ellos. «Si te es grata la voz de los corderos, dice, compadécete de la de mi hijo.» «Si te gusta más la de las puerquecillas,[95] procura conmoverte con la de mi hija.» Entonces disminuimos un poco nuestro furor. ¿No es esto, decidme, un gran poder que nos permite despreciar las riquezas?

BDELICLEÓN.

Nota segunda: el desprecio de las riquezas. Dime ahora cuáles son esas ventajas por las cuales te crees señor de la Grecia.

FILOCLEÓN.

También cuando se examina la edad de los niños tenemos el privilegio de verlos desnudos.[96] Si Eagro[97] es citado a juicio, no consigue salir absuelto basta después de habernos recitado el más hermoso trozo de la *Níobe*.[98] Si gana un flautista el pleito, en pago de la sentencia se pone delante de la boca la correa,[99] y nos toca al salir del tribunal una marcha primorosa. Cuando muere un padre disponiendo con quién ha de casarse su hija y única heredera, nosotros hacemos caso omiso del testamento y de la conchita[100] que con tanta gravedad cubre su sello, y entregamos la hija a quien ha sabido ganarnos con sus súplicas. Y todo esto sin la menor

responsabilidad. Cítame otro cargo que tenga este privilegio.

BDELICLEÓN.

Te felicito por ese privilegio, que hasta ahora es el único; pero eso de anular el testamento de la única heredera, me parece injusto.

FILOCLEÓN.

Además, cuando el Senado y el pueblo no saben qué decidir sobre algún grave asunto, dan un decreto para que los acusados comparezcan ante los jueces. Entonces Evatlo,[101] y el ilustre Cleónimo,[102] grande adulador y arrojador de escudos, juran no abandonarnos nunca y combatir por la muchedumbre. Y dime, ¿ante el pueblo ha podido nunca orador alguno hacer prevalecer su opinión si no ha dicho antes que los jueces deben retirarse en cuanto hayan sentenciado un solo pleito? El mismo Cleón, que todo lo avasalla con sus alaridos, no se atreve a mordemos; al contrario, vela por nosotros, nos acaricia y nos espanta las moscas. ¿Has hecho tú eso ni una vez siquiera por tu padre? Pues, hijo mío, Teoro, el mismo Teoro, aunque no vale menos que el ilustre Eufemio,[103] coge una esponja del barreño y nos limpia los zapatos. Considera, pues, de qué bienes quieres excluirme y despojarme: mira si esto es servidumbre y esclavitud, como decías.

BDELICLEÓN.

Desahógate a gusto; día llegará en que conozcas que esa tu decantada autoridad se parece a un trasero, siempre sucio por más que se le lave.

FILOCLEÓN.

Pero se me olvidaba lo más delicioso: cuando entro en casa con el salario, todos corren a abrazarme atraídos por el olorcillo del dinero: enseguida mi hija me lava, me perfuma los pies[104] y se inclina sobre mí para

besarme; me llama «papá querido» y me pesca con la lengua el trióbolo que llevo en la boca.[105] Después mi mujercita, toda mimos y halagos, me presenta una torta riquísima, se sienta a mi lado y me dice cariñosa: «Come esto, prueba esto otro.» Lo cual me deleita infinito, y me libra de miraros a la cara a ti o al mayordomo, para ver cuando os dignaréis servirme la comida, gruñendo y maldiciéndome. Mas para cuando mi mujer no me trae pronto la torta, tengo este quita-pesares,[106] muralla en que se estrellan todos los dardos. Por si no me das de beber, he traído este soberbio porrón con dos asas a modo de orejas de asno.[107] ¡Cómo rebuzna cuando inclinándome hacia atrás apuro su contenido! Sus terribles cloqueos ahogan el ruido de tus odres. Mi poder es por lo menos igual al del padre de los dioses; pues hablan de mí como del propio Júpiter. Cuando nos alborotamos suelen decir todos los transeúntes: «Jove soberano, cómo truena el tribunal.» Y cuando lanzo el rayo de mi indignación, ¡oh!, entonces es de ver cómo me halagan todos, y cómo el terror descompone el vientre a los más ricos y soberbios. Tú mismo me temes más que ningún otro; sí, tú, por Ceres. Yo, en cambio, que me muera si te tengo miedo.

CORO.

Nunca habíamos oído discutir con tanta precisión y habilidad.

FILOCLEÓN.

No; es que esperaba vendimiar una viña abandonada;[108] pues ya conoce bien mi superioridad en la materia.

CORO.

¡Qué bien lo ha dicho todo! ¡De nada se ha olvidado! Al oírle me sentía crecer. Ya pensaba estar administrando justicia en las Islas Afortunadas.

¡Tal es el encanto de su elocuencia!

FILOCLEÓN.

¡Cómo se entusiasma! ¡Ya no cabe en el pellejo! Infeliz, dentro de poco todo se le van a antojar garrotes.

CORO.

Si quieres salir vencedor, preciso es que emplees todos tus ardides. Difícil es templar mi cólera, sobre todo hablando en contra mía. Por tanto, si nada bueno tienes que decir, ya puedes buscar una muela buena y recién cortada para quebrantar nuestra ira.

BDELICLEÓN.

Ardua, atrevida y superior a las fuerzas de un poeta cómico es ciertamente la empresa de desarraigar de la ciudad un vicio tan inveterado. Pero padre mío, hijo de Saturno...[109]

FILOCLEÓN.

No me des ese nombre. Porque si sobre la marcha no me manifiestas que soy un esclavo, no habrá para ti medio de librarte de la muerte, aunque me vea privado de participar de los festines en los sacrificios.[110]

BDELICLEÓN.

Escucha, pues, padrecito mío, y desarruga un poco tu fruncido ceño. Principia por calcular no con piedrecillas, sino con los dedos (la cuenta no es difícil), cuál es el total de los tributos que nos pagan las ciudades aliadas; a ellos agrega los impuestos personales, los céntimos, las rentas, los derechos de los puertos y mercados y el producto de los salarios y confiscaciones. En junto sumarán unos dos mil talentos. Cuenta ahora el sueldo anual de los jueces, que son seis mil, pues nunca excedieron de este número, y hallarás que asciende a ciento cincuenta talentos.[111]

FILOCLEÓN.

De modo que nuestro sueldo no llega a la décima parte de las rentas.[112]

BDELICLEÓN.

Justamente.

FILOCLEÓN.

¿A dónde va a parar todo lo demás?

BDELICLEÓN.

A esos que están diciendo siempre: «nunca haremos traición al pueblo ateniense; siempre combatiremos por la democracia.» Tú, padre mío, engañado por sus palabras, dejas que te dominen. Ellos en tanto arrancan a los aliados los talentos por cincuentenas, aterrándoles con estas amenazas: «O me pagáis tributo, dicen, o no dejo piedra sobre piedra en vuestra ciudad.» Y tú te contentas con roer los zancajos que les sobran. A los aliados, en tanto, viendo que la multitud ateniense vive miserablemente de su salario de juez, se les importa tanto de ti, como del voto de Comio; mas a ellos les traen a porfía orzas de conservas, vino, tapices, queso, miel, sésamo, cojines, frascos, túnicas preciosas, coronas, collares, copas, en fin cuanto contribuye a la salud y a la riqueza; y a ti, que mandas en ellos, después de tus infinitos trabajos en mar y tierra, ni siquiera te dan una cabeza de ajos para guisar tus pececillos.

FILOCLEÓN.

Efectivamente, yo mismo he tenido que enviar a casa de Eucárides[113] a por tres ajos. Pero me consumes no probándome esa pretendida esclavitud.

BDELICLEÓN.

¿No es esclavitud, y grande, el ver a todos esos bribones y a sus aduladores ejerciendo las principales magistraturas y cobrando sueldos

soberbios? ¡Tú, con tal que te den los tres óbolos ya estás tan contento! ¡Tú, que has ganado para ellos todos esos bienes, peleando por mar y tierra y sitiando ciudades! Pero lo que más me irrita es que te obliguen a asistir al tribunal de orden ajena, cuando un jovenzuelo disoluto, el hijo de Quéreas, por ejemplo, ese que anda con las piernas separadas y aire afeminado y lascivo, entra en casa y te manda que vayas a juzgar muy temprano y a la hora fijada, porque todo el que se presente después de la señal no cobrará el trióbolo. Él, en cambio, aunque llegué tarde cobra un dracma como abogado público.[114] Después, si un acusado le da algo, hace partícipe de ello a su colega, y ambos procuran arreglar como puedan el negocio. Entonces es de ver cómo a modo de aserradores de leña, uno lo suelta y otro lo toma; y cómo tú te estás con la boca abierta y con los ojos fijos en el pagador público, sin notar sus manejos.

FILOCLEÓN.

¡Eso hacen conmigo! ¡Ah! ¿Qué dices? Me destrozas el corazón. Ya no sé ni lo que pienso ni lo que digo.

BDELICLEÓN.

Considera, pues, que tú y todos tus colegas podíais enriqueceros sin dificultad, si no os dejaseis arrastrar por esos aduladores que están siempre alardeando de amor al pueblo. Tú, que imperas sobre mil ciudades desde la Cerdeña al Ponto, solo disfrutas del miserable sueldo que te dan, y aun ese te lo pagan poco a poco, gota a gota, como aceite que se exprime de un vellón de lana; en fin, lo preciso para que no te mueras de hambre. Quieren que seas pobre, y te diré la razón: para que reconociéndoles por tus alimentadores, estés dispuesto a la menor instigación a lanzarte como un perro furioso sobre cualquiera de sus enemigos. Como quieran, nada les

será más fácil que alimentar al pueblo. ¿No tenemos mil ciudades[115] tributarias? Pues impóngase a cada una la carga de mantener veinte hombres, y veinte mil ciudadanos[116] vivirán deliciosamente, comiendo carne de liebre, llenos de toda clase de coronas, bebiendo la leche más pura,[117] gozando, en una palabra, de todas las ventajas a que les dan derecho nuestra patria y el triunfo de Maratón. En vez de eso, como si fuerais jornaleros recolectores de aceituna, seguís al pagador de sueldos.

FILOCLEÓN.

¡Ay, súbito hielo entorpece mi mano; no puedo sostener la espada; me siento desfallecer![118]

BDELICLEÓN.

Esos intrigantes cuando cobran miedo os dan la Eubea y prometen distribuir cincuenta celemines de trigo: nunca te han dado, bien lo sabes, más de cinco celemines, y esos con mil molestias, midiéndolos uno por uno, y exigiéndote previa justificación de no ser extranjero. Ahí tienes por qué te tengo encerrado siempre, deseando mantenerte yo mismo y librarte de insolentes burlas. Resuelto estoy a darte cuanto quieras, menos ese maldito salario.

CORO.

¡Cuán sabio era el que dijo: «No juzgues sin haber oído a ambas partes!» (*A Bdelicleón.*) Ahora me parece que tú tienes sobrada razón. Mi cólera se calma, y arrojo estos garrotes. (*A Filocleón.*) Cede, cede a sus consejos, colega y contemporáneo nuestro; no seas obstinado, ni hagas alarde de tenacidad inflexible. ¡Ojalá tuviera yo un pariente o amigo que así me aconsejase! Hoy, que se te aparece un dios para socorrerte y colmarte de favores, recíbelos propicio.

BDELICLEÓN.

Sí, yo le mantendré y le daré cuanto un anciano puede desear: ricos puches, blancas túnicas, un fino manto y una cortesana que le frote los riñones.[119] Pero se calla y no dice esta boca es mía. Mala espina me da.

CORO.

Es que recobra la razón en el mismo punto que la había perdido: reconoce su culpa, y se arrepiente de haber desoído tanto tiempo tus exhortaciones. Quizá ahora, más cuerdo, se propone mudar de costumbres y obedecerte en todo.

FILOCLEÓN.

¡Ay de mí!

BDELICLEÓN.

¿Por qué esa exclamación?

FILOCLEÓN.

Déjate de promesas; lo que yo quisiera era estar allí, sentarme allí donde el heraldo grita: «El que no haya emitido todavía su voto, que se levante.» ¡Ah! ¿Por qué no me he de encontrar junto a las urnas y depositar en ellas el último mi voto? ¡Apresúrate, alma mía! Alma mía, ¿dónde estás? «Tinieblas, abridme paso.»[120] ¡Oh! Por Hércules lo juro, mi más vehemente deseo es sentarme hoy entre los jueces y convencer de robo a Cleón.

BDELICLEÓN.

En nombre de los dioses, padre mío, cede a mis ruegos.

FILOCLEÓN.

¿Qué deseas? Pídeme cuanto quieras, menos una cosa.

BDELICLEÓN.

¿Qué cosa es esa? Di.

FILOCLEÓN.

Que no juzgue; antes de consentirlo, Plutón habrá pronunciado mi sentencia.

BDELICLEÓN.

Sea, ya que tanto te gusta administrar justicia; pero cuando menos no acudas ya al tribunal; quédate en casa y juzga a los criados.[121]

FILOCLEÓN.

¿Sobre qué? ¡Tú deliras!

BDELICLEÓN.

Haciendo en casa lo mismo que allí: si la criada abre clandestinamente la puerta, la condenas a una simple multa; es decir, exactamente igual que en el tribunal. Todo lo demás se hará también como allí se acostumbra: cuando caliente el sol, juzgarás desde la mañana sentado al sol; y cuando nieve o llueva, sentado ante el hogar: así aunque te levantes al mediodía, ningún tesmoteta[122] te prohibirá la entrada en el tribunal.

FILOCLEÓN.

Eso me agrada.

BDELICLEÓN.

Además, si un orador habla mucho tiempo, no tendrás que esperar rabiando de hambre a que concluya, con gran tormento tuyo y del acusado que teme tu furor.[123]

FILOCLEÓN.

¿Pero podré lo mismo que hasta ahora conocer perfectamente el asunto, si como en el intervalo?

BDELICLEÓN.

Mejor que en ayunas. ¿No has oído decir a todo el mundo que, cuando los testigos mienten, los jueces solo pueden comprender el asunto a fuerza de rumiarlo?

FILOCLEÓN.

Me has convencido. Mas aún no me has dicho quién me pagará los honorarios.

BDELICLEÓN.

Yo.

FILOCLEÓN.

Bueno, así recibiré yo solo mi paga, y no en compañía de otro: porque hace poco ese bufón de Lisístrato[124] me jugó la más mala pasada que puede imaginarse. Había recibido un dracma para los dos, y fuimos a la pescadería, donde lo cambio en monedas de cobre;[125] luego, en vez de darme mi parte, me puso en la mano tres escamas; yo, creyendo que eran tres óbolos, las escondí en la boca; pero ofendido por el olor las arrojé en seguida y le cité a juicio.

BDELICLEÓN.

¿Y qué dijo?

FILOCLEÓN.

¿Qué dijo? Que yo tenía estómago de gallo. «Digieres fácilmente el dinero», repetía riéndose.

BDELICLEÓN.

¿Ves cuánto vas ganando hasta en esto?

FILOCLEÓN.

No poco, es verdad. Pero, anda, haz lo que has prometido.

BDELICLEÓN.

Espera un momento; en seguida vuelvo aquí con todo.

FILOCLEÓN.

¡Mirad cómo se cumplen los oráculos! Yo había oído que llegaría día en que cada ateniense administraría justicia en su propia casa, y construiría en el vestíbulo un pequeño tribunal, como esas estatuas de Hécate que se colocan delante de las puertas.

BDELICLEÓN.

Heme aquí: ¿qué tienes que decir? Traigo todo lo que te dije y mucho más. Este bacín puede colgarse a tu lado para cuando lo necesites.[126]

FILOCLEÓN.

¡Feliz ocurrencia! ¡Excelente remedio para preservar a un viejo de la retención de orina!

BDELICLEÓN.

Aquí traigo además un hornillo con una escudilla llena de lentejas, por si se te ocurre comer.

FILOCLEÓN.

Muy bien, muy bien; de modo que cobraré mi salario, aunque tenga calentura, y podré comer lentejas sin moverme de aquí. Mas ¿para qué me traes ese gallo?

BDELICLEÓN.

Para que si te duermes durante la defensa de una causa, te despierte cantando encima de ti.

FILOCLEÓN.

Solo echo de menos una cosa; todo lo demás me satisface.

BDELICLEÓN.

¿Cuál?

FILOCLEÓN.

¿Si pudieras traer la estatua de Lico?[127]

BDELICLEÓN.

Hela aquí; parece el mismo héroe.

FILOCLEÓN.

¡Oh, héroe mi señor! ¡Cuán terrible es tu aspecto! Es el retrato de Cleónimo.

SOSIAS.

Por eso, aunque es un héroe, no tiene armas.[128]

BDELICLEÓN.

Si te sientas, someteré en seguida a tu decisión una causa.

FILOCLEÓN.

Venga al punto: hace cien años que estoy sentado.

BDELICLEÓN.

Veamos; ¿por qué causa principiaremos? ¿habrá faltado alguno de los criados? ¡Ah! Trata,[129] que hace poco se dejó quemar el puchero...

FILOCLEÓN.

¡Eh! detente: me has puesto al borde del abismo. ¿Cómo pretendes que actúe el tribunal sin balaustrada? Precisamente es para nosotros lo más sagrado.

BDELICLEÓN.

Es verdad, por Júpiter. Corro a casa y la traigo volando. ¡Lo que es la costumbre!

JANTIAS.

¡Diantre de animal! ¿Es posible que demos de comer a semejante perro?

BDELICLEÓN.

¿Qué pasa?

JANTIAS.

Nada, que Labes,[130] tu perro, ha entrado en la cocina, ha robado un magnífico queso de Sicilia, y se lo ha engullido.

BDELICLEÓN.

Ya tenemos la primera causa en que ha de entender mi padre. (*A Jantias.*) Comparece tú como acusador.

JANTIAS.

Yo no, por vida mía; otro perro dice que presentará la acusación, si se instruye el proceso.

BDELICLEÓN.

Bueno; tráete acá los dos.

JANTIAS.

Es lo que hay que hacer.

FILOCLEÓN.

¿Qué es eso?

BDELICLEÓN.

La gamella de los cerdos consagrados a Vesta.[131]

FILOCLEÓN.

¿Osas poner sobre ella tus sacrílegas manos?

BDELICLEÓN.

No; principiando por sacrificar a Vesta,[132] trituraré a mi adversario.

FILOCLEÓN.

Vamos, vamos, principia pronto la acusación; yo ya sé cuál castigo ha de imponerse.

BDELICLEÓN.

Deja que te traiga las tablillas y el estilo.

FILOCLEÓN.

¡Oh! ¡Me mueles y me asesinas con tus dilaciones! Lo mismo me era escribir en la arena.

BDELICLEÓN.

Ten.

FILOCLEÓN.

Cita, pues.

BDELICLEÓN.

Ya estoy.

FILOCLEÓN.

¿Quién es ese primero?

BDELICLEÓN.

¡Oh, qué memoria la mía! Esto es atroz. ¿Pues no se me han olvidado las urnas de los votos?

FILOCLEÓN.

Eh, tú, ¿a dónde vas?

BDELICLEÓN.

A por las urnas.

FILOCLEÓN.

Es inútil; me serviré de estos cacharros.

BDELICLEÓN.

Muy bien; ya tenemos todo lo necesario, excepto la clepsidra.

FILOCLEÓN.

¿No puede pasar por clepsidra este bacín?

BDELICLEÓN.

Eres ingenioso para proporcionarte los útiles precisos y acostumbrados. Pronto, traed fuego, mirtos e incienso para que principiemos por invocar a los Dioses.

CORO.

Durante vuestras libaciones uniremos nuestros votos a los vuestros, congratulándonos de que una reconciliación tan generosa haya seguido a vuestras disputas y querellas.

BDELICLEÓN.

Principiad, pues, por guardar un silencio religioso.

CORO.

¡Oh Febo! ¡Oh Apolo Pitio! Haz que el negocio que va a resolverse delante de esa puerta, sea para bien de todos nosotros, libres ya de nuestros errores. ¡Oh Peán!

BDELICLEÓN.

¡Oh Dios poderoso, Apolo Agieo que velas ante el vestíbulo de mi casa![133] Acepta este nuevo sacrificio que te ofrezco para que te dignes suavizar el humor áspero e intratable de mi padre. ¡Oh rey! endulza con algunas gotas de miel su avinagrado corazón; que sea en adelante clemente con los hombres; más compasivo con los reos que con los acusadores; sensible a las súplicas, y que pierda su carácter esa furia, dolorosa para el que se acerca, como las ortigas.

CORO.

Nosotros unimos a los tuyos nuestros votos en favor del nuevo magistrado. Pues te queremos, Bdelicleón, desde que nos has dado a conocer que amas al pueblo como ningún otro joven.

BDELICLEÓN.

Si hay algún juez fuera, que entre; pues en cuanto se principie la vista no se dejará entrar a nadie.

FILOCLEÓN.

¿Quién es ese acusado? ¡Qué condena le aguarda!

BDELICLEÓN[134] (*Como acusador*).

Oíd el acta de acusación.[135] La suscribe un perro cidatenense contra Labes de Exona, al que acusa de haberse comido él solo, contra toda razón y derecho, un queso de Sicilia. La pena, una argolla de higuera.

FILOCLEÓN.

O la muerte canina si se le prueba.

BDELICLEÓN.

Aquí está Labes el acusado.

FILOCLEÓN.

¡Ah, maldito! ¡Qué traza de ladrón tienes! ¿Si creerá que me va a engañar apretando los dientes?

BDELICLEÓN.

¿Dónde está el querellante, el perro cidatenense?[136]

EL PERRO.

¡Guau! ¡Guau!

BDELICLEÓN.

Aquí está.

FILOCLEÓN.

Ese es otro Labes, bueno solo para ladrar y lamer ollas.

BDELICLEÓN[137] (*Haciendo de heraldo*).

Calla y siéntate. Tú (*A Jantias*), sube y acusa.

FILOCLEÓN.

Vamos, en tanto voy a servirme y sorberme las lentejas.

JANTIAS (*Acusador*).

Ya habéis oído, oh jueces, el escrito de acusación que he presentado contra Labes: ha cometido contra mí y los marinos la más indigna felonía; se metió en un rincón oscuro, robó un enorme queso de Sicilia, y atracándose en las tinieblas...[138]

FILOCLEÓN.

Basta, basta; el hecho está probado: el gran canalla acaba de soltar junto a mis narices un eructo que apesta a queso.

JANTIAS.

...Se negó a darme la parte que le pedía. Ahora bien; ¿podrá prestaros servicio alguno quien no da nada a vuestro perro leal?

FILOCLEÓN.

¿No ha dado nada?

JANTIAS.

¡Nada a mí, a su compañero!

FILOCLEÓN.

Se conoce que el mozo tiene los cascos tan calientes como estas lentejas.

BDELICLEÓN.

Por favor, padre mío; no sentencies antes de haber escuchado a los dos.

FILOCLEÓN.

Pero, querido, si la cosa está clara; si está clamando justicia.

JANTIAS.

No le absolváis: es el perro más egoísta y voraz; recorre en un instante todo el molde de un queso, y se engulle la costra que le recubre.[139]

FILOCLEÓN.

Ni siquiera me ha dejado con que cerrar las grietas de mi urna.

JANTIAS.

Castigadle; una sola casa no puede mantener dos ladrones; yo no quiero ladrar con el estómago vacío; castigadle, pues, o dejaré de ladrar.

FILOCLEÓN.

¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas maldades! El mozo es ladrón de veras. ¿No te parece lo mismo, gallo mío? ¡Ah! sí, se adhiere a mi opinión. ¡Eh, tesmoteta! ¿Dónde estás? Dame el bacín.

BDELICLEÓN.

Cógelo tú, que yo estoy llamando los testigos. Testigos de Labes, compareced: son un plato, una mano de mortero, un cuchillo, unas parrillas, una olla y otros utensilios medio quemados. ¿Acabas de hacer aguas? ¿O no vas a sentarte nunca?

FILOCLEÓN.

Aún no; pero creo que ese pasará hoy a mayores.[140]

BDELICLEÓN (*A Filocleón*).

¿Serás siempre duro o intratable con los reos? ¿Cebarás siempre en ellos tu furor? (*Al acusado.*) Sube y defiéndete. ¿Por qué te callas? Habla.

FILOCLEÓN.

Parece que no tiene nada que alegar.

BDELICLEÓN.

Sí que tiene, pero se me figura que le pasa lo que a Tucídides[141] en otra ocasión, cuando la sorpresa le cerró la boca. Retírate: yo me encargo de tu defensa. Ya comprenderéis, oh jueces, lo comprometido que es defender a un perro acusado de crimen tan atroz. Hablaré no obstante. En primer

lugar, es valiente y ahuyenta los lobos.

FILOCLEÓN.

Pero es ladrón y conspirador.

BDELICLEÓN.

No, por Júpiter; es el mejor de los perros, capaz de guardar el rebaño más numeroso.

FILOCLEÓN.

¿Qué importa si se come el queso?

BDELICLEÓN.

Pero en cambio te defiende, te guarda la puerta, y tiene otras inmejorables cualidades. Si cometió algún hurto, hay que perdonárselo. ¿No ves que es un ignorantón que ni aun tocar la lira sabe?

FILOCLEÓN.

¡Ojalá tampoco supiera escribir! Así no hubiera redactado su defensa.

BDELICLEÓN.

Oye, honrado juez, a mis testigos. Acércate, buen cuchillo, y declara en voz alta. Tú eras entonces pagador. Responde claro. ¿No partiste las porciones que debían ser distribuidas a los soldados? — Dice que sí las partió.

FILOCLEÓN.

Pues miente el bellaco.

BDELICLEÓN.

¡Oh compasivo juez, ten piedad de su infortunio! El infeliz Labes siempre come espinas y cabezas de pescados; no para un momento en un sitio: ese otro solo sirve para guardar la casa,[142] y ya sabe lo que se hace; así reclama una parte de todo lo que traen, y al que no se la da, le clava el

diente.

FILOCLEÓN.

¡Ah, estoy enfermo! ¡Se me figura que blandeo! ¡Oh desgracia! ¡Yo enternecido!

BDELICLEÓN.

Yo te lo ruego, padre mío, compadeceos de él, no le condenéis.[143] ¿Dónde están sus hijos? Acercaos, infelices. Aullad, suplicad, llorad sin consuelo.

FILOCLEÓN.

Baja, baja, baja, baja.[144]

BDELICLEÓN.

Bajaré, aunque esa palabra «baja» ha engañado a muchos. No obstante, bajaré.

FILOCLEÓN.

¡Vete al infierno! ¿Por qué habré comido esas lentejas? ¿Pues no he llorado? Creo que esto no me hubiera sucedido si no me hubiera atracado de esas malditas lentejas.

BDELICLEÓN.

¿Será, pues, absuelto?

FILOCLEÓN.

No he dicho tal cosa.

BDELICLEÓN.

Vamos, padrecito mío, sé más humano. Coge tu voto; da un paso atrás; échalo en la segunda urna,[145] cerrando un poco los ojos. Absuélvelo, padre mío.

FILOCLEÓN.

No: tampoco yo sé tocar la lira.

BDELICLEÓN.

Ven, te llevaré yo mismo.

FILOCLEÓN.

¿Es esta la primera urna?[146]

BDELICLEÓN.

Esa.

FILOCLEÓN.

Pues aquí echo mi voto.

BDELICLEÓN.

Cayó en el lazo, y lo absolvió sin saberlo.[147]

FILOCLEÓN.

Veamos; vuelve la urna. ¿Cuál es el resultado?

BDELICLEÓN.

Míralo. Labes, has sido absuelto. Padre, padre, ¿qué te pasa? ¡Agua, agua! vamos, recóbrate.

FILOCLEÓN.

Dime, ¿de veras ha sido absuelto?

BDELICLEÓN.

Sí.

FILOCLEÓN.

¡Ah, soy perdido!

BDELICLEÓN.

Valor, padre mío, no te aflijas.

FILOCLEÓN.

¿Cómo podré resistir la pena de haber absuelto a un criminal? ¿Qué va

a ser de mí? ¡Oh santos dioses, perdonadme; lo hice a pesar mío; esa, ya lo sabéis, no es mi costumbre!

BDELICLEÓN.

No lo tomes tan a pecho, padre mío; yo te daré una vida regalada; te llevaré a cenas y convites; vendrás conmigo a todas las fiestas, y pasarás dulcemente el resto de tu existencia: ya no se burlará de ti Hipérbolo. Pero entremos.

FILOCLEÓN.

Haz lo que gustes.

* * *

CORO.

Id alegres a donde queráis. Escuchad, en tanto, innumerables espectadores, nuestros prudentes consejos, y procurad que no caigan en saco roto: esa falta es propia de un auditorio ignorante; vosotros no la podéis cometer.[148]

Ahora, si amáis la verdad desnuda y el lenguaje sin artificios, prestadme atención, oh pueblo. El poeta quiere haceros algunos cargos. Está quejoso de vosotros, que antes le acogisteis tan bien, cuando imitando unas veces al espíritu profético oculto en el vientre de Euricles,[149] hizo que otros poetas os presentasen muchas comedias suyas,[150] y afrontando otras cara a cara el peligro dirigió por su mano sin ajeno auxilio los vuelos de su Musa. Colmado por vosotros de gloria y honores, como ningún otro vate, no creyó, sin embargo, haber llegado a la cúspide de la perfección, ni se enorgulleció por ello, ni recorrió las palestras para corromper a la juventud deslumbrada por sus triunfos.[151] Noblemente resuelto a que las Musas que

le inspiran no desciendan jamás al oficio de viles alcahuetas, ha desoído las reclamaciones del amante, quejoso de ver ridiculizado el objeto de su torpe pasión. Ya en el extremo de su carrera dramática no luchó con hombres, sino que manejando intrépido la clava de Hércules, hubo de atacar a los mayores monstruos. Principió[152] por acometer audazmente a aquella horrenda fiera, de dientes espantosos, ojos terribles, flameantes como los de Cinna,[153] rodeado de mil infames aduladores que a porfía le lamen la cabeza; de voz estruendosa como la de destructor remolino; de olor a foca y de partes secretas, que por lo inmundas recuerdan las de los camellos[154] y las lamias.[155] A la vista de semejante monstruo el miedo no le arrancó regalos para apaciguarle; al contrario, sintió aumentarse su valor para defenderos. Así, el año último dirigió de nuevo sus ataques contra esos vampiros[156] que, pálidos, abrasados por incesante fiebre, estrangulaban en las tinieblas a vuestros padres y abuelos, y acostados en el lecho de los ciudadanos pacíficos enemigos de cuestiones, amontonaban sobre ellos procesos, citaciones y testigos, hasta el punto de que muchos acudieron aterrados al Polemarca.[157] Esto no obstante, el año pasado abandonasteis al denodado defensor que puso todo su ahínco en purgar de tales males a la patria, y le abandonasteis precisamente cuando sembraba pensamientos de encantadora novedad, cuyo crecimiento impedisteis por no haberlos comprendido bien;[158] el autor, sin embargo, jura a menudo entre estas libaciones a Baco, que jamás oísteis versos cómicos mejores que los suyos. Vergonzoso es que no entendieseis de seguida su intención profunda; pero al poeta le consuela el no haber desmerecido en la opinión de los doctos, aunque se haya estrellado su esperanza por vencer en audacia a sus rivales.

En adelante, queridos atenienses, amad y honrad más a los poetas que

procuran deleitaros con nuevas invenciones: recoged sus pensamientos y guardadlos en vuestras arcas como manzanas olorosas. Si así lo hiciereis, vuestros vestidos exhalarán todo el año un suave perfume de sabiduría.

En otro tiempo éramos infatigables en la danza, infatigables en la guerra, infatigables, sobre todo, en las lides amorosas. ¡Todo, todo ha pasado! La blancura de nuestros cabellos vence ya a la del cisne; fuerza será, sin embargo, reanimar en estos restos el vigor juvenil; pues mi vejez, según creo, vale más que los rizos, adornos y disolutas costumbres de muchos jovenzuelos.

Espectadores: si alguno de vosotros se asombra al vernos vestidos de avispas y no comprende el objeto de nuestro aguijón, fácilmente disiparé su ignorancia. Nosotros, a quienes veis así armados por detrás, somos la gente ática única verdaderamente noble y autóctona; raza valerosísima que tan insignes servicios prestó a la república cuando el bárbaro, ganoso de arrojarnos de nuestras colmenas, invadió este territorio llevando delante de sí el incendio y la desolación. Al punto corrimos a su encuentro, y armados de escudo y lanza,[159] le atacamos. La ira hervía en nuestros pechos; nos tocábamos hombre con hombre; nos mordíamos los labios de coraje, y una nube de dardos oscurecía el cielo:[160] por fin, con ayuda de los Dioses los derrotamos a la caída de la tarde. Antes del combate una lechuza había pasado sobre nuestro ejército.[161] Después les perseguimos, clavándoles nuestro aguijón como furiosos tábanos; ellos huían y nosotros les picábamos las mejillas y la frente; así es que para los bárbaros nada hay ya tan temible como la avispa ática.

Terribles éramos en aquel tiempo: nada nos amedrentaba: a bordo de las trirremes exterminamos los enemigos. No nos cuidábamos entonces de

perorar elegantemente, ni de calumniar a nadie; toda nuestra ambición se cifraba en ser el mejor remero. De este modo ganamos a los persas muchas ciudades.[162] Y a nuestro valor se deben principalmente esos tributos que hoy derrochan los jóvenes.[163]

Si nos miráis con detención, observaréis que somos semejantes a las avispas en nuestras costumbres y modo de vivir. En primer lugar, cuando se nos irrita no hay animal más colérico e intratable; y en todo lo demás hacemos lo que ellas. Reunidos en enjambres nos repartimos en diferentes avisperos: unos vamos a juzgar con el Arconte,[164] otros al Odeón,[165] otros con los Once,[166] y otros, pegados a la pared[167] con la cabeza baja y sin moverse apenas, nos parecemos a las larvas encerradas en su capullo. El procurarnos la subsistencia nos es sumamente fácil, pues nos basta para ello picar al primero que se presenta. Pero hay entre nosotros zánganos desprovistos de aguijón, que se comen sin trabajar el fruto de nuestros afanes. Y es doloroso, ciudadanos, que quien nunca peleó, quien nunca se hizo una ampolla manejando el remo o la lanza en defensa de la república, se apodere así de nuestro salario. Por tanto, opino que en adelante quien no tenga aguijón no cobre el trióbolo.

* * *

FILOCLEÓN.

No, jamás mientras viva dejaré de llevar este manto, al que debí la salvación en aquella batalla cuando el Bóreas se desencadenó furioso.[168]

BDELICLEÓN.

¿No deseas tu comodidad?

FILOCLEÓN.

¡Por vida de Júpiter, no hay más que hacerse hermosos trajes! El otro día me ensucié tanto atracándome de peces fritos, que tuve que pagar tres óbolos al quita-manchas.

BDELICLEÓN.

Una vez que te has puesto en mis manos, ensaya este nuevo género de vida, y déjame cuidarte.

FILOCLEÓN.

Bueno, ¿qué quieres que haga?

BDELICLEÓN.

Quítate ese manto ordinario, y ponte en su lugar este más fino.

FILOCLEÓN.

Valía la pena de engendrar y criar hijos para que este pretenda ahora asfixiarme.[169]

BDELICLEÓN.

Ea, póntelo y calla.

FILOCLEÓN.

Por los dioses, ¿qué especie de vestido es este?

BDELICLEÓN.

Unos le llaman pérsida, otros pelliza.[170]

FILOCLEÓN.

Yo creí que era una manta[171] de las que hacen en Timeta.

BDELICLEÓN.

No es extraño; como nunca has ido a Sardes. Si no, ya la hubieras conocido.

FILOCLEÓN.

¿Yo? No, por Júpiter; pero se me figura que a lo que más se parece es al

saco peludo de Móricos.[172]

BDELICLEÓN.

Ni por pienso: esto se teje en Ecbatana.

FILOCLEÓN.

¿Hay, pues, allí intestinos de lana?

BDELICLEÓN.

No, hombre, no, esto lo fabrican los bárbaros sin perdonar gasto. Quizá en esta túnica haya entrado un talento de lana.

FILOCLEÓN.

Entonces debía llamársela *pierde-lana*, más bien que pelliza.

BDELICLEÓN.

Vamos, padre mío, estate quieto un instante y póntela.

FILOCLEÓN.

¡Oh! ¡Qué calor tan horrible me da esta maldita túnica!

BDELICLEÓN.

¿Te la pones o qué?

FILOCLEÓN.

No, por piedad; prefiero, si es preciso, que me metas en un horno.

BDELICLEÓN.

Vamos, ya te la pondré yo: ven acá.

FILOCLEÓN.

Coge siquiera ese gancho.

BDELICLEÓN.

¿Para qué?

FILOCLEÓN.

Para sacarme antes de que me derrita.

BDELICLEÓN.

Quítate esos infames zapatos, y ponte este calzado lacedemonio.

FILOCLEÓN.

¡Cómo! ¡Yo sufrir en mis pies unos zapatos hechos por mis enemigos!

BDELICLEÓN.

Entra el pie y aprieta firme a la suela lacedemonia.

FILOCLEÓN.

No está bien que me obligues a poner el pie en suelo enemigo.

BDELICLEÓN.

Entra ahora el otro.

FILOCLEÓN.

De ninguna manera: uno de estos dedos aborrece a los lacedemonios como el que más.

BDELICLEÓN.

No hay otro remedio.

FILOCLEÓN.

¡Infeliz de mí, no voy a tener sabañones en la vejez!

BDELICLEÓN.

Vamos pronto; ahora imita el paso afeminado y muelle de los ricos... Así, como yo.

FILOCLEÓN.

Sea. Di, ¿a quién de los ricos me parezco más en el andar?

BDELICLEÓN.

¿A quién? A un divieso cubierto de un emplasto de ajos.[173]

FILOCLEÓN.

¡Ah, cuánto deseo pasear moviendo las caderas!

BDELICLEÓN.

Veamos otra cosa: ¿sabrás seguir una conversación seria delante de hombres doctos y bien educados?

FILOCLEÓN.

Sí por cierto.

BDELICLEÓN.

¿De qué hablarás?

FILOCLEÓN.

De muchas cosas. Primero, de cómo Lamia, al verse cogida, produjo un ruido sospechoso.[174] Después, de cómo Cardopión[175] y su madre...

BDELICLEÓN.

Déjate de fábulas y háblanos de cosas humanas, de asuntos frecuentes en las conversaciones de familia.

FILOCLEÓN.

También estoy fuerte en el género familiar: había en otro tiempo un ratón y una comadreja...

BDELICLEÓN.

«Estúpido e ignorante», como decía furioso Teógenes a un limpia-letrinas. ¿Te atreverás a hablar entre hombres de ratones y comadrejas?

FILOCLEÓN.

¿Pues de qué hay que hablar?

BDELICLEÓN.

Solo de grandezas: por ejemplo, de la excelentísima diputación, en la que fuiste parte con Clístenes y Androcles.[176]

FILOCLEÓN.

¡En diputación! ¡Si jamás he ido a ninguna parte, como no haya sido a Paros, lo cual me valió dos óbolos!

BDELICLEÓN.

Cuenta por lo menos cómo Efudión luchó al pancracio valerosamente con Ascondas,[177] y aunque viejo encanecido, sin embargo conservaba puños y riñones de hierro, robustos costados y una fortísima coraza.

FILOCLEÓN.

Basta, basta; no sabes lo que te dices. ¿Dónde se ha visto luchar al pancracio[178] con coraza?

BDELICLEÓN.

Pues así suelen hablar los sabios. Ahora dime otra cosa. Cuando estés en un festín con extranjeros, ¿qué hazaña de tu juventud preferirás contarles?

FILOCLEÓN.

¡Oh! ¡Ya sé, ya sé! Mi más famosa hazaña, cuando robé a Ergasión[179] los rodrigones.

BDELICLEÓN.

¡Vete al infierno con tus rodrigones! Eso es ridículo. Lo mejor es que hables de tus cacerías de liebres o jabalíes, o de alguna carrera de antorchas[180] en que tomaste parte; en fin, de cualquier hecho que revele tu valor juvenil.

FILOCLEÓN.

Ahora me acuerdo de uno de los más atrevidos: siendo todavía un rapazuelo, demandé a Failo[181] el andarín por injurias, y le vencí por dos votos.

BDELICLEÓN.

Basta; recuéstate ahí para que aprendas la manera de conducirte en los banquetes y conversaciones.

FILOCLEÓN.

¿Cómo me recuesto? Vamos, dime pronto.

BDELICLEÓN.

Con elegancia.

FILOCLEÓN.

¿Así?

BDELICLEÓN.

No.

FILOCLEÓN.

¿Pues cómo?

BDELICLEÓN.

Estira las piernas y déjate caer blandamente sobre los almohadones como un ligero gimnasta: elogia después los vasos de bronce que haya por allí; admira las cortinas del patio.[182] En esto presentan agua para las manos; traen las mesas, comemos; nos lavamos; principian las libaciones...[183]

FILOCLEÓN.

¿Pero acaso estamos cenando en sueños?

BDELICLEÓN.

La flautista preludia: los convidados son Teoro, Esquines, Fano, Cleón, Acestor, y al lado de este otro a quien no conozco. Tú estás con ellos. ¿Sabrás continuar las canciones principiadas?[184]

FILOCLEÓN.

Ya lo creo; mejor que cualquier montañés.[185]

BDELICLEÓN.

Veamos; yo soy Cleón; el primero canta el Harmodio,[186] tú continuarás: «Nunca hubo en Atenas un hombre...»

FILOCLEÓN.

«Tan canalla ni tan ladrón...»

BDELICLEÓN.

¿Eso piensas contestar, desdichado? ¿No ve que te confundirá a gritos y jurará perderte, aniquilarte y expulsarte del país?

FILOCLEÓN.

Pues yo responderé a sus amenazas con esta otra canción: «En tu loca ambición del supremo mando, acabarás por arruinar la república, que ya empieza a vacilar.»[187]

BDELICLEÓN.

Y cuando Teoro, acostado a tus pies, cante cogiéndole la mano a Cleón: «Amigo, tú que conoces la historia de Admeto, estima a los valientes»; ¿qué contestarás?

FILOCLEÓN.

Lo siguiente: «Yo no puedo ser zorro y proclamarme amigo de los dos partidos.»

BDELICLEÓN.

A continuación, Esquines, hijo de Selo, hombre docto y único diestro, cantará: «Bienes y riquezas a Clitágora,[188] a mí y a los Tesalios...»[189]

FILOCLEÓN.

«Muchas hemos derrochado tú y yo.»

BDELICLEÓN.

Esto lo entiendes bien; mas ya es hora de ir a cenar a casa de Filoctemon. — ¡Muchacho, muchacho! ¡Criso! Pon nuestra ración en una

cesta,[190] hoy queremos beber de largo.

FILOCLEÓN.

No, no; es muy peligroso el beber; después del vino se rompen las puertas y llueven bofetones y pedradas, y al día siguiente, cuando se han dormido los tragos, se encuentra uno que hay que pagar los excesos de la víspera.

BDELICLEÓN.

No temas semejante cosa tratando con hombres honrados y corteses. O te excusan ellos mismos con el ofendido, o tú aplicas a lo ocurrido algún chistoso cuento esópico o sibarítico[191] de los que has oído en la mesa: la cosa se toma a risa, y no pasa adelante.

FILOCLEÓN.

Pues ya merece la pena de aprender muchos cuentos eso de poder librarme con uno de pagar cualquiera daño que cause. Ea, vamos; que nadie nos detenga.

CORO.

Muchas veces he dado prueba de agudo ingenio, y jamás de estupidez; pero me gana Aminias,[192] ese hijo de Selo, perteneciente a la raza copetuda,[193] a quien vi un día ir a cenar con Leógoras,[194] llevando por junto una manzana y una granada, y cuenta que es más hambriento que Antifonte.[195] Ya fue de embajador a Farsalia,[196] pero allí solo se reunía a los penestas,[197] padeciendo él mayor penuria que ninguno.

¡Afortunado Autómenes,[198] cuánto envidiamos tu felicidad! Tus hijos son los más hábiles artistas. El primero, querido de todos, canta admirablemente al son de la cítara, y la gracia le acompaña; el segundo es un autor cuyo mérito nunca se ponderará bastante; pero el talento del

último, de Arifrades digo, deja muy atrás al de los otros. Su padre jura que lo ha aprendido todo por sí propio, sin necesidad de maestro, y que solo a su talento natural debe la invención de sus inmundas prácticas en los lupanares. Algunos han dicho que yo me había reconciliado con Cleón porque me perseguía encarnizadamente y me martirizaba con sus ultrajes. Ved lo que hay de cierto: cuando yo lanzaba dolorosos gritos, vosotros os reíais a placer, y en vez de compadecerme, solo anhelabais que la angustia me inspirase algún chiste mordaz y divertido. Al notar esto, cejé un poco y le hice algunas caricias. He ahí por qué «a la cepa le falta ahora su rodrigón.»[199]

JANTIAS.

¡Oh tortugas tres veces bienaventuradas! ¡Cuánto envidio la dura concha que defiende vuestro cuerpo! ¡Qué sabias y previsoras fuisteis al cubriros la espalda con un impenetrable escudo! ¡Ay, un nudoso garrote ha surcado la mía!

CORO.

¿Qué sucede, niño? Porque hasta al más anciano hay derecho para llamarle niño, cuando se deja pegar.

JANTIAS.

Sucede que nuestro viejo es la peor de las calamidades. Ha sido el más procaz de todos los convidados, y cuenta que allí estaban Hipilo, Antifonte, Lico, Lisístrato, Teofrasto, y Frínico; pues sin embargo, a todos los dejó tamañitos su insolencia. En cuanto se atracó de los mejores platos, empezó a bailar, a saltar, a reír, a eructar como un pollino harto de cebada, y a sacudirme de lo lindo, gritándome: «¡Esclavo, esclavo!» Lisístrato, al verlo así, le lanzó esta comparación: «Anciano, pareces un piojo resucitado

o un burro que corre a la paja.» Y él, atronándonos los oídos, le replicó con esta: «Y tú te pareces a una langosta, de cuyo manto se pueden contar todos los hilos[200] y a Esténelo[201] despojado de su guardarropa.» Todos aplaudieron, menos Teofrasto, que se mordió los labios como hombre bien educado. Entonces, encarándosele nuestro viejo, le dijo: «Di tú, ¿a qué te das tanto tono, y te las echas de persona? Ya sabemos que vives a costa de los ricos a fuerza de bufonadas.» Así continuó dirigiendo insultos semejantes a todos, diciendo los chistes más groseros, cantando historias necias e importunas. Después se ha dirigido hacia aquí, completamente ebrio, pegando a cuantos encuentra. Mirad, ahí viene haciendo eses. Yo me largo, para evitar nuevos golpes.

FILOCLEÓN.[202]

Dejadme: marchaos. Voy a dar que sentir a algunos de los que se obstinan en perseguirme. ¿Os largaréis, bribones? Si no, os tuesto con esta antorcha.

BDELICLEÓN.

A pesar de tus baladronadas juveniles, te juro que mañana nos has de pagar tus atropellos. Vendremos en masa a citarte a juicio.

FILOCLEÓN.

¡Ja, ja! ¡A citarme! ¡Qué vejeces! ¿No sabéis que ya ni puedo oír hablar de pleitos? ¡Ja, ja! Ahora tengo otros gustos: tirad las urnas. ¿No os vais? ¿Dónde esta el juez? Decidle que se ahorque. (*A la cortesana.*) Sube, manzanita de oro, sube agarrada a esta cuerda; cógela, pero con precaución, que está algo gastada; sin embargo aún le gusta que la froten. ¿No has visto con qué astucia te he sustraído a las torpes exigencias de los convidados? Debes probarme tu gratitud. Pero no lo harás, demasiado lo

sé; ni siquieras lo intentarás; me engañarás y te reirás en mis narices como lo has hecho con tantos otros. Oye, si me quieres y me tratas bien, cuando muera mi hijo me comprometo a sacarte del lupanar y tomarte por concubina, amorcito mío. Ahora no puedo disponer de mis bienes; soy joven y me atan corto: mi hijito no me pierde de vista; es gruñón, insoportable y tacaño hasta partir en dos un comino y aprovechar la pelusilla de los berros. Su único miedo es el que me eche a perder, pues no tiene más padre que yo. Pero ahí está. Se dirige apresuradamente hacia nosotros. Hazle frente. Coge esas teas. Voy a jugarle una partida de muchacho, como él a mí antes de iniciarme en los misterios.

BDELICLEÓN.

¡Hola, hola, viejo verde! Parece que nos gustan los lindos ataúdes. Mas lo juro por Apolo, no harás eso impunemente.

FILOCLEÓN.

¡Ah! tú te comerías a gusto un proceso en vinagre.

BDELICLEÓN.

¿No es una indecencia burlarme de ese modo, y arrebatar su flautista a los convidados?

FILOCLEÓN.

¿Qué flautista? ¿Has perdido el juicio, o sales de alguna tumba?

BDELICLEÓN.

Por Júpiter, esa dardaniense[203] que está contigo.

FILOCLEÓN.

¡Ca! Si es una antorcha encendida en la plaza en honor a los dioses.[204]

BDELICLEÓN.

¿Una antorcha?

FILOCLEÓN.

Sí, una antorcha.[205] ¿No ves que es de diversos colores?

BDELICLEÓN.

¿Qué es eso negro que tiene en medio?

FILOCLEÓN.

La pez que se derrite al quemarse.

BDELICLEÓN.

Y eso en la parte posterior. ¿No es su trasero?

FILOCLEÓN.

No, es el cabo de la antorcha que sobresale.

BDELICLEÓN.

¿Qué dices? ¿Cuál cabo? Vamos, ven acá.

FILOCLEÓN.

¡Eh, eh! ¿Qué intentas?

BDELICLEÓN.

Llevármela y quitártela: estás ya gastado e impotente.

FILOCLEÓN.

Escucha un momento. Asistía yo a los juegos olímpicos cuando Efudión,[206] aunque viejo, luchó valerosamente con Ascondas, concluyendo el anciano por hundir de un puñetazo al joven. Sírvate de aviso, por si se me ocurriese reventarte un ojo.

BDELICLEÓN.

¡Por Júpiter! Conoces bien a Olimpia.

* * *

UNA PANADERA. (*A Bdelicleón.*)

Socórreme, en nombre de los dioses. Ese hombre me ha arruinado; al pasar, agitando a tontas y a locas su antorcha, me ha echado a rodar por la plaza diez panes de a óbolo, y además otros cuatro.

BDELICLEÓN.

¿Ves lo que has hecho? Tu dichoso vino nos va a llenar de pleitos la casa.

FILOCLEÓN.

No lo creas; un cuentecillo alegre lo arreglará todo: verás cómo me reconcilio con esta.

LA PANADERA.

Te juro por las dos diosas[207] que no te reirás impunemente de Mirtia, hija de Ancilión y de Sóstrata, después de haberle echado a perder sus mercancías.

FILOCLEÓN.

Escucha, mujer: voy a contarte una fábula muy chistosa.

LA PANADERA.

¿Fabulitas a mí, viejo chocho?

FILOCLEÓN.

Al volver una noche Esopo de un banquete le ladró atrevida cierta perra borracha: «¡Ah perra, perra, le dijo entonces, si cambiases tu maldita lengua por un poco de trigo, me parecerías más sensata!»

LA PANADERA.

¡Cómo! ¿Te burlas de mí? Pues bien; quienquiera que seas, te cito ante los inspectores del mercado,[208] para que me indemnices daños y perjuicios. Querefonte,[209] que está ahí, será mi testigo.

FILOCLEÓN.

Pero, por mi vida, oye a lo menos lo que voy a decirte: quizá te agrade más. Laso[210] y Simónides tenían en cierta ocasión un certamen poético, y Laso dijo: «Poco me importa.»

LA PANADERA.

¡Muy bien! Como tú, ¿verdad?

FILOCLEÓN.

¿Y tú, Querefonte, vas a ser testigo de esa mujer amarilla,[211] de esa Ino[212] precipitándose desde una roca a los pies de Eurípides?

BDELICLEÓN.

Ahí se acerca otro: según parece, también a citarte, pues viene con un testigo.

* * *

UN ACUSADOR.

¡Qué desdichado soy!... Anciano, te demando por injurias.

BDELICLEÓN.

¿Por injurias? ¡Ah, no, por piedad, no lo demandes! Yo te pagaré cuanto pidas, y aun así te quedaré agradecido.

FILOCLEÓN.

Yo también quiero reconciliarme con él: confieso francamente que le he pegado y apedreado. (*Al acusador.*) Pero acércate más: ¿me permites que yo solo señale la cantidad que debe dársete como indemnización, y que en adelante sea amigo tuyo, o prefieres fijarla tú?

EL ACUSADOR.

Habla tú, pues detesto los pleitos y negocios.

FILOCLEÓN.

Cierto sibarita se cayó de un carro y se infirió una grave herida en la cabeza: es de advertir que no entendía gran cosa de equitación. Acercósele entonces uno de sus amigos, y le dijo: «Ejercítese cada cual en el arte que sepa»; por tanto, corre a curarte en casa de Pítalo.[213]

BDELICLEÓN (*A Filocleón.*)

Persistes en tus costumbres.

EL ACUSADOR (*Al testigo.*)

Acuérdate de su respuesta.

FILOCLEÓN.

Oye, no te vayas. En cierta ocasión rompió una mujer en Síbaris el cofre de los procesos...

EL ACUSADOR (*Al testigo.*)

También te tomo por testigo de lo que dice.

FILOCLEÓN (*Al acusador.*)

...El cual cofre hizo atestiguar el hecho; pero la sibarita le contestó: «¡Por Proserpina, déjate de testigos y cómprate cuanto antes una ligadura; eso tendrá más sentido común!»

EL ACUSADOR (*A Filocleón.*)

¡Búrlate! ¡búrlate! ¡Ya veremos cuando el arconte mande traer a la vista tu causa!

BDELICLEÓN (*A Filocleón.*)

¡Por Ceres, no estarás aquí más tiempo! Voy a llevarte a la fuerza.

FILOCLEÓN.

¿Qué haces?

BDELICLEÓN.

¿Qué hago? Llevarte adentro. De otro modo no va a haber testigos

suficientes para los infinitos que te demandan.

FILOCLEÓN.

Un día los de Delfos...[214]

BDELICLEÓN.

Poco me importa.

FILOCLEÓN.

...Acusaron a Esopo de haber robado un vaso de Apolo; entonces él contó que una vez el escarabajo...[215]

BDELICLEÓN.

¡Oh, vete al infierno! Me matas con tus escarabajos.

(*Bdelicleón se lleva a su padre.*)

CORO.

Envidio tu felicidad, anciano. ¡Qué cambio en su áspera existencia! Siguiendo prudentes consejos, va a vivir entre placeres y delicias. Quizá los desatienda, porque es difícil cambiar el carácter que se tuvo desde la cuna. Sin embargo, muchos lo consiguieron; consejos ajenos han logrado modificar a veces nuestras costumbres, ¡Cuántas alabanzas no alcanzará por esto, en mi opinión y en la de los sabios, el hijo de Filocleón, tan discreto y cariñoso con su padre! Jamás he visto un joven tan comedido, de tan amables costumbres. Ninguno me ha regocijado como él. En todas las respuestas que daba a su padre resplandecía la razón y el deseo de inspirarle más decorosas aficiones.

* * *

JANTIAS.

¡Por Baco! Sin duda algún Dios ha revuelto y embrollado nuestra casa.

El viejo, después de haber bebido y haber oído largo rato tocar la flauta, ebrio de placer, repite toda la noche las antiguas danzas que Tespis[216] hacía ejecutar a sus coros. Pretende demostrar, bailando incesantemente, que los trágicos modernos son todos unos lelos sin sustancia.

FILOCLEÓN (*Declamando*).

¿Quién se sienta a la entrada del vestíbulo?[217]

JANTIAS.

La calamidad se aproxima.

FILOCLEÓN.

Apartad las vallas. Va a principiar el baile...

JANTIAS.

Mejor dirás la locura.

FILOCLEÓN.

...Que aligera mi pecho con su impetuosidad. ¡Cómo mugen mis narices! ¡Cómo suenan mis vértebras!...

JANTIAS.

Bien te vendría una toma de eléboro.[218]

FILOCLEÓN.

Frínico[219] se asusta como un gallo...

JANTIAS.

Pongámonos en salvo.

FILOCLEÓN.

...Que agita sus patas en el aire.

JANTIAS.

¡Eh! mira dónde pisas.

FILOCLEÓN.

¡Con flexibilidad juegan todos mis miembros!

JANTIAS.

Nada, está visto, es una verdadera locura.

FILOCLEÓN.

Ahora desafío a todos mis rivales. Si hay algún trágico que se precie de danzar bien, venga por acá y tendremos un certamen coreográfico... ¿Se presenta alguno?

BDELICLEÓN.

Este solo.

FILOCLEÓN.

¿Quién es ese desgraciado?

BDELICLEÓN.

El hijo segundo de Carcino.[220]

FILOCLEÓN.

Pronto lo anonadaré; voy a molerle a puñetazos acompasados; pues no entiende una palabra de ritmos.

BDELICLEÓN.

Pero, ¡infeliz!, ahí viene su hermano, otro trágico carcinita.

FILOCLEÓN.

Voy haciendo provisiones para el almuerzo.

BDELICLEÓN.

Sí, pero solo de cangrejos;[221] por que ahí llega un tercer hijo de Carcino.

FILOCLEÓN.

¿Qué es eso que se arrastra? ¿Es una araña o una vinagrera?[222]

BDELICLEÓN.

Es un cangrejillo; el más pequeño de la familia. También poeta trágico.

FILOCLEÓN.

¡Oh Carcino, padre feliz de tan hermosa familia! ¡Qué banda de reyezuelos[223] desciende sobre mí! Fuerza es, ¡ay triste!, que me bata con ellos. Preparad la salmuera, por si salgo vencedor.

CORO.

Ea, apartémonos un poco, para que puedan hacer sus pruebas delante de nosotros.

Ea, ilustres hijos de un habitante del mar,[224] hermanos de los langostinos, danzad sobre la arena en la orilla del estéril piélago. Moved en círculo vuestros pies; levantad las piernas como Frínico, y al verlas en el aire, lanzarán gritos de asombro los espectadores.

Gira sobre ti mismo, da vueltas; levanta la pierna hasta el cielo; trasfórmate en un torbellino. Ahí se adelanta el mismo rey del mar, el padre de tus rivales, orgulloso de sus hijos. Mas si tenéis gusto en danzar, hacednos salir cuanto antes, pues nunca hasta ahora se ha visto terminar la comedia con un baile del coro.[225]

FIN DE LAS AVISPAS.

* * *

Notas

1. *República ateniense*, III.

2. V. Aristófanes, *Los Acarnienses, parábasis*.

3. *Apología de Sócrates*.

4. *Comédies d'Aristophane*, t. I, pág. 206.

5. Es decir, trata de dormirse.

6. Parece extraño que Sosias que acaba de despertar a su camarada, trate de imitarle. Pero esta contradicción se explica perfectamente, conocido el carácter de no dárseles nada por nada, que Aristófanes suele presentar en los esclavos de sus piezas.

7. Nombre de los sacerdotes de Cibeles. Al celebrar los misterios de la diosa, entrechocaban sus armas, batían estrepitosamente los tambores y se herían hasta derramar sangre en medio del mayor frenesí.

8. Sobrenombre de Baco. De modo que hablando en plata, el sueño de Sosias es producido por el vino.

9. La palabra ἀσπίς, significa *escudo* y *serpiente*.

10. Cleónimo arrojó su escudo en una batalla.

11. Los convidados solían proponerse de sobremesa enigmas y cuestiones para entretenerse.

12. Este era el distintivo de los jueces.

13. Cleón.

14. Alusión al oficio de curtidor de Cleón.

15. Hay en griego un equívoco intraducibie, basado en la casi absoluta semejanza de las palabras que significan *grasa* y *pueblo*. Ya lo hicimos observar en la nota al verso 953 de *Los Caballeros*.

16. Vid. *Los Acarnienses*, 134-166; *Los Caballeros*, 608; *Las Nubes*, 399.

17. Alcibíades era algo tartajoso y no podía pronunciar bien la *r*, convirtiéndola en *l*.

18. Κόραξ, *cuervo*, al transformarse la *l* en *r*, significa en griego *adulador*.

19. Esta frase ya hemos visto que equivalía a la nuestra «irse al diablo» o «al infierno.»

20. Los Megarenses eran de gusto poco delicado en sus diversiones, y sus poetas cómicos empleaban para hacerles reír medios vulgares y groseros. Esto, a pesar de que según la opinión de Aristóteles (*Poética*, III), la comedia principió a cultivarse en Mégara.

21. Aristófanes indica alguno de los recursos de mala ley empleados por los poetas vulgares. En el *Pluto*, v. 797, vuelve a aludir a esta costumbre de arrojar a los espectadores nueces y golosinas.

22. La glotonería de Hércules era un tema inagotable para los cómicos griegos. En la *Lisístrata*, *Las Aves* y *Las Ranas*, Aristófanes la hace también objeto de sus burlas.

23. Lo fue en *Los Acarnienses*, y Aristófanes volvió a la carga en *Las Fiestas de Ceres*, *Las Ranas*, etc.

24. Harto asendereado quedó en *Los Caballeros*.

25. Aristófanes vuelve a citar a este *Aminias* en el verso 1267 de esta comedia, pero llamándole hijo de Selo; sin embargo, parece que ambas personas son una misma, porque llamábase así a todo hombre pobre y vanidoso, por concurrir estas circunstancias en Esquines, hijo de aquel.

26. Se ignora si era un comediante, un tabernero o un borracho.

27. Ateniense supersticioso.

28. Del nombre de un demo del Ática.

29. Exclamación ordinaria de Sócrates.

30. Filóxeno significa *amigo de la hospitalidad*.

31. Lit.: es *fileliasta como nadie*.

32. Reloj de agua, que servía para medir el tiempo concedido a los oradores y abogados para sus arengas y defensas.

33. Se votaba por medio de piedrecitas.

34. Δῆμος (*Demo*); κημός (*urna*). *Demo* era un hermoso joven (V. Platón, *Gorgias*). Éupolis habla de él también en sus comedias. Las muchas inscripciones de su nombre que en las paredes se leían, atestiguaban el gran efecto que su hermosura causaba. Era costumbre escribir el nombre del ser amado en los muros, puertas y otros objetos, como ya vimos en *Los Acarnienses*, v. 141. En la *Antología*, aluden a este uso muchos epigramas. Véase uno de Petronio:

35. Este chiste ha sido imitado por Plauto y Racine:

36. Para condenar se trazaba sobre una tablilla cubierta de cera una línea larga.

37. Parodia de la *Estenebea*, de Eurípides.

38. Sobre esta costumbre véase el *Pluto*, v. 411 y siguientes.

39. *Filocleón* significa *amigo de Cleón*, porque este demagogo tenía gran partido entre la gente que constituía los tribunales, por el trióbolo que les hacía pagar.

40. *Bdelicleón*, significa que *detesta a Cleón*: de suerte que la lucha entre ambos personajes

representa perfectamente la que entonces sostenían en Atenas el famoso demagogo Cleón, apoyado por el pueblo mediante el trióbolo, y el partido aristocrático.

41. El humo producido por la leña de higuera es, según el Escoliasta, de los más irritantes y molestos, lo cual pinta bien el carácter intratable de Filocleón. Además, en el hecho de mencionar esa especie de combustible, hay una alusión a los *sicofantas* o delatores, nombre en cuya composición entra la raíz del de higuera.

42. Καπνίας. Este sobrenombre se le dio a Ecfántides, poeta cómico contemporáneo de Cratino, por la oscuridad de su estilo y el embrollo de sus argumentos.

43. Ateniense de mala fama, condenado muchas veces. Parece que después de la representación de *Las Avispas*, llegó a ser uno de los treinta tiranos.

44. Sin condenarle.

45. Día de mercado.

46. Parodia del episodio del Cíclope en la *Odisea*, Canto IX. Con este asunto se compusieron varios dramas satíricos, de los cuales solo se ha conservado *El Cíclope* de Eurípides, cuya primera traducción al castellano estamos publicando en *El Ateneo* de Vitoria.

47. Expresión proverbial para indicar personas que disputan sobre cualquier necedad. Del texto de Aristófanes puede deducirse tal vez que el célebre cuento de Demóstenes del litigio sobre la sombra del asno no fue invención del elocuente orador, bastante posterior al poeta.

48. Es decir, su herencia.

49. Ciudad de Tracia, que por influencia de Brásidas se rebeló contra Atenas, uno o dos años antes de la representación de *Las Avispas*. Los atenienses la sitiaron y la desmantelaron para que no volviese a inquietarles en lo sucesivo (V. Tucídides, IV, 120, 130, 131; V, 18, 32).

50. Antiguo poeta trágico, que floreció en 512 antes de Jesucristo. Para elogiarle Aristófanes forja la enorme palabra ἀρχαιομελισιδωνοφρυνιχήρατα.

51. Alusión al traje con que van a presentarse los jueces.

52. Aldea del Ática.

53. General ateniense que mandó la escuadra enviada a Sicilia en auxilio de los Leontinos

(Tucídides, III, 86). Fue reemplazado por Sófocles y Pitodoro, y tuvo que dar cuenta de su conducta. La intención de Aristófanes es la de revelar las infames calumnias con que Cleón perseguía a sus enemigos políticos.

54. Alusión a la provisión ordinaria de los soldados. (V. *Los Acarnienses*.)

55. Como aún no ha amanecido, los niños les preceden con linternas.

56. Es decir: intentas un imposible.

57. El hecho a que alude Aristófanes es el siguiente: Los atenienses, aliados de los milesios, atacaron a Samos y establecieron en ella el gobierno democrático. Los de Samos, para sacudir el yugo de Atenas, entraron en negociaciones secretas con los persas, que fueron reveladas por un tal Caristión. Los atenienses se apoderaron de la ciudad y destruyeron sus murallas (V. Tucíd., I, 115, 592; Diod. Sic., XII, 27, 199; Plut., *Vida de Pericles*.)

58. Quizá aluda a Cleón, que murió el año siguiente delante de Anfípolis.

59. Es decir, el suicidio, arrojándose al mar. Hele, al atravesar los aires sobre el vellocino de oro, se espantó del ruido de las olas al atravesar el mar, y cayó en el estrecho que recibió el nombre de *Helesponto*. Hay en el texto una alusión a Píndaro.

60. Tomado del *Teseo* de Eurípides. Estas palabras las decían los jóvenes enviados a servir de pasto al Minotauro, entre los cuales se hallaba Hipólito, hijo de Teseo.

61. Este apóstrofe se dirige al saco donde había de llevar a su casa, de regreso del tribunal, los víveres comprados con su salario de juez.

62. En las *Suplicantes* de Esquilo (v. 779) hay una imprecación idéntica que Aristófanes parece parodiar:

63. *Proxénides* y el *hijo de Selo* (Esquines) eran dos hábiles charlatanes capaces con su locuacidad de salir de los trances más apurados.

64. Hay una laguna en el texto, que se ha tratado de llenar con una frase cuya traducción es «porque dices sin rebozo la verdad sobre las naves.»

65. Para emitir su voto.

66. Alusión a la *Hécuba* de Eurípides, donde la madre de Héctor recuerda el día en que Ulises penetró en Troya como espía.

67. El Escoliasta cree que Aristófanes alude a la toma de Naxos por Pisístrato; pero es más

probable que se refiera a la del tiempo de Cimón, cincuenta años antes de la representación de *Las Avispas*, pues así era posible la aventura de Filocleón.

68. Sobrenombre de Diana.

69. Ceres y Proserpina. La profanación de sus misterios era una de las acusaciones más frecuentes y graves en Atenas.

70. Adivino, amigo de Nicias, acusado de robo al erario público, orador furibundo censurado como tal por Frínico (en el *Saturno*), Éupolis, Teléclides y Amipsias. (V. *Los Caballeros*, 1085; *Las Aves*, 989.)

71. Apolo y Júpiter eran los dioses tutelares de Atenas; pero Aristófanes supone que lo es Lico, hijo de Pandión, cuya estatua se elevaba junto al sitio donde se pagaba a los jueces el trióbolo.

72. Lit.: *nec mingam nec ventrem exonerabo cum strepitu*.

73. Sin duda echan mano de la rama que era costumbre colgar delante de las puertas.

74. Nombres de amigos de Filocleón.

75. Véase la nota al verso 134 de *Los Acarnienses*.

76. Nombres de esclavos.

77. Lit.: «He oído muchas veces en el fuego los estallidos de las hojas de higuera.» Proverbio equivalente al castellano, y empleado por Bdelicleón para manifestar que no le asustan las amenazas del Coro.

78. Fundador de Atenas. Su cuerpo terminaba en cola de dragón, lo cual parece significar lo mucho que hizo progresar a los hombres suavizando sus costumbres, salvajes hasta él.

79. En vez de decir a amasar cuatro panes por *quénice*. Esta palabra designa una medida de capacidad y los cepos en que se aprisionaba a los esclavos.

80. Medio empleado para alejarlas. Virgilio hablando de las abejas (*Georg.* IV, 230) dice: «*Fumos pretende sequaces*.»

81. *Selarcio* en lugar de *Selos*. Véase la nota del verso 324 de esta misma comedia.

82. Poeta trágico, cuyos versos eran muy duros, a lo cual parece aludir la frase de Aristófanes.

83. General lacedemonio. Murió al año siguiente de la representación de *Las Avispas* en el

mismo combate que Cleón.

84. Los lacedemonios, enemigos de los atenienses, se dejaban crecer la barba.

85. Lit.: «Pues aún no estás en el apio ni en el camino.» El apio servía para marcar los bordes de las sendas en los jardines. El proverbio se aplicaba a los que aún no estaban más que al principio de un grave negocio.

86. Las acusaciones de aspirar a la restauración de la tiranía eran frecuentes en Atenas.

87. Tan delicado gusto despertaba sus sospechas.

88. Poeta trágico, gran gastrónomo, citado en *Los Acarnienses* (v. 887).

89. Flechazo a la manía de los atenienses por los procesos.

90. Los demagogos y oradores.

91. Véase la nota al verso 106 de *Los Caballeros*.

92. El coro continúa la interrumpida frase de Filocleón.

93. Designábanse con el nombre de *talóforos* los ancianos que llevaban ramas de olivo en las grandes Panateneas, y también los que solo servían para esta función.

94. Este Esopo no es el célebre fabulista, sino el autor cómico muy en boga entonces.

95. Se reproduce el equívoco de *Los Acarnienses*, 470 y siguientes.

96. Al ser inscritos en el registro de ciudadanos, se sometía a los niños a una inspección de su sexo.

97. Célebre actor trágico.

98. Tragedia de Esquilo en que Eagro hacía el papel principal.

99. Costumbres de los flautistas.

100. Se cubría el sello con la valva de un molusco para conservarlo mejor.

101. Orador de mala reputación. (Véase *Los Acarnienses*, 710.)

102. El mismo citado varias veces.

103. Vil adulador.

104. Costumbre que también se observa en el *Nuevo testamento*.

105. Aristófanes alude varias veces a esta costumbre de llevar monedas en la boca.

106. Su salario de juez.

107. Ὄνος significa *vasija* y *asno*; de aquí un juego de palabras intraducibie. Literalmente traducido este pasaje, es: *Tum si mihi vinum sitienti non infuderis, asinum huc adtuli vino plenum;... ille autem hians rudit et contra tuum turbinem grande et horrendum pedit.*

108. Frase proverbial para indicar el abandono de un pleito.

109. Es decir, viejo estúpido.

110. Por el delito de homicidio.

111. Artaud (*Comédies d'Aristophane, traduites du Grec*, t. I.) formaliza esta cuenta del modo siguiente, teniendo presente que cada juez recibía tres óbolos diarios:

112. El total de las rentas ascendía a 2000 talentos, cuya décima parte son 200; y el sueldo de los jueces solo importaba 150.

113. Músico derrochador, que se había arruinado con sus prodigalidades.

114. Los συνήγοροι recibían un dracma diario cuando estaban encargados de alguna defensa. Constituían una especie de magistratura anual, compuesta de diez ciudadanos elegidos a suerte.

115. Algunos entienden que este número determinado está por otro indeterminado.

116. Demóstenes calcula también en 20.000 los habitantes de Atenas; Aristófanes en *Las Junteras*, v. 1127, lo hace ascender a 30.000, pero incluyendo los habitantes extranjeros.

117. Lit.: *calostro et lac decoctum*. Llamábase *calostro* la primera leche de las reses recién paridas.

118. Parodia del verso 629 de la *Andrómaca* de Eurípides.

119. *Quae penem ei lumbosque fricabit.*

120. Verso del *Belerofonte* de Eurípides.

121. Racine (*Les Plaideurs*, act. II, esc. XIII) pone en boca de Leandro igual proposición:

122. De los nueve arcontes, seis se llamaban tesmotetas, y presidían los tribunales de justicia.

123. Exacerbado por la pesadez del abogado.

124. Citado en *Los Acarnienses*, v. 854; y en *Los Caballeros*, v. 1165.

125. Como el dracma valía seis óbolos, solía darse uno para cada dos jueces.

126. *Si mingere velis.*

127. Véase la nota al verso 389 de esta comedia.

128. Alusión a la cobardía de Cleónimo, que huyó arrojando las armas.

129. Nombre de una esclava.

130. Con el perro *Labes* se alude a Laques, de quien antes se ha hecho mención. Aristófanes parece acusarle de haberse dejado ganar por los sicilianos.

131. La trae para que sirva de balaustrada al tribunal.

132. Frase proverbial como la de: *Ab Jove principium*.

133. Ante las puertas de las casas se colocaban altares, columnas o conos en honor de Apolo, llamado *Agieo*, Ἀγυιεύς, *que preside las calles*.

134. Otras ediciones ponen la acusación en boca de Jantias.

135. Aristófanes observa en toda esta escena las fórmulas forenses.

136. Cidatene era una aldea o demo del Ática.

137. En otras ediciones Sosias hace el papel de heraldo.

138. Hay en todo esto alusiones continuas a la conducta de Laques.

139. El doble sentido de las palabras griegas hace que todo cuanto se dice del perro Labes pueda aplicarse a la rapacidad de Laques y a sus concusiones en Sicilia.

140. *Cacaturum.*

141. Sobre Tucídides y el hecho a que se alude, véase la nota a la *parábasis* de *Los Acarnienses*.

142. Alude a Cleón, acusador de Laques.

143. Habla en plural, como ante un tribunal completo.

144. De la tribuna. La frase de Filocleón indica que da por terminada la vista.

145. La de absolución. En el tribunal se colocaban dos urnas: en la que estaba delante se echaban los votos condenatorios, y en la de atrás los de la absolución.

146. Es decir, la de absolver.

147. Estas palabras las dice Bdelicleón aparte.

148. El coro se vuelve para recitar la *parábasis*.

149. Adivino ventrílocuo, que respondía a las consultas haciendo creer que no era él quien hablaba, sino un genio misterioso oculto en su vientre. Llegó a generalizarse su sistema hasta darse el nombre de *Euríclides* a sus imitadores. En tiempo de Plutarco los nombres Euricles y adivino eran ya sinónimos.

150. Aristófanes presentó varias de sus comedias con los nombres de los autores Filónides y Calístrato.

151. Esto se cree dirigido contra Éupolis.

152. En *Los Caballeros* (*passim*), donde tan denodada y rabiosamente atacó a Cleón, que es la fiera descrita.

153. Meretriz ateniense.

154. Lit.: *illotos Lamiæ coleos, culum cameli*.

155. Lamia, hija de Belo y Libia, fue amada por Júpiter. Juno, celosa, mató a todos los hijos de esta unión, lo cual produjo tal furor a Lamia, que se precipitaba sobre cuantos niños veía para hacerles sufrir la misma suerte que a los suyos. Júpiter le permitió tomar todas las formas que quisiera para saciar su rabia. Esta idea que los antiguos tenían de Lamia, como de un monstruo indefinido, movió quizá a Aristófanes a escogerla para representar a Cleón.

156. Los sofistas atacados en *Las Nubes* (*passim*).

157. El tribunal presidido por el Polemarca, nombre del tercer arconte, entendía en todos los negocios relativos a domiciliados y extranjeros. La cualidad de extranjero y la privación de los derechos de ciudadano que traía consigo, eran motivo de frecuentísimos pleitos en Atenas.

158. Se refiere a *Las Nubes*, cuya primera representación tuvo mala acogida.

159. Alusión a la batalla de Maratón.

160. Alusión a la frase de Leónidas, contestando al mensajero que le decía que los dardos de los persas oscurecían el sol: «Mejor, así pelearemos a la sombra.»

161. El paso de una lechuza, ave consagrada a Minerva, se consideraba como un augurio de victoria. La circunstancia mencionada por Aristófanes es histórica. (Plut., *Vida de Temíst.*, XV.)

162. Los atenienses se hicieron entonces dueños de las islas de Lesbos, Naxos, Paros, Samos

y otras menos importantes.

163. Los demagogos, que gastaban las rentas del Estado en dádivas y sueldos para mantener su influencia.

164. El tribunal del *Arconte epónimo*, al que parece referirse Aristófanes, entendía de las tutelas y pleitos entre parientes.

165. En el Odeón, magnífico teatro construido por Pericles, donde tenían lugar los certámenes musicales, se hacían las distribuciones de harina, lo cual daba lugar a disputas que exigían la presencia de los magistrados.

166. El tribunal de los *Once* entendía en los robos cometidos de día que no excediesen de cincuenta dracmas, y de todos los de noche. Sus miembros tenían a su cargo la custodia de las prisiones y la ejecución de las sentencias de muerte. Sócrates desde su condena quedó bajo la vigilancia de los Once.

167. Parece referirse a los τειχοποιοί, magistrados encargados de la construcción y reparación de las murallas.

168. Alusión a la deshecha borrasca que desbarató la escuadra persa cerca de Artemisio.

169. Por el mucho calor que le va a dar el nuevo traje.

170. Vestidos usados por los persas, que se vendían en Sardes (Lidia) y se fabricaban en Ecbatana. Eran de mucho abrigo.

171. Especie de capote de pieles que servía de manta en el lecho; fabricábase en Timeta, demo del Ática.

172. Poeta ya citado por su glotonería y molicie. (*Los Acarnienses*, 64, 887; *Las Avispas*, .)

173. Frase que se empleaba para indicar dos cosas que braman de verse juntas. Sin duda Filocleón no tenía un aire muy elegante, a pesar de su nuevo vestido.

174. Los cuentos de *Lamias* tenían alguna semejanza con los cuentos de brujas.

175. Personaje desconocido.

176. Androcles y Clístenes son citados burlescamente para censurar la falta de acierto de que adolecían los atenienses en la elección de sus embajadores. Androcles era un mendigo esclavo, y escamoteador de bolsas, sacado a pública vergüenza en el teatro por Cratino, Ecfántides y Teléclides. Clístenes era un asqueroso bardaje, muchas veces citado.

177. *Efudión* y *Ascondas* se inclina a creer el escoliasta que son dos nombres fingidos por el poeta. Sin embargo, hay memoria de un *Efudión* vencedor en los juegos olímpicos (*Olimpiada* 79).

178. En el pancracio los atletas luchaban completamente desnudos.

179. Nombre de un labrador.

180. En la carrera de las antorchas salía vencedor el que llegaba con la suya sin apagar a la meta señalada.

181. Véase la nota al verso 215 de *Los Acarnienses*.

182. Era de buen tono no ponerse inmediatamente a la mesa. (Véase *Ateneo*, lib. IV.)

183. Descripción abreviada de una comida en Atenas. Para más detalles, puede verse la que hace Barthélemy (*Voy. du jeune Anach.*, tom. III, pág. 526), basado en autores antiguos, de un gran banquete en casa de un rico ateniense.

184. Era costumbre cantar al fin de las comidas. Estas canciones de sobremesa se llamaban *escolios*; el primero que cantaba designaba a su sucesor, entregándole la rama de mirto o de laurel. Era difícil, al ser cogido de improviso, continuar la canción sin tener la especial aptitud por la cual pregunta Bdelicleón a su padre.

185. Antes de la división de los atenienses en cuatro clases, según su fortuna (Véanse *Los Caballeros*, Noticia preliminar), los ciudadanos se dividían en tres: Ribereños (*Parelios*), habitantes del llano (*Pedianos*), montañeses (*Acrios* o *Superacrios*).

186. Véase la nota al verso 980 de *Los Acarnienses*.

187. Parodia de Alceo.

188. Poetisa lacedemonia (*Lisístrata*,) cuyos versos eran preferidos por algunos bebedores al canto de Telamón, compuesto por Píndaro. El escoliasta (en *Las Avispas*,) dice que era de Tesalia.

189. Canción compuesta cuando los de Tesalia auxiliaron a los atenienses contra los Pisistrátidas.

190. Era frecuente al ir a comer a casa de otro llevar su ración.

191. Cuentecillos muy cortos que solían referirse en los banquetes. Sus personajes eran humanos y su intención política, en contraposición a las fábulas esópicas, cuya intención

era filosófica, y la acción pasaba entre animales.

192. Recuérdese lo dicho en la nota al verso 74 de esta comedia.

193. Quizá por la forma especial de su peinado.

194. Lóculo ateniense. (Véase la nota al verso 109 de *Las Nubes*).

195. Rico arruinado.

196. Ciudad de Tesalia.

197. Penestas se llamaban unos mercenarios tesalienses: este nombre significa también *pobre* y *miserable*, pues tiene la misma raíz que *penuria*. Aminias no había sabido enriquecerse en su embajada.

198. Sobre Autómenes y sus hijos, véase la nota al verso 1281 de *Los Caballeros*.

199. Proverbio que se decía de los que habían visto frustradas sus esperanzas.

200. Por lo usado y raído.

201. Actor trágico, cuyo guardarropa fue vendido por sus acreedores.

202. Entra acompañado de una flautista y seguido de las personas a quienes ha maltratado.

203. Muchas mujeres de Dardania se dedicaban a la música.

204. Los antiguos encendían también antorchas en honor de sus dioses.

205. Se daba este nombre a las cortesanas, pues esta clase de mujeres han tenido siempre el triste privilegio de ser designadas con mil variados apelativos.

206. Antes citado. Filocleón pone en práctica las lecciones de su hijo.

207. Ceres y Proserpina, juramento ordinario de los atenienses.

208. Los Agoránomos.

209. Discípulo de Sócrates. (V. *Las Nubes*, 502.)

210. Poeta lírico, natural de Hermione, en el Peloponeso, al cual se atribuía la invención de los coros. Fue rival de Simónides.

211. Alusión a la palidez de Querefonte.

212. Título y asunto de una tragedia de Eurípides.

213. Médico de Atenas (V. *Los Acarnienses*, 1032.)

214. Mientras se le lleva su hijo, continúa contando su historieta.

215. Los delfenses irritados por las críticas de Esopo le acusaron de haber sustraído una copa sagrada. El fabulista les recitó entonces el apólogo a que se refiere Aristófanes.

216. Antiguo poeta trágico. El escoliasta supone que Jantias no se refiere aquí al poeta, sino a un citarista del mismo nombre, muy popular en tiempo de Aristófanes.

217. Parodia de una obra perdida.

218. Remedio contra la locura.

219. Frínico, a causa de haber renovado en su tragedia *La toma de Mileto* el dolor de los atenienses por esta pérdida, fue condenado a una multa de 1000 dracmas. Su desgracia se hizo proverbial.

220. Carcino era un mal poeta trágico, cuyos hijos tenían pequeña estatura y ejecutaban danzas trágicas. Otro llamado Jenocles compuso tragedias y ganó un premio en certamen con Eurípides. Aristófanes vuelve a ocuparse de ellos en *La Paz*, , , ; y en *Las Ranas*, 86.

221. Juego de palabras, por significar *Carcino*, cangrejo.

222. Las vinagreras tenían una forma aproximadamente esférica, y debían de ser de pequeñas dimensiones, porque los antiguos usaban el vinagre muy concentrado. Con el trípode que las sostenía debían parecerse a una araña levantándose sobre sus patas, y a un cangrejo, por lo cual Filocleón halla en el hijo de Carcino esa triple semejanza.

223. Ὀρχίλος, *reyezuelo* (ave), tiene la misma raíz que danzante o bailarín.

224. Carcino.

225. El coro bailaba al presentarse en escena, pero nunca al retirarse.

La paz

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Cleón y Brásidas, generales de Atenas y Lacedemonia, murieron en un mismo combate; aquel al retirarse fugitivo, y este en brazos de la victoria. «Después de la derrota de los atenienses ante Anfípolis, dice Tucídides,[1] y de la muerte de Brásidas y Cleón, los más ardientes partidarios de la guerra, el primero porque le debía sus triunfos y su gloria, y el segundo porque no dejaba de prever que en tiempos normales serían más patentes sus prevaricaciones y menos atendidas sus calumnias, los hombres que en ambas ciudades aspiraban a desempeñar el principal papel, Plistoánax, hijo de Pausanias, rey de Esparta, y Nicias, hijo de Nicerato, el general afortunado como ninguno, se declararon en favor de la paz. Pactose está por cincuenta años tras largas negociaciones, aunque la reconciliación de las dos repúblicas enemigas siempre tuvo más de aparente que de real.» Alcibíades, cuya desmedida ambición era un continuo peligro, pues

aspiraba no menos que a recoger la herencia de Pericles, y atropellando por todo, trataba de comprometer a su patria en una nueva guerra, atizó con sus intrigas los enconados odios que en el corazón de ambas ciudades se revolvían; y tal maña se dio que en el año 420 antes de nuestra era, decimotercio de la guerra del Peloponeso, era ya inminente una nueva ruptura de hostilidades. Para contener, si era posible, tan espantoso mal, escribió *La Paz* Aristófanes, comedia cuyo objeto, idéntico al de *Los Acarnienses*, es inspirar al pueblo profunda aversión a una guerra desastrosa y funesta, y confirmarle en el amor a las dulzuras del estado pacífico, que apenas había empezado a saborear. Para lograr tan levantado fin, acude el poeta tanto a su inagotable imaginación como a la audaz energía de que tan elocuente muestra son sus *Caballeros*, pues a un tiempo que pinta con poético colorido las ventajas de la paz y da existencia y vida a las más inanimadas abstracciones, levanta con atrevida mano el hipócrita velo con que se encubrían los enemigos del reposo público, mostrando al desnudo sus miras interesadas, sus bajas intenciones y su sospechosa ambición. Los dos partidos que entonces dividían a Atenas aparecen en *La Paz* tras una alegoría transparente: el populacho, los demagogos, las gentes que no teniendo nada que perder se agrupaban alderredor de Alcibíades, en aquella jarcia de comerciantes de lanzas, cascos y escudos; y las personas sensatas y sinceramente amantes de su país, en el noble coro de labradores que ayuda al audaz Trigeo en la peligrosa tarea de libertar a la patria. Veamos cómo desarrolla Aristófanes la acción.

Trigeo o *viñador*, condolido de los males que afligen a su patria, se propone subir al Olimpo en demanda de la Paz; el único medio que para ello se le ocurre, es alimentar un enorme escarabajo, recordando la fábula

de Esopo en que aquel animalejo consigue llegar hasta el regazo del padre de los dioses. Caballero en el nuevo Pegaso, lánzase atrevidamente a los aires, desoyendo las advertencias de su atribulada familia. Llega por fin al cielo, donde Mercurio, después de un recibimiento descortés, se aviene a indicarle el modo de desenterrar a la Paz. Aparécese en esto la Guerra acompañada del Tumulto, y pone a la vista sus violencias majando en un inmenso mortero ciudades y regiones, mientras la Paz permanece relegada al fondo de una caverna, obstruida por enormes peñascos. Trigeo trata de darla libertad y convoca al efecto a ciudadanos de todos los países, principalmente labradores, que aparecen armados de cables y palancas. No todos ponen, sin embargo, igual ahínco en la consecución de la obra, pues mientras los atenienses y lacedemonios tiran con todas sus fuerzas, los de Mégara blandean por el hambre, y los de Argos y Beocia tratan, fingiendo ayuda, de anular sus esfuerzos con ánimo de obtener durante la guerra pingües subsidios de todos los beligerantes. Por fin la cautiva aparece, y con ella Opora y Teoría, personificaciones de la abundancia y de las fiestas anejas a la Paz. En medio del mayor júbilo se ofrece a la deidad rescatada un sacrificio, turbado solo por las pretensiones de Hierocles, sacerdote famélico, y las quejas de los vendedores de armas, a los que el nuevo orden de cosas va a arruinar.

La comedia concluye con las bodas de Trigeo y la Abundancia, celebradas por un alegre y estrepitoso canto de Himeneo.

Adolece esta pieza de un defecto capital, y es que la ficción admirablemente sostenida hasta que la Paz sale de la caverna, decae desde este momento y se arrastra lánguidamente hasta el final. Ni los más picantes chistes, ni multitud de encantadores detalles, parecidos, como dice

Pierron,[2] a islotes de pura poesía sobrenadando en un mar de obscenidades y bajezas, ni el diálogo siempre intencionado y vivo bastan para disimular la pobreza de la acción, que desde el verso 520,[3] es decir, mucho antes de la mitad de la comedia, queda reducida a los preparativos necesarios para el ofrecimiento de un holocausto y la celebración de unas bodas. A esto se agrega, observa Brumoy,[4] el hallarse llena *La Paz*, más que otras comedias, de enigmas, alusiones, metáforas y figuras de toda especie, cuyo gusto, aunque no lo podamos apreciar con la debida precisión, sin embargo, no era de los más selectos, pues fue ya objeto de acerbas críticas por parte de los contemporáneos de Aristófanes,[5] hasta tal punto que este, según la opinión más probable, los corrigió en una segunda edición, en la cual la Paz, personaje mudo en la conservada, debía de intervenir en el diálogo y la acción con su compañera la Agricultura.

La Paz se representó el año 13 de la guerra del Peloponeso, 420 antes de nuestra era, cuya fecha fija suficientemente Aristófanes en el verso 998 de la misma,[6] y obtuvo en el certamen el segundo lugar. «Quizá, observa un discreto intérprete,[7] al negarle los jueces la primera corona, quisieron castigar al poeta por haber tenido razón contra la ceguera popular.»

* * *

PERSONAJES.

* * *

Dos esclavos de Trigeo.

Trigeo.

Muchachas, hijas de Trigeo.

Mercurio.

La Guerra.

El Tumulto.

Coro de labradores.

Hierocles, adivino.

Un fabricante de hoces.

Un fabricante de penachos.

Un vendedor de corazas.

Un fabricante de trompetas.

Un fabricante de cascos.

Un fabricante de lanzas.

Un hijo de Lámaco.

Un hijo de Cleónimo.

La Paz.

Personajes mudos.

Opora o la Abundancia.

Teoría.

* * *

La acción pasa al principio delante de la casa de Trigeo.

* * *

LA PAZ.

* * *

ESCLAVO PRIMERO.

Vamos, vamos, trae pronto su pastelito al escarabajo.

ESCLAVO SEGUNDO.

Toma, dáselo a ese maldito. ¡Ojalá no coma otro mejor!

ESCLAVO PRIMERO.

Dale otro de excremento de asno.

ESCLAVO SEGUNDO.

Ahí lo tienes también. ¿Pero dónde está el que le trajiste hace un momento? ¿Se lo ha comido ya?

ESCLAVO PRIMERO.

¡Pues ya lo creo! Me lo arrebató de las manos, le dio una vueltecilla entre las patas, y se lo tragó enterito. Hazle, hazle otros más grandes y espesos.

ESCLAVO SEGUNDO.

¡Oh limpia-letrinas, socorredme en nombre de los dioses, si no queréis que me asfixie!

ESCLAVO PRIMERO.

Otro, otro, confeccionado con excrementos de bardaje; ya sabes que le gusta la masa muy molida.

ESCLAVO SEGUNDO.

Toma; lo que me consuela es hallarme al abrigo de una sospecha: nadie dirá que me como la pasta al amasarla.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Puf! Venga otro, otro, y otro; no ceses de amasar.

ESCLAVO SEGUNDO.

¡Imposible! No puedo resistir ya el olor de esta letrina. Voy a llevarlo

todo adentro.

ESCLAVO PRIMERO.

Idos al infierno ella y tú.

ESCLAVO SEGUNDO.

¿No me dirá alguno de vosotros que lo sepa, dónde podré comprar una nariz sin agujeros? Porque es el más repugnante de los oficios, esto de ser cocinero de un escarabajo. Al fin un cerdo o un perro se tragan nuestros excrementos tal y como se los encuentran, mas este animal anda siempre en repulgos, y ni aun se digna tocarlos, si no me he estado amasando un día entero la bolita, como si hubiera de ofrecerse a una joven delicada. Pero veamos si ha concluido de comer; voy a entreabrir un poquito la puerta, para que él no me distinga. ¡Traga, traga, atrácate hasta que revientes! ¡Cómo devora el maldito! Mueve las mandíbulas como un atleta sus membrudos brazos: luego agita la cabeza y las patas, como los que enrollan cables en las naves de carga. ¡Qué animal tan voraz, fétido e inmundo! No sé qué dios nos ha enviado semejante regalo, pero seguramente no han sido ni Venus ni las Gracias.

ESCLAVO PRIMERO.

¿Pues cuál?

ESCLAVO SEGUNDO.

Solo ha podido ser Júpiter fulminante.[8] Pero sin duda algún espectador, alguno de esos jóvenes presumidos de sabios, estará diciendo ya: ¿Qué es esto? ¿Qué significa ese escarabajo? Y un jonio[9] sentado a su lado, estoy seguro de que le responde: Todo esto, si no me engaño, se refiere a Cleón, pues es el único que no tiene reparo en alimentarse de basura.[10] Pero voy a dar agua al escarabajo.

* * *

ESCLAVO PRIMERO.

Y yo voy a explicar el asunto a los niños, a los mozos, a los hombres, a los viejos, y a los que han traspasado el término ordinario de la vida. Mi señor tiene una rara locura, no la vuestra,[11] sino otra completamente nueva. Todo el día se lo pasa mirando al cielo, con la boca abierta, e increpando a Júpiter de este modo: ¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas? Depón tu escoba, no barras la Grecia.

* * *

TRIGEO[12] (*Dentro*).

¡Ay! ¡Ay!

ESCLAVO PRIMERO.

Callemos. Se me figura haber oído su voz.

TRIGEO.

¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas hacer de nuestra patria? ¿No ves que se despueblan las ciudades?

ESCLAVO PRIMERO.

He ahí la manía de que acabo de hablaros. Esas palabras pueden daros una idea de ella; yo os diré las que pronunciaba cuando principió a revolvérsele la bilis. Hablando aquí mismo a solas, exclamaba: «¿Cómo podría yo ir derecho a Júpiter?» Construyó al efecto escalas muy ligeras, por las cuales, sirviéndose de pies y manos, trataba de subir al cielo, hasta que se cayó, rompiéndose la cabeza. Ayer se fue corriendo a no sé dónde, y volvió a casa con este enorme escarabajo, ligero como un caballo del Etna,[13] obligándome a ser su palafrenero. Mi amo le acaricia como si fuese un

potro, y le dice: «Pegasillo mío, generoso volátil, llévame de un vuelo hasta el trono de Júpiter.»[14] Pero voy a ver por esta rendija lo que hace. ¡Oh desgraciado! ¡Favor, favor, vecinos! ¡Mi dueño sube por el aire montado en el escarabajo!

* * *

TRIGEO (*En la escena*).

Despacio, despacio; poco a poco, escarabajo mío; refrena algo tu fogosidad; no confíes demasiado en tu fuerza; aguarda a que, después de sudar, el rápido movimiento de las alas haya dado agilidad a tus remos. Sobre todo, no despidas ningún mal olor; si estás dispuesto a hacerlo, más vale que te quedes en casa.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Oh dueño mío! ¿Estás loco?

TRIGEO.

¡Silencio! ¡Silencio!

ESCLAVO PRIMERO.

¿Pero a dónde diriges tu vuelo, temerario?

TRIGEO.

Vuelo para hacer la felicidad de todos los griegos; por ellos llevo a cabo esta nueva y atrevida empresa.

ESCLAVO PRIMERO.

Mas ¿qué intentas? ¡Oh, qué inútil locura!

TRIGEO.

Nada de palabras de mal agüero. Al contrario, pronúncialas favorables. Manda callar a todos; haz que cubran con nuevos ladrillos las letrinas y

cloacas, y que se pongan un tapón en el trasero.[15]

ESCLAVO PRIMERO.

No, no callaré, si no me dices a dónde enderezas el vuelo.

TRIGEO.

¿A dónde he de ir sino al cielo, a ver a Júpiter?

ESCLAVO PRIMERO.

¿Con qué intención?

TRIGEO.

Con la de preguntarle qué piensa hacer de todos los griegos.

ESCLAVO PRIMERO.

¿Y si no te lo dice?

TRIGEO.

Le citaré a juicio y le acusaré de hacer traición a los griegos en favor de los persas.[16]

ESCLAVO PRIMERO.

Por Baco, no harás eso mientras yo viva.

TRIGEO.

Pues no es posible otra cosa.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Ay, ay, ay! Chiquitas, que vuestro padre os abandona marchándose al cielo de tapadillo. ¡Ah! Suplicadle, suplicadle, pobrecitas huérfanas.

LA MUCHACHA.

¡Padre, padre! ¿Será verdad, como acaban de decirnos, que nos abandonas para ir a perderte con las aves en la región de los cuervos? Di, padre mío, ¿es verdad? Respóndeme, si me amas.

TRIGEO.

Sí, me marcho. Cuando me pedís pan, hijas mías, llamándome papá, se me parte el corazón al no hallar en toda la casa ni la sombra de un óbolo. Si salgo bien de la empresa, tendréis siempre que queráis una gran torta, sazonada con un buen bofetón.[17]

LA MUCHACHA.

Mas ¿cómo vas a hacer ese viaje? No hay navío que pueda conducirte.

TRIGEO.

Iré sobre este corcel alado; no necesito embarcarme.

LA MUCHACHA.

Pero, padre, ¿cómo se te ha ocurrido subir al cielo montado en un escarabajo?

TRIGEO.

Las fábulas de Esopo[18] dicen que es el único volátil que ha llegado hasta los dioses.

LA MUCHACHA.

¡Padre mío, padre mío! Eso es un cuento increíble. ¿Cómo ha podido llegar hasta los dioses un animal tan inmundo?

TRIGEO.

Subió por la enemistad que tuvo con el águila, y se vengó haciendo una tortilla con sus huevos.

LA MUCHACHA.

¿No era mejor que montases el alígero Pegaso y te presentases a los dioses con más trágico continente?[19]

TRIGEO.

Tontuela, ¿no conoces que hubiera necesitado doble provisión? Mientras así este se alimentará con lo que yo haya digerido.

LA MUCHACHA.

Y si cae del piélago en los húmedos abismos,[20] ¿cómo podrá salir a flote un animal alado?

TRIGEO.

Llevo un timón[21] que emplearé si hay necesidad; todo quedará reducido a que me sirva de nave un escarabajo de Naxos.[22]

LA MUCHACHA.

Después del naufragio, ¿qué puerto te acogerá?

TRIGEO.

¿Pues no hay en el Pireo el puerto del Escarabajo?[23]

LA MUCHACHA.

Ten mucho cuidado de no tropezar y caer. Si te quedas cojo, darás asunto a Eurípides para una tragedia, de la cual serás protagonista.[24]

TRIGEO.

Eso es cuenta mía. Adiós. (*A los espectadores.*) Vosotros, en cuyo obsequio sufro estos trabajos, absteneos durante tres días de todo desahogo, sólido ni fluido:[25] pues, si al cernerse en las alturas percibe mi corcel algún olor, se precipitará sobre la tierra y burlará mis esperanzas. Adelante, Pegaso mío; haz resonar tu freno de oro, endereza las orejas. ¡Oh! ¿Qué haces, qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza hacia las letrinas? Levántate atrevidamente de la tierra, y desplegando tus veloces alas, vuela en línea recta al palacio de Júpiter. Aparta por hoy el hocico de la basura, y de todos tus alimentos cotidianos. ¡Eh, buen hombre! ¿Qué haces ahí? A ti te digo, que haces tus necesidades en el Pireo, junto al Lupanar. ¿Quieres que me mate? ¿Quieres que me mate? Ocúltalo pronto, cúbrelo con un gran montón de tierra, planta encima serpol y riégalo con perfumes, pues si

llego a caer ahí y a causarme grave daño, en castigo de mi muerte tendrá que pagar cinco talentos la ciudad de Quíos[26] por tu condenado trasero. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué miedo! ¡Ya no tengo ganas de bromas! Mucha atención, maquinista. Un viento rebelde gira alderredor de mi ombligo: si no tienes suma precaución, voy a echarle un pienso al escarabajo.[27] Mas no debo estar lejos de los dioses, pues ya distingo la morada de Júpiter. ¿Quién es ese que está en la puerta? Abrid.

(*La escena cambia y representa el cielo.*)

* * *

MERCURIO.

Se me figura que huelo a hombre (*viendo a Trigeo*). ¡Oh Hércules! ¿Qué monstruo es ese que veo?

TRIGEO.

Un hipocántaro.[28]

MERCURIO.

Infame, atrevido, desvergonzado, bribón, rebribón, bribón más que todos los bribones juntos, ¿cómo has subido hasta aquí? ¿Cómo te llamas? ¡Pronto!

TRIGEO.

Bribón.

MERCURIO.

¿De dónde eres? ¡Contesta!

TRIGEO.

Bribón.

MERCURIO.

¿Quién es tu padre?

TRIGEO.

¿El mío? Bribón.

MERCURIO.

¡Por la Tierra! Vas a morir si no me dices tu nombre.

TRIGEO.

Soy Trigeo el Atmonense,[29] viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

MERCURIO.

¿A qué has venido?

TRIGEO.

A traerte estas viandas.

MERCURIO.

¡Oh pobrecillo! ¿Qué tal, qué tal el viaje?[30]

TRIGEO.

Glotonazo, ¿ya no te parezco bribón? Ea, vete a llamar a Júpiter.

MERCURIO.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! No creas que estás cerca de los dioses. Ayer mismo emigraron.

TRIGEO.

¿A qué lugar de la Tierra?

MERCURIO.

¡Oh! ¿De la Tierra?

TRIGEO.

En fin, ¿a dónde?

MERCURIO.

Lejos, muy lejos, al sitio más escondido y apartado de los cielos.

TRIGEO.

¿Cómo te has quedado aquí solo?

MERCURIO.

Para guardar la vajilla restante, los pucherillos, las tablillas y las pequeñas ánforas.[31]

TRIGEO.

¿Pero por qué han emigrado los dioses?

MERCURIO.

Por odio a los griegos. En los lugares que les estaban destinados han alojado a la guerra dándole amplios poderes para que os trate a su antojo. Ellos se han retirado muy lejos, por no presenciar vuestros combates ni oír vuestras súplicas.

TRIGEO.

¿Por qué razón nos tratan así? Dime.

MERCURIO.

Porque habéis preferido la guerra a la paz con que os han brindado mil veces. Los lacedemonios, si llegaban a conseguir alguna pequeña ventaja, exclamaban en seguida: «Por los Dióscuros,[32] nos la han de pagar los atenienses.» Por el contrario, si los atenienses salíais algo mejor librados y los lacedemonios venían a tratar de la paz, la contestación ya se sabía que había de ser: «Por Minerva,[33] no nos la pegáis; por Júpiter, no hay que darles crédito; ellos volverán mientras tengamos a Pilos.»[34]

TRIGEO.

Cierto, ese es nuestro lenguaje.

MERCURIO.

Por lo cual no sé si volveréis a ver a la Paz.

TRIGEO.

¿Pues a dónde se ha ido?

MERCURIO.

La Guerra la hundió en una profunda caverna.

TRIGEO.

¿En cuál?

MERCURIO.

Ahí, en ese abismo; ¿no ves cuántos peñascos ha amontonado encima para que nunca podáis recobrarla?

TRIGEO.

Y dime, ¿qué calamidad nos prepara?

MERCURIO.

Lo ignoro; solo sé que ayer a la tarde trajo un mortero de prodigioso tamaño.

TRIGEO.

¿Qué hará con ese mortero?

MERCURIO.

Piensa machacar en él las ciudades. Pero me marcho; si no me engaño, va a salir; ¡cómo alborota ahí dentro!

TRIGEO.

¡Ah, pobre de mí! ¡Huyamos! Yo también oigo el estruendo del mortero bélico.

* * *

LA GUERRA (*Trayendo un enorme mortero*).

¡Guay mortales, mortales, desdichados mortales! ¡Temblad por vuestras mandíbulas!

TRIGEO.

¡Oh poderoso Apolo, qué inmenso mortero! ¡Qué daño hace la sola vista de la Guerra! ¡Ese, ese es el monstruo sanguinario y cruel del cual huimos! ¡Oh, cómo se apoya sobre sus piernas![35]

LA GUERRA.

¡Oh Prasias, Prasias,[36] y una, y cien, y mil veces desgraciada, hoy feneces para siempre!

TRIGEO.

Hasta ahora, ciudadanos, nada va con vosotros; ese golpe cae sobre Lacedemonia.

LA GUERRA.

¡Ah Mégara, Mégara, cómo te voy a majar! Toda vas a ser reducida a menudo picadillo.

TRIGEO.

¡Oh, oh! ¡Cuántas y cuán amargas lágrimas para los Megarenses![37]

LA GUERRA.

¡Ah Sicilia, también tú pereces!

TRIGEO.

¡Míseras ciudades, vais a ser ralladas como queso!

LA GUERRA.

Ea, mezclemos un poco de miel del Ática.[38]

TRIGEO.

¡Eh! no, te aconsejo que emplees otra; esa cuesta a cuatro óbolos; economiza la miel del Ática.

LA GUERRA.

¡Hola! ¡eh, Tumulto!

* * *

EL TUMULTO.

¿Qué me quieres?

LA GUERRA.

¡Mucho ojo! ¿Te estás mano sobre mano, eh? Pues toma esta puñada.

TRIGEO.

¡Soberbio golpe!

EL TUMULTO.

¡Ay! señora.

TRIGEO.

¿Qué? ¿Se había untado el puño con ajos?[39]

LA GUERRA.

Tráeme volando una mano de mortero.

EL TUMULTO.

Pero, dueña mía, si no tenemos ninguna: como solo estamos aquí desde ayer...

LA GUERRA.

Vete a buscar una en Atenas; pero ¡vivo, vivo!

EL TUMULTO.

Ya corro. ¡Pobre de mí, si no la traigo!

TRIGEO.

Ea, ¿qué haremos, míseros mortales? Ya veis qué espantoso peligro nos amenaza. Si vuelve con la mano de mortero, esta va a entretenerse en

triturar a su gusto las ciudades. ¡Oh Baco, que muera antes de traerla!

LA GUERRA.[40]

¿Qué?

EL TUMULTO.

¿Cómo?

LA GUERRA.

¿No la traes?

EL TUMULTO.

¡Qué he de traer! Los atenienses han perdido la mano de su mortero, aquel curtidor que revolvía toda la Grecia.[41]

TRIGEO.

¡Oh, dicha! ¡Veneranda Minerva! ¡Con qué oportunidad ha muerto para la República! Antes de servirnos su guisado.

LA GUERRA.

Corre, pues, a buscar otra en Lacedemonia, y concluyamos de una vez.

EL TUMULTO.

Allá voy, señora.

LA GUERRA.

¡Te recomiendo la vuelta!

TRIGEO.

¿Qué va a ser de vosotros, ciudadanos? Llegó el momento crítico. Si por casualidad alguno de vosotros está iniciado en los misterios de Samotracia,[42] ahora es ocasión de desear un buen retortijón de pies al portador de la mano.

* * *

EL TUMULTO (*De vuelta*).

¡Ay qué desgraciado soy! ¡Ay, y mil veces ay!

LA GUERRA.

¿Qué es eso? ¿Tampoco traes nada ahora?

EL TUMULTO.

También los lacedemonios han perdido la mano de su mortero.

LA GUERRA.

¿Y cómo, gran canalla?

EL TUMULTO.

Se la habían prestado a otros en Tracia, y la han perdido.[43]

TRIGEO.

¡Bien, muy bien va, oh Dióscuros! Perfectamente bien; cobrad ánimo, mortales.

LA GUERRA.

Coge esos vasos y vuélvelos a llevar; yo entro también para hacer una mano de mortero.

* * *

TRIGEO.

Llegó el momento de repetir lo que cantaba Datis,[44] arrascándose sin pudor[45] en medio del día: «¡Qué gusto! ¡Qué placer! ¡Qué delicia!» Ahora, oh griegos, llegó la ocasión oportuna de olvidar querellas y combates, y de libertar a la Paz a quien todos amamos, antes de que nos lo impida alguna nueva mano de mortero.[46] Labradores, mercaderes, fabricantes, obreros, metecos, extranjeros, insulares, hombres de todos los países, acudid pronto, armaos de azadones, palancas y maromas. Por fin podremos beber

la copa del Buen Genio.[47]

* * *

CORO.

Acudamos todos a trabajar por la común salvación. Pueblos de la Grecia, libres de guerras sangrientas y combates, prestémonos hoy, como nunca, mutuo socorro. Este día amaneció en mal hora para Lámaco.[48] (*A Trigeo.*) Vamos, di lo que hay que hacer; dispon, ordena, manda. Estamos decididos a trabajar sin descanso, con máquinas y palancas, hasta volver a la luz a la más grande de las diosas, a la protectora más solícita de nuestras vidas.

TRIGEO.

¡Silencio! ¡Silencio! No vayan a despertar a la Guerra los gritos que os arranca la alegría.

CORO.

Nos ha regocijado ese edicto mandando libertar a la Paz. ¡Cuán distintos de esos otros que nos han ordenado tantas veces acudir con víveres para tres días!

TRIGEO.

Cuidado con aquel cerbero,[49] que está ahora en los infiernos; sus ladridos y aúllos podrían, como en vida, impedirnos libertar a la diosa.

CORO.

No hay nadie capaz de arrebatármela, como llegue a estrecharla entre mis brazos. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué gozo!

TRIGEO.

Por piedad, silencio, amigos míos, si no deseáis mi perdición. Como la

Guerra llegue a observar algo, saldrá y echará por tierra de un golpe todos nuestros planes.

CORO.

Aunque lo revuelva, pisotee y arruine todo, hoy no puedo contener la alegría.

TRIGEO.

¿Pero estáis locos? ¿Qué os sucede, ciudadanos? Por todos los dioses os lo pido, no echéis a perder con vuestros saltos la más hermosa empresa.

CORO.

Si yo no quiero bailar; mi alegría es tanta, que, sin quererlo yo, mis piernas saltan de gozo.

TRIGEO.

No más; terminad, terminad el baile.

CORO.

Ea, ya está terminado.

TRIGEO.

Lo dices, pero no lo haces.

CORO.

Vamos, permíteme hacer esta figura, y nada más.

TRIGEO.

Bueno, esa sola; pero cese en seguida la danza.

CORO.

Si te podemos servir en algo, no danzaremos.

TRIGEO.

¡Pero, malditos, si no acabáis!

CORO.

Déjame lanzar al aire la pierna derecha, y te juro concluir.

TRIGEO.

Os lo permito para que no me importunéis más.

CORO.

Pero justo es que la pierna izquierda haga lo mismo. Hoy no quepo en mí de júbilo; río y alboroto; para mí el dejar el escudo es tan grato como despojarme de la vejez.[50]

TRIGEO.

No os alegréis todavía; aún no es segura vuestra felicidad. Cuando la hayamos libertado, alegraos entonces, reíd y gritad. Porque entonces sí que podréis a vuestro antojo navegar o permanecer en casa, entregaros al sueño o al amor, asistir a las fiestas o a los banquetes, jugar al cótabo,[51] vivir como verdaderos sibaritas y exclamar: ¡Iu! ¡Iu!

CORO.

¡Ojalá llegue a ver ese día! Muchos trabajos he sufrido, y muchas veces, como Formión,[52] he dormido sobre la dura tierra. Ya no seré para ti, como antes, un juez intratable y severo de duro y áspero carácter, sino mucho más afable e indulgente, en cuanto me vea libre de las molestias de la guerra. Sobrado tiempo ha que nos destrozan y matan haciéndonos ir y venir al Liceo[53] con lanza y escudo. Pero di en qué podemos complacerte, pues una suerte feliz ha hecho que seas nuestro jefe.

TRIGEO.

Procuremos separar estas piedras.

* * *

MERCURIO

Bribón temerario, ¿qué pretendes hacer?

TRIGEO.

«Nada malo», como Cilicón.[54]

MERCURIO.

¡Te has perdido, desdichado!

TRIGEO.

Si llega a haber sorteo,[55] no lo dudo, pues habiendo de dirigirlo tú, ya sé lo que resultará.

MERCURIO.

¡Te has perdido! ¡Vas a morir!

TRIGEO.

¿En qué día?

MERCURIO.

Ahora mismo.

TRIGEO.

Aún no he comprado nada, ni harina, ni queso, para marchar a morir.[56]

MERCURIO.

Date por molido.

TRIGEO.

¡Imposible! ¿No había de haber advertido tanta felicidad?[57]

MERCURIO.

¿Ignoras que Júpiter ha amenazado con la muerte a todo el que sea sorprendido desenterrando a esa infeliz?

TRIGEO.

¿Es por consiguiente de absoluta necesidad que yo muera?

MERCURIO.

Sí por cierto.

TRIGEO.

Pues préstame tres dracmas para comprar un lechoncillo: debo iniciarme antes de morir.[58]

MERCURIO.

¡Oh Júpiter tonante!...

TRIGEO.

¡Oh Mercurio! Por todos los dioses te lo pido: no nos delates.

MERCURIO.

No puedo callarme.

TRIGEO.

¡Te lo ruego por las viandas que te he traído con tan buena voluntad!

MERCURIO.

Pero, desdichado, Júpiter me aniquilará si no te delato a gritos.[59]

TRIGEO.

¡Oh, por piedad, Mercurio mío! ¿Qué hacéis vosotros? ¿Estáis atónitos? Hablad, desdichados. ¿No veis que va a denunciarme?

CORO.

¡No, poderoso Mercurio, no, no, no lo harás! Si algún recuerdo conservas del placer con que comiste el lechoncillo que te ofrecí, ten en cuenta mi grata oblación.

TRIGEO.

Deidad poderosa, ¿no escuchas sus palabras lisonjeras?

CORO.

¡Oh, no cambies en ira tu bondad, tú el más humano y generoso de los

dioses! Si detestas el ceño y los penachos de Pisandro,[60] acoge propicio nuestras súplicas y déjanos libertar a la Paz. Así te inmolaremos sin cesar sagradas víctimas y honraremos tus altares con sacrificios espléndidos.

TRIGEO.

Vamos, cede a sus ruegos, pues ahora observan tu culto más fielmente que nunca.

MERCURIO.

Como que nunca han sido más ladrones.[61]

TRIGEO.

En cambio, te revelaré una vasta y terrible conspiración que se fragua contra todos los dioses.

MERCURIO.

Vamos, habla, quizá me hagas ceder.

TRIGEO.

La Luna y ese canalla de Sol os tienden lazos hace tiempo y entregan la Grecia a los bárbaros.

MERCURIO.

¿Por qué hacen eso?

TRIGEO.

Porque nosotros os ofrecemos sacrificios, y a ellos se los ofrecen los bárbaros.[62] Así es que es muy natural que deseen vuestra desaparición, para recibir ellos solos todas las oblaciones.

MERCURIO.

¡Ah!, ahora comprendo por qué de algún tiempo acá, el uno nos roba parte del día, y la otra nos presenta su disco carcomido.[63]

TRIGEO.

Es la verdad. Por tanto, querido Mercurio, ayúdanos con todas tus fuerzas a desenterrar la Paz. En adelante las grandes Panateneas, y todas las demás fiestas religiosas, las Diipolias, las Adonias, los Misterios, se celebrarán en tu honor; todas las ciudades, libertadas de sus males, sacrificarán a Mercurio preservador; y otros mil bienes lloverán sobre ti. Como una muestra, principio por regalarte este precioso vaso, para que hagas libaciones.

MERCURIO.

¡Ah!, los vasos de oro me enternecen. Manos a la obra, mortales: entrad y removed las piedras con azadones.

CORO.

Dispuestos estamos. Tú, el más ingenioso de los dioses, dirige nuestros trabajos como hábil arquitecto, y manda cuanto gustes; ya verás que no somos flojos para el trabajo.

TRIGEO.

Venga pronto la copa: inauguremos nuestro trabajo con una invocación a los dioses. La libación principia; guardad, guardad un silencio religioso. Roguemos a los dioses que en este día empiece para todos los griegos una era feliz: pidámosles que jamás tengan que embrazar el escudo cuantos de buen grado secunden nuestra empresa.

CORO.

Sí, por Júpiter; y que pase en paz la vida, en brazos de mi amada, revolviendo los carbones.[64]

TRIGEO.

¡Que todo el que prefiera la guerra, nunca acabe, oh divino Baco, de extraer de sus codos las puntas de las flechas!

CORO.

Si algún aficionado a mandar batallones se niega, oh Paz, a devolverte la luz, ¡sucédale en los combates lo que a Cleónimo![65]

TRIGEO.

Si algún fabricante de lanzas o revendedor de escudos desea la guerra para vender mejor sus mercancías, ¡que le secuestren unos bandidos y no coma más que cebada!

CORO.

Si alguno, ambicionando ser general, se niega a ayudarnos, o algún esclavo se dispone a pasarse al enemigo, sea atado a la rueda y muerto a palos; para nosotros todos los bienes; ¡Io! ¡Peán! ¡Io![66]

TRIGEO.

Suprime el Peán, y di solamente: ¡Io!

CORO.

¡Io! ¡Io!, ya no digo más que ¡Io!

TRIGEO.

A Mercurio, a las Gracias, a las Horas, a Venus, a Cupido.

CORO.

¿Y a Marte?

TRIGEO.

No.

CORO.

¿Y a Belona?[67]

TRIGEO.

No.

CORO.

Tirad todos: arranquemos las piedras con los cables.

MERCURIO.

¡Venga!

CORO.

¡Venga más!

MERCURIO.

¡Venga!

CORO.

¡Venga más, más!

MERCURIO.

¡Venga! ¡Venga!

TRIGEO.

Pero no todos arrastran igualmente. ¡Tirad todos a una! ¡Eh!, vosotros fingís que trabajáis. ¡Ah Beocios, Beocios!, lo habéis de sentir.[68]

MERCURIO.

¡Venga, pues!

TRIGEO.

¡Venga!

CORO.

Ea, tirad también vosotros.

TRIGEO.

Pues qué, ¿no tiro yo? ¿No estoy colgado de la cuerda y haciendo los mayores esfuerzos?

CORO.

¿Entonces por qué no adelanta la obra?

TRIGEO.

¡Ah Lámaco! Nos estorbas estándote ahí sentado. ¿Qué necesidad tenemos de tu Gorgona?[69]

MERCURIO.

Tampoco tiran esos argivos; es verdad que hace mucho tiempo que se ríen de nuestras desgracias; especialmente desde que obtienen subsidios de ambos bandos.[70]

TRIGEO.

Pero los lacedemonios, amigo mío, tiran con todas sus fuerzas.

CORO.

Mirad, los únicos que trabajan son los que manejan el azadón, y los armeros se lo estorban.

MERCURIO.

Tampoco los Megarenses hacen nada de provecho; sin embargo tiran abriendo enormemente la boca, como los perros cuando roen un hueso; pero los pobres están desmayados de hambre.[71]

TRIGEO.

Amigos, nada adelantamos; reunamos nuestros esfuerzos, y tiremos a una.

MERCURIO.

¡Venga!

TRIGEO.

¡Venga más!

MERCURIO.

¡Venga!

TRIGEO.

¡Más, por vida de Júpiter!

MERCURIO.

Poco adelantamos.

TRIGEO.

¿Habrá infamia como esta? Unos tiran a un lado, y los otros al contrario. ¡Argivos, argivos! ¡Que va a haber palos!

MERCURIO.

¡Venga, pues!

TRIGEO.

¡Venga!

CORO.

¡Qué canallas son algunos!

TRIGEO.

Vosotros, que deseáis ardientemente la Paz, tirad con fuerza.

CORO.

Hay algunos que nos lo impiden.

MERCURIO.

¿No os iréis al infierno, megarenses? La diosa os detesta, recordando que fuisteis los primeros en untarla con ajos.[72] Vosotros, atenienses, no tiréis ya de ese lado; está visto que solo podéis ocuparos de procesos. Pero si queréis libertar a la Paz, retiraos hacia el mar un poco.[73]

CORO.

Ea, amigos labradores, demos fin a este trabajo.

MERCURIO.

La cosa va mucho mejor, ciudadanos.

CORO.

Dice que la cosa marcha; ea, redoblemos todos nuestros esfuerzos.

TRIGEO.

Solo los labradores, y nadie más, hacen adelantar la obra.

CORO.

¡Firme, pues! ¡Firme todo el mundo! ¡Ya nos acercamos! No hay que ceder. ¡Ánimo! ¡Ánimo! Ya está concluido. Ahora, ¡venga!, ¡venga!, ¡venga!, ¡venga!, ¡venga, todos a una!

(*La Paz sale de la caverna acompañada de Opora y Teoría.*)

* * *

TRIGEO.

¡Oh Diosa venerable que nos prodigas las uvas!, ¿qué oración te dirigiré? ¿Dónde podré hallar para saludarte palabras equivalentes a diez mil ánforas?[74] No tengo ninguna en casa. Salud, Opora, y tú también, Teoría.[75] ¡Qué hechicero es tu rostro, Teoría! ¡Qué perfume se exhala de tu seno! Es dulce y delicado como la exención de la milicia, o el más precioso aroma.

MERCURIO.

¿No es un olor semejante al de la mochila militar?

CORO.

¡Oh enemigo detestable, tu morral asqueroso me da náuseas! Apesta a cebollas; mientras que al lado de esta amable Diosa todo se vuelven sazonados frutos; convites, Dionisiacas, flautas, poetas, cómicos, cantos de Sófocles, tordos, versitos de Eurípides...

TRIGEO.

¡Desdichado!, no la calumnies. ¿Cómo ha de amar a ese fabricante de sutilezas y sofismas?

CORO.

...hiedras, coladores de vino, baladoras ovejas, mujeres campesinas de bella garganta, la esclava ebria, el ánfora derribada y otras mil cosas buenas.

MERCURIO.

Mira, mira cómo hablan unas con otras las ciudades y se ríen de todo corazón; sin embargo, todas tienen terribles heridas y enormes ampollas.

TRIGEO.

Mira también a los espectadores; por el semblante de cada cual conocerás su oficio.

MERCURIO.

¡Ah! ¿No ves a ese fabricante de penachos cómo se arranca los cabellos? Aquel que hace azadones se ríe en las barbas de un fabricante de espadas.[76]

TRIGEO.

¿Ves tú cómo se regocija ese otro fabricante de hoces, y señala con el dedo a un fabricante de lanzas?

MERCURIO.

Ea, manda a los labradores que se retiren.

TRIGEO.

Pueblos, escuchad: vuelvan cuanto antes a los campos los labradores con sus aperos, dejándose de lanzas, espadas y flechas: la antigua Paz reina ya en estos lugares. Vuelvan, pues, todos a las rústicas faenas, después de entonar un jubiloso Peán.

CORO.

¡Oh día deseado por los hombres de bien y los campesinos! ¡Con qué placer tornaré a ver mis viñas y a saludar, después de tantos tiempos, las frondosas higueras plantadas en mi juventud!

TRIGEO.

Principiemos, amigos míos, por adorar a la diosa que nos ha libertado de Gorgonas y penachos, y corramos después a nuestros campos, provistos de sabroso almuerzo.

MERCURIO.

¡Oh Neptuno, cómo alegra la vista ese batallón de labradores, apretados como la masa de una torta, o los convidados en un banquete público!

TRIGEO.

¡Sí; mirad cómo brillan las palazadas! ¡Cómo los zarcillos de tres dientes relucen al sol! ¡Qué derechos surcos va a trazar esa turba feliz! Yo también deseo marchar al campo y remover aquellas pocas tierras, tanto tiempo abandonadas. ¡Acordaos, amigos míos, de nuestra antigua vida, regocijada con los dones que la diosa entonces nos dispensaba! ¡Acordaos de aquellas cestas de higos secos y frescos; acordaos de los mirtos, del dulce mosto, de las violetas ocultas en las orillas de la fuente y de las aceitunas tan deseadas! Por tan inmensos beneficios adoremos a la Diosa.

CORO.

¡Salve, salve, deidad querida, tu vuelta llena de regocijo nuestras almas! Lejos de ti me abrumaba el dolor, me consumía el ardiente afán de volver a mis campos. Tú eres para todos el mayor de los bienes, la más anhelada dicha. Tú el único sostén de los que viven cultivando la tierra. Bajo tu imperio, sin dispendios ni fatigas, disfrutábamos de mil dulces placeres; tú eras nuestro pan cotidiano, nuestra salud, nuestra vida. Por eso las vides y jóvenes higueras y todas nuestras plantas te acogen jubilosas, y sonríen a tu venida. (*A Mercurio.*) Pero tú, el más benévolo de los dioses, dinos dónde

ha estado encerrada tanto tiempo.

MERCURIO.

Sabios labradores, escuchad mis palabras, si queréis saber cómo la habéis perdido. La desgracia de Fidias[77] fue la primera causa; en seguida Pericles, temeroso de la misma suerte, desconfiando de vuestro carácter irritable, creyó que el mejor modo de evitar el peligro personal era poner fuego a la República. Su decreto contra Mégara fue la pequeña chispa que produjo la vasta conflagración de una guerra, cuyo humo ha arrancado tantas lágrimas a todos los griegos, a los de aquí y a los de otras comarcas. Al primer rumor de ese incendio, crujieron a su pesar nuestras cepas; la tinaja, bruscamente removida, chocó contra la tinaja; nadie podía ya contener el mal, y la Paz desapareció.

TRIGEO.

He ahí, por Apolo, cosas completamente ignoradas; yo a nadie había oído que Fidias estuviese relacionado con la Diosa.

CORO.

Ni yo tampoco hasta ahora. Sin duda la Paz debe su hermosura a su alianza con él. ¡Cuántas cosas ignoramos!

MERCURIO.

Entonces, conociendo las ciudades sometidas a vuestro mando que, exasperados unos contra otros, estabais próximos a despedazaros, pusieron en práctica todos los medios para eximirse del pago de los tributos y ganaron a fuerza de oro a los lacedemonios principales. Estos, como avaros que son y despreciadores de todo extranjero, muy pronto arrojaron ignominiosamente a la Paz, y se declararon por la Guerra. La fuente de sus ganancias lo fue de ruina pera los pobres labradores; pues bien pronto

vuestras trirremes fueron, en represalias, a comerse sus higos.

TRIGEO.

Muy bien hecho. También ellos me cortaron a mí una higuera negra que yo mismo había plantado y dirigido.

CORO.

Sí, muy bien hecho, por Júpiter; a mí también me rompieron de una pedrada una medida con seis medimnas de trigo.

MERCURIO.

Los trabajadores del campo, reunidos después en la ciudad,[78] se dejaron comprar como los otros; echaban de menos, es cierto, sus uvas y sus higos, pero en cambio oían a los oradores. Estos, conociendo la debilidad de los pobres, y la extremada miseria a que estaban reducidos, ahuyentaron a la Paz a fuerza de clamores, como si fueran horquillas, siempre que, arrastrada por su amor a este país, apareció entre nosotros: vejaban a los más poderosos y opulentos de nuestros aliados, acusándolos de ser partidarios de Brásidas. Y vosotros os arrojabais como perros sobre el infeliz calumniado y lo despedazabais rabiosamente; pues la república, pálida de hambre y temerosa, devoraba con feroz placer cuantas víctimas le presentaba la calumnia. Los extranjeros, viendo los terribles golpes que asestaban estos oradores, les tapaban la boca con oro, de suerte que los enriquecieron, mientras la Grecia se arruinaba sin que lo advirtieseis. El autor de tantos males era un curtidor.[79]

TRIGEO.

Cesa, cesa, Mercurio, de recordarme a ese hombre; déjale en paz en los infiernos, donde sin duda está: ya no es nuestro, sino tuyo;[80] por consiguiente, cuanto digas de él, aunque en vida haya sido canalla,

charlatán, delator, revoltoso y trastornador, recaerá sobre uno de tus súbditos. (*A la Paz.*) Pero ¿por qué callas, oh Diosa?

MERCURIO.

No conseguirás que revele a los espectadores la causa de su silencio; está muy irritada por lo que le han hecho sufrir.

TRIGEO.

Pues que te diga a ti siquiera algunas palabras.

MERCURIO.

Amiga querida, dime cuál es tu ánimo respecto a estos. Habla, mujer la más enemiga de los escudos. Bien, ya escucho. (*Supone que le habla al oído.*) Esas son tus quejas; comprendo. (*A los espectadores.*) Oíd vosotros sus acusaciones. Dice que cuando después de los sucesos de Pilos[81] se presentó ella voluntariamente con una cesta llena de tratados, la rechazasteis tres veces en la asamblea popular.

TRIGEO.

Es verdad, faltamos en eso; pero perdónanos: nuestra inteligencia estaba entonces rodeada de cueros.[82]

MERCURIO.

Escucha ahora la pregunta que acaba de hacerme. «¿Quién de vosotros era su mayor enemigo? ¿Quién trabajó más por la terminación de la guerra?»

TRIGEO.

Su más fiel amigo era sin duda alguna Cleónimo.

MERCURIO.

¿Y qué tal era ese Cleónimo en punto a guerra?

TRIGEO.

Lo más intrépido, solo que no es hijo de quien se decía, pues en cuanto va al ejército, prueba suficientemente, arrojando las armas, que es un hijo supuesto.[83]

MERCURIO.

Escucha lo que acaba de preguntarme. ¿Quién manda ahora en la tribuna del Pnix?

TRIGEO.

Hipérbolo[84] es el dueño absoluto. (*A la Paz.*) ¡Ah! ¿Qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza?

MERCURIO.

Aparta el rostro indignada de que el pueblo haya aceptado tan perverso jefe.

TRIGEO.

¡Bueno! ya no lo emplearemos más; el pueblo, viéndose sin guía y en completa desnudez, se ha servido de ese hombre como de una copa encontrada por casualidad.

MERCURIO.

La Paz quiere saber las ventajas que eso traerá a la república.

TRIGEO.

Lo veremos todo más claro.

MERCURIO.

¿Por qué?

TRIGEO.

Porque es comerciante de lámparas.[85] Antes dirigíamos todos los negocios a tientas en la oscuridad; ahora los resolveremos a la luz de una lámpara.

MERCURIO.

¡Oh! ¡Oh! ¡Lo que me manda preguntarte!

TRIGEO.

¿Sobre qué?

MERCURIO.

Sobre mil antiguallas, que dejó al partir. Lo primero que desea saber es qué hace Sófocles.

TRIGEO.

Lo pasa muy bien; pero le ha sucedido una cosa extraordinaria.

MERCURIO.

¿Cuál?

TRIGEO.

De Sófocles se ha convertido en Simónides.[86]

MERCURIO.

¡En Simónides! ¿Cómo?

TRIGEO.

Achacoso y viejo, es capaz por ganarse un óbolo de navegar sobre un zarzo.

MERCURIO.

¿Y el sabio Cratino[87] vive todavía?

TRIGEO.

Murió cuando la invasión de los lacedemonios.[88]

MERCURIO.

¿Qué le sucedió?

TRIGEO.

¿Qué? Se desfalleció, no pudiendo resistir a la pena que le produjo el

ver romperse una tinaja llena de vino. ¿Cuántas desgracias como esta crees que han afligido a esta ciudad? Así es que en adelante, señora, nada podrá apartarnos de ti.

MERCURIO.

En ese supuesto, te entrego a Opora por mujer; vete a vivir con ella en el campo, y producid ricas uvas.[89]

TRIGEO.

Acércate, amada mía, y dame un dulce beso. Dime, poderoso Mercurio: ¿me vendrá algún daño de holgarme con Opora después de tan larga abstinencia?

MERCURIO.

No, como en seguida tomes una infusión de poleo.[90] Pero ante todo acompaña a Teoría al Senado, su antigua morada.

TRIGEO.

¡Oh Senado, qué dichoso vas a ser albergando bajo tu techo a tan amable huésped! ¡Cuánta salsa sorberás en estos tres días![91] ¡Qué de carnes y entrañas cocidas no comerás! Adiós, pues, mi querido Mercurio.

MERCURIO.

¡Adiós, honrado Trigeo; que lo pases bien y que te acuerdes de mí!

TRIGEO.

¡Escarabajo mío, volemos, volemos a casa!

MERCURIO.

Si no está aquí, amigo mío.

TRIGEO.

¿Pues adónde se fue?

MERCURIO.

Está uncido al carro de Júpiter y es portador del rayo.[92]

TRIGEO.

Pero ¿dónde hallará el infeliz sus alimentos?

MERCURIO.

Comerá la ambrosía de Ganimedes.[93]

TRIGEO.

Y yo, ¿cómo bajaré?

MERCURIO.

No tengas miedo, por aquí... junto a la Diosa.

TRIGEO.

Ea, lindas muchachas, seguidme pronto; son muchos los que os esperan enardecidos por el amor.[94]

* * *

CORO.

Vete contento. Nosotros entre tanto encomendamos a nuestros servidores la custodia de estos objetos,[95] pues no hay lugar menos seguro que la escena: alrededor de ella andan siempre escondidos muchos ladrones, acechando la ocasión de atrapar algo. (*A los criados.*) Guardadnos bien todo eso, mientras nosotros explicamos a los concurrentes el objeto de esta obra, y la intención que nos anima. Merecería ciertamente ser apaleado el poeta cómico que, dirigiéndose a los espectadores, se elogiase a sí propio en los anapestos.[96] Pero si es justo, oh hija de Júpiter, el tributar todo linaje de honores al más sobresaliente y famoso en el arte de hacer comedias, nuestro autor se considera digno de los mayores elogios. En primer lugar, es el único que ha obligado a sus rivales a suprimir sus

gastadas burlas sobre los harapos, y sus combates contra los piojos; además él ha puesto en ridículo y ha arrojado de la escena a aquellos Hércules,[97] panaderos hambrientos, siempre fugitivos y bellacos, y siempre dejándose apalear de lo lindo; y ha prescindido, por último, de aquellos esclavos que era de rigor saliesen llorando, solo para que un compañero, burlándose de sus lacerías, les preguntase riendo: «Hola, pobrecillo. ¿Qué le ha pasado a tu piel? ¿Acaso un puerco-espin ha lanzado sobre tu espalda un ejército de púas, llenándola de surcos?» Suprimiendo estos insultos e innobles bufonadas, ha creado para vosotros un gran arte, parecido a un palacio de altas torres, fabricado con hermosas palabras, profundos pensamientos, y chistes no vulgares. Jamás sacó a la escena particulares oscuros ni mujeres; antes bien, con hercúleo esfuerzo arremetió contra los mayores monstruos, sin arredrarle el hedor de los cueros ni las amenazas de un cenagal removido. Yo fui el primero que ataqué audazmente a aquella horrenda fiera de espantosos dientes, ojos terribles, flameantes como los de Cinna, rodeada de cien infames aduladores que le lamían la cabeza, de voz estruendosa como la de destructor remolino, de olor a foca, y de partes secretas que, por lo inmundas, recuerdan las de las lamias y camellos.[98] La vista de semejante monstruo no me atemorizó; al contrario, salí a su encuentro y peleé por vosotros y por las islas. Motivo es este para que premiéis mis servicios y no es olvidéis de mí. Además, en la embriaguez del triunfo, no he recorrido las palestras seduciendo a los jóvenes,[99] sino que, recogiendo mis enseres, me retiraba al punto, después de haber molestado a pocos, deleitado a los más, y cumplido en todo con mi deber. Por tanto, hombres y niños han de declararse a mi favor; y hasta los calvos deben por propio interés contribuir a mi victoria; pues si salgo vencedor, todos dirán

en la mesa y en los festines: «Llévale al calvo; dale esta confitura al calvo; no neguéis nada a ese nobilísimo poeta, ni a su brillante frente.»[100]

SEMICORO.

Oh Musa, ahuyenta la guerra y ven conmigo a presidir las danzas, a celebrar las bodas de los dioses, los festines de los hombres y los banquetes de los bienaventurados. Estos son tus placeres. Si Carcino[101] viene, y te suplica que bailes con sus hijos, no le atiendas ni le ayudes en nada; considera que son unos bailarines de delgado cuello a modo de codornices domésticas, enanos chiquititos, como excrementos de cabra; en fin, poetas de tramoya.[102] Su padre dice que la única de sus piezas que, contra toda esperanza, tuvo éxito, fue estrangulada a la noche por una comadreja.[103]

SEMICORO.

Tales son los himnos que las Gracias de hermosa cabellera inspiran al docto poeta cuando la primaveral golondrina gorjea entre el follaje; y Morsino y Melantio[104] no pueden obtener un coro: este me desgarró los oídos con su desentonada voz, cuando consiguieron su coro trágico, él y su hermano, dos glotones como las Arpías y Gorgonas, devoradores de rayas, amantes de las viejas, impuros, que apestan a chivo, y son el azote de los peces. ¡Oh Musa! Envuélvelos en un inmenso gargajo, y ven a celebrar la fiesta conmigo.

* * *

TRIGEO.

¡Qué empresa tan difícil era la de llegar hasta los dioses! Tengo como magulladas las piernas. ¡Qué pequeñitos me parecíais desde allá arriba; cierto que mirados desde el cielo parecéis bastante malos, pero desde aquí

mucho peores!

UN ESCLAVO.

¿Estás aquí, señor?

TRIGEO.

Eso he oído decir.

EL ESCLAVO.

¿Cómo te ha ido?

TRIGEO.

Me duelen las piernas: ¡el camino es tan largo!

EL ESCLAVO.

Vamos, dime...

TRIGEO.

¿Qué?

EL ESCLAVO.

¿Has visto algún otro hombre vagando en la región del cielo?

TRIGEO.

No: solo he visto dos o tres almas de poetas ditirámbicos.[105]

EL ESCLAVO.

¿Qué hacían?

TRIGEO.

Trataban de coger al vuelo preludios líricos, perdidos en el aire.

EL ESCLAVO.

¿Has averiguado si es verdad, como se dice, que después de muertos nos convertimos en estrellas?

TRIGEO.

Sí por cierto.

EL ESCLAVO.

¿Qué astro es aquel que se distingue allí?

TRIGEO.

Ion de Quíos,[106] el autor de una oda que principiaba: «Oriente.» En cuanto pareció en el cielo todos le llamaron: «Astro oriental».

EL ESCLAVO.

¿Quiénes son esas estrellas que corren dejando un rastro de luz?

TRIGEO.

Son estrellas de los ricos que vuelven de cenar llevando una linterna y en ella una luz. Pero concluyamos: llévate cuanto antes a casa a esta joven;[107] limpia la bañera; calienta el agua, y prepara para ella y para mí el lecho nupcial. En cuanto concluyas, vuelve aquí. Mientras tanto, devolveré esta otra[108] al Senado.

EL ESCLAVO.

¿De dónde traes estas mujeres?

TRIGEO.

¿De dónde? Del cielo.

EL ESCLAVO.

Pues no doy un óbolo por los dioses, si se dedican a rufianes como los hombres.

TRIGEO.

No lo son todos; pero hay algunos que viven de ese oficio.

EL ESCLAVO.

Vamos, pues. ¡Ah! dime, ¿le daré algo de comer?

TRIGEO.

Nada, no querrá comer ni pan ni pasteles, pues está acostumbrada a

beber la ambrosía con los dioses.

EL ESCLAVO.

Habrá, pues, que prepararle algo de beber.[109]

(*Vase.*)

* * *

CORO.

Ese anciano, al parecer, es sumamente feliz.

TRIGEO.

¿Qué diréis cuando me veáis adornado para la boda?

CORO.

Rejuvenecido por el amor, perfumado con exquisitas esencias, tu felicidad es envidiable, anciano.

TRIGEO.

Es verdad. ¡Y cuando, acostado con ella, bese su seno!

CORO.

Serás más feliz que esos trompos, hijos de Carcino.

TRIGEO.

¿No merecía esta recompensa el haber salvado a los griegos, montado en mi escarabajo? Gracias a mí, todos pueden vivir en el campo y gozar tranquilamente del amor y del sueño.

* * *

EL ESCLAVO (*De vuelta*).

La joven se ha lavado, y todo su cuerpo está resplandeciente de hermosura; la torta está cocida, amasado el sésamo[110] y preparado todo lo demás; solo falta el esposo.[111]

TRIGEO.

Ea, apresurémonos a llevar a Teoría al Senado.

EL ESCLAVO.

¿Qué dices? ¿Es esa Teoría aquella muchacha con la cual fuimos una vez a Braurón[112] a beber y a refocilarnos?

TRIGEO.

La misma; no me ha costado poco el cogerla.[113]

EL ESCLAVO.

¡Oh señor, qué placeres nos proporciona cada cinco años!

TRIGEO.

¡Ea! ¿Quién de vosotros es de fiar? ¿Quién de vosotros se encarga de guardar esta joven y de llevarla al Senado? ¡Eh, tú! ¿Qué dibujas ahí?

EL ESCLAVO.

El plano de la tienda que quiero levantar en el Istmo.[114]

TRIGEO.

Vamos, ¿ninguno quiere encargarse de guardarla? (*A Teoría*.) Ven acá; te colocaré en medio de ellos.

EL ESCLAVO.

Ese hace señas.

TRIGEO.

¿Quién?

EL ESCLAVO.

¿Quién? Arifrades[115] te suplica que se la lleves.

TRIGEO.

No por cierto: pronto la dejaría extenuada.[116] Vamos, Teoría, deja ahí todo eso.[117]

Senadores y pritáneos, contemplad a Teoría: ved los infinitos bienes que con ella os entrego; podéis al instante levantar las piernas de esta víctima y consumar el sacrificio. Mirad qué hermoso es este fogón; el hollín lo ha ennegrecido; en él, antes de la guerra, solía el Senado colocar sus cacerolas. Mañana podremos emprender con ella deliciosas contiendas, luchar en el suelo, o a cuatro pies, o inclinados, o apoyándonos sobre la rodilla echarla de costado, y, ungidos como los atletas en el pancracio, atacarla denodadamente con los puños y otros miembros. Al tercer día empezaréis las carreras de caballos; cada jinete empujará a su adversario; los tiros de los carros, derribados unos sobre otros y relinchando jadeantes, se darán sacudidas mutuas; mientras otros aurigas, rechazados de su asiento, rodarán al suelo cerca de la meta.[118] Pritáneos, recibid a Teoría. ¡Oh, con qué gozo la acompaña ese! No hubieras estado tan solícito para llevarla al Senado, si se tratase de un asunto gratuito:[119] no hubiera faltado el pretexto de las ocupaciones.

CORO.

Un hombre como tú es útilísimo a la república.

TRIGEO.

Cuando vendimiéis, conoceréis mejor lo que valgo.

CORO.

Ya lo has demostrado bastante, siendo el salvador de todos los hombres.

TRIGEO.

Me dirás todo eso cuando bebas el vino nuevo.

CORO.

Siempre te creeremos el ser más grande después de los dioses.

TRIGEO.

Mucho me debéis a mí, Trigeo el Atmonense; pues he libertado de gravísimos males a la población rústica y urbana, y he reprimido a Hipérbolo.

CORO.

Dinos lo que debemos hacer ahora.

TRIGEO.

¿Qué cosa mejor que ofrecer a la Paz unas ollas llenas de legumbres?[120]

CORO.

¡Ollas de legumbres, como al pobre Mercurio que las encuentra tan poco nutritivas!

TRIGEO.

¿Pues qué queréis? ¿Un buey cebado?

CORO.

¡Un buey! No, de ningún modo; habría quizá que socorrer a alguno.[121]

TRIGEO.

¿Un puerco grande y gordo?

CORO.

No, no.

TRIGEO.

¿Por qué?

CORO.

Por miedo a las *porquerías* de Teágenes.

TRIGEO.

¿Pues cuál víctima queréis?

CORO.

Una oveja.

TRIGEO.

¿Una oveja?

CORO.

Sí.

TRIGEO.

Pero pronuncias esa palabra como los jonios.[122]

CORO.

De intento; así, si en la Asamblea dice alguno: «es preciso hacer la guerra», los asistentes espantados gritarán en jónico: «¡Oi! ¡Oi!»

TRIGEO.

Perfectamente.

CORO.

Y serán pacíficos. De esta manera seremos unos con otros como corderos, y mucho más indulgentes con los aliados.

TRIGEO.

Ea, traed cuanto antes una oveja: en tanto prepararé yo el altar para sacrificarla.

CORO.

¡Qué bien sale todo, con la ayuda de los dioses y el favor de la fortuna! ¡Qué oportunamente llega todo!

TRIGEO.

Es la pura verdad; porque ya está el altar en la puerta.

CORO.

Apresuraos, pues, mientras los dioses encadenan el soplo inconstante de la guerra. Evidentemente una divinidad cambia en bienes nuestras

miserias.

TRIGEO.

Aquí está la cesta, con la *salsa mola*,[123] la corona y el cuchillo: también el fuego; de modo que solo falta la oveja.

CORO.

Apresuraos, apresuraos; porque si os ve Queris,[124] vendrá sin que se le llame, y tocará la flauta hasta que os veáis obligados a taparle la boca con algo, para premiar sus fatigas.

TRIGEO.

Vamos, coge la cesta y el agua lustral, y da cuanto antes una vuelta por la derecha alrededor del ara.

EL ESCLAVO.

Ya he dado la vuelta; manda otra cosa.

TRIGEO.

Aguarda a que sumerja este tizón en el agua. Tú rocía el altar; tú dame un poco de *salsa mola*; purifícate y alárgame después el vaso; y luego esparce sobre los espectadores el resto de la cebada.

EL ESCLAVO.

Ya está.

TRIGEO.

¿Ya la has arrojado?

EL ESCLAVO.

Sí por cierto; ninguno de los espectadores deja de tener su porción de cebada.[125]

TRIGEO.

Pero las mujeres no la han recibido.

EL ESCLAVO.

Sus maridos se la darán a la noche.

TRIGEO.

Oremos. ¿Quién está aquí? ¿Dónde está esa multitud de hombres de bien?

EL ESCLAVO.

Aguarda a que les dé a estos; son muchos y buenos.

TRIGEO.

¿Los crees buenos?

EL ESCLAVO.

¿Cómo no, si a pesar de haberles rociado de lo lindo están firmes y plantados en su puesto?

TRIGEO.

Oremos, pues, cuanto antes; ¡oremos ya!

¡Augusta reina, diosa venerable, oh Paz, que presides las danzas e himeneos, dígnate aceptar nuestro sacrificio!

EL ESCLAVO.

Acéptalo, oh la más honrada de las diosas, y no hagas como esas mujeres que engañan a sus maridos. Esas, digo, que miran por la puerta entreabierta, y cuando alguno se fija en ellas, se retiran; después, si se aleja, vuelven a mirar. ¡Oh, no hagas eso con nosotros!

TRIGEO.

Al contrario, como una mujer honrada, muéstrate sin rebozo a tus adoradores que hace trece años nos consumimos lejos de ti. Pon término a las luchas y tumultos, y merece el nombre de Lisímaca;[126] corrige esta suspicacia y charlatanería que engendra nuestras mutuas calumnias; une de

nuevo a los griegos con los dulces vínculos de la amistad, y predisponlos a la benignidad y a la indulgencia; haz, en fin, que en nuestra plaza abunden las mejores mercancías, ristras de ajos, cohombros tempranos, manzanas, granadas, y pequeñas túnicas para los esclavos; que afluyan a ella los beocios cargados de gansos, ánades y alondras; que vengan con cestos de anguilas del Copáis,[127] y amontonados en torno de ellas, luchemos entre la turba de compradores, con Móricos, Téleas y Glaucetes[128] y otros glotones ilustres; y que Melantio, llegando el último al mercado, y viéndolo todo vendido, se lamente y exclame como en su *Medea*: «¡Yo muero! ¡Me han abandonado las que se esconden entre las acelgas!»[129] y que todos se rían de su desgracia. Concédenos, Diosa veneranda, esto que te pedimos.

EL ESCLAVO.

Coge el cuchillo y degüella la oveja como un cocinero consumado.

TRIGEO.

Eso no es lícito.

EL ESCLAVO.

¿Por qué?

TRIGEO.

La Paz aborrece la matanza, y por eso nunca se ensangrienta su altar. Por lo tanto, llévate adentro la víctima, mátala y trae las dos piernas; de este modo la oveja se guardará para el Corega.

(*El esclavo entra en la casa.*)

* * *

CORO.

Tú, que permaneces aquí, reúne pronto las astillas y todo lo necesario

para el sacrificio.

TRIGEO.

¿No os parece que dispongo el hogar como el más experto adivino?

CORO.

¿Por qué no? ¿Acaso ignoras algo de cuanto un sabio debe conocer? ¿No preves todo lo que un hombre de reconocida habilidad y audacia afortunada debe prever?

TRIGEO.

El humo de las astillas incomoda a Estílbides.[130] Traeré una mesa y me pasaré sin criado.

CORO.

¿Quién no ensalzará a un hombre que, arrostrando infinitos peligros, salvó la ciudad sagrada? Jamás dejará de ser admirado por todos.

* * *

EL ESCLAVO (*De vuelta*).

Cumplí tus órdenes. Toma las piernas y ponlas sobre el fuego: yo voy a buscar las entrañas y la torta.

TRIGEO.

Eso corre de mi cuenta; pero necesitaba que vinieses.

EL ESCLAVO.

Pues aquí estoy. ¿Te parece que he tardado?

TRIGEO.

Asa bien eso. Pero ahí se acerca uno coronado de laurel. ¿Quién es ese hombre?

EL ESCLAVO.

¡Qué arrogante parece! Sin duda, algún adivino.

TRIGEO.

No, por Júpiter, es Hierocles.[131]

EL ESCLAVO.

¡Ah! Ese charlatán de oráculos, habitante de Orea.[132] ¿Qué nos querrá decir?

TRIGEO.

Claro está que vendrá a oponerse a la Paz.

EL ESCLAVO.

No, lo que le atrae es el olor de las viandas.

TRIGEO.

Hagamos como que no le vemos.

EL ESCLAVO.

Tienes razón.

* * *

HIEROCLES.

¿Qué sacrificio es este y a qué dios lo ofrecéis?

TRIGEO.[133]

Asa eso callando; cuidado con los riñones.

HIEROCLES.

¿Pero no me diréis a qué dios sacrificáis?

TRIGEO.

La cola tiene buena traza.

EL ESCLAVO.

Muy buena, oh Paz veneranda y querida.

HIEROCLES.

Vamos, corta ya y ofrece las primicias.

TRIGEO.

Antes ha de asarse bien.

HIEROCLES.

Ya está bien asada.

TRIGEO.

Quienquiera que seas, eres demasiado curioso. Corta: ¿dónde está la mesa? Trae las libaciones.

HIEROCLES.

La lengua se corta aparte.

TRIGEO.

Lo sabemos; ¿sabes tú lo que debías hacer?

HIEROCLES.

Si me lo dices.

TRIGEO.

No hablarnos ya una palabra, porque sacrificamos a la santa Paz.

HIEROCLES.

¡Oh desdichados o imbéciles mortales...!

TRIGEO.

¡Caigan sobre ti tus maldiciones!

HIEROCLES.

...Que no entendiendo, en vuestra ceguedad, la voluntad de los dioses, os aliáis con esos feroces monos...[134]

TRIGEO.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

HIEROCLES.

¿De qué te ríes?

TRIGEO.

Tienen gracia tus feroces monos.

HIEROCLES.

Estúpidas palomas, que os fiáis de los zorros de falso corazón y pensamientos falsos.

TRIGEO.

¡Ojalá, charlatán arrogante, se pongan tus pulmones tan calientes como estas entrañas!

HIEROCLES.

Si las Ninfas no engañaron a Bacis;[135] si los mortales no fueron engañados por Bacis, ni Bacis por las Ninfas...

TRIGEO.

¡Confúndante los dioses si no dejas de hablar de Bacis!

HIEROCLES.

No habrían decretado los hados que se rompiesen las cadenas de la Paz; pero antes...

TRIGEO.

Hay que echar sal a eso.

HIEROCLES.

No place a los dioses inmortales que desistamos de la guerra, mientras el lobo paree con la oveja.

TRIGEO.

¿Acaso, charlatán maldito, el lobo pareará jamás con la oveja?

HIEROCLES.

Mientras la chinche de campo exhale al huir un fétido olor; mientras la perra chillona, forzada a parir, dé a luz cachorros ciegos, no se debe pensar en la Paz.

TRIGEO.

¿Pues qué debíamos hacer? ¿Continuar la guerra? ¿Echar suertes sobre quién había de llorar más, cuando podíamos, uniéndonos por un tratado, mandar en común sobre la Grecia?

HIEROCLES.

Nunca conseguirás que el cangrejo ande en línea recta.

TRIGEO.

No cenarás ya en el Pritáneo,[136] ni serás profeta de lo pasado.

HIEROCLES.

Nunca suavizarás la piel áspera del erizo.

TRIGEO.

¿No acabarás nunca de engañar a los atenienses?

HIEROCLES.

¿En virtud de qué oráculo habéis ofrecido ese sacrificio a los dioses?

TRIGEO.

De este, que Homero expresó en tan bellas frases:

La negra nube de la odiosa guerra
Disipamos así, y en dulce abrazo
Estrechando a la Paz, cien sacrificios
Le ofrecimos gustosos. Cuando el fuego
Devoró de las víctimas las piernas,
Nosotros sus entrañas consumimos
E hicimos libaciones; dirigía

La fiesta yo; mas nadie presentaba
Al adivino la brillante copa.[137]

HIEROCLES.

Eso nada tiene que ver conmigo: nos lo ha dicho la Sibila.

TRIGEO.

Pero el sabio Homero dijo muy bien:
Que ni casa, ni hogar, ni patria tiene
El que las guerras intestinas ama
Siempre dañosas.[138]

HIEROCLES.

Ten cuidado no te arrebate el milano la carne con una de las suyas...

TRIGEO (*Al esclavo*).

Sí, ten cuidado: ese oráculo amenaza nuestras viandas. Haz la libación y trae parte de los intestinos.

HIEROCLES.

Si os parece, voy a servirme yo mismo mi porción.

TRIGEO.

¡La libación, la libación!

HIEROCLES.

Échame a mí también, y dame una porción de los intestinos.

TRIGEO.

Eso no place a los dioses inmortales, sino el que primero hagamos nosotros las libaciones y tú te marches. ¡Oh veneranda Paz, permanece a nuestro lado toda la vida!

HIEROCLES.

Tráeme aquí la lengua.

TRIGEO.

Tráeme la tuya.

HIEROCLES.

¡La libación!

TRIGEO (*Al esclavo*).

Llévate esto con la libación.

HIEROCLES.

¿Nadie me dará algo de los intestinos?

TRIGEO.

No podemos darte nada hasta que el lobo se paree con la oveja.

HIEROCLES.

¡Ah, por favor! yo te lo pido por tus rodillas.

TRIGEO.

Tus ruegos son inútiles, amigo mío; no lograrás suavizar «al áspero erizo.» Ea, espectadores, acompañadnos a comer intestinos.

HIEROCLES.

¿Y yo?

TRIGEO.

Cómete a la Sibila.

HIEROCLES.

No, por la tierra, no os lo comeréis solos; si no me dais, os lo quito; esto es para todo el mundo.

TRIGEO (*Al esclavo*).

Sacúdele, sacúdele a Bacis.

HIEROCLES.

¡Sed testigos!...

TRIGEO.

De que eres un glotón y un impostor. ¡Firme: echa de aquí a bastonazos a ese charlatán!

EL ESCLAVO.

Cuida de esto; yo voy a quitarle las pieles de las víctimas que nos ha escamoteado. ¡Suelta esas pieles, adivino infernal! ¿Oyes? ¿Qué especie de cuervo es este que nos ha venido de Orea? Ea, pronto, emprende el vuelo hacia Elimnio.[139]

* * *

CORO.

¡Qué alegría! ¡Qué alegría! ¡Ya no más cascos, quesos ni cebollas! Los combates para quien los quiera: a mí solo me gusta beber con mis buenos amigos, junto al hogar donde con viva llama arde y chisporrotea la leña cortada en el rigor del estío, y tostar garbanzos sobre las ascuas, y asar bellotas entre el rescoldo, y hurtar un beso a Trata,[140] mientras se baña mi esposa. Después de hecha la siembra, cuando la riega Júpiter con benéfica lluvia, nada hay tan agradable como el hablar así con un vecino: «Dime, ¿qué hacemos ahora, querido Comárquides? Yo quisiera beber, mientras el cielo fecunda nuestro campo. Ea, mujer, mezcla un poco de trigo con tres quénices de habichuelas, y ponlas a cocer, y danos higos secos. Que Sira haga volver a Manes del campo; hoy no es posible podar las vides, ni desterronar, pues la tierra está sumamente húmeda. Que me traigan el tordo y los dos pinzones. También debe de haber en casa calostro y cuatro tajadas de liebre, si ayer noche no las robó el gato, porque oí en la despensa

un ruido sospechoso. Muchacho, trae tres pedazos, y dale el otro a mi padre. Pide a Esdúnada ramas de mirto con sus bayas; y, ya que te coge de camino, dile a Carinades que venga a beber con nosotros, mientras el cielo benéfico fecunda los sembrados.» Cuando entona la cigarra su dulce cantinela,[141] me gusta ver si las uvas de Lemnos principian a madurar, pues son las más tempranas; y no menos me agrada mirar cómo van hinchándose los higos, y comerlos cuando están maduros, y exclamar, saboreándolos: «Deliciosa estación.» Después bebo una infusión de tomillo machacado, y logro así engordar en el estío, mucho más que viendo a uno de esos taxiarcos,[142] aborrecidos por los dioses, pavoneándose con su triple penacho y su clámide teñida de un rojo deslumbrador que pretende hacer pasar por púrpura de Sardes. Pero cuando ocurre pelear, él mismo se encarga de darle una mano de azafrán cicense. Y después huye veloz el primero como un gallo, agitando sus amarillas crestas, mientras yo guardo mi puesto. Cuando están en Atenas estos valentones hacen cosas insufribles; inscriben a unos en las listas y borran a otros, dos y tres veces, según su capricho. «Mañana es la marcha», oye decir a lo mejor un ciudadano que no ha comprado víveres porque nada sabía al salir de su casa, y luego, al pararse delante de la estatua de Pandión,[143] ve su nombre inscrito en la lista; se aturde, y echa a correr llorando. Así nos tratan a los pobres campesinos; a los ciudadanos ya les tienen más consideraciones esos cobardes aborrecidos de los dioses y los hombres. Pero si el cielo lo permite, ya tendrán su merecido. Mucho daño me han hecho esos taxiarcos, leones en la ciudad y zorros en el combate.

* * *

TRIGEO.

¡Oh! ¡Oh! ¡Cuánta gente viene al banquete de boda! Limpia las mesas con ese penacho; ya no sirve para otra cosa. Trae en seguida los pasteles y los tordos, liebre en abundancia y panes.

UN FABRICANTE DE HOCES.

¿Dónde está Trigeo? ¿Dónde?

TRIGEO.

Estoy cociendo tordos.

EL FABRICANTE DE HOCES.

¡Oh queridísimo Trigeo, cuánto bien nos has hecho procurándonos la paz! Antes no había quien diese un óbolo por una hoz; ahora vendo las que quiero a cincuenta dracmas. Este amigo vende a tres los toneles para el campo. Vamos, Trigeo, escoge de estas hoces y de todo lo demás cuanto quieras, y llévatelo gratis. Todo esto que vendemos y que nos produce pingües ganancias te lo ofrecemos como regalo de boda.

TRIGEO.

Bueno, bueno; dejadlo ahí todo, y entrad a cenar cuanto antes. Ahí se acerca un armero con una cara más triste que un funeral.

* * *

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

¡Ay, Trigeo, me has arruinado completamente!

TRIGEO.

¿Qué te pasa, desdichado? ¿Acaso te salen penachos en la cabeza?

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

Nos has quitado el trabajo y la subsistencia a mí y a este otro,

fabricante de dardos.

TRIGEO.

Vamos, ¿cuánto quieres por esos dos penachos?

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

¿Cuánto ofreces?

TRIGEO.

¿Que cuánto ofrezco? Me da vergüenza el decirlo. Sin embargo, como el trenzado está hecho con gran primor, te daré tres quénices de higos secos y me servirán para limpiar esta mesa.

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

Vengan los higos: más vale poco que nada.

TRIGEO.

Vete al infierno con tus penachos; tienen lacia la cerda, no valen un pito. No daría una higa por todos ellos.

* * *

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¡Ay de mí! ¿Qué haré con esta coraza tasada en diez minas y trabajada con tanto esmero?

TRIGEO.

No se te irrogará perjuicio alguno; dámela en su precio; podrá ser un bacín elegantísimo.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

No te burles de mí y de mis mercancías.

TRIGEO.

Con ella... y tres buenos guijarros,[144] ¿no tendremos cuanto para el

caso hace falta?

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¿Pero cómo te limpiarás, imbécil?

TRIGEO.

Perfectamente. Mira, paso una mano por la abertura del brazo, y la otra...

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¡Cómo! ¿Con las dos manos?

TRIGEO.

Pues claro, para que no me acusen de defraudar al Estado tapando los agujeros de los remos.[145]

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¿Y te atreverás a usar un bacín de mil dracmas?

TRIGEO.

¿Quién lo duda, miserable? Crees que ni por diez mil vendería yo mi trasero.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

Vamos, venga el dinero.

TRIGEO.

¡Ay! Querido, tu coraza me destroza las nalgas. Llévatela; no la compro.

* * *

EL FABRICANTE DE TROMPETAS.

¿Qué haré de esta trompeta que me costó sesenta dracmas?

TRIGEO.

Echa plomo en su cavidad; atraviesa encima una vara un poco larga, y

tendrás un cótabo[146] en equilibrio.

EL FABRICANTE DE TROMPETAS.

¡Ay! te burlas de mí.

TRIGEO.

Otra idea. Échale plomo, como te he dicho; añade un platillo colgado de unas cuerdecitas, y tendrás una balanza para pesar en el campo los higos que has de distribuir a tus esclavos.

* * *

EL FABRICANTE DE CASCOS.

¡Maldita suerte! ¡Estoy arruinado! Yo, que en otro tiempo pagué una mina por estos cascos. ¿Quién me los comprará ahora?

TRIGEO.

Vete a venderlos a los egipcios: son los únicos para medir sirmea.[147]

* * *

EL FABRICANTE DE LANZAS.

¡Ay, mi buen fabricante de cascos, qué desgraciada es nuestra suerte!

TRIGEO (*Al fabricante de lanzas*).

La suya no lo es.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

Pues qué, ¿habrá todavía quien necesite cascos?

TRIGEO.

Como sepa ponerles dos asas, los podrá vender mucho más caros.

EL FABRICANTE DE CASCOS.

Vámonos, fabricante de lanzas.

TRIGEO.

No, no; le voy a comprar esas picas.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

¿Cuánto das por ellas?

TRIGEO.

Si las cortas por la mitad, para que puedan servir de rodrigones, te pagaré a dracma el ciento.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

Este hombre se burla de nosotros. Vámonos, amigo.

* * *

TRIGEO.

Muy bien hecho; pues ya salen a orinar los hijos de los convidados, y si no me engaño, a preludiar sus cantos. Eh, muchacho, si piensas cantar, ensáyate antes delante de mí.

EL HIJO DE LÁMACO.

Celebremos ahora
Los valientes guerreros...[148]

TRIGEO.

Maldita criatura, deja de cantar los valientes guerreros; ahora estamos en paz. Eres un bribonzuelo mal enseñado.

EL HIJO DE LÁMACO.

Con furia aterradora
Acométense fieros;
Se aplastan sus combados
Escudos...[149]

TRIGEO.

¡Escudos! ¿No acabarás con tus escudos?

EL HIJO DE LÁMACO.

...alaridos
De triunfo alborozados
Se escuchan, y gemidos...

TRIGEO.

¡Gemidos! Me parece que quien va a gemir aquí eres tú, si continúas con tus gemidos y tus escudos combados.

EL HIJO DE LÁMACO.

¿Pues qué he de cantar? ¿Qué es lo que te gusta?

TRIGEO.

«Se comían de buey sendos tasajos» O cosas por el estilo.
Disponían alegres el banquete
Y cuantos platos hay apetecibles.

EL HIJO DE LÁMACO.

Se comían de buey sendos tasajos;
Los sudorosos brutos desuncían;
Hartos de pelear...

TRIGEO.

Eso es: «hartos de pelear, se pusieron a comer.» Canta, canta lo que comieron después de hartarse.

EL HIJO DE LÁMACO.

Después de terminada la comida,
Acorázanse el vientre...

TRIGEO.

Con buen vino, ¿verdad?

EL HIJO DE LÁMACO.

...De las torres
Se precipitan. Alarido inmenso
Surca entonces...

TRIGEO.

Que Júpiter te confunda con tus batallas, bribonzuelo; no sabes más que cantos de guerra. ¿De quién eres hijo?

EL HIJO DE LÁMACO.

¿Yo?

TRIGEO.

Sí, tú.

EL HIJO DE LÁMACO.

De Lámaco.

TRIGEO.

¡Oh! ¡Oh! Ya se me figuraba que debías de ser hijo de algún aficionado a combates y heridas;[150] de algún Boulómaco o Clausímaco.[151] Largo de aquí. Vete a entonar tus canciones a los lanceros. ¿Dónde está el hijo de Cleónimo? Ven acá; canta algo antes de entrar en casa. Ya estoy seguro de que tus cantares no serán belicosos. Tu padre es prudentísimo.

EL HIJO DE CLEÓNIMO.

Un habitante de Sais
Ostenta el brillante escudo,
Que abandoné mal mi grado
Cabe un florecido arbusto.[152]

TRIGEO.

Dime, pequeño, ¿cantas eso por tu padre?

EL HIJO DE CLEÓNIMO.

«Salvé mi vida...»

TRIGEO.

Pero deshonraste tu linaje. Mas entremos; demasiado sé que el hijo de tal padre no olvidará nunca lo que acaba de cantar sobre el escudo. Vosotros los que os quedáis al festín ya no tenéis que hacer otra cosa más que comer y consumir todas las viandas y menear sin descanso las mandíbulas. Lanzáos sobre todos los platos, y comed a dos carrillos. ¡Desdichados! ¿para qué sirven, sino es para comer, los buenos dientes?

CORO.

Eso queda a nuestro cargo; nos has dado un buen consejo.

TRIGEO.

Vosotros, que ayer estabais hambrientos, saciaos ahora de liebre; no todos los días se encuentran pasteles abandonados. Devoradlos, pues, que si no, tal vez sintáis mañana no haberlo hecho.

CORO.

Silencio, silencio, va a presentarse la novia; coged las antorchas:[153] que todo el pueblo se regocije y dance. Después, cuando hayamos bailado, y bebido y expulsado a Hipérbolo, llevaremos de nuevo al campo nuestro humilde ajuar, y pediremos a los dioses que otorguen a los griegos oro en abundancia, y a nosotros riquísimas cosechas de cebada y vino, dulces higos y esposas fecundas. Así podremos recobrar los perdidos bienes y abolir para siempre el uso del acero homicida.

TRIGEO.

Querida esposa, ven al campo a embellecer mi lecho.

CORO.

¡Oh mortal tres veces feliz con tu merecida dicha! ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo! ¿Qué le haremos? ¿Qué le haremos? ¡Gocemos de su belleza! ¡Gocemos de su belleza! Nosotros los hombres colocados en la primera fila levantemos al novio y llevémosle en triunfo. ¡Himeneo! ¡Himeneo!

TRIGEO.

Tendréis una linda casa, viviréis sin molestias y cogeréis higos. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

CORO.

Aquel tiene uno grande y grueso; este, otro dulcísimo. Después de comer y beber sendos tragos, exclamarás: ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

CORO.

Adiós, adiós, amigos míos. Los que me sigan comerán pasteles.

FIN DE LA PAZ

* * *

Notas

1. Lib. V, 16.

2. *Historia de la literatura griega*, t. II, pág. 71.

3. *La Paz* tiene 1356 versos.

4. *Le Théatre des Grecs*, t. VI, pág. 1.

5. Éupolis en *Los Aduladores*, y Platón, el cómico, en *Las Victorias*, se burlaron mucho de la imagen colosal de la Paz, que sale de su prisión para no decir una palabra en toda la comedia.

6. Trigeo se congratula en él de volver a ver a la Paz después de trece años de ausencia.

7. Poyard. *Aristophane*, pág. 200.

8. Es decir, irritado. Tratando de explicar este epíteto, dicen unos que es para comparar la voracidad del escarabajo al rayo que todo lo consume; y otros, teniendo en cuenta que el καταβάτου del original significa *bajar*, ven en él una alusión a la bajeza de aquel animal. Ambas explicaciones, como se ve, son demasiado sutiles para ser verdaderas.

9. La circunstancia de asistir un extranjero a la representación, hace creer que *La Paz* se puso en escena en las grandes dionisiacas.

10. Σπατίλη significa *liquida alvei egestio*, y *raeduras de cuero*. Alusión al oficio de Cleón.

11. Refiérese sin duda a la manía de los procesos criticada en *Las Avispas*.

12. El nombre de *Trigeo* (derivado de τρύγη, *vendimia*) significa *viñador*.

13. Los caballos de Etna (Sicilia) eran famosos por su velocidad. Además, según el Escoliasta, el Etna era notable por la gran variedad de escarabajos que en él se criaban. Los de una de sus especies, al decir de Platón el Cómico, llegaban a ser tan grandes como un hombre.

14. Parodia del *Belerofonte* de Eurípides.

15. Por miedo de que algún mal olor atraiga al escarabajo.

16. Esta acusación era frecuente en Atenas. Los persas veían con placer las disensiones de los griegos.

17. Frase proverbial que se dirigía a los que se meten en lo que no les importa.

18. Véase la fábula de Samaniego *El Águila y el Escarabajo*.

19. Alusión al *Belerofonte* de Eurípides.

20. Parodia.

21. Τὸ αἰδοῖον δείκνυσι παίζων.

22. Juego de palabras: κάνθαρος, *escarabajo*, era también el nombre que se daba a unas naves construidas en Naxos.

23. Uno de los tres puertos del Pireo tenía ese nombre.

24. Véase *Los Acarnienses*, donde Diceópolis echa en cara a Eurípides la cojera de sus héroes.

25. Ne visite ne cacate triduo.

26. Alusión a las disolutas costumbres de los habitantes de *Quíos*, ciudad aliada de Atenas.

27. Por efecto de su temor.

28. Es decir, un escarabajo que sirve de caballo. Alusión al hipocentauro.

29. Atmón era una aldea del Ática.

30. Al aspecto de los comestibles, la glotonería hace ablandarse a Mercurio.

31. Luciano se burla también de estos oficios de Mercurio. (*Diálogos de los Muertos. Mercurio y Maya.*)

32. Exclamación ordinaria de los lacedemonios.

33. Exclamación favorita de los atenienses.

34. Véase *Los Caballeros*.

35. Esta parece la versión más verosímil de las palabras ὁ κατὰ τοῖν σκελοῖν que han dado lugar a muchas conjeturas.

36. Ciudad de Laconia destruida por los atenienses el año segundo de la guerra del Peloponeso. (Tucíd., II, 56). Había también otra población del mismo nombre en el Ática. La Guerra, fingiendo arrojarla al mortero, echaba un *puerro*, en griego πράσον, por el parecido de este nombre con el de *Prasias*.

37. La Guerra echa en el mortero ajos y queso, como emblema de Mégara y Sicilia respectivamente.

38. En representación de Atenas. La miel del Ática era muy celebrada.

39. Para hacer más doloroso el puñetazo.

40. Al Tumulto que regresa.

41. Cleón, muerto en la batalla de Anfípolis. (V. la *Noticia preliminar*.)

42. Los que querían evitar algún mal se iniciaban en los misterios de Samotracia, isla del Egeo, famosa por el culto de Hécate y los dioses Cabiros. La iniciación se consideraba como un seguro preservativo, y como medio de conseguir cuanto se deseaba.

43. Brásidas, muerto en la misma batalla que Cleón.

44. General persa en tiempo de Darío.

45. Δεφόμενος.

46. Alusión, según se cree, a Alcibíades, que en el mismo año (Tucíd., V., 52.) excitó a los habitantes de Patras a extender sus fortificaciones hasta el mar, e iba preparando los ánimos a una nueva guerra, con objeto de desarrollar sus planes ambiciosos.

47. Que se acostumbraba a beber a fin de las comidas.

48. General partidario de la guerra (V. *Los Acarnienses*.)

49. Cleón.

50. En el texto hay un juego de palabras intraducibie, porque γῆρας significa *vejez* y la *piel* o *camisa* de las serpientes, y ἀσπίς *escudo* y *áspid*.

51. Diversión de los asistentes a un festín, que consistía en arrojar a un recipiente los restos del vino de sus copas; del ruido que el líquido producía al caer, deducía cada jugador el cariño que su amante le profesaba. Había dos especies de cótabo. He aquí cómo los describe el Escoliasta: Primero, clavábase en tierra un palo, a cuya extremidad superior se adaptaba por medio de una correa una barra movible que sostenía dos platillos, colgados de sus brazos como de los de una balanza, y debajo de estos platillos se ponían dos vasijas con agua: cada jugador lanzaba una copa de vino sobre un platillo, que al llenarse descendía y chocaba con la cabeza de una estatuita de bronce puesta en la vasija con agua de que se ha hablado: cuando este choque se verificaba sin ningún derramamiento del líquido, el jugador era proclamado vencedor, y se le auguraba buena suerte en las lides de Cupido. Segundo, colocábase una vasija con agua, sobre la cual flotaban otras más pequeñas: el juego consistía en sumergir una de estas, arrojando bruscamente el vino que quedaba en el fondo de las copas.

52. Ilustre general ateniense (V. la nota al verso 562 de *Los Caballeros*).

53. Gimnasio de Atenas donde se ejercitaban los soldados y se ponían a prueba antes de una expedición militar los hombres capaces de resistir sus fatigas.

54. Respuesta que se había hecho proverbial. Cilicón de Mileto entregó sus patria a los habitantes de Priene, respondiendo a los que le preguntaban qué intentaba hacer: *Nada malo*. Después de su traición se refugió en Samos, donde uno de sus compatriotas, de oficio carnicero, le cortó una mano para castigar su perfidia.

55. Alusión a una costumbre judicial. Cuando había varios criminales condenados a la pena capital se ejecutaba uno cada día, sorteándolos al efecto.

56. Se refiere a las municiones de boca que tenían que adquirir los soldados al partir a una expedición.

57. Trigeo toma las palabras de Mercurio en su acepción obscena.

58. Al tener lugar la iniciación se ofrecía un cerdo en sacrificio. Los iniciados gozaban después de su muerte de una suerte más feliz. (V. *Las Ranas*, 454.)

59. Parodia.

60. Ironía. Pisandro era sumamente cobarde; Éupolis dice de él: «Que hizo la expedición de Pactolo, pero que su falta de valor le mantuvo siempre en la retaguardia.» Contribuyó el año 20 de la guerra del Peloponeso a derribar la democracia. Cuando cayó el gobierno de los Cuatrocientos se refugió en Decelia.

61. Mercurio era el protector de los ladrones, y ladrón él mismo. (Véase el *Himno a Mercurio*, atribuido a Homero.) Horacio dice en su elogio (lib. I, od. X):

62. Los Persas respetaron por este motivo a Delos y Éfeso, célebres por el culto de Apolo y Diana.

63. Alusión a varios eclipses de sol y luna ocurridos durante la guerra del Peloponeso.

64. La palabra carbones tiene un sentido obsceno, significando τὸ γυναικεῖον αἰδοῖον.

65. Que arrojó el escudo.

66. Himno a Apolo. Era también un canto guerrero, lo cual motiva la respuesta de Trigeo.

67. Lit.: a Enialio, sobrenombre de Marte en Homero, pero aquí debe de ser una deidad diferente, aunque también guerrera, por lo cual hemos traducido *Belona*.

68. Da a entender que no querían la Paz.

69. Vid. *Los Acarnienses*.

70. Los de Argos fueron unas veces aliados de Esparta y otras de Atenas durante la guerra del Peloponeso.

71. Ya vimos en *Los Acarnienses* el extremo a que había llegado en Mégara la miseria pública.

72. Ya hemos visto que el ajo era la producción más abundante en Mégara, y que se le atribuía la virtud de enardecer los ánimos y atizar los instintos belicosos.

73. Aristófanes da a los atenienses el mismo consejo que Temístocles. (Vid. Plutarco, *Vida de Temístocles*.)

74. Es decir, que expresen la abundancia de vinos que con la paz se van a recoger.

75. Compañeras de la Paz. *Opora* es el otoño o la abundancia, que principiaba para los atenienses hacia la mitad de nuestro mes de julio, es decir, cuando maduran mieses y frutas. *Teoría* era el nombre de las comisiones o embajadas que tenían por objeto reglamentar las fiestas religiosas y los espectáculos y diversiones. De modo que ambas compañeras de la Paz se presentan, la primera para indemnizar de sus pérdidas a los campesinos, y la segunda para alegrar a los ciudadanos. Es de advertir que los dos nombres recuerdan los de unas cortesanas, célebres en Atenas, por lo cual sin duda aparecían en escena con el traje de tales.

76. La frase griega es más gráfica: *oppedit*.

77. El célebre escultor Fidias, amigo de Pericles, recibió el encargo de hacer la estatua de Minerva, y fue acusado de haber sustraído parte del oro que al efecto se le dio. Condenado al destierro, se retiró a Elis, donde hizo la estatua de Júpiter Olímpico. Pericles, temeroso de igual suerte, y cómplice tal vez del artista, hizo decretar la guerra contra Mégara para distraer la atención pública de tan peligroso asunto. Y esta fue, según el Escoliasta, la causa de la guerra del Peloponeso, que no admiten algunos autores, fundados en que el destierro de Fidias fue muy anterior a este acontecimiento.

78. Al principiar la guerra los campesinos se refugiaron en la capital. (V. *Los Acarnienses*, noticia preliminar.)

79. Cleón.

80. Uno de los ministerios de Mercurio era llevar al infierno las almas de los difuntos.

81. Véase *Los Caballeros*.

82. Alusión a la influencia omnipotente de Cleón en aquella época.

83. Juego de palabras sin sentido en castellano, basado en la semejanza de ἀποβολιμαῖος, *que pierde sus armas*, y ὑποβολιμαῖος, *hijo supuesto*.

84. Demagogo, heredero de la influencia de Cleón y objeto de los continuos ataques de Aristófanes. (V. *Los Acarnienses*, 846.) Éupolis y Platón el Cómico también le persiguieron con sus burlas e invectivas.

85. Vid. *Las Nubes*, nota al v. 1065.

86. Simónides fue el primer poeta que se hizo pagar sus versos.

87. Poeta cómico.

88. Cratino murió el año 423 antes de nuestra era, y la última invasión lacedemonia tuvo lugar cuatro años antes. Aristófanes se refiere a la comedia de Platón titulada Λάκωνες, *Los lacedemonios*, en que se censuraba la afición de Cratino a la bebida.

89. *Opora* ya hemos visto que indica el otoño y sus frutas.

90. Yerba astringente y tónica propinada contra los cólicos producidos por comer mucha fruta.

91. Duración ordinaria de las fiestas.

92. Verso del *Belerofonte* de Eurípides.

93. Véase al principio de la comedia cuál era el alimento favorito del escarabajo.

94. *Vos expectant cupidi, arrecto pene.*

95. Los que les han servido para libertar a la Paz.

96. Metro empleado en la parábasis, que el coro ha principiado a recitar.

97. El Escoliasta cree que Aristófanes alude a Éupolis y Cratino, poetas cómicos rivales suyos.

98. Véase la nota a la *Parábasis* de *Las Avispas*, donde se encuentra repetido este pasaje relativo a Cleón.

99. Invectiva contra Éupolis, repetición de la que le dirigió en *Las Avispas*, 1206.

100. Aristófanes era calvo.

101. Véase la nota sobre Carcino y sus hijos al fin de *Las Avispas*.

102. Jenocles, uno de los hijos de Carcino, que compuso tragedias, abusaba en estas de la maquinaria, fiando en recursos extraños al arte el éxito de sus dramas.

103. Se cree que Aristófanes alude a alguna pieza de Jenocles titulada el ratón, que tuvo mal éxito.

104. Sobre Morsino y Melantio, véase la nota correspondiente al verso 401 de *Los Caballeros*.

105. Aristófanes censura a menudo la ampulosidad e hinchazón de estilo de los autores de ditirambos. En *Las Aves*, , , vuelve a ridiculizarlos en la persona de Cinesias.

106. Ion de Quíos, poeta ditirámbico, autor de una oda en que se elogiaba la belleza del lucero matutino: compuso también comedias, epigramas y otras poesías, y ganó el premio en un certamen trágico. En agradecimiento, regaló a sus jueces, los atenienses, una gran cantidad del exquisito vino de su patria. Su nombre sirve de título a uno de los diálogos de Platón. Aristófanes le crítica en *Las Ranas*.

107. Opora.

108. Teoría.

109. Hay en el original un equívoco indecentísimo.

110. Planta de la familia de los bignoniáceas, que, sin duda por su abundancia de semillas, era tenida en Grecia como emblema nupcial. A los recién casados se les coronaba de hojas de sésamo y se les ofrecía un panecillo hecho con su harina. Todavía en los tiempos presentes se le amasa en Levante con almidón y miel, formando unas tortas que se venden en Esmirna.

111. *Sed pene opus est.*

112. Demo del Ática. Celebrábanse en él cada cinco años fiestas en honor de Diana. La causa de la institución de las Brauronias fue la siguiente, según una tradición referida por el Escoliasta: «Ifigenia, hija de Agamenón, iba a ser sacrificada en Braurón y no en Áulide, según la Opinión más admitida, cuando Diana la sustituyó por una osa. En recuerdo de esta intervención se instituyeron las fiestas aludidas. Según otros, fue para apaciguar a la diosa, irritada por la muerte de una osa, adscrita, digámoslo así, a su templo, y favorita suya. En conmemoración de uno u otro suceso, ninguna joven ateniense podía casarse sin haber sido consagrada a Diana de Braurón.»

113. En el original hay una porción de equívocos basados en la doble acepción en que se toma a Teoría, significando unas veces una mujer y siendo otras una denominación común a todas las fiestas.

114. Los que asistían a los Juegos olímpicos o ístmicos llevaban tiendas para acampar al aire libre, pues la mucha concurrencia impedía hallar habitaciones. Hay una alusión obscena, que hacía patente un gesto del actor: *isthmum, nempe pudendum muliebre puellæ quam subagitare cupit et quod domicilium peni suo alludit, seu digito, seu phallo in aëre scribit*.

115. V. la nota al verso 1281 de *Los Caballeros*.

116. *Succum ejus lambendo hauriet irruens.*

117. Sus vestidos.

118. Hay en toda esta descripción de las fiestas una porción de equívocos obscenos, que nos creemos dispensados de señalar.

119. Los pritáneos debían de presentar al Senado a los que lo necesitaban, pero parece que no lo hacían de balde.

120. Sacrificio que se ofrecía a las divinidades de segundo orden. Se ofrecían a Mercurio ollas de legumbres en recuerdo de una oblación igual, hecha después del diluvio por los hombres que de él se salvaron, para aplacar a Mercurio sobre la suerte de los fallecidos.

121. Βοῖ, *buey*, es la primera parte de βοηθεῖν, *socorrer*. El coro no quiere oír hablar de bueyes, porque esta palabra le recuerda los *socorros militares* de que está tan harto. Como se ve, el juego de palabras que resulta es intraducible.

122. Para comprender este pasaje, es preciso tener presente que la palabra οἶ, *oveja*, la pronunciaban las jonios οἴ, deshaciendo el diptongo y resultando la exclamación de desaprobación y disgusto de que habla después el coro.

123. Harina tostada, espolvoreada de sal, que se empleaba en los sacrificios, bien sola, bien para esparcirla sobre las víctimas.

124. Sobre Queris véase la nota al principio de *Los Acarnienses*.

125. *Vox græca «hordeum» notat etiam virile membrum.* Lo cual explica la contestación siguiente.

126. Nombre que significa: *poner fin a los combates*.

127. Lago de Beocia.

128. Atenienses famosos por su glotonería.

129. Las anguilas solían aderezarse con acelgas. Las palabras que Aristófanes pone en boca de Melantio son verosímilmente una parodia de las de Jasón en la *Medea*.

130. Se compara a Estílbides, famoso adivino que acompañó a los atenienses en su expedición a Sicilia. Su nombre etimológicamente considerado significa *brillar, lucir*, y por eso se le ocurre a Trigeo en el momento de encenderse la llama para el sacrificio.

131. Adivino poco perspicaz criticado por su arrogancia. Éupolis se ocupó también de él en

su comedia *Las Ciudades*.

132. Ciudad de Eubea, cuyos habitantes eran partidarios de la guerra.

133. La conversación de Trigeo con el esclavo debe entenderse que es aparte.

134. Los lacedemonios.

135. Adivino mencionado en *Los Caballeros*, 123.

136. Los adivinos, especialmente en tiempo de guerra, eran sostenidos en el Pritáneo a cuenta de la república.

137. El oráculo de Trigeo está formado de fragmentos tomados de la *Ilíada*, I, 467; XVI, 301; XVII, 273, y de la *Odisea*, VII, 137, etc.

138. *Ilíada*, IX, 63, 64. (Trad. de Hermosilla.)

139. *Elimnio* era, según el Escoliasta, un templo de Eubea. Otros, apoyados en un fragmento del *Nauplios* de Sófocles, creen que era un escollo próximo a la isla, donde ocurrían frecuentes naufragios.

140. Nombre de esclava.

141. El canto o estridulación de la cigarra era muy agradable para los griegos. Anacreonte compuso una oda en honor de este insecto, y Homero (*Ilíada*, III, 525) califica de armoniosa su voz. Esopo la pondera igualmente en esta fábula:

142. El Taxiarco venía a ser una especie de jefe de división.

143. Una de las doce estatuas en cuyo pedestal se fijaban las listas de los ciudadanos que debían tomar las armas.

144. *Lapillis usos fuisse veteres abstergendis natibus postquam alvum exonerassent, ostendit etiam Pluti locus*, v. 817.

145. Alusión a los trierarcas, que mandaban cerrar varios agujeros en las naves para beneficiarse con el sueldo de los correspondientes remeros suprimidos.

146. Véase la nota al verso 343 de esta comedia.

147. Planta purgante que se criaba en Egipto, aunque otros dicen que astringente.

148. Versos de los *Epígonos*, poema atribuido a Homero.

149. Versos tomados de Homero, con ligeras alteraciones.

150. La palabra combate μαχή entra en la composición de Lámaco.

151. Nombres cuya composición envuelve la idea de consejo y lágrimas, unidos a guerras y combates.

152. Versos de Arquíloco, que huyó en un combate arrojando su escudo, y después celebró él mismo su hazaña. Cleónimo hizo lo mismo.

153. Nupciales.

Las aves

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Dos ciudadanos atenienses, Evélpides y Pistetero, como si dijéramos, Buena-esperanza y Fiel-amigo, hartos de desórdenes, de pleitos, cábalas o intrigas, y tomando al pie de la letra la expresión *irse a los cuervos*, análoga, como hemos visto, a la nuestra *irse al diablo* o a otra cosa, si no peor, más sucia, huyen de Atenas y se encaminan al país de las aves en busca de la Abubilla, en otro tiempo Tereo, rey de Tracia. Aceptada por el ex-monarca-pájaro la idea de construir una ciudad en los aires, convoca una asamblea de todas las razas aladas, que acudiendo en gran número, se preparan en el primer momento a embestir y despedazar a los temerarios mortales que han osado penetrar en sus dominios: calmados por la Abubilla, cámbiase pronto su furia en indescriptible entusiasmo, cuando Pistetero desenvuelve un plan para devolver a los volátiles el cetro del mundo que antes les había pertenecido. Los dos atenienses son

naturalizados inmediatamente: la nueva ciudad, llamada *Nefelococigia*, es construida en un abrir y cerrar de ojos, y dos embajadores son enviados al cielo y a la tierra. Apenas se empieza a ofrecer el sacrificio de consagración, acuden a Nefelococigia toda clase de gentes: un pobre poeta, que versifica en honor de la nueva ciudad para conseguir un manto y una túnica; un adivino cargado de oráculos; Metón el geómetra; un inspector y un vendedor de decretos, que son apaleados en castigo de sus impertinencias. Iris, mensajera de los dioses, es hecha prisionera al intentar atravesar los aires; sometida a un apremiante interrogatorio, vese obligada a manifestar que Júpiter la envía a los hombres para que ofrezcan los acostumbrados sacrificios, y tiene que retirarse malparada oyendo de boca de Pistetero que no hay más dioses que las aves, y que el paso al través de la nueva ciudad queda prohibido hasta nueva orden a las divinidades olímpicas. Preséntase después un Mensajero, anunciando que los hombres han decretado una corona de oro al fundador de Nefelococigia, y que las aves se han puesto de moda y hacen tal furor en Atenas, que pronto se verá llegar una multitud *ornitomaniaca* pidiendo alas y plumajes. No tarda efectivamente en presentarse un joven con intentos parricidas, que recibe entre equívocos y chistes consejos prudentísimos, y al cual siguen Cinesias, poeta ditirámbico, ganoso de atrapar entre las nubes las sublimes vaciedades de sus versos y un sicofanta o delator, que así como el poeta lleva con una paliza su justo merecido. Prometeo, que llega después, revela a Pistetero el hambre canina que aflige a los inmortales, indicándole el medio de explotar la miseria del Olimpo, y retirándose con todo género de precauciones para no ser visto por Júpiter.

Una embajada, compuesta de Neptuno, Hércules y un Tríbalo,

presenta por fin sus proposiciones a la gente alada, y vencidas las dificultades se estipulan la paz y el paso libre por Nefelococigia, con la condición de entregar Júpiter su cetro a las aves y a Pistetero la mano de la Soberanía.

La comedia concluye, como *La Paz*, con un jubiloso canto de himeneo.

Tal es el argumento de *Las Aves*. ¿Cuál es su objeto? He aquí una pregunta a la cual se han dado muy diferentes contestaciones. Unos[1] han dicho que su autor se limitaba a censurar la afición a las lides judiciales, sin considerar que Aristófanes solo se ocupa de esta manía de Atenas a la ligera y muy de paso; otros[2] que su fin es nada menos que promover cambios radicales en el carácter ateniense, en el culto, en la religión, en la constitución de la república y en el personal de sus magistrados, sin parar mientes que tales proposiciones, aun hechas de burlas, costaban la vida al temerario que las aventuraba: quiénes[3] (por más que nada autorice a suponerlo) solo ven en su fantástico desarrollo una animada censura de las peregrinas invenciones de los trágicos y sus increíbles fábulas; y no han faltado algunos[4] que, saltando por encima de un flamante anacronismo, la conceptúan una graciosa parodia de la República que Platón soñó muchos años más tarde.

La explicación de M. Paulmier, desenvuelta luego por el P. Brumoy, es indudablemente la más ingeniosa, careciendo sin embargo del debido fundamento. El erudito jesuita, teniendo presente que poco antes de la representación de esta comedia, Alcibíades, llamado a Atenas para defenderse del crimen de sacrilegio, había huido a Esparta y exhortaba a los lacedemonios a fortificar a Decelia, ciudad del Ática que más adelante

molestó mucho a los atenienses, opina que, aunque con el pulso y delicadeza que la gravedad del asunto requería, trató Aristófanes en *Las Aves* de llamar la atención del pueblo sobre los preparativos de una rival ambiciosa, y decidirle a traer de Sicilia sus tropas y galeras. Pero solo un pasaje en que se habla de la galera *Salamina*, y algunas otras indicaciones remotísimas confirman la interpretación de Brumoy, que cae ante la consideración de que Aristófanes cuando alude lo hace clara y directamente, y si a veces encubre su propósito, hay que confesar que se vale siempre del velo de una alegoría transparente. Sin ir tan lejos, dice Artaud, ni perderse en cavilaciones sistemáticas, podemos hallar la explicación del enigma. A una lectura un poco atenta, vese en *Las Aves* una especie de utopía cómica, una república imaginaria como la de Platón, realizada de una manera burlesca. Todo lo que precede a la fundación de la ciudad no es más que el preámbulo de la acción. Sin el lazo de esta idea general, la pieza presentaría solamente una serie de escenas ininteligibles. Pero mirada bajo este prisma, es un cuadro ingenioso en que el espíritu del poeta se solaza a placer y pasa revista a todos los ridículos. Un hijo que desea la muerte de su padre recibe de las cigüeñas una lección de amor filial. El autor ataca sucesivamente la pedantería de los sabios y filósofos, la ignorancia y avidez de los sacerdotes y adivinos, las pretensiones de los poetas, la venalidad de los magistrados, las infamias de los delatores y las charlatanerías de toda especie.

Para explicarse ciertas singularidades de esta comedia, como la de componer el coro de personajes alados, no hay necesidad tampoco de acudir a la hipótesis de que las aves sean representantes de los lacedemonios, y los hombres y los dioses de los atenienses y de los demás

pueblos griegos; pues para dar amenidad al espectáculo y ocupación a las máquinas teatrales, eran cosa corriente entre los cómicos tan peregrinas invenciones; y por otra parte, quien había puesto en escena Nubes, Avispas y Escarabajos no puede decirse que se excediera a sí mismo al presentar un coro de volátiles. Es más; en mi humilde opinión, la elección del poeta fue sobremanera acertada, pues debió dar así una animación extraordinaria a la comedia, falta de acción como todas las de Aristófanes, con tantas idas y venidas, tantos giros y revoloteos, tanta variedad de plumajes, y esa encantadora alegría, patrimonio de los pájaros, que son naturalmente, como dice Leopardi,[5] las criaturas más regocijadas de la creación.

La elección de estos alados personajes permite además al autor dar rienda suelta a su fantasía por los amenos campos de la fábula, y presentar sin sombra de pedantería, y con aquella frescura y sencillez de colorido del poeta predilecto de las Gracias, multitud de leyendas curiosas, entretenidos detalles, mordaces chistes y picantes sales, alternando con brillantes himnos de elevación verdaderamente pindárica. «De este modo, dice Poyard, *Las Aves* son una obra sin ejemplo y sin rival, un género aparte aun dentro del teatro aristofánico, una fantasmagoría alegre, viva, seductora, llena de maravillosas sorpresas, chispeando poesía, desenvolviéndose aérea y alada, y burlándose con sátira ligera y divertida, sin las virulencias ordinarias.»

Esta comedia se representó el año 415 antes de Jesucristo, décimo octavo de la guerra del Peloponeso, habiendo obtenido el premio segundo: *Los Bebedores* de Amipsias consiguieron el primero; y el tercero fue otorgado al *Monotropos* (el Moroso) de Frínico.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Evélpides.

Pistetero.

El Reyezuelo, criado de la Abubilla.

La Abubilla.

Coro de Aves.

El Fenicóptero.

Heraldos.

Un Sacerdote.

Un Poeta.

Un Adivino.

Metón, geómetra.

Un Inspector.

Un Vendedor de decretos.

Mensajero.

Iris.

Un Parricida.

Cinesias, poeta ditirámbico.

Un Delator.

Prometeo.

Neptuno.

Tríbalo.

Hércules.

Un criado de Pistetero.

* * *

País agreste, lleno de piedras y zarzas. En el fondo una selva, a un lado una roca, morada de la Abubilla.

* * *

LAS AVES.

* * *

EVÉLPIDES (*Al grajo que le sirve de guía*).

¿Me dices que vaya en línea recta hacia aquel árbol?

PISTETERO (*A la corneja que trae en mano*).

¡Peste de avechucho! Ahora grazna que retrocedamos.

EVÉLPIDES.

Pero, infeliz, ¿a qué caminar arriba y abajo? Con estas idas y venidas nos derrengamos inútilmente.

PISTETERO.

¡Qué imbécil he sido en dejarme guiar por esta corneja! Me ha hecho correr más de mil estadios.[6]

EVÉLPIDES.

¿Mayor desdicha que la de llevar de guía a este grajo, que me ha destrozado todas las uñas de los dedos?

PISTETERO.

Ni siquiera sé en qué lugar de la tierra estamos.

EVÉLPIDES.

¿No podrías hallar desde aquí tu patria?

PISTETERO.

No por cierto: ni Execéstides[7] la suya.

EVÉLPIDES.

¡Ay!

PISTETERO.

Toma esa senda, amigo mío.

EVÉLPIDES.

¡Qué terriblemente nos ha engañado Filócrates,[8] ese atrabiliario vendedor de pájaros! Nos aseguró que estas dos aves nos guiarían mejor que ninguna otra a la morada de Tereo, la Abubilla, que fue transformado en pájaro; y nos vendió este grajo, hijo de Tarrélides,[9] por un óbolo, y por tres aquella corneja, que solo saben darnos picotazos. (*Al grajo.*) ¿Por qué me miras con el pico abierto? ¿Quieres precipitarnos desde esas rocas? Por ahí no hay camino.

PISTETERO.

Ni senda tampoco.

EVÉLPIDES.

¿No dice nada tu corneja?

PISTETERO.

Nada absolutamente; grazna ahora como antes.

EVÉLPIDES.

Pero, en fin, ¿qué dice de nuestra ruta?

PISTETERO.

¿Qué ha de decir sino que a fuerza de roer acabará por comérseme los

dedos?

EVÉLPIDES.

¡Esto es insoportable! Queremos irnos a los cuervos;[10] ponemos para conseguirlo cuanto está de nuestra mano, y no logramos hallar el camino. Porque habéis de saber, oyentes míos, que nuestra enfermedad es completamente distinta de la que aflige a Saccas: este, no siendo ciudadano, se obstina en serlo, y nosotros que lo somos, y de familias distinguidas, aunque nadie nos expulsa, huimos a toda prisa de nuestra patria. No es que aborrezcamos a una ciudad tan célebre y afortunada, y abierta siempre a todo el que desee arruinarse con litigios; porque es una triste verdad que si las cigarras solo cantan uno o dos meses entre las ramas de los árboles, en cambio los atenienses cantan toda la vida posados sobre los procesos. Esto es lo que nos ha obligado a emprender este viaje y a buscar, cargados del canastillo, la olla y las ramas de mirto,[11] un país libre de pleitos, donde pasar tranquilamente la vida. Nos dirigimos con tal objeto a Tereo, la Abubilla, para preguntarle si, en las comarcas que ha recorrido volando, ha visto alguna ciudad como la que deseamos.

PISTETERO.

¡Eh, tú!

EVÉLPIDES.

¿Qué hay?

PISTETERO.

La corneja hace rato que me indica que hay algo arriba.

EVÉLPIDES.

También mi grajo mira con el pico abierto en la misma dirección, como si quisiera señalarme alguna cosa: no puede menos de haber aves por aquí.

Pronto lo sabremos haciendo ruido.

PISTETERO.

¿Sabes lo que has de hacer? Dar un golpe con la rodilla en esa peña.

EVÉLPIDES.

Y tú, con la cabeza, para que el ruido sea doble.

PISTETERO.

Vamos, coge esa piedra y llama.

EVÉLPIDES.

Está bien; ¡esclavo! ¡esclavo!

PISTETERO.

Pero ¿qué haces? Para llamar a una Abubilla, gritas ¡esclavo! ¡esclavo! En vez de ¡esclavo! debes gritar: ¡Epopoi! ¡Epopoi![12]

EVÉLPIDES.

¡Epopoi! Tendré que llamar otra vez. ¡Epopoi!

EL REYEZUELO.[13]

¿Quién va? ¿Quién llama a mi dueño?

EVÉLPIDES.

¡Apolo nos asista! ¡Qué enorme pico![14]

EL REYEZUELO.

¡Horror! ¡Son cazadores!

EVÉLPIDES.

El miedo que me causa no es para dicho.

EL REYEZUELO.

¡Moriréis!

EVÉLPIDES.

Pero si no somos hombres.

EL REYEZUELO.

¿Pues qué sois?

EVÉLPIDES.

Yo soy el *Tímido*, ave africana.

EL REYEZUELO.

¡A otro con esas!

EVÉLPIDES.

Pregúntaselo a mis pies.[15]

EL REYEZUELO.

Y ese otro, ¿qué pájaro es? Contesta.

PISTETERO.

El *Ensuciado*, ave de Fasos.[16]

EVÉLPIDES.

Y tú, ¿qué animal eres?

EL REYEZUELO.

Yo soy un pájaro esclavo.

EVÉLPIDES.

¿Te ha vencido algún gallo?[17]

EL REYEZUELO.

No; pero cuando mi dueño fue convertido en Abubilla quiso que yo también me transformase en pájaro, para tener quien le siguiera y sirviese.

EVÉLPIDES.

Pues qué, ¿las aves necesitan criados?

EL REYEZUELO.

Este sí, tal vez porque fue antes hombre. Cuando se le antojan anchoas del Falero,[18] yo cojo una escudilla y corro a por anchoas; cuando quiere

comer puches, como se necesitan una cuchara y una olla, corro a por la cuchara.

EVÉLPIDES.

Por las señas, este pájaro es un *Corredor*.[19] ¿Sabes lo que has de hacer, Reyezuelo? Llamar a tu señor.

EL REYEZUELO.

Pero si acaba de dormirse, después de haber comido bayas de mirto y algunos gusanos.

EVÉLPIDES.

No importa, despiértale.

EL REYEZUELO.

Aunque estoy seguro de que se va a enfadar, lo haré por complaceros.

(*Vase.*)

* * *

PISTETERO (*Al Reyezuelo*).

Que el cielo te confunda: no me has dado mal susto.[20]

EVÉLPIDES.

¡Oh desgracia! ¡De miedo se me ha escapado el grajo!

PISTETERO.

¡Grandísimo cobarde! Te has dejado escapar el grajo de miedo.

EVÉLPIDES.

Y tú, ¿no te has dejado marchar la corneja al caer?

PISTETERO.

No por cierto.

EVÉLPIDES.

¿Pues dónde está?

PISTETERO.

Voló.

EVÉLPIDES.

¿Y no se te ha escapado? ¡Vaya el valentón!

* * *

LA ABUBILLA.

Abre la selva para que salga.[21]

EVÉLPIDES.

¡Por Hércules!, ¿qué animal es ese? ¡Qué alas! ¡Qué triple cresta![22]

LA ABUBILLA.

¿Quién pregunta por mí?

EVÉLPIDES.

Sin duda, los doce grandes dioses te han maltratado.

LA ABUBILLA.

¿Acaso os burláis de la forma de mis alas? Sabed, extranjeros, que antes he sido hombre.

EVÉLPIDES.

No nos burlamos de ti.

LA ABUBILLA.

¿Pues de qué?

PISTETERO.

Tu pico nos da risa.[23]

LA ABUBILLA.

Pues de esta facha representó ignominiosamente Sófocles en sus

tragedias a Tereo.[24]

EVÉLPIDES.

¿Pero eres Tereo, o un ave, o un pavo real?

LA ABUBILLA.

Soy un ave.

EVÉLPIDES.

¿Y las alas?

LA ABUBILLA.

Se me han caído.

EVÉLPIDES.

¿Alguna enfermedad?

LA ABUBILLA.

No; pero en el invierno mudan todas las aves, y les salen después nuevas plumas. Y vosotros, ¿qué sois?

EVÉLPIDES.

¿Nosotros? mortales.

LA ABUBILLA.

¿De qué país?

EVÉLPIDES.

Del de las hermosas trirremes.[25]

LA ABUBILLA.

¿Seréis jueces?[26]

EVÉLPIDES.

Nada de eso; antijueces.[27]

LA ABUBILLA.

¿Se siembra allí ese grano?

EVÉLPIDES.

Rebuscando en todo el campo, hallaréis un poquito.

LA ABUBILLA.

¿Qué os trae aquí?

EVÉLPIDES.

El deseo de hablarte.

LA ABUBILLA.

¿Para qué?

EVÉLPIDES.

Porque en otro tiempo fuiste hombre, como nosotros; en otro tiempo tuviste deudas, como nosotros; y en otro tiempo te gustaba el no pagarlas, como a nosotros: después, cuando fuiste transformado en ave, recorriste en tu vuelo todos los mares y tierras, y llegaste a reunir la experiencia del pájaro y la del hombre. Esto nos trae a ti para suplicarte que nos indiques alguna pacífica ciudad donde podamos vivir blanda y sosegadamente, como el que se acuesta sobre mullidos cojines.

LA ABUBILLA.

¿Buscas, pues, una ciudad más grande que la de Cranao?[28]

EVÉLPIDES.

Más grande no, más agradable para nosotros.

LA ABUBILLA.

Claro está que buscas un país aristocrático.

EVÉLPIDES.

¿Yo? ni por pienso: si detesto al hijo de Escelias.[29]

LA ABUBILLA.

¿Pues en qué ciudad queréis vivir?

EVÉLPIDES.

En una donde los negocios más importantes sean, por ejemplo, venir muy de mañana a mi puerta un amigo y decirme: «Te ruego por Júpiter olímpico que al salir del baño vengáis a mi casa tú y tus hijos, pues voy a dar un banquete de bodas. ¡Cuidado con faltar! ¡Como no vengas, no tienes que poner los pies en mi casa hasta que me abandone la fortuna!»[30]

LA ABUBILLA.

Vamos, veo que tienes afición a las desgracias. ¿Y tú?

PISTETERO.

Tengo los mismos gustos.

LA ABUBILLA.

¿Cuáles?

PISTETERO.

Quisiera una ciudad en la que al verme el padre de un hermoso muchacho, me dijese como si le hubiera ofendido: «¡Muy bien, muy bien, Estilbónides! Te encontraste ayer con mi hijo que volvía del baño y del gimnasio, y no fuiste para darle un beso, ni hablarle, ni acariciarle.[31] ¿Quién dirá que eres amigo mío?»

LA ABUBILLA.

¡Hola, hola! Pues no es nada las desdichas que apeteces, buen hombre. En la costa del Mar Rojo hay una ciudad, afortunada como la que deseáis.

EVÉLPIDES.

¡Ah! No me hables de ciudades marítimas; el mejor día amanecería la galera *Salamina*[32] trayendo un alguacil. ¿No puedes decirnos alguna ciudad griega?

LA ABUBILLA.

¿Por qué no emigráis a Lépreo, en Élide?

EVÉLPIDES.

¡Por todos los dioses! Aunque no he visto a Lépreo, lo aborrezco ya a causa de Melantio.[33]

LA ABUBILLA.

Hay también en la Lócride la ciudad de Opunte, donde podréis vivir muy bien.

EVÉLPIDES.

No quisiera ser Opuncio[34] ni por un talento de oro. ¿Pero qué tal pasan la vida los pájaros? Tú debes saberlo bien.

LA ABUBILLA.

La vida no es desagradable; en primer lugar, hay que prescindir de la bolsa.

EVÉLPIDES.

Pues con eso habéis suprimido la ocasión de muchos fraudes.

LA ABUBILLA.

Comemos en los jardines sésamo blanco, mirto, amapolas y menta.

EVÉLPIDES.

¿De modo que vivís como recién casados?[35]

PISTETERO.

¡Oh, oh! ¡Qué magnífica idea se me ha ocurrido para la gente alada! ¡Seréis omnipotentes si me obedecéis!

LA ABUBILLA.

¡Obedecerte! ¿En qué?

PISTETERO.

¿En qué? Primero en no andar revoloteando por todas partes con el

pico abierto: eso es indecoroso. Entre nosotros, cuando vemos a uno de esos botarates que no paran un instante, acostumbramos a preguntar: «¿Quién es ese chorlito?» Y Téleas[36] responde: «Es un inconstante; tiene siempre la cabeza a pájaros; no está un momento en un sitio.»

LA ABUBILLA.

Tienes razón, por Baco. ¿Qué hemos de hacer?

PISTETERO.

Fundad una ciudad.

LA ABUBILLA.

¿Qué ciudad hemos de fundar las aves?

PISTETERO.

A la verdad, tu pregunta es necia si las hay. Mira abajo.

LA ABUBILLA.

Ya miro.

PISTETERO.

Ahora arriba.

LA ABUBILLA.

Ya miro.

PISTETERO.

Ahora vuelve la cabeza a todos lados.

LA ABUBILLA.

¿Qué voy a sacar de retorcerme así el pescuezo?[37]

PISTETERO.

¿Ves algo?

LA ABUBILLA.

Sí, las nubes y el cielo.

PISTETERO.

¿No es ese el polo de las aves?

LA ABUBILLA.

¿El polo? ¿Qué es polo?

PISTETERO.

Como si dijéramos el país; se llama polo[38] porque gira y atraviesa todo el mundo. Si fundáis en él una ciudad y la rodeáis de murallas, en vez de polo se llamará población;[39] entonces reinaréis sobre los hombres, como ahora sobre las langostas; y mataréis a los dioses de hambre canina.[40]

LA ABUBILLA.

¿Cómo?

PISTETERO.

El aire está entre el cielo y la tierra, y del mismo modo que cuando nosotros queremos ir a Delfos pedimos permiso a los beocios para pasar, así vosotros, cuando los hombres hagan sacrificios a los dioses, si estos no os pagan tributo, podréis impedir que el humo de las víctimas atraviese vuestra ciudad y vuestro espacio.

LA ABUBILLA.

¡Oh! ¡Oh! ¡Lo juro por la tierra, las nubes, los lazos y las redes, jamás he oído una idea más ingeniosa! Estoy dispuesto a fundar contigo esa ciudad, si las demás aves son de mi opinión.

PISTETERO.

¿Quién les dará a conocer el proyecto?

LA ABUBILLA.

Tú mismo. Antes eran bárbaros, pero en el largo tiempo que he estado en su compañía les he enseñado a hablar.

PISTETERO.

¿Pero cómo las vas a convocar?

LA ABUBILLA.

Muy fácilmente. Voy a entrar en esa espesura; despertaré a mi Procne[41] y las llamaremos; en cuanto oigan nuestra voz acudirán sin detenerse.

PISTETERO.

¡No te detengas, queridísimo pájaro! Por favor, entra pronto en esa espesura y despierta a tu amable compañera.

LA ABUBILLA.

Despierta, dulce compañera de mi vida; entona esos himnos sagrados que, como armoniosos suspiros, brotan de tu garganta divina cuando con melodiosa y pura voz deploras la triste suerte de nuestro llorado Itis. Tu sonoro canto sube, atravesando los copudos tejos, hasta el trono de Júpiter; junto al cual Febo, de áurea cabellera, responde con los acordes de su lira de marfil a tus plañideras endechas, y reúne los coros de los dioses, y de sus bocas inmortales brota un celestial aplauso.[42]

(*Se oye una flauta dentro.*)

PISTETERO.

¡Júpiter soberano! ¡Qué garganta la de ese pajarillo! Ha llenado de miel toda la espesura.

EVÉLPIDES.

¡Eh! ¡Tú!

PISTETERO.

¿Qué hay?

EVÉLPIDES

¿No callarás?

PISTETERO.

¿Por qué?

EVÉLPIDES.

La Abubilla se prepara a entonar nuevos cantos.

LA ABUBILLA.

Esopo, popo, popo, popo, popoí ¡io! ¡io! venid, venid, venid, venid, alados compañeros. Todos cuantos taláis las fértiles campiñas, tribus innumerables que recogéis y devoráis los granos de cebada, catervas infinitas de rápido vuelo y melodioso canto, acudid, acudid; vosotros, los que posados en un terrón os complacéis en gorjear débilmente entre los surcos: tio, tio, tio, tio, tio, tio, tio tio; los que en los jardines saltáis sobre las yedras, o en las montañas picoteáis el madroño y la silvestre aceituna, acudid a mi voz: trioto, trioto, toto, brix. Vosotros también, los que devoráis punzadores mosquitos en los valles pantanosos; los que pobláis los prados húmedos de rocío y el campo ameno de Maratón; francolines de matizadas alas; aves que revoloteáis con los alciones sobre las alborotadas olas del mar, venid a escuchar la grata nueva: congréguense aquí las aves de largo cuello. Sabed que ha venido un anciano ingenioso, autor de una nueva idea; que pretende realizar nuevos proyectos. Venid todos a deliberar aquí. Torotorotorotorotorotix. Kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorotorolililix.

* * *

PISTETERO.

¿Ves algún pájaro?

EVÉLPIDES.

Ninguno, por Apolo, aunque estoy mirando al cielo con la boca

abierta.

PISTETERO.

Me parece que ha sido inútil que la Abubilla, imitando al pardal,[43] se haya metido en el bosque como a empollar huevos.

UN FENICÓPTERO.[44]

Torotix, torotix.

PISTETERO.

Ah, querido, ya viene alguna ave.

EVÉLPIDES.

Sí, una ave, ¿pero cuál? ¿Es el pavo real?[45]

PISTETERO.

Ese nos lo dirá. ¿Qué ave es esa?

LA ABUBILLA.

No es de las que veis todos los días; es una ave acuática.

PISTETERO.

¡Oh qué hermoso color de púrpura fenicia!

LA ABUBILLA.

Es verdad, por eso se llama el Fenicóptero.

EVÉLPIDES.

¡Eh! ¡Eh! ¡Tú!

PISTETERO.

¿Por qué gritas?

EVÉLPIDES.

Otra ave.

PISTETERO.

Cierto; otra ave, y exótica al parecer. ¿Cómo se llama esa ave

montañesa[46] de aspecto tan solemne como estúpido?

LA ABUBILLA.

Se llama el *Meda*.[47]

PISTETERO.

¡El Meda! ¡Hércules poderoso! ¿Cómo siendo el Meda ha venido sin camello?[48]

EVÉLPIDES.

Ahí se presenta otra ave copetuda.

PISTETERO.

¿Qué prodigio es este? No eres tú la única Abubilla, puesto que hay esa otra.

LA ABUBILLA.

Esa Abubilla es hijo de Filocles, que a su vez es hijo de la Abubilla; yo soy su abuelo paterno; es como si dijeras: Hipónico, hijo de Calias,[49] y Calias hijo de Hipónico.[50]

PISTETERO.

¿Luego Calias es un pájaro? ¡Oh, y cómo se le caen las plumas![51]

LA ABUBILLA.

Es generoso; por eso los delatores le despluman y las mujeres le arrancan las alas.

PISTETERO.

¡Oh Neptuno! Un nuevo pájaro de diversos colores. ¿Cómo se llama ese?

LA ABUBILLA.

El glotón.[52]

PISTETERO.

¿Hay, pues, otro glotón además de Cleónimo?

EVÉLPIDES.

¿Crees que si fuese Cleónimo hubiera podido conservar el penacho?[53]

PISTETERO.

¿Pero qué significan todas esas crestas? ¿Quizá acuden estas aves a disputar el premio del doble estadio?[54]

LA ABUBILLA.

Son como los carios,[55] que no abandonan las crestas de las montañas para estar más seguros.

PISTETERO.

¡Oh Neptuno! ¡Mira, mira qué terrible multitud de aves se reúne!

EVÉLPIDES.

¡Soberano Apolo! ¡Qué nube! ¡Oh! ¡Oh! Sus alas no dejan ver la entrada de la escena.

PISTETERO.

Esa es la perdiz; aquel el francolín; ese el penélope; el otro el alción.

EVÉLPIDES.

¿Y aquel que viene detrás del alción?

PISTETERO.

¿Ese? El barbero.[56]

EVÉLPIDES.

¿Cómo? ¿El barbero es pájaro?

PISTETERO.

¿Pues no lo es Espórgilo, y de cuenta?[57] Ahí viene la lechuza.

EVÉLPIDES.

¿Qué dices? ¿Quién trae una lechuza a Atenas?[58]

PISTETERO.

Mira, mira, la urraca, la tórtola, la alondra, el eleas, la hipotimis, la paloma, el nerto, el azor, la torcaz, el cuco, el eritropo, la ceblepiris, el porfirión,[59] el cernícalo, el somormujo, la ampelis, el quebrantahuesos, el pico.

EVÉLPIDES.

¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas aves! ¡Oh, cuántos mirlos! ¡Cómo pían y corren con estrépito! Pero qué, ¿nos amenazan? ¡Ay, cómo abren los picos y nos miran!

PISTETERO.

Me parece lo mismo.

CORO.

¿Po po po po po po por dónde anda el que me llamó? ¿En qué lugar se encuentra?

LA ABUBILLA.

Estoy aquí hace tiempo; yo nunca abandono a los amigos.

CORO.

¿Ti ti ti ti ti ti ti tienes algo bueno que decirme?

LA ABUBILLA.

Un asunto de interés común, seguro, justo, agradable, útil. Dos hombres de sutil ingenio han venido a buscarme.

CORO.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué dices?

LA ABUBILLA.

Digo, que dos ancianos han venido del país de los hombres, a proponernos una empresa prodigiosa.

CORO.

¡Oh tú que perpetraste el mayor crimen de que he oído hablar en mi vida! ¿Qué es lo que estás diciendo?

LA ABUBILLA.

No te asustes de mis palabras.

CORO.

¿Qué has hecho?

LA ABUBILLA.

Acoger a dos hombres que desean vivir con nosotros.

CORO.

¿Y te has atrevido?

LA ABUBILLA.

Y cada vez me alegro más.

CORO.

¿Y están ya entre nosotros?

LA ABUBILLA.

Como yo.

CORO.

¡Ay, estamos vendidos; somos víctimas de la traición más negra! Nuestro amigo, el que partía con nosotros el fruto de los campos, ha hollado nuestras antiguas leyes, ha quebrantado los juramentos de las aves; nos ha atraído a un lazo, nos ha puesto en manos de una raza impía con la que estamos en guerra desde que vimos la luz. Tú, traidor, nos darás luego cuenta de tus actos; mas primero castiguemos a esos hombres. ¡Ea! ¡A despedazarlos!

PISTETERO.

¡Somos perdidos!

EVÉLPIDES.

Tú solo tienes la culpa de lo que nos sucede. ¿Para qué me trajiste?

PISTETERO.

Para tenerte a mi lado.

EVÉLPIDES.

Mejor para hacerme llorar a mares.

PISTETERO.

Tú deliras: ¿cómo has de llorar cuando te hayan sacado los ojos?[60]

CORO.

¡Io! ¡Io! ¡Al ataque! Precipítate sobre el enemigo; hiérele mortalmente; despliega tus alas; envuelve con ellas a esos hombres; que paguen su culpa y den alimento a nuestros picos. Nada podrá librarles de mi furor; ni las sombrías montañas, ni las etéreas nubes, ni el piélago espumoso. ¡Ea, caigamos sobre ellos y desgarrémosles sin tardanza! ¿Dónde está el taxiarco? Que haga avanzar el ala derecha.[61]

EVÉLPIDES.

Llegó el momento supremo. ¿A dónde huiré, infeliz?

PISTETERO.

¡Eh! Firme en tu puesto.

EVÉLPIDES.

¿Para qué me hagan trizas?

PISTETERO.

¿Pues cómo piensas escaparte?

EVÉLPIDES.

No lo sé.

PISTETERO.

Pues yo te digo que es preciso combatir a pie firme y coger las ollas.

EVÉLPIDES.

¿De qué nos servirá la olla?

PISTETERO.

La lechuza no nos acometerá.[62]

EVÉLPIDES.

¿Y contra esas de ganchudas uñas?

PISTETERO.

Coge el asador y ponlo en ristre.

EVÉLPIDES.

¿Y los ojos?

PISTETERO.

Defiéndelos con un plato o con la vinagrera.

EVÉLPIDES.

¡Qué ingenio! ¡Qué habilidad digna de un general consumado! Sabes más estrategia que Nicias.[63]

CORO.

Adelante, adelante,[64] con el pico bajo: no retrasarse. Pica, desgarra, hiere, arranca, rompe primero la olla.

LA ABUBILLA.

Deteneos: decidme, animales cruelísimos, ¿por qué queréis matar y despedazar a dos hombres que ningún mal os han hecho y que son además de la misma tribu y familia que mi esposa?[65]

CORO.

Pues qué, ¿se perdona a los lobos? ¿No son nuestros más feroces

enemigos? Nunca encontraremos otros más dignos de castigo.

LA ABUBILLA.

Si la naturaleza los hizo enemigos, su intención les hace amigos, y vienen aquí a darnos un consejo útil.

CORO.

¿Qué consejo útil pueden darnos ni decirnos los enemigos de nuestros abuelos?

LA ABUBILLA.

Los sabios aprenden muchas cosas de sus enemigos. La desconfianza es la madre de la seguridad. Con un amigo jamás aprenderíamos a ser cautos, al paso que un enemigo nos obliga a serlo; las ciudades en un principio aprendieron de sus enemigos, y no de sus amigos, a rodearse de altas murallas, y a construir largas naves, y con esta lección a defender hijos, casas y haciendas.

CORO.

Sea: me parece que podrá ser útil el oírles antes; puede recibirse alguna buena lección de un enemigo.

PISTETERO.

Su cólera parece calmarse. Retrocede un paso.

LA ABUBILLA.

Es muy justo; debéis de estarme agradecidos.

CORO.

En ninguna otra cosa te hemos sido contrarios.

PISTETERO.

Cada vez se manifiestan más pacíficos; por consiguiente, deja en el suelo la olla y los platos: ahora con la lanza terciada, digo, con el asador,

paseémonos dentro del campamento, junto a la olla, y sin perderla de vista. No debemos huir.

EVÉLPIDES.

Tienes razón. Y si morimos, ¿dónde nos enterrarán?

PISTETERO.

En el Cerámico.[66] Para ser sepultados a cuenta del Estado, diremos que hemos muerto peleando con los enemigos junto a Orneas.[67]

CORO.

Todo el mundo a su puesto: depongamos nuestra cólera como el soldado sus armas; preguntemos quiénes son, de dónde vienen y qué proyectan. ¡Eh, Abubilla! Ven acá.

LA ABUBILLA.

¿Qué deseas saber?

CORO.

¿Quiénes son esos hombres, y de dónde vienen?

LA ABUBILLA.

Son extranjeros, venidos de Grecia, la patria de los sabios.

CORO.

¿Qué les ha inducido venir a buscarnos?

LA ABUBILLA.

La afición a vuestra vida y costumbres, y el deseo de participarla y vivir con nosotros.

CORO.

¡Será verdad! ¿y cuáles son sus proyectos?

LA ABUBILLA.

Increíbles, inauditos.

CORO.

¿Hallan alguna ventaja en habitar aquí, o esperan que viviendo con nosotros podrán vencer a su enemigo y favorecer a sus amigos?

LA ABUBILLA.

Nos anuncian una felicidad inmensa, indecible e increíble, y demuestran con irrefutables argumentos que cuanto hay aquí y allí, y en todas partes, todo nos pertenece.

CORO.

¿Estarán locos?

LA ABUBILLA.

Su discreción no es para dicha.

CORO.

¿Tienen talento?

LA ABUBILLA.

Son dos zorros redomados, la astucia personificada, gente muy corrida e ingeniosa.

CORO.

Diles, diles que vengan a hablarnos. Sin más que oír tus palabras, ya vuelo de gozo.

LA ABUBILLA.[68]

Recoged vosotros esas armas y colgadlas de nuevo en la cocina, junto al hogar,[69] bajo la protección de los dioses domésticos. (*A Pistetero.*) Expón y demuestra a la asamblea el objeto para el cual ha sido convocada.

PISTETERO.

No, por Apolo; nada diré mientras no prometan, como aquel mono armero a su mujer, no morderme, ni desgarrarme, ni taladrarme...

CORO.

¿El...? Nada temas.

PISTETERO.

No, los ojos.

CORO.

Lo prometo.

PISTETERO.

Júralo.

CORO.

Lo juro, y si cumplo mi promesa, que obtenga el premio por el voto unánime de todos los jueces y espectadores.

PISTETERO.

Convenido.

CORO.

Y si no la cumplo, que la gane por un solo voto.

PISTETERO.

¡Pueblos, escuchad! Recojan los soldados sus armas y vuelvan a sus hogares, e infórmense de las órdenes que se fijen en los tablones.[70]

CORO.

El hombre es un ser siempre y en todo falso; habla tú, sin embargo. Quizá me reveles algún proyecto que te parezca útil, o un medio de aumentar mi poder que a mí se me haya pasado por alto y que tú hayas visto. Habla; en inteligencia de que lo haces para el bien general, porque los bienes que me procures los dividiré contigo. Manifiesta confiadamente los proyectos que te han traído aquí, pues por ningún pretexto romperé la tregua que contigo he pactado.

PISTETERO.

No deseo otra cosa: la masa de mi discurso está ya dispuesta y solo me falta sobarla. Esclavo, tráeme una corona y agua para las manos; pero pronto.

EVÉLPIDES.

¿Vamos a cenar o qué?[71]

PISTETERO.

No, por Júpiter; estoy buscando algunas palabras magníficas y sustanciosas para ablandar sus ánimos. (*Dirigiéndose al Coro*.) Sufro tanto por vosotros que en otro tiempo fuisteis reyes...

CORO.

¡Nosotros reyes! ¿De quién?

PISTETERO.

Reyes de todo cuanto existe; de mí, en primer lugar; de este; del mismo Júpiter; porque sois anteriores a Saturno, a los Titanes y a la Tierra.

CORO.

¿A la Tierra?

PISTETERO.

Sí, por Apolo.

CORO.

No había oído semejante cosa.

PISTETERO.

Es que sois ignorantes y descuidados y no habéis manoseado a Esopo. Esopo dice que la alondra nació antes que todos los seres y que la misma Tierra: su padre murió de enfermedad, cuando la Tierra aún no existía; permaneció cinco días insepulto, hasta que la alondra, ingeniosa por la

fuerza de la necesidad, enterró a su padre en su cabeza.

EVÉLPIDES.

Por eso el padre de la alondra yace ahora en Céfale.[72]

LA ABUBILLA.

¿De modo que si las aves son anteriores a la Tierra y a los dioses, a ellas les pertenecerá el mando por derecho de antigüedad?

EVÉLPIDES.

Esa es la verdad: procura, por tanto, fortificar tu pico, pues Júpiter no devolverá así como quiera su cetro al pito real.

PISTETERO.

Hay infinitas pruebas de que las aves, y no los dioses, reinaron sobre los hombres en la más remota antigüedad. Principiaré por citaros al gallo, que fue rey y mandó a los Persas antes que todos sus monarcas, antes que Darío y Megabises; y en memoria de su reinado se le llama todavía el ave pérsica.

EVÉLPIDES.

Por eso es la única de las aves que anda majestuosamente, como el gran rey, con la tiara recta sobre la cabeza.[73]

PISTETERO.

Fue tan grande su poder y tan respetada su autoridad, que hoy mismo, como un vestigio de su dignidad antigua, en cuanto canta al amanecer, corren al trabajo y se calzan en la oscuridad todos los herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, panaderos, y fabricantes de liras y de escudos.

EVÉLPIDES.

Pregúntamelo a mí; precisamente un gallo ha tenido la culpa de que perdiese un fino manto de lana frigia. Estaba yo en la ciudad convidado a

un banquete que se daba para celebrar el acto de poner nombre a un niño; bebí algo y empecé a dormitar; en esto, y antes de que los demás convidados se sentasen a la mesa, se le ocurre cantar a un gallo: creyendo que era de día, marcho en dirección a Alimunte;[74] apenas salgo extramuros, un ladrón me asesta en la espalda un terrible garrotazo; caigo al suelo; voy a pedir socorro; pero era tarde, ya había desaparecido con mi manto.

PISTETERO.

El milano fue antiguamente jefe y rey de los griegos.

LA ABUBILLA.

¿De los griegos?

PISTETERO.

Él fue durante su reinado quien les enseñó a arrodillarse a la vista de los milanos.[75]

EVÉLPIDES.

Sí, por Baco; un día que me prosterné en presencia de uno de ellos, me echó al suelo con la boca abierta y me tragué un óbolo;[76] por lo cual volví a casa con mi saco vacío.[77]

PISTETERO.

El cuco fue rey del Egipto y de toda la Fenicia; así es que cuando cantaba ¡cucú! todos los fenicios iban al campo a segar el trigo y la cebada.

EVÉLPIDES.

De ahí sin duda viene el proverbio: ¡Cucú! los circuncidados al campo.[78]

PISTETERO.

Tan grande fue el poder de la gente alada, que los reyes de las ciudades

griegas, Agamenón y Menelao, llevaban en el extremo de su cetro una ave que participaba de sus presentes.

EVÉLPIDES.

No sabía yo eso; así es que me admiraba cuando Príamo se presentaba en las tragedias con un pájaro que observaba fijamente a Lisícrates[79] y los regalos con que se deja sobornar.

PISTETERO.

Pero oíd la prueba más contundente. Júpiter, que ahora reina, lleva sobre su cabeza un águila, atributo de su soberanía; su hija lleva una lechuza; y Apolo, su ministro, un azor.

EVÉLPIDES.

¡Es verdad, por la venerable Ceres! ¿Mas para qué llevan esas aves?

PISTETERO.

Para que en los sacrificios, cuando, según el rito, se ofrecen las entrañas a los dioses, ellas reciban su parte antes que Júpiter. Entonces ningún hombre juraba por los dioses, sino todos por las aves; y hoy mismo cuando Lampón engaña a alguno suele jurar por el ganso.[80] ¡En tanta estima y veneración tenían entonces a los que ahora sois considerados como imbéciles y esclavos viles! Hoy os apedrean como a los dementes; hoy os arrojan de los templos; hoy infinitos cazadores os tienden lazos y preparan contra vosotros varetas, cepos, hilos, redes y pihuelas; hoy os venden a granel después de cogidos, y ¡oh colmo de ignominia! los compradores os tantean para ver si estáis gordos. ¡Y si se contentasen a lo menos con asaros! Pero hacen un menudo picadillo de silfio y queso, aceite y vinagre; le agregan otros condimentos dulces y crasos, y derraman sobre vosotros esta salsa hirviente como si fueseis carnes corrompidas.

CORO.

Acabas de hacernos, hombre querido, un triste, tristísimo relato. ¡Cuánto deploro la incuria de mis padres que, lejos de trasmitirme los honores heredados de sus abuelos, consintieron que fuesen abolidos! Pero sin duda algún numen propicio te envía para que me salves; a ti me entrego, pues, confiadamente con mis pobres polluelos. Dinos lo que hay que hacer; porque seríamos indignos de vivir, si por cualquier medio no reconquistáramos nuestra soberanía.

PISTETERO.

Opino primeramente que todas las aves se reúnan en una sola ciudad, y que las llanuras del aire y de este inmenso espacio se circunden de un muro de grandes ladrillos cocidos, como los de Babilonia.

LA ABUBILLA.

¡Oh Cebrión, oh Porfirión,[81] qué terrible plaza fuerte!

PISTETERO.

Cuando hayáis construido esa muralla, reclamaréis el mando a Júpiter; si se niega y no quiere acceder, obstinado en su sinrazón, declaradle una guerra sagrada y prohibid a los dioses que atraviesen como antes vuestros dominios y que desciendan a la tierra enardecidos por su adúltero amor a las Alcmenas, Álopes y Semeles; y si se presentan, ponedles en estado de no gozarlas más.[82] Enviad en seguida otro alado embajador a los hombres para que les haga entender que, siendo las aves dueñas del mundo, a ellas deben ofrecer primero sus sacrificios y después a los dioses, y que deberán agregar a cada divinidad el ave que le convenga; si, por ejemplo, sacrifican a Venus, ofrecerán al mismo tiempo cebada a la picaza marítima; si matan una oveja en honor de Neptuno, presentarán granos de trigo al ánade; si un buey a

Hércules, tortas con miel a la gaviota; si inmolan un carnero en las aras de Júpiter rey, rey es también el reyezuelo, y por consiguiente habrá de consagrársele, antes que al mismo Júpiter, un mosquito macho.

EVÉLPIDES.

Me agrada ese sacrificio de un mosquito. ¡Que truene ahora el gran Júpiter!

LA ABUBILLA.

¿Pero cómo nos tendrán los hombres por dioses, y no por grajos, al ver que volamos y tenemos alas?

PISTETERO.

No sabes lo que dices. Mercurio, siendo todo un dios, tiene alas y vuela, y lo mismo otras muchas divinidades: la Victoria vuela con alas de oro, el Amor tiene las suyas, y Homero compara a Iris con una tímida paloma.[83]

LA ABUBILLA.

¿No tronará Júpiter? ¿No lanzará contra nosotros su alígero rayo?

PISTETERO.

Si los hombres en su ceguedad se obstinan en despreciaros, y en tener por dioses solo a los del Olimpo, lanzad sobre la tierra una nube de gorriones que arrebaten de los surcos las semillas: veremos si Ceres baja a distribuir trigo a los hambrientos.

EVÉLPIDES.

No lo hará, de seguro: veréis cómo alega mil pretextos.

PISTETERO.

Además, que los cuervos, para probar que sois dioses, saquen los ojos a los bueyes de labranza y a otros ganados, y que en seguida los cure Apolo,

que es médico; para eso le pagan.

EVÉLPIDES.

¡Eh, no! aguarda a que haya vendido mi parejita.

PISTETERO.

Por el contrario, si los hombres os tienen a ti por un dios, a ti por la vida, a ti por Saturno, a ti por Neptuno, lloverán sobre ellos todos los bienes.

LA ABUBILLA.

Dime siquiera uno de ellos.

PISTETERO.

En primer lugar, las langostas no devorarán las flores de sus viñas, porque un solo escuadrón de lechuzas y cernícalos dará buena cuenta de ellas. Después sus higos estarán libres de mosquitos y cínifes, que serán devorados por un escuadrón de tordos.

LA ABUBILLA.

¿Cómo les daremos las riquezas, que es lo que más quieren?

PISTETERO.

Cuando consulten a las aves, indicaréis al adivino las minas más ricas y los tráficos más lucrativos; ni un marino perecerá.

LA ABUBILLA.

¿Por qué no perecerá?

PISTETERO.

Porque cuando consulte los auspicios sobre la navegación no faltará nunca un ave que le diga: «No te embarques; habrá tempestad;» o «embárcate; tendrás ganancias.»

EVÉLPIDES.

Compro un navío, y me lanzo al mar; no quiero ya vivir con vosotros.

PISTETERO.

Revelaréis también a los hombres el lugar donde se ocultan los tesoros enterrados por sus padres; porque todas lo sabéis. De aquí el proverbio: «Nadie sabe dónde está mi tesoro, como no sea algún pájaro.»

EVÉLPIDES.

Vendo mi barco; compro un azadón, y ¡a desenterrar ollas de oro!

LA ABUBILLA.

¿Y cómo darles la salud que vive entre los dioses?

PISTETERO.

¿Qué mejor salud que la felicidad? Créeme, un hombre desgraciado nunca está bueno.

LA ABUBILLA.

¿Pero cómo llegarán a la vejez? Porque como esta habita en el Olimpo, habrán de morir en la infancia.

PISTETERO.

Todo lo contrario, las aves prolongaréis su vida trescientos años.

LA ABUBILLA.

¿De quién los tomaremos?

PISTETERO.

¿De quién? De vosotros mismos. ¿Ignoras que la graznadora corneja vive cinco vidas de hombre?

EVÉLPIDES.

¡Ah, cuánto más grato será su imperio que el de Júpiter!

PISTETERO.

¿Quién lo duda? En primer lugar, no tendremos que consagrarles

templos de piedra cerrados con puertas de oro, porque habitarán entre el follaje de las encinas: un olivo será el templo de las aves más veneradas; además, para ofrecerles sacrificios no habrá que hacer un viaje a Delfos o Amón,[84] sino que parándonos delante de los madroños y acebuches, les presentaremos un puñado de trigo o de cebada, suplicándoles, con las manos extendidas, que nos concedan parte de sus bienes, y los conseguiremos sin más dispendios que un poquillo de grano.

CORO.

¡Oh anciano, que después de haberme sido tan odioso me eres ahora tan querido, nunca por mi voluntad me apartaré de tus consejos! Animado por tus palabras he prometido y jurado que si tú, fiel a tus santas promesas, te unes a mí, sin dolo alguno, para atacar a los dioses, estos no conservarán mucho tiempo el cetro que me pertenece. Todo lo que dependa de la fuerza, queda a nuestro cargo; y al tuyo lo que exija habilidad y consejo.

LA ABUBILLA.

¡Por Júpiter! no es tiempo de dormirse y dar largas a la manera de Nicias,[85] sino de obrar con energía y rapidez. Entrad en mi nido de pajas y ramaje, y decidnos vuestros nombres.

PISTETERO.

Es fácil: me llamo Pistetero.

LA ABUBILLA.

¿Y ese?

PISTETERO.

Evélpides, de la aldea de Cría.

LA ABUBILLA.

Salud a entrambos.

PISTETERO.

Aceptamos el augurio.

LA ABUBILLA.

Entrad, pues.

PISTETERO.

Vamos, dirígenos tú.

LA ABUBILLA.

Venid.

PISTETERO.

¡Ah cielos! Ven, vuelve acá. ¿Cómo este y yo, que no tenemos alas, os hemos de seguir cuando voléis?

LA ABUBILLA.

Muy fácilmente.

PISTETERO.

Piénsalo bien: mira que Esopo dice en sus fábulas que a la zorra le causó grave perjuicio su alianza con el águila.[86]

LA ABUBILLA.

Nada temas; hay una raíz, que en cuanto la comáis os saldrán alas.

PISTETERO.

Entremos con esa condición. Ea, Jantias, y tú, Manodoro,[87] coged nuestro equipaje.

CORO.

¡Hola! ¡Eh, Abubilla! A ti te llamo.

LA ABUBILLA.

¿Qué me quieres?

CORO.

Llévate a esos y dales bien de comer; pero déjanos a la melodiosa Procne, cuyos cantos son dignos de las musas: hazla salir para que nos divirtamos con ella.

PISTETERO.

Sí, cede a sus deseos: hazla salir de entre las floridas cañas. Por los dioses te pido que la llames para que contemplemos también nosotros al ruiseñor.

LA ABUBILLA.

Puesto que lo deseáis, fuerza es obedeceros: sal, Procne, y muéstrate a nuestros huéspedes.

(*Sale Procne.*)[88]

* * *

PISTETERO.

¡Oh venerado Júpiter! ¡Qué hermosa avecilla! ¡Qué tierna! ¡Qué brillante!

EVÉLPIDES.

¿Sabes que la estrecharía con gusto entre mis brazos?[89]

PISTETERO.

¡Cuánto oro trae sobre sí! Parece una doncella.

EVÉLPIDES.

Tentado estoy de darle un beso.

PISTETERO.

Pero, desdichado, ¿no ves que tiene por pico dos asadores?

EVÉLPIDES.

¿Qué importa? ¿Hay más que quitarle la cascarilla que le cubre la

cabeza como si fuese un huevo, y besarla después?

LA ABUBILLA.

Vamos.

PISTETERO.

Guíanos en hora buena.

* * *

CORO.

Amable avecilla, el más querido de mis alados compañeros, mi señor, que presides nuestros cantos; al fin viniste a mi presencia; viniste para dejar oír tu suavísimo gorjeo. Tú, que en la flauta armoniosa tañes primaverales melodías, preludia nuestros anapestos.[90] Ciegos humanos, semejantes a la hoja ligera, impotentes criaturas hechas de barro deleznable, míseros mortales que, privados de alas, pasáis vuestra vida fugaz como vanas sombras o ensueños mentirosos, escuchad a las aves, seres inmortales y eternos, aéreos, exentos de la vejez, y ocupados siempre en pensamientos perdurables; nosotros os daremos a conocer los fenómenos celestes, la naturaleza de las aves, y el verdadero origen de los dioses, de los ríos, del Erebo y del Caos; con tal enseñanza podréis causar envidia al mismo Pródico.[91] En el principio solo existían el Caos y la Noche, el negro Erebo y el profundo Tártaro; la Tierra, el Aire y el Cielo no habían nacido todavía; al fin, la Noche de negras alas puso en el seno infinito del Erebo un huevo sin germen, del cual, tras el proceso de largos siglos, nació el apetecido Amor con alas de oro resplandeciente, y rápido como el torbellino. El Amor, uniéndose en los abismos del Tártaro al Caos alado y tenebroso, engendró nuestra raza, la primera que nació a la luz. La de los inmortales

no existía antes de que el Amor mezclase los gérmenes de todas las cosas; pero, al confundirlos, brotaron de tan sublime unión el Cielo, la Tierra, el Océano, y la raza eterna de las deidades bienaventuradas. He aquí cómo nosotros somos muchísimo más antiguos que los dioses. Nosotros somos hijos del Amor; mil pruebas lo confirman; volamos como él, y favorecemos a los amantes. ¡Cuántos lindos muchachos, habiendo jurado ser insensibles, se rindieron a sus amantes al declinar su edad florida, vencidos por el regalo de una codorniz, de un porfirión, de un ánade o de un gallo! Nos deben los mortales sus mayores bienes. En primer lugar, anunciamos las estaciones; la primavera, el invierno y el otoño: la grulla al emigrar a Libia advierte al labrador[92] que siembre; al piloto que cuelgue el timón[93] y se entregue al descanso; a Orestes[94] que se mande tejer un manto, para que el frío no le incite a robárselo a los transeúntes. El milano anuncia, al aparecer, otra estación y el momento oportuno de trasquilar los primaverales vellones; y la golondrina dice que ya es preciso abandonar el manto y vestirse una túnica ligera. Las aves reemplazamos para vosotros a Amón, a Delfos, a Dodona y a Apolo. Para todo negocio comercial, o compra de víveres, o matrimonios nos consultáis previamente y dais el nombre de *auspicios* a todo cuanto sirve para revelaros el porvenir: una palabra es un auspicio;[95] un estornudo es un auspicio; un encuentro es un auspicio; una voz[96] es un auspicio; el nombre de un esclavo es un auspicio; un asno es un auspicio. ¿No está claro que somos para vosotros el fatídico Apolo? Si nos reconocéis por dioses, hallaréis en nosotros las Musas proféticas, los vientos suaves, las estaciones, el invierno, el estío, un calor moderado; no iremos como Júpiter a posarnos orgullosos sobre las nubes, sino que, viviendo a vuestro lado, dispensaremos a vosotros y a vuestros

hijos, y a los hijos de vuestros hijos, riquezas y salud, felicidad, larga vida, paz, juventud, risas, danzas, banquetes, delicias increíbles;[97] en fin, tal abundancia de bienes, que llegaréis a saciaros. ¡Tan ricos seréis todos!

Musa silvestre de variados tonos, tio tio tio tio tio tio tio tix,[98] yo canto contigo en las selvas y en la cumbre de los montes, tio tio tio tio tix, posado entre el follaje de un fresno copudo, tio tio tio tio tix, exhalo de mi delicada garganta himnos sagrados, tio tio tio tix que se unen en las montañas a los augustos coros en honor de Pan y la madre de los dioses, to to to to to to to to tix. En ellos, a modo de abeja, liba Frínico el néctar de sus inmortales versos y de sus dulcísimas canciones, tio tio tio tio tix.

Espectadores, si alguno de vosotros quiere pasar dulcemente su existencia viviendo con las aves, que acuda a nosotros. Todo lo que en la tierra es torpe y se halla prohibido por las leyes, goza entre la gente alígera de no pequeño honor. Entre los hombres, por ejemplo, es un crimen odioso el pegar a su padre; entre las aves nada más bello que acometerle gritando: si riñes, coge tu espolón. El siervo prófugo, marcado con infamante estigma,[99] pasa aquí por pintado francolín: un bárbaro, un frigio, tal como Espíntaro, será entre nosotros el frigilo, de la familia de Filemón:[100] un esclavo de Caria, Execéstides,[101] por ejemplo, podría proveerse entre las aves de abuelos y parientes. ¿Qué más? ¿Quiere el hijo de Pisias[102] abrir las puertas a los infames? Pues trasfórmese en perdiz, digno hijo de su padre, que por acá no es deshonroso escaparse como la perdiz.

Así los cisnes, tio tio tio tio tio tio tio tix, uniendo sus voces y batiendo las alas, cantan a Apolo tio tio tio tix; deteniéndose en las orillas del Hebro,[103] tio tio tio tix, sus acentos atraviesan las etéreas nubes;

escúchanlos las fieras arrobadas y el mar serenando sus olas, to to to to to to to to to tix; todo el Olimpo resuena: los dioses inmortales, las Musas y las Gracias repiten gozosos aquella melodía, tio tio tio tix. Nada hay mejor, nada hay más agradable que tener alas. Si uno de vosotros las tuviese, podría, cuando asistiendo impaciente y mal humorado a una interminable tragedia se siente desfallecer de hambre, volar a su casa, comer, y regresar satisfecho su apetito. Si Patróclides se viera acosado en el teatro por una apremiante necesidad, no tendría que ensuciar su manto, pues volaría a otra parte, y después de desahogarse, tornaría a su asiento recobradas las fuerzas. Aún más: si alguno de vosotros, no importa quién, abrasado por adúltera llama, distinguía al marido de su amante en las gradas de los senadores, podría extendiendo sus alas trasladarse a la amorosa cita, y satisfecha su pasión volver a su puesto. ¿Comprendéis ahora las inmensas ventajas de ser alado? Por eso Diítrefes,[104] aunque solo tiene alas de mimbre, ha sido nombrado filarco primero; después hiparco; y de hombre de nada, se ha convertido en gran personaje, y hoy es ya el gallito de su tribu.

PISTETERO.[105]

Ya está hecho. ¡Por Júpiter! No he visto nunca cosa más ridícula.

EVÉLPIDES.

¿De qué te ríes?

PISTETERO.

De tus alas. ¿Sabes lo que pareces con ellas? Un ganso pintado de brocha gorda.

EVÉLPIDES.

Y tú un mirlo con la cabeza desplumada.

PISTETERO.

Nosotros lo hemos querido; y como Esquilo dice: «No son plumas de otro, sino nuestras».[106]

LA ABUBILLA.

¡Ea! ¿Qué debemos hacer?

PISTETERO.

Lo primero dar a la ciudad un nombre ilustre y pomposo; después ofrecer un sacrificio a los dioses.

EVÉLPIDES.

Opino lo mismo.

LA ABUBILLA.

Pues veamos el nombre que ha de ponérsele.

PISTETERO.

¿Queréis que le demos uno magnífico tomado de Lacedemonia? ¿Queréis que la llamemos Esparta?

EVÉLPIDES.

¡Por Hércules! ¿Esparta mi ciudad? Cuando ni siquiera consiento que sea de esparto[107] mi lecho, aunque solo tenga una estera de junco.

PISTETERO.

¿Pues qué nombre le daremos?

EVÉLPIDES.

Uno magnífico, tomado de las nubes y de estas elevadas regiones.

PISTETERO.

¿Qué te parece Nefelococigia?[108]

LA ABUBILLA.

¡Oh! ¡Oh! Ese sí que es bello y grandioso.

EVÉLPIDES.

¿No es en Nefelococigia donde están todas las grandes riquezas de Teógenes y Esquines?[109]

PISTETERO.

No, donde están es en el llano de Flegra,[110] en el que los dioses aniquilaron la arrogancia de los gigantes.

EVÉLPIDES.

Será una ciudad hermosísima. ¿Pero cuál será su divinidad protectora? ¿Para quién tejeremos el peplo?[111]

PISTETERO.

¿Por qué no escogemos a Minerva Poliada?

EVÉLPIDES.

¿Podrá estar bien arreglada una ciudad en que una mujer vaya completamente armada y Clístenes se dedique a hilar?

PISTETERO.

¿Quién guardará el muro pelárgico?[112]

LA ABUBILLA.

Uno de los nuestros oriundo de Persia, que se proclama el más valiente de todos, un pollo de Marte.[113]

EVÉLPIDES.

¡Oh pollo señor! ¡Es un dios a propósito para vivir sobre las piedras!

PISTETERO.

Ea, vete al aire, a ayudar a los albañiles que construyen la muralla; llévales morrillos; desnúdate y haz mortero; sube la gamella; cáete de la escala; pon centinelas; guarda el fuego bajo la ceniza; ronda con tu campanilla,[114] y duérmete; envía luego dos heraldos, uno arriba a los dioses,

otro abajo a los hombres, y después vuelve a mi lado.

EVÉLPIDES.

Tú quédate aquí, y revienta.[115]

PISTETERO.

Anda, amigo mío, a donde te envío; nada de cuanto te he dicho puede hacerse sin ti. Yo voy a ofrecer un sacrificio a los nuevos dioses, y a llamar al sacerdote para que presida la procesión. ¡Eh, tú, esclavo! trae el canastillo y la sagrada vasija.[116]

CORO.

Yo uno a las tuyas mis fuerzas y mi voluntad, y te exhorto a dirigir a los dioses súplicas espléndidas y solemnes, y a inmolar una víctima en acción de gracias. Entonemos en honor del dios canciones píticas acompañadas por la flauta de Queris.

* * *

PISTETERO (*Al flautista*).

Deja de soplar, Hércules. ¿Qué es eso? Por Júpiter, muchos prodigios he visto, pero nunca a un cuervo con bozal.[117] Sacerdote, cumple tu deber, y sacrifica a los nuevos dioses.

EL SACERDOTE.

Lo haré. ¿Dónde está el que tiene el canastillo? Rogad a la Vesta de las aves, al milano protector del hogar, y a todos los pájaros, olímpicos y olímpicas, dioses y diosas...

PISTETERO.

¡Salve, gavilán protector de Sunio, rey pelásgico![118]

EL SACERDOTE.

Al cisne Pítico y Delio, a Latona madre de las codornices,[119] a Diana jilguero...

PISTETERO.

En adelante no habrá Diana Colenis,[120] sino Diana jilguero.

EL SACERDOTE.

A Baco pinzón, a Cibeles avestruz, augusta madre de los dioses y los hombres...

PISTETERO.

¡Oh poderosa Cibeles avestruz, madre de Cleócrito![121]

EL SACERDOTE.

Que den salud y felicidad a los nefelococigios y a sus aliados de Quíos.[122]

PISTETERO.

Me gusta ver en todas partes a los de Quíos.

EL SACERDOTE.

A los héroes, a las aves, a los hijos de los héroes, al porfirión, al pelícano, al pelecino, al fléxide, al tetraón, al pavo real, al elea, a la cerceta, al elasa, a la garza, al mergo, al becafigo, al pavo...

PISTETERO.

Acaba, hombre infernal; acaba tus invocaciones. Desdichado, ¿a qué víctimas llamas a los buitres y a las águilas de mar? ¿No ves que un milano basta para devorar estas viandas? ¡Lárgate de aquí con tus ínfulas! Ya ofreceré yo solo el sacrificio.

EL SACERDOTE.

Es preciso que para la aspersión entone un nuevo himno sacro y piadoso, e invoque a los dioses, a uno siquiera, si es que tenéis bastantes

provisiones, pues vuestras decantadas víctimas veo que se reducen a barbas y cuernos.

PISTETERO.

Oremos al sacrificar a los dioses alados.

* * *

UN POETA.

Celebra, oh Musa, en tus himnos y canciones a la feliz Nefelococigia.

PISTETERO.

¿Qué significa esto? Di, ¿quién eres?

EL POETA.

Yo soy un cantor melifluo, un celoso servidor de las musas, como dice Homero.

PISTETERO.

Si eres esclavo, ¿cómo llevas largo el cabello?[123]

EL POETA.

No es eso; todos los poetas somos celosos servidores de las Musas, al decir de Homero.

PISTETERO.

Ya no me asombro: tu manto demuestra muchos años de servicio. Pero, desdichado poeta, ¿qué mal viento te ha traído aquí?

EL POETA.

He compuesto versos en honor de vuestra Nefelococigia, y muchos hermosos ditirambos y partenias,[124] en el estilo de Simónides.

PISTETERO.

¿Y cuándo los has compuesto?

EL POETA.

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que yo canto a esta ciudad.

PISTETERO.

¡Pero si en este instante celebro la fiesta de su fundación, y acabo de ponerla un nombre como a los niños de diez días![125]

EL POETA.

¡Qué importa! La voz de las Musas vuela como los más rápidos corceles. ¡Oh tú, padre mío, fundador del Etna, tú cuyo nombre recuerda los divinos templos, otórgame propicio los bienes que para ti desearías!

PISTETERO.

No nos vamos a quitar de encima esta calamidad, si no le damos alguna cosa. Tú,[126] que tienes ese abrigo sobre la túnica, quítatelo y dáselo a este discretísimo poeta. Toma este abrigo; pues me parece que estás tiritando.

EL POETA.

Mi Musa acepta regocijada este presente. Escucha tú estos versos pindáricos...[127]

PISTETERO.

¿No se marchará nunca este importuno?

EL POETA.

Sin vestido de lino
Vaga Estratón en el confín helado
Del errabundo escita:
Burdo manto le han dado,
Pero aún túnica fina necesita.[128]

¿Comprendes lo que quiero decir?

PISTETERO.

Vaya si comprendo: quieres que te regale una túnica. Quítatela: es preciso obsequiar a los poetas. Tómala, márchate.

EL POETA.

Me voy, y al irme compongo estos versos en honor de vuestra ciudad:

Numen de áureo trono,
Celebra esta ciudad
Que tirita a los soplos
De un céfiro glacial.
Yo su campiña fértil,
Vengo de visitar,
Alfombrada de nieve.
¡Tralalá, tralalá!

(*Vase.*)

PISTETERO.

Sí, pero te escapas de estos helados campos con una buena túnica. Jamás hubiera creído, Júpiter soberano, que ese maldito poeta pudiera adquirir tan pronto noticias de esta ciudad. (*Al sacerdote.*) Coge la vasija y da vuelta al altar.

* * *

EL SACERDOTE.

¡Silencio!

UN ADIVINO.

No inmoles el chivo.[129]

PISTETERO.

¿Quién eres tú?

EL ADIVINO.

¿Quién soy? un adivino.

PISTETERO.

¡Vete en hora mala!

EL ADIVINO.

Amigo mío, no desprecies las cosas divinas: hay una profecía de Bacis[130] que se refiere claramente a Nefelococigia.

PISTETERO.

¿Por qué no me hablaste de ese oráculo antes de fundar la ciudad?

EL ADIVINO.

Un dios me lo impedía.

PISTETERO.

No hay inconveniente en que oigamos el vaticinio.

EL ADIVINO.

«Cuando los lobos y las encanecidas cornejas habitaren juntos en el espacio que separa a Corinto de Sicione...»[131]

PISTETERO.

¿Pero qué tenemos que ver con los Corintios?

EL ADIVINO.

Bacis, al expresarse de ese modo, se refería al aire. «Sacrificad primeramente a Pandora un blanco vellocino; y después regalad al profeta que interprete mis oráculos un buen vestido y zapatos nuevos...»

PISTETERO.

¿Están también los zapatos?

EL ADIVINO.

Toma y lee. «Y dadle además una copa y un buen trozo de las entrañas de la víctima.»

PISTETERO.

¿También hay que darle un trozo de las entrañas?

EL ADIVINO.

Toma y lee. «Joven divino, si obedecieres mis mandatos, serás un águila en las nubes: si no le das nada, ni tórtola, ni águila, ni pito real.»

PISTETERO.

¿También está eso?

EL ADIVINO.

Toma y lee.

PISTETERO.

Pero tu oráculo en nada se parece a otro que escribí yo mismo bajo la inspiración de Apolo. «Cuando, sin que nadie le llame, venga un charlatán a molestarte mientras estás ofreciendo un sacrificio, y pida una porción de las entrañas, deberás molerle las costillas a palos.»

EL ADIVINO.

Tú deliras.

PISTETERO.

Toma y lee. «Y no le perdones, aunque sea un águila en las nubes, aunque sea Lampón, aunque sea el gran Diopites.»[132]

EL ADIVINO.

¿También está eso?

PISTETERO.

Toma y lee, ¡y lárgate al infierno!

EL ADIVINO.

¡Ay, pobre de mí!

PISTETERO.

Pronto, pronto, vete a profetizar a otra parte.

* * *

METÓN.[133]

Vengo a...

PISTETERO.

Otro importuno. ¿Qué te trae aquí? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Qué te propones viniendo tan encopetado con tus coturnos?

METÓN.

Quiero medir las llanuras aéreas, y dividirlas en calles.

PISTETERO.

En nombre de los dioses, ¿quién eres?

METÓN.

¿Quién soy? Metón, conocido en toda la Grecia y en la aldea de Colona.[134]

PISTETERO.

Dime, ¿qué es eso que traes ahí?

METÓN.

Reglas para medir el aire. Pues todo el aire, en su forma general, es enteramente parecido a un horno.[135] Por tanto, aplicando por arriba esta línea curva y ajustando el compás... ¿Comprendes?

PISTETERO.

Ni una palabra.

METÓN.

Con esta otra regla trazo una línea recta, inscribo un cuadrado en el círculo, y coloco en su centro la plaza; a ella afluyen de todas partes calles derechas, del mismo modo que del sol, aunque es circular, parten rayos rectos en todas direcciones.

PISTETERO.

¡Este hombre es un Tales... Metón!

METÓN.

¿Qué?

PISTETERO.

Ya sabes que te quiero; pues bien, voy a darte un buen consejo: márchate cuanto antes.

METÓN.

¿Pues qué peligro...?

PISTETERO.

Aquí, como en Lacedemonia,[136] es costumbre expulsar a los extranjeros, y en la ciudad llueven garrotazos.

METÓN.

¿Hay alguna sedición?

PISTETERO.

Nada de eso.

METÓN.

¿Pues qué?

PISTETERO.

Hemos tomado por unanimidad la resolución de echar a todos los charlatanes.

METÓN.

Pues huyo.

PISTETERO.

Creo que ya es tarde: la tempestad estalla. (*Le pega.*)

METÓN.

¡Desdichado de mí! (*Huye.*)

PISTETERO.

¿No te lo decía hace tiempo? Vete con tus medidas a otra parte.

* * *

UN INSPECTOR.

¿Dónde están los próxenos?[137]

PISTETERO.

¿Quién es este Sardanápalo?

EL INSPECTOR.

Soy un inspector[138] designado por la suerte para vigilar en Nefelococigia.

PISTETERO.

¡Un inspector! ¿Quién te ha enviado?

EL INSPECTOR.

Un maldito decreto de Téleas.[139]

PISTETERO.

¿Quieres recibir tu sueldo, y marcharte, sin tomarte la menor molestia?

EL INSPECTOR.

Sí, por cierto; precisamente tenía hoy necesidad de estar en Atenas para asistirá la asamblea: tengo un asunto de Farnaces.[140]

PISTETERO.

Toma y llévate esto; este será tu sueldo. (*Le pega.*)

EL INSPECTOR.

¿Qué es esto?

PISTETERO.

Es la asamblea en que has de defender a Farnaces.

EL INSPECTOR.

¡Sed testigos de que me pega! ¡A mí! ¡A un inspector!

PISTETERO.

¿No te irás con tus malditas urnas judiciales? Esto es insoportable; ¡enviar inspectores a una ciudad antes de haberse ofrecido el sacrificio de consagración!

* * *

UN VENDEDOR DE DECRETOS.

«El nefelococigio que faltase a un ateniense...»

PISTETERO.

¿Qué nueva calamidad es esta, cargada de pergaminos?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

Soy un vendedor de decretos, y vengo a venderos leyes nuevas.

PISTETERO.

¿Cuáles?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

«Los habitantes de Nefelococigia tendrán las mismas leyes, pesos y medidas que los Olofixios.»[141]

PISTETERO.

Ahora vas a conocer las de los Ototixios.[142]

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

Eh, ¿qué haces?

PISTETERO.

¿No te largas con tus decretos? Pues te voy a aplicar unos bien crueles.

EL INSPECTOR (*Volviendo*).

Cito por injurias a Pistetero para el mes Muniquion.[143]

PISTETERO.

¡Cómo! ¿Aún estabas ahí?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

«El que expulsare a un magistrado y no le recibiese como prescribe el edicto fijado en la columna...»

PISTETERO (*Al inspector*).

¡Oh, desdicha! ¿Ahí estabas también tú?

EL INSPECTOR.

¡Ya me las pagarás! Te he de hacer condenar a diez mil dracmas de multa.

PISTETERO.

Yo haré pedazos tus urnas.

EL INSPECTOR.

¿Te acuerdas de aquella tarde en que hiciste tus necesidades junto a la columna de edictos?

PISTETERO.

Ea, echadle mano a ese. ¡Hola! parece que no te quedas.

EL SACERDOTE.

Marchémonos de aquí cuanto antes, y sacrifiquemos dentro el macho

cabrío.

(*Vanse todos.*)

* * *

CORO.

Ya todos los mortales ofrecerán sus votos y sacrificios a mí que todo lo inspecciono y gobierno. Porque con mi vista abarco el mundo entero y conservo los frutos en flor, destruyendo las infinitas castas de animales que, en el seno de la tierra o en las ramas de los árboles, los devoran antes de que hayan brotado del tierno cáliz. Yo mato los insectos que corrompen con su fétido contacto los perfumados huertos; y todos los reptiles y venenosos sapos mueren al golpe de mis forzudas alas.

Hoy que se pregona principalmente este edicto: «El que matase a Diágoras Meliense,[144] recibirá un talento: el que matase a uno de los tiranos nuestros,[145] recibirá un talento», queremos nosotros promulgar también este decreto: «El que matare a Filócrates el pajarero, recibirá un talento; cuatro el que lo traiga vivo: él es quien ata los pinzones de siete en siete y los vende por un óbolo; él es quien atormenta a los tordos inflándolos para que parezcan más gordos; él atraviesa con plumas el pico de los mirlos; él reúne palomas y las encierra obligándolas a reclamar a otras y atraerlas a sus redes. Este es nuestro edicto: mandamos además que todo el que tenga aves encerradas en su patio, las suelte inmediatamente. El que no obedeciere será apresado por las aves, y servirá cargado de cadenas para señuelo de otros hombres.»

¡Oh raza afortunada la de las aves! ni en invierno tenemos necesidad de túnicas, ni en estío nos molestan los abrasadores rayos de un sol canicular.

En los valles floridos, a la sombra del tupido follaje, hallo fresco reposo, mientras la divina cigarra, enfurecida por el calor del mediodía deja oír su agudo canto: cuevas profundas, en que jugueteo con las monteses ninfas, me abrigan en invierno; y en primavera, picoteo las blancas y virginales bayas del mirto, y saqueo los huertecillos de las Gracias.

Queremos decir a los jueces una palabra sobre el premio: si nos lo adjudican, les otorgaremos toda clase de bienes; bienes más preciosos que los que recibió el mismo Paris.[146] En primer lugar, cosa la más apetecida por todos los jueces, las lechuzas de Laurium[147] no os abandonarán jamás; habitarán dentro de vuestras casas, anidarán en vuestros bolsillos y empollarán en ellos pequeñas moneditas. Además vuestras habitaciones parecerán templos magníficos, porque elevaremos sus techos en forma de alas de águila.[148] Si conseguís una magistratura y queréis robar algo, armaremos vuestras manos con las garras veloces del azor. Y si vais a un banquete, os proveeremos de espaciosos buches. Pero si no nos adjudicáis el premio, ya podéis proveeros de sombrillas como las de las estatuas;[149] que el que no la lleve nos las pagará todas juntas. Pues cuando salga ostentando su túnica blanca, todas las aves se la mancharemos con nuestras inmundicias.

* * *

PISTETERO.

Aves, el sacrificio ha sido favorable; pero me extraña que no venga de la muralla ningún mensajero para anunciamos cómo va la obra. ¡Ah! Ahí viene uno corriendo sin aliento.[150]

MENSAJERO PRIMERO.

¿Dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde está? ¿Dónde está Pistetero, nuestro jefe?

PISTETERO.

Aquí estoy.

MENSAJERO PRIMERO.

Tus murallas están construidas.

PISTETERO.

Muy bien.

MENSAJERO PRIMERO.

Es una obra soberbia y hermosísima: la anchura del muro es tan grande, que si Proxénides el fanfarrón y Teógenes[151] se encontrasen sobre él dirigiendo dos carros tirados por caballos tan grandes como el de Troya, pasarían sin dificultad.[152]

PISTETERO.

¡Magnífico!

MENSAJERO PRIMERO.

Su largura (yo mismo la he medido) es de cien brazas.[153]

PISTETERO.

¡Por Neptuno, qué largura! ¿Quiénes han construido tan gigantesca muralla?

MENSAJERO PRIMERO.

Las aves, y nadie más que las aves; allí no ha habido ni albañiles egipcios, ni canteros; todo lo han hecho por sí mismas con una habilidad asombrosa. De África vinieron cerca de treinta mil grullas que descargaron su lastre de piedras,[154] las cuales, después de arregladas por el pico de los rascones, han servido para los cimientos. Diez mil cigüeñas fabricaron los

ladrillos. Los chorlitos y demás aves fluviales subían al aire el agua de la tierra.

PISTETERO.

¿Quiénes traían el mortero?

MENSAJERO PRIMERO.

Las garzas, en gamellas.

PISTETERO.

¿Pero cómo pudieron echarlo en las gamellas?

MENSAJERO PRIMERO.

¡Oh, es una invención ingeniosísima! Los gansos revolvían con sus patas, a guisa de paletas, el mortero, y después lo echaban en las gamellas.

PISTETERO.

¿Qué no harán los pies?[155]

MENSAJERO PRIMERO.

Era de ver cómo traían ladrillos los ánades. También ayudaban a la faena las golondrinas trayendo mortero en el pico y la llana en la cola, como si fuesen niños.

PISTETERO.

¿Qué necesidad habrá ya de pagar operarios? Pero dime: ¿quiénes labraron las maderas necesarias?

MENSAJERO PRIMERO.

Los pelícanos, como habilísimos carpinteros, arreglaron con sus picos las jambas de las puertas: cuando desbastaban las maderas, se oía un ruido parecido al de los arsenales. Ahora está ya todo cerrado con puertas y cerrojos y cuidadosamente guardado: las rondas recorren el recinto con sus campanillas: hay centinelas en todas partes, y antorchas en las torres. Pero

yo corro a lavarme: a ti te toca terminar la obra.

* * *

CORO.

Vamos, ¿qué haces? ¿Te admiras de la prontitud con que el muro ha sido construido?

PISTETERO.

Sí por cierto; la cosa es digna de admiración; parece una fábula. Pero ahí viene uno de los centinelas de la ciudad con marcial continente.

* * *

MENSAJERO SEGUNDO.

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

PISTETERO.

¿Qué ocurre?

MENSAJERO SEGUNDO.

Una cosa indigna. Uno de los dioses de la corte de Júpiter ha atravesado las puertas y ha penetrado en el aire burlando la vigilancia de los grajos qué dan la guardia de día.

PISTETERO.

¡Oh indigno y criminal atentado! ¿Qué dios es?

MENSAJERO SEGUNDO.

Lo ignoramos; solo sabemos que tiene alas.

PISTETERO.

¿Por qué no habéis lanzado en seguida guardias en su persecución?

MENSAJERO SEGUNDO.

Hemos enviado tres mil azores, arqueros de caballería: todas las aves de ganchudas uñas, cernícalos, gerifaltes, buitres, águilas y gavilanes vuelan en su busca, haciendo resonar el aire con el rápido batir de sus alas. El dios no debe estar lejos; si no me engaño, helo ahí.

PISTETERO.

¡Armémonos de la honda y el arco! Aquí, mis amigos; disparad todos vuestras saetas; dadme una honda.

CORO.

Declárase una guerra, una guerra nefanda entre nosotros y los dioses. Hijos del Erebo, guardad cuidadosos el aire y las nubes que le entoldan para que ningún dios las atraviese: vigilad todo el circuito. Ya se oye cerca un ruido de alas, como el de un inmortal cuando vuela.

(*Iris aparece volando y es detenida.*)

* * *

PISTETERO.

¡Eh, tú! ¿A dónde vuelas? Estate quieta, inmóvil. ¡Alto! detente. ¿Quién eres? ¿De qué país? Es preciso que digas de dónde vienes.

IRIS.

Vengo de la mansión de los dioses olímpicos.

PISTETERO.

¿Cómo te llamas, navío o casco?[156]

IRIS.

La rápida Iris.

PISTETERO.

¿La Paralos, o la Salamina?[157]

IRIS.

¿Qué dices?

PISTETERO.

¿No habrá un gerifalte[158] que emprenda el vuelo y se lance sobre ella?

IRIS.

¿Que se lance sobre mí? ¿Qué significan estos ultrajes?

PISTETERO.

Vas a llorar a mares.

IRIS.

Pero esto es absurdo.

PISTETERO.

¿Por qué puerta has penetrado en la ciudad, gran malvada?

IRIS.

¿Por qué puerta? No lo sé, por vida mía.

PISTETERO.

¿Oís cómo se burla de nosotros? ¿Te has presentado al capitán de los grajos? Responde. ¿Traes un pase autorizado con el sello de las cigüeñas?

IRIS.

¿Qué es esto?

PISTETERO.

¿No lo traes?

IRIS.

¿Estás en tu juicio?

PISTETERO.

¿No te ha enviado un salvoconducto algún jefe de las aves?

IRIS.

Nadie me ha enviado nada, imbécil.

PISTETERO.

¿Y te has atrevido a atravesar en silencio el aire y una ciudad extraña?

IRIS.

¿Pues por dónde hemos de pasar los dioses?

PISTETERO.

No lo sé; pero no por aquí. Lo cierto es que tú has delinquido. ¿Sabes que si te aplicase la pena merecida nos apoderaríamos de ti y moriría la bella Iris?

IRIS.

Soy inmortal.

PISTETERO.

No por eso dejarías de morir. Esto es insoportable; mandamos en todos los seres del mundo, y ahora nos vienen los dioses echándoselas de insolentes y negándose a obedecer a los más fuertes. Vamos, contesta: ¿a dónde dirigías tu vuelo?

IRIS.

¿Yo? Llevo encargo de mi padre de ordenar a los hombres que ofrezcan víctimas a los dioses del Olimpo; que inmolen bueyes y ovejas, y llenen las calles con el humo de los sacrificios.

PISTETERO.

¿Qué dices? ¿A qué dioses?

IRIS.

¿A qué dioses? a nosotros, a los dioses del cielo.

PISTETERO.

¿Pero vosotros sois dioses?

IRIS.

¿Pues qué, hay otros?

PISTETERO.

Las aves son ahora los dioses de los hombres; y a ellas, por vida mía, han de ofrecerse los sacrificios y no a Júpiter.

IRIS.

¡Ah, insensato, insensato! No provoques las graves iras de los dioses; guarda que la Justicia, armada del terrible azadón de Júpiter, no extirpe de raíz toda tu raza; teme que sus rayos vengadores te reduzcan a cenizas con todos tus palacios.[159]

PISTETERO.

Oye, déjate de palabras campanudas, y estate quieta. Dime, ¿crees que me vas a espantar con ese lenguaje, como si fuese algún esclavo lidio o de la Frigia?[160] ¿Sabes que si Júpiter me molesta más, enviaré águilas igníferas que incendien su morada y el palacio de Anfión?[161] ¿Sabes que puedo mandar al cielo contra él más de seiscientos alados porfiriones[162] cubiertos con pieles de leopardos? Y cuenta que uno solo le dio mucho que hacer. Y a ti, bella mensajera, como me incomodes, te agarro y te doy a conocer, con asombro tuyo, que, aunque viejo, pocos me ganan en las lides amorosas.

IRIS.

¡Ojalá revientes, estúpido, con tus dicharachos!

PISTETERO.

¿Te marchas o no? ¡Largo pronto! ¡Cuidado con los golpes!

IRIS.

¡Ah! Mi padre castigará tu insolencia.

PISTETERO.

¡Vaya un susto! ¡Vuela, vuela, vete a llenar con el humo y el hollín de tus rayos a otros más jóvenes que yo!

CORO.

Queda prohibido a los dioses, hijos de Júpiter, el paso por nuestra ciudad; prohíbese también a los mortales cuando les ofrezcan sacrificios el que hagan atravesar por aquí el humo de sus víctimas.

PISTETERO.

Temo que no acabe de volver el heraldo que envié a los hombres.

* * *

UN HERALDO.

¡Oh feliz Pistetero! ¡Oh sapientísimo! ¡Oh celebérrimo! ¡Oh sapientísimo! ¡Oh hermosísimo! ¡Oh felicísimo! ¡Oh...! Vamos, apunta.[163]

PISTETERO.

¿Qué estás diciendo?

EL HERALDO.

Todos los pueblos, admirados de tu sabiduría, te ofrecen esta corona de oro.

PISTETERO.

La acepto; pero ¿por qué los pueblos me decretan tan señalado honor?

EL HERALDO.

Tú no sabes, ilustre fundador de una ciudad aérea, la inmensa estimación en que te tienen los mortales, y la afición extraordinaria que se ha desarrollado por este país. Antes de que echases los cimientos de esta célebre ciudad, todos los hombres atacados de la lacomanía se dejaban crecer el cabello, ayunaban, iban sucios, vivían socráticamente,[164] y llevaban

bastones espartanos; ahora ha cambiado la moda y les domina la manía por las aves, complaciéndose en imitar su modo de vivir. En cuanto apunta el alba saltan todos a la vez del lecho y vuelan, como nosotros, a su pasto habitual; después se dirigen a los carteles y se atracan de decretos. Su manía por las aves es tan grande que muchos llevan nombres de volátiles: un tabernero cojo, se llama perdiz; Menipo, golondrina; Opuncio, cuervo tuerto; Filocles, alondra; Teógenes, ganso-zorro; Licurgo, ibis; Querefonte, murciélago; Siracosio, urraca; y Midias se llama codorniz, porque, en efecto, tiene toda la traza de una codorniz muerta de un porrazo en la cabeza.[165] La pasión por las aves hace que se canten versos, donde es de rigor hablar de golondrinas, de penélopes, de gansos, de palomas, o por lo menos algo de plumaje. Así anda la cosa. ¡Ah!, te advierto que pronto vendrán aquí más de diez mil personas pidiéndote alas y garras ganchudas; por tanto, ya puedes hacer provisión de plumas para los nuevos huéspedes.

PISTETERO.

Entonces no hay tiempo que perder. Anda, llena de alas todos los cestos y cestillos, y dile a Manes[166] que me los traiga aquí. Yo me encargo de recibir a los que vengan.

CORO.

Esta ciudad va a ser pronto muy populosa.

PISTETERO.

Si la fortuna nos favorece.

CORO.

El amor a nuestra ciudad se propaga.

PISTETERO (*Al esclavo*).

Trae eso pronto.

CORO.

¿Qué falta en ella de cuanto puede hacer grata su mansión? Aquí se encuentran la Sabiduría, el Amor, las Gracias inmortales, y el plácido semblante de la querida Paz.

PISTETERO.

¡Qué calma, justo cielo! Trae eso pronto.

CORO.

Sí, traed pronto un cesto lleno de alas; y tú hazle moverse a palos, como lo hago yo: es más pesado que un asno.

PISTETERO.

Sí, Manes es un perezoso.

CORO.

Tú, pon en orden esas alas, las musicales,[167] las proféticas,[168] las marítimas.[169] Procura después que cada uno se lleve las que le convengan.

PISTETERO (*A Manes*).

¡Ah, lo juro por los cernícalos! Esta no te la perdono, si continúas tan perezoso y tardón.

* * *

UN PARRICIDA.

¡Quién fuera el águila de altísimo vuelo, para cernerse sobre las ondas cerúleas del estéril mar![170]

PISTETERO.

Veo que el mensajero dijo la verdad; ahí viene no sé quién cantando a las águilas.

EL PARRICIDA.

¡Oh, nada hay tan delicioso como volar! Yo adoro las leyes de los pájaros; la afición a las aves me vuelve loco; yo vuelo, yo quiero vivir con vosotros, soy apasionado por vuestras leyes.

PISTETERO.

¿Por cuáles?, pues las aves tienen muchas clases.[171]

EL PARRICIDA.

Por todas; más principalmente por esa en virtud de la cual es lícito a un pájaro morder a su padre y retorcerle el pescuezo.

PISTETERO.

Es verdad, nosotros tenemos por muy valiente al que, pollito aún, pega a su padre.

EL PARRICIDA.

Por eso he emigrado a esta región; deseo estrangular a mi padre para heredar todos sus bienes.

PISTETERO.

Pero tenemos también otra ley inscrita en la columna de edictos de las cigüeñas: «Cuando la cigüeña haya criado sus hijos y los haya puesto en disposición de volar, estos tendrán a su vez obligación de alimentar a sus padres.»

EL PARRICIDA.

¡Pues bastante he ganado con venir, si tengo que sostener a mi padre!

PISTETERO.

No, no; ya que con tan benévolas intenciones has acudido a nosotros, te emplumaré como conviene a un pájaro huérfano.[172] Además, pobre joven, te daré un buen consejo que aprendí en mi niñez. No maltrates a tu padre; coge esta ala en una mano y ese espolón en la otra; figúrate que

tienes una cresta de gallo, y haz guardias, vete a la guerra, vive de tu estipendio, y deja en paz a tu padre. Ya que eres tan belicoso, dirige tu vuelo a Tracia,[173] y combate allí.

EL PARRICIDA.

¡Por Baco! Tu consejo me parece excelente, y lo seguiré.

PISTETERO.

Obrarás discretamente.

* * *

CINESIAS.

Vuelo al Olimpo con ligeras alas;[174]
Y a su batir resuelto voy cruzando
Las sendas de la gaya poesía...

PISTETERO.

Este va a necesitar un fardo entero de alas.

CINESIAS.

Otras nuevas buscando,
Mi cuerpo y mi indomable fantasía...

PISTETERO.

Un abrazo a Cinesias, el Tilo.[175] ¿A qué vienes dando vueltas a tu pie cojo?

CINESIAS.

Quiero, ansío ser ave,
Ser ruiseñor, y con gorjeo suave...

PISTETERO.

Basta de música, y explícame tus deseos.

CINESIAS.

Ponme alas; pues anhelo subir por los aires y recoger de las nubes nuevos cantos, aéreos y caliginosos.

PISTETERO.

¿Cantos en las nubes?

CINESIAS.

Sí; en ellas estriba hoy todo nuestro arte. Los más brillantes ditirambos son aéreos, caliginosos, tenebrosos, alados. Pronto lo verás; escucha.

PISTETERO.

No, no oigo nada.

CINESIAS.

Pues oirás, mal que te pese:

En forma de volátil,
Cuyo ondulante cuello
Surca del éter fúlgido
La azul inmensidad,
Recorreré los aires,
Que te obedecen ya.

PISTETERO.

¡Hop![176]

CINESIAS.

¡Ah! ¡Quién con vuelo rápido
Al hálito vehemente
Cediendo de los ímpetus
De indómito Aquilón

Pudiera sobre el piélago
Cernerse bramador!

PISTETERO.

¡Ya reprimiré yo tus hálitos o ímpetus...!

CINESIAS.

Y ora hacia el Noto cálido
Enderezando el vuelo,
Ora a la región frígida
Del Bóreas glacial,
El oleaje férvido
Del éter...

(*A Pistetero que le apalea.*) ¡Anciano! ¡Anciano! ¡Vaya una hábil e ingeniosa invención!

PISTETERO.

¿No deseabas volar?

CINESIAS.

¿Así tratas a un poeta ditirámbico que se disputan todas las tribus?

PISTETERO.

¿Quieres quedarte con nosotros y enseñar a la tribu Ceropia un coro de aves voladoras, tan ligero como el espirituado Leotrófides?[177]

CINESIAS.

Te burlas de mí, está claro. Pero no importa; ten presente que no descansaré un momento hasta que surque los aires, transformado en pájaro.

* * *

UN DELATOR.

Di, golondrina de alas esplendentes
Por la Febea luz tornasoladas,
¿Quiénes son esas aves indigentes
De tan varios plumajes adornadas?[178]

PISTETERO.

El mal toma serias proporciones. Otro se acerca zumbando.

EL DELATOR.

«Por la Febea luz tornasoladas,» repito.

PISTETERO.

Creo que esa canción la dirige a su manto, porque parece que tiene necesidad urgente de la vuelta de la golondrina.[179]

EL DELATOR.

¿Quién distribuye alas a los recién llegados?

PISTETERO.

Yo mismo; pero es preciso decir para qué.

EL DELATOR.

¡Alas! ¡Necesito alas![180] No me preguntes más.

PISTETERO.

¿Acaso quieres volar en línea recta a Pelene?[181]

EL DELATOR.

No; soy acusador de las islas,[182] delator...

PISTETERO.

¡Buen oficio!

EL DELATOR.

E investigador de pleitos. Quiero tener alas, para girar con rapidez mi visita a las ciudades y citar a los acusados.

PISTETERO.

¿Los citarás mejor teniendo alas?

EL DELATOR.

No, por Júpiter; pero podré librarme de ladrones, y volveré como las grullas, trayendo por lastre infinitos procesos.

PISTETERO.

¿Y esa es tu ocupación? ¡Cómo! ¿Siendo joven y robusto, te dedicas a delator de extranjeros?

EL DELATOR.

¿Qué he de hacer? No sé cavar.

PISTETERO.

Pero, por Júpiter, hay otras ocupaciones con las cuales un hombre de tu edad puede ganarse honradamente la vida, sin acudir al vil oficio de zurcidor de procesos.

EL DELATOR.

Amigo mío, no te pido consejos, sino alas.

PISTETERO.

Ya te doy alas con mis palabras.

EL DELATOR.

¿Cómo puedes con palabras dar alas a un hombre?

PISTETERO.

Las palabras dan alas a todos.

EL DELATOR.

¿A todos?

PISTETERO.

¿No has oído muchas veces en las barberías a los padres decir hablando de los jóvenes?: «Son terribles las alas para la equitación que le han dado a mi hijo las palabras de Diítrefes.[183]» «Pues yo, dice otro, tengo un hijo que en alas de la imaginación ha dirigido su vuelo a la tragedia.»

EL DELATOR.

¿Luego las palabras dan alas?

PISTETERO.

Ya te he dicho que sí: ellas elevan el espíritu, y levantan al hombre. He ahí por qué con mis útiles consejos pretendo yo levantar tu vuelo a una profesión más honrada.

EL DELATOR.

Pero yo no quiero.

PISTETERO.

¿Pues qué harás?

EL DELATOR.

No quiero desmerecer de mi raza: el oficio de delator está vinculado a mi familia. Dame, pues, rápidas y ligeras alas de gavilán o cernícalo, para que, en cuanto haya citado a los isleños, pueda regresar a Atenas a sostener la acusación, y volar en seguida a las islas.

PISTETERO.

Comprendo: a fin de que el isleño sea condenado aquí, antes de llegar.

EL DELATOR.

Precisamente.

PISTETERO.

Y después, mientras él navega en esta dirección, volar tú allá y

arrebatarle todos sus bienes.

EL DELATOR.

Exacto. Deseo ser un verdadero trompo.

PISTETERO.

A propósito de trompos: tengo aquí excelentes alas de Córcira.[184]

EL DELATOR.

¡Pobre de mi! ¡Es un azote!

PISTETERO.

¡Fuera de aquí volando! ¡Lárgate pronto, canalla insoportable! Ya te haré yo sentir lo que se gana corrompiendo la justicia. (*Al esclavo.*) Recojamos las alas y partamos.

* * *

CORO.

En nuestro vuelo hemos visto mil maravillas, mil increíbles prodigios. Hay lejos de Cardias[185] un árbol muy extraño llamado Cleónimo, completamente inútil, aunque grande y tembloroso. En primavera produce siempre, en vez de yemas, delaciones; y en invierno, en vez de hojas, deja caer escudos. Hay también un país, junto a la región de las sombras en los desiertos oscuros, donde los hombres comen y hablan con los héroes, excepto a la noche; cuando esta llega su encuentro es peligroso. Pues si algún mortal tropezare entonces con Orestes,[186] sería despojado de sus vestidos, y molido a palos de pies a cabeza.

* * *

PROMETEO.

¡Qué desgraciado soy! Procuremos que no me vea Júpiter. ¿Dónde está Pistetero?

PISTETERO.

¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Un hombre tapado?

PROMETEO.

¿Ves algún dios detrás de mí?

PISTETERO.

Ninguno, por vida mía. ¿Pero quién eres?

PROMETEO.

¿Qué hora es?

PISTETERO.

¿Qué hora? Un poco más del medio día. ¿Pero quién eres?

PROMETEO.

¿Es el declinar del día o más tarde?

PISTETERO.

¡Oh, qué fastidioso!

PROMETEO.

¿Qué hace Júpiter? ¿Disipa o amontona las nubes?[187]

PISTETERO.

¡Vete al infierno!

PROMETEO.

Entonces, me descubriré.

PISTETERO.

¡Oh, querido Prometeo!

PROMETEO.

¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡No grites!

PISTETERO.

¿Qué ocurre?

PROMETEO.

¡Silencio! No pronuncies mi nombre; soy perdido si Júpiter me llega a ver aquí. Si me cubres la cabeza con esta sombrilla, para que no me vean los dioses, te contaré todo lo que pasa en el Olimpo.

PISTETERO.

¡Ah, ja, ja! Idea excelente y digna de Prometeo. Métete pronto aquí debajo, y habla sin temor.

PROMETEO.

Escucha, pues.

PISTETERO.

Soy todo oídos: habla.

PROMETEO.

Júpiter está perdido.

PISTETERO.

¿Desde cuándo?

PROMETEO.

Desde que habéis fundado esta ciudad en el aire. Ningún mortal ofrece ya sacrificios a los dioses, y no sube hasta nosotros el humo de las víctimas. Privados de todas sus ofrendas, ayunamos como en las fiestas de Ceres.[188] Los dioses bárbaros, enfurecidos por el hambre, gritan como los ilirios, y amenazan bajar contra Júpiter, si no hace que vuelvan a abrirse los mercados, para que puedan introducirse las entrañas de las víctimas.

PISTETERO.

¿Luego hay dioses bárbaros que habitan encima de nosotros?

PROMETEO.

¿Pues si no hubiese dioses bárbaros, cuál podría ser el patrón de Execéstides?[189]

PISTETERO.

¿Y cómo se llaman esos dioses?

PROMETEO.

¿Cómo? Tríbalos.[190]

PISTETERO.

Comprendo. De ahí, sin duda, viene la frase: «Ojalá te trituren».[191]

PROMETEO.

Está claro. Te aseguro que pronto bajará para estipular las condiciones de paz una embajada de Júpiter y de los Tríbalos superiores; pero vosotros no debéis hacer pacto alguno mientras Júpiter no restituya el cetro a las aves, y te dé por esposa a la Soberanía.

PISTETERO.

¿Quién es la Soberanía?

PROMETEO.

Una hermosísima doncella que maneja los rayos de Júpiter y a cuyo cargo están todas las demás cosas: la prudencia, la equidad, la modestia, la marina, las calumnias, la tesorería, y el pago del trióbolo.

PISTETERO.

De modo que es un administrador universal.

PROMETEO.

Precisamente. De suerte que si te la otorga, serás dueño de todo. He venido para darte este consejo, pues siempre he querido mucho a los hombres.

PISTETERO.

Es verdad; tú eres el único dios a quien debemos los asados.[192]

PROMETEO.

Sabes también que aborrezco a todos los dioses.

PISTETERO.

Sí, tú fuiste siempre su enemigo.

PROMETEO.

Un verdadero Timón[193] para ellos. Pero dame la sombrilla para que me vaya cuanto antes; si Júpiter me ve así desde el cielo, creerá que voy siguiendo a una canéfora.[194]

PISTETERO.

Para fingir mejor, coge este asiento y llévatelo con la sombrilla.

* * *

CORO.

En el país de los Esciápodas[195] hay un pantano donde evoca los espíritus el desaseado Sócrates; allá fue también Pisandro,[196] pidiendo ver su alma que le había abandonado en vida; traía un camello por víctima en vez de un cordero, y cuando lo degolló, dio un paso atrás como Ulises:[197] después Querefonte,[198] el murciélago, subió del Orco para beber la sangre.

* * *

NEPTUNO.

Estamos a la vista de Nefelococigia, a cuya ciudad venimos. (*Al Tríbalo.*) ¡Eh, tú! ¿Qué haces? ¿Te echas el manto sobre el hombro izquierdo? ¿No lo cambias al derecho?[199] ¡Cómo, desdichado!, ¿tendrás el mismo defecto que Lespodias?[200] ¡Oh democracia! ¿A dónde vamos a

parar? ¡Verse los dioses obligados a elegir semejante embajador!

EL TRÍBALO.

Déjame en paz.

NEPTUNO.

¡Peste de estúpido! No he visto dios más bárbaro. Dime, Hércules, ¿qué haremos?

HÉRCULES.

Ya lo has oído; mi intención es estrangular, sea el que sea, a ese hombre que nos ha bloqueado.

NEPTUNO.

Pero, amigo mío, si hemos sido enviados a tratar de la paz.

HÉRCULES.

Razón de más para estrangularle.

PISTETERO.[201]

Alárgame el rallador; trae silfio; dame queso; atiza los carbones.

HÉRCULES.[202]

Mortal, tres dioses te saludan.

PISTETERO.

Lo cubro de silfio.

HÉRCULES.

¿Qué carnes son esas?

PISTETERO.

Son unas aves que se han sublevado y conspirado contra el partido popular.

HÉRCULES.

¿Y las cubres primero de silfio?

PISTETERO.

¡Salud, oh Hércules! ¿Qué ocurre?

HÉRCULES.

Venimos enviados por los dioses para cortar la guerra.

UN CRIADO.

No hay aceite en la alcuza.

PISTETERO.

Pues estos pajarillos tienen que estar bien rehogados.

HÉRCULES.

Nosotros nada ganamos con hacer la guerra; y vosotros, si sois nuestros amigos, tendréis siempre agua de lluvia en las balsas y disfrutaréis de días serenos. Venimos perfectamente autorizados para estipular sobre este punto.

PISTETERO.

Nunca hemos sido los agresores, y ahora mismo estamos dispuestos a hacer la paz que deseáis si os avenís a una condición equitativa: tal es la de que Júpiter nos devuelva el cetro a las aves. Después de arreglado este particular, invito a los embajadores a comer.

HÉRCULES.

Por mí eso basta, y declaro...

NEPTUNO.

¿Qué? ¡Desdichado! Eres glotón e imbécil. ¿Así piensas despojar del mando a tu padre?

PISTETERO.

Te equivocas. ¿Acaso no seréis más poderosos si las aves reinan sobre la tierra? Ahora, al abrigo de las nubes y bajando la cabeza, los mortales

perjuran impunemente de vosotros; pero si tuvieseis por aliadas a las aves, cuando alguno jurase por el cuervo y por Júpiter, el cuervo se acercaría furtivamente al perjuro, y le saltaría un ojo de un picotazo.

NEPTUNO.

¡Bien dicho, por Neptuno![203]

HÉRCULES.

Me parece lo mismo.

PISTETERO (*Al Tríbalo*).

Y tú, ¿qué opinas?

EL TRÍBALO.

Nabaisatreu.[204]

PISTETERO.

¿Lo ves? Es de la misma opinión. Oíd otra de las ventajas que nuestra alianza os proporcionará. Si un hombre ofrece un sacrificio a alguno de vosotros, y después difiere su realización diciendo: «Los dioses tendrán paciencia», y por avaricia no cumple su voto, nosotros le obligaremos.

NEPTUNO.

¿Cómo? ¿De qué manera?

NEPTUNO.

Cuando nuestro hombre esté contando su dinero, o sentado en el baño, un gavilán le arrebatará, sin que lo note, el precio de dos ovejas y se lo llevará al dios burlado.

HÉRCULES.

Confirmo mi declaración de que debe devolvérsele el cetro.

NEPTUNO.

Pregunta a Tríbalo.

HÉRCULES.

¡Eh, Tríbalo! ¿Quieres... una paliza?

EL TRÍBALO.

Saunaca bactaricrousa.

HÉRCULES.

Dice que con mucho gusto.

NEPTUNO.

Si ambos sois de esa opinión, yo me adhiero a ella.

HÉRCULES.

Consentimos en la devolución del cetro.

PISTETERO.

¡Por vida mía, si me olvidaba de otra condición! Dejo a Júpiter su Juno; pero exijo que me dé por esposa a la joven Soberanía.

NEPTUNO.

Está visto que no quieres la paz. Retirémonos.

PISTETERO.

Poco me importa. — Cocinero, que esté sabrosa la salsa.

HÉRCULES.

¡Qué particular es este Neptuno! ¿A dónde vas? ¿Hemos de emprender la guerra por una mujer?

NEPTUNO.

¿Pues qué hemos de hacer?

HÉRCULES.

¿Qué? La paz.

NEPTUNO.

¡Cómo! ¿No conoces, imbécil, que te está engañando? Tú mismo te

arruinas. Si Júpiter muere después de haberle entregado el mando, quedarás reducido a la miseria, pues a ti han de pasar todos los bienes que tu padre deje a su muerte.

PISTETERO.

¡Ah, desdichado! ¡Cómo trata de confundirte! Ven acá y te diré lo que hace al caso. Tu tío te engaña, pobre amigo; según la ley, no puedes heredar ni un hilo de los bienes paternos, porque eres hijo bastardo y no legítimo.

HÉRCULES.

¿Yo bastardo? ¿Qué dices?

PISTETERO.

La pura verdad: por ser hijo de una mujer extranjera. Y si no, dime: ¿cómo Minerva, siendo hembra, pudiera ser única heredera de Júpiter, si tuviera hermanos legítimos?

HÉRCULES.

¿Y si mi padre al morir me lega la parte correspondiente a los bastardos?

PISTETERO.

La ley no se lo permite. El mismo Neptuno que ahora te provoca será el primero en disputarte la herencia paterna, alegando su cualidad de hermano legítimo. Escucha el texto de la ley de Solón: «El bastardo no puede heredar si hay hijos legítimos. Si no hay hijos legítimos, la herencia debe pasar a los colaterales más próximos».[205]

HÉRCULES.

¿Luego ningún derecho tengo a suceder a mi padre?

PISTETERO.

Ninguno absolutamente. Dime: ¿tuvo tu padre cuidado de inscribirte

en el registro de alguna tribu?[206]

HÉRCULES.

No por cierto; y a la verdad esto me admiraba.

PISTETERO.

Déjate de miradas feroces y de amenazas al cielo. Vive con nosotros, que yo te nombraré rey, y te procuraré una vida a pedir de boca.

HÉRCULES.

Pues bien, creo justa tu petición de la doncella y te la concedo.

PISTETERO.

Y tú ¿qué dices?

NEPTUNO.

Yo me opongo.

PISTETERO.

La resolución del asunto depende del Tríbalo. ¿Qué opinas tú?

EL TRÍBALO.

La grande y hermosa doncella, la Soberanía, al pájaro la concedo.[207]

HÉRCULES.

Dice que la concede.

NEPTUNO.

No, por Júpiter, no dice que se la concede sino en caso de que emigre como las golondrinas.

PISTETERO.

Luego dice que es necesario concedérsela a las golondrinas. Arreglaos los dos como podáis, y estipulad las condiciones: yo, puesto que así os agrada, me callaré.

HÉRCULES.

Nos place concederte cuanto pides. Vente pronto con nosotros al cielo, y te se entregará la Soberanía y todo lo demás.

PISTETERO.

Estas aves han sido muertas con mucha oportunidad para las bodas.

HÉRCULES.

¿Queréis que entretanto me quede yo a asarlas? Vamos, idos.

NEPTUNO.

¿Tú asarlas? Eres muy glotón. ¿No vienes con nosotros?

HÉRCULES.

¡Qué bien lo hubiera pasado!

PISTETERO.

Traedme un vestido nupcial.

* * *

CORO.

En Fanes,[208] junto a la Clepsidra, vive la pérfida nación de los Englotogastros,[209] que siegan, siembran, vendimian y recogen los higos[210] con la lengua; son de raza bárbara, y entre ellos se encuentran los Gorgias y Filipos.[211] Estos Filipos Englotogastros han sido la causa de que se introdujese en el Ática la costumbre de cortar aparte la lengua de las víctimas.[212]

* * *

UN MENSAJERO.

¡Oh vosotros cuya dicha no puede expresarse con palabras, raza de las aves tres veces feliz, recibid al nuevo rey en vuestras afortunadas mansiones! Ya se acerca a su palacio resplandeciente de oro, rodeado de un esplendor

que envidiarían los astros: el claro sol no ha brillado nunca tanto como la esposa que trae consigo, beldad incomprensible en cuya diestra vibra el alado rayo de Júpiter: los más deliciosos perfumes suben hasta el cielo. ¡Espectáculo encantador! Una nube de perfumes impulsada por los Céfiros se eleva en ondulante columna. Hele ahí. Musa divina, abre tus sagrados labios, y entona cantos propicios.

* * *

SEMICORO.

¡Atrás! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡Adelante![213] ¡Revolotead en torno de ese mortal feliz, que la fortuna colme de sus bienes! ¡Ah! ¡Qué gracia! ¡Qué hermosura! ¡Oh matrimonio dichoso para esta ciudad! ¡Gloria a ese hombre! Él ha abierto nuevos e inmensos horizontes a las aves. Saludadle con el canto nupcial; saludad también a su esposa la Soberanía.

SEMICORO.

Entre semejantes himnos enlazaron las Parcas a la olímpica Juno con el rey de los dioses, de sublime trono. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo! El sonrosado Amor de áureas alas tenía las riendas y dirigía el carro en las bodas de Júpiter y la celeste Juno. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

PISTETERO.

Me deleitan vuestros himnos, me complacen vuestros cantos, me hechizan vuestras palabras. Celebrad ahora el mugir de los truenos subterráneos, los relámpagos brillantes del nuevo Júpiter, y sus terribles y deslumbradores rayos.

CORO.

¡Oh áureo fulgor del relámpago! ¡Oh dardos inflamados de Júpiter!

¡Oh mugidos subterráneos y retumbantes truenos, nuncios de la lluvia! En adelante, por orden de nuestro rey, haréis temblar la tierra. A la posesión de la bella Soberanía debe este poder inmenso. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

PISTETERO.

Aves de toda especie, seguidme al palacio de Júpiter y al tálamo nupcial. Dame la mano, esposa querida. Cógeme de las alas, y bailemos. Yo te elevaré por los aires.

CORO.

¡Ea! ¡Ea! ¡Peán! ¡Viva el ilustre vencedor! ¡Viva el más grande de los dioses!

FIN DE LAS AVES.

* * *

Notas

1. El Anónimo del Prefacio 3.º de *Las Aves*. Scholia græca in Aristophanem, Parisiis, ed. Didot, 1855, pág. 209.

2. Otro Anónimo autor del Prefacio 2.º de las mismas, ídem, íbidem.

3. Citados por el escritor de la nota precedente.

4. Artaud (*Comédies d'Aristophane*, t. II, p. 5, nota) menciona esta hipótesis. El mismo, citando a Diógenes Laercio (lib. IX, *Protágoras*, 4), cita el tratado de la *República* de Protágoras, único que podía haber sugerido a Aristófanes la idea refutada en el texto.

5. *Prose*. Milano, 1876, p. 137. *Elogio degli Uccelli.*

6. kilómetros.

7. Extranjero que quería pasar por ateniense. Era oriundo de Caria y de baja extracción.

8. No se sabe de Filócrates más que lo que dice Aristófanes.

9. Vendedor de pájaros. Era de pequeña estatura y parecido a un grajo.

10. Ya hemos visto que esta frase equivale a la nuestra «irse al infierno» o «al diablo.»

11. Al inaugurarse una ciudad se ofrecían sacrificios. Evélpides y Pistetero llevan los útiles necesarios.

12. Grito que imita al de la Abubilla.

13. El Reyezuelo es un pajarito, notable por una hermosa corona color de aurora, orlada de negro por ambos lados; vive en los bosques de Europa.

14. Los actores salían con máscaras y trajes imitando a las aves que representaban.

15. *Fingit se præ timore cacasse, et defluente merda pedes inquinatos habere.* En *Las Ranas* le acontece a Baco una aventura semejante.

16. Juego de palabras sobre *Fasos*, que envuelve el sentido de delación. (V. nota al verso 726 de *Los Acarnienses*.)

17. El gallo era un animal originario de Persia. Las riñas de gallos, a que alude el poeta, no se introdujeron en Atenas hasta después de las guerras médicas.

18. Puerto de Atenas.

19. Τρόχιλος, *reyezuelo*, tiene la misma raíz que τρέχω, *correr*.

20. Sin duda con el ruido de sus alas.

21. Los nombres griegos de *selva* y *puerta* solo difieren en una letra.

22. La Abubilla es notable por su hermoso copete longitudinal, compuesto de dos hileras de plumas que, al elevarse, forman un penacho color de oro con orla negra, sumamente lindo.

23. El pico de la Abubilla es muy largo, relativamente a su cuerpo.

24. Sófocles en su *Tereo* presentó la transformación del protagonista en pájaro, y es de creer que el personaje de Aristófanes trajese una máscara y traje parecidos a los del héroe trágico.

25. Atenas acababa de equipar una flota para enviarla a Sicilia.

26. Alusión a la manía censurada en *Las Avispas*.

27. Es decir, enemigos de procesos.

28. Atenas.

29. Juego de palabras: el hijo de Escelias se llamaba *Aristócrates*: fue uno de los principales partidarios del gobierno oligárquico, llamado de los Cuatrocientos, que se estableció en

Atenas tres años después de la representación de *Las Aves*. (V. Tucídides, VIII, 89.)

30. Aristófanes supone irónicamente lo contrario del *donec eris felix multos numerabis amicos*.

31. *Neque testículos attrectasti.*

32. La galera *Salamina* solo se empleaba en las necesidades más apremiantes. Destinábase principalmente a traer a Atenas los ciudadanos fugitivos que habían de ser juzgados. En esta nave se vio obligado a regresar de Sicilia Alcibíades, para responder a la acusación de sacrilegio por haber mutilado las estatuas de Mercurio. Sabido es que se escapó en el camino. (Tuc., VI, 61.) Este pasaje de Aristófanes sirve al P. Brumoy para apoyar su conjetura sobre la intención de *Las Aves*, de que se ha hecho mérito en la Noticia preliminar.

33. Poeta trágico, que padecía de lepra.

34. Es decir, tuerto; porque Opuncio, contemporáneo de Aristófanes, tenía este defecto.

35. Los recién casados se coronaban de esas plantas y comían tortas de sésamo. Véase la nota al verso 869 de *La Paz*.

36. Citado en *La Paz* (v. 1008) por su glotonería.

37. En *Los Caballeros* hemos visto un juego escénico semejante.

38. *Polo*, de πολεῖν, *girar*.

39. Las palabras πόλος (*polo*) y πόλις (ciudad) son muy parecidas en griego.

40. Lit.: *de hambre meliense*, frase corriente en tiempo de Aristófanes para expresar una necesidad extremada. Su origen fue el hambre horrible que sufrieron los habitantes de Melos durante el asedio de los atenienses en el año dieciséis de la guerra. (V. Tuc., v. 116.)

41. El original dice: «a mi ruiseñor», porque el nombre de este pájaro es femenino en griego. No traducimos *Filomela*, porque Aristófanes, así como Anacreonte, opinaba que la convertida en ruiseñor después de la catástrofe de Itis fue Procne, y no su hermana Filomela, como suponía la tradición aceptada por Virgilio (*Georg.*, IV) y Ovidio (*Metam.*, I, 6), y por la generalidad de los escritores antiguos.

42. Este trecho es imitación o parodia de otros de Sófocles y Eurípides, en que se ponderaba el canto del ruiseñor.

43. Pájaro que hace su nido en los agujeros de las peñas.

44. Zancuda, notable por el hermoso rojo de su plumaje, alternando con un blanco deslumbrador. Su nombre vulgar es *flamenco*.

45. Los pavos reales eran muy poco conocidos en Atenas en tiempo de Aristófanes, y se enseñaban por dinero, como animales raros. Véase la nota sobre el particular en *Los Acarnienses*.

46. Alusión a una tragedia de Esquilo perdida.

47. El Escoliasta cree que es el gallo, por ser originario de Persia.

48. Montura ordinaria de los persas.

49. Para descifrar este aparente galimatías es preciso tener en cuenta que Aristófanes hace una doble alusión a la fealdad de Filocles y a sus plagios. Filocles, en efecto, tenía el cráneo muy puntiagudo, lo cual le daba cierta semejanza con la Abubilla y con la Alondra, a la que se le compara más adelante (*Aves*,), al darle por apodo el nombre de este pájaro. Compuso además *La Pandiónida*, tetralogía de la cual formaba parte el *Tereo*, tragedia en que sin duda plagió inconsideradamente a otra del mismo título de Sófocles. De suerte que el texto aclarado es: «Esa tragedia titulada *Tereo* es producción de la fantasía de Filocles, que la tomó del *Tereo* de Sófocles, y yo (*Tereo*) soy el que con mis aventuras he dado asunto a ambas.»

50. Calias era *daduco* (*porta-antorcha*) en los misterios de Ceres, y asistió revestido de sus hábitos sacerdotales a la batalla de Maratón. Un persa a quien hizo prisionero le entregó un tesoro, que fue la base de su fortuna. Este mismo Calias fue vencedor en las carreras de caballos de los juegos olímpicos, en memoria de cuyo triunfo llamó Hipónico a su hijo.

51. Calias se había arruinado por mala conducta.

52. Lit.: el *catofagas*, es decir, que come con la cabeza baja. Pájaro granívoro, según Suidas.

53. Alusiones a la voracidad y cobardía de Cleónimo, que, como vamos viendo, nunca escapa sin su correspondiente lancetazo.

54. Los que corrían en el *diaulo* o doble estadio llevaban un penacho. Este juego, que era uno de los olímpicos, consistía, como indica su nombre, en recorrer dos veces toda la extensión del campo.

55. Juego de palabras insustancial, basado en que λόφος significa *cresta* y *colina*. Se atribuía a los carios, pueblo belicoso, la invención de los penachos. (Herod., *Hist.*, I, 171.)

56. *Ceirilo*, nombre de pájaro, cuya raíz significa *rasurar*, por lo cual alude el poeta a Espórgilo.

57. Barbero de Atenas, cuyo establecimiento gozaba de mala fama, según Platón el Cómico en *Los Sofistas*.

58. Frase proverbial equivalente a la nuestra «llevar agua al río.»

59. O *polla sultana*: el nombre griego, aceptado en los libros de historia natural, es más expresivo y exacto.

60. Alusión a los trágicos, que hacían derramar lágrimas a Edipo después de haberse arrancado los ojos.

61. Nótese la semejanza de esta escena con las análogas de *Los Acarnienses* y *Las Avispas*.

62. Reconociéndoles por atenienses.

63. Las estratagemas empleadas recientemente por Nicias en el sitio de Melos le habían dado celebridad.

64. Lit.: ¡Elelelеu!, grito de guerra.

65. De la tribu de Pandión, de quien fue hija Procne, esposa de Tereo.

66. Lugar en que se verificaban los enterramientos. Había dos Cerámicos; uno exterior, donde eran sepultados los que habían muerto en el campo de batalla, y otro dentro de la ciudad, en el cual estaban los lupanares.

67. Ciudad del Peloponeso, entre Corinto y Sicione, cuyo nombre significa *pájaro*. Poco antes de la representación de *Las Aves*, los atenienses habían sido derrotados en sus inmediaciones.

68. Dirigiéndose a los esclavos.

69. En *Los Acarnienses*, 279, hemos visto indicada la misma costumbre de colgar las armas junto al hogar.

70. Fórmula empleada para la promulgación de las leyes.

71. Los preparativos para pronunciar un discurso y ponerse a la mesa eran idénticos.

72. Nombre de un demo del Ática, que significa *cabeza*.

73. Los demás personajes la llevaban inclinada.

74. Demo del Ática.

75. El milano aparecía en Grecia al empezar el buen tiempo. Los pobres celebraban su venida.

76. De los que llevaba en la boca, según costumbre muy generalizada.

77. Sin duda el saco que llevaba para traer la harina comprada con el óbolo tragado.

78. Los egipcios y fenicios practicaban la circuncisión.

79. General ateniense, ambicioso y venal. Aristófanes se burla en otros pasajes de su fealdad y de su manía de teñirse los cabellos (*Las Junteras*, 630, 736).

80. En griego no hay más diferencia que de una letra entre el nombre de Júpiter y el del ganso, Ζῆνα y χῆνα. Lampón era un adivino.

81. Nombres de pájaros y de gigantes.

82. *Ut mentulam eis annulo constringatis, ne amplius illas futuant.*

83. La comparación de Homero se refiere a Juno y Minerva y no a Iris. Sin duda esta es una de las correcciones que ha sufrido el texto de la *Ilíada*.

84. Templo y oráculo de Júpiter en Libia.

85. Tenía fama de moroso en sus operaciones militares. (V. Tuc. VI, 25, y Plutarco, *Vida de Nicias*.)

86. Se conserva un fragmento de Arquíloco sobre esta fábula. (V. Apraiz, *Estudios sobre la fábula*, publicados en *El Ateneo*, tom. I, p. 413.)

87. Nombres de esclavos.

88. Según el Escoliasta, el atavío de Procne imitaba el traje de las cortesanas y el plumaje del ruiseñor.

89. *Quam ipsi crura lubens divaricarem.*

90. Sigue la *Parábasis*.

91. Filósofo citado en *Las Nubes*. (V. la nota al v. 361.)

92. Estos pronósticos se encuentran en *Las obras y los días* de Hesiodo (v. 45, 448, 629.)

93. El timón se separaba de la nave cuando no estaba en el mar.

94. Famoso caco ateniense. (Vid. *Acarnienses*, 1167.)

95. Lit.: un *pájaro*. Empleamos la palabra *auspicio* en cuya composición entra el nombre de Ave.

96. Oída por casualidad, se entiende.

97. Lit.: *leche de pájaros*, que es como si dijéramos una vida de Jauja.

98. Imitaciones del canto de varias aves.

99. Se hacía una marca en la frente a los esclavos fugitivos.

100. Abuelo de Espíntaro, a quien echa en cara su cualidad de extranjero.

101. Véase la nota al verso 11 de esta comedia.

102. Se cree fue uno de los que mutilaron las estatuas de Mercurio la víspera de la expedición a Sicilia.

103. Río de Tracia (hoy *Marizza*).

104. Cestero, que se enriqueció fabricando botellas de mimbre.

105. Pistetero y Evélpides vuelven provistos de alas.

106. Verso de *Los Mirmidones* de Esquilo, tragedia de la cual solo se conservan fragmentos.

107. Hay en el original el juego de palabras que hemos podido conservar en la traducción.

108. Significa ciudad de las nubes y los cucos.

109. Ciudadanos que se jactaban de tener riquezas, siendo pobrísimos.

110. Otro lugar imaginario.

111. Véase la nota al verso 562 de *Los Caballeros*.

112. *Pelárgico* en vez de *Pelásgico*. Se llamaban así los antiguos muros de la ciudadela de Atenas. Además este adjetivo recuerda en griego el nombre de las cigüeñas.

113. El gallo. Alusión a la metamorfosis de Alectrión, criado de Marte, en gallo, por no haberle avisado a tiempo la venida de Vulcano, cuando estaba entretenido en amorosos hurtos con la diosa Venus.

114. Los que hacían la ronda por las murallas llevaban una campanilla, a la cual debían responder los centinelas.

115. En vez de χαῖρε, *adiós*, le dice οἴμωζε, *llora*.

116. Con el agua lustral. Véanse en *La Paz* ceremonias idénticas.

117. Los flautistas se colocaban una correa delante de la boca.

118. En esta oración burlesca van mezclados nombres de dioses y aves. El poeta dice Σουνιάρακε en vez de Σουνιάρατε, *dios adorado en Sunio*, epíteto de Neptuno.

119. Ὀρτυγομήτρα, que significa *madre de las codornices* y de la isla *Ortigia* o Delos que acogió a Latona.

120. Sobrenombre de Diana.

121. Alude a la traza de avestruz de Cleócrito.

122. Como Quíos era una de las aliadas más fieles de Atenas, las oraciones solían terminar con la fórmula: «en favor de Atenas y de Quíos», que el sacerdote añade a su súplica como por la fuerza de la costumbre.

123. Los esclavos llevaban el cabello rapado. La cabellera larga era signo de ingenuidad y nobleza. En cuanto a los poetas de cierta índole, parece que también en aquellos tiempos eran melenudos.

124. Llamábanse *partenias* las los versos cantados por coros de doncellas.

125. A los diez días de su nacimiento se ponía nombre a los niños, celebrándose este suceso con un banquete. Aristófanes, al mismo tiempo que parodia el estilo y versificación de la poesía lírica, intercala unos versos de Píndaro sobre Hierón, fundador de Etna, en Sicilia.

126. Dirigiéndose a uno de los presentes.

127. Hierón había regalado a Píndaro un tiro de mulas, y el poeta le pedía además un carro.

128. Galimatías poético, parodia del estilo ditirámbico.

129. Que el sacerdote iba a sacrificar.

130. Adivino citado varias veces (*Los Caballeros*, 123; *La Paz*,).

131. Que era el sitio que ocupaba *Orneas*, de que antes se ha hablado.

132. Personas ya citadas.

133. Célebre astrónomo y geómetra, autor del ciclo de diez y nueve años, destinado a armonizar el año solar y el lunar. La aceptación de este ciclo produjo algunas alteraciones en el calendario ateniense, de que ya se ocupó Aristófanes en *Las Nubes*.

134. La aldea de Colona debía a Metón el establecimiento de una fuente.

135. Comparación atribuida al pitagórico Hippón. (V. *Las Nubes*, 95.)

136. Alusión a la ley de *Xenelasia*, vigente en Lacedemonia.

137. Magistrados encargados de recibir a los extranjeros que venían a Atenas. Cada ciudad extranjera tenía en Atenas sus próxenos, cuyas funciones se parecían algo a las de nuestros cónsules.

138. Los inspectores estaban encargados de vigilar las ciudades tributarias de Atenas.

139. Citado antes, y en *La Paz*, 1008.

140. Sátrapa persa.

141. Habitantes de Olofixo, ciudad situada al pie del monte Atos, dependientes de Atenas. Nefelococigia es considerada por los atenienses como una colonia suya, y por eso tratan de imponerle las leyes de la metrópoli.

142. Pueblo de invención de Aristófanes, cuya radical significa «llorar.»

143. El mes *Muniquion* principiaba, según el ciclo de Harpalo, el 6 de mayo, y según el de Metón, el 28 de marzo. Llamábase así, por las fiestas Muniquias en honor de Diana y en conmemoración de la batalla de Salamina en Chipre, que se celebraban en él.

144. Diágoras, después de la destrucción de Melos, su patria, se estableció en Atenas, distinguiéndose por su impiedad, divulgando los misterios de Eleusis y tratando de disuadir a los ciudadanos de su iniciación. Con este motivo fue acusado y tuvo que huir, pereciendo en un naufragio. Los atenienses pusieron precio a su cabeza. Como una prueba de su irreligiosidad se cita que no teniendo leña para hacer la comida, echó al fuego una estatua de Hércules, diciendo: «Debes hacer en obsequio mío un decimotercero trabajo, que será el de cocer estas lentejas.»

145. Vimos ya en *Las Avispas* que los atenienses prodigaban las acusaciones de tiranía. Aristófanes se burla de los oradores que las presentaban.

146. Después de su célebre juicio para la adjudicación de la manzana de oro.

147. Las monedas atenienses tenían grabada una figura de lechuza. Estas monedas acabaron por llamarse *lechuzas*, así como entre nosotros el nombre de *peluconas* y *perros chicos* sirve para designar las onzas de oro y las monedas de 5 céntimos de peseta.

148. En griego ἀετός, significa *águila* y *frontón*.

149. Era costumbre colocar sobre las estatuas unas cubiertas de metal para librarlas de las inmundicias de los pájaros.

150. Lit.: *Alpheum spirans*, frase que quiere indicar que venía con el sobrealiento de los que acaban de correr en estadio olímpico que estaba a la orilla del Alfeo.

151. Proxénides y Teógenes han sido citados antes.

152. Como se ve, también se conocían las andaluzadas en Atenas.

153. O cien *orgías*, que equivalen próximamente a 185 metros.

154. Las grullas se lastran con piedras, dice el Escoliasta, para no ser arrastradas por el viento, y para conocer al arrojarlas si vuelan sobre el mar o sobre la tierra.

155. Parodia del proverbio: «¿Qué no harán las manos?»

156. Navío, por las alas que le sirven de velas o de remos; y casco, por el penacho.

157. Pistetero continúa fijo en su idea de que Iris es una nave. La *Paralos* y la *Salamina* eran las dos galeras sagradas, célebres por su velocidad. Véase antes la nota sobre la *Salamina*.

158. Escoge esta ave por ser *bene coleatus*, τρίορχος.

159. Parodia del estilo trágico.

160. Parodia del verso 686 de la *Alceste* de Eurípides.

161. Tomado de la *Níobe* de Esquilo.

162. Nombre de un pájaro y de un gigante. Su denominación vulgar es *polla sultana*. Sabido es en qué grave aprieto pusieron los gigantes a Júpiter.

163. El Escoliasta dice que la frase aparte debe entenderse: «hazme callar.» Boissonade propone la interpretación que seguimos.

164. V. *Las Nubes*, v. 835.

165. Había en Atenas riñas de codornices a semejanza de las de gallos.

166. Nombre de esclavo.

167. Es decir, de ruiseñores, de alondras, de cisnes y demás aves cantoras.

168. De águilas, cornejas, etc.

169. De porfiriones, gaviotas, mergos, etc.

170. Parodia del *Enomao* de Sófocles.

171. La palabra que en griego significa *ley*, solo se diferencia en el acento de la que significa *pasto*.

172. Alusión a algún pájaro llamado el *huérfano*.

173. Los atenienses estaban entonces sitiando a Anfípolis, en Tracia.

174. Tomado de Anacreonte. Cinesias era un poeta ditirámbico cuyo estilo hinchado y pretencioso parodia Aristófanes.

175. Cinesias era muy alto y delgado. El epíteto *filirino* (de tilo) que Aristófanes le da, puede significar largo y estrecho como una percha.

176. Grito con que en las naves se mandaba detenerse a los remeros.

177. Leotrófides era un poeta ditirámbico notable por su flacura y palidez.

178. Versos tomados de *Alceo*.

179. Es decir, de la primavera, porque su raído manto no le podía librar del frío.

180. Parodia del verso de *Los Mirmidones* de Esquilo: «¡Armas! ¡Necesito armas! ¡Necesito armas!»

181. Ciudad de Acaya, notable por los mantos de abrigo que en ella se fabrican. Era la *Palencia* de los griegos.

182. Los atenienses obligaban a sus aliados insulares y continentales a traer sus negocios a los tribunales de la metrópoli. Esto, que era un vejamen gravísimo, lo defiende, sin embargo, Jenofonte en su *República ateniense*.

183. Diítrefes era un rico que tenía muchos caballos. Ya hemos visto en *Las Nubes* que la afición a la equitación era muy común y ruinosa en los jóvenes atenienses.

184. Esto se lo dice enseñándole unos azotes de cuero. Los de Córcira tenían fama.

185. *Cardias* era una ciudad de Tracia cuyo nombre significa *corazón* o *valor*. Esto y lo siguiente son burlas sobre la cobardía de Cleónimo, tantas veces mencionada.

186. Célebre ladrón, cuyo encuentro era peligroso de noche. Véase la nota al verso 1167 de *Los Acarnienses*.

187. Trata de saber si está el cielo cubierto o despejado.

188. Duraban cinco días y se ayunaba el tercero.

189. Apolo era el patrono de los ciudadanos de Atenas; como Execéstides era extranjero, su patrono debía de serlo también.

190. Nombre de un pueblo de Tracia.

191. Ἐπιτριβίης, tiene cierta semejanza con *Tríbalo*.

192. Prometeo regaló el fuego a los hombres, incurriendo por esto en el enojo de Júpiter.

193. Célebre misántropo.

194. Ya hemos visto en *Los Acarnienses* que era costumbre llevar un quitasol detrás de las canéforas.

195. Seres fabulosos que habitaban en la zona *tórrida*. Sus pies eran más grandes que el resto del cuerpo, de suerte que cuando el calor se dejaba sentir con exceso, adoptaban la posición cuadrúpeda y se servían de uno de sus pies como de quitasol, de donde les vino el nombre de *esciápodas*. Aristófanes coloca a los filósofos socráticos en este país, para indicar su constitución física empobrecida por las cavilaciones, y su poca policía.

196. Este orador era notable por su cobardía. El mismo Jenofonte, de ordinario inofensivo, dice de él en el *Banquete*, que no se atrevía a mirar de frente una lanza. (Véase *La Paz*, 395, nota.)

197. Vid. Homero, *Odisea*, IX.

198. Véase la nota correspondiente en *Las Nubes*.

199. Lo ordinario era recoger el manto sobre el hombro izquierdo, como nuestros embozos.

200. General que para cubrirse las úlceras de las piernas se dejaba caer el manto.

201. Fingiendo no haberlos visto.

202. Dulcificando la voz a la vista de los preparativos culinarios.

203. Neptuno jura burlescamente por sí mismo.

204. Jerga ininteligible.

205. El texto de la ley está en prosa.

206. Formalidad que solo se llenaba con los hijos legítimos.

207. Tal parece ser el sentido de las incorrectas palabras del Tríbalo. Sus colegas no le

comprenden bien.

208. Nombre de un puerto en la isla de Quíos. Envuelve la idea de delación y es una alusión a los sicofantas y oradores.

209. Palabra compuesta de dos que significan *lengua* y *vientre*, es decir, los que viven del producto de su lengua.

210. La palabra σῦκον, *higo*, entra en la composición de *sicofanta* o *delator*.

211. Gorgias, célebre retórico y sofista. Platón dio su nombre a uno de sus más bellos diálogos. Filipo se cree que era un delator.

212. V. *La Paz*, verso 1060.

213. Tecnicismo coreográfico.

Lisístrata

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Lisístrata, como quien dice *Pacífica*, pues la etimología de esta palabra hace pensar en el licenciamiento de las tropas,[1] es un nombre muy adecuado a la protagonista de una comedia cuyo objeto, como el de *Los Acarnienses*, *Las Aves* y *La Paz*, es apartar a los atenienses de una guerra interminable y desastrosa.

Lisístrata, esposa de uno de los ciudadanos más influyentes de Atenas, harta de los males de la guerra que afligen a su patria, y viendo el ningún interés que el pueblo manifiesta por terminarlos, decídese a hacerlo por sí misma, reuniendo al efecto a las mujeres de su país y de los demás pueblos beligerantes, y comprometiéndolas solemnemente a abstenerse de todo trato con sus maridos mientras estos no estipulen la deseada paz. Al mismo tiempo que se pacta esta resistencia pasiva, otras mujeres se apoderan de la ciudadela y se hacen cargo del tesoro en ella custodiado, persuadidas de

que la falta de recursos contribuirá no menos que los estímulos del amor, a la pacificación de Grecia. En efecto, el miedo de perder su salario de jueces trae pronto a las puertas de la ciudadela una turba de viejos animados de proyectos incendiarios, que son rechazados mediante un diluvio de agua y otro de desvergüenzas, que las sitiadas y el refuerzo de otra legión mujeril arrojan sin consideración sobre todos ellos.

Un magistrado que acude después es también víctima del descoco femenino, y ve arrollados y sopapeados por la nata y flor de las verduleras atenienses a todos los arqueros de su guardia.

No obstante este triunfo, la situación va haciéndose insostenible dentro y fuera de la ciudadela. A Lisístrata le cuesta un trabajo infinito evitar la deserción de sus soldados, que inventan mil pretextos especiosos para volver a sus casas; mientras los hombres no aciertan a vivir más tiempo separados de sus mujeres.

En esto llega un heraldo de Lacedemonia, pintando con vivos colores los males que también allí afligen al sexo feo; en vista de lo cual, hay mutuo envío de embajadores entre ambas ciudades, y se llega por fin a estipular la paz. Una vez aceptado este acuerdo, ábrense las puertas de la ciudadela, las mujeres se reúnen a sus esposos, y las ciudades rivales olvidan sus rencores, entre cantos, danzas y festines, himnos a los dioses, burlas y algazara.

Lo que más llama la atención en esta comedia es, además de la libertad con que el poeta trata en ella de los asuntos más graves del Estado, la obscenidad abominable que en ella domina, tanto en el asunto, como en los cuadros y detalles.

Ya en las otras piezas de Aristófanes habrán podido observar nuestros lectores cuán poco se respeta el pudor y la decencia en el teatro griego, por

más que hemos tratado de disimular sus desnudeces con el velo de una púdica perífrasis; pero en la *Lisístrata* esta precaución es imposible, porque estando basada toda la comedia en la singular tortura decretada contra los hombres, todas las pinturas son de una libertad escandalosa, digna del obsceno pincel de Petronio, Marcial, Apuleyo y Casti. Así es que, después de haber vacilado mucho tiempo sobre si debíamos verter al castellano sus impúdicas escenas, solo nos hemos decidido a hacerlo ante la consideración de que los lectores tienen derecho a conocer por completo el teatro de Aristófanes; y aun con todo, nos hemos visto obligados a poner en latín las escenas de más subida obscenidad, por si esta versión, destinada, como todos los libros de esta especie, solo a personas ilustradas y maduras, llegase a caer en manos inexpertas.

Aparte de este defecto capital, que afea la *Lisístrata*, no puede menos de reconocerse que bajo el punto de vista puramente literario abundan en ella bellezas estimables.

El carácter de la protagonista está muy bien trazado y sostenido, observándose en él cierto decoro y dignidad que contrasta agradablemente con las indecencias de la comedia. La primera escena, dice Brumoy, es digna del arte más depurado, y no lo son menos todas aquellas en que se ponen en juego, con admirable verdad, todos los recursos de la coquetería y la astucia femeniles. Es de notar también el lenguaje rudo y leal de los embajadores de Esparta, y tampoco puede menos de verse con agrado el valor y puro patriotismo que revelan en Aristófanes la energía con que, desafiando las iras del populacho inconstante, se atreve a decirle sin rodeos las verdades más amargas.

La representación de la *Lisístrata*, según se deduce de varios de sus

pasajes[2] y afirma rotundamente uno de sus prefacios, tuvo lugar el año 412 antes de nuestra era, o por lo menos entre el vigésimo y vigesimotercero de la Guerra del Peloponeso.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Lisístrata.

Calónice.

Mirrina.

Lámpito.

Coro de ancianos.

Coro de mujeres.

Estratilis.

Un magistrado.

Algunas mujeres.

Cinesias.

Un muchacho.

Un heraldo de Lacedemonia.

Embajadores de Lacedemonia.

Algunos curiosos.

Un ateniense.

Arqueros.

* * *

La escena en Atenas: plaza pública.

* * *

LISÍSTRATA.

* * *

LISÍSTRATA (*Sola*).

¡Ah!, si se las hubiese citado a una fiesta de Baco, o de Pan, o de Venus Colíade o Genetílide,[3] la multitud de tambores no permitiría transitar por las calles. Ahora no viene ninguna, excepto esa buena vecina que sale de su casa. Salud, Calónice.

CALÓNICE.

Salud, Lisístrata. ¿Qué es lo que te aflige? Serena tu frente, hija mía; no te sienta bien ese fruncido ceño.

LISÍSTRATA.

Calónice, me hierve la sangre. Me avergüenzo de mi sexo; los hombres pretenden que somos astutas...

CALÓNICE.

Y lo somos, por Júpiter.

LISÍSTRATA.

Y cuando se las dice que acudan a este sitio, para tratar de un importante asunto, duermen en vez de venir.

CALÓNICE.

Ya vendrán, querida: las mujeres no pueden salir tan fácilmente de casa. Una está ocupada con su marido; otra despierta a su esclavo; otra acuesta a su hijo; aquella le lava o le da de comer.

LISÍSTRATA.

Más graves son estos cuidados.

CALÓNICE.

Pero sepamos para qué nos convocas. ¿Qué cosa es? ¿Es grande?

LISÍSTRATA.

Es grande.

CALÓNICE.

¿Es gruesa?

LISÍSTRATA.

Es gruesa.

CALÓNICE.

¿Pues cómo no hemos venido todas?

LISÍSTRATA.

No es lo que te figuras, pues de serlo ni una hubiera faltado. Se trata de un plan que yo he trazado y revuelto en todos sentidos durante mis insomnios.

CALÓNICE.

Precisamente habrá de ser muy sutil para darlo vuelta en todos sentidos.

LISÍSTRATA.

Tan sutil que la salvación de la Grecia entera estriba en las mujeres.

CALÓNICE.

¿En las mujeres? Liviano es su fundamento.

LISÍSTRATA.

En nosotras está, o el salvar la república, o el destruir completamente a los peloponesios...

CALÓNICE.

Que no quede ni uno para muestra; me parece muy bien.

LISÍSTRATA.

Y aniquilar a todos los beocios.

CALÓNICE.

A todos no; perdona siquiera a las anguilas.[4]

LISÍSTRATA.

A Atenas no la desearé semejante cosa; pero se me ocurre otra idea. Si se nos agregasen todas las mujeres del Peloponeso y la Beocia, quizá, aunando nuestros esfuerzos, pudiéramos salvar a Grecia.

CALÓNICE.

¿Pero acaso las mujeres pueden llevar a cabo empresa alguna ilustre y sensata? Nosotras, que nos pasamos la vida encerradas en casa, muy pintadas y adornadas, vestidas de túnicas amarillas y flotantes cimbéricas,[5] y calzadas con elegantes peribárides.[6]

LISÍSTRATA.

Precisamente en eso tengo yo puestas mis esperanzas de salvación; en las túnicas amarillas, en los perfumes, en el colorete, en las peribárides, en los vestidos transparentes.

CALÓNICE.

¿Cómo?

LISÍSTRATA.

De suerte que ninguno de los hombres de hoy día levantará su lanza contra los otros...

CALÓNICE.

Por las dos diosas, me teñiré de amarillo una túnica.

LISÍSTRATA.

Ni embrazará el escudo...

CALÓNICE.

Me pondré una cimbérica.

LISÍSTRATA.

Ni empuñará la espada.

CALÓNICE.

Compraré unas peribárides.

LISÍSTRATA.

¿Pero no debían ya estar aquí todas las mujeres?

CALÓNICE.

Volando debían de haber venido hace tiempo.

LISÍSTRATA.

¡Ay, amiga mía! Has de ver que llegan demasiado tarde, como verdaderas atenienses. No se distingue ninguna mujer de la costa ni de Salamina.

CALÓNICE.

Pues de esas ya sé que se han embarcado muy de madrugada.[7]

LISÍSTRATA.

Tampoco vienen las acarnienses, que yo esperaba y confiaba que estarían aquí las primeras.[8]

CALÓNICE.

Pues la mujer de Teógenes,[9] sin duda pensando acudir, consultó ayer la estatua de Hécate. Mira, ya llegan algunas; y otras, y otras. ¡Toma, toma! ¿De dónde son?

LISÍSTRATA.

De Anagiro.[10]

CALÓNICE.

Es verdad; parece que todo Anagiro se nos viene encima.

* * *

MIRRINA.

¿Quizá llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿Por qué no respondes?

LISÍSTRATA.

No he de elogiar, Mirrina, tu falta de puntualidad en tan importante asunto.

MIRRINA.

¡Si me vi y me deseé para hallar mi ceñidor a oscuras! Mas, ya que la cosa urge, aquí nos tienes, habla.

LISÍSTRATA.

No, esperemos un poco a que lleguen las mujeres beocias y peloponesias.

MIRRINA.

Tienes razón: mira, ahí viene Lámpito.

* * *

LISÍSTRATA.

Salud, Lámpito, mi querida lacedemonia. ¡Qué bella eres, dulcísima amiga! ¡Qué buen color! ¡Qué robustez! Podrías estrangular un toro.

LÁMPITO.[11]

Ya lo creo, por los Dióscuros;[12] como que hago gimnasia, y me doy con los talones en las nalgas.[13]

LISÍSTRATA.

¡Oh qué turgente seno!

LÁMPITO.

Me estáis tanteando como a las víctimas.[14]

LISÍSTRATA.

¿De dónde es esa otra joven?

LÁMPITO.

Por los Dióscuros, es de una de las principales familias de Beocia.

LISÍSTRATA.

¡Por Júpiter, mi querida beocia! Pareces un florido jardín.

CALÓNICE.

Y muy limpio: le han arrancado todo el poleo.[15]

LISÍSTRATA.

¿Y aquella otra niña?

LÁMPITO.

Es muy buena, por mi vida; pero es de Corinto.[16]

LISÍSTRATA.

Comprendo, será buena como todas las de allí.

LÁMPITO.

¿Pero quién ha convocado esta asamblea de mujeres?

LISÍSTRATA.

Yo misma.

LÁMPITO.

Pues dinos lo que deseas.

LISÍSTRATA.

Sí por cierto, queridísima amiga.

MIRRINA.

Sepamos, por fin, cuál es el gran negocio.

LISÍSTRATA.

Voy a decíroslo; pero antes permitidme una sola pregunta.

MIRRINA.

Cuantas quieras.

LISÍSTRATA.

¿No sentís que los padres de vuestros hijos se hallen lejos de vosotras en el ejército? Pues demasiado sé que todas tenéis los maridos ausentes.

CALÓNICE.

El mío, ¡pobrecillo!, hace ya cinco meses que está en Tracia vigilando a Éucrates.[17]

LISÍSTRATA.

Siete hace que está el mío en Pilos.[18]

LÁMPITO.

El mío, cuando vuelve alguna vez del ejército, descuelga en seguida el escudo y se marcha volando.

LISÍSTRATA.

¡No queda un amante para un remedio, y con la defección de los milesios se acabaron todos los recursos para consolar nuestra viudez![19] Pues bien, si yo encontrase un medio de poner fin a la guerra, ¿querríais secundarme?

MIRRINA.

Sí, por las dos diosas, aunque tuviese que dar en prenda mi vestido y beberme el dinero el mismo día.[20]

CALÓNICE.

Pues yo, aunque me tuviese que dejar partir en dos, como un rodaballo, y dar la mitad de mí misma.[21]

LÁMPITO.

Yo subiría a la cumbre del Taigeto,[22] si allí hubiese de ver a la Paz.

LISÍSTRATA.

Pues bien, os lo diré: ya no hay para qué ocultaros nada. Oh mujeres, si queremos obligar a los hombres a hacer la paz, es preciso abstenernos...

MIRRINA.

¿De qué? Habla.

LISÍSTRATA.

¿Lo haréis?

MIRRINA.

Lo haremos, aunque nos cueste la vida.

LISÍSTRATA.

Es preciso abstenernos de los hombres...[23] ¿Por qué me volvéis la espalda? ¿Adónde vais? ¡Eh, vosotras! ¿Por qué os mordéis los labios y meneáis la cabeza? ¡Cómo! ¡Se os muda el color! ¡Una lágrima corre!... ¿Qué decís? ¿lo haréis o no lo haréis?

MIRRINA.

Yo no puedo, que siga la guerra.

CALÓNICE.

Yo tampoco, que siga la guerra.

LISÍSTRATA.

¿Eso dices, mi valiente rodaballo? ¿Tú que hace un instante te dejabas partir en dos?

CALÓNICE.

Sí, todo menos eso. Mándame si quieres andar entre llamas. Pero, querida Lisístrata, semejante abstinencia... ¡Eso a nada puede compararse!

LISÍSTRATA.

¿Y tú?

MIRRINA.

También yo prefiero andar entre llamas.

LISÍSTRATA.

¡Oh sexo disoluto! ¡Y luego nos admiraremos de ser maltratadas en las tragedias! Solo servimos para el amor.[24] Pero, querida lacedemonia, secunda mis proyectos; que como tú me ayudes, aún podremos salvarlo todo.

LÁMPITO.

Muy triste es a la verdad dormir sin compañía, pero no hay más remedio; es preciso conseguir la paz a todo trance.

LISÍSTRATA.

¡Oh amiga queridísima! ¡única mujer digna de este nombre!

CALÓNICE.

Pero si, lo que Dios no quiera, nos abstenemos completamente de lo que dices, ¿conseguiremos por eso más pronto la paz?

LISÍSTRATA.

Mucho más pronto, por las diosas. Permanezcamos en casa, bien pintadas, y sin más vestidos que una transparente túnica de Amorgos,[25] y los hombres arderán en amorosos deseos. Si entonces resistimos a sus instancias, estoy segura de que harán en seguida la paz.[26]

LÁMPITO.

Por eso, sin duda, cuando Menelao vio el seno desnudo de Helena,

arrojó la espada.[27]

CALÓNICE.

Pero, desdichada, ¿y si nos abandonan nuestros maridos?

LISÍSTRATA.

Entonces, como dice Ferécrates, «desollaremos un perro desollado».[28]

CALÓNICE.

Esos simulacros nada valen; ¿y si nos cogen y nos arrastran a su alcoba?

LISÍSTRATA.

Agárrate a la puerta.

CALÓNICE.

¿Y si nos pegan?

LISÍSTRATA.

Cede, pero de mala gana; no puede haber placer si hay violencia. Además podemos atormentarlos de mil modos. No temas, pronto se cansarán; es imposible un goce no recíproco.

CALÓNICE.

Si es esa vuestra opinión, me adhiero a ella.

LÁMPITO.

Nosotras quedamos en decidir a nuestros maridos a firmar una paz leal y franca. ¿Pero quién será capaz de hacer otro tanto con el populacho ateniense, tan enamorado de la guerra?

LISÍSTRATA.

No tengas cuidado; nosotras le persuadiremos.

LÁMPITO.

No lo conseguirás, mientras estén apasionados de sus naves y se guarde en el templo de Minerva aquel inmenso tesoro.[29]

LISÍSTRATA.

Todo eso está previsto; hoy mismo nos apoderaremos de la ciudadela. Las mujeres de más edad están encargadas de ocuparla con pretexto de ofrecer un sacrificio, mientras nosotras nos concertamos aquí.

LÁMPITO.

Todo irá bien, pues todo está perfectamente trazado.

LISÍSTRATA.

Entonces, Lámpito ¿por qué no nos comprometemos con un juramento inquebrantable?

LÁMPITO.

Pronuncia tú la fórmula, y nosotras juraremos.

LISÍSTRATA.

Tienes razón. ¿Dónde está la mujer escita?[30] ¿A dónde miras? Poned aquí un escudo sobre la cara convexa, y traedme las víctimas.

CALÓNICE.

¿Qué juramento vamos a prestar, Lisístrata?

LISÍSTRATA.

¿Qué juramento? En Esquilo se degüella una oveja y se jura sobre un escudo;[31] nosotras haremos lo mismo.

CALÓNICE.

Pero, Lisístrata mía, ¿cómo hemos de jurar sobre un escudo, cuando se trata de la paz?

LISÍSTRATA.

¿Pues qué juramento haremos?

CALÓNICE.

Cojamos un caballo blanco;[32] sacrifiquémosle, y juremos sobre su

cadáver.

LISÍSTRATA.

¿Y dónde vas a hallar un caballo blanco?

CALÓNICE.

¿Pues cómo juraremos?

LISÍSTRATA.

Voy a decírtelo. Coloquemos aquí una gran copa negra,[33] inmolemos en ella un cántaro de vino de Tasos, y juremos no mezclarle ni una gota de agua.

LÁMPITO.

¡Oh qué hermoso juramento! No hay palabras para elogiarle bastante.

LISÍSTRATA.

Que me traigan una copa y un cántaro.

CALÓNICE.

Queridísimas amigas, ¡qué enorme cántaro! ¡con qué placer lo iremos vaciando!

LISÍSTRATA.

Déjalo aquí, y pon la mano sobre la víctima.[34] ¡Oh soberana Persuasión, y tú, copa de la amistad, aceptad este sacrificio y sed propicias a las mujeres![35]

CALÓNICE.

¡Qué hermoso color tiene la sangre! ¡Qué bien corre![36]

LÁMPITO.

¡Por Cástor, qué buen olor despide!

LISÍSTRATA.

Amigas mías, dejadme jurar la primera.[37]

CALÓNICE.

No, por Venus, que decida la suerte.[38]

LISÍSTRATA.

Vamos, Lámpito, y vosotras extended la mano sobre la copa; después, que una sola, en nombre de todas, repita mis palabras; así prestaréis el mismo juramento y os comprometeréis a guardarlo.

Ningún amante, ningún esposo...

CALÓNICE.

Ningún amante, ningún esposo...

LISÍSTRATA.

Podrá acercárseme enardecido de amor... Repite.

CALÓNICE.

Podrá acercárseme enardecido de amor... ¡Ay! Lisístrata, me siento desfallecer.

LISÍSTRATA.

Viviré castamente en mi casa...

CALÓNICE.

Viviré castamente en mi casa...

LISÍSTRATA.

Cubierta solo de un transparente vestido azafranado, y adornada...

CALÓNICE.

Cubierta solo de un transparente vestido azafranado, y adornada...

LISÍSTRATA.

A fin de inspirar a mi esposo más ardientes deseos...

CALÓNICE.

A fin de inspirar a mi esposo más ardientes deseos...

LISÍSTRATA.

Pero nunca cederé de buen grado a sus instancias...

CALÓNICE.

Pero nunca cederé de buen grado a sus instancias...

LISÍSTRATA.

Y si, contra mi voluntad, me obligase...

CALÓNICE.

Y si, contra mi voluntad, me obligase...

LISÍSTRATA.

Permaneceré inanimada en sus brazos...[39]

CALÓNICE.

Permaneceré inanimada en sus brazos...[40]

. . . . . .

. . . . . .

LISÍSTRATA.

¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!...

CALÓNICE.

¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!...

LISÍSTRATA.

¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!...

CALÓNICE.

¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!...

LISÍSTRATA.

¿Juráis todas?

MIRRINA.

Sí, por Júpiter.

LISÍSTRATA.

Voy, pues, a sacrificar la víctima.

(*Bebe.*)

CALÓNICE.

Déjame un poco, querida mía, para que consolidemos nuestra amistad.

LÁMPITO.

¿Qué gritos son esos?

LISÍSTRATA.

Lo que hace poco te decía. Son las mujeres que se apoderan de la ciudadela. Tú, Lámpito, parte a arreglar tus cosas, y déjanos a esas en rehenes. Corramos nosotras a encerrarnos en el alcázar y a defenderlo con las demás compañeras.

CALÓNICE.

¿Crees que los hombres vendrán pronto a atacarnos?

LISÍSTRATA.

Nada se me da de ellos. Ni el incendio, ni todas sus amenazas me harán abrir jamás aquellas puertas, si no aceptan la condición convenida.

CALÓNICE.

Nunca, por Venus: de otro modo sería inmerecida la opinión en que nos tienen de tercas y malvadas.

* * *

CORO DE VIEJOS.[41]

Anda, Draces; guíanos con precaución, aunque te quebrante el hombro ese pesado haz de olivo verde. ¡Qué cosas tan inesperadas se ven cuando se vive muchos años! ¡Ay, Estrimodoro! ¿Quién hubiera imaginado

nunca que había de llegar un día en que las mujeres, esa peste de nuestras casas, alimentadas por nosotros con tanto regalo, se apoderarían de la estatua de Minerva, y ocuparían mi ciudadela, y atrancarían sus puertas con barras y cerrojos? Pero corramos, corramos al alcázar, amigo Filurgo; rodeemos de un muro de faginas a las inventoras y ejecutoras de tan execrable hazaña; hagamos una sola pira, y con nuestras propias manos abrasemos a todas sin excepción, y a la esposa de Licón la primera.[42]

¡No, por Ceres, mientras yo viva no se burlarán de nosotros! Pues ni Cleómenes,[43] cuando en otro tiempo se apoderó de la ciudadela, pudo dejarla con honor; a pesar de sus humos lacedemonios, viose obligado a capitular y a retirarse sin armas, sin más vestidos que una pequeña túnica, lleno de andrajos, escuálido, hecho un oso sucio, como si en seis años no se hubiese lavado. ¡Oh qué sitio aquel! Nuestros soldados, colocados de diecisiete en fondo, cerraban la salida, y no se relevaban ni para dormir. ¿Y no reprimiré con mi sola presencia la audacia de esas mujeres aborrecidas por Eurípides y todos los dioses? Si tal sucede, consiento que sean derribados mis trofeos de la Tetrápolis.[44]

Mas para llegar a la ciudadela, aún tengo que subir esa pendiente; procuremos arrastrar estos haces, sin acudir a las bestias de carga; ¡ay! las leñas me destrozan los hombros.

Sin embargo, es necesario subir, y soplar el fuego, no vaya a apagársenos y a faltarme al final de la jornada. ¡Fu!, ¡fu! (*soplando*). Justo cielo, ¡qué humo! Al salir del brasero se lanza sobre mí, y me muerde los ojos como un perro rabioso. Es fuego de Lemnos,[45] no me cabe duda; de otro modo no atacaría tan cruelmente mis ojos legañosos. Vamos, Lagnes, corramos a la ciudadela y auxiliemos a la diosa. ¿Cuándo habrá ocasión mejor de

socorrerla? ¡Fu!, ¡fu! (*soplando*); ¡justo cielo!, ¡qué humo!

Este fuego está vivo y arde por la gracia de los dioses. Mas ¿por qué no depositamos aquí nuestros haces? ¿No sería mejor encender en el brasero un manojo de sarmientos y lanzarlo contra las puertas, a modo de ariete? Si las mujeres no desatrancan cuando se lo mandemos, será preciso incendiar las puertas y asfixiarlas con el humo. Dejemos ya la carga. ¡Oh!, ¡oh!, ¡qué humareda! ¿No habrá por ahí algún jefe de la expedición de Samos[46] que me ayude a descargar? ¡Ah! por fin se ven libres mis hombros. Vamos, brasero mío, atiza el fuego, y enciéndeme cuanto antes esta tea. Ayúdame, divina Victoria; castiguemos la audacia de las mujeres dueñas de la ciudadela, y erijamos un trofeo triunfal.

* * *

CORO DE MUJERES.[47]

Amigas mías, creo distinguir humo y llamas; parece un incendio: acudamos a toda prisa. ¡Vuela, vuela, Nicódice, antes de que Cálica y Cristila perezcan asfixiadas, víctimas de las leyes más crueles y de esos malditos viejos! Pero, venerandas diosas, ¿llegaré demasiado tarde? Al amanecer ya estaba yo en la fuente, y a duras penas conseguí llenar esta vasija: ¡tanta era la confusión, el tumulto y el estrépito de los cántaros! A empellones con las criadas y viles esclavos, conseguí salir con mi agua, y ahora me apresuro a socorrer a mis amenazadas compañeras. Me han dicho que unos viejos chochos, cargados con haces de cerca de tres talentos de peso, como para calentar un baño, se dirigían hacia aquí con desusada furia, gritando, entre terribles amenazas, que es preciso tostar a las pérfidas mujeres. Pero, venerable Minerva, haz que, en vez de ser pasto de las llamas,

consigan librar a la Grecia y a sus ciudadanos de los horrores de la guerra. Con este objeto ocuparon tu templo, santa patrona de refulgente casco de oro. Yo invoco tu auxilio, ¡oh Tritogenia! Si algún hombre quiere abrasarlas, ven a traer agua con nosotras.

¡Eh!, ¡eh!, deteneos.[48] ¿Qué es eso, grandísimos canallas? Los hombres honrados y piadosos no obran de esa manera.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah! He ahí una cosa con la cual no contábamos: un enjambre de mujeres defiende el exterior de la ciudadela.

CORO DE MUJERES.

¿Por qué nos teméis? ¿Acaso os parecemos muchas? Pues no veis ni la diezmilésima parte.

CORO DE VIEJOS.

Fedrias, ¿las permitiremos charlar de ese modo? ¿No convendrá romperles un garrote en las costillas?

CORO DE MUJERES.

Dejemos en el suelo nuestros cántaros; así no nos estorbarán, si alguno trata de sentarnos la mano.

CORO DE VIEJOS.

Si las hubiesen dado dos o tres bofetadas, como a Búpalo,[49] no chillarían tanto.

CORO DE MUJERES.

Anda, pégame; aquí te espero; pero te aseguro que en adelante no te agarrará otra perra.[50]

CORO DE VIEJOS.

Si no callas, este garrote se encargará de que no llegues a vieja.

CORO DE MUJERES.

A ver; toca con un solo dedo a Estratilis.

CORO DE VIEJOS.

¿Y si te derrengo a puñetazos? ¿Qué harás entonces?

CORO DE MUJERES.

Te arrancaré a mordiscos los pulmones y las entrañas.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah! Eurípides es el más sabio de los poetas: sí, tiene razón; la mujer es el animal más desvergonzado.

CORO DE MUJERES.

Cojamos nuestros cántaros, Rodipa.

CORO DE VIEJOS.

¿Para qué traes esa agua, mujer aborrecida de los dioses?

CORO DE MUJERES.

¿Y tú ese fuego, cadáver ambulante? ¿Es para quemarte a ti mismo?

CORO DE VIEJOS.

Para encender una hoguera y quemar a tus amigas.

CORO DE MUJERES.

Pues yo para apagar tu hoguera.

CORO DE VIEJOS.

¿Tú apagarás mi fuego?

CORO DE MUJERES.

Pronto lo verás.

CORO DE VIEJOS.

No sé cómo no la tuesto a fuego lento con esta lámpara.

CORO DE MUJERES.

Si estás sucio, te daré un baño.

CORO DE VIEJOS.

¿Tú a mí un baño, puerca?

CORO DE MUJERES.

Sí, un baño nupcial.

CORO DE VIEJOS.

¿Oís sus desvergüenzas?

CORO DE MUJERES.

Porque soy libre.

CORO DE VIEJOS.

Ya reprimiré tus gritos.

CORO DE MUJERES.

Yo haré que no juzgues más en el Heliástico.

CORO DE VIEJOS.

Quémale el pelo.

CORO DE MUJERES.

Agua,[51] cumple tu deber. (*Arrojan el contenido de sus cántaros sobre los viejos.*)

CORO DE VIEJOS.

¡Ay desdichado!

CORO DE MUJERES.

¿Estaba caliente?

CORO DE VIEJOS.

¡Sí, caliente! Acaba, ¿qué haces?

CORO DE MUJERES.

Te riego para que reverdezcas.

CORO DE VIEJOS.

Ya estoy seco y tiritando.

CORO DE MUJERES.

Caliéntate, puesto que tienes fuego.

* * *

UN MAGISTRADO.[52]

¿Las mujeres no han manifestado ya suficientemente su licencia con tanto estruendo de tambores, con tantas bacanales, y con sus interminables lamentaciones sobre los terrados en las Adonias?[53] El otro día las oí yo desde la asamblea. Demóstrato,[54] ese orador que Júpiter confunda, proponía una expedición a Sicilia; y su mujer danzando gritaba; «¡Ay, ay, Adonis!» Demóstrato proponía después que se hiciera una leva en Zacinto, y su mujer, ya beoda, gritaba en el terrado: «¡Lamentad a Adonis!» Y el maldito Colociges,[55] aborrecido por los dioses, se desgañitaba para hacerse oír. Ved a dónde llega su desorden.

CORO DE VIEJOS.

¿Pues qué dirías si hubieses oído sus insolencias? Después de mil injurias, han arrojado sobre nosotros el agua de sus cántaros; y nos vemos en la precisión de retorcer nuestros vestidos, como si nos hubiésemos orinado.

EL MAGISTRADO.

¡Bien hecho, por Neptuno! Nosotros mismos favorecemos la perversidad de las mujeres, y les damos lecciones de disolución, cuyo fruto son conspiraciones como la presente. Un marido va a una tienda y dice el artífice: «Platero, bailando ayer a la tarde se le salió a mi mujer de su sitio el

broche de aquel collar que le hiciste; yo tengo que embarcarme hoy para Salamina; si tienes tiempo, haz todos los posibles por ir al anochecer a mi casa y encajarle el broche.» Otro se dirige a un zapatero joven y vigoroso,[56] y le dice: «una de las correas le lastima a mi mujer el dedo pequeño, que es muy delicado; vete al mediodía, y procura estirársela»; y así andan las cosas tales, que yo, provisor, al necesitar dinero para pagar a los remeros ajustados, me encuentro con que las mujeres me cierran las puertas.[57] ¿Pero qué gano estándome así? Pronto, traedme unas palancas, y yo castigaré su atrevimiento. ¿A qué te quedas con la boca abierta, bribón? Y tú, ¿qué miras? Sin duda tratas de ver alguna taberna. Pronto, derribad esas puertas con las palancas. Yo también pongo manos en la obra.

* * *

LISÍSTRATA.

No derribéis nada; aquí me tenéis. ¿Para qué las palancas? No es eso lo que os hace falta, sino sentido común.

EL MAGISTRADO.

¿De veras, mujer abominable? ¿Dónde está el arquero? Cógela y átale las manos a la espalda.

LISÍSTRATA.

Como llegue a tocarme nada más que con la punta de un dedo, por Diana lo juro, aunque sea un funcionario público, me las pagará.

EL MAGISTRADO.

¡Cómo! ¿Tienes miedo? Sujétala por la cintura. Ayúdale tú también, y atadla entre los dos.

MUJER PRIMERA.

¡Por Pandrosa![58] Si llegas a tocarla, te pateo las tripas.[59]

EL MAGISTRADO.

¡Ah! ¡Las tripas! ¿Dónde está el otro arquero? Prendedme también a esa que habla.

MUJER SEGUNDA.

¡Por la fulgente luna, si la tocas con un dedo, pronto necesitarás una venda![60]

EL MAGISTRADO.

¿Qué significa esto? ¿Dónde está el arquero? Detenla. Ya os cerraré yo todas las salidas.

MUJER TERCERA.

¡Por Diana de Táuride, si te acercas a ella, te arranco todos los cabellos, aunque te deshagas en llanto!

EL MAGISTRADO.

¡Oh desdicha! mis arqueros me abandonan. ¡Cómo! ¿Nos dejaremos vencer por unas mujeres? Adelante, escitas, estrechad vuestras filas, y acometedlas.

LISÍSTRATA.

¡Por las diosas, os las vais a ver con cuatro valientes batallones de mujeres bien armadas que tengo adentro!

EL MAGISTRADO.

¡Escitas, atadles las manos!

LISÍSTRATA.

Salid, valientes compañeras; vendedoras de legumbres, puches, ajos y verduras; panaderas y taberneras, derribadlos, pegadles, desgarradlos; multiplicad vuestros insultos; haced gala de desvergüenza.[61] Basta, retiraos;

no despojéis a los vencidos.

EL MAGISTRADO.

¡Ah, qué mal lo han pasado mis arqueros!

LISÍSTRATA.

¿Pues qué se te figuraba? ¿Creías que te las ibas a haber con unas esclavas? ¿Piensas que no hay valor en las mujeres?

EL MAGISTRADO.

Sí, sí, demasiado valor; sobre todo cuando están cerca de la taberna.

CORO DE VIEJOS.

¡Magistrado, estás perdiendo el tiempo en palabras! ¿A qué entras en contestaciones con esas fieras? ¿Ignoras el baño sin lejía que acaban de darnos, estando completamente vestidos?

CORO DE MUJERES.

Es que, amigo mío, a nosotras nadie nos sienta así como así la mano: hazlo, y verás cómo te salto un ojo. A mí me gusta estarme encerrada en casa, como una doncellita, sin hacer mal a nadie, ni siquiera menear una paja; pero como alguno me irrite, soy una avispa.

CORO DE VIEJOS.

¡Oh Júpiter! ¿Qué haremos con estas fieras? ¡Esto es insoportable! (*Al Magistrado.*) Te es preciso averiguar con nosotros la causa de este mal, y lo que pretenden al apoderarse de la ciudadela de Cranao, de esa fortaleza inaccesible, y su venerado templo. Interrógales y no las creas; pero reúne todos los indicios. Sería vergonzosa negligencia no esclarecer tan importante asunto.

EL MAGISTRADO.

Lo primero que deseo que me digáis es la intención con que os habéis

encerrado en la ciudadela.

LISÍSTRATA.

Con la de poner a salvo el tesoro y evitar la causa de la guerra.

EL MAGISTRADO.

Pues qué, ¿el dinero es la causa de la guerra?

LISÍSTRATA.

Y de todos los demás desórdenes. Pisandro[62] y otros ambiciosos amotinan continuamente las turbas, sin más objeto que el de robar a favor de la confusión. Ahora, ya pueden hacer lo que se les antoje; porque lo que es de este dinero no han de tocar ni un óbolo.

EL MAGISTRADO.

¿Pues qué harás?

LISÍSTRATA.

¡Vaya una pregunta! Administrarlo nosotras.

EL MAGISTRADO.

¿Administrar vosotras el tesoro?

LISÍSTRATA.

No comprendo tu asombro. ¿Acaso no administramos los gastos de nuestras casas?

EL MAGISTRADO.

Pero no es lo mismo.

LISÍSTRATA.

¿Por qué no es lo mismo?

EL MAGISTRADO.

Ese dinero se destina a la guerra.

LISÍSTRATA.

La guerra ya no es necesaria.

EL MAGISTRADO.

¡Cómo! ¿Y la defensa de la república?

LISÍSTRATA.

Nosotras la defenderemos.

EL MAGISTRADO.

¿Vosotras?

LISÍSTRATA.

Sí, nosotras.

EL MAGISTRADO.

Eso es indigno.

LISÍSTRATA.

Pues te defenderemos, mal que te pese.

EL MAGISTRADO.

¡Qué atrocidad!

LISÍSTRATA.

¿Te enfadas, eh? Pues, amigo mío, no hay más remedio.

EL MAGISTRADO.

Pero es inicuo, por Ceres.

LISÍSTRATA.

Pues se te defenderá.

EL MAGISTRADO.

¿Y si no quiero?

LISÍSTRATA.

Con más motivo.

EL MAGISTRADO.

¿Pero de dónde os ha venido la idea de ocuparos de la guerra y de la paz?

LISÍSTRATA.

Os lo diremos.

EL MAGISTRADO.

Habla pronto, o si no, habrá lágrimas.

LISÍSTRATA.

Escucha; y quietecitas las manos.

EL MAGISTRADO.

No puedo; es tal mi ira, que me es difícil contenerla.

UNA MUJER.

Entonces a ti te tocará llorar.

EL MAGISTRADO.

¡Caiga sobre ti el oráculo que acabas de graznar, vejestorio! (*A Lisístrata.*) Habla tú.

LISÍSTRATA.

Voy. En la guerra anterior sobrellevábamos con paciencia ejemplar todo lo que hacíais los hombres, porque no nos permitíais abrir la boca. Vuestros proyectos no eran muy agradables que digamos: nosotras los conocíamos, y más de una vez os vimos en casa tomar desacertadas resoluciones en los más graves asuntos. Entonces, disimulando con una sonrisa nuestro interno dolor, os preguntábamos: «¿Qué resolución sobre la paz habéis tomado hoy en la asamblea?» «¿Qué te importa? —decía mi marido—: cállate;» y yo callaba.

UNA MUJER.

Pues yo no me hubiera callado.

EL MAGISTRADO.

Pues hubieras llorado por no callar.

LISÍSTRATA.

Yo me callaba; otra vez oyendo que habíais tomado una funestísima determinación, le pregunté: «Marido mío, ¿en qué consiste que obráis tan sin sentido?» Y él, mirándome de reojo, contestó: «Teje tu tela, si no quieres que la cabeza te duela mucho tiempo: la guerra es asunto de hombres».[63]

EL MAGISTRADO.

Y tenía razón, por vida mía.

LISÍSTRATA.

¿Cómo que tenía razón? ¡Miserable! ¿No hemos de poder daros un buen consejo cuando vemos que adoptáis resoluciones funestas? Cansadas ya de oír a unos preguntar a gritos en las calles: «¿No hay un hombre en este país?» y a otros responder: «No, ni uno»; las mujeres hemos tomado el partido de reunirnos y salvar entre todas a la Grecia. ¿A qué habíamos de esperar más? Por consiguiente, si queréis escuchar nuestros buenos consejos, y callaros a vuestra vez, como nosotras entonces, conseguiremos arreglaros.

EL MAGISTRADO.

¡Vosotras a nosotros! Vamos, ¡esto ya no puede tolerarse!

LISÍSTRATA.

¡Calla!

EL MAGISTRADO.

¡Yo! ¡Callarme yo, porque tú me lo mandes, deslenguada! ¡Yo obedecer a quien lleva un velo en la cabeza! ¡Antes morir!

LISÍSTRATA.

Si no tienes más inconveniente que ese, toma mi velo, rodéatelo a la cabeza, y calla. Toma también este canastillo; ponte un ceñidor, y dedícate a hilar lana, mascullando habas:[64] la guerra será asunto de mujeres.

CORO DE MUJERES.

Mujeres, dejad vuestros cántaros, para que por nuestra parte ayudemos también a nuestras amigas. Yo jamás me rendiré de bailar, ni el cansancio hará flaquear mis rodillas. Quiero hacer causa común, y afrontar todos los riesgos con esas compañeras tan valientes, tan ingeniosas, tan bellas, tan atrevidas y discretas, raro conjunto de patriotismo y valor. Tú, intrépida Lisístrata, y vosotras sus aliadas, no depongáis vuestra cólera; sed siempre como un manojo de ortigas: los vientos son favorables.

LISÍSTRATA.

Si el amable Cupido y la diosa de Chipre[65] derraman sobre nuestro seno los atractivos del amor, e inspiran a los hombres ardientes y dulcísimos deseos,[66] espero que los griegos llegarán a llamamos las *Lisímacas*.[67]

EL MAGISTRADO.

¿Y por qué?

LISÍSTRATA.

Por haber puesto término a sus locuras y paseos con armas en el mercado.

UNA MUJER.

Muy bien, por Venus de Pafos.

LISÍSTRATA.

Pues ahora se les ve recorrer armados de punta en blanco, como

frenéticos coribantes, la plaza en que se venden ollas y legumbres.

EL MAGISTRADO.

Cierto, porque eso es propio de valientes.

LISÍSTRATA.

Pero es ridículo ver comprando pececillos a un hombrón en cuyo escudo se ostenta una cabeza de Gorgona.

UNA MUJER.

El otro día vi yo a todo un filarconte[68] de largos cabellos, echar en su casco de bronce, sin apearse siquiera, las puches que una vieja acababa de venderle. Otro tracio, agitando su escudo y su dardo, como Tereo,[69] aterraba a una vendedora de higos, y se le comía los mejores.

EL MAGISTRADO.

¿Pero cómo podréis vosotras arreglar la enmarañada madeja de la cosa pública en este país?

LISÍSTRATA.

Facilísimamente.

EL MAGISTRADO.

¿Cómo? Dímelo.

LISÍSTRATA.

Mira, cuando se nos enreda el hilo, lo cogemos así y lo sacamos del huso, tirando a un lado y a otro; pues bien, como nos dejen, desenredaremos igualmente la guerra, enviando embajadas a un lado y a otro.

EL MAGISTRADO.

Por tanto, imbéciles, pensáis arreglar los más peligrosos negocios con los husos, el hilo y la lana.

LISÍSTRATA.

Si tuvieseis un átomo de sentido común, seguiríais en política el ejemplo que os damos al trabajar la lana.

EL MAGISTRADO.

¿Cómo? Sepamos.

LISÍSTRATA.

Así como nosotras principiamos por lavar la lana para separarla de toda suciedad, vosotros debíais empezar por expulsar a palos de la ciudad a los malvados, y separar la mala hierba; luego dividir a todos esos que se coligan y apelotonan para apoderarse de los cargos públicos, y arrancarles la cabeza; después amontonar en un canasto, para el bien común, los metecos, los extranjeros, los amigos y los deudores al Estado, y cardarlos sin distinción. A las ciudades pobladas por colonos de este país debíais de considerarlas separadamente, como otros tantos pelotones colocados delante de nosotras, y en seguida sacar un hilo de cada una de ellas, traerlo hasta aquí, reunirlos todos, hacer un grande ovillo y tejer con él un manta para el pueblo.

EL MAGISTRADO.

¿No es insufrible que pretenda hilarlo y devanarlo todo quien ninguna participación tiene en la guerra?

LISÍSTRATA.

Pero, ¡maldito de Dios!, nosotras tenemos parte doble, pues primero parimos los hijos, y después los enviamos al ejército.

EL MAGISTRADO.

Calla: no recuerdes nuestros desastres.[70]

LISÍSTRATA.

Después, en vez de gozar en la flor de nuestra juventud de los placeres del amor, estamos como viudas, gracias a la guerra; y por nosotras, pase; yo me aflijo por esas pobres doncellas que envejecen en su lecho solitario.

EL MAGISTRADO.

¿No envejecen también los hombres?

LISÍSTRATA.

¡Oh, eso es muy diferente! Un hombre, al volver de la guerra, aunque tenga los cabellos blancos, se casa pronto con una tierna doncellita. El tiempo de la mujer es muy corto, y si no lo aprovecha, ya nadie la quiere, y se pasa la vida en consultar los augurios.[71]

EL MAGISTRADO.

Pero todo anciano que aún conserva algún vigor...

LISÍSTRATA.

¿Y tú, cuándo te piensas morir? Ya es tiempo; cómprate un ataúd; mira, te voy a amasar la torta funeraria.[72] Toma esta corona y cíñete las sienes.

MUJER PRIMERA.

Toma estas cintas.

MUJER SEGUNDA.

Ten esta otra corona.

LISÍSTRATA.

¿Qué te falta? ¿Qué deseas? Caronte[73] te espera; tu tardanza le impide darse a la vela.

EL MAGISTRADO.

Estos ultrajes son insufribles. Voy a presentarme yo mismo a mis colegas con esta facha.

LISÍSTRATA.

¿Te quejas porque aún no te hemos expuesto?[74] No te apures; dentro de tres días iremos de madrugada a ofrecerte la oblación de costumbre.

(*Vanse Lisístrata y el Magistrado. Los dos coros quedan solos en la escena.*)

* * *

CORO DE VIEJOS.

Ya no puede dormir ningún amigo de la libertad. Ea, dispongámonos para esta grande empresa. Sospecho mayores peligros, y creo percibir un olor a tiranía de Hipias; y mucho me temo que algunos lacedemonios, reunidos en casa de Clístenes, hayan sido los incitadores de estas malditas mujeres sugiriéndoles la idea de apoderarse de nuestro tesoro y del salario de que vivimos. Indigno es, por vida mía, que se entrometan a dar consejos a los ciudadanos y a hablar de cascos de bronce, y a tratar de la paz con los lacedemonios, en quienes tengo menos confianza que en un lobo hambriento. Amigos, no cabe duda, todas sus tramas tienden a restablecer la tiranía. Pero jamás me tiranizarán; yo tomaré mis precauciones, y llevando mi espada en la rama de mirto,[75] estaré sobre las armas en la plaza pública, junto a la estatua de Aristogitón. Allí permaneceré, porque siento un vivo deseo de darle un bofetón a esa maldita vieja.

CORO DE MUJERES.

Cuando vuelvas a tu casa no te conocerá ni la madre que te parió.[76] Pero, queridas ancianas, dejemos esto en el suelo; nosotras, oh ciudadanos, vamos a principiar un discurso muy útil a la república; y bien lo merece por haberme criado en el seno de los placeres y del esplendor. A la edad de

siete años ya llevé las ofrendas misteriosas en la fiesta de Minerva; a los diez molía la cebada en honor de la diosa; luego, ceñida de flotante túnica azafranada, me consagraron a Diana en las Brauronias;[77] y por último, ya doncella núbil, fui canéfora, y rodeé mi garganta con el collar de higos.[78] En pago de tantas distinciones, ¿no deberé dar útiles consejos a mi patria? Aunque mujer, permitidme proponer un remedio a nuestros males; que, al fin, al darle mis hijos, también pago mi contribución al Estado. Pero vosotros, miserables viejos, ¿con qué contribuís? Después de haber consumido lo que se llamaba el tesoro de los Abuelos,[79] reunido durante las guerras médicas, nada pagáis; y todos corremos grave riesgo de que nos arruinéis. ¿Qué podéis responder a esto? Como me incomodes mucho, te siento en la cara este coturno, y ¡cuidado que pesa!

CORO DE VIEJOS.

¿Puede haber mayor ultraje? La cosa va de mal en peor. Todo hombre que se tenga por tal, tiene obligación de oponérseles. Pero quitémonos la túnica. El hombre debe ante todo oler a hombre, y no estar envuelto en sus vestidos. Ea, todos los que en nuestros buenos tiempos nos reunimos en Lipsidrión, hombres de pies desnudos, hoy es preciso rejuvenecerse, enderezar el cuerpo, despojarnos de la vejez. Si dejamos a las mujeres el menor asidero, no cejarán ni un punto en sus esfuerzos, y las veremos construir naves, pretender dar batallas navales y atacarnos a ejemplo de Artemisa.[80] Si les place dedicarse a la equitación, licenciaremos a nuestros caballeros. A la mujer la gusta mucho el caballo; sobre él ataca vigorosamente, y no se cae por mucho que galope: testigos las Amazonas que Micón[81] pintó combatiendo a los hombres. Por lo cual es preciso que nos apoderemos de esta, y las metamos a todas el cuello en el cepo.

CORO DE MUJERES.

¡Por las diosas! Si me irritas, suelto las riendas a mi cólera, y te doy una tunda que te obligo a pedir socorro a tus vecinos. Amigas mías, quitémonos también nosotras los vestidos: perciban esos carcamales el olor a mujer enfurecida. Si alguno se acerca a mí, yo le aseguro que no ha de comer más ajos ni habas negras. ¡Di una sola palabra! Estoy furiosa y te trataré como el escarabajo al nido del águila. Ningún temor me dais mientras a mi lado estén Lámpito y mi querida Ismenia, noble tebana. Aunque des siete decretos, no podrás con nosotras, ¡miserable, detestado por tus vecinos y por todo el mundo! Ayer mismo, para celebrar la fiesta de Hécate, quise traer de la vecindad una muchacha buena y amable, muy querida por mis hijos, una anguila de Beocia,[82] y se negaron a enviármela por tus malditos decretos. Y nunca cesaréis de hacerlos, hasta que alguno os coja por las piernas y os precipite cabeza abajo.

(*A Lisístrata*.) Directora de esta noble empresa,[83] ¿por qué sales tan triste de tu morada?

* * *

LISÍSTRATA.

La indigna conducta de las mujeres, su inconstancia verdaderamente femenil, eso es lo que me agita y llena de angustia.

CORO DE MUJERES.

¿Qué dices, qué dices?

LISÍSTRATA.

La verdad, la verdad.

CORO DE MUJERES.

¿Qué desgracia ocurre? Díselo a tus amigas.

LISÍSTRATA.

Vergonzoso es decirlo, y difícil callarlo.

CORO DE MUJERES.

No me ocultes la desgracia que nos ocurre.

LISÍSTRATA.

Nos abrasa la lujuria, para decirlo de una vez.

CORO DE MUJERES.

¡Oh Júpiter!

LISÍSTRATA.

¿A qué invocas a Júpiter? Esta es la pura verdad. No puedo privarles más tiempo de sus maridos; pues se me escapan. La primera a quien sorprendí abría un agujero junto a la gruta de Pan;[84] la segunda se descolgaba por medio de una polea; otra preparaba su deserción; otra, cogida a un pájaro, se disponía volar a casa de Orsíloco,[85] y la he detenido por los cabellos; en fin, discurren todos los pretextos imaginables para volver a sus hogares. Ahí viene una. ¡Eh! tú, ¿a dónde vas tan de prisa?

* * *

MUJER PRIMERA.

Quiero ir a mi casa: tengo allí una porción de lana de Mileto, que se la está comiendo la polilla.

LISÍSTRATA.

No hay polilla que valga. ¡Atrás!

MUJER PRIMERA.

Volveré al instante, te lo juro por las diosas; volveré en cuanto la haya

tendido sobre el lecho.

LISÍSTRATA.

No la tiendas, ni te muevas de aquí.

MUJER PRIMERA.

¿Y he de dejar perderse mi lana?

LISÍSTRATA.

No hay más remedio.

* * *

MUJER SEGUNDA.

¡Desdichada! ¡Desdichada! Me he dejado en casa el lino sin macear.

LISÍSTRATA.

Ya tenemos otra que quiere ir a macear su lino. Entra aquí.

MUJER SEGUNDA.

¡Te lo juro por Diana! Volveré en cuanto lo haya maceado.

LISÍSTRATA.

No lo macearás; porque si tú principias, otra querrá hacer otro tanto.

* * *

MUJER TERCERA.

Divina Lucina, retrasa mi parto hasta que llegue a un lugar profano.

LISÍSTRATA.

¿Estás loca?

MUJER TERCERA.

Voy a parir de un momento a otro.

LISÍSTRATA.

¿Pero si ayer no estabas encinta?

MUJER TERCERA.

Pues hoy lo estoy. Déjame, Lisístrata, déjame salir en busca de la comadre.

LISÍSTRATA.

¿Qué cuentos son esos? ¿Qué cosa dura tienes aquí?

MUJER TERCERA.

Un niño varón.

LISÍSTRATA.

¡Ca! si es de metal y hueca. Veámosla. ¡Oh, tiene gracia! ¿Traes el casco de la diosa, y decías que estabas encinta?

MUJER TERCERA.

Sí, por Júpiter, lo estoy.

LISÍSTRATA.

¿Pues por qué traías esto?

MUJER TERCERA.

Para si me sobrevenía el parto en la ciudadela hacer con él un nido, como las palomas.

LISÍSTRATA.

¿Qué dices? Esos son pretextos: la cosa está clara. ¿No esperarás aquí el día de tu purificación?[86]

MUJER TERCERA.

No puedo dormir en la ciudadela desde que he visto la serpiente que la guarda.[87]

* * *

MUJER CUARTA.

Yo, infeliz de mí, me muero de fatiga: el grito incesante de las lechuzas[88] no me deja conciliar el sueño.

LISÍSTRATA.

¡Desdichadas! Basta de fingidos terrores. Quizá echáis de menos a vuestros maridos. ¿Creéis que ellos no os desean también? Yo sé que pasan noches crueles. Pero, amigas mías, resistíos sin flaquear, y tened aún un poco de paciencia: un oráculo nos pronostica el triunfo, si no nos dividimos. Oídlo.

CORO DE MUJERES.

Sí, dinos el oráculo.

LISÍSTRATA.

Callad, pues. «Cuando las golondrinas, huyendo de las abubillas, se reúnan en un lugar, y se abstengan de los machos, entonces concluirán los males, y Júpiter tonante pondrá lo de abajo arriba...»

CORO DE MUJERES

¿Nosotras estaremos encima?

LISÍSTRATA.

«Pero si las divide la discordia, y las golondrinas huyen del sagrado templo, no habrá otra ave más lasciva.»

CORO DE MUJERES.

El oráculo está claro. ¡Oh dioses! no hay que desalentarse. Entremos. Vergonzoso sería, compañeras, el faltar al oráculo.

* * *

CORO DE VIEJOS.

Quiero contaros una fábula que oí siendo niño. Es así: Había un joven llamado Melanión,[89] que por odio al matrimonio se fue a un desierto; vivía en las montañas; cazaba liebres, hacía lazos, y tenía un perro, y jamás volvió a su casa, ¡tanto aborrecía a las mujeres!; y nosotros también, que no somos menos discretos que Melanión.

UN VIEJO.

Vieja mía, quiero darte un beso...

UNA MUJER.

Llorarás, sin comer ajos.

EL VIEJO.

Y atizarte un puntapié.

LA MUJER.

Tu espesa barba es buen asidero.

EL VIEJO.

Mirónides era negro y velludo y el terror de todos sus enemigos, lo mismo que Formión.[90]

CORO DE MUJERES.

También yo quiero contarte una fábula en respuesta a la de Melanión. Había un tal Timón,[91] hombre intratable, inaccesible como si estuviese erizado de espinas, un verdadero hijo de las Furias. El tal Timón, lleno de odio, huyó de vosotros colmándoos de maldiciones. ¡Tanto aborrecía a los hombres! Sin embargo, era apasionadísimo por las mujeres.

UNA MUJER.

¿Quieres que te sacuda un bofetón?

UN VIEJO.

No, no te tengo miedo.

LA MUJER.

Pues te daré un puntapié.

EL VIEJO.

Se te verá lo que no debe verse.[92]

LA MUJER.

No se verá nada sucio; aunque soy vieja, la luz de la lámpara me sirve de depilatorio.

* * *

LISÍSTRATA.

¡Eh! ¡Eh! Mujeres, acudid aprisa.

MUJER PRIMERA.

¿Qué ocurre? Di, ¿por qué esos gritos?

LISÍSTRATA.

Un hombre, un hombre se acerca enfurecido por la cólera de Venus. ¡Diosa reina de Chipre, Citera y Pafos, no te desvíes del principiado camino!

MUJER PRIMERA.

¿Dónde está? ¿Quién es?

LISÍSTRATA.

Junto al templo de Ceres.[93]

MUJER PRIMERA.

En efecto, es un hombre. ¿Pero quién podrá ser?

LISÍSTRATA.

Mirad. ¿Le conocéis alguna de vosotras?

MIRRINA.

Yo le conozco: es mi marido Cinesias.

LISÍSTRATA (*A Mirrina*).

Procura mortificarle y enardecerle la sangre fingiéndole amor y desdén, y concediéndole todo cuanto pida, menos lo que la copa[94] te prohíbe.

MIRRINA.

Pierde cuidado: eso corre de mi cuenta.

LISÍSTRATA.

Me quedo para ayudarte a engañarle y mortificarle. Vosotras, retiraos.

* * *

CINESIAS.

¡Ay desdichado, qué horrible tormento![95] Se me figura que estoy sobre la rueda.

LISÍSTRATA.

¿Quién está ahí, más acá de los centinelas?

CINESIAS.

Yo.

LISÍSTRATA.

¿Un hombre?

CINESIAS.

Sí, un hombre.

LISÍSTRATA.

¡Pronto, fuera de ahí!

CINESIAS.

¿Quién eres tú para despacharme?

LISÍSTRATA.

El centinela de día.

CINESIAS.

Por los dioses te lo pido, llama a Mirrina.

LISÍSTRATA.

¡Me gusta! ¿Que llame a Mirrina? Y tú, ¿quién eres?

CINESIAS

Su marido Cinesias Peónides.

LISÍSTRATA.

Salud, carísimo; tu nombre no nos es desconocido, porque a tu mujer nunca se le cae de la boca; si coge un huevo o una manzana, dice siempre: «Esto para mi Cinesias.»

CINESIAS.

¡Oh soberanos dioses!

LISÍSTRATA.

Así es, por Venus. Siempre que se habla de hombres, tu mujer suele decir: «Todo es nada en comparación de mi Cinesias.»

CINESIAS.

Vamos, llámala.

LISÍSTRATA.

¿Me darás algo por el servicio?

CINESIAS.

Ya lo creo; y en seguida, si quieres: mira, te daré lo que tengo.

LISÍSTRATA.

Pues bajo a llamarla.

* * *

CINESIAS.

Anda lista. La vida no tiene encanto para mí desde que abandonó el hogar; entro en él con hastío; la casa me parece un desierto; todos los manjares insípidos: ¡tal es mi pena!

MIRRINA.

¡Le amo, sí, le amo! Pero él no quiere corresponderme. No me obligues a ir a verle.

CINESIAS.

¡Oh dulcísima Mirrinita! ¿Por qué haces eso? Baja, baja.

MIRRINA.

No lo creas.

CINESIAS.

¿Cómo, Mirrina, no bajarás llamándote yo?

MIRRINA.

Me llamas sin necesidad.

CINESIAS.

¿Sin necesidad, y estoy pereciendo?

MIRRINA.

Me voy.

CINESIAS.

No, por piedad: oye siquiera al niño. Vamos, hijo mío, ¿no llamas a tu mamá?

EL NIÑO.

¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá![96]

CINESIAS.

Vamos, ¿qué haces? ¿No te compadeces de esta pobre criatura que hace

seis días está sin madre que le asee?

MIRRINA.

Él ya me da lástima, pero su padre es muy descuidado.

CINESIAS.

Baja, loquilla, por amor a tu hijo.

MIRRINA.

¡Ah! ¡Lo que es haberlo parido! Vamos, ya bajo: ¿qué remedio?

CINESIAS.

Me parece mucho más joven; ¡qué tierna es su mirada! Sin duda su desdén y negativas enardecen mi amor.

MIRRINA.

Dulcísimo niño, hijo de un mal padre, y encanto de tu mamá, toma, toma este beso.

CINESIAS.

¿Por qué haces eso, malvada, siguiendo el ejemplo de otras mujeres con gran pena tuya y mía?

MIRRINA.

Quietas las manos.

CINESIAS.

Todo lo que hay en casa se está perdiendo.

MIRRINA.

Poco se me importa.

CINESIAS.

¿Se te importa poco que las gallinas desgarren tus telas?

MIRRINA.

Sí, por cierto.

CINESIAS.

¡Tanto tiempo como hace que no has celebrado las fiestas de Venus! ¿No quieres venir?

MIRRINA.

No, mientras no hagáis la paz y concluyáis la guerra.

CINESIAS.

Bien; si te agrada, lo haremos.

MIRRINA.

Bien, si te agrada, volveré a casa; pero hasta entonces estoy comprometida por un juramento.

CINESIAS.

Saltem aliquantisper mecum decumbe.

MYRRHINA.

Non sane: etsi non posse negari te a me amari.

CINESIAS.

Amas? cur ergo non decumbis, Myrrhinula?

MYRRHINA.

O ridende, num præsente puerulo?

CINESIAS.

Non hercle: sed tu, o Manes, fer eum domum. Ecce puerulus jam tibi hinc amotus: tu vero non decumbes?

MYRRHINA.

Sed, o perdite, ubi id fieri potest?

CINESIAS.

Ad Panos sacellum percommode.

MYRRHINA.

At quomodo in arcem casta redire potero?

CINESIAS.

Facillume, in Clepsydra si laveris.

MYRRHINA.

Scilicet, o perdite, jurata pejerabo?

CINESIAS.

In caput meum vertat. De jurejurando ne sis sollicita.

MYRRHINA.

Agedum feram lectulum nobis.

CINESIAS.

Nequaquam: sufficit nobis humi cubare.

MYRRHINA.

Ita me Apollo juvet, ut ego te, quamvis turgentem libidine, non reclinaverim humi.

CINESIAS.

Amat me valde, satis apparet, uxor.

MYRRHINA.

En, decumbe properans, et ego exuo vestes. At, perii, teges efferenda est.

CINESIAS.

Quæ, malura, teges? Haud mihi quidem.

MYRRHINA.

Ita mihi Diana propitia sit: turpe enim est super loris cubare.

CINESIAS.

Sine deosculer te.

MYRRHINA.

En.

CINESIAS.

Papæ! Revertere huc ergo quam celeriter.

MYRRHINA.

En teges. Decumbe: jam exuo vestes. Sed, perii! cervical non habes.

CINESIAS.

At nihil opus est mihi.

MYRRHINA.

At ecastor mihi.

CINESIAS.

Profecto penis hicce uti Hercules hospitio excipietur.

MYRRHINA.

Surge, subsulta.

CINESIAS.

Jam omnia habeo.

MYRRHINA.

Itane omnia?

CINESIAS.

Agedum, o aurea.

MYRRHINA.

Jam strophium solvo: tu vero memento, ne, quam dedisti de pace ineunda, fidem fallas.

CINESIAS.

Peream hercle prius.

MYRRHINA.

Sed lodicem non habes.

CINESIAS.

Nec hercle opus est: sed futuere volo.

MYRRHINA.

Ne sis sollicitus, et istud facies: cito enim redeo.

CINESIAS.

Stragulis perdet me hæc femina.

MYRRHINA.

Erigere.

CINESIAS.

At iste jamdudum erectus est.

MYRRHINA.

Vin' ut te inungam?

CINESIAS.

Ne hoc Apollo sirit.

MYRRHINA.

Per Venerem, velis nolis, inungere.

CINESIAS.

Utinam, o supreme Jupiter, effusum fuisset istuc unguentum!

MYRRHINA.

Porrige manum, sume et inungere.

CINESIAS.

Istuc hercle unguentum minime et suave, nisi terendo bonum sit; nec concubitum olet.

MYRRHINA.

Me miseram! Rhodium unguentum extuli.

CINESIAS.

Bonum est: mitte hoc, o fatua.

MYRRHINA.

Nugaris.

CINESIAS.

Qui illum dii omnes perduint, qui primus coxit unguentum!

MYRRHINA.

Cape hoc alabastrum.

CINESIAS.

Sed aliud habeo. At tu, o perdita, decumbe, et ne fer mihi quidquam.

MYRRHINA.

Istuc agam, ita me Diana amabit. Calceos igitur exuo. Sed, o carissime, vide ut decernas aliquid de pace facienda.

CINESIAS.

Consulam. (*Myrrhina aufugit.*) Perdidit me et attrivit mulier tum aliis omnibus, tum quod me excoriatum relinquens abiit. Hei mihi! quid faciam? quem futuam, postquam spe excidi potiundæ pulcherrimæ? quomodo hancce educabo?[97] Ubi Cynalopex?[98] loca mihi mercede nutricem.

* * *

CHORUS SENUM.

In maxumis malis, o infelix, et animi angore cruciaris; et me tui miseret. Heu! heu! Quinam renes possint durare? quis animus? qui colei? quis penis intentus, nec mane permolens aliquam?

CINESIAS.

¡Oh Júpiter, qué horribles convulsiones!

CORO DE VIEJOS.

¡Cómo se te ha burlado la más execrable y pérfida de las mujeres!

CINESIAS.

Di la más amada, la más dulcísima.

CORO DE VIEJOS.

¿Dulcísima? No, ¡cruel, muy cruel! ¡Oh Júpiter, envía una violenta ráfaga que la levante como a paja ligera, y después de hacerla girar arremolinada en los aires, la deje de repente en tierra y la clave... donde yo me sé![99]

* * *

UN HERALDO.

¿Dónde está el Senado ateniense? ¿Dónde están los pritáneos? Tengo que comunicarles una noticia.

EL MAGISTRADO.

¿Eres un hombre o un Príapo?[100]

EL HERALDO.

¡Soy un heraldo, imbécil! Te lo juro por Cástor y Pólux; vengo de Esparta para hacer la paz.

EL MAGISTRADO.

¿Trayendo una lanza escondida?

EL HERALDO.

No hay tal.

EL MAGISTRADO.

¿Adónde te vuelves? ¿Por qué te estiras la túnica? ¿Te has excoriado de tanto andar?

EL HERALDO.

Este hombre es un idiota

EL MAGISTRADO.

Tu porte es indecentísimo.[101]

EL HERALDO.

Te digo que no, y basta de bromas.

EL MAGISTRADO.

¿Qué traes ahí?

EL HERALDO.

Una escítala[102] lacedemonia.

EL MAGISTRADO.

Pase por escítala; pero dime la verdad; mira que lo sé todo: ¿cómo andan las cosas en Lacedemonia?

EL HERALDO.

Mal; todas en el aire, lo mismo las de Lacedemonia que las de los aliados. Pelene[103] nos es indispensable.

EL MAGISTRADO.

¿Cuál es la causa de esa deplorable situación? ¿Quizá Pan[104] irritado...?

EL HERALDO.

No, Lámpito, según creo, fue la que principió; y en seguida, a un tiempo y unánimes, todas las espartanas se han separado de sus maridos.

EL MAGISTRADO.

¿Y qué tal lo pasáis?

EL HERALDO.

Horriblemente; andamos encorvados por las calles, como si lleváramos linternas. Las mujeres han resuelto no permitirnos la menor caricia, hasta

que por unánime consentimiento hagamos la paz con toda la Grecia.

EL MAGISTRADO.

Es una conspiración tramada por las mujeres de todos los países. Ahora lo comprendo. Vete cuanto antes, y di a los lacedemonios que manden embajadores con plenos poderes para tratar de la paz. Yo voy a decir al Senado que os envíe otros; me bastará para persuadirle el hacerle ver nuestra situación.

EL HERALDO.

Voy volando: tu idea es excelente.

* * *

CORO DE VIEJOS.

No hay bestia feroz, ni incendio más indomable que la mujer. La pantera es menos desvergonzada.

CORO DE MUJERES.

Si sabes eso, ¿por qué te obstinas en hacerme la guerra, pudiendo, gran bribón, ser amigo mío?

CORO DE VIEJOS.

No, jamás dejaré de aborrecer a las mujeres.

CORO DE MUJERES.

Como quieras; mas por de pronto no puedo consentir que estés desnudo. ¡Si vieras lo ridículo que estás! Vamos, voy a ponerte esta túnica.

CORO DE VIEJOS.

En eso tenéis razón, por vida mía; me la quité en aquel arrebato de cólera.

CORO DE MUJERES.

Ahora siquiera tienes facha de hombre, y no haces reír. Si no me hubieras enojado tanto, te sacaría también un animalito que tienes en el ojo.

CORO DE VIEJOS.

Sin duda era eso lo que me mortificaba. Toma este anillo; saca el insecto y enséñamelo. Me pica en el ojo hace un buen rato.

CORO DE MUJERES.

Lo haré, aunque eres el hombre más gruñón... ¡Oh Júpiter, qué enorme mosquito! ¿Lo ves? Debe ser de Tricoriso.[105]

CORO DE VIEJOS.

¡Ah, qué alivio te debo! Me estaba abriendo un pozo; así es que en cuanto lo has sacado, me fluyen lágrimas en abundancia.

CORO DE MUJERES.

Aunque eres muy bribón, yo te las enjugaré, y además te daré un beso.

CORO DE VIEJOS.

No me beses.

CORO DE MUJERES.

Quieras o no.

CORO DE VIEJOS.

¡Mala peste os lleve! ¿Habrase visto qué zalameras son? Con razón se dice: «Ni con esas perversas, ni sin esas perversas.» Pero hagamos las paces, y convengamos en no causarnos en adelante ningún mal; ni nosotros a vosotras, ni vosotras a nosotros. Sancionemos nuestra amistad, uniendo nuestros cantos.

* * *

CORO DE MUJERES.

No pretendemos, ciudadanos, hablar mal de ninguno de vosotros; al contrario, os deseamos y haremos todo género de beneficios; que para males, los presentes bastan.[106] Acuda a nosotras todo hombre o mujer que necesite dinero, y recibirá tres minas; pues adentro hay oro en abundancia, y nosotras también tenemos bolsa. Y si la paz llega a hacerse, nadie tendrá que devolver la cantidad recibida. Hemos convidado a cenar a unos caristios,[107] personas buenas y valientes; tenemos puches y un lechoncillo, recientemente inmolado, cuya carne será tierna y sabrosa. Venid, pues, hoy a mi morada, y venid pronto, después del baño, vosotros y vuestros hijos; entrad sin preguntar por nadie; seguid todo derecho, como en vuestra casa, sin reparo alguno; porque la puerta estará... cerrada.

* * *

CORO DE VIEJOS.

Allí vienen los embajadores espartanos, pisándose las barbas; parece que traen una gamella colgada a la cintura.

¡Salud, en primer lugar, lacedemonios! Y en seguida, decidnos qué tal os encontráis.

UN LACEDEMONIO.

¿Qué necesidad hay de largos discursos? Mirad y ved.

CORO DE VIEJOS.

¡Oh! El mal toma serias proporciones y va cada vez a peor.

EL LACEDEMONIO.

Es indecible. ¿A qué hablar más? Venga cualquiera, y ajustemos la paz a cualquier precio.

CORO DE VIEJOS.

Atqui et istos conspicor indigenas, tamquam luctatores a ventre rejicientes vestes, ita ut athleticum quid hic morbus videatur.

ATHENIENSIS.

Quis indicet nobis Lysistratam, ubi sit? nam viri adsumus et nos hujuscemodi.

CHORUS SENUM.

Et alter hic morbus alteri congruit. Numquid mane tentigo vos capit?

ATHENIENSIS.

Immo hercle perimus, dum hoc experimur. Quare, nisi pacem inter nos quis ocius conciliet, fieri non poterit, quin Clisthenem futuamus.

CHORUS SENUM.

Si sapitis, vestes sumetis, ut nequis eorum, qui Hermos truncant, vos videat.

ATHENIENSIS.

Recte, ita me Jupiter amet, autumas.

LACO.

Ita me Castores, recte omnino. Agedum amiciamur.

ATHENIENSIS.

Salvete, o Lacones: turpe est, quod nobis accidit.

LACO.

O carissime, male utique nobis fuisset, si vidissent isti viri mentulas nostras erectas.

EL ATENIENSE.

Ea, lacedemonios, hablemos con franqueza. ¿A qué habéis venido?

EL LACEDEMONIO.

A tratar de la paz.

EL ATENIENSE.

Muy bien, nosotros a lo mismo. ¿Mas por qué no llamamos a Lisístrata? Es la única que puede arreglarnos.

EL LACEDEMONIO.

Bueno, y si quieres también a Lisístrato.[108]

CORO DE VIEJOS.

Es inútil llamarla; sin duda os ha oído, y sale.

¡Salud, mujer esforzadísima! Llegó la ocasión de mostrarte valiente o tímida, buena o mala, severa o indulgente, sencilla o astuta. Los principales griegos, seducidos por tus encantos, se confían a ti, y esperan que des fin a sus agravios.

LISÍSTRATA.

No es cosa difícil, mientras su situación no les arrastre a excesos nefandos. Pronto lo sabré. ¿Dónde está la Paz?[109] Tráeme primero a los lacedemonios, cogiéndoles de la mano, sin dureza ni altivez, y sin aquella grosería con la cual les recibían nuestros esposos;[110] al contrario, muéstrales esa afabilidad, adorno de la mujer. Si se niegan a darte la mano, cógelos por otra parte.[111] Tráeme asimismo a los atenienses, cogiéndoles por donde quieran. — Lacedemonios, colocaos junto a mí; vosotros, atenienses, a este lado; ahora prestadme atención. No soy más que una mujer, pero tengo sentido común; la naturaleza me dotó de un criterio claro, que las lecciones de mi padre y de otros ancianos acertaron a desenvolver. Quiero principiar por echaros en rostro faltas comunes a entrambos y censurables con sobra de razón. Vosotros que en Olimpia, en las Termópilas, en Delfos (¡cuántos lugares pudiera citar si quisiera extenderme!) rociáis los mismos altares con

igual agua lustral, y formáis una sola familia ante los bárbaros enemigos, arruináis ahora con desoladora guerra la Grecia y sus ciudades. Esto es lo primero que tenía que deciros.

EL ATENIENSE.

Y a mi me mata el deseo.

LISÍSTRATA.

Ahora, lacedemonios, me dirijo a vosotros en particular. ¿No os acordáis de cuando el espartano Periclides[112] llegó suplicante al pie de nuestras aras, pálido, vestido de púrpura,[113] pidiendo a los atenienses tropas auxiliares? Porque entonces la Mesenia os apuraba, y Neptuno estremecía vuestra tierra.[114] Cimón partió con cuatro mil soldados, y salvó a Lacedemonia. ¡Y después de tales beneficios devastáis los campos de vuestros libertadores!

EL ATENIENSE.

Sí, Lisístrata, obraron mal.

EL LACEDEMONIO.

Obramos mal: pero es indecible la belleza de esto.[115]

LISÍSTRATA.

¿Creéis, atenienses, que os voy a absolver de toda culpa? ¿No recordáis que también los lacedemonios, cuando vestíais la túnica de esclavos, vinieron en armas, mataron gran número de tesalios y de amigos y partidarios de Hipias, y fueron los únicos que en aquel memorable día os devolvieron la libertad y cambiaron vuestra túnica servil por el manto de ciudadanos?[116]

EL LACEDEMONIO.

No he visto mujer más hermosa.

EL ATENIENSE.

Yo tampoco.

LISÍSTRATA.

Debiéndoos mutuamente tantos y tan preclaros beneficios, ¿por qué os hacéis la guerra, y no desistís de vuestros rencores? ¿Por qué no os reconciliáis? Decid: ¿quién os lo impide?

EL LACEDEMONIO.

Nosotros ya queremos, si se nos devuelve nuestro baluarte.

LISÍSTRATA.

¿Cuál?, amigo.

EL LACEDEMONIO.

Pilos, que reclamamos y apetecemos hace tiempo.

EL ATENIENSE.

¡Por Neptuno! Nunca lo conseguiréis.

LISÍSTRATA.

Cedédselo, amigos míos.

EL ATENIENSE.

Entonces, ¿dónde promoveremos alborotos?

LISÍSTRATA.

Exigid otra plaza en cambio.

EL ATENIENSE.

Bueno, dadnos Equinonte, el golfo Maliense que la baña, y los muros de Mégara, parecidos a dos piernas.

EL LACEDEMONIO.

No, querido mío, no todo eso.

LISÍSTRATA.

Convenios, no disputéis por dos piernas.

EL ATENIENSE.

Yo estoy deseando desnudarme, y arar mis tierras.

EL LACEDEMONIO.

Y yo abonarlas primero.[117]

LISÍSTRATA.

En cuanto se ajuste la paz haréis todo eso. Si la deseáis, deliberad sobre el asunto, y partid a comunicar vuestra resolución a los aliados.

EL ATENIENSE.

¿A qué aliados, amiga mía? Nuestra situación es insostenible. ¿Crees que a nuestros aliados no les pasará lo mismo?

EL LACEDEMONIO.

A los míos, sí.

EL ATENIENSE.

Pues no digo nada a los caristios.[118]

LISÍSTRATA.

Perfectamente. Ahora purificaos para que las mujeres os recibamos en la ciudadela, y vaciemos en obsequio vuestro nuestras cestas. Juraos mutua fidelidad; después cada uno recobrará su esposa, y se marchará con ella.

EL ATENIENSE.

Vamos aprisa.

EL LACEDEMONIO.

Llévame adonde quieras.

EL ATENIENSE.

Sí, sí, volando.

* * *

CORO DE MUJERES.

Tapices bordados, túnicas preciosas, vestidos rozagantes, vasos de oro, todo cuanto tengo os lo ofrezco de buena voluntad para que lo lleven vuestros hijos, o vuestra hija, si llega a ser canéfora. A todos os digo que dispongáis de mis riquezas y cojáis en mi casa cuanto os agrade: de todo, por bien sellado que se encuentre, podéis apoderaros rompiendo su cerradura. Mas por mucho que miréis no veréis nada, a menos de que vuestros ojos sean más perspicaces que los míos. El que no tenga comida para sus esclavos o numerosa prole, encontrará en mi casa trigo molido y un enorme pan de un quénice. Todos los pobres pueden acudir a mí con sacos y alforjas para recibir granos. Manes, mi esclavo, se lo dará. Sin embargo, que nadie se acerque a mi puerta; cuidado con el perro.

* * *

UN CURIOSO.

Abre la puerta.

UN CRIADO.

Retírate. ¿Qué hacéis vosotros ahí? ¿Queréis que os abrase con esta lámpara? ¡Qué gente tan molesta!

EL CURIOSO.

No me retiraré.

EL CRIADO.

Bueno, ya que os empeñáis, nos aguantaremos aquí.

EL CURIOSO.

Y nosotros nos aguantaremos contigo.

EL CRIADO.

¡Ah! ¿No os vais? Vuestros cabellos lo pagarán, y después pondréis el grito en el cielo. ¿No os vais para que los lacedemonios se marchen en paz después del festín?

* * *

EL ATENIENSE.

Nunca he visto un banquete semejante. Los lacedemonios estaban encantadores; y nosotros, después de beber, discretísimos.

CORO DE VIEJOS.

Tienes razón, porque en ayunas desvariamos. Por lo cual, si los atenienses me creyesen, deberíamos de ir siempre beodos a todas las embajadas. ¿Entramos sin beber en Lacedemonia? Pues ya solo buscamos motivos de discordia: no oímos lo que se nos dice: lo que no se nos dice nos inspira sospechas; y al dar cuenta de lo ocurrido desnaturalizamos los hechos. Pero hoy estábamos de tan buen talante que, si hubiesen cantado el escolio de Telamón[119] en vez del de Clitágora, hubiéramos aplaudido, dispuestos al perjurio.

EL CRIADO.

¿Ya vuelven otra vez? Largo de aquí, grandísimos desollados.

EL CURIOSO.

Por fin salen los convidados.

* * *

EL LACEDEMONIO.

Queridísimo amigo, coge las flautas para que yo baile y cante en honor de los atenienses y de nosotros mismos.

EL ATENIENSE.

Sí, coge las flautas, por todos los dioses; nada me divertirá tanto como el verte bailar.

CORO DE LACEDEMONIOS.

Inspira, oh Mnemósine,[120] a estos jóvenes y a mi Musa, sabedora de nuestras ilustres hazañas y de las de los atenienses, que junto a Artemisio[121] con ímpetu de dioses se lanzaron sobre los bajeles enemigos y derrotaron a los Medas. Leónidas nos llevaba como jabalíes que han aguzado sus colmillos; copiosa espuma cubría nuestros labios, y corría por todo nuestro cuerpo. Porque los persas eran numerosos como las arenas del mar. ¡Cazadora Diana, señora de las selvas, virgen celestial, ven y patrocina nuestra alianza! ¡Que en adelante nos ligue una amistad fraternal, jamás rota por la perfidia! ¡Senos propicia, doncella cazadora!

LISÍSTRATA.

Ea, ya que todo lo demás ha terminado tan felizmente, lacedemonios, llevaos vuestras mujeres; y vosotros, atenienses, las vuestras; que el esposo esté junto a su esposa y la esposa junto a su esposo; y en celebridad de tan feliz suceso, dancemos en honor de los dioses y evitemos las reincidencias.

CORO DE ATENIENSES.

¡Que se presente el coro! ¡Que aparezcan las Gracias! Invocad a Diana, invocad a su hermano, al benéfico Peán, director de las danzas; invocad al dios de Nisa,[122] cuyos ojos centellean al fijarse en las Ménades; invocad a Júpiter, el de coruscante rayo, a su veneranda esposa y a todas las deidades, eternos testigos de esta paz ajustada bajo los auspicios de Venus. ¡Io! ¡Io! Peán ¡Bailad! ¡Io! ¡Io! Saltad como para celebrar una victoria. ¡Evoé! ¡Evoé! Lacedemonio, entona un nuevo canto.

CORO DE LACEDEMONIOS.

Desciende otra vez del amable Taigeto, Musa lacedemonia, y ven a celebrar conmigo al Amicleo[123] Apolo, a Minerva Calcieca[124] y a los fuertes Tindáridas[125] que se ejercitan en la margen del Eurotas.[126]

¡Oh!, ven, tiende hacia mí tu rápido vuelo, y cantemos a Esparta, amante de los sagrados coros y gallardas danzas que junto al Eurotas ejecutan sus doncellas, saltando con la agilidad de jóvenes corceles, hiriendo el suelo con ligero pie, y, a modo de tirsíferas bacantes, soltando al viento la destrenzada cabellera. La casta hija de Leda[127] las precede radiante de hermosura. Ea, sujeta con una cinta tus flotantes cabellos y salta como ligera cierva; arranca esos aplausos que animan los coros, y celebra a Palas, la más fuerte y guerrera de las diosas.

FIN DE LISÍSTRATA.

* * *

Notas

1. Así lo indica el Anónimo autor de su prefacio: ἐκλήθη Λυσιστράτη παρὰ τὸ λῦσαι τὸν στρατόν.

2. Lisístrata se queja (v. 104) de que su marido hace siete meses que está de guarnición en Pilos, que fue recobrado por los lacedemonios el año 23 de la guerra; habla después de la defección de los milesios (v. 108), que tuvo lugar al principio del año vigésimo de la guerra. La alusión a desastres recientes (v. 586) solo puede referirse a los de Sicilia, y la libertad con que habla de Pisandro hace suponer que estaba ya abolido el gobierno oligárquico de los Cuatrocientos, que cayeron en el año 21 de la guerra (Véase Tucídides, VIII).

3. Las divinidades citadas por Lisístrata eran todas favorables a la crápula y la disolución. Para explicar el sobrenombre de *Colíade*, dado a Venus, el Escoliasta cuenta la siguiente tradición. Unos bandidos se apoderaron de un joven ateniense, y le ataron todos los

miembros (κωλῆ), pero le libertó la hija del capitán de la banda. En recuerdo de esta prueba de amor, el joven edificó un templo y lo dedicó a Venus, que se llamó *Coliade*, del nombre de los miembros desatados. Sobre la advocación de *Genetílide* véase *Las Nubes*, nota al verso 52.

4. Ya hemos visto lo estimadas que eran las del lago Copáis.

5. Especie de túnica que no se sujetaba con ceñidor.

6. Especie de calzado.

7. Para pasar de Salamina al Ática, de la cual estaba separada por un canal de poca anchura. Hay en el texto uno de los equívocos indecentes de que está plagada la comedia.

8. Sin duda, porque habiendo sido su país muy castigado por la guerra, debían de ser más solícitas en procurarse la paz.

9. Teógenes era un hombre rico y supersticioso, que no emprendía nada sin consultar a una estatua de Hécate, diosa, según la creencia vulgar, de los honores y la buena fortuna. Su mujer era natural que siguiese sus prácticas.

10. Aldea del Ática.

11. Lámpito era hija de Leotíquides, mujer de Arquidamo, y madre de Agis, los tres reyes de Lacedemonia.

12. Juramento ordinario de los Espartanos. Todo lo que dicen Lámpito y las demás lacedemonias está en dialecto dórico.

13. En una especie de danza llamada *bibasis*. Alusión a los ejercicios gimnásticos que los jóvenes de ambos sexos hacían en Esparta.

14. Para ver si están gordas.

15. El poleo crecía espontáneamente y con mucha abundancia en Beocia. La frase alude a una costumbre del tocador griego.

16. Célebre por sus muchas y bellas cortesanas, que se hacían pagar muy caros sus favores; de donde vino el proverbio: *No todos pueden ir a Corinto*.

17. General ateniense, cuya lealtad a la república era sospechosa. Parece que las tropas de Atenas estaban, cuando se representó la Lisístrata, vigilando a los pueblos de la Tracia, y no muy seguros de su general Éucrates.

18. En la Noticia preliminar a *Los Caballeros* vimos que los atenienses se habían apoderado de esta plaza fuerte de los lacedemonios: estos no consiguieron recobrarla hasta dos años después de la representación de la Lisístrata, o sea en el 22 de la guerra del Peloponeso.

19. Lit: *Sed nec mœchi relicta est scintilla. Ex quo enim nos prodiderunt Milesii, ne olisbum quidem vidi octo digitos longum qui nobis esset coriaceum auxilium.* El Reverendo P. Lobineau hizo, según M. Artaud, un sabio comentario sobre tan resbaladiza materia. La defección de los milesios, por consejo de Alcibíades, tuvo lugar el año vigésimo de la guerra (Véase Tuc., VIII, 17).

20. Aristófanes echa en cara a menudo a las mujeres su afición a la bebida.

21. En el *Banquete* de Platón, usa nuestro poeta la misma comparación, al desenvolver su peregrina teoría sobre la belleza y el amor.

22. Monte de la Laconia.

23. Lit: *Abstinendum est a pene*. La proposición de Lisístrata produce malísimo efecto en su auditorio.

24. Lit: «No somos más que Neptuno y barca.» Expresión proverbial, cuyo equivalente es el indicado en el texto.

25. Amorgos era una de las Cícladas, entre Naxos y Cos. Se fabricaban en ella telas finísimas, casi transparentes, y de gran precio. Algunos suponen que estas telas se llamaban así, o a causa de su color, o por la planta de que estaban hechas. (V. Suidas, *Etym. magn.*; Pollux, VII, 16.)

26. Siempre que se trata del amor, usa Aristófanes expresiones de una obscenidad intraducibie, aunque muy gráficas.

27. Alusión a la *Andrómaca* de Eurípides, v. 620.

28. Este proverbio se aplicaba a los que se toman un trabajo inútil. *Intelligit femina penem coriaceum de quo supra*. Ferécrates era un poeta cómico contemporáneo de Aristófanes que citó ese proverbio en alguna de sus piezas.

29. En él había de reserva mil talentos. El templo de Minerva estaba en la ciudadela.

30. Los alguaciles y arqueros de Atenas eran casi todos escitas; y Lisístrata quiere conformarse con la costumbre.

31. Alusión a *Los Siete contra Tebas*, donde los jefes prestan un juramento en la forma indicada por Lisístrata.

32. *Mentulam innuit, ex aliqua venerea statura quæ equestris dicitur.*

33. Parodia de Esquilo.

34. Para jurar se ponía la mano sobre la víctima; costumbre que se ha conservado.

35. Dice esto echando vino en la copa.

36. Esta circunstancia era de buen agüero en los sacrificios.

37. La primera que jurase debía beber también la primera.

38. En los festines parece que se echaban suertes para fijar el orden en que habían de beber los convidados.

39. *Maligne ei præbebo et motus non addam.*

40. Hemos eliminado la traducción de dos versos cuya versión latina es: *Non tollam calceos sursum ad lacunar. Non conquiniscam instar leœnæ in cultri manubrio.*

41. Acuden a los gritos de las mujeres cargados de haces de leña para incendiar las puertas de la ciudadela y quemar a las invasoras. Estas se aprestan a una resistencia enérgica.

42. Se cree que sea Lisístrata. Licón era un demagogo que entregó Naupacto a los enemigos. Los demás nombres de esta primera parte del coro son de pura invención.

43. Rey de Lacedemonia, que un siglo antes de la representación de la *Lisístrata* consiguió apoderarse de la ciudadela. Tuvo que capitular. (V. Herod., V, 62.)

44. Distrito del Ática, llamado así porque lo formaban cuatro aldeas: Maratón, Enoe, Probalnito y Tricoriso.

45. Las mujeres de Lemnos asesinaron en cierta ocasión a sus maridos: más tarde, los habitantes de aquella isla, para vengarse de los atenienses que les habían injuriado, les arrebataron muchas de sus mujeres y mataron los hijos que nacieron de este concubinato. Todo esto hacía que los isleños de Lemnos tuviesen malísima reputación, formándose como expresión de esta idea la frase Κακὸν λήμνιον, *peste de Lemnos*, para indicar las cosas peores.

46. Es decir, partidario de la democracia, cuyo gobierno acababa de establecerse en Samos. (V. Tuc., VIII.)

47. Distinto del primero, y compuesto de mujeres que acuden con cántaros de agua en auxilio de sus compañeras.

48. Otras ediciones ponen estas palabras en boca de Estratilis.

49. Alusión a un verso en que Hipponax amenazaba a Búpalo. Este Búpalo era un escultor célebre, que representó a Hipponax con toda su deformidad natural, por lo cual el poeta escribió contra él tan violenta sátira, que el escultor se ahorcó desesperado.

50. *Et nunquam alia canis testiculis te prehendet*; dando a entender, *quia ego tibi prius avellam*.

51. Lit.: *Aqueloo*, nombre de un río.

52. En griego Πρόβουλος. Las atribuciones de estos magistrados no están bien definidas: unos creen que eran una especie de jefes de policía; otros que su misión se reducía a preparar los asuntos que habían de discutirse en el Senado; y otros, en fin, opinan que era un cargo extraordinario creado en épocas críticas, como en tiempo de la invasión de Jerjes y después de las derrotas en Sicilia.

53. Fiestas en honor de Adonis que duraban dos días y eran celebradas solo por las mujeres. En el primero lamentaban su muerte dando gritos sobre los terrados de las casas; y en el segundo, se regocijaban como si hubiese vuelto a la vida.

54. Este orador, enemigo de Nicias, sostuvo la conveniencia de la expedición de Sicilia, en que murió aquel general. Aristófanes venga la muerte de su amigo.

55. Parodia del apodo *Buciges* (*buey de tiro*), que tenía Demóstrato. Le llama *Colociges* por su locura, fatal a Atenas (χόλος, *locura furiosa*).

56. *Qui penem habet haud quaquam puerile.*

57. De la ciudadela, donde se guardaba el dinero del Estado.

58. Hija de Cécrope, por la cual juraban las atenienses.

59. *Mox cacabis calcatus.*

60. Para curarse las heridas.

61. La legión femenina da una buena soba a los arqueros.

62. Véanse *La Paz*, ; *Las Aves*, 1556, nota.

63. Las últimas palabras se las dirige Héctor a Andrómaca en la *Ilíada*, VI.

64. Es decir, en juzgar. (V. *Los Caballeros*, 41.)

65. Venus.

66. *Si viris tentiginem jucundam ingeneraverint, ut quasi baculos penes erigant...*

67. Nombre que significa: *las terminadoras de la guerra*.

68. Jefe de caballería de una tribu.

69. Tereo reinó en Tracia.

70. Alusión a la reciente derrota de Sicilia.

71. Para averiguar cuándo le llegará el turno.

72. Para ofrecerla al Cerbero, según el rito funerario.

73. Barquero del infierno.

74. Era costumbre exponer los cadáveres delante de la casa.

75. Verso tomado del escolio de Harmodio. Todo este coro tiende a ridiculizar la suspicacia ateniense, a la cual todo se le antojaban maquinaciones para restablecer la tiranía.

76. Amenaza dirigida a los viejos.

77. Lit.: *fui osa en las Brauronias*. Véase la nota al verso 874 de *La Paz*.

78. Las canéforas, jóvenes de familias distinguidas que llevaban los canastillos en las procesiones, solían llevar un collar de higos.

79. En tiempo de las guerras médicas cada ciudadano contribuyó según sus medios, formándose de esta manera un gran fondo de reserva.

80. Reina de Caria: acompañó a Jerjes en su expedición contra Grecia e hizo prodigios de valor. (Véase Heródoto, VII, 99.)

81. El cuadro del combate de las Amazonas y Teseo estaba en el Pecilo.

82. Estando interrumpido el comercio con Beocia por la guerra, no venían al mercado ateniense sus exquisitas anguilas.

83. Parodia del *Telefo* de Eurípides.

84. Que estaba al norte de la ciudadela.

85. Hombre de mala conducta.

86. Lit.: *anfidromia*, ceremonia que consistía en dar vueltas alrededor del altar con el niño,

al quinto día de su nacimiento.

87. Creían los atenienses que una gran serpiente o dragón estaba encargado de guardar el templo y la Acrópolis.

88. Las lechuzas abundaban muchísimo en Atenas.

89. Jenofonte (*Cinegética*, I) cita un Melanión que consiguió la mano de Atalanta como premio a sus esfuerzos en la caza. Pero la fábula cantada por el coro hace sospechar que no se refiere al mismo.

90. *Mirónides* era un general que ganó la batalla de Enófito (Tuc., I, 108). — Sobre *Formión* véase la nota al verso 562 de *Los Caballeros*.

91. Llamado el Misántropo. Llevó su aborrecimiento a los hombres al extremo de que habiéndose roto una pierna dejó que se le gangrenase la herida y murió, por no querer llamar a un médico.

92. *Cunnum ostendes.*

93. El templo de Ceres Cloe (*Protectora de los trigos verdes*) estaba próximo a la Acrópolis.

94. Es decir, el juramento que sobre la copa prestó.

95. ¡*Quanta discrucior convulsione et tentigene*!

96. *Maman* era el nombre familiar con que los niños llamaban a sus madres.

97. *De pene loquitur tamquam de puella recenti partu edita, cui nutrice opus sit.*

98. Filóstrato. Véase *Los Caballeros*, 1069.

99. *Deinde in mentulam incidat, et infigatur.*

100. Lit.: un *Conísalo*, especie de sátiro. El nombre con que le sustituimos excusa una nota sobre la forma de presentarse el heraldo.

101. *Sed arrigis, o impurissime.*

102. La *Escítala* era un bastón cilíndrico y prolongado que los lacedemonios entregaban a cada general que partía a la guerra. En Lacedemonia quedaba otro idéntico, y cuando querían enviar un despacho secreto rollaban una correa al bastón y escribían a lo largo; después la desenrollaban, de suerte que lo escrito solo podía ser entendido por el general que volvía a colocar la correa en torno de su *escítala*.

103. Nombre de una ciudad de Acaya y de una cortesana.

104. Dios de la lascivia.

105. Demo del Ática, rodeado de bosques y pantanos. Sus mosquitos, a lo que parece, eran de marca mayor.

106. Nueva alusión a las derrotas en Sicilia y a la de Eritrea (Véase Tucídides, VIII, 95).

107. Habitantes de Caristio en Eubea, que tenían fama de malas costumbres.

108. Llamado en *Los Acarnienses* (885) «Oprobio de los colargienses.» Su nombre, como el de Lisístrata, significa: «Terminador de la guerra.»

109. Lit.: *Convención, tratado* Διαλλαγή, personificada como *Opora, Teoría*, etc.

110. Cuando el negocio de Pilos, principalmente.

111. Mentula prehensum duc.

112. Véase Tucídides, I, 102.

113. El traje militar de los lacedemonios era de color de púrpura.

114. Se refiere a un terremoto y a una sublevación de los *Mesenios* e Hilotas. (Véase Tucídides, *id.*)

115. Ὁ πρωκτός.

116. Hipias, hijo de Pisístrato, mandó a una multitud de atenienses desocupados a cultivar las tierras, obligándoles a vestirse la túnica corta de los esclavos, para que la vergüenza les impidiera volver a la ciudad.

117. Hay muchos equívocos en el texto.

118. Alusión a sus disolutas costumbres.

119. Canción guerrera, inoportuna en un banquete para solemnizar la paz.

120. Madre de las Musas.

121. Promontorio de Eubea junto al cual los atenienses derrotaron a Jerjes.

122. Baco.

123. Sobrenombre de Apolo, por el magnífico templo que le consagró Amiclas, hijo de Lacedemón, en la orilla derecha del Eurotas, cerca de Esparta.

124. Sobrenombre tomado del templo con puertas de bronce (χαλκός) que Minerva tenía en Eubea.

125. Cástor y Pólux.

126. Río que pasaba por Esparta.

127. Diana, y no Helena; pues esta ni fue diosa ni casta.

Notas

* * *

Al plantar los perales y manzanos,
Grabé tu amado nombre en la corteza,
Crecen ellos, se cubren de inscripciones,
Y con ellos mi amor crece y se aumenta.

Obtrunco gallum, furem manifestarium,
Credo ædepol illi mercedem gallo pollicitos coquos,
Si id palam fecisset.
(Aulularia; III, 4, 10.)

Il fit couper la tête à son coq, de colère,
Pour l'avoir éveillé plus tard qu'à l'ordinaire.
Il disait qu'un plaideur dont l'affaire allait mal,
Avait graissé la patte à ce pauvre animal.
(Les Plaideurs, Acto I, esc. 1.ª)

Μέλας γενοίμαν καπνός.
6000 jueces, a tres óbolos al día, hacen:

540.000

óbolos

al mes.

Valiendo seis óbolos cada dracma, son:

90.000

dracmas,

id.

Valiendo 100 dracmas cada mina son:

900

minas,

id.

Valiendo 60 minas cada talento son:

15

talentos,

id.

De suerte que cada año de 10 meses, porque los otros dos estaban cerrados los tribunales, el sueldo de los jueces asciende a:

150

talentos.

Si pour vous, sans juger, la vie est un supplice,
Si vous êtes pressé de rendre la justice,
Il ne faut point sortir pour cela de chez vous:
Exercez le talent, et jugez parmi nous.

Callidum, quidquid placuit, jocoso
condere furto.

Un asno oyó cantar a las cigarras,
Y de su bella voz quedó prendado.
—¿El qué coméis, les preguntó envidioso,
Para sacar tan agradable canto?
—Solo rocío, contestaron ellas.
Y el asno con artístico entusiasmo,
—Solo rocío comeré, se dijo.
Y al cabo de ocho días le enterraron.

* * *

* * *

Tomo III

Las fiestas de Ceres y Proserpina

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Ya en *Los Acarnienses* habíase burlado ingeniosamente Aristófanes de las innovaciones dramáticas de Eurípides, criticando el falso patético que trataba de obtener presentando a sus héroes cojos o reducidos a la mendicidad. En *Las fiestas de Ceres* y en *Las Ranas* le veremos nuevamente encarnizarse con su enemigo, sacando a luz todos sus defectos y dando la voz de alerta a sus contemporáneos sobre las peligrosas teorías artísticas y morales que en sus tragedias abundaban. No puede desconocerse, pues de otro modo no se comprendería la virulencia y ensañamiento con que Aristófanes le ataca, que entre ambos poetas debía de haber motivos de resentimiento personal; pero hay también que hacer justicia a la buena fe de nuestro poeta, y confesar que cuando sus censuras se limitan al sistema dramático y moral de Eurípides, no deja por lo común de tener razón. Dejando para el preliminar de *Las Ranas* el estudio de los defectos

literarios del émulo de Sófocles y Esquilo, nos limitaremos a decir aquí que, en *Las fiestas de Ceres*, Aristófanes ataca principalmente a Eurípides bajo el punto de vista de su célebre misoginia o aborrecimiento de la mujer.

Aunque no faltan autores que sinceran a Eurípides de este cargo, explicando sus injurias al sexo bello por la situación de los personajes, y contraponiendo a sus Medeas, Fedras y Estenebeas, las Ifigenias y Alcestes, tipos acabados de candor y sacrificio conyugal; lo cierto es que hasta la tradición, apoyada sin duda en datos de verdad, viene a corroborar la fama de misógino que tenía entre sus contemporáneos. Una leyenda suponía, en efecto, que este poeta, como en otro tiempo Orfeo en Tracia, había muerto en Macedonia a manos de las mujeres irritadas por los ultrajes dirigidos a su sexo.

Las *Tesmoforiazusas* (Θεσμοφοριάζουσαι), pues este es el título de la comedia, reunidas con motivo de celebrarse las fiestas de Ceres y Proserpina, a las que ellas solo tenían derecho a asistir, tratan de aprovechar esta ocasión para decretar contra su enemigo un castigo ejemplar. Eurípides, sabedor de lo que pasa y queriendo conjurar la tormenta, suplica a su amigo Agatón que, a favor de su aspecto mujeril, se introduzca en la asamblea femenina y trate de apartarlas de su propósito. Ante la negativa de Agatón, Mnesíloco, suegro de Eurípides, se decide a prestarle este servicio y acude al sitio de la fiesta. Pero al defender a su yerno déjase arrastrar imprudentemente por su pasión, y vomita contra el sexo bello las más espantosas injurias. Hácese sospechoso con esto, y cuando Antístenes llega a toda prisa anunciando que un hombre se ha introducido en el Tesmoforion disfrazado de mujer, todas las miradas caen sobre Mnesíloco, que es sometido inmediatamente a un reconocimiento riguroso.

Descubierto el sacrílego fraude, es condenado a morir atado a un poste, bajo la vigilancia de un escita.

Eurípides acude en su socorro, ora fingiéndose Menelao, ora Perseo, ora la ninfa Eco, pero todos sus esfuerzos son inútiles, hasta que, después de hacer las paces con las mujeres mediante la condición de no hablar mal de ellas, consigue evadirse con el infeliz Mnesíloco, burlando al arquero que le guardaba, con una estratagema de mala ley.

Respecto al mérito literario de esta comedia, es de notar que en ninguna otra de Aristófanes se encuentra un plan tan bien trazado y seguido, ni tampoco más viveza y animación. Abundan en ella parodias de muchos pasajes de Eurípides cuya gracia se ha perdido para nosotros; y, lo que es peor, la afean a cada momento indecencias y obscenidades reveladoras de tan repugnantes vicios, que hemos tenido que dejarlas en griego, por no atrevernos a presentarlas ni aun bajo el velo del latín.

Las fiestas de Ceres, según se deduce de varios pasajes de las mismas,[1] debieron representarse el año 412 antes de Jesucristo, sin que tuvieran al parecer favorable acogida. Aristófanes las retocó; pero la nueva edición tuvo tan poca fortuna como la primera.[2]

* * *

PERSONAJES.

* * *

Mnesíloco, suegro de Eurípides.

Eurípides.

Un Criado de Agatón.

Agatón.

Coro de Agatón.

Un Heraldo.

Coro de Mujeres, celebrando las fiestas
de Ceres y Proserpina.

Varias Mujeres.

Clístenes.

Un Pritáneo.

Un Escita, arquero.

* * *

La acción pasa primero delante de la casa de Agatón,
y luego junto al templo de Ceres.

* * *

LAS FIESTAS DE CERES Y PROSERPINA.

* * *

MNESÍLOCO.

¡Oh Júpiter! ¿Cuándo aparecerá la golondrina?[3] Este hombre va a acabar conmigo haciéndome correr desde el amanecer. ¿Podré, antes de que mi bazo[4] estalle, saber adónde me conduces, Eurípides?

EURÍPIDES.

No debes oír lo que pronto has de ver.[5]

MNESÍLOCO.

¿Cómo dices? Repítelo. ¿No debo de oír...?

EURÍPIDES.

Lo que pronto vas a ver...

MNESÍLOCO.

¿Tampoco deberé ver...?

EURÍPIDES.

No, lo que luego has de oír.

MNESÍLOCO.

¿Qué es lo que me aconsejas? Confieso, sin embargo, que hablas muy bien. ¿Dices que no debo oír ni ver?

EURÍPIDES.

Esas dos funciones son en efecto distintas; una cosa es no ver, y otra no oír; tenlo entendido.

MNESÍLOCO.

¿Cómo distintas?

EURÍPIDES.

Escucha. Cuando el Éter principió a separarse del Caos y engendró los animales que en su seno se agitaban, con objeto de que viesen, les hizo primero los ojos redondos como el disco del sol, y después les abrió los oídos en forma de embudo.

MNESÍLOCO.

¿Y por causa del embudo, ni oigo ni veo? ¡Cuánto me alegro de haber aprendido estas cosas! ¡Qué bueno es conversar con los sabios!

EURÍPIDES.

Yo puedo enseñarte otras muchas parecidas.

MNESÍLOCO.

¡Ojalá entre ellas me enseñaras el modo de quitarme la cojera![6]

EURÍPIDES.

Acércate y atiende.

MNESÍLOCO.

Heme aquí.

EURÍPIDES.

¿Ves esa puertecita?

MNESÍLOCO.

Sin duda; digo, creo verla.

EURÍPIDES.

Calla.

MNESÍLOCO.

¿Qué calle yo la puerta?

EURÍPIDES.

Escucha.

MNESÍLOCO.

¿Qué yo escuche y calle la puerta?

EURÍPIDES.

Agatón,[7] famoso poeta trágico, vive ahí.

MNESÍLOCO.

¿Qué Agatón es ese?

EURÍPIDES.

Es un cierto Agatón...

MNESÍLOCO.

Moreno y robusto, ¿verdad?

EURÍPIDES.

No, es otro; ¿no lo has visto nunca?

MNESÍLOCO.

¿Tiene una gran barba?

EURÍPIDES.

¿Pero no lo has visto nunca?

MNESÍLOCO.

No, que yo sepa.

EURÍPIDES.

Pues estuviste con él,[8] aunque quizá sin conocerlo. Pero apartémonos, porque sale uno de sus criados, trayendo fuego y ramas de mirto: sin duda va a ofrecer un sacrificio para el buen éxito de sus poesías.

* * *

EL CRIADO.

Guarda, oh pueblo, un silencio religioso; cierra tu boca; el coro sagrado de las Musas entona sus himnos en la morada de mi señor.[9] Refrene el Éter apacible el soplo de los vientos: cese el rumor de las cerúleas ondas...

MNESÍLOCO.

Bombax.[10]

EL CRIADO.

Duerma la gente alada; párese el correr de las feroces alimañas en las selvas...

MNESÍLOCO.

Bómbalo bombax.

EL CRIADO.

Porque Agatón nuestro amo, el poeta de armoniosa lira, se prepara...

MNESÍLOCO.

¿A prostituirse?[11]

EL CRIADO.

¿Quién ha hablado?

MNESÍLOCO.

El Éter apacible.

EL CRIADO.

A colocar el armazón de un drama; para lo cual redondea nuevas formas poéticas, tornea unos versos, suelda otros, forja sentencias, inventa metáforas, funde, modela y vierte en el molde el asunto, que en sus manos es como blanda cera.

MNESÍLOCO.

Y se dispone a una infamia.[12]

EL CRIADO.

¿Qué patán se aproxima a este recinto?

MNESÍLOCO.

Uno que para perforar tu recinto y el del poeta de armoniosa lira, trae un excelente instrumento.[13]

EL CRIADO.

Anciano, en tu juventud debiste ser muy insolente.

EURÍPIDES.

(*A Mnesíloco.*) Vamos, déjale en paz. — (*Al criado.*) Y tú, vete a llamar a Agatón sin perder un instante.

EL CRIADO.

No hay necesidad; mi amo vendrá muy pronto, porque ha principiado a componer versos, y en el invierno no es fácil redondear las estrofas sin salir a tomar el sol.[14]

(*Vase.*)

MNESÍLOCO.

Y yo, ¿qué haré?

EURÍPIDES.

Espera; ya sale. ¡Oh Júpiter! ¿Qué suerte me reservas hoy?

MNESÍLOCO.

Por los dioses, quiero saber lo que te pasa. ¿Por qué gimes? ¿Por qué te lamentas? Siendo mi yerno, no debes tener secretos para mí.

EURÍPIDES.

Me amenaza una gran desgracia.

MNESÍLOCO.

¿Cuál?

EURÍPIDES.

Hoy se decidirá si Eurípides ha de vivir o morir.

MNESÍLOCO.

¿Cómo es posible, no habiendo hoy sesión en los tribunales ni en el Senado, por ser el tercer día de la fiesta, el día del medio de las Tesmoforias?[15]

EURÍPIDES.

Precisamente eso es lo que me hace presentir mi perdición. Las mujeres se han conjurado contra mí, y están reunidas en el templo de las dos diosas[16] para tratar de mi muerte.

MNESÍLOCO.

¿Por qué motivo?

EURÍPIDES.

Porque las injurio en mis tragedias.

MNESÍLOCO.

Por Neptuno, se les está muy bien empleado. ¿Y cómo podrás evitar el golpe?

EURÍPIDES.

Si consigo que el poeta trágico Agatón se presente en la fiesta.

MNESÍLOCO.

¿Para qué? Dime.

EURÍPIDES.

Para que asista a la reunión de las mujeres, y me defienda si hay necesidad.

MNESÍLOCO.

¿Franca o disimuladamente?

EURÍPIDES.

Disimuladamente, disfrazado de mujer.

MNESÍLOCO.

Excelente idea y muy propia de ti. Tratándose de astucias, el triunfo es nuestro.

EURÍPIDES.

Calla.

MNESÍLOCO.

¿Pues?

EURÍPIDES.

Sale Agatón.

MNESÍLOCO.

¿Dónde está?

EURÍPIDES.

Míralo: lo traen por tramoya.[17]

MNESÍLOCO.

Sin duda estoy ciego; no veo ningún hombre; solo veo a Cirene.[18]

EURÍPIDES.

Silencio; ya se prepara a cantar.

MNESÍLOCO.

¿Va a entonar una marcha de hormigas?[19]

* * *

AGATÓN.[20]

Doncellas, recibid la sagrada antorcha,[21] y festejad con danzas y alaridos a las diosas infernales y a vuestra libre patria.

CORO DE AGATÓN.[22]

¿De qué deidad se celebra hoy la fiesta? Pronto estoy siempre a adorar a los dioses.

AGATÓN.

Canta, oh Musa, a Febo, el del arco de oro, que levantó los muros de la ciudad del Simois.[23]

CORO.

¡Salve, Febo; para ti mis himnos mejores, pues tú llevas la palma en el sacro certamen de las Musas!

AGATÓN.

Ensalzad a Diana, la virgen cazadora, errabunda por montañas y

bosques.

CORO.

Celebremos a porfía, y ensalcemos a la casta Diana, augusta hija de Latona.

AGATÓN.

Y a Latona y a la cítara asiática, imitando el ritmo y el cadencioso compás de las Gracias de Frigia.[24]

CORO.

Celebremos a la augusta Latona, y a la cítara madre de los himnos, para que nuestros acentos varoniles hagan con fulgor repentino brillar los ojos de la adorable diosa. ¡Ensalcemos al poderoso Apolo! ¡Salve, hijo feliz de la augusta Latona!

MNESÍLOCO.

¡Venerandas Genetílides,[25] qué dulce y voluptuosa melodía! ¡Los besos son menos tiernos y lascivos! ¡Todo mi cuerpo se ha estremecido de placer![26] Escucha, muchacho, quienquiera que seas, pues voy a interrogarte con las palabras de Esquilo en su *Licurgo*.[27] ¿De dónde ha salido ese hombre afeminado? ¿Cuál es su patria y su traje? ¡Qué contradicciones! ¡Una cítara y una túnica azafranada! ¡Una lira y un tocado de mujer! ¡Un frasco de gimnasia y un ceñidor! ¿Hay cosas más opuestas? ¡Un espejo y una espada! Tú mismo, jovenzuelo, ¿qué eres? ¿Eres hombre? Entonces ¿dónde están las pruebas de tu virilidad,[28] y el manto y el calzado propios de este sexo? ¿Eres mujer? Entonces ¿dónde está el pecho levantado? ¿Qué dices? ¿Por qué callas? Sea como quieras, pero te advierto que por la voz te conoceré en seguida.

AGATÓN.

¡Anciano! ¡Anciano! He oído el silbido de la envidia, sin sentir el dolor de sus mordeduras. Yo llevo un traje en consonancia con mis pensamientos. Pues un poeta debe tener costumbres análogas a los dramas que compone. Si el asunto de sus tragedias son las mujeres, su persona debe imitar la vida y el porte mujeril.

MNESÍLOCO.

¿De suerte que al componer la *Fedra* montarás a caballo?[29]

AGATÓN.

Si los asuntos son varoniles, ya tiene en su cuerpo todo lo necesario. Pero lo que no tenemos por naturaleza, preciso es adquirirlo por la imitación.

MNESÍLOCO.

Por consiguiente, cuando escribas dramas satíricos,[30] llámame y yo me pondré detrás de ti en la actitud requerida.[31]

AGATÓN.

Además parecerá muy mal un poeta grosero y velludo. Íbico,[32] Anacreonte de Teos y Alceo, tan hábiles en la armonía, llevaban mitras y bailaban las voluptuosas danzas de la Jonia;[33] el mismo Frínico,[34] de quien has oído hablar, unía a su propia hermosura la de sus vestidos; así es que en sus dramas todo era hermoso. Cada cual imprime a sus obras su propio carácter.

MNESÍLOCO.

Por eso Filocles,[35] que es feo, compone obras feas; Jenocles,[36] que es malo, malas; y Teognis,[37] que es frío, frías.

AGATÓN.

Es de absoluta necesidad. Y sabiéndolo yo, he cuidado de mi persona.

MNESÍLOCO.

¿Cómo, por los dioses?

EURÍPIDES.

Cesa de ladrar. Yo era lo mismo cuando a la edad de ese principié a escribir.

MNESÍLOCO.

¡Vaya unos modales, amigo!

EURÍPIDES.

Pero déjame decir a lo que he venido.

AGATÓN.

Habla.

EURÍPIDES.

Agatón, «es de hombres sabios el decir muchas cosas en pocas palabras. Herido por una desgracia nueva, vengo a suplicarte.»[38]

AGATÓN.

¿Para qué me necesitas?

EURÍPIDES.

Las mujeres, reunidas en el templo de las dos diosas, han resuelto hoy mi perdición, porque hablo mal de ellas.

AGATÓN.

¿Y qué socorro puedes esperar de mí?

EURÍPIDES.

Uno grandísimo. Si te mezclas furtivamente entre las mujeres de modo que parezcas una de tantas, y defiendes mi causa elocuentemente, conseguirás salvarme. Tú eres el único capaz de hablar dignamente de mí.

AGATÓN.

¿Por qué no vas a defenderte tú mismo?

EURÍPIDES.

Te lo diré. En primer lugar, yo soy muy conocido, y además cano y barbudo; mientras que tú eres de hermosa figura, blanco, imberbe; tienes voz atiplada y aspecto delicado.

AGATÓN.

Eurípides...

EURÍPIDES.

¿Qué?

AGATÓN.

¿No has dicho en alguna parte: «el ver la luz te alegra; ¿crees que no le alegra también a tu padre?»?[39]

EURÍPIDES.

Cierto.

AGATÓN.

No esperes, por tanto, que yo me exponga en tu lugar: sería una locura. Sufre, como es natural, tu propio infortunio. Las desgracias no deben sobrellevarse con astucia, sino con paciencia.

MNESÍLOCO.

Así es como tú has llegado al colmo de la infamia: a fuerza de paciencia.[40]

EURÍPIDES.

¿Pero por qué temes ir allá?

AGATÓN.

Me tratarían peor que a ti.

EURÍPIDES.

¿Cómo?

AGATÓN.

¿Cómo? Parecería que iba a robarles sus placeres nocturnos, y arrebatarles su Venus íntima.

MNESÍLOCO.

¡Mira! ¿A robarles? Di más bien a prostituirte.[41] ¡Por Júpiter! ¡Vaya un pretexto!

EURÍPIDES.

En qué quedamos, ¿lo harás?

AGATÓN.

No lo esperes.

EURÍPIDES.

¡Desdichado de mí! ¡Estoy perdido!

MNESÍLOCO.

Eurípides, mi querido yerno, no te desalientes.

EURÍPIDES.

¿Qué hacer?

MNESÍLOCO.

Échale a ese al infierno, y dispon de mí a tu antojo.

EURÍPIDES.

Pues tú mismo te me ofreces, acepto. Vamos quítate ese vestido.

MNESÍLOCO.

Ya está en el suelo. ¿Qué intentas hacer de mí?

EURÍPIDES.

Afeitarte la barba y quemarte el pelo de más abajo.[42]

MNESÍLOCO.

Haz lo que gustes, ya que me he ofrecido.

EURÍPIDES.

Agatón, tú siempre llevas navajas, préstanos una.

AGATÓN.

Cógela de ese estuche.

EURÍPIDES.

Gracias. Siéntate e hincha el carrillo derecho.

MNESÍLOCO.

¡Ay!

EURÍPIDES.

¿Por qué gritas? Te voy a meter un tarugo en la boca, si no callas.

MNESÍLOCO.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

EURÍPIDES.

¿A dónde corres?

MNESÍLOCO.

Al templo de las Euménides;[43] no, por Ceres, no me he de estar ahí para que me hagas tajadas.

EURÍPIDES.

Se van a reír de ti al verte con la cara medio afeitada.

MNESÍLOCO.

Poco me importa.

EURÍPIDES.

No me abandones, por los dioses te lo pido, ven acá.

MNESÍLOCO.

¡Desdichado de mí!

EURÍPIDES.

Estáte quieto y levanta la cabeza. ¿Adónde te vuelves?

MNESÍLOCO.

¡Mu! ¡Mu!

EURÍPIDES.

¿Por qué muges? Ya está concluido todo.

MNESÍLOCO.

¡Infeliz, voy a pelear armado a la ligera![44]

EURÍPIDES.

No pienses en eso. Vas a estar hermosísimo. ¿Quieres mirarte?

MNESÍLOCO.

Sí, dame un espejo.

EURÍPIDES.

¿Te ves?

MNESÍLOCO.

A mí no, a Clístenes.[45]

EURÍPIDES.

Levántate para que te queme el vello; ahora inclínate.

MNESÍLOCO

¡Cielo santo! ¡Me vas a chamuscar como a un cerdo!

EURÍPIDES.

Traedme una antorcha o una lámpara. Inclínate y cuídate solo de una cosa.[46]

MNESÍLOCO.

Ya la cuidaré, por Júpiter. ¡Oh, yo me abraso! ¡Agua, vecinos, agua, antes de que la llama incendie mi trasero!

EURÍPIDES.

Tranquilízate.

MNESÍLOCO.

¿Quién puede estar tranquilo cuando le están asando?

EURÍPIDES.

Ya no tienes por qué inquietarte; lo peor está hecho.

MNESÍLOCO.

¡Oh, qué hollín! Estoy completamente chamuscado

EURÍPIDES.

No te cuides de eso; ya se te lavará con una esponja.

MNESÍLOCO.

¡Pobre del que se atreva a lavarme el trasero!

EURÍPIDES.

Agatón, ya que no quieres ayudarme, préstame a lo menos esa túnica y ese ceñidor; no puedes decir que no los tienes.

AGATÓN.

Con mucho gusto; tomad y usadlos.

MNESÍLOCO.

¿Qué me pongo?

AGATÓN.

Ponte primero esa túnica de color de azafrán.

MNESÍLOCO.

¡Por Venus, qué buen olor echa a hombre![47] Pónmela pronto: dame el ceñidor.

EURÍPIDES.

Toma.

MNESÍLOCO.

Ahora dame algo para adornarme las piernas.[48]

EURÍPIDES.

Necesitas una cinta y una mitra.[49]

AGATÓN.

Toma mi gorro de dormir.

EURÍPIDES.

Por Júpiter, es lo más a propósito.

MNESÍLOCO.

¿Me caerá bien?

AGATÓN.

Admirablemente.

EURÍPIDES.

Venga el manto.

AGATÓN.

Cógelo de encima de la cama.

MNESÍLOCO.

Necesito zapatos.

AGATÓN.

Ten estos míos.

MNESÍLOCO.

¿Me vendrán bien? Que a ti te gusta el calzado ancho.[50]

AGATÓN.

Pruébatelos. Ya tenéis todo cuanto os hace falta. Llevadme pronto adentro.[51]

* * *

EURÍPIDES.

Pareces completamente una mujer. Cuando hables, ten mucho cuidado de imitar la voz femenina.

MNESÍLOCO.

Lo procuraré.

EURÍPIDES.

Vete ya.

MNESÍLOCO.

No, por cierto, si antes no me juras...

EURÍPIDES.

¿Qué?

MNESÍLOCO.

Emplear todos los medios para salvarme, si me ocurre alguna desgracia.

EURÍPIDES.

«Lo juro por el Éter, morada de Júpiter.»[52]

MNESÍLOCO.

¿No era mejor que jurases por la familia de Hipócrates?[53]

EURÍPIDES.

Pues bien, juro por todos los dioses sin excepción.

MNESÍLOCO.

«Acuérdate de que ha jurado el corazón y no la lengua.»[54] Los juramentos de esta no los quiero.

EURÍPIDES.

Anda listo; ya se ve en el templo de Ceres la señal de reunirse. Yo me retiro.

(*Mutación de escena. Aparece el templo de Ceres y Proserpina.*)

MNESÍLOCO.[55]

Ven, Trata, sígueme. Mira, Trata, cuánto humo despiden las antorchas. ¡Oh bellísimas Tesmóforas, recibidme y despedidme propicias! Descárgate la cesta, Trata, y saca la torta para que se la ofrezca a las dos diosas. ¡Oh augusta divinidad, Ceres adorada, y tú, venerable Proserpina, permitidme presentaros muchas veces oblaciones como esta! (y sobre todo que no me descubran). Conceded a mi hija un esposo rico, aunque sea estúpido y necio, para que no piense más que en divertirse.[56] ¿Dónde encontraré un sitio para poder oír a los oradores? Tú, Trata, márchate; las esclavas no pueden asistir a esta reunión.[57]

* * *

UNA MUJER HERALDO.[58]

Guardad el silencio religioso: guardad el silencio religioso. Orad a las Tesmóforas Ceres y Proserpina, a Pluto.[59] a Caligenia,[60] a Curótrofe,[61], a la Tierra, a Mercurio, a las Gracias, para que esta asamblea nos sea propicia y útil a Atenas y a nosotras mismas. Pedidles también que aquella que por sus ilustres hechos y discursos merezca más aplausos del pueblo ateniense y de las mujeres, sea la vencedora. Dirigidles estas súplicas, y haced votos por vuestra propia dicha. ¡Io Peán! ¡Io Peán! Congratulémonos.

CORO DE MUJERES.

Esos son nuestros votos. ¡Dígnense los dioses acogerlos! Omnipotente Júpiter, dios de la lira de oro, adorado en Delos;[62] y tú, invencible diosa, doncella de cerúleos ojos y áurea lanza, patrona de la más floreciente ciudad,[63] acudid a mi llamamiento; acude tú también, hermoso retoño de Latona,[64] la de fúlgida mirada, virgen cazadora, adorada bajo cien

advocaciones; y tú, venerable Neptuno, soberano de las olas, abandonando tu líquido palacio arremolinado por las tempestades y recorrido por los peces, ven acompañado de las hijas de Nereo, y de las montañesas ninfas. Mézclense a nuestras oraciones los acentos de la dorada lira, y reine el orden en esta asamblea de nobles matronas.

EL HERALDO.

Orad a los dioses y diosas del Olimpo, de Delfos, de Delos, y a las demás deidades. Si hay algún malvado que conspire contra el pueblo femenino o que ofrezca a Eurípides[65] o a los Medas una paz perjudicial a las mujeres, o que aspire a la tiranía, o se proponga restablecer a un usurpador; si hay un delator que denuncie a una mujer culpable de suposición de prole, o una esclava que después de haber sido alcahueta de su señora le vaya con el cuento al marido, y, encargada de llevar un recado, traiga falsas noticias; si hay algún galanteador que engañe a una mujer y después no la dé lo prometido; si hay una vieja que compra sus amantes o una cortesana que por los regalos de otro abandona a su querido; si hay un tabernero o tabernera que al vendernos un congio o una cótila[66] nos engaña en la medida, pedid al cielo los confunda a todos, con toda su familia, y que al propio tiempo os colme de bienes a vosotras.

CORO.

Unánimes pedimos que se cumplan nuestros votos en favor del pueblo y la república, y que, como es justo, se otorgue la victoria a las que den mejores consejos. Las que cometen fraudes y violan los más sagrados juramentos en provecho propio y daño del común; las que tratan de derogar las antiguas leyes y decretos promulgando otros nuevos; las que revelan nuestros secretos a los enemigos, e introducen a los Medas en

nuestro país para arruinarlo, esas son impías y enemigas de la patria. Acoge tú nuestras preces, omnipotente Júpiter, para que, aunque somos mujeres, nos sean propicios los dioses.

EL HERALDO.

Escuchad todas. «El Consejo de las mujeres, siendo presidente Timoclea, secretario Lisila, y Sóstrata orador,[67] ha decretado: Que mañana día del medio de las Tesmoforias, por ser el más desocupado, se destine ante todo a deliberar sobre el castigo que debe imponerse a Eurípides, por sus ultrajes a todas.» ¿Quién pide la palabra?[68]

MUJER PRIMERA.

Yo.

EL HERALDO.

Pues ponte esa corona antes de hablar.[69]. Callad. ¡Silencio! ¡Atención! Ya escupe, según acostumbran los oradores. Parece que el discurso va a ser largo.

MUJER PRIMERA.

No es la ambición, ¡oh mujeres!, lo que me mueve a usar de la palabra, os lo juro por las diosas. Muéveme solamente la indignación que me sofoca al veros vilipendiadas por Eurípides, ese hijo de una verdulera.[70] ¿Qué ultrajes hay que no nos prodigue? ¿Qué ocasión de calumniarnos desperdicia, en cuanto tiene muchos o pocos oyentes, actores y coros? Nos llama adúlteras, desenvueltas, borrachas, traidoras, charlatanas, inútiles para nada de provecho, peste de los hombres; con lo cual cuando nuestros maridos vuelven del teatro nos miran de reojo, y registran la casa para ver si hay oculto algún amante. Ya no nos permiten hacer lo que hacíamos antes: ¡tales sospechas ha inspirado ese hombre a los esposos! ¿Se le ocurre a una

de nosotras hacer una corona? Ya la creen enamorada.[71] ¿Se deja otra caer una vasija al correr en sus domésticas faenas? El marido pregunta en seguida: «¿En honor de quién se ha quebrado esa olla?, sin duda del extranjero de Corinto.»[72] ¿Está enferma alguna joven? Su hermano dice al punto: «No me gusta el color de esa muchacha.»[73] Si una mujer que no tiene hijos quiere suponer un parto, ya no puede hacerlo, porque los hombres nos vigilan de cerca. Para con los viejos que antes contraían matrimonio con jóvenes, también nos ha desacreditado, y ninguno se casa después de haber oído aquel verso:

«La esposa es reina del marido anciano.»[74]

Él es asimismo la causa de que nos cierren con cerrojos y sellos,[75] y tengan para guardarnos esos perrazos molosos,[76] terror de los amantes. Y esto, pase; pero ahora no podemos, como antes, sacar nosotras mismas de la despensa harina, aceite y vino; pues nuestros maridos llevan siempre consigo no sé qué condenadas llavecitas lacedemonias,[77] secretas y de tres dientes. Sin embargo, aún hubiéramos podido abrir las puertas más selladas, mandándonos hacer por tres óbolos un anillo con la misma marca; pero ese maldito Eurípides, perdición de las familias, ha enseñado a los hombres a llevar colgados del cuello complicadísimos sellos de madera.[78] Creo, por consiguiente, que es necesario librarnos a toda costa de ese enemigo, dándole muerte con veneno u otro medio cualquiera. Eso es lo que digo en alta voz; lo demás lo haré constar en el registro del secretario.

CORO.

Nunca he visto mujer más hábil y elocuente; todo lo que dice es justo; ha examinado la cuestión bajo todos sus aspectos y los ha pesado todos. Su argumentación es nutrida, sagaz y selecta; de suerte que si al lado de ella

perorase Jenocles,[79] hijo de Cárcino, os parecería, a mi modo de ver, que solo decía vaciedades.

MUJER SEGUNDA.

Habiendo abarcado perfectamente la preopinante todos los extremos de la acusación, diré muy pocas palabras, concretándome a manifestaros lo que a mí misma me sucede. Murió mi marido en Chipre, dejándome cinco hijos pequeños, a los que sostenía a duras penas, haciendo coronas en la plaza de los Mirtos.[80] Con este recurso vivía así, así, es verdad; pero al fin vivía: pues bien, desde que ese hombre en sus tragedias ha demostrado al público que no existen los dioses,[81] no vendo ni la mitad que antes.[82] Por lo cual opino y os aconsejo que no dejéis de castigarle: sobran causas para ello, pues siempre, amigas mías, nos está ultrajando con la grosería propia del que se ha educado entre legumbres. Yo voy a la plaza; tengo que hacer veinte coronas que me han encargado.

CORO.

Sus palabras han sido más mordaces que las del primer discurso. ¡Qué gracia! ¡Qué oportunidad! ¡Qué agudeza y qué astucia! Todo es claro y convincente. Sí, es necesario imponerle una pena ejemplar por sus ultrajes.

MNESÍLOCO.

No me asombra, oh mujeres, que tales acusaciones os irriten vivamente contra Eurípides, y hagan hervir vuestra bilis. Yo misma, os lo juro por la salud de mis hijos, yo misma detesto a ese hombre, pues sería menester estar loca para no aborrecerle. No obstante, conviene que tengamos en confianza algunas explicaciones; ahora estamos solas, y no hay miedo de que nuestras palabras se divulguen. ¿Por qué le acusamos, por qué le hacemos gravísimas inculpaciones solo por haber revelado dos o tres de

nuestros defectos, cuando los tenemos innumerables? Yo misma, para no hablar de otras, me reconozco culpable de muchísimos pecados; el más grave lo cometí a los tres días de casada: mi marido dormía a mi lado; yo tenía un amante, que me había seducido a la edad de siete años: el tal, arrastrado por su amor, vino a la puerta de mi casa y la arañó suavemente. Yo comprendí en seguida, y bajé con precaución: mi marido me preguntó: «¿Adónde vas? — ¿Adónde? le respondí; siento dolores y retortijones de vientre y bajo al excusado. — Anda, pues», me dijo. Él se puso a majar semillas de cedro, anís y salvia,[83] y en tanto yo, después de tomar la precaución de mojar los goznes,[84] me reuní a mi amante, y apoyada sobre el altar del pórtico,[85] y agarrándome al tronco del laurel, me entregué a sus deseos. Sin embargo, notadlo bien, nunca Eurípides ha hablado de esto, ni de nuestras complacencias con los esclavos y muleteros cuando faltan amantes, ni de que después de haber pasado una noche de libertinaje, acostumbramos a comer ajos[86] a la mañana, para que al volver el marido de su guardia no conciba la menor sospecha. ¿Lo veis? De esto nunca ha dicho nada. Si maltrata a Fedra, ¿qué se nos importa? En cambio nunca ha hablado de esas mujeres que despliegan a la luz un gran manto, y mientras el marido admira los primores del trabajo, el galán logra escurrirse a favor de la estratagema. Yo conocí a una que estuvo diez días fingiendo dolores de parto hasta comprar una criatura. Su esposo, en tanto, corría por toda la ciudad en busca de medicinas para acelerar el alumbramiento. Una vieja le trajo al fin, metido en una olla, un niño con la boca tapada con cera para que no gritase: entonces, a una señal de su cómplice, la mujer empezó a gritar: «Vete, marido mío, vete que ya voy a parir.» La criatura, en efecto, pegaba pataditas en el vientre... de la olla. Él se retiró tan contento; ella le

quitó el taponcillo de cera, y el niño principió a llorar. Entonces la maldita vieja que lo había traído, corrió al esposo y le dijo sonriendo: «Un león, un león te acaba de nacer; es tu vivo retrato, se te parece en todo.»[87] ¿No es verdad que cometemos estas perfidias? Sí, por Diana. ¿Entonces a qué irritarnos contra Eurípides porque dice de nosotras menos de lo que en realidad hacemos?[88]

CORO.

¡No vuelvo de mi asombro! ¿De dónde ha sacado esas invenciones? ¿En qué país se ha criado esa desvergonzada? Nunca hubiera creído que ninguna mujer se atreviese a contar, ni aun entre nosotras, semejantes atrocidades. Pero ya puede esperarse todo; tiene razón el proverbio antiguo: «Es necesario mirar debajo de todas las piedras, no se oculte algún orador pronto a picarnos.»[89] No hay nada peor que una mujer naturalmente desvergonzada, como no sea otra mujer.

MUJER TERCERA.

Por Aglaura,[90] amigas; habéis perdido el juicio, o estáis hechizadas, u os sucede otro grave mal, para dejar a esa peste insultarnos a todas. Si alguna de vosotras... pero no, nosotras y nuestras criadas nos encargamos de vengarnos; vamos a coger ceniza de cualquier parte, y a dejarla sin un pelo.[91] Así aprenderá a no hablar mal de las mujeres en lo sucesivo.

MNESÍLOCO.

¡Oh, no hagáis tal! Si en una asamblea donde todas las ciudadanas podemos exponer con toda libertad nuestras ideas he dicho lo que me parecía en defensa de Eurípides, ¿será justo que me condenéis a la depilación?

MUJER TERCERA.

¿Cómo no ha de ser justo castigarte? Tú eres la única que te has atrevido a defender a un hombre que ha colmado de oprobio a nuestro sexo; a un hombre que escoge de intento para argumento de sus dramas aquellos asuntos donde hay mujeres perversas, Fedras[92] o Melanipes[93], y nunca se le ocurre escribir sobre Penélope,[94] solo porque fue casta.

MNESÍLOCO.

Yo sé el motivo. Entre todas las mujeres del día no podréis encontrar una Penélope, y sí infinitas Fedras.

MUJER TERCERA.

¿No oís lo que esa bribona vuelve a decir de nosotras?

MNESÍLOCO.

Pero, por Júpiter, si aún no he dicho todo lo que sé. ¿Queréis más todavía?

MUJER TERCERA.

No puedes decir más: ya has vomitado cuanto sabías.

MNESÍLOCO.

Ni tampoco la diezmilésima parte de lo que hacemos. No he dicho, por ejemplo, que formamos con nuestras diademas una especie de tubo para sorber el vino.

MUJER TERCERA.

¡Así estalles!

MNESÍLOCO.

No he dicho que en las Apaturias[95] damos las viandas a nuestros amantes, y después echamos la culpa al gato...

MUJER TERCERA.

¡Eso es insoportable! No sabes lo que te dices.

MNESÍLOCO.

Ni que una mujer mató de un hachazo a su esposo, ni que otra le hizo perder la razón con un filtro, ni que debajo de la bañera...[96]

MUJER TERCERA.

¡Que la peste te lleve!

MNESÍLOCO.

Enterró Acárnica a su padre.

MUJER TERCERA.

¿Hay paciencia para oír esto?

MNESÍLOCO.

Ni que habiendo parido tu esclava un varón, supusiste que era tuyo, y le entregaste tu hija.

MUJER TERCERA.

Por las diosas, lo que es eso no lo dejo yo pasar: te voy a arrancar el pelo.

MNESÍLOCO.

¡No me tocarás por Júpiter!

MUJER TERCERA. (*Dándole una bofetada.*)

¡Toma!

MNESÍLOCO. (*Contestándole con otra.*)

¡Toma tú!

MUJER TERCERA.

Recoge mi manto, Filista.[97]

MNESÍLOCO.

Acércate nada más, y por Diana yo te...

MUJER TERCERA.

¿Qué harás tú?

MNESÍLOCO.

Te haré echar[98] la torta de sésamo que has comido.

CORO.

Basta de riñas; una mujer se dirige hacia nosotras corriendo: callad antes que llegue, para oír con sosiego lo que va a decirnos.

* * *

CLÍSTENES.

Queridas mujeres, a quienes imito en todo, mis mejillas imberbes demuestran la afección que os tengo; maniático por vosotras, estoy siempre dispuesto a defendemos. Hace un instante he oído hablar en el mercado de un negocio importantísimo que os concierne, y vengo a revelároslo; y al propio tiempo a aconsejaros toméis las precauciones necesarias para que no os coja desprevenidas un grande y terrible daño.

CORO.

¿Qué hay, niño mío? (Tienes tan tersas las mejillas, que bien puede llamársete así.)

CLÍSTENES.

Dicen que Eurípides ha enviado hoy a aquí mismo a un anciano pariente suyo.

CORO.

¿Para qué? ¿Con qué objeto?

CLÍSTENES.

Para que se entere de vuestros discursos y le tenga al tanto de vuestros proyectos y resoluciones.

CORO.

¿Pero cómo no hemos conocido a ese hombre entre tantas mujeres?

CLÍSTENES.

Eurípides le ha quemado y arrancado los pelos, y lo ha disfrazado completamente de mujer.

MNESÍLOCO.

¿Podéis creer eso? ¿Ha de haber un hombre tan estúpido que se deje pelar de esa manera? Yo no lo creo, ¡venerandas diosas!

CLÍSTENES.

¿Qué sabes tú? Yo no hubiera venido a comunicaros esa noticia, si no se la hubiera oído a personas que tienen motivos para saberla.

CORO.

Terrible es la noticia. Ea, mujeres, no perdamos un momento; registremos, busquemos a ese hombre, y veamos dónde ha podido ocultarse. Ayúdanos, Clístenes, y así, amigo mío, te estaremos agradecidas por doble concepto.

CLÍSTENES.

Bueno, manos a la obra. ¿Quién eres tú, la primera?

MNESÍLOCO. (*Aparte.*)

¿Dónde me esconderé?

CLÍSTENES.

Vais a ser reconocidas.

MNESÍLOCO. (*Aparte.*)

¡Pobre de mí!

MUJER CUARTA.

¿Quién soy yo, preguntas? La mujer de Cleónimo.

CLÍSTENES.

¿Conocéis a esta mujer?

CORO.

La conocemos; pasa a otras.

CLÍSTENES.

¿Quién es esa que lleva un niño?

MUJER CUARTA.

Mi nodriza, por Júpiter.

MNESÍLOCO. (*Aparte.*)

¡Perdido soy! (*Hace un movimiento para huir.*)

CLÍSTENES. (*A Mnesíloco.*)

¡Eh, tú! ¿A dónde vas? Quieta en tu puesto. ¿Qué te pasa?

MNESÍLOCO.

Déjame ir a orinar.

CLÍSTENES.

Eres una desvergonzada. Anda; aquí te aguardo.

CORO.

Aguárdala y no la pierdas de vista; es la única a quien no conocemos.

CLÍSTENES.

¿Vas a estar orinando eternamente?

MNESÍLOCO.

¡Ay! sí, amigo mío. Ayer comí berros, y tengo retención de orina.[99]

CLÍSTENES.

¿Qué estás hablando de berros? Ven acá pronto.

MNESÍLOCO.

¡Ah! no arrastres así a una pobre enferma.

CLÍSTENES.

Responde: ¿quién es tu marido?

MNESÍLOCO.

¿Dices que quién es mi marido? ¿Conoces en Cotócides[100] a cierto...?

CLÍSTENES.

¿A cierto...? ¿Quién?

MNESÍLOCO.

¿A aquel a quien cierto día, el hijo de cierto...?

CLÍSTENES.

Tú chocheas. ¿Has venido aquí antes de ahora?

MNESÍLOCO.

Sí, todos los años.

CLÍSTENES.

¿Cuál es tu compañera de tienda?[101]

MNESÍLOCO.

Es una tal... ¡Pobre de mí!

CLÍSTENES.

¿No contestarás?

MUJER QUINTA.

Déjate, voy a hacerle varias preguntas sobre la ceremonia del año pasado; retírate, porque como eres hombre no debes oírlas. Dime, ¿cuál fue la primera ceremonia que hicimos?

MNESÍLOCO.

¿Cuál fue la primera dices? Beber.

MUJER QUINTA.

¿Y la segunda?

MNESÍLOCO.

Brindar.

MUJER QUINTA.

Te lo habrá dicho alguno. ¿Y la tercera?

MNESÍLOCO.

Jenila pidió una copa; porque no había orinal.

MUJER QUINTA.

Eso no es decir nada. — Ven acá, Clístenes: este es el hombre de que hablabas.

CLÍSTENES.

¿Qué hago?

MUJER QUINTA.

Quítale los vestidos, pues contesta mal a todo.

MNESÍLOCO.

¡Cómo! ¿os atrevéis a desnudar a una madre de nueve hijos?

CLÍSTENES.

Suéltate pronto el ceñidor, desvergonzadísima.

MUJER QUINTA.

¡Qué fuerte y robusta parece! ¡Calla! ¡y no tiene pechos como nosotras!

MNESÍLOCO.

Es que soy estéril, y nunca he tenido hijos.

MUJER QUINTA.

¿Ahora con esas? Hace un momento tenías nueve.

CLÍSTENES.

Estáte derecho. ¿Qué veo?[102]

MUJER QUINTA.

No cabe duda que es un hombre.[103]

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¡Ah malvado! por eso nos llenó de ultrajes en su defensa de Eurípides.

MNESÍLOCO.

¡Infeliz, en qué berenjenal me he metido!

MUJER QUINTA.

¿Qué hacemos?

CLÍSTENES.

Guardadlo bien, para que no se escape. Yo voy a dar parte de lo ocurrido a los Pritáneos.

* * *

CORO.

Encendamos las lámparas, quitémonos los mantos, y ceñida al cuerpo la túnica de una manera viril, veamos si por casualidad[104] ha entrado otro hombre, y registremos todo el Pnix,[105] las tiendas y las bocacalles.

¡Ea! partamos con pie ligero, y examinémoslo todo sin chistar; correr es lo que importa; no hay tiempo que perder, principiemos por hacer la ronda con la mayor actividad. ¡Ea! registra, explora todos los rincones, para ver si se oculta algún otro traidor. Dirige la vista en derredor, a la derecha, a la izquierda, a todas partes; que nada escape a tu mirada perspicaz. El impío a quien sorprendamos, sufrirá un castigo severo, para escarmiento de insolentes criminales y sacrílegos. Reconocerá que hay dioses, y enseñará a los demás hombres a venerarlos, a honrarlos como es debido, a obedecer a las leyes, y a practicar la virtud. Si no lo hacen, oigan la pena que les

aguarda: todo hombre reo de sacrilegio, inflamado por su rabia y loco de furor, será para las mujeres y los mortales un ejemplo viviente de que la venganza del cielo cae sin tardanza sobre los impíos. — Pero ya creemos haber registrado todo perfectamente; no hallamos ningún otro hombre oculto entre nosotras.

* * *

MUJER SEXTA.

¡Eh! ¡eh! ¿Adónde huyes? ¡Detente! ¡Oh desdichada! ¡Desdichada! Se escapa después de haberme arrebatado mi hijo del pecho.

MNESÍLOCO.

Grita cuanto quieras; pero este no vuelve a mamar, mientras no me soltéis: aquí mismo le abriré las venas con este cuchillo, y su sangre rociará el altar.[106]

MUJER SEXTA.

¡Oh, desdichada de mí! ¡Socorredme, amigas mías; aterrad con vuestros gritos a ese monstruo; arrebatadle su presa; no permitáis que así me prive de mi único hijo!

CORO.

¡Oh Parcas venerandas! ¿qué nuevo atentado miro? Jamás he visto ni tanta audacia, ni tanta desvergüenza. ¡Qué nuevo crimen ha perpetrado, amigas! ¡Qué nuevo crimen!

MNESÍLOCO.

Yo sabré refrenar vuestra insolencia.

CORO.

¿No es esto el colmo de la indignidad?

MUJER SEXTA.

Sí, es indigno que me haya arrebatado mi pequeño.

CORO.

No he visto cosa igual; por nada se avergüenza.

MNESÍLOCO.

Pues aún no he concluido.

MUJER SEXTA.

Vengas de donde vengas, no te escaparás; no te irás sin castigo, para que luego te rías a nuestra costa refiriendo tu atentado: vas a morir.

MNESÍLOCO.

¡Que jamás se cumpla tu deseo!

CORO.

¿Cuál de los dioses inmortales vendrá en socorro de un hombre tan impío como tú?

MNESÍLOCO.

Vuestros gritos son inútiles: yo no suelto este niño.

CORO.

Por las dos diosas, tampoco te burlarás impunemente de nosotras, ni dirás más impiedades. A tus sacrílegos actos opondremos el condigno castigo. Pronto un cambio de fortuna te hará sentir sus rigores. — Anda con esas mujeres; trae leña para quemar a este malvado, y asarlo vivo sin pérdida de tiempo.

MUJER SEXTA.

Mania,[107] vamos a buscar sarmientos. — (*A Mnesíloco.*) Hoy te convierto en carbón.

MNESÍLOCO.

Asad, quemad. — Pero tú, pobre criaturilla, quítate pronto el vestido cretense,[108] y no acuses de tu muerte a ninguna otra mujer más que a tu madre. Mas ¿qué veo? La niña se ha convertido en un odre lleno de vino con zapatitos pérsicos. ¡Oh mujeres astutas y borrachonas, inagotables en ardides para beber! ¡Providencia de los taberneros y peste de los maridos! ¡Polilla de nuestras telas y ajuares!

MUJER SEXTA.

Trae muchos sarmientos, Mania.

MNESÍLOCO.

Sí, trae. Pero, contéstame: ¿dices que has parido este muchacho?

MUJER SEXTA.

Diez meses lo llevé en mi seno.

MNESÍLOCO.

¿Que lo llevaste?

MUJER SEXTA.

Te lo juro por Diana.

MNESÍLOCO.

¿Coge tres cótilas o cuánto? Di.

MUJER SEXTA.

¿Qué has hecho, miserable? ¿Has desnudado a una criatura tan pequeñita?

MNESÍLOCO.

¿Tan pequeñita?

MUJER SEXTA.

Cierto que es pequeñita.

MNESÍLOCO.

¿Pues cuántos años tiene? ¿Ha visto tres o cuatro veces la fiesta de las copas?[109]

MUJER SEXTA.

¡Qué! ¡Si nació próximamente cuando las últimas Dionisiacas! Devuélvemelo.

MNESÍLOCO.

No, te lo juro por ese Apolo.[110]

MUJER SEXTA.

Pues te quemaremos.

MNESÍLOCO.

Quemadme y lo degüello.

MUJER SEXTA.

¡Oh, no, por piedad! Prefiero que me hagas a mí todo el mal que quieras.

MNESÍLOCO.

Me pareces una buena madre; sin embargo, lo degollaré.

MUJER SEXTA.

¡Hija de mi corazón! Dame un vaso, Mania, para que al menos pueda recoger su sangre.

MNESÍLOCO.

Ponlo debajo: te concedo esa gracia.[111]

MUJER SEXTA.

¡Que el cielo te confunda, monstruo feroz o implacable!

MNESÍLOCO.

Esta piel pertenece a la sacerdotisa.[112]

MUJER SEXTA.

¿Qué es lo que pertenece a la sacerdotisa?

MNESÍLOCO.

Tómala.[113]

MUJER SÉPTIMA.

Mica infortunada, ¿quién te ha quitado tu hija?[114] ¿Quién te ha arrebatado esa idolatrada criatura?

MUJER SEXTA.

Ese infame. Ya que estás aquí, guárdalo bien, en tanto que yo voy con Clístenes a denunciar sus crímenes a los Pritáneos.

* * *

MNESÍLOCO.

¡Ah! ¿Cómo salvarme? ¿Qué intentaré? ¿Qué imaginaré? El autor de todos mis males, el que me metió en este desventurado negocio, no se presenta todavía. Veamos: ¿cómo podré enviarle un aviso?... ¡Ah! Palamedes[115] me enseña un expediente ingenioso. Escribiré, como él, mi infortunio en un remo, y lo arrojaré al mar. Pero aquí no hay remos. ¿Dónde podré encontrarlos? ¿Dónde? ¡Qué idea! ¿Si hiciese astillas esas estatuas, y escribiese en ellas como si fuesen remos?... Sí, será mucho mejor. Al fin, estatuas y remos todo es madera. Ea, manos mías, emprended la obra de salvación. Tablillas pulimentadas, nuncios de mi infortunio, aprestaos a recibir las huellas del estilo. — ¡Oh! ¡Qué R tan fea! ¿Adónde va a parar? — Partid ya en todas direcciones; apresuraos, tablillas mías, que mi necesidad es apremiante.

* * *

CORO.

Volvámonos hacia los espectadores para cantar nuestras propias alabanzas, aunque todo el mundo hable mal de nosotras y nos llame peste[116] del género humano, y causa de cuantos pleitos, riñas, sediciones, guerras y pesares existen. Pero decidnos: Si somos una peste, ¿por qué os casáis con nosotras? Si somos una peste, ¿por qué nos prohibís salir de casa y asomarnos a las ventanas? Si somos una peste, ¿por qué si sale vuestra mujer y no la encontráis en casa os enfurecéis como energúmenos, en vez de regocijaros y dar gracias a los dioses de que la peste haya abandonado vuestro hogar y de que estáis ya libres de huésped tan enojoso? Si cansadas de jugar nos dormimos en casa de una amiga, en seguida vais a buscar a vuestra peste, y rondáis en torno de su lecho. Si nos asomamos a la ventana, todo el mundo se detiene a ver la peste; si ruborizadas nos retiramos, aumenta el deseo de que la peste vuelva a presentarse. Está, pues, fuera de duda que somos mucho mejores que vosotros, como lo prueba el más ligero examen. Comparemos, si no, los dos sexos, y veamos cuál es peor: vosotros decís que el nuestro, y nosotras que el vuestro. Examinémoslos y pongámoslos en parangón, oponiendo uno a uno, hombres y mujeres. Carmino[117] es inferior a Nausímaca; los hechos son elocuentes. Cleofón[118] está muy por debajo de Salabacca. Con Aristómaca, la heroína de Maratón, ni con Estratónice,[119] hace mucho tiempo que nadie se atreve a contender. Entre los senadores que el año último abandonaron a otros sus cargos, ¿habrá alguno que pueda compararse con Eubula?[120] Ni ellos mismos se atreverían. Podemos, pues, gloriarnos de ser mucho mejores que los hombres. Tampoco se ve a ninguna mujer pasearse por la ciudad en un carro magnífico después de haber robado cincuenta talentos al Tesoro;

nuestros mayores hurtos son de un poco de trigo a nuestro esposo, y para eso se lo devolvemos en el mismo día. ¿Cuántos de vosotros pudiéramos señalar que hacen otro tanto y que son también más glotones que nosotras, y chocarreros y ladrones de vestidos y de esclavos? ¿Cuántos que ni siquiera saben cómo las mujeres conservan la herencia paterna? Nosotras, en efecto, tenemos todavía nuestros cilindros, nuestras lanzaderas, nuestros canastillos y quitasoles; al paso que muchos de nuestros maridos han perdido unos sus lanzas, el asta y el hierro a la vez, y otros han arrojado en el combate sus escudos.

Muchísimos cargos podemos hacer las mujeres a los hombres, pero solo mencionaremos el más grave de todos. Era justo que cuando una de nosotras diera a luz un ciudadano útil, un taxiarco[121] o un estratega,[122] fuese honrada con alguna distinción, como, por ejemplo, la de ocupar el primer puesto en las Estenias,[123] las Esciras,[124] y otras fiestas que solemos celebrar. Por el contrario, la madre de un ciudadano cobarde e inútil, de un trierarca holgazán, o de un piloto imperito debería colocarse con el cabello cortado detrás de la que dio a luz un hombre valeroso. Porque, decidme, ciudadanos, ¿no es injusto de veras que junto a la madre de Lámaco[125] se siente la de Hipérbolo,[126] vestida de blanco y flotante el cabello, y que siga prestando a usura, cuando sus deudores, en vez de pagarle el interés,[127] debieran decirle, llevándose el dinero: «¡Vaya, que eres digna de que se te pague después de habernos parido tal alhaja!»?

* * *

MNESÍLOCO.

Me he quedado bizco de tanto mirar a aquella parte, y Eurípides no

parece. ¿Quién se lo impedirá? ¡Ah, sin duda se avergüenza del frío Palamedes! ¿Con qué otro drama le atraeré? ¡Ya di en ello! Voy a imitar su nueva Helena. Tengo un vestido de mujer completo.

MUJER SÉPTIMA.

¿Qué intentas? ¿Qué miras? Me parece que te arrepentirás de tu Helena, si no te estás quieto hasta que venga un Pritáneo.

MNESÍLOCO. (*Fingiéndose Helena.*)

«Este es el Nilo, célebre por la hermosura de sus Ninfas: sus aguas, sustituyendo al agua del cielo, riegan los campos del blanco Egipto que alimentan a sus habitantes con la negra sirmea.»[128]

MUJER SÉPTIMA.

¡Por la luciente Hécate! Eres un costal de astucias.

MNESÍLOCO.

«Mi patria no carece de gloria; vi en Esparta la luz, y Tíndaro es mi padre.»[129]

MUJER SÉPTIMA.

¡Tíndaro tu padre, perdido! Frinondas[130] sí que lo es.

MNESÍLOCO.

«Me llamo Helena.»[131]

MUJER SÉPTIMA.

¿Vuelves a fingirte mujer, sin haber sufrido todavía el castigo por el primer disfraz?

MNESÍLOCO.

«Mil guerreros murieron por mí a orillas del Escamandro.»[132]

MUJER SÉPTIMA.

¡Ojalá hubieses muerto tú también!

MNESÍLOCO.

«Y yo estoy en estos lugares; ¡y mi esposo, el mísero Menelao,[133] no viene todavía! ¡Ah! ¿Por qué vivo aún?»

MUJER SÉPTIMA.

Por la cobardía de los cuervos.

MNESÍLOCO.

«¿Pero qué dulce presentimiento hace palpitar mi corazón? ¡Oh Júpiter, no burles mi esperanza!»

* * *

EURÍPIDES. (*Fingiéndose Menelao.*)

«¿Quién es el dueño de esta fortificada mansión?[134] ¿Acogerá a unos náufragos extranjeros, que han sufrido sobre las olas del mar todos los horrores de la borrasca?»[135]

MNESÍLOCO.

«Este es el palacio de Proteo.»[136]

EURÍPIDES.

¿De qué Proteo?

MUJER SÉPTIMA.

¿Habrá mentiroso? Proteo[137] ha muerto hace diez años.

EURÍPIDES.

«¿A qué región ha arribado mi nave?»

MNESÍLOCO.

A Egipto.

EURÍPIDES.

«¡Oh infortunado! ¡Adónde nos arrojó la tempestad!»

MUJER SÉPTIMA.

¿Pero puedes creer las necedades que te cuenta ese perdido? Estás en el templo de Ceres.

EURÍPIDES.

«¿Está Proteo en su palacio, o fuera del alcance de la vista?»[138]

MUJER SÉPTIMA.

Por fuerza estás mareado todavía. Acabas de oír que Proteo ha muerto, y preguntas si está o no en su palacio.

EURÍPIDES.

«¡Ay, murió! ¿Dónde descansan sus cenizas?»

MNESÍLOCO.

«¿Me ves sentada sobre su tumba?»[139]

MUJER SÉPTIMA.

¡Que el cielo te confunda! ¿Pues no dice que el altar es un sepulcro?

EURÍPIDES.

«¿Y por qué, extranjera, estás sentada sobre ese mortuorio monumento envuelta en fúnebre ropaje?»

MNESÍLOCO.

«Quieren obligarme a unir mi destino al del hijo de Proteo.»[140]

MUJER SÉPTIMA.

¿Por qué engañas a ese infeliz extranjero? — No le creas; es un bribón que se ha metido entre las mujeres para robarnos las joyas.

MNESÍLOCO. (*A la Mujer séptima.*)

«Grita, lléname de ultrajes.»

EURÍPIDES.

«Extranjera, ¿quién es esa anciana que te insulta?»

MNESÍLOCO.

«Es Teonoe, hija de Proteo.»

MUJER SÉPTIMA.

¡No, por las diosas! Soy Crítila, hija de Antiteo, natural de Gargetes,[141] y tú, un canalla.

MNESÍLOCO.

«Inútiles palabras; jamás me casaré con tu hermano; jamás seré infiel a mi Menelao, que combate bajo las murallas de Troya.»

EURÍPIDES.

«¡Mujer! ¿Qué has dicho? Vuelve hacia mí los rayos de tus ojos.»

MNESÍLOCO.

«Mis ultrajadas mejillas me lo impiden.»[142]

EURÍPIDES.

«¿Qué miro? La voz se ahoga en mi garganta... ¡Dioses! ¿Qué facciones contemplo? Mujer, ¿quién eres?»

MNESÍLOCO.

«Y tú ¿quién eres? Mi sorpresa es igual a la tuya.»

EURÍPIDES.

«¿Eres griega o indígena?»

MNESÍLOCO.

«Griega; pero yo anhelo saber tu patria.»

EURÍPIDES.

«Mujer, te pareces extraordinariamente a Helena.»

MNESÍLOCO.

«Y tú a Menelao; a lo menos en esos... perifollos.»[143]

EURÍPIDES.

«El mismo: yo soy aquel mortal infortunado.»

MNESÍLOCO.

«¡Oh! ¡Cuánto has tardado en venir a los brazos de tu esposa! Estréchame contra tu corazón, esposo mío; ciñe mi cuello con tus manos; déjame que te bese. Pronto, pronto, arráncame de estos funestos lugares.»

MUJER SÉPTIMA.

¡Pobre del que te lleve! Le sacudiré con esta antorcha.

EURÍPIDES.

«¿Me prohíbes que me lleve a Esparta a mi esposa, a la hija de Tíndaro?»

MUJER SÉPTIMA.

Me vas pareciendo un redomado bribón, cómplice de ese otro canalla. No sin razón charlabais tanto de Egipto.[144] Pero ese a lo menos tendrá su merecido. Ya vienen el Pritáneo y el arquero.

EURÍPIDES.

Esto va mal. Tengo que retirarme con precaución.

MNESÍLOCO.

¿Y qué haré yo, infeliz?

EURÍPIDES.

Tranquilízate. Mientras me quede un soplo de vida, no te desampararé, a menos de que mis infinitos ardides me abandonen.

MNESÍLOCO.

En este anzuelo no ha caído nada.

* * *

EL PRITÁNEO.

¿Es ese el bribón que nos ha denunciado Clístenes? — ¡Eh, tú, no te escondas! — Arquero, átale a ese poste, y sujétalo bien: encárgate de su guarda, y no permitas que nadie se le acerque: si alguno se aproxima, hazle huir a latigazos.

MUJER SÉPTIMA.

Excelente orden; pues hace un instante que por poco se me lo lleva otro bribón.

MNESÍLOCO.

Oh Pritáneo, por esa diestra que tiendes de tan buena gana cuando alguno te ofrece dinero, concédeme una pequeña gracia, ya que voy a morir.

EL PRITÁNEO.

¿Qué gracia?

MNESÍLOCO.

Manda al arquero que me desnude, antes de atarme al poste, para que este pobre viejo no cause risa con su túnica azafranada y su mitra a los mismos cuervos que se lo han de comer.

EL PRITÁNEO.

El Senado ha dispuesto que se te exponga en ese traje, para que los transeúntes se enteren de tu delito.

MNESÍLOCO

¡Oh maldito disfraz! ¡A qué extremo me reduces! ¡No tengo ya esperanza de salvación!

* * *

CORO.

Ea, divirtámonos, como es mujeril costumbre cuando celebramos los misterios de las diosas, en estos festivos días que Pauson[145] santifica con ayunos, rogando a las dos venerables que los multipliquen en consideración a su persona.

Lanzaos con pie ligero; formad ruedas; enlazad vuestras manos; saltad acompasadamente, con vivos y cadenciosos movimientos; girad los ojos en torno y mirad a todas partes. Al propio tiempo celebre el coro, con trasportes de religiosa alegría, a la raza de los dioses celestiales.

¡Cuán engañado está quien se imagine que, porque soy mujer, voy a hablar mal de los hombres en el templo! Solo tratamos de ejecutar por primera vez, como el baile lo exige, una armoniosa rueda.

Partid, cantando al dios de la sonora lira, y a la casta deidad, armada del arco.[146] ¡Salve, Apolo de rápidas flechas, danos la victoria! Tributemos un justo homenaje a Juno, directora de todas las danzas, guarda de las llaves del dulce himeneo.

Mercurio, dios de los pastores, Pan, y vosotras, amadas Ninfas, conceded a los coros una sonrisa benévola.

Ea, partamos con nuevos bríos, y animémonos con vivos palmoteos. Divirtámonos, oh mujeres, según es costumbre, y guardemos absoluto ayuno. Vuélvete ahora hacia ese otro lado; marca el compás con el pie, y entona variados cánticos. Guíanos tú, Baco, coronado de hiedra, pues en mis cantos y danzas te celebro a ti. ¡Oh Evio! ¡Oh Dionisio! ¡Oh Bromio,[147] hijo de Semele!, que te complaces en mezclarte en las montañas a los coros de las amables Ninfas, concluyendo tus himnos con el alegre ¡Evios! ¡Evios! ¡Evohé! — Eco, la Ninfa del Citerón, repite tus acentos, que resuenan bajo las opacas bóvedas del espeso follaje, y entre los peñascos de la selva; en

torno de ti, la hiedra enlaza sus ramos, cargados de flores.

* * *

EL ARQUERO.

Vas a pasar la pena negra, aquí, al aire libre.[148]

MNESÍLOCO.

Arquero, yo te suplico...

EL ARQUERO.

Nada me pidas.

MNESÍLOCO.

Afloja un poco esa argolla.

EL ARQUERO.

Ya voy a hacerlo.

MNESÍLOCO.

¡Ay! ¡ay! La aprietas más.

EL ARQUERO.

¿Quieres más todavía?

MNESÍLOCO.

¡Ay! que el cielo te confunda.

EL ARQUERO.

Cállate, pobre viejo. Voy a traer una estera, para guardarte con comodidad.[149]

MNESÍLOCO.

¡Estos son los placeres que tengo que agradecer a Eurípides!... Pero, ¡oh dioses y Júpiter salvador!, aún tengo esperanzas. Parece que no piensa abandonarme...

Perseo al desaparecer me indicó disimuladamente que me fingiese Andrómeda;[150] ya estoy atado como aquella princesa infeliz. No hay duda que vendrá a salvarme; de otro modo no hubiera huido volando.[151]

* * *

EURÍPIDES. (*Fingiéndose Perseo.*)

Ninfas amadas, si pudiera acercarme sin que el escita me viera... ¿Me oyes tú, moradora de los antros?[152] En nombre del pudor, permíteme acercarme a mi esposa.

MNESÍLOCO.[153]

¡Un implacable verdugo ha encadenado al más infeliz de los mortales! Logró escapar a duras penas de aquella repugnante vieja, y caí en un nuevo infortunio: ese escita no se aparta de mi lado: desprovisto de toda defensa, voy a servir de banquete a los cuervos. ¿Lo veis? Ya no tomo parte en los coros de las doncellas, ni llevo el cestillo de los sufragios; cargada de prisiones, me veo expuesta a la voracidad de la ballena Gláucetes.[154]

¡Mujeres, deplorad mi suerte con el himno de la esclavitud, y no con el del himeneo! ¡Ay, que me agobian infinitos males!... ¡Infeliz, infeliz de mí... e infeliz por mis parientes! Presa de tormentos injustos, mis ayes son capaces de arrancar torrentes de lágrimas al insensible Tártaro. ¡Ay, ay! Socórreme, autor de mis males, tú, que me rapaste primero y me enviaste después vestido de amarilla túnica al templo donde estaban reunidas las mujeres. ¡Oh hado inexorable! ¡Oh cruel destino! ¿Quién podrá ver sin compadecerse mi espantosa desdicha? ¡Ojalá los rayos deslumbradores del Éter me aniquilen... a ese bárbaro![155] Porque ya no me es grato contemplar la eterna luz, desde que colgado, estrangulado, loco de dolor, desciendo por

el camino más corto a la mansión de los muertos.

* * *

EURÍPIDES. (*Fingiéndose la ninfa Eco.*)

¡Salud, hija querida! ¡Que los dioses confundan a tu padre Cefeo,[156] que te ha expuesto de ese modo!

MNESÍLOCO. (*Fingiéndose Andrómeda.*)

¿Quién eres tú que así te compadeces de mis males?

EURÍPIDES.

Soy Eco, la ninfa que repite fielmente todas las voces; la misma que el año pasado presté en este lugar mi eficaz ayuda a Eurípides.[157] Pero, hija mía, lo que tú debes hacer es lamentarte lastimosamente.

MNESÍLOCO.

Y tú repetir mis gemidos.

EURÍPIDES.

Así lo haré; principia.

MNESÍLOCO.

¡Oh noche sagrada! ¡Cuán larga es tu carrera! ¡Cuán lento rueda tu carro por la estrellada bóveda de los cielos y el venerando Olimpo!

EURÍPIDES.

Olimpo.

MNESÍLOCO.

¿Por qué a Andrómeda le han tocado con preferencia todos los males en suerte?

EURÍPIDES.

En suerte.

MNESÍLOCO.

¡Muerte mísera!

EURÍPIDES.

¡Muerte mísera!

MNESÍLOCO.

Me asesinas, vieja charlatana.

EURÍPIDES.

Vieja charlatana.

MNESÍLOCO.

A la verdad, estás insoportable.

EURÍPIDES.

Insoportable.

MNESÍLOCO.

Amigo mío, déjame lamentarme solo, y me darás gusto. Basta ya.

EURÍPIDES.

Basta ya.

MNESÍLOCO.

¡Vete al infierno!

EURÍPIDES.

¡Vete al infierno!

MNESÍLOCO.

¡Qué peste!

EURÍPIDES.

¡Qué peste!

MNESÍLOCO.

¡Qué necedad!

EURÍPIDES.

¡Qué necedad!

MNESÍLOCO.

Lo vas a sentir.

EURÍPIDES.

Lo vas a sentir.

MNESÍLOCO.

Y vas a clamar.

EURÍPIDES.

Y vas a clamar.

EL ARQUERO.

¡Eh, tú! ¿qué charlas?

EURÍPIDES.

¡Eh, tú! ¿qué charlas?

EL ARQUERO.

Llamaré a los Pritáneos.

EURÍPIDES.

Llamaré a los Pritáneos.

EL ARQUERO.

¡Es extraño!

EURÍPIDES.

¡Es extraño!

EL ARQUERO.

¿De dónde sale esa voz?

EURÍPIDES.

¿De dónde sale esa voz?

EL ARQUERO.

¿Hablas tú?

EURÍPIDES.

¿Hablas tú?

EL ARQUERO.

¡Cuidado!

EURÍPIDES.

¡Cuidado!

EL ARQUERO.

¿Te burlas de mí?

EURÍPIDES.

¿Te burlas de mí?

MNESÍLOCO.

Yo no, esa mujer que está junto a ti.

EURÍPIDES.

Que está junto a ti.

EL ARQUERO.

¿Dónde está esa bribona? ¡Ah, se escapa! ¿Adónde, adónde vas?

EURÍPIDES.

¿Adónde, adónde vas?

EL ARQUERO.

No te escaparás.

EURÍPIDES.

No te escaparás.

EL ARQUERO.

¿Aún charlas?

EURÍPIDES.

¿Aún charlas?

EL ARQUERO.

Coged a esa bribona.

EURÍPIDES.

Coged a esa bribona.

EL ARQUERO.

¡Gárrula y detestable mujer!

EURÍPIDES. (*Fingiéndose Perseo.*)

¡Oh dioses! ¿A qué bárbara región me ha traído mi rápido vuelo? Yo soy Perseo, que surcando el éter con mis alados pies, me encamino a Argos, llevando la cabeza de la Gorgona.

EL ARQUERO.

¿Qué dices de la cabeza de Gorgo el escribano?[158]

EURÍPIDES.

He dicho la cabeza de la Gorgona.

EL ARQUERO.

Pues bien, de Gorgo.

EURÍPIDES.

¡Ah! ¿Qué veo? ¿Una doncella semejante a las diosas encadenada a ese escollo como un navío en el puerto?[159]

MNESÍLOCO.

Extranjero, ten piedad de esta mísera, desata mis cadenas.

EL ARQUERO.

Cállate. ¡Habrá audacia como la suya! ¡Está para morir y aún charla!

EURÍPIDES.

¡Oh doncella! Muéveme a compasión el verte encadenada.

EL ARQUERO.

Si no es doncella; si es un viejo zorro, ladrón y canalla.

EURÍPIDES.

Tú desbarras, escita; esa es Andrómeda, la hija de Cefeo.

EL ARQUERO.

Míralo bien; ¿te parece todavía una doncella?[160]

EURÍPIDES.

Escita, dame la mano, para que me acerque a esa joven. Todos los hombres tenemos nuestro flaco; el mío es estar enamorado de esa virgen.

EL ARQUERO.

No te envidio el gusto. Puedes hacer de él lo que quieras, sin que tenga celos.

EURÍPIDES.

¿Por qué no me permites desatarla, y arrojarme en los brazos y en el tálamo de una esposa querida?

EL ARQUERO.

Si tan furiosamente adoras a ese anciano, esa tabla no debe ser obstáculo a tus deseos.[161]

EURÍPIDES.

¡Ah! voy a soltar sus ligaduras.

EL ARQUERO.

Y yo a majarte a palos.

EURÍPIDES.

Pues lo haré.

EL ARQUERO.

Pues te cortaré la cabeza con mi espada.

EURÍPIDES.

¡Ay! ¿Qué hacer? ¿Qué razones emplear? Ese bárbaro no las comprendería. Quien a ingenios rudos presenta pensamientos nuevos o ingeniosos, pierde sin fruto el tiempo.[162] Busquemos otro medio apropiado a su condición.

EL ARQUERO.

¡Zorro maldito! ¡Cómo trataba de engañarme!

MNESÍLOCO.

No olvides, Perseo, el infortunio en que me dejas.

EL ARQUERO.

Está visto que quieres llevar unos cuantos latigazos.

* * *

CORO.

Palas, amiga de los coros, yo te invoco obedeciendo al sagrado rito. Ven, casta doncella, libre del yugo de himeneo, protectora de nuestra ciudad, única guarda de su poder y de sus puertas. Apareces enemiga natural de los tiranos; el pueblo de las mujeres te llama; acude en compañía de la Paz, amiga de las fiestas.

Vosotras también, diosas augustas,[163] venid benévolas y propicias a vuestro sagrado bosque, donde la vista de los hombres no puede escudriñar los sagrados misterios; donde a la luz de las brillantes antorchas, mostráis vuestro rostro inmortal. Llegad, acercaos, os lo pedimos humildemente, venerandas Tesmóforas. Si alguna vez, accediendo a nuestros ruegos, os dignasteis venir, venid ahora también y no desoigáis

nuestros votos.

* * *

EURÍPIDES.

Mujeres, si queréis reconciliaros conmigo, consiento y me comprometo a no hablar mal de vosotras en adelante. Estas son mis condiciones de paz.

CORO.

¿Por qué motivo nos la propones?

EURÍPIDES.

El hombre que está atado a ese poste es mi suegro. Si me lo entregáis, no volveré a hablar mal de vosotras; pero si no accedéis, me propongo denunciar a vuestros maridos a su regreso de la guerra todas vuestras ocultas maquinaciones.

CORO.

Por lo que a nosotras toca, quedan aceptadas tus condiciones; pero tienes que persuadir a ese bárbaro.

EURÍPIDES.

Eso es cuenta mía. (*Vuelve disfrazado de vieja con una bailarina y una tañedora de flauta.*) Acuérdate, Elafión,[164] de hacer lo que te he dicho en el camino. Pasa adelante, y recógete el vestido. — Tú, Teredón, toca la flauta al modo pérsico.

EL ARQUERO.

¿Qué significa esa música? ¿Quién trata de excitarme?

EURÍPIDES. (*De vieja.*)

Arquero, esta muchacha necesita ejercitarse, pues tiene que ir a bailar

delante de unos hombres.

EL ARQUERO.

Que baile y se ejercite; yo no se lo he de impedir. ¡Qué ágil es! ¡Salta como una pulga en un pellejo de carnero!

EURÍPIDES.

Vamos, hija mía, quítate ese vestido; siéntate en las rodillas del escita, y alárgame los pies para que te descalce.[165]

EL ARQUERO.

Sí, sí, siéntate, niña mía. ¡Oh qué seno tan duro!

EURÍPIDES.

Toca pronto la flauta. ¿Aún te da miedo el escita?

EL ARQUERO.

¡Qué hermosísima es!

EURÍPIDES.

¡Orden, amigo mío!

EL ARQUERO.

Pues no quedaría descontenta.[166]

EURÍPIDES.

Bien. (*A la bailarina.*) Ponte el vestido: ya es hora de marchar.

EL ARQUERO.

¿Sin darme un beso?

EURÍPIDES.

Vamos, bésale.

EL ARQUERO.

¡Ajajá! ¡Qué boquita tan dulce! Ni la miel del Ática. Mas, ¿por qué no ha de pasar un rato conmigo?[167]

EURÍPIDES.

Adiós, arquero, eso no es posible.

EL ARQUERO.

Sí, sí, viejecita mía, hazme ese favor.

EURÍPIDES.

¿Me darás un dracma?

EL ARQUERO.

Sí, sí, te lo daré.

EURÍPIDES.

Pues venga el dinero.

EL ARQUERO.

No tengo un óbolo, pero toma mi carcaj.

EURÍPIDES.

Traerás aquí a la muchacha.

EL ARQUERO.

Sígueme, hermosa; tú, viejecita mía, guarda en tanto a ese anciano. ¿Cómo te llamas?

EURÍPIDES.

Artemisia.

EL ARQUERO.

No se me olvidará. Artamuxia.

(*Vase con la bailarina.*)

* * *

EURÍPIDES.

Astuto Mercurio, todo sale a pedir de boca. Corre, pobre muchacho,

corre con la bailarina, mientras yo le desato. — Tú, en cuanto te suelte, huye a toda prisa, y refúgiate en casa, entre tu mujer y tus hijos.

MNESÍLOCO.

Esa es cuenta mía, en cuanto me vea libre.

EURÍPIDES.

Ya lo estás. Ahora huye, antes de que venga el arquero y te sorprenda.

MNESÍLOCO.

Ya lo hago.

(*Se van Eurípides y Mnesíloco.*)

EL ARQUERO.

Viejecita mía, ¡qué hermosa hijita tienes! ¡Lo más dócil, lo más amable!... ¿Dónde está la vieja? ¡Ah, estoy perdido! ¿Adónde se ha ido el viejo? Vieja, viejecita mía, eso no está bien hecho. Artamuxia me ha engañado. Lejos de mí, maldito carcaj. Con razón te llaman así; por ti me ha engañado la vieja.[168] ¡Ay! ¿Qué haré? ¿Dónde está la viejecita? ¡Artamuxia!

CORO.

¿Preguntas por una vieja que llevaba una lira?

EL ARQUERO.

Sí, sí. ¿La habéis visto?

CORO.

Se marchó de aquí seguida de un viejo.

EL ARQUERO.

¿Un viejo con una túnica amarilla?

CORO.

Eso es. Aún podrás alcanzarlos si los persigues por ahí.

EL ARQUERO.

¡Maldita vieja! ¿Por cuál camino huyó? ¡Artamuxia!

CORO.

Sube todo derecho. ¿Adónde corres? Vuelve atrás: sigue la dirección contraria.

EL ARQUERO.

¡Pobre de mí! Y en tanto huye Artamuxia.

CORO.

Corre, corre. ¡Ojalá un viento favorable se te lleve... al infierno! Pero ya es hora de que cesen nuestros juegos y de retirarnos a nuestros hogares. ¡Plegue a las Tesmóforas sernos propicias en premio de nuestro trabajo!

FIN DE LAS FIESTAS DE CERES Y PROSERPINA.

* * *

Notas

1. Son los siguientes: 1.º Alusión a la derrota naval de Carmino (v. 805). 2.º Censura de los Senadores del año anterior, que se dejaron desposeer por los *cuatrocientos* y sustituir la democracia por la oligarquía, cuyos sucesos tuvieron ambos lugar en el año 413 antes de Cristo, vigésimo de la guerra, debiendo por consiguiente haberse representado *Las fiestas de Ceres* en el siguiente, o sea el 412 antes de nuestra era.

2. La edición que poseemos es la primera.

3. Locución proverbial. Como la golondrina indicaba la vuelta de la primavera, la estación más deseada del año, la frase del texto equivale a «cuándo vendrá el tiempo que esperamos.»

4. Por la agitación y el cansancio.

5. Parodia del *Orestes*, v. 81. Aristófanes no cesa de burlarse del tono sentencioso de Eurípides, y de sus pensamientos alambicados y conceptuosos.

6. Hay en esto alguna alusión a los muchos héroes de Eurípides que tenían igual defecto, como Belerofonte, Filoctetes y otros.

7. Poeta que, siendo aún muy joven, consiguió el premio en la tragedia tres años antes de la representación de *Las fiestas de Ceres*. Con este motivo obsequió a su maestro Sócrates y a sus amigos con el suntuoso banquete que dio su nombre al famoso diálogo de Platón, en el cual Aristófanes tiene parte muy principal. Los cómicos censuraban sus modales afeminados, y el excesivo tiempo que dedicaba al tocador.

8. βεβίνηκας.

9. Es decir que Agatón está haciendo una tragedia.

10. Palabra que imita el zumbido de un insecto, para indicar que las enfáticas expresiones del criado están vacías de sentido.

11. Μῶν βινεῖσθαι.

12. Καὶ λαικάζει.

13. *Obscæno sensu*.

14. Las fiestas de Ceres se celebraban en el mes Pianepson (noviembre).

15. Las fiestas de Ceres y Proserpina duraban cinco días, según se deduce de este pasaje. Mucho antes las mujeres se preparaban a celebrarlas, absteniéndose de los placeres conyugales, y comiendo con la mayor sobriedad. El objeto de estas solemnidades era conmemorar los beneficios que Ceres *Tesmófora* (legisladora) había concedido a los hombres dictándoles leyes prudentes y sabias. Solo las mujeres libres tenían derecho a concurrir a estas fiestas, de las cuales estaban excluidas las esclavas y los hombres. El culto de Proserpina se asociaba al de Ceres en recuerdo del amor que le profesaba su madre.

16. Ceres y Proserpina.

17. Agatón era introducido sobre la máquina destinada a la aparición de divinidades. Ya vimos en *Los Acarnienses* un juego escénico parecido.

18. Famosa cortesana. Mnesíloco toma a Agatón por Cirene, aludiendo a la disolución de sus costumbres.

19. Frase proverbial para indicar las cosas pequeñas y de poco vigor.

20. En toda la escena Agatón habla en el estilo campanudo y sesquipedálico de los malos

poetas trágicos y líricos.

21. En recuerdo de la antorcha que llevaba Ceres, buscando a Proserpina, robada por Plutón.

22. Este coro es el que Agatón ensayaba para representar en sus tragedias. El coro propio de esta comedia es el de las mujeres celebrando las fiestas Tesmoforias, que se presenta más tarde.

23. Troya.

24. Aristófanes supone que Agatón debía preferir el modo lidio, por ser el más adecuado a sus costumbres afeminadas.

25. Divinidades protectoras de la generación. Vide *Lisístrata*, al principio, nota.

26. *Ita ut audienti mihi podicem ipsum subierit tililatio.*

27. Drama satírico, que formaba parte de una tetralogía de Esquilo, titulada la *Licurgia*. Su principal personaje era Licurgo, rey de los Edonios, que se atrevió a burlarse de Baco cuando regresó a Tracia vencedor de las Indias. Su falta fue severamente castigada. Los títulos de las tres tragedias eran *Los Edones*, *Los Basárides* y *Los Jóvenes*.

28. *At ubi penis*?

29. *Hic de venerea quadam statura agitur, de qua sæpius apud Aristophanem*. Hay además una alusión satírica a Eurípides, que pinta a Fedra sumamente aficionada a la caza y los caballos.

30. Solo se conservan de este género de dramas, privativo de los griegos, el *Cíclope* de Eurípides, cuya traducción al castellano hemos publicado en este mismo año.

31. *Arrecto veretro*. Los dramas satíricos eran casi tan licenciosos como las comedias.

32. Íbico, natural de *Regium*, floreció en el siglo VI antes de nuestra era, y se distinguió por sus poesías líricas, con tendencias épicas, como las de Estesícoro.

33. Horacio nos presenta con una sola, pero magistral pincelada las costumbres a que Aristófanes alude.

34. Poeta trágico, citado ya con elogio en *Las Avispas*, 220, 269; y en *Las Aves*, 750.

35. Véanse *Las Avispas*, v. 462 y nota; y *Las Aves*, 281, 1293.

36. Hijo de Cárcino. Véanse *Las Avispas*, 1510, y nota, y *La Paz*, 792.

37. Véase *Los Acarnienses*, v. 11 y 140.

38. Verso del *Eolo*, de Eurípides.

39. Fragmento de la *Alceste*, de Eurípides.

40. *Obscœno sensu*.

41. Βινεῖσθαι μὲν οὖν.

42. *Mos erat veteribus barbam navacula radere; pudendorum autem pilos admota flamma amburere*.

43. En él se refugiaban los suplicantes. Las Euménides, o benéficas, son las furias, llamadas así después del juicio de Orestes. Su templo estaba próximo al Areópago.

44. En el original hay un equívoco: ψιλός significa *afeitado* y *soldado armado a la ligera*.

45. Alusión a las costumbres afeminadas de Clístenes, uno de los personajes de esta comedia.

46. *Caudæ cave nunc extremæ*.

47. *Suavem odorem mentulæ spirat*.

48. El adorno de las piernas lo constituían generalmente anillos de más o menos círculos. (Vid. Winckelmann, *Histoire de l'art chez les anciens*, tom. I, pág. 544.)

49. Tocado de mujer.

50. Alusión obscena.

51. Sobre la máquina en que está a guisa de deidad.

52. Verso de la *Melanipe* de Eurípides.

53. De diferente manera se ha entendido esta alusión. El escoliasta opina que Aristófanes se refiere a un Hipócrates ignorante, padre de tres hijos cuyo idiotismo era casi proverbial, y en este caso la frase del suegro de Eurípides equivale a decir que tanto se le importa de Júpiter como de la imbécil familia a que se refiere. Otros, siguiendo a Littré en su traducción de Hipócrates, creen que el poeta alude al célebre médico, que había empleado el éter como medio terapéutico.

54. Parodia del verso 612 del *Hipólito* de Eurípides, cuya peligrosa doctrina causó verdadero escándalo en Atenas: *La lengua ha jurado, el alma no*.

55. Hablando con Trata, esclava de que se hace acompañar Mnesíloco.

56. *Ad phallum*.

57. Las esclavas esperaban a la puerta del templo para recibir las órdenes de sus señoras, como se desprende de un pasaje posterior.

58. Una mujer hace de heraldo, porque ningún hombre podía intervenir en las Tesmoforias. Toda la siguiente escena es parodia de las formalidades observadas en la asamblea popular.

59. Dios de las riquezas.

60. Nodriza de Ceres: otros creen que es un sobrenombre de Ceres, y otros de Proserpina, significativo de su influencia en el buen desarrollo del feto durante la gestación. Llamábase así uno de los cinco días de las Tesmoforias.

61. Sobrenombre de Ceres, que, como su etimología indica (κοῦρος, *muchacho*; τρέφειν, *nutrir*), presidía al desarrollo del cuerpo en los niños y adolescentes mediante los alimentos que hace producir a la tierra.

62. Apolo.

63. Minerva. Traducimos ojos *cerúleos* el célebre y tradicional epíteto γλαυκῶπις, lit.: *ojos de lechuza*. Hermosilla traduce, *brillantes*. (Vid. Su versión de la *Ilíada* de Homero, libro IV.)

64. Diana.

65. Eurípides es citado, al lado de los Medas, como enemigo irreconciliable.

66. Medidas de capacidad. El χοῦς, *congius*, equivale a 3,24 litros; y la κοτίλη, *cotylus*, a 0,27.

67. Fórmula de los decretos.

68. Fórmula ya empleada en *Los Acarnienses*, v. 45.

69. Como acostumbraban a hacerlo los oradores.

70. Aristófanes echa continuamente en cara a Eurípides el humilde oficio de su madre.

71. Era costumbre entre los enamorados antiguos el hacerse regalos de coronas, aves, frutas, mechoncitos de cabellos, etc.

72. Estenebea, en la tragedia de Eurípides que lleva este título, creyendo muerto a Belerofonte, decía constantemente, cuando se le caía alguna cosa: «Para el extranjero de Corinto.» A esto alude Aristófanes.

73. Por suponerla encinta.

74. Verso del *Fénix* de Eurípides, tragedia perdida.

75. De este pasaje se deduce que los maridos celosos no se contentaban con echar el cerrojo a las habitaciones de sus mujeres, sino que además sellaban las puertas.

76. Perros originarios del Epiro, sumamente corpulentos.

77. Los herreros lacedemonios tenían fama de muy hábiles. Plauto habla también de una llave lacedemonia en la *Mostellaria*, II, I, 57.

78. Difíciles de ser falsificados.

79. Varias veces citado, v. *Las Avispas*, 1510.

80. En los sacrificios, banquetes y asambleas se hacía mucho gasto de coronas.

81. Acusación de ateísmo completamente infundada. Si los personajes de Eurípides vierten alguna frase impía, es en el arrebato de una pasión que la hace disculpable.

82. Por que ya no se gastan coronas en los sacrificios.

83. Remedio contra el cólico.

84. Para que no hicieran ruido. En Plauto (*Curculio*, I, 3) se lee igualmente:

85. A la entrada de las casas había un altar en forma de columna, consagrado a Apolo.

86. Porque el perfume no es el más a propósito para galanteos.

87. *Tum etiam mentula tuæ similis, tortuosa instar nucamenti pinei*.

88. Parodia de un fragmento del *Télefo* de Eurípides.

89. El proverbio dice: *un escorpión*. Aristófanes, al sustituir esta palabra por orador, da a entender que estos eran tan venenosos y temibles.

90. Hija de Cécrope y sacerdotisa de Minerva, por la cual solían jurar las atenienses. En venganza de haber estorbado por celos los amores de Mercurio con Herse, hermana suya, fue transformada en piedra. Hubo otra Aglaura, hija de Acteo, rey del Ática, la cual llevó este reino en dote a su esposo Cécrope.

91. *Hujus depilabimus cunnum. — Ad vulsuram utuntur cinere, ut pili firmius deprehendi possint*.

92. Mujer de Teseo que, enamorada de su hijastro Hipólito, le acusó de haber alentado a su

honor, causando de este modo su muerte. Este es el asunto de la tragedia de Eurípides titulada *Hipólito*, que Racine presentó con el de *Fedra*.

93. Hija de Eolo, seducida por Neptuno, de quien tuvo dos hijos. Su padre, para castigar su debilidad, la mandó sacar los ojos. Este era el asunto de otra tragedia de Eurípides, en la cual el carácter de mujer verdaderamente odioso es el de Teano, hija de Metaponte, rey de Icaria.

94. Mujer de Ulises, cuya proverbial fidelidad es bien conocida (V. *Odisea, passim.*)

95. Sobre estas fiestas véase la nota al verso 146 de *Los Acarnienses*.

96. Bajo la bañera había un hueco bastante grande que se llenaba de vapor caliente, para mantener la temperatura del baño.

97. Para reñir con más desembarazo.

98. *Cacare*.

99. Se atribuía a los berros esta propiedad.

100. Demo del Ática, donde nació el orador Esquines, rival de Demóstenes.

101. Durante las fiestas de Ceres las mujeres se alojaban de dos en dos en tiendas levantadas junto al templo de la diosa.

102. *Quo penem trudis deorsum*?

103. *Prominet, el optimi coloris est.* — La traducción latina de lo suprimido en el texto es:

104. Estas pesquisas eran un motivo para que el coro ejecutase las danzas de costumbre.

105. Nombre de la plaza donde tenían lugar las asambleas populares, aplicado aquí al templo de Ceres, como apelativo de todo punto de reunión.

106. Parodia de alguna tragedia de Eurípides. El altar es el de Ceres, junto al cual se ha refugiado.

107. Nombre de una esclava.

108. Vestido corto y de tela ligera.

109. La fiesta de las copas y las Dionisiacas estaban consagradas a Baco; por eso prefiere Mnesíloco estas solemnidades a otras para enterarse de la edad del pellejo de vino.

110. Sin duda había cerca alguna estatua de Apolo.

111. Al decir estas palabras desata el pellejo y corre el vino.

112. El vestidillo cretense. Según el rito, la piel de la víctima pertenecía al sacrificador.

113. Le arroja el vestido que envolvía el odre.

114. Hay en griego un equívoco, pues la frase puede entenderse: «¿quién te ha quitado la virginidad?»

115. Título de una tragedia de Eurípides. En ella Eax, hermano de Palamedes, escribe la muerte de este sobre unos remos y los arroja al mar, esperando que alguno de ellos llegará a poder de su padre Nauplio, y le hará saber la triste noticia. Aristófanes se burla de esta clase de correos.

116. La palabra κακόν, *peste* o *calamidad*, se repite tantas veces parodiando un discurso de Hipólito en la tragedia de Eurípides del mismo título. (Versos 612 y siguientes.)

117. General derrotado en una batalla naval, cerca de la isla Sime, contra el lacedemonio Astioco, el año vigésimo de la guerra. Aristófanes lo opone a Nausímaca, nombre de una cortesana, escogido de intento, por significar, atendiendo a sus raíces componentes, *combate naval* (ναῦς, *nave*, y μάχη, *combate*).

118. General detestable y mal reputado. Era uno de los demagogos más influyentes, y acérrimo partidario de la guerra. Platón el Cómico dio su nombre a una de sus piezas, en que se le hacía hijo de una mujer de Tracia, llamada Tratta. En *Las Ranas*, 679, 681 y , vuelve a ser citado. Salabacca era una cortesana, con la cual comparó Aristófanes a Cleón. (Véase *Los Caballeros*.)

119. Nombres alegóricos para indicar la decadencia de las armas atenienses. Aristómaca (ἀρίστη, *excelente*; μάχη, *combate*) designa la gloriosa batalla de Maratón; y Estratónice (στράτος, *ejército*, νίκη, *victoria*) vale tanto como victoria del ejército.

120. Otro nombre alegórico (εὖ, *bien*, βουλή, *consejo*) forjado para poner de relieve la desacertada conducta de los senadores que cedieron ante el gobierno de los Cuatrocientos, y permitieron la abolición de la democracia. (Véase Tucídides, VIII, 68, 72.)

121. El taxiarco mandaba ciento veintiocho hombres, y era el jefe del batallón que suministraba cada tribu.

122. Llamábase así al que mandaba un cuerpo de ejército.

123. Fiestas que se celebraban en memoria de la vuelta de Ceres.

124. Fiestas llamadas así del σκίρον, *dosel*, bajo el cual eran llevadas procesionalmente las estatuas de Minerva, Ceres, Proserpina, el Sol y Neptuno.

125. El mismo general de quien se burló en *Los Acarnienses* por su afición a la guerra. Aquí le hace ya justicia.

126. El demagogo exvendedor de lámparas, tantas veces atacado por Aristófanes.

127. Τόκον en el original significa *interés del dinero* y *feto*.

128. Dos versos están tomados textualmente de la *Helena* de Eurípides; el tercero está parodiado. — La sirmea era una planta, que se duda si era astringente o purgante. — Llama irónicamente blanco al Egipto, burlándose del epíteto de *negro* que era de rigor al hablar del limo del Nilo.

129. *Helena*, versos 16 y 17.

130. Ateniense de mala reputación. Fue también atacado por Aristófanes en el *Anfiarao*, y por Eupolis en sus *Demos*.

131. Verso 22 de la *Helena* de Eurípides.

132. *Helena*, 52.

133. Verso 49.

134. Verso 68. En la tragedia de Eurípides, Teucro y no Menelao es quien hace esa pregunta.

135. *Helena*, 459. Es de advertir que algunos versos están ligeramente parodiados.

136. Rey de Egipto.

137. La mujer cree que se trata de Próteas, general ateniense.

138. Verso 467 de la *Helena* ligeramente parodiado mediante la agregación de la palabra ἐξώπιος, *fuera del alcance de la vista*, que Eurípides empleaba con cierta frecuencia.

139. *Helena*, 466.

140. *Helena*, 62.

141. Demo del Ática.

142. La respuesta de Mnesíloco y las siguientes de Eurípides están tomadas de la *Helena*, 557 y siguientes.

143. *Helena*, verso 563, parodiado en su última palabra para aludir al oficio de la madre de

Eurípides.

144. La palabra griega significa también «emplear astucias», porque los egipcios tenían fama de pérfidos.

145. Hombre arruinado cuya miseria le obligaba a ayunar más a menudo de lo que quería.

146. Apolo y Diana.

147. Sobrenombres de Baco. *Evio* (εὖ, *bien*; υἱέ, *hijo mío*), porque Júpiter le animaba con esa voz en la guerra de los gigantes. Después fue la exclamación de las Bacantes, ¡*Evohé*!, repetidas muchas veces en los himnos a Baco. *Dionisio* se le llamó por haber sido criado en Nisa, y *Bromio*, de βρέμω, *hacer ruido*, o por haber nacido al estampido del trueno, o por el estruendo y alboroto con que celebran sus fiestas.

148. El arquero, como escita, se expresa en un griego lleno de barbarismos. Como se comprende, las gracias que de esto pudieran resultar son intraducibles. Y el tratar de ofrecer otras equivalentes, aun dado que lo consiguiéramos, sería en cierto modo falsificar el original.

149. Tendido a su lado.

150. Título de una tragedia de Eurípides, uno de cuyos personajes, conforme a la conocida fábula en que estaba basada, era Perseo.

151. Perseo volvía del país de las Gorgonas, volando sobre el caballo Pegaso, cuando distinguió encadenada a un escollo a Andrómeda, expuesta a la voracidad de un monstruo marino. Conmovido por su desgracia, petrificó al monstruo presentándole la cabeza de Medusa, y libertó a la infeliz princesa, con la cual se casó.

152. Implora a la ninfa Eco.

153. Mnesíloco habla unas veces por cuenta propia y otras fingiéndose Andrómeda.

154. Glotón famoso.

155. Señalando al escita.

156. Rey de Etiopía. Viose obligado a exponer a su hija Andrómeda, para aplacar las iras de Neptuno, que había inundado su reino y enviado un monstruo marino para devastarlo. El motivo de estas desgracias fue el haberse jactado su mujer Casiopea de ser más hermosa que las Nereidas y que la misma Juno.

157. Al representarse una tragedia en la cual Eco era uno de los personajes.

158. Alusión cuya intención no aparece clara.

159. Comparación frecuente en los trágicos.

160. *Specta penem hunc; num tibi parvus videtur*?

161. Hay en el original expresiones intraducibles, por lo obscenas.

162. Palabras de Eurípides en la *Medea*, 301.

163. Ceres y Proserpina.

164. Nombre de la bailarina, significativo de su ligereza, pues significa *cervatillo*.

165. Se comprenderá adónde van a parar todos estos manejos al parecer indiferentes.

166. *Attamen pulchra est species arrectæ hujus mentulæ*.

167. ¿*Quare non concumbit mecum*?

168. En el original hay un juego de palabras intraducible, no solo por no tener equivalente en castellano, sino por su obscenidad.

Las Ranas

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Baco, en cuyo honor se celebraban los certámenes trágicos y cómicos por haber tenido origen en sus fiestas, cansado de las malísimas tragedias que se representaban después de la muerte de Sófocles y Eurípides, se decide a descender al infierno en busca de un buen poeta. Para conseguir su objeto, y recordando que Hércules había ya realizado empresa tan peligrosa, llama al templo de este héroe, y después de adquirir las noticias necesarias para el viaje, parte acompañado de su esclavo Jantias y disfrazado con la piel de león y la clava de Alcides.

Al llegar a la laguna Estigia, Caronte le admite en su barca, y durante el trayecto óyese el canto de las ranas, que graznan a su sabor, insultando con su estrepitosa alegría las molestias que el dios experimenta. Este episodio completamente desligado de la comedia es, sin embargo, el que le da título.

Después de varias peripecias que ponen de manifiesto la cobardía de Baco, y de sufrir este los insultos y malos tratamientos de dos taberneras y Éaco, que le confunden con Hércules, penetra en el palacio de Plutón, precisamente cuando todo el infierno se halla conmovido por una terrible disputa entre Esquilo y Eurípides, a causa de pretender este ocupar el trono de la tragedia. Baco es elegido juez, y ambos rivales, en una larga escena interesantísima bajo el punto de vista de crítica literaria, se echan en cara todos los vicios y defectos de sus obras. Cansado Esquilo de las sutilezas y argucias de su adversario, propone la prueba decisiva de pesar los versos de uno y otro en una balanza, y consigue un triunfo completo. En vista de lo cual, Baco se lo lleva a la tierra, desentendiéndose del compromiso contraído con Eurípides; y Esquilo, al partir, entrega el cetro trágico a Sófocles, que ha presenciado la discusión con un silencio lleno de modestia.

El objeto principal de *Las Ranas*, como de la breve exposición de su argumento se deduce, es atacar el sistema dramático de Eurípides, en el cual veía Aristófanes iniciarse la decadencia de la tragedia. Los más perspicaces críticos modernos no han podido menos de reconocer lo justificado de sus censuras, que en esta comedia rara vez se apartan de aquella decencia y miramiento poco frecuentes en otras del mismo autor. Fuera, en efecto, de alguna que otra maligna alusión al oficio de la madre de Eurípides y a las relaciones de Cefisofonte con su esposa, y de cierta violencia en la censura, natural en boca de Esquilo, a quien se pinta terriblemente irritado, cuanto se dice respecto al rebajamiento de los caracteres, del estilo y de los asuntos, a la inmoralidad de muchas de las fábulas y sentencias, al alambicamiento y sutileza de los pensamientos, a las

sofísticas y antitrágicas discusiones y a la poca habilidad y verosimilitud en la exposición y desarrollo de la acción, es indudablemente cierto, y como tal ha sido reconocido por los más entusiastas admiradores de Eurípides.

Otra de las cosas que llaman la atención en *Las Ranas* de Aristófanes es la burla que en ella se hace de varias divinidades del Olimpo, y muy especialmente de Baco, cuya fiesta se solemnizaba con la representación de esta comedia. El dios tutelar del arte dramático aparece cobarde y fanfarrón, y sujeto a las contingencias del más débil de los mortales; y su hermano, el esforzado Alcides, da muestras de aquella glotonería, por la cual ya le vimos caracterizado en *Las Aves*.

A pesar de que el objeto de Aristófanes bien claro está, como queda dicho, que no es otro que satirizar a dioses y poetas, algunos han querido encontrar una intención política más profunda y trascendental en *Las Ranas*, creyendo que su fin era censurar al gobierno ateniense porque abría demasiado la mano en la cuestión de admitir en su seno esclavos y extranjeros. Mas aunque es cierto que el poeta toca repetidas veces este punto en su comedia, no lo es menos que lo hace solo de pasada, sin manifestar que su intención principal sea esa.

Las Ranas se representaron, según indican sus prologuistas griegos y se desprende de diferentes pasajes[1] de la misma, el año 406 antes de Jesucristo, correspondiente al vigesimosexto de la guerra. Agradó tanto a los espectadores, que, no contentos con darle la preferencia sobre otras dos de Platón y Frínico, le concedieron el honor raro y singular de pedir una segunda representación.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Jantias.

Baco.

Hércules.

Un Muerto.

Caronte.

Coro de Ranas.

Coro de Iniciados.

Éaco.

Una Criada de Proserpina.

Dos Taberneras.

Eurípides.

Esquilo.

Plutón.

* * *

La escena pasa al principio en el camino de Atenas a los Infiernos; después en los Infiernos mismos.

* * *

LAS RANAS.

* * *

JANTIAS.

¿Diré, dueño mío, alguno de esos chistes de cajón que siempre hacen reír a los espectadores?

BACO.

Di lo que se te antoje, excepto el consabido: «No puedo más.»[2] Pues estoy harto de oírlo.

JANTIAS.

¿Y algún otro más gracioso?

BACO.

Con tal que no sea el «estoy hecho pedazos.»

JANTIAS.

¿Entonces no he de decir ninguna agudeza?

BACO.

Sí, por cierto, y sin ningún temor. Solo te prohíbo...

JANTIAS.

¿Qué?

BACO.

Decir, al cambiar el hato de hombro, que no puedes aguantar cierta necesidad.[3]

JANTIAS.

¿Tampoco que si alguno no me alivia de este enorme peso, tendré que dar suelta a algún gas?[4]

BACO.

Nada de eso, te lo suplico: a no ser cuando tenga que vomitar.

JANTIAS.

No sé entonces qué necesidad había de echarme al hombro esta carga,

para no poder hacer ninguna de aquellas cosas tan frecuentes en Frínico,[5] Licis[6] y Amipsias,[7] que siempre introducen en sus comedias mozos de cordel.

BACO.

No hagas tal; porque cuando yo me siento entre los espectadores y miro invenciones tan vulgares, envejezco más de un año.

JANTIAS.

¡Desdichado hombro mío! Sufres y no se te permite hacer reír.

BACO.

¿No es esto el colmo de la insolencia y de la flojedad? Yo, Baco, hijo del ánfora,[8] voy a pie y me fatigo, mientras le cedo a ese sibarita mi asno para que vaya a su gusto y no tenga nada que llevar.

JANTIAS.

Pues qué, ¿no llevo yo nada?

BACO.

¿Cómo has de llevar si eres llevado?

JANTIAS.

Sí, con este equipaje encima.

BACO.

¿Cómo?

JANTIAS.

Que pesa mucho.

BACO.

¿Pero dejará de llevar el asno lo que tú llevas?

JANTIAS.

Por Júpiter, lo que yo llevo no lo lleva él.

BACO.

Pero ¿cómo puedes llevar nada, siendo llevado por otro?

JANTIAS.

No lo sé; pero lo cierto es que mi hombro no puede resistir más.

BACO.

Pues aseguras que el asno no te sirve de nada, cárgate el asno y llévalo a tu vez.

JANTIAS.

¡Triste de mí! ¿Por qué no estuve en la última batalla naval?[9] Ya me hubieras pagado esa bromita.

BACO.

Apéate, bribón; voy a llamar a esta puerta, donde tengo que hacer mi primera parada. ¡Esclavo! ¡Eh! ¡Esclavo![10]

* * *

HÉRCULES.

¿Quieres derribar la puerta? Quienquiera que sea, llama como un centauro.[11] Vamos, ¿qué ocurre?

BACO.

¡Jantias!

JANTIAS.

¿Qué?

BACO.

¿No has advertido?

JANTIAS.

¿El qué?

BACO.

El miedo que le he dado.

JANTIAS.

¡Bah! Tú estás loco.

HÉRCULES.

Por Ceres, no puedo contener la risa; por más que me muerdo los labios, sin embargo me río.

BACO.

Acércate, amigo mío; te necesito.

HÉRCULES.

¡Oh! Me es imposible no soltar la carcajada, al ver una piel de león debajo de una túnica amarilla.[12] ¿Qué intentas? ¿Qué tienen que ver la maza y los coturnos? ¿Por qué país has viajado?

BACO.

Me embarqué en el Clístenes.[13]

HÉRCULES.

¿Y diste una batalla naval?

BACO.

Ya lo creo, y echamos a pique doce o trece naves enemigas.

HÉRCULES.

¿Vosotros?

BACO.

Por Apolo te lo juro.

HÉRCULES.

Y entonces me desperté.[14]

BACO.

Estaba yo en la nave, leyendo para mí la *Andrómeda*,[15] cuando de repente se apodera de mi corazón un vivo deseo...

HÉRCULES.

¿Un deseo? ¿De qué especie?

BACO.

Pequeñito, como Molón.[16]

HÉRCULES.

¿De una mujer?

BACO.

No.

HÉRCULES.

¿De un muchacho?

BACO.

Ni por pienso.

HÉRCULES.

¿Entonces de un hombre?

BACO.

Eso es.

HÉRCULES.

Como estabas con Clístenes...

BACO.

No te burles, hermano mío; me siento mal de veras; el tal deseo me martiriza.

HÉRCULES.

Pero, hermanito, sepamos cuál es.

BACO.

No puedo revelártelo, pero te lo daré a entender por medio de un enigma. Di, ¿no te ha asaltado alguna vez un repentino deseo de comer puches?

HÉRCULES.

¿De puches? Ya lo creo: mil veces en mi vida.[17]

BACO.

¿Comprendes bien? ¿O me explico más?

HÉRCULES.

Lo que es de los puches, no tienes que decir más; lo entiendo perfectamente.

BACO.

Pues bien, tal es el deseo que me devora por Eurípides...

HÉRCULES.

¿Por un muerto?[18]

BACO.

Y ningún hombre me disuadirá de que vaya a buscarle.

HÉRCULES.

¿A los profundos infiernos?

BACO.

Y más abajo, si es preciso.

HÉRCULES.

Pero, ¿para qué lo necesitas?

BACO.

Me hace falta un buen poeta,[19] y no hay ninguno, pues los vivos todos son detestables.

HÉRCULES.

¡Cómo! ¿Ha muerto Iofonte?[20]

BACO.

Ese es el único bueno que resta; si es que él es el bueno, pues tengo mis dudas sobre el particular.

HÉRCULES.

Ya que tienes absoluta necesidad de sacar algún poeta de los infiernos, ¿por qué no te llevas a Sófocles, que es superior a Eurípides?

BACO.

No, antes quiero probar a Iofonte y ver lo que puede hacer sin Sófocles. Además, como Eurípides es muy astuto, desplegará todos sus ardides para escaparse conmigo, mientras que el otro es tan sencillote allí como aquí.[21]

HÉRCULES.

Y Agatón,[22] ¿dónde está?

BACO.

Aquel buen poeta y amigo querido me abandonó y partió.

HÉRCULES.

¿Adónde se fue el mísero?

BACO.

Al banquete de los bienaventurados.[23]

HÉRCULES.

¿Y Jenocles?[24]

BACO.

¡Qué el cielo le confunda!

HÉRCULES.

¿Y Pitángelo?[25]

JANTIAS.

¡De mí ni una palabra! Y se me está hundiendo el hombro.[26]

HÉRCULES.

¿Pero no componen también tragedias otros diez mil mozalbetes infinitamente más habladores que Eurípides?

BACO.

Esos son ramillos sin savia, verdaderos poetas-golondrinas, gárrulos e insustanciales, peste del arte, que en cuanto la Musa trágica les concede el más pequeño favor lanzan de una vez todo su talento, y caen extenuados de fatiga. ¡Oh! Por mucho que busques, no hallarás uno de esos vates fecundos que seducen con sus magníficas palabras.

HÉRCULES.

¿Cómo fecundos?

BACO.

Sí, fecundos y capaces de inventar estas atrevidas expresiones: «el éter, habitacioncita de Júpiter»,[27] «el pie del tiempo»,[28] «el corazón no quiere jurar,[29] pero la lengua perjura sin la complicidad del corazón.»

HÉRCULES.

¿Y eso te gusta?

BACO.

Estoy más que loco por ellas.

HÉRCULES.

Si son necedades, tú mismo lo conoces.

BACO.

«No habites en mi espíritu: ya tienes tú tu casa.»[30]

HÉRCULES.

Pues todo eso es lo más detestable.

BACO.

En comer me podrás dar lecciones.[31]

JANTIAS.

¡De mí ni una palabra![32]

BACO.

Escucha ahora la razón de haberme vestido como tú. Es para que me digas, por si tengo necesidad, los huéspedes que te acogieron cuando fuiste a buscar al Cerbero. Indícamelos, y también los puertos, panaderías, lupanares, paradores, posadas, fuentes, caminos, ciudades, figones, y las tabernas donde haya menos chinches.

JANTIAS.[33]

¡De mí ni una palabra!

HÉRCULES.

¿Te atreverás a ir, temerario?

BACO.

No hables una palabra en contra de mi proyecto; indícame solamente el camino más corto para ir al infierno: un camino que ni sea demasiado caliente, ni demasiado frío.

HÉRCULES.

¿Cuál camino te indicaré el primero? ¿Cuál? ¡Ah! Este: coges un banquillo y una soga, y te cuelgas.

BACO.

¡Otro! Ese es asfixiante.

HÉRCULES.

Hay otro camino muy corto y muy trillado: el del mortero.[34]

BACO.

¿Te refieres a la cicuta?

HÉRCULES.

Precisamente.

BACO.

Ese es frío y glacial: en seguida se hielan las piernas.[35]

HÉRCULES.

¿Quieres que te diga uno muy rápido y pendiente?

BACO.

Sí, sí, por cierto; pues no soy muy andarín.

HÉRCULES.

Vete al Cerámico.[36]

BACO.

¿Y después?

HÉRCULES.

Sube a lo alto de la torre...

BACO.

¿Para qué?

HÉRCULES.

Ten fijos los ojos en la antorcha, hasta que se dé la señal; y cuando los espectadores te manden que la tires, te arrojas tú mismo.

BACO.

¿Adónde?

HÉRCULES.

Abajo.

BACO.

Y me romperé las dos membranas del cerebro. No me gusta ese camino.

HÉRCULES.

¿Pues cuál?

BACO.

Aquel por donde tú fuiste.

HÉRCULES.

Pero es sumamente largo. Lo primero que encontrarás será una laguna inmensa y profundísima.

BACO.

¿Cómo la atravesaré?

HÉRCULES.

Un barquero viejo te pasará en un botecillo, mediante el pago de dos óbolos.

BACO.

¡Oh, qué poder tienen en todas partes los dos óbolos![37] ¿Cómo han llegado hasta allí?

HÉRCULES.

Teseo[38] los llevó. Después verás una multitud de serpientes y monstruos horrendos.

BACO.

No trates de meterme miedo y aterrarme; no me disuadirás.

HÉRCULES.

Luego un vasto cenagal, lleno de inmundicias, y sumergidos en él todos los que faltaron a los deberes de la hospitalidad, los que negaron el salario a su bardaje, y los que maltrataron a su madre, abofetearon a su

padre o copiaron algún pasaje de Mórsimo.[39]

BACO.

A esos deberían agregarse todos los que aprendieron la danza pírrica de Cinesias.[40]

HÉRCULES.

Más lejos encantará tus oídos el dulce sonido de las flautas; verás bosquecillos de mirtos iluminados por una luz purísima como la de aquí; encontrarás grupos bienaventurados de hombres y mujeres, y escucharás alegres palmoteos.

BACO.

Y esos, ¿quiénes son?

HÉRCULES.

Los iniciados...[41]

JANTIAS.

Y yo el asno portador de los misterios;[42] pero, por Júpiter, no los llevaré más.

HÉRCULES.

Que te dirán todo cuanto necesites, pues habitan en el mismo camino, junto a la puerta del palacio de Plutón. Conque, hermano mío, feliz viaje.

* * *

BACO.

¡Adiós! Y que Júpiter te oiga. (*A Jantias.*) Vuelve a cargarte el hato.

JANTIAS.

¿Antes de habérmelo descargado?

BACO.

Y a escape.

JANTIAS.

No, no, te lo suplico: más vale que te ajustes con algún muerto de los que necesariamente tienen que recorrer este camino.

BACO.

¿Y si no lo encuentro?

JANTIAS.

Entonces llévame.

BACO.

Tienes razón. Ahí traen precisamente a un muerto. ¡Eh, tú, a ti te digo, el muerto! ¿Quieres llevar un hatillo a los infiernos?

* * *

UN MUERTO.

¿Es pesado?

BACO.

Míralo.

EL MUERTO.

¿Me pagarás dos dracmas?

BACO.

¡Oh, no! Menos.

EL MUERTO.

Adelante, sepultureros.

BACO.

Espera un poco, amigo mío, para ver si podemos arreglarnos.

EL MUERTO.

Si no me das dos dracmas, excusas de hablar.

BACO.

Toma nueve óbolos.[43]

EL MUERTO.

¡Antes resucitar!

JANTIAS.

¡Qué soberbio es el maldito! ¿Y no se le castigará? Iré yo mismo.

BACO.

Eres un buen muchacho. Dirijámonos a la barca.

* * *

CARONTE.

¡Hoop! Aborda.

JANTIAS.

¿Qué es eso?

BACO.

Es la laguna de que nos ha hablado Hércules; ya veo la barca.

JANTIAS.

Por Neptuno, ese es Caronte.

BACO.

¡Salud, Caronte! ¡Salud, Caronte! ¡Salud, Caronte![44]

CARONTE.

¿Quién viene del país de las miserias y cuidados a los campos del reposo y del Leteo, a trasquilar la lana de los asnos,[45] a la morada de los cerberios,[46] a los infiernos y al Ténaro?[47]

BACO.

Yo.

CARONTE.

Entra al punto.

BACO.

¿Adónde nos vas a llevar? ¿Al infierno, de veras?

CARONTE.

Sí, por Júpiter, para servirte. Vamos, entra.

BACO.

Ven acá, muchacho.

CARONTE.

No paso al esclavo si no ha combatido en alguna batalla naval por salvar el pellejo.[48]

JANTIAS.

No pude, porque tenía entonces los ojos malos.

CARONTE.

Pues tienes que dar la vuelta a la laguna.

JANTIAS.

¿Y dónde me detengo?

CARONTE.

En la piedra de Aveno,[49] junto a las posadas.

BACO.

¿Has entendido?

JANTIAS.

Perfectamente. ¡Qué desgraciado soy! Sin duda al salir de casa tuve algún encuentro de mal agüero.

(*Vase.*)

* * *

CARONTE.

(*A Baco.*) Siéntate al remo. — Si hay algún otro que desee pasar, que se apresure. — ¡Eh, tú! ¿Qué haces?[50]

BACO.

¿Qué he de hacer? Me he sentado sobre el remo como me has dicho.

CARONTE.

Colócate ahí, panzón.

BACO.

Ya estoy.

CARONTE.

Adelanta los brazos; extiéndelos.

BACO.

Ya están.

CARONTE.

¡Basta de tonterías! Rema vigorosamente.

BACO.

¿Cómo he de poder remar si no conozco este oficio, ni he estado nunca en Salamina?

CARONTE.

Facilísimamente; porque en cuanto cojas el remo vas a oír bellísimos cánticos.

BACO.

¿De quién?

CARONTE.

De las ranas, émulas de los cisnes; ¡son deliciosos!

BACO.

Ea, manda la maniobra.

CARONTE.

¡Hoop, op! ¡Hoop, op!

* * *

LAS RANAS.[51]

Brekekekex, coax, coax; brekekekex, coax, coax. Húmedas hijas de los pantanos, mezclemos nuestro cántico sonoro a los dulces sonidos de las flautas, coax, coax; repitamos los himnos que en honor de Baco Niseo,[52] hijo de Júpiter, entonamos en la sagrada fiesta de las ollas,[53] cuando la multitud embriagada se dirige a nuestro templo del pantano.[54] Brekekekex, coax, coax.

BACO.

Principian a dolerme las nalgas, carísima coax, coax. — Pero a vosotras no se os importa nada.

LAS RANAS.

Brekekekex, coax, coax.

BACO.

¡Así reventéis con vuestro coax! ¡Siempre coax, coax!

LAS RANAS.

Y con razón, imbécil. Porque yo soy la favorita de las Musas, hábiles tañedoras de la lira, y del cornípedo Pan, diestro en el caramillo. Me ama también el citarista Apolo, porque hago crecer en los pantanos cañas para los puentes de sus liras. Brekekekex, coax, coax.

BACO.

Ya se me han levantado ampollas; tengo el trasero inundado de sudor, y pienso que pronto empezaré a decir, brekekekex, coax, coax. Pero callad, raza graznadora.

LAS RANAS.

¡Callar! Al contrario, cantaremos más fuerte. Porque a nosotras nos deleita en los días apacibles saltar entre el fleos[55] y la juncia, entonando los himnos que solemos cantar cuando nadamos; o bien, cuando Júpiter vierte la lluvia, sumergidas en el fondo de nuestras moradas, unir nuestras ágiles voces al ruido de las gotas. Brekekekex, coax, coax.

BACO.

Os prohíbo cantar.

LAS RANAS.

El silencio es para nosotras insoportable.

BACO.

Más insoportable es para mí el destrozarme remando.

LAS RANAS.

Brekekekex, coax, coax.

BACO.

¡Ojalá reventéis! Poco me importaría.

LAS RANAS.

Pues nosotras graznaremos a toda voz, desde la mañana hasta la noche, brekekekex, coax, coax.

BACO.

En eso no me ganaréis.

LAS RANAS.

Ni tú a nosotras.

BACO.

Ni vosotras a mí. Graznaré, si es preciso, todo el día hasta dominar vuestro coax. Brekekekex, coax, coax. Ya sabía yo que os había de hacer callar.

CARONTE.

¡Eh! Para, para. Empuja el bote a la orilla con el remo. Desembarca, y paga.

BACO.

Ahí tienes dos óbolos. — ¡Jantias! ¿Dónde está Jantias? ¡Eh, Jantias!

* * *

JANTIAS.

¡Eh!

BACO.

Ven acá.

JANTIAS.

Salud, amo mío.

BACO.

¿Qué es lo que hay ahí?

JANTIAS.

Tinieblas y cieno.

BACO.

¿Has visto en algún lugar a los parricidas y perjuros de que aquel nos habló?

JANTIAS.

¿No los has visto tú?

BACO.

Por Neptuno, ahora los veo.[56] Ea, ¿qué hacemos?

JANTIAS.

Lo mejor será ir más adelante, porque este es el sitio donde nos dijo que estaban los monstruos horrendos.

BACO.

¡Cómo se va a fastidiar! Nos contaba fábulas para meterme miedo; fue pura envidia. ¡Como sabe que yo soy lo más bravo...! Hércules es muy arrogante. Yo quisiera tener algún encuentro, alguna ocasión de hacer famoso mi viaje.

JANTIAS.

Por Júpiter, siento no sé qué ruido.

BACO. (*Asustado.*)

¿Dónde? ¿dónde?

JANTIAS.

Detrás.

BACO.

Anda detrás.

JANTIAS.

No, es delante.

BACO.

Pues anda delante.

JANTIAS.

Por Júpiter, veo un monstruo gigantesco.

BACO.

¿Cómo es?

JANTIAS.

¡Horrendo! Toma toda clase de formas: ya es un buey, ya es un mico, ya una mujer muy hermosa.

BACO.

¿Dónde está? ¡Oh! Voy a salirle al encuentro.

JANTIAS.

Ya no es mujer; ahora es un perro.

BACO.

Entonces es Empusa.[57]

JANTIAS.

Todo su rostro está lleno de fuego.

BACO.

Tiene una pierna de bronce.

JANTIAS.

Y otra de asno.[58] Tenlo por seguro.

BACO.

¿Adónde me escapo?

JANTIAS.

¿Y yo?

BACO.

¡Oh sacerdote!,[59] sálvame para que pueda beber contigo.

JANTIAS.

¡Estamos perdidos, Hércules poderoso!

BACO.

No lo mientes, querido mío; no pronuncies su nombre.

JANTIAS.

Entonces diré: ¡Oh Baco!

BACO.

Menos aún.

JANTIAS.

Sigue todo derecho. — Aquí, aquí, amo mío.

BACO.

¿Qué pasa?

JANTIAS.

Tranquilízate: la cosa va bien; ya podemos decir como Hegéloco: «Después de la tempestad veo la calma.»[60] Empusa ha desaparecido.

BACO.

Júramelo.

JANTIAS.

Lo juro por Júpiter.

BACO.

Júralo otra vez.

JANTIAS.

Lo juro por Júpiter.

BACO.

Vuélmelo a jurar.

JANTIAS.

Lo juro por Júpiter.

BACO.

¡Oh, cómo he palidecido al ver esa fantasma!

JANTIAS.

Pues ese otro se ha puesto rojo de miedo.[61]

BACO.

¡Ay! ¿Cuál es la causa de todos estos males? ¿A qué dios acusaré de mi desgraciada suerte? «¿Al Éter, habitacioncita de Júpiter, o al pie del Tiempo?»[62]

JANTIAS.

¡Eh, tú!

BACO.

¿Qué hay?

JANTIAS.

¿No has oído?

BACO.

¿Qué?

JANTIAS.

Las flautas.

BACO.

Es verdad, también ha llegado hasta mí el perfume místico de las antorchas. Cállate y escuchémoslos escondidos.

* * *

CORO.[63]

¡Yaco, oh Yaco! ¡Yaco, oh Yaco![64]

JANTIAS.

Eso mismo es, dueño mío; son los juegos de los iniciados de que nos hablaba; pues cantan a Yaco, como Diágoras.[65]

BACO.

También a mí me lo parece. Por lo cual, lo mejor es guardar silencio, hasta enterarnos bien de lo que sea.

CORO.

Yaco, veneradísimo Yaco, oye la voz de los que adoran tus misterios, y acude a este prado, tu mansión favorita, para dirigir sus coros; ven, y haciendo retemblar sobre tu cabeza la corona de mirto cuajado de bayas, ejecuta con atrevido pie aquella suelta y regocijada danza llena de gracias, solemne y mística, puro encanto de los iniciados.

JANTIAS.

Augusta y veneranda Ceres, ¡qué delicioso olor a carne de cerdo ha acariciado mis narices![66]

BACO.

Vamos, ¿será necesario darte un pedazo para que calles?

CORO.

Reanima la luz de las flameantes antorchas, blandiéndolas en tus manos. ¡Yaco, oh Yaco, fúlgida estrella de la iniciación nocturna! El prado deslumbra lleno de luces: vigorízanse las rodillas del anciano; disípanse sus penas, y aligérasele la carga de los años para poder formar parte de los sagrados coros. Guía tú, deidad resplandeciente, sobre esta fresca y florida alfombra las danzas de la garrida juventud. ¡Silencio! Lejos de aquí, profanos, almas impuras, nunca admitidos a las fiestas y danzas de las nobles Piérides, ni iniciados en el misterioso lenguaje ditirámbico del taurófago Cratino,[67] apasionados de los versos chocarreros o inoportunos chistes. Lejos de aquí todo el que, en vez de reprimir una sedición funesta y mirar por el bien de sus conciudadanos, atiza y exacerba las discordias, atento solo a saciar la propia avaricia. Lejos de aquí el que, estando al frente

de una ciudad agobiada por la desgracia, se deja sobornar y entrega una fortaleza o las naves; o el que, como ese infame Torición,[68] cobrador de vigésimas, exporta de Egina[69] a Epidauro[70] cueros, lino, pez y demás mercancías prohibidas. Lejos de aquí todo el que aconseja a cualquiera que preste a nuestros enemigos dinero para la construcción de naves,[71] o mancha de inmundicia las imágenes de Hécate, mientras entona ditirambos.[72] Lejos de aquí todo orador que cercena el salario a los poetas[73] porque le pusieron en escena en las fiestas nacionales de Baco. A todos esos les digo, una y cien veces, que dejen libre el campo a los rústicos coros. Vosotros, elevad vuestros cantos y los himnos nocturnos propios de estas fiestas.

Adelántese cada cual osadamente por los prados floridos de esta profunda mansión, dando rienda suelta a los chistes, burlas y dicterios. ¡Basta de festines! ¡Adelante! Celebrad a nuestra divina protectora,[74] que ha prometido defender siempre este país, a pesar de Torición.

Ea, principiad ahora otros himnos en honor de la frugífera Ceres; celebradla en religiosos cantos.

Oh Ceres, reina de los puros misterios, senos propicia y protege a tu coro; permíteme entregarme en todo tiempo a los juegos y a las danzas, y que mezclando mil donaires y discretas razones, llegue a merecer con obra digna de tus fiestas ser ceñido por las bandas triunfales.

Ea, invoca ahora en tus cantos al numen jovial, eterno compañero de estas danzas.

Veneradísimo Yaco, inventor de las suavísimas melodías que en estas fiestas se cantan, ven a acompañarnos al templo de la diosa, y prueba que puedes recorrer sin fatigarte un largo camino.[75] Yaco, amigo del baile, guía

mis pasos; tú has desgarrado mis sandalias y pobres vestidos, para que causen risa y me permitan danzar con más desenfado.

Yaco, amigo del baile, guía mis pasos. Mirando de reojo, acabo de ver una hermosísima doncella, por cuya túnica desgarrada asomaba indiscretamente parte de su seno;[76] Yaco, amigo del baile, guía mis pasos.

BACO.

Sí, a mí me gusta unirme a esos coros, y deseo bailar con ella.

JANTIAS.

Yo también.

CORO.

¿Queréis que nos burlemos juntos de Arquedemo?[77] A los siete años no era todavía ciudadano, y ahora es jefe de los muertos de la tierra,[78] y ejerce allí el principado de la bribonería. He oído que Clístenes se arranca sobre los sepulcros los pelos de las nalgas y se araña las mejillas:[79] tendido sobre las tumbas gime, llora y llama desolado a Sebine de Anaflisto.[80] También cuentan que Calias, el hijo de Hipobino,[81] cubierto de una piel de león,[82] se entrega sobre sus naves a un combate amoroso.

BACO.

¿Podrías decirnos dónde está la morada de Plutón? Somos unos extranjeros recién llegados.

CORO.

No vayas más lejos, ni repitas la pregunta: sabed que estáis en su misma puerta.

BACO.

Muchacho, coge de nuevo el hato.

JANTIAS.

La eterna muletilla de «la Corinto de Júpiter»[83] se repite con el hato.

CORO.

Sobre el césped de este florido bosque bailad en rueda en honor de la diosa[84] los admitidos a esta piadosa fiesta.

BACO.

Yo voy a ir con las doncellas y matronas al sitio donde se celebra la velada de las diosas, llevando la sagrada antorcha.[85]

CORO.

Vamos a los prados floridos, esmaltados de rosas, a recrearnos, según costumbre, en esas brillantes danzas presididas por las bienaventuradas Parcas. El sol y la luna solo lucen para nosotros los iniciados, que durante la vida fuimos benéficos con propios y extraños.[86]

* * *

BACO.

¿Cómo llamaré a esta puerta? ¿Cómo? ¿De qué manera acostumbran a llamar las gentes de este país?

JANTIAS.

No pierdas el tiempo; llama con la fuerza de Hércules, para no estar en contradicción con tu disfraz.

BACO.

¡Esclavo! ¡Esclavo!

ÉACO.

¿Quién va?

BACO.

Hércules el valeroso.

ÉACO.

¡Ah infame, atrevido, sin vergüenza, canalla, más canalla que todos los canallas juntos, tú nos llevaste nuestro perro Cerbero retorciéndole el pescuezo, y escapaste con él estando yo encargado de su guarda! Pero ya has caído en mi poder: las negras rocas de la Estigia, y el peñasco ensangrentado del Aquerón te cierran el paso; los perros vagabundos del Cocito, y la Hidra de cien cabezas te desgarrarán las entrañas; la murena Tartesia[87] devorará tus pulmones; y las Gorgonas Titrasias[88] se llevarán entre las uñas, revueltos con los intestinos, tus sanguinolentos riñones.[89] ¡Ah, corro a llamarlas!

* * *

JANTIAS.

¡Puf! ¿Qué has hecho?

BACO.

Una libación;[90] invoca al dios.[91]

JANTIAS.

¡Qué ridiculez! Levántate pronto, antes de que algún extraño te vea.

BACO.

Me siento desfallecer; ponme una esponja sobre el corazón.[92]

JANTIAS.

Toma.

BACO.

Acércate.

JANTIAS.

¿Dónde está? ¡Santos dioses! ¿Aquí tienes el corazón?

BACO.

De miedo se me ha caído al bajo vientre.[93]

JANTIAS.

Eres el más cobarde de los dioses y los hombres.

BACO.

¡Yo cobarde! ¡Y te he pedido una esponja! Nadie en mi lugar hubiera hecho otro tanto.

JANTIAS.

¿Pues qué?

BACO.

Un cobarde hubiera quedado tendido sobre su propia inmundicia, y yo me he levantado y me he limpiado.

JANTIAS.

¡Gran hazaña, por Neptuno!

BACO.

Ya lo creo, por Júpiter. ¿No has temblado tú al oír sus gritos y formidables amenazas?

JANTIAS.

No se me importó de ellas ni un comino.

BACO.

Ea, si eres tan valiente y animoso, haz mi papel, y puesto que nada te hace temblar, toma la clava y la piel de león; yo a mi vez llevaré el hato.

JANTIAS.

Venga al momento; es necesario obedecer. Contempla a Hércules-Jantias, y mira si soy un cobarde y si me parezco a ti.

BACO.

A mí en nada; eres el vivo retrato del bribón melitense.[94] Ea, voy a cargarme el equipaje.

* * *

UNA CRIADA.

¿Eres tú, querido Hércules? Entra, entra. En cuanto la diosa[95] ha sabido tu venida ha mandado amasar pan, cocer dos o tres ollas de legumbres y puches, asar un buey entero, y preparar tortas y pasteles;[96] vamos, entra.

JANTIAS.

Gracias. Es mucho honor.

LA CRIADA.

¡Ah, por Apolo! No te dejaré marchar. Ha cocido aves; ha frito deliciosas confituras y preparado un vino exquisito. Vamos, entra conmigo.

JANTIAS.

Mil gracias.

LA CRIADA.

¿Estás loco? No te he de soltar. Tiene también a tu disposición una bellísima tañedora de flauta y dos o tres bailarinas.

JANTIAS.

¿Qué dices? ¿Bailarinas?

LA CRIADA.

En la flor de la juventud, y recién salidas del tocador. Pero entra; el cocinero iba ya a sacar del fuego los peces, y a llevarlos a la mesa.

JANTIAS.

Sea; vete a decir a esas bailarinas que entro al instante. Tú, muchacho,

sígueme con el hato al hombro.

* * *

BACO.

¡Eh, tú, alto! Sin duda has tomado en serio el papel de Hércules que yo te he dado en broma. Basta de sandeces, Jantias; vuelve a cargarte el hato.

JANTIAS.

¿Qué es esto? Creo que no pensarás quitarme lo que me has dado.

BACO.

Es más, lo hago, y al momento. ¡Pronto! Venga esa piel.

JANTIAS.

Pongo a los dioses por testigos y les encomiendo mi venganza.

BACO.

¿A qué dioses? ¿Habrá necedad e insensatez como la tuya? ¡Un esclavo, un mortal, querer pasar por hijo de Alcmena!

JANTIAS.

¡Bien! ¡Bien! Toma tu traje. Quizá me necesites algún día, si Dios quiere.

CORO.

Todo hombre cuerdo, sensato y experimentado sabe buscar el costado de la nave que se sumerge menos, en vez de estarse como una figura pintada, siempre en la misma actitud; pero solo un hombre hábil, como Terámenes,[97] sabe cambiar a medida de su conveniencia.

BACO.

¿No sería ridículo ver a Jantias, a un esclavo, tendido sobre tapices de Mileto, acariciar a una bailarina y pedirme el orinal, mientras yo le miraba

arrascándome,[98] expuesto a que ese bribón me saltase de un puñetazo los dientes de delante?

* * *

TABERNERA PRIMERA.

¡Platana! ¡Platana![99] Ven acá. Ese es aquel canalla que entró un día en nuestra taberna y se nos comió dieciséis panes.

TABERNERA SEGUNDA.

Justamente. El mismo.

JANTIAS.

Esto va mal para alguno.

TABERNERA PRIMERA.

Y además veinte tajadas de carne cocida, de a medio óbolo cada una.

JANTIAS.

Alguno lo va a pagar.

TABERNERA PRIMERA.

Y ajos sin cuento.

BACO.

Tú deliras, mujer; no sabes lo que te dices.

TABERNERA PRIMERA.

¿Creías que no te iba a conocer porque te has puesto coturnos?[100] Pues aún no he dicho nada de aquella enormidad de pescados.

TABERNERA SEGUNDA.

Ni de aquel queso fresco que se me tragó, ¡pobre de mí!, con cesto y todo; y cuando le exigí el pago me lanzó una mirada feroz y empezó a mugir.

JANTIAS.

Esas son cosas suyas; en todas partes hace lo mismo.

TABERNERA SEGUNDA.

Y desenvainó su espada como un energúmeno.

TABERNERA PRIMERA.

¡Ay! Sí.

TABERNERA SEGUNDA.

Nosotras espantadas nos subimos de un salto al sobradillo, y él se escapó llevándosenos las cestas.

JANTIAS.

Eso es muy propio de él. Pero no debíais de haberlo dejado así.

TABERNERA PPIMERA.

Anda, llama a Cleón, nuestro protector.

TABERNERA SEGUNDA.

Y tú trata de hallar a Hipérbolo,[101] para que nos las pague todas juntas ese bribón.

TABERNERA PRIMERA.

¡Maldito gaznate! ¡Mi mayor placer sería majarte con un canto esas muelas con que devoraste mis provisiones!

TABERNERA SEGUNDA.

Yo quisiera arrojarte al Báratro.[102]

TABERNERA PRIMERA.

Y yo segarte con una hoz esa condenada garganta, por donde pasaron mis ricos tripacallos. Voy en busca de Cleón para que te cite hoy mismo a juicio y desenrede este embrollo.

(*Vanse.*)

* * *

BACO.

Que me muera si no es verdad que quiero a Jantias como a las niñas de mis ojos.

JANTIAS.

Te veo, te veo. Excusas de hablar más. No quiero hacer de Hércules.

BACO.

¡Oh, no digas eso, Jantias mío!

JANTIAS.

¿Pero cómo he de poder pasar por el hijo de Alcmena, yo, un esclavo, un mortal?

BACO.

Vamos, ya sé que estás enfadado y no te falta razón: aunque me pegases no te replicaría. Mira, si en adelante vuelvo a quitarte estos atavíos, haga el cielo que seamos exterminados yo, mi mujer, mis hijos, toda mi casta, y el legañoso Arquedemo.[103]

JANTIAS.

Recibo tu juramento, y acepto el papel de Hércules con esa condición.

CORO.

Ahora, después de haber vestido de nuevo tu traje de Hércules, tienes que aparentar juveniles bríos y lanzar torvas miradas a ejemplo del dios que representas; pues si representas mal tu papel y te muestras flojo o cobarde, volverás a cargar con el hato.

JANTIAS.

Os agradezco el consejo, amigos míos; pero eso ya lo tenía yo pensado.

Si la cosa va bien, ya veréis cómo quiere volver a desnudarme; lo tengo previsto; sin embargo, no por eso dejaré de manifestarme fuerte y arrogante, y de mirar con el gesto avinagrado del que mastica orégano. Llegó a lo que parece el momento de obrar, pues oigo rechinar la puerta.

* * *

ÉACO. (*A sus esclavos.*)

Atadme pronto a ese ladrón de perros,[104] para castigarle; despachad.

BACO.

Esto va mal para alguno.

JANTIAS.

¡Ay del que se acerque!

ÉACO.

¡Cómo! ¿Te resistes? ¡Eh, Ditilas, Esceblias, Párdocas,[105] avanzad y combatid con él!

BACO.

¿No es insufrible que después de robar a otros trate todavía de maltratarles?

JANTIAS.

Eso pasa ya de la raya.

ÉACO.

Sí, es insufrible e intolerable.

JANTIAS.

Aniquíleme Júpiter si jamás he venido aquí o te he robado el valor de un cabello. Quiero darte una prueba de generosidad; apodérate de ese esclavo; somételo al tormento,[106] y si llegas a averiguar algo contra mí, dame

la muerte.

ÉACO.

¿A qué tormento le someteré?

JANTIAS.

A todos; átalo a una escalera, dale de palos, desuéllalo, tortúralo, échale vinagre en las narices, cárgale de ladrillos; en fin, emplea todos los medios, menos el de azotarle con ajos o puerros verdes.[107]

ÉACO.

Muy bien dicho; mas si estropeo a tu esclavo, ¿me exigirás los daños y perjuicios?

JANTIAS.

No lo temas; puedes llevártelo y someterlo a la tortura.

ÉACO.

Lo haré aquí mismo, para que hable delante de ti. — Tú, deja la carga, y cuidado con mentir.

BACO.

Prohíbo que nadie me atormente; yo soy inmortal; si lo haces, todo el mal caerá sobre ti.

ÉACO.

¿Qué dices?

BACO.

Digo que yo soy un inmortal, Baco, hijo de Júpiter, y que ese es un esclavo.

ÉACO. (*A Jantias.*)

¿Has oído?

JANTIAS.

Perfectamente; por lo mismo hay que azotarle más fuerte; si es un dios, no sentirá los golpes.

BACO.

¿Por qué, pues, ya que pretendes pasar por un inmortal, no has de someterte también a la fustigación?

JANTIAS.

Tienes razón. Aquel que llore antes, o se muestre sensible a los palos, es señal de que no es dios.

ÉACO.

Eres indudablemente un hombre generoso: no rehuyes nada de lo que es justo. Ea, desnudaos.

JANTIAS.

¿Cómo nos darás tormento conforme a justicia?

ÉACO.

Nada más fácil; se os distribuirán los golpes alternativamente.

JANTIAS.

¡Feliz idea!

ÉACO.

¡Toma! (*Pega a Jantias.*)

JANTIAS.

Observa si me muevo.

ÉACO.

Pues ya te he pegado.

JANTIAS.

No, por cierto.

ÉACO.

Parece que no los has sentido. Ahora voy a sacudirle a este otro.

BACO.

¿Cuándo?

ÉACO.

Sí, ya te he pegado.

BACO.

¿Cómo? ¿Si ni siquiera me has hecho estornudar?[108]

ÉACO.

Lo ignoro; repetiré con el otro.

JANTIAS.

Anda listo. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

ÉACO.

¡Hola! ¿Qué significa ese ay, ay, ay? Duele, ¿eh?

JANTIAS.

¡Ca! estaba pensando en la fiesta de Hércules, que se celebra en Diomea.[109]

ÉACO.

¡Qué hombre tan piadoso! Volvamos al otro.

BACO.

¡Oh, oh!

ÉACO.

¿Qué te pasa?

BACO.

Veo caballeros.[110]

ÉACO.

¿Y eso te hace llorar?

BACO.

No, es que he olido cebollas.

ÉACO.

¿No se te importan nada los palos?

BACO.

Nada absolutamente.

ÉACO.

Volvamos a este.

JANTIAS.

¡Ay de mí!

ÉACO.

¿Qué te pasa?

JANTIAS:

Sácame esta espina.

ÉACO.

¿Qué significa eso? Ahora al otro.

BACO.

«¡Apolo adorado en Delos y Delfos!»[111]

JANTIAS.

Ya le duele. ¿No has oído?

BACO.

No, es que me he acordado de un verso de Hiponacte.

JANTIAS.

No adelantas nada; pega en los costados.

ÉACO.

Es verdad; vamos, presenta el vientre.

BACO.

¡Oh Neptuno!...

JANTIAS.

Alguien se lamenta.

BACO.

«... Que reina sobre los promontorios del Egeo, o sobre el salado abismo del cerúleo mar.»[112]

ÉACO.

Por Ceres, no puedo conocer cuál de vosotros es dios. Entrad; mi amo y Proserpina, que son también dioses, os podrán reconocer.

BACO.

Tienes razón. Pero eso debía de habérsete ocurrido antes de azotarme.

* * *

CORO.[113]

Musa, asiste a nuestros sagrados coros; ven a deleitarte con mis versos y a contemplar esa infinita muchedumbre, entre la cual hallarás muchos hábiles ciudadanos más noblemente ambiciosos que ese Cleofón,[114] de cuyos gárrulos labios se escapa incesantemente un sonido ingrato, como el de la golondrina de Tracia, posada sobre un ramo en aquella bárbara región: ahora grazna ya los lamentables cantos del ruiseñor, porque va a morir, aun cuando en la votación resulte empate.[115]

Justo es que el sagrado coro dé a la república consejos y enseñanzas. Nuestra primera atención debe ser establecer la igualdad entre los ciudadanos y librarlos de temores; después, si alguno faltó, engañado por los artificios de Frínico,[116] creo que debe permitírsele defenderse y

justificarse, pues es vergonzoso que a los que tomaron parte una vez en una batalla naval[117] los equiparéis a los Plateenses, convirtiéndolos de esclavos en señores. No es que yo halle esto censurable; al contrario, lo aplaudo y pienso que es lo único en que estuvisteis acertados; pero entiendo que sería igualmente justo que los que tantas veces, lo mismo ellos que sus padres, pelearon en el mar con nosotros y nos están unidos por su nacimiento, obtuvieran el perdón de su única falta.[118] Aplacad, pues, un poco vuestra indignación, discretísimos atenienses, y procuremos que cuantos combatieron en nuestras galeras formen una sola familia, y alcancen con su rehabilitación el pleno goce de los derechos de ciudadanos: el mostrarnos tan altivos y soberbios en la concesión de la ciudadanía, sobre todo ahora que fluctuamos a merced de las olas,[119] es una imprudencia de que en el porvenir nos arrepentiremos. Si soy hábil en conocer la vida y costumbres de los que habrán de arrepentirse de su conducta, me parece que no está lejos la hora del castigo del pequeño Clígenes,[120] ese mico revoltoso que es el peor de cuantos bañeros mezclan a la ceniza falso nitro y tierra de Cimolia.[121] Él ya lo conoce; y por eso va armado siempre de un grueso garrote, receloso de que, al encontrarle ebrio, le despojen de sus vestidos.

Muchas veces he notado que en nuestra ciudad sucede con los buenos y malos ciudadanos lo mismo que con las piezas de oro antiguas y modernas. Las primeras no falsificadas, y las mejores sin disputa, por su buen cuño y excelente sonido, son corrientes en todas partes entre griegos y bárbaros, y sin embargo no las usamos para nada, prefiriendo esas detestables piezas de cobre, recientemente acuñadas, cuya mala ley es notoria.[122] Del mismo modo despreciamos y ultrajamos a cuantos ciudadanos sabemos que son nobles, modestos, justos, buenos, honrados,

hábiles en la palestra, en las danzas y en la música, y preferimos para todos los cargos a hombres sin vergüenza, extranjeros, esclavos, bribones de mala ralea, advenedizos que antes la república no hubiera admitido ni para víctimas expiatorias. Ahora, pues, insensatos, mudad de costumbres y utilizad de nuevo a las gentes honradas, pues de esta suerte, si os va bien, seréis elogiados, y si algún mal os resulta, al menos dirán los sabios que habéis caído con honra.

* * *

ÉACO.

¡Por Júpiter salvador, tu amo es todo un excelente sujeto!

JANTIAS.

¿Un excelente sujeto? Ya lo creo, no sabe más que beber y amar.

ÉACO.

Lo que me asombra es que no te haya castigado por haberte fingido el amo siendo el siervo.

JANTIAS.

Es que se hubiera arrepentido.

ÉACO.

En eso obraste como buen esclavo; a mí me gusta hacer lo mismo.

JANTIAS.

Te gusta hacer eso, ¿eh?

ÉACO.

Yo soy feliz cuando digo pestes de mi dueño sin que él me oiga.

JANTIAS.

¿Y cuando te marchas gruñendo después de haber recibido una paliza?

ÉACO.

También estoy satisfecho.

JANTIAS.

¿Y si te metes en lo que no te importa?

ÉACO.

No conozco nada más grato.

JANTIAS.

¡Oh Júpiter! ¿Y si escuchas la conversación de los amos?

ÉACO.

Me vuelvo loco de júbilo.

JANTIAS.

¿Y cuando se la cuentas a los vecinos?

ÉACO.

¡Oh, con eso no hay placer comparable![123]

JANTIAS.

¡Oh Apolo! Dame tu mano, amigo, y permíteme que te abrace. Ahora, en nombre de Júpiter vapuleado,[124] dime qué significan ese estruendo, ese griterío y esas disputas que se oyen allá dentro.

ÉACO.

Son Esquilo y Eurípides.

JANTIAS.

¿Cómo?

ÉACO.

Se ha promovido una contienda, una gran contienda entre los muertos, una verdadera sedición.

JANTIAS.

¿Por qué motivo?

ÉACO.

Hay aquí establecida una ley, en virtud de la cual todo hombre superior a sus émulos en las artes más nobles o importantes, tiene derecho a ser alimentado en el Pritáneo y a sentarse junto a Plutón...

JANTIAS.

Entiendo.

ÉACO.

Hasta que venga otro más hábil en el mismo arte: entonces el primero debe cederle el puesto.

JANTIAS.

¿Y eso por qué le alborota a Esquilo?

ÉACO.

Porque, como príncipe en el género, ocupaba el trono de la tragedia.

JANTIAS.

Y ahora ¿quién?

ÉACO.

Cuando Eurípides descendió a estos lugares, dio una muestra de sus versos a los rateros, cortadores de bolsas, parricidas y horadadores de paredes que pululan en el infierno: toda esta canalla en cuanto oyeron sus dimes y diretes, sus discreteos y sutilezas, enloquecieron por él, y le proclamaron el sabio de los sabios. Entonces Eurípides, hinchado de orgullo, se apoderó del trono que ocupaba Esquilo.

JANTIAS.

¿Y no le han apedreado?

ÉACO.

Al contrario, la multitud clamaba por un juicio en que se decidiese cuál de los dos era el mejor poeta.

JANTIAS.

¿Aquella multitud de bribones?

ÉACO.

¡Y con qué gritos! Llegaban hasta el cielo.

JANTIAS.

¿Pero Esquilo no tenía defensores?

ÉACO.

Aquí como ahí,[125] el número de los buenos es muy exiguo.

JANTIAS.

¿Qué piensa hacer Plutón?

ÉACO.

Abrir cuanto antes un certamen, para probar y decidir sobre el mérito de cada uno.

JANTIAS.

¿Y cómo es que Sófocles no ha reclamado el trono?

ÉACO.

¡Oh! Ese es muy distinto. En cuanto llegó abrazó a Esquilo y le tendió la mano, dejándole en posesión pacífica del trono. Ahora, como dice Clidémides,[126] está de reserva; si vence Esquilo, permanecerá en su puesto; pero si es vencido, disputará con Eurípides.

JANTIAS.

¿Cuándo va a ser eso?

ÉACO.

Dentro de muy poco va a principiar aquí mismo el gran combate. Su

ingenio poético va a ser pesado en una balanza.

JANTIAS.

¡Cómo! ¿Se pesan las tragedias?

ÉACO.

Traerán reglas, y varas de medir versos, y moldes cuadriláteros, como los de los ladrillos, diámetros y cuñas. Pues Eurípides dice que ha de examinar las tragedias verso por verso.

JANTIAS.

Esquilo, a mi ver, llevará todo eso muy a mal.

ÉACO.

Bajaba la cabeza y lanzaba miradas furiosas.

JANTIAS.

¿Y quién será juez?

ÉACO.

Ahí estaba la dificultad, porque hay gran carestía de hombres sensatos. A Esquilo no le agradaban los atenienses.

JANTIAS.

Quizá porque veía entre ellos muchos ladrones.

ÉACO.

Y además no les creía muy aptos para apreciar el ingenio de los poetas. Por fin, encomendaron el asunto a tu señor, como perito en la materia. Pero entremos; pues cuando los amos tienen gran interés por alguna cosa, suelen pagarlo nuestras costillas.

* * *

CORO.

¡Oh, qué horrenda cólera hervirá en el pecho del grandilocuente poeta, cuando vea a su facundo enemigo aguzar provocativamente sus dientes! ¡Qué terribles miradas le hará lanzar el furor! ¡Qué lucha entre las palabras de penachudo casco y ondulante cimera y las sutilezas artificiosas! ¡Qué combate de gigantescos períodos con frases atrevidas y pigmeas! Verase al titán erizando las crines de su espesa melena y, frunciendo espantosamente el entrecejo, rugir con poderoso aliento versos compactos como la tablazón de un navío; mientras el otro, tascando el freno de la envidia, pondrá en movimiento su ágil y afilada lengua y, arrojándose sobre las palabras de su rival, desmenuzará su estilo, y reducirá a polvo el producto de su inspiración vigorosa.[127]

* * *

EURÍPIDES.

No te empeñes; no he de ceder el trono, porque le soy superior en la poesía.

BACO.

¿Por qué te callas, Esquilo? Ya entiendes lo que ha dicho.

EURÍPIDES.

Primero se estará callando con gravedad; es una especie de charlatanería peculiar a sus tragedias.

BACO.

No tanta arrogancia, amigo mío.

EURÍPIDES.

¡Sí, le conozco hace tiempo! ¡Y conozco también sus caracteres feroces, y su lenguaje altivo, desenfrenado, desmedido, sin regla, enfático y cuajado

de palabras hinchadas y vacías!

ESQUILO.

¿Y eres tú, hijo de una rústica diosa,[128] tú, colector de necedades, fabricante de mendigos y remendón de andrajos, quien se atreve a decirme...? Pero tu audacia no ha de quedar impune.

BACO.

Basta, Esquilo; no te dejes arrebatar por la ira.

ESQUILO.

No callaré sin haber demostrado hasta la evidencia lo que vale ese insolente con todos sus cojos.[129]

BACO.

¡Esclavos, traed una oveja, una oveja negra,[130] pues la tempestad va a estallar!

ESQUILO.

¿No te avergüenzas de tus monólogos cretenses, y de los incestuosos himeneos que has introducido en el arte trágico?[131]

BACO.

Modérate, venerable Esquilo. — Tú, mi pobre Eurípides, déjate de temeridades y escapa de esta granizada, no te acierte en la sien con alguna de esas grandiosas palabras que haga saltar a tu Télefo. — Vamos, Esquilo, calma; no discutas con esa furia. Los poetas no deben injuriarse como si fuesen panaderas; tú gritas desde el principio, como una encina a la que se prende fuego.

EURÍPIDES.

Estoy dispuesto a luchar; yo no retrocedo: lo mismo me da atacar, que ser atacado; admito discusión sobre cuanto quiera; sobre los versos, el

diálogo, los coros, el nervio trágico, el *Peleo*, el *Eolo*, el *Meleagro*, y hasta sobre el mismo *Télefo*.[132]

BACO.

¿Y tú, Esquilo, qué piensas hacer?

ESQUILO.

Yo no hubiera querido combatir aquí; pues entre los dos la lucha es desigual.

BACO.

¿Por qué?

ESQUILO.

Porque mis tragedias me han sobrevivido,[133] y las suyas murieron con él; de suerte que puede utilizarlas contra mí. Sin embargo, ya que lo deseas, hay que obedecerte.

BACO.

Ea, traedme fuego e incienso; antes de la contienda, quiero suplicar a los dioses que me inspiren una decisión acertada sobre este certamen. Vosotros, entonad un himno a las Musas.

CORO.

Hijas de Júpiter, castas Musas, que leéis en la mente ingeniosa y sutil de los forjadores de sentencias, cuando, aguzando su talento y desplegando todos sus artificiosos recursos, descienden a combatir sobre la arena de la discusión, venid a contemplar la fuerza de estos dos robustos atletas, y otorgad al uno grandiosas frases, y al otro limaduras de versos. El gran certamen de ingenio va a principiar.

BACO.

Orad también vosotros, antes de recitar vuestros versos.

ESQUILO.

¡Oh Ceres, que has formado mi inteligencia, hazme digno de tus misterios![134]

BACO. (*A Eurípides.*)

Quema tú también incienso.

EURÍPIDES.

Gracias, yo dirijo mis oraciones a otros dioses.

BACO.

¿Dioses particulares tuyos y recién acuñados?

EURÍPIDES.

Precisamente.

BACO.

Invoca, pues, a esos dioses tuyos.

EURÍPIDES.

Éter, de que me alimento, volubilidad de la lengua, ingenio sutil, olfato finísimo, haced que triture los argumentos de mi adversario.

CORO.

Deseosos estamos de saber, doctos poetas, qué terreno vais a elegir para principiar la lucha. Vuestra lengua empieza ya a desencadenarse, y ni a vuestro pecho le falta valor, ni energía a vuestra mente. Debemos, pues, esperar que el uno atacará con lenguaje limado y pulido; y que el otro, lanzándole inmensas palabras, pulverizará sus infinitas triquiñuelas.

BACO.

Vamos, principiad cuanto antes, pero en estilo elegante, sin figuras ni vulgaridades.

EURÍPIDES.

Hablaré en último término de mí y del carácter de mi poesía; pues lo primero que me propongo demostrar es que ese es un charlatán y un impostor, que engañaba a su grosero auditorio con recursos pobres, aprendidos en la escuela de Frínico.[135] Por ejemplo, presentando en escena un personaje velado, como Aquiles o Níobe,[136] que se pavoneaban sin mostrar el rostro ni pronunciar una palabra...

BACO.

Es verdad, por Júpiter.

EURÍPIDES.

El coro endilgaba en tanto cuatro tiradas de versos, y ellos se estaban sin decir esta boca es mía.

BACO.

A mí me agradaba más aquel silencio que la charla que hoy emplean.

EURÍPIDES.

Porque eres un estúpido; tenlo por cierto.

BACO.

Así lo creo; pero ¿por qué lo hacía?

EURÍPIDES.

Por charlatanismo; así, el espectador esperaba sin moverse a que Níobe hablase algo, y mientras, el drama iba adelante.

BACO.

¡Malvado! ¡Cómo me engañaba! (*A Esquilo.*) ¿Por qué te agitas e impacientas?

EURÍPIDES.

Porque le confundo. Después de haberse pasado la mitad de la tragedia con estas vaciedades, soltaba una docena de palabrotas campanudas, muy

fruncidas de entrecejo y empenachadas, verdaderos espantajos que aterraban a los espectadores asombrados.

ESQUILO.

¡Oh rabia!

BACO. (*A Esquilo.*)

¡Silencio!

EURÍPIDES.

Y no decía nada inteligible...

BACO. (*A Esquilo.*)

No rechines los dientes.

EURÍPIDES.

Pues todo se volvían Escamandros, y fosos, y enseñas de escudos, y águilas-grifos de bronce, y palabras ampulosas, difíciles de comprender.

BACO.

Es verdad; yo me pasé en claro toda una noche tratando de averiguar qué pájaro era su gran gallo amarillo.[137]

ESQUILO.

¡Ignorantón! Es la figura que se pone en la popa de las naves.

BACO.

Pues yo creía que era Erixis,[138] hijo de Filóxeno.

EURÍPIDES.

¿Qué necesidad había de gallos en las tragedias?

ESQUILO.

Y tú, enemigo de los dioses, ¿qué has hecho?

EURÍPIDES.

No he presentado en mis dramas grandes gallos ni hircociervos como

los que se ven en los tapices de Persia. Yo había recibido de tus manos la tragedia cargada de inútil y pomposo fárrago, y principié por aliviarla de su molesto peso, y curar su hinchazón por medio de versitos, digresiones sutiles, cocimientos de acelgas blancas,[139] y jugos perfectamente filtrados de filosóficas vaciedades; después la alimenté de monólogos, mezclados con algo de Cefisofonte;[140] y jamás dije a la ventura cuanto se me ocurría, ni lo revolví todo sin distinción: el primer personaje que se presentaba en escena explicaba el carácter y el nacimiento del drama.

ESQUILO.

Mejor era eso que decir el tuyo.[141]

EURÍPIDES.

Después, desde los primeros versos, cada personaje desempeñaba su papel; y hablaban todos, la mujer, el esclavo, el dueño, la joven y la vieja.[142]

ESQUILO.

¿No merecería la muerte tal atrevimiento?

EURÍPIDES.

Al contrario, mi objeto era agradar al pueblo.

BACO.

Déjate de eso, amigo; ese es tu punto flaco.

EURÍPIDES.

Luego enseñé a los espectadores el arte de hablar.

ESQUILO.

Lo reconozco; ¡ojalá hubieras reventado antes!

EURÍPIDES.

Y el modo de usar las palabras en línea recta, o en ángulo, y el arte de discurrir, ver, entender, engañar, amar, intrigar, sospechar, pensar en

todo...

ESQUILO.

Lo reconozco también.

EURÍPIDES.

Puse en escena la vida de familia y las cosas más usuales y comunes, lo cual es atrevido, pues todo el mundo puede emitir sobre ellas su opinión; no aturdí a los espectadores con incomprensible y fastuosa palabrería; ni los aterré con Cicnos[143] y Memnones,[144] guiando corceles llenos de campanillas y penachos. Ved sus discípulos y los míos. Los suyos son Formisio y Megenetes,[145] de Magnesia, armados de lanzas, cascos, barbas y sarcásticas sonrisas; los míos, Clitofonte, y el elegante Terámenes.

BACO.

¿Terámenes? ¿Ese hombre astuto y bueno para todo, que cuando cae en algún mal negocio y le ve las orejas al lobo, suele escurrir el bulto, diciendo que no es de Quíos, sino de Ceos?[146]

EURÍPIDES.

Así he conseguido perfeccionar la inteligencia de los hombres, introduciendo en mis dramas el raciocinio y la meditación; de suerte que ahora todo lo comprenden y penetran, y han llegado a administrar mejor que antes sus casas, inspeccionándolo todo, y diciendo: «¿En qué anda tal asunto? ¿Dónde está tal cosa? ¿Quién ha cogido esta otra?»

BACO.

Es verdad; ya en cuanto un ateniense entra en su casa llama a sus esclavos y les pregunta: «¿Dónde está la olla? ¿Quién se ha comido la cabeza de sardina? El plato que compré el año pasado ¿ha fenecido? ¿Dónde está el ajo de ayer? ¿Quién ha mordisqueado la aceituna?»[147] Y

antes se estaban hechos unos bobos, con la boca abierta, como imbéciles papanatas.

CORO.

«Tú lo ves, ínclito Aquiles.»[148] Vamos, ¿qué dices tú a todo eso? Procura que la ira no te arrastre más allá de la meta, pues te ha dicho cosas terribles. Noble Esquilo, no le respondas con ferocidad, recoge tus velas y deja solo algunos cabos a merced de los vientos; dirige con circunspección tu nave, y no avances hasta conseguir una brisa leda y apacible. Vamos, tú que fuiste el primero de los griegos en dar pompa[149] y elevación al estilo exornando la Musa trágica, abre atrevidamente tus esclusas.

ESQUILO.

Esta lucha me enfurece; solo al considerar que tengo que disputar con él, hierve mi bilis. ¡Mas que no crea haberme vencido! Respóndeme: ¿qué es lo que se admira en un poeta?

EURÍPIDES.

Los hábiles consejos que hacen mejor a los ciudadanos.

ESQUILO.

Y si tú, lejos de obrar así, los has hecho malísimos, de nobles y buenos que eran antes, ¿cuál castigo merecerás?

BACO.

La muerte; no lo preguntes.

ESQUILO.

Pues bien, mira cómo te los dejé yo: valientes, de elevada estatura,[150] sin rehuir las públicas cargas,[151] no holgazanes, charlatanes y bribones como los de hoy, sino apasionados por las lanzas, las picas, los cascos de blancas cimeras, las grebas y corazas, verdaderos corazones de hierro, defendidos

por el séptuple escudo de Áyax.[152]

EURÍPIDES.

El mal va en aumento: me va a aplastar bajo el peso de tantas armas.

BACO.

¿Y cómo conseguiste hacerlos tan valientes? Responde, Esquilo, y modera tu arrogante jactancia.

ESQUILO.

Componiendo un drama lleno del espíritu de Marte.

BACO.

¿Cuál?

ESQUILO.

Los Siete sobre Tebas.[153] Todos los espectadores salían llenos de bélico furor.

BACO.

En eso obraste mal; pues hiciste que los tebanos fueran mucho más atrevidos para la guerra, lo cual merece castigo.

ESQUILO.

Vosotros podíais también haberos dedicado a ello, pero no quisisteis. Después con *Los Persas*, mi obra maestra, os inspiré un ardiente deseo de vencer siempre a los enemigos.

BACO.

Es verdad; me alegré mucho a la noticia de la muerte de Darío;[154] y el coro palmoteó al punto, exclamando: ¡Victoria!

ESQUILO.

Estos son los asuntos que deben tratar los poetas. Considerad, si no, qué servicios prestaron los más ilustres desde la antigüedad más remota:

Orfeo[155] nos enseñó las iniciaciones y el horror al homicidio; Museo,[156] los remedios de las enfermedades y los oráculos; Hesíodo, la agricultura y el tiempo de las sementeras y recolecciones;[157] y al divino Homero, ¿de dónde le ha venido tanta gloria, sino de haber enseñado cosas útiles, la estrategia, las virtudes bélicas y la profesión de las armas?

BACO.

Sin embargo, no ha podido instruir en nada al architonto de Pantacles;[158] hace poco debía de ir al frente de una procesión, y después de haberse atado el casco, se acordó de que no le había puesto la cimera.

ESQUILO.

En cambio ha educado a otros mil valientes, entre ellos el héroe Lámaco.[159] Inspirándose en él mi fantasía, representó las hazañas de los Patroclos[160] y los Teucros,[161] bravos como leones, para excitar a imitarlos a todos los ciudadanos en cuanto resuena el bélico clarín. Nunca puse en escena Fedras ni impúdicas Estenebeas;[162] y nadie podrá decir que he pintado en mis versos una mujer enamorada.[163]

EURÍPIDES.

Es verdad, jamás has conocido a Venus.

ESQUILO.

Ni la quiero conocer; en cambio, por tu mal, tú y los tuyos la conocéis demasiado.

BACO.

Cierto, cierto; los delitos que imputaste a las mujeres de otros los viste en la tuya propia.[164]

EURÍPIDES.

Pero, importuno, ¿qué mal hacen a la república mis Estenebeas?

ESQUILO.

Las nobles esposas de los ciudadanos nobles han bebido la cicuta arrastradas por la vergüenza que les han causado tus Belerofontes.[165]

EURÍPIDES.

¿He cambiado en lo más mínimo la historia de Fedra?

ESQUILO.

Es verdad, no la has cambiado; pero un buen poeta debe ocultar el vicio y no sacarlo a luz y ponerlo en escena;[166] pues ha de ser para los adultos lo que para los niños los maestros. Nuestra obligación es enseñar solo el bien.

EURÍPIDES.

¿Y cuando tú hablas de los Licabetos y de las altas cumbres del Parnaso,[167] nos enseñas el bien? ¿Por qué no empleas un lenguaje humano?

ESQUILO.

Pero, desdichado, las expresiones deben ser proporcionadas a la elevación de las sentencias y pensamientos. El lenguaje de los semidioses debe ser sublime, lo mismo que sus vestiduras deben ser más ostentosas que las nuestras. Lo que yo ennoblecí, tú lo has degradado.

EURÍPIDES.

¿Cómo?

ESQUILO.

En primer lugar, vistiendo de harapos a los reyes para que inspirasen más profunda compasión.

EURÍPIDES.

¿Qué mal hay en eso?

ESQUILO.

Por culpa tuya ningún rico quiere armar ya a su costa una galera; pues para librarse del compromiso se cubre de andrajos, llora y dice que es pobre.

BACO.

Es verdad, por Ceres; y debajo lleva una túnica de lana fina; y después de habernos engañado se le ve aparecer en la pescadería...[168]

ESQUILO.

En segundo lugar, tú has inspirado tal afición a la charlatanería y las argucias, que las palestras están abandonadas, los jóvenes corrompidos,[169] y los marineros se atreven a contradecir a sus comandantes; en mis tiempos no sabían más que pedir su ración de pan y gritar «¡Rippape!»[170]

BACO.

¡Oh!, pues ahora, ya saben lanzar un flato[171] a la boca del remero del banco inferior y embrear a sus compañeros; y cuando desembarcan, robar los vestidos al primer transeúnte, y pasarse el tiempo en discusiones, sin cuidarse de remar, dejando que la nave bogue a la ventura.

ESQUILO.

¿De qué crímenes no es autor? ¿No ha puesto en escena alcahuetas, mujeres que paren en sagrado,[172] hermanas incestuosas,[173] y otras que dicen que la vida no es la vida?[174] Así es que nuestra ciudad se ha plagado de escribanos y bufones, especie de monos que tienen al pueblo constantemente engañado; mientras que ya nadie sabe llevar una antorcha,[175] por falta de ejercicio.

BACO.

Nadie, es verdad; así es que en las Panateneas me faltó poco para morir de risa viendo a un hombre blanco, gordo y pesado que corría encorvado y

con un trabajo infinito, mucho más atrás que los otros. En la puerta del Cerámico, los espectadores le pegaron en el vientre, en el pecho, en los costados y en las nalgas, hasta que, en vista de aquella lluvia de palmadas, mi hombre soltó un flato[176] con el cual apagó la antorcha y se escapó.

CORO.

El negocio es importante; la disputa vehemente; grave la guerra. Difícil será el formar opinión, pues si el uno ataca vigorosamente, el otro huye el cuerpo con agilidad y responde con destreza. No permanezcáis siempre en el mismo terreno: tenéis abiertos muchos caminos e infinitas argucias. Decid, exponed, manifestad todos vuestros recursos viejos y nuevos; aventurad algunos argumentos alambicados e ingeniosos. No temáis que la ignorancia de los espectadores no pueda comprender vuestras sutilezas; lejos de ser gente ruda, todos se han ejercitado, y cada cual tiene su libro donde aprende sabias lecciones; además su natural ingenio está hoy más aguzado que nunca. Nada temáis, emplead todos los medios, pues estáis ante un público ilustrado.

EURÍPIDES.

Empecemos por sus prólogos; siendo lo primero que se encuentra en una tragedia, es natural que principiemos por ellos el estudio de este hábil poeta. Era oscuro en la exposición de sus asuntos.

BACO.

¿Cuál de sus prólogos vas a examinar?

EURÍPIDES.

Muchos. Recítame por de pronto el de la Orestiada.[177]

BACO.

Silencio todos. Recita tú, Esquilo.

ESQUILO.

«Subterráneo Mercurio, que vigilas
Sobre el paterno reino, dame ayuda;
Vengo al fin a mi patria y entro en ella.»[178]

BACO.

¿Hallas alguna falta en esos versos?

EURÍPIDES.

Más de doce.

BACO.

Pero si no son más que tres versos.

EURÍPIDES.

Es que cada uno tiene veinte faltas.

BACO.

Esquilo, te aconsejo que te calles: si no, además de esos tres yambos, te censurará otros muchos.

ESQUILO.

¿Yo callarme delante de ese?

BACO.

Si me haces caso.

EURÍPIDES.

En el principio ha cometido ya una falta enorme.

ESQUILO. (*A Baco.*)

¿No ves que no tienes razón?

BACO.

Sea. A mí poco me importa.

ESQUILO. (*A Eurípides.*)

¿Dónde dices que está la falta?

EURÍPIDES.

Repite desde el principio.

ESQUILO.

Mercurio subterráneo, que vigilas
Sobre el paterno reino...

EURÍPIDES.

Eso lo dice Orestes ante la tumba de su padre, ¿verdad?

ESQUILO.

No lo niego.

EURÍPIDES.

¿De suerte que quiere decir que Mercurio velaba por su padre, para que cayendo en un pérfido lazo fuese vilmente asesinado por su mujer?

ESQUILO.

No es al dios de la astucia, sino al Mercurio benéfico al que llama subterráneo; y lo prueba diciendo que recibió esa misión de su padre.

EURÍPIDES.

Entonces el yerro es más grande de lo que yo pretendía; pues si recibió de su padre aquella misión subterránea...

BACO.

Es que su padre le había nombrado enterrador.

ESQUILO.

¡Ay Baco! tu vino no está perfumado.[179]

BACO.

Recita el otro verso; y tú acecha sus faltas.

ESQUILO.

«... dame ayuda;
Vengo al fin a mi patria y entro en ella.»

EURÍPIDES.

El sabio Esquilo nos dice dos veces la misma cosa.

BACO.

¿Cómo dos veces?

EURÍPIDES.

Examina esa frase y te haré ver la repetición. «Vengo al fin a mi patria», dice, «y entro en ella.» *Vengo* es enteramente lo mismo que *entro*.

BACO.

Entiendo; es como si uno dijera a su vecino: «Préstame la artesa, o si quieres el arca de amasar.»

ESQUILO.

No es lo mismo, charlatán; mi verso es inmejorable.

BACO.

¿Cómo? Pruébamelo.

ESQUILO.

Todo el que goza de los derechos de ciudadanía puede *venir* a su patria, porque *viene* sin haber experimentado antes ningún infortunio; pero el desterrado *viene* y *entra*.[180]

BACO.

¡Muy bien, por Apolo! ¿Qué dices a eso, Eurípides?

EURÍPIDES.

Digo que Orestes no *entró* en su patria, porque vino secretamente, sin haber obtenido la competente autorización de los que entonces ejercían el mando.

BACO.

¡Muy bien, por Mercurio! Pero no te comprendo.

EURÍPIDES.

Recita, pues, otro.

BACO.

Vamos, Esquilo, recítalo pronto. Tú acecha las faltas.

ESQUILO.

«Invocando los manes de mi padre
Sobre su propia tumba, que se digne
Oírme y escucharme le suplico.»[181]

EURÍPIDES.

Otra repetición: *oír* y *escuchar* son dos cosas idénticas.

BACO.

Pero, desdichado, ¿no ves que estaba hablando con los muertos, a los que no basta invocar tres veces?[182]

ESQUILO.

Y tú, ¿cómo hacías los prólogos?

EURÍPIDES.

Te lo voy a decir; y si encuentras una sola repetición, o un solo ripio, me doy por vencido.

BACO.

Empieza ya: mi deber es escucharte; veamos qué hermosos son los versos de tus prólogos.

EURÍPIDES.

«Edipo, que al principio era dichoso.»[183]

ESQUILO.

De ningún modo; su sino era la desgracia, pues ya antes de ser engendrado, Apolo predijo que mataría a su padre, y aún no había nacido. ¿Cómo, pues, al principio era dichoso?

EURÍPIDES.

«¡Mortal infelicísimo fue luego!»

ESQUILO.

De ningún modo, repito. No dejó de ser lo que era. Además esa felicidad fue imposible. Apenas nació ya le expusieron metido en una olla[184] en el rigor del invierno, para que no llegase a ser el asesino de su padre; después, por desgracia suya, llegó al palacio de Pólibo, con los pies hinchados;[185] luego, joven todavía, se casó con una vieja, que por añadidura era su madre,[186] y por último se sacó los ojos.

BACO.

¡Feliz él si hubiera mandado la escuadra con Erasínides![187]

EURÍPIDES.

Desbarras, mis prólogos son buenos.

ESQUILO.

Por Júpiter, no pienso ir desmenuzando tus versos palabra por palabra, sino con la ayuda de los dioses aniquilar tus prólogos sin más que con una pequeña alcuza.

EURÍPIDES.

¿Con una alcuza?

ESQUILO.

Sí, con una sola; pues tus yambos son de tal naturaleza que se les puede añadir lo que se quiera, un pellejito, una alcucita, un saquito, como te lo demostraré en seguida.

EURÍPIDES.

¿Tú demostrarme eso?

ESQUILO.

Sí, yo.

BACO.

Vamos, recita.

EURÍPIDES.

Cuando, según la fama más creída,
Con sus cincuenta hijas llegó Egipto
De Argos a la región...[188]

ESQUILO.

Perdió su alcuza.[189]

EURÍPIDES.

¿Qué alcuza? ¡Así te mueras!

BACO.

Recita otro prólogo, y veamos.

EURÍPIDES.

Baco, que armado del pomposo tirso
Y cubierto de pieles de cervato,
Danza en las cumbres del Parnaso agreste
De antorchas al fulgor...[190]

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

De nuevo nos sacude con su alcuza.

EURÍPIDES.

No nos fastidiará más, pues a este prólogo no le podrá colgar la alcuza.

No existe, no, felicidad completa;
Tal de ilustre familia, es pobre; y otro
De modesta extracción...[191]

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

¡Eurípides!

EURÍPIDES.

¿Qué hay?

BACO.

Recoge velas; pues esta alcuza va a convertirse en huracán.

EURÍPIDES.

Poco se me importa, por Ceres; ya verás cómo se lo hago soltar de las manos.

BACO.

Continúa recitando, y mucho ojo con la alcuza.

EURÍPIDES.

La ciudad de Sidón abandonando
Cadmo, hijo de Agenor...[192]

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

¡Ay, amigo mío! Cómprale esa bendita alcuza, pues, si no, nos va a echar a pique todos los prólogos.

EURÍPIDES.

¡Cómo! ¿yo comprársela?

BACO.

Si me haces caso.

EURÍPIDES.

No, por cierto. Puedo citarle una porción de prólogos, a los que no podrá aplicarles la alcuza.

Pélope, hijo de Tántalo, partiendo
Para Pisa, animando los corceles
De su carro veloz...[193]

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

¿Lo ves? De nuevo le ha colgado su alcuza. Vamos, Esquilo, véndesela a cualquier precio; que tú por un óbolo podrás comprar otra hermosísima.

EURÍPIDES.

Te digo que no; aún me quedan muchos.

Eneo en su heredad...[194]

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

EURÍPIDES.

Déjame acabar el primer verso.
Eneo en su heredad, habiendo un día
Pingüe cosecha recogido y de ella
Ofrecido a los dioses las primicias
En piadosa oblación...

ESQUILO.

Perdió su alcuza.

BACO.

¡Durante el sacrificio! ¿Quién se la quitó?

EURÍPIDES.

Permíteme, amigo mío, que pruebe con este verso:
Jove (la verdad misma lo asegura)[195]

BACO.

Estás perdido; en seguida va a añadir: «Perdió su alcuza.» Porque la tal alcuza se adhiere a tus prólogos como el orzuelo a los párpados. Pero, por todos los dioses, pasa ya a ocuparte de la parte lírica de sus dramas.

EURÍPIDES.

Puedo demostrar hasta la evidencia que sus cantos son perversos y llenos de las mismas repeticiones.

CORO.

¿En qué parará esto? Ansioso estoy de saber qué censuras se atreverá a presentar contra sus infinitos y bellísisimos cantos, tan superiores a los de los poetas del día; no acierto a comprender en qué podrá motejar a este rey de las fiestas de Baco,[196] y le auguro una derrota.

EURÍPIDES.

¡Sí! ¡Admirables cantos líricos! Ahora se verá, pues voy a reunirlos todos en uno.

BACO.

Y yo a llevar la cuenta con estas piedrecitas.

EURÍPIDES.

Aquiles,[197] rey de Ftía, ¿por qué, si oyes
El estruendo feral de la matanza,
A aliviar sus trabajos, di, no vuelas?[198]
Nosotros, habitantes de este lago,
Culto rendimos al sagaz Mercurio,
Egregio fundador de nuestra raza,
Y a aliviar sus trabajos tú no corres.[199]

BACO.

Ya tienes dos *trabajos*, Esquilo.

EURÍPIDES.

¡Oh, el más ilustre aqueo, ínclito Atrida!
Jefe de muchos pueblos poderosos,[200]
¿A aliviar sus trabajos tú no corres?

BACO.

Ya el tercer *trabajo*, Esquilo.

EURÍPIDES.

Silencio: las proféticas Melisas[201]
De Diana van a abrir el templo augusto,
¿Y a aliviar sus trabajos tú no vuelas?
Yo puedo proclamar que los guerreros[202]
Partieron con auspicios la victoria,

A aliviar sus trabajos tú no corres.

BACO.

¡Soberano Júpiter! ¡Qué infinidad de *trabajos*! Quiero ir a bañarme; pues con tantos *trabajos*, se me han inflamado los riñones.

EURÍPIDES.

Por favor, no te vayas antes de oír este canto arreglado para cítara.

BACO.

Sea; pero pronto y sin *trabajos*.

EURÍPIDES.[203]

¿Por qué los dos monarcas que comandan
La ardiente juventud de los Aqueos,
Flatotrato-flatotrat,
La aterradora Esfinge han enviado,
Perro factor de negros infortunios?
Flatotrato-flatotrat,
Vibrando el asta en la potente garra
El ave que impetuosa y vengadora,
Flatotrato-flatotrat.
Entrega al crudo diente de los perros,
Osados vagabundos de los aires,
Flatotrato-flatotrat,
Los que se inclinan al partido de Áyax,
Flatotrato-flatotrat.

BACO.

¿Qué es ese flatotrat? ¿En Maratón, o dónde has recogido ese canto de aguadores?

ESQUILO.

No; yo di a lo que era ya bueno una forma igualmente bella, para que no se dijese que cogía en el jardín sagrado de las Musas las mismas flores que Frínico.[204] Pero Eurípides, para tomar sus cantos, acude a los de todas las meretrices, y a los escolios de Meleto,[205] a los aires de la flauta caria, a los acentos doloridos, y a los himnos coreográficos, como os lo voy a demostrar sobre la marcha. Traedme una lira. ¿Pero qué necesidad hay de lira para este? ¿Dónde está la mujer que toca las castañuelas? Ven, oh Musa de Eurípides. Tú eres la única digna de modular sus canciones.

BACO.

¿No ha imitado nunca esa Musa a las Lesbenses?[206]

ESQUILO.[207]

Alciones que gorjeáis sobre las olas
Infinitas del piélago salado,
Con gotas titilantes
De rocío menudas y cambiantes
El nítido plumaje salpicado;
Arañas que en los lóbregos rincones
De las habitaciones
Hi-i-i-láis[208] la trama prodigiosa
Con la pata ligera,
Y con la resonante lanzadera.
El delfín cautivado
Por el son de las flautas delicadas,
Augurando un buen viaje,
Salta regocijado

En torno de las proas azuladas.
Adorno de la vid, crespo follaje,
Sostén lozano del racimo bello,
Enlaza, hijo, tus brazos a mi cuello.

¿Ves tú el ritmo?

BACO.

Lo veo.

ESQUILO.

¡Cómo! ¿Lo ves?

BACO.

Lo veo.

ESQUILO.

¿Y tú, autor de semejantes versos; tú que imitas al componerlos las doce posturas de Cirene,[209] te atreves a censurar los míos? Tales son sus cantos líricos: examinemos ahora sus monólogos:[210]

Oscuridad profunda de la noche,
Del fondo de tu abismo tenebroso
¿Qué ensueño pavoroso
Envías a mi mente conturbada?
Sin duda es un aborto del averno,
Un alma inanimada,
De horrible aspecto y de letal mirada,
Un hijo de la noche y del infierno,
De uñas de acero y veste rozagante.
La lámpara brillante,
Esclavas, encended, y al cristalino

Río hurtadle la linfa en vuestras urnas;
Calentadla y podré de este divino
Sueño purificarme,
Que en las horas nocturnas
Ha venido espantoso a atormentarme.
¡Oh Neptuno! ¿Qué es esto?
El prodigio funesto
Ved, mis consortes en destino impío,
¡Ah, Glice sin entrañas
Huye, huye, y se lleva el gallo mío!
¡Ninfas de las montañas,
Y tú, Mania, prended, prended a Glice!
Yo que estaba ¡infelice!
A mi labor atenta
El blanco lino hi-i-i-i-ilando
Que mi rueca cubría,
Y el ovillo formando
Que al despuntar el día
En la plaza pensaba
A buen precio vender; mas él volaba,
¡Ay!, volaba[211] y con alas incansables
Por el éter cruzaba;
Y penas, penas, ¡ay!, interminables,
Me dejó solamente,
Y tristezas y enojos,
Y convertidos en perenne fuente

De lágrimas, ¡de lágrimas mis ojos!
Cretenses, acudid; hijos del Ida,
Con el arco homicida
En mi auxilio volad, cercad la casa;
Divina cazadora,
Diana gentil, acude con tus canes
Y registra los últimos desvanes.
Hécate, hija de Júpiter, enciende
Dos antorchas, y guía
A la mansión de la ladrona Glice;
Quizá, quizá a su luz, ¡ay infelice!
Pueda encontrar la pobre hacienda mía.

BACO.

Basta de coros.

ESQUILO.

Sí, basta. Ahora quiero traer una balanza, pues es el único medio de aquilatar el valor de nuestra poesía, y calcular el peso de nuestras palabras.

BACO.

Vamos, venid. Me veo reducido a vender por libras el numen de los poetas, como si fuese queso.[212]

CORO.

Las gentes de talento son muy ingeniosas. He ahí una idea peregrina, admirable y extraña que antes a nadie se le había ocurrido. Yo, si alguno me lo hubiese contado, no le hubiera dado crédito pensando que deliraba.

BACO.

Ea, acercaos a los platillos...

ESQUILO Y EURÍPIDES.

Ya estamos.

BACO.

Recitad teniéndolos cogidos, cada uno un verso, y no los soltéis hasta que yo diga: ¡Cucú!

ESQUILO Y EURÍPIDES.

Ya están cogidos.

BACO.

Decid ya un verso sobre la balanza.

EURÍPIDES.

«¡Oh, si el Argos jamás volado hubiera!...»[213]

ESQUILO.

«¡Oh río Esperquio! ¡Oh pastos de los toros!...»[214]

BACO.

¡Cucú! Soltad. ¡Oh! el verso de Esquilo baja mucho más.

EURÍPIDES.

¿Por qué?

BACO.

Porque, a ejemplo de los vendedores de lana, ha mojado su verso, poniendo en él un río, y tú le has aligerado poniéndole alas.

EURÍPIDES.

Que recite otro y lo pese.

BACO.

Coged de nuevo los platillos.

ESQUILO Y EURÍPIDES.

Ya están.

BACO. (*A Eurípides.*)

Di.

EURÍPIDES.

«De la Persuasión dulce es la elocuencia
El único santuario...»[215]

ESQUILO.

«Solo la muerte es la deidad que no ama
Las oblaciones pías...»[216]

BACO.

Soltad, soltad. De nuevo la balanza cae hacia el lado de Esquilo; y es porque ha echado en el plato la Muerte, que es el más pesado de los males.

EURÍPIDES.

Y yo la Persuasión; mi verso es inmejorable.

BACO.

Pero la Persuasión es cosa ligera y de poco peso. Vamos, busca entre tus versos más pesados uno muy robusto y vigoroso que incline la balanza a tu favor.

EURÍPIDES.

¿Pero dónde encontrarlo? ¿Dónde?

BACO.

Yo te lo diré: «Aquiles ha sacado dos y cuatro.»[217] Recitad; esta es la última prueba.

EURÍPIDES.

«Se apoderó de una ferrada maza...»[218]

ESQUILO.

«El carro sobre el carro, y el cadáver
Sobre el cadáver...»[219]

BACO. (*A Eurípides.*)

Otra vez te ha vencido.

EURÍPIDES.

¿Cómo?

BACO.

Ha puesto dos carros y dos cadáveres, cuyo peso no podrían levantar ni cien egipcios.[220]

ESQUILO.

Dejémonos de disputar verso por verso: póngase Eurípides en un plato de la balanza, con sus hijos, su mujer, Cefisofonte[221] y todos sus libros, y yo pondré solamente dos versos en el otro.

BACO.

Ambos poetas son amigos míos, y no quiero decidir la cuestión, pues sentiría enemistarme con uno de ellos. El uno me parece muy diestro; el otro me encanta.

* * *

PLUTÓN.

Entonces no has logrado el objeto de tu viaje.

BACO.

¿Y si sentencio?

PLUTÓN.

Te llevarás al que prefieras; y no habrás hecho en balde el viaje.

BACO.

Gracias, Plutón. Ahora, escuchadme: yo he bajado aquí en busca de un poeta...

EURÍPIDES.

¿Para qué?

BACO.

Para que la ciudad, una vez libre de peligros,[222] haga representar sus tragedias. Estoy resuelto a llevarme aquel de vosotros que me dé un buen consejo para la república. Decidme: ¿qué pensáis de Alcibíades? Esta es cuestión que ha puesto a parir a Atenas.[223]

EURÍPIDES.

¿Y qué piensa de él?

BACO.

¿Qué piensa? Le desea, le aborrece y no puede pasarse sin él. Vamos, decid vuestra opinión.

EURÍPIDES.

Detesto al ciudadano lento en ayudar a su patria, pronto en hacerla daño, hábil para el propio interés, torpe para los del Estado.

BACO.

¡Bien, por Neptuno! Sepamos ahora tu parecer.

ESQUILO.

No conviene criar en la ciudad al cachorro del león. Lo mejor es esto; pero una vez criado, es necesario someterse a sus caprichos.

BACO.

Por Júpiter salvador, quedo en la misma indecisión; el uno habló con

ingenio y el otro con claridad. Decidme ambos vuestra opinión sobre los medios de salvar la república.

EURÍPIDES.

Poniendo a Cinesias, a modo de alas, sobre Cleócrito,[224] de suerte que el viento se llevase a ambos sobre las olas del mar...

BACO.

La idea es chistosa, pero ¿a dónde vas a parar?

EURÍPIDES.

Cuando hubiera una batalla naval podrían echar vinagre a los ojos de nuestros enemigos. Pero voy a deciros otra cosa.

BACO.

Di.

EURÍPIDES.

Si confiamos en lo que ahora desconfiamos, y desconfiamos en lo que ahora confiamos...

BACO.

¿Cómo? No entiendo. Dilo más llana y comprensiblemente.

EURÍPIDES.

Si desconfiamos de los ciudadanos en que hoy confiamos, y empleamos a los que tenemos en olvido, quizá nos salvaremos. Pues si con aquellos somos infelices, ¿no conseguiremos ser felices empleando a sus contrarios?

BACO.

¡Admirable! Eres el hombre más ingenioso, un verdadero Palamedes.[225] Dime, ¿esa idea es tuya o de Cefisofonte?[226]

EURÍPIDES.

Es mía; la del vinagre es de Cefisofonte.

BACO.

¿Qué dices tú?

ESQUILO.

Dime antes a quiénes emplea la república. ¿A los hombres de bien?

BACO.

No; los aborrece de muerte.

ESQUILO.

¿Le agradan los malos?

BACO.

Tampoco; pero la necesidad le obliga a echar mano de ellos.

ESQUILO.

¿Qué medios de salvación puede haber para una ciudad que no quiere paño fino ni burdo?[227]

BACO.

Por favor, Esquilo, discurre alguno que nos saque del abismo.

ESQUILO.

En la tierra te lo diré; aquí no quiero.

BACO.

De ningún modo; envíales desde aquí la felicidad.

ESQUILO.

Se salvarán cuando crean que la tierra de sus enemigos es suya, y la suya de sus enemigos; y que sus naves son sus riquezas, y sus riquezas su ruina.[228]

BACO.

Muy bien; pero los jueces lo devoran todo.[229]

PLUTÓN. (*A Baco.*)

Sentencia.

BACO.

Sentenciad vosotros. Yo elijo al predilecto de mi corazón.

EURÍPIDES.

Tomaste a los dioses por testigos de que me llevarías. Sé fiel a tu juramento y elige a tus amigos.

BACO.

«La lengua ha jurado»,[230] pero escojo a Esquilo.

EURÍPIDES.

¿Qué has hecho, miserable?

BACO.

¿Yo? Declarar vencedor a Esquilo. ¿Por qué no?

EURÍPIDES.

¿Y aún te atreves a mirarme a la cara después de tu vergonzosa felonía?

BACO.

¿Hay algo vergonzoso mientras el auditorio no lo tenga por tal?

EURÍPIDES.

Cruel, ¿me vas a dejar entre los muertos?

BACO.

¿Quién sabe si el vivir es morir, si el respirar es comer, si el sueño es un vellón?[231]

PLUTÓN.

Entrad. Baco, ven conmigo.

BACO.

¿Para qué?

PLUTÓN.

Para que os dé hospitalidad antes de que partáis.

BACO.

Bien dicho, por Júpiter; eso me agrada más.

* * *

CORO.

¡Feliz el poseedor de toda la sabiduría! Mil pruebas lo demuestran. Esquilo, gracias a su ingenio y habilidad, vuelve a su casa para dicha de sus conciudadanos, amigos y parientes. Guardémonos de charlar con Sócrates, despreciando la música y demás accesorios importantes de las Musas trágicas. El pasarse la vida en discursos enfáticos y vanas sutilezas, es haber perdido el juicio.

* * *

PLUTÓN.

Parte gozoso, Esquilo; salva nuestra ciudad con tus buenos consejos y castiga a los tontos: ¡hay tantos! Entrega esta cuerda[232] a Cleofón,[233] esta a los recaudadores Mírmex y Nicómaco,[234] y esta a Arquénomo,[235] y diles que se vengan por aquí pronto y sin tardar. Pues si no bajan en seguida, los agarro, los marco a fuego,[236] y atándolos de pies y manos con Adimante,[237] hijo de Leucólofo, los precipito, hechos un fardo, a los infiernos.

ESQUILO.

Cumpliré tus órdenes: coloca tú en mi trono a Sófocles para que me lo conserve y guarde, por si acaso vuelvo; porque después de mí, le creo el más hábil. En cuanto a ese intrigante, impostor y chocarrero, haz que jamás ocupe mi puesto, aun cuando quieran dárselo contra su voluntad.

PLUTÓN. (*Al Coro.*)

Alumbradle con vuestras sagradas antorchas, y acompañadle cantando sus propios himnos y coros.

CORO.

Dioses infernales, conceded un buen viaje al poeta que retorna a la luz, y a nuestra ciudad grandes y sensatos pensamientos. De esta suerte nos libraréis de los grandes males y del horrible estruendo de las armas. Cleofón y los que como él piensan, váyanse a pelear a su patria.[238]

FIN DE LAS RANAS.

* * *

Notas

1. Tales son los versos , y , que mencionan como recientemente ocurrida la batalla de las Arginusas, ganada a los lacedemonios el año vigesimosexto de la guerra; el verso , en que el coro ataca a Arquedemo como jefe del partido popular, lo cual sucedía en el mismo año. El verso , que habla de la muerte de Sófocles, acaecida en 406 antes de Jesucristo, y otros que se harán observar en las notas.

2. Alusión a los poetas de poca *vis comica*, que usaban chistes triviales y gastados.

3. *Ut cacaturias*.

4. *Pedam*.

5. Frínico era un poeta cómico que concurrió con Aristófanes al premio cuando hizo representar *Las Ranas*. Su poca inventiva, el abuso de palabras inusitadas, y los defectos de su versificación le hicieron pasar por extranjero. No debe confundirse este Frínico con el autor de tragedias.

6. Poeta cómico contemporáneo de Aristófanes. Su principal defecto era la frialdad.

7. Otro autor de comedias, que ganó dos veces el premio en concurrencia con Aristófanes. Su *Connos* fue preferido a *Las Nubes*.

8. Como dios del vino.

9. Fue las de las Arginusas ganada a los lacedemonios el mismo año de la representación de *Las Ranas*. Algunos esclavos que pelearon entonces denodadamente recibieron la libertad en recompensa de su valor. Por consiguiente, si Jantias hubiese estado en aquella batalla podría exigir a su amo una satisfacción como emancipado de su potestad.

10. Llama a la puerta del templo de Hércules, que estaba cerca de Atenas, en el demo de Melito.

11. Monstruo fabuloso, mitad hombre y mitad caballo. Sus procederes eran sumamente brutales, y en la célebre lucha con los lapitas dejaron de ello buena memoria.

12. Baco traía sobre un vestido de mujer la piel de león y la maza que constituían el atavío característico de Hércules.

13. Habla de Clístenes como de un navío. Hay una alusión a las costumbres disolutas de Clístenes.

14. Con esta frase, que es la que ordinariamente se emplea para concluir la narración de un sueño, da a entender Hércules que no cree una palabra de cuanto le ha dicho Baco. — Otras ediciones (la de Boissonade) la ponen en boca de Jantias, y aun del mismo Baco.

15. Tragedia de Eurípides, de la cual solo se conservan fragmentos, citada y parodiada en *Las fiestas de Ceres*.

16. Había dos personas de este nombre, uno autor y otro ladrón, pero ambos de agigantada estatura.

17. La glotonería de Hércules era proverbial, y ya la ridiculizó Aristófanes en *Las Aves*.

18. Eurípides había muerto un año antes de representarse *Las Ranas*, en la corte de Arquelao, rey de Macedonia, despedazado por una jauría de perros que se echaron sobre él en un lugar solitario.

19. El interés de Baco se explica porque las tragedias se representaban en sus fiestas y habían nacido con ocasión de las mismas.

20. Hijo de Sófocles, que en vida de su padre, muerto poco tiempo antes de ponerse en escena *Las Ranas*, había ganado una vez el premio en un certamen trágico. Había sospechas de que la obra laureada no era suya, sino de su padre; y por eso Baco se reserva para juzgarle

a que presente una nueva tragedia.

21. Aristófanes hace justicia a la modestia de Sófocles, virtud rarísima en los poetas.

22. Poeta trágico y cómico, uno de los personajes de *Las fiestas de Ceres*.

23. A la corte de Arquelao, gran protector de los literatos y artistas de su época. Otros entienden que Agatón había muerto.

24. Poeta trágico, hijo de Cárcino, repetidas veces citado.

25. Poeta trágico desconocido.

26. Jantias se queja de que Baco y Hércules se entretengan en charlar, sin ocuparse para nada de la fatiga que le causa su hato.

27. Tomado de la *Melanipe* de Eurípides, tragedia de la cual solo quedan fragmentos.

28. Parodia del *Alejandro* de Eurípides, tragedia perdida.

29. Verso 612 del *Hipólito* de Eurípides, muchas veces criticado y parodiado.

30. Parodia de un verso de la *Andrómaca* Eurípides.

31. Como glotón, debía ser maestro en gastronomía.

32. Jantias repite su lamentación.

33. Cada vez más impaciente por la interminable charla de su amo.

34. En que se majaba la cicuta.

35. Alusión a los efectos de la cicuta. Véase el *Fedón* de Platón.

36. Barrio de Atenas donde se celebraban las *Lampadoforias*, fiestas en honor de Minerva, Vulcano y Prometeo, por haber dado a los mortales el aceite, las lámparas y el fuego, respectivamente. La parte principal de estas solemnidades, a la que se refiere el texto, consistía en correr con antorchas encendidas, procurando que no se apagasen hasta llegar al fin de la carrera. La señal de partida se daba arrojando una antorcha desde lo alto de la torre, de que habla luego Hércules.

37. El barquero Caronte, según los mitógrafos, solo exigía un óbolo; pero Aristófanes eleva sus derechos a dos, para aludir al salario que entonces cobraban los jueces, y que osciló de uno a tres óbolos, como hemos visto en *Los Caballeros* y *Las Avispas*.

38. Teseo bajó al infierno, acompañado de Pirítoo, para robar a Proserpina.

39. Detestable poeta trágico, ya satirizado en *Los Caballeros*, 401; y en *La Paz*, 803. Según el Escoliasta, era mejor oculista que poeta.

40. Autor de ditirambos, repetidas veces citado y puesto en escena. Aquí alude a sus gesticulaciones al ensayar los coros que habían de ejecutar sus cantos, pues la danza pírrica era sumamente rápida.

41. Los iniciados en los misterios de Ceres se creía que gozaban después de morir de una vida bienaventurada.

42. Un asno trasportaba de Atenas a Eleusis los útiles necesarios para celebrar los misterios. Parece que este rito tenía su origen en la circunstancia de haber huido Tifón sobre un asno, después de su derrota, por lo cual este animal era odiado en Egipto, de donde se introdujo en el Ática el culto de Ceres eleusinia.

43. Recuérdese que cada dracma valía seis óbolos; de suerte que Baco ofrece al muerto una cuarta parte menos.

44. Boissonade, apoyado en un escolio, reparte el triple saludo entre Baco, Jantias y el Muerto. Sin embargo, según indica otro escolio, puesto solamente en boca de Baco tiene más intención, porque es parodia de una repetición análoga en una pieza de Aqueo.

45. Con esta frase da a entender Aristófanes que no cree una palabra de las fábulas inventadas por los poetas respecto al infierno.

46. Es decir, al pueblo de Cerbero, perro trifauce, que guardaba la entrada del infierno.

47. Promontorio de la Laconia, en el cual había una caverna tenida por una de las bocas del infierno.

48. Alusión a la reciente batalla de las Arginusas, ya citada.

49. Lugar imaginario, inventado por Aristófanes para indicar el sitio donde se secan los muertos (de *αὐαίνεσθαι*).

50. A Baco que se ha sentado sobre el remo en vez de echar mano a él.

51. Este coro da nombre a la comedia, aunque es puramente episódico. Las Ranas, según el Escoliasta, no aparecían en escena, aunque en una sabia Memoria de M. Rossignol, citada por Artaud, se pretende probar lo contrario.

52. Sobrenombre de Baco, que entra en la composición de Dionisio, nombre con que

generalmente le designaron los griegos.

53. El tercer día de las *Antesterias*, fiestas de que se habló en *Los Acarnienses*, nota, se cocían legumbres de todas clases en ollas que se ofrecían a Baco y Minerva.

54. Baco tenía cerca de Atenas un templo junto a un pantano.

55. Planta que crece en los pantanos y prados húmedos.

56. Mirando a los espectadores.

57. Espectro que Hécate enviaba a los hombres para aterrorizarlos. Tomaba diferentes formas, todas horribles.

58. Lit. de *basura*, pues tal es el significado de βολίτινον. Sin embargo, el Escoliasta dice que este adjetivo era equivalente a ὀνοκώλους, *pata de asno*, y así lo traducimos, porque hace sentido mejor.

59. Se dirige al sacerdote de Baco, que ocupaba en las fiestas dramáticas un lugar preferente.

60. Alusión a la mala manera con que el actor Hegéloco pronunció la frase citada, que es del verso 269 del *Orestes* de Eurípides, dándole un sentido ridículo, que estuvo a punto de hacer fracasar la tragedia; pues en vez de decir γαλήν (oxítono), que significa *calma*, pronunció γαλῆν (perispómeno), esto es, «después de la tempestad veo el gato.»

61. El sacerdote de Baco, que sin duda honraba a su dios más de lo debido.

62. Expresiones de Eurípides ya citadas.

63. Este es el verdadero coro de la comedia, y está compuesto de iniciados en los misterios de Eleusis.

64. Sobrenombre de Baco en los misterios eleusinos, en los cuales su culto iba unido al de Ceres.

65. Diágoras de Melos, filósofo acusado de ateísmo, había sido en su juventud poeta lírico y había compuesto ditirambos.

66. A Ceres se le ofrecían cerdos en sacrificio.

67. Poeta cómico y ditirámbico, citado ya. Alude aquí Aristófanes a su voracidad, dándole irónicamente el epíteto de *taurófago*, que se encuentra aplicado a Baco en una tragedia de Sófocles titulada *Tiro*.

68. Cobrador de contribuciones en Egina, que se aprovechaba de su cargo para ejercer el

contrabando de que habla el texto, defraudando al Estado en la percepción de los derechos de aduana, digámoslo así, que subían a una vigésima.

69. Isla próxima al Ática, de floreciente comercio. Los atenienses se habían apoderado de ella al principio de la guerra.

70. Ciudad del Peloponeso, situada en la costa oriental, cerca de la Argólida.

71. Alusión a Alcibíades, que se decía había conseguido que Ciro el joven prestase a Lisandro una respetable suma para equipar la flota lacedemonia.

72. Alusión al poeta Cinesias, acusado de haber profanado (*concacavisse*) el pedestal de una estatua de Hécate.

73. En *Las Junteras* se cita como uno de estos oradores a Agirrio.

74. Minerva.

75. Del Cerámico, barrio de Atenas, a Eleusis había próximamente cien estadios (18 kilómetros). Este era el trayecto que recorría la procesión de los iniciados.

76. Esto parece ser una alusión a la tacañería de los coregas, que no habían hecho trajes nuevos a los coristas.

77. Extranjero que había conseguido ponerse al frente del partido popular en Atenas. Los niños eran inscritos a los siete años de su edad en el registro de la tribu a que su padre pertenecía, circunstancia que probaba su cualidad de ciudadanos.

78. Los atenienses.

79. Las mujeres en los funerales se arrancaban los cabellos y hacían las demás demostraciones de dolor que el poeta atribuye burlescamente al bardaje Clístenes.

80. Nombre forjado por Aristófanes, que contiene alusiones obscenas: *Sebine*, de βινεῖν, *coire*; *Anaflisto*, demo del Ática que tiene la radical parecida a ἀναφλᾶν.

81. Calias era hijo de Hipónico, cuyo nombre parodia obscenamente Aristófanes en *Hipobino* (*qui coit cum equo*), aludiendo a la disolución de sus costumbres. En su casa se dio el *banquete*, asunto de una de las obras de Jenofonte.

82. Esto equivale a llamarle nuevo Hércules, aludiendo a la aventura de este semidiós, que triunfó en una sola noche de cincuenta vírgenes.

83. Los corintios enviaron a Mégara un embajador, que para ponderar la grandeza de su

ciudad repetía constantemente: *la Corinto de Júpiter*. La frase se hizo proverbial, y se aplicó a todos los que decían muchas veces una misma cosa.

84. Ceres.

85. En el templo de Ceres, en Atenas, había una estatua de Baco llevando una antorcha.

86. Solo los iniciados se creía que gozaban de la bienaventuranza después de la muerte.

87. Se suponía nacida de la unión de las víboras y las murenas. Su mordedura era mortal.

88. Titrasio era un lugar de la Lidia habitado por las Gorgonas; otros creen que era un demo del Ática.

89. Todo este lujo de sangrientas amenazas es una parodia de la poesía de Eurípides. Para demostrarlo, el Escoliasta cita tres versos del *Teseo*, tragedia perdida.

90. *Cacavi*; de miedo a las amenazas de Éaco.

91. Fórmula usada después de las libaciones. *Comice his verbis significat Bacchus se omnem ventris proluviem effudisse*.

92. Se acostumbraba a hacer esto con las personas desmayadas para que recobrasen el sentido.

93. *Istud dicens famuli manum, spongiam tenentem, sibi ad culum adducit*.

94. Melito era un demo del Ática donde había un magnífico templo de Hércules. El bribón melitense es Hércules representado por Jantias.

95. Proserpina.

96. Lit., *colabos*, pasteles llamados así porque se les daba la forma de una clavija de templar la lira.

97. Uno de los treinta tiranos, famoso por su versatilidad. Para caracterizar su habilidad en los cambios políticos, le llamaron *coturno*, calzado que por ser muy holgado servía para todos los pies. Cuando se representaron *Las Ranas*, estaba en el apogeo de su poder, pero después fue condenado a la pena capital y ejecutado por la acusación de Critias, otro de los treinta.

98. Τοὐρεβίνθου ’δραττόμην.

99. Nombre de la tabernera segunda.

100. El coturno era el calzado de Baco, y no el de Hércules.

101. Cleón e Hipérbolo habían muerto, y Aristófanes les conserva en el infierno el mismo carácter y aficiones que que en vida.

102. Precipicio al cual eran arrojados los criminales.

103. Antes citado.

104. Hércules había robado el Cerbero.

105. Nombres de esclavos de Tracia.

106. Era costumbre en el procedimiento ateniense someter al tormento a los esclavos para que declarasen contra sus señores.

107. Menciona las torturas más crueles. Las madres griegas solían azotar a sus hijos con tallos de ajos y cebollas para amedrentarles sin hacerles daño.

108. Es decir, «ni siquiera me ha producido tu golpe el ligero cosquilleo que hace estornudar.»

109. Demo del Ática donde había un templo dedicado a Hércules. Los que concurrían a la fiesta lanzaban en honor del dios el grito que el dolor arranca a Jantias.

110. Finge que su grito no es de dolor, sino de asombro.

111. Este verso es atribuido a Ananio, poeta con el cual se ha confundido frecuentemente a Hiponacte. El Escoliasta dice que Baco se equivoca por el dolor que le ha causado el latigazo.

112. Fragmento del *Laocoonte* de Sófocles.

113. Parábasis.

114. Orador de mala reputación, ya citado. (Véanse *Las fiestas de Ceres*, 805, nota.) Se le acusaba de ser originario de Tracia. La predicción burlesca de Aristófanes se cumplió pronto, pues murió en una sedición el año 406 antes de J. C.

115. Cuando había empate el acusado quedaba absuelto.

116. General que se opuso a la vuelta de Alcibíades (Tucíd., VIII, 50). Contribuyó al establecimiento del gobierno oligárquico de los Cuatrocientos, y fue asesinado en la plaza pública.

117. La de las Arginusas. Los esclavos que en ella tomaron parte fueron declarados ciudadanos. — Los Plateenses gozaban de este derecho en Atenas.

118. Se cree que Aristófanes intercede aquí por alguno de los generales condenados con motivo de la batalla de las Arginusas.

119. Los negocios de la república iban empeorando cada día. Dos años después de la representación de *Las Ranas*, Lisandro se apoderó de Atenas.

120. Demagogo, de quien no se tienen más noticias que las que da Aristófanes.

121. Materias empleadas para blanquear la ropa. Címolos era una de las Cícladas.

122. Alusión a una reciente acuñación de moneda hecha durante el arcontado de Antígenes.

123. La frase griega tiene una energía intraducible: κἀκμιαίνομαι.

124. Invocación burlesca. Así como los extranjeros suplicaban a Júpiter hospitalario, Jantias, que era apaleado a menudo, se dirige al padre de los dioses bajo la advocación de *vapuleado*.

125. Señalando a los espectadores.

126. Hijo de Sófocles. Otros sostienen que era uno de los actores que representaban sus tragedias.

127. Este pasaje caracteriza la grandeza y majestad del lenguaje de Esquilo, aunque parodiándolo un poco.

128. La madre de Eurípides era verdulera.

129. Belerofonte, Télefo y Filoctetes.

130. Virgilio hace mención de la costumbre de sacrificar una oveja negra para conjurar las tempestades.

131. Alusión a *Fedra*, natural de Creta, y al *Eolo*, en que Macario viola a su hermana.

132. Títulos de tragedias.

133. Los atenienses decretaron que se suministrase un coro al que quisiera poner en escena las tragedias de Esquilo, después de la muerte de este poeta.

134. Esquilo era natural de Eleusis; por eso invoca a la diosa titular de aquella comarca.

135. Uno de los más antiguos poetas trágicos, que floreció a fines del siglo VI, cuando el arte estaba todavía en su infancia. Esquilo le imitó en *Los Persas*.

136. El autor griego de la vida de Esquilo cita entre sus tragedias la *Níobe* y las *Frigias* o el *Rescate de Héctor*, en las cuales aparecían los personajes mudos de que habla Eurípides.

137. Ξουθὸν ἱππαλεκτρυόνα, expresión empleada por Esquilo en los *Mirmidones*, tragedia perdida.

138. Famoso por su fealdad.

139. Con esto quiere indicar Aristófanes la insipidez de algunas sentencias de Eurípides.

140. Amigo, criado o actor de Eurípides. Se dice que le ayudaba en sus obras, y que todo era común entre ellos, hasta el tálamo conyugal.

141. Alusión a la humilde cuna de Eurípides.

142. Censura Aristófanes el haber introducido Eurípides en la tragedia personajes de todas clases, rebajando su majestad.

143. No se sabe en qué tragedia de Esquilo intervenía Cicno.

144. En la lista de las tragedias de Esquilo hay una titulada *Memnón*.

145. Formisio y Megenetes no eran poetas, y sí notables por su desaseo y grosería. — En el texto hay palabras colosales, parodia de las empleadas por Esquilo.

146. Frase proverbial que se aplicaba a las personas versátiles.

147. Crítica de los detalles familiares a que Eurípides hizo descender la tragedia.

148. Verso de los *Mirmidones* de Esquilo.

149. La frase griega equivalente es muy pintoresca, aunque intraducible a la letra: πυργώσας, *edificando torres*. — Antípatro de Tesalónica, en un epigrama a Esquilo, la adopta para caracterizar la elocución magnífica del gran poeta.

150. Lit., de *cuatro codos*. El codo tenía cuarenta y cinco centímetros.

151. Alusión a los contemporáneos de Aristófanes, que no querían encargarse de más magistraturas que las que producían algún lucro, rehuyendo aquellas en que podían ser útiles al Estado.

152. Véase Homero, *Ilíada*, VII.

153. Tragedia de Esquilo.

154. En la tragedia de Esquilo no se da tal noticia, por lo cual este pasaje ha preocupado

mucho a los comentadores. Para explicarlo, han supuesto unos que Esquilo compuso otros *Persas*, cuyo asunto era la batalla de Platea, y otros, que en vez de Darío debía entenderse Jerjes.

155.

156. Discípulo de Orfeo, tracio de nación, cuya existencia es dudosa, pues más bien parece un mito que un personaje histórico. El Escoliasta dice que compuso un poema *sobre los misterios*.

157. En su poema *Las obras y los días*.

158. El Escoliasta dice que era un hombre completamente inepto, y cita una frase de la *Edad de Oro* de Eupolis, en que le llama σκαιός, *torpe*.

159. Nótese el cambio de Aristófanes respecto a Lámaco. En *Los Acarnienses* le ridiculizó terriblemente, y ya en *Las fiestas de Ceres* le tributó elogios, merecidos por cierto, pues Lámaco era un valiente y entendido general.

160. Amigo de Aquiles, cuya muerte a manos de Héctor sacó a aquel héroe de su retraimiento para combatir en el asedio de Troya (Vid. Homero, *Ilíada, passim*).

161. Hijo de Telamón, rey de Salamina y hermano de Áyax.

162. Mujer de Preto, rey de Argos. Enamorada ciegamente de Belerofonte, que se había refugiado en su corte, y viendo despreciada su pasión, le acusó de haber atentado a su honor, y procuró que su marido le diese muerte. Habiendo huido Belerofonte, se suicidó Estenebea.

163. Esto no es del todo exacto, pues en el *Agamenón* de Esquilo, Clitemnestra aparece enamorada de Egisto.

164. Las dos mujeres con quienes estuvo casado Eurípides no fueron modelo de castidad conyugal.

165. Es decir, que han imitado a Estenebea, sintiendo amores adúlteros y envenenándose como aquella princesa.

166. Precepto digno de tenerse en cuenta.

167. Montañas del Ática y la Fócida. Alusión al pomposo lenguaje de Esquilo.

168. Solo los ricos podían regalarse con pescado fresco. Ya hemos visto la estimación y alto

precio a que se vendían las anguilas del Copáis.

169. Aristófanes acusa de pederastia a los oradores y maestros de retórica.

170. Grito de los marineros.

171. *Commensalem concare*.

172. Auge, seducida por Hércules, dio a luz un hijo en el templo de Minerva. Se ignora en qué tragedia de Eurípides tenía lugar este hecho.

173. Las hijas de Eolo.

174. Es decir, se entretienen en discusiones filosóficas. La frase parodiada se encontraba en el *Frixo*.

175. Alusión a *Las Lampadodromias*. (Véase la nota al verso 129 de esta comedia.)

176. *Pedendo*.

177. Tetralogía compuesta de tres tragedias: *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*, y de un drama satírico, el *Proteo*.

178. Palabras que Orestes pronuncia ante el sepulcro de su padre, al volver a su patria, en el principio de *Las Coéforas*.

179. Esto es: tus chistes son de muy mal gusto.

180. El verbo κατέρχομαι se decía con especialidad de la vuelta de los desterrados. Como se ve, todas estas discusiones se quiebran de puro sutiles y sirven para poner de relieve los vicios capitales que Aristófanes encuentra en el estilo de Eurípides, y en nada perjudican al de Esquilo.

181. *Las Coéforas*, 4 y 5.

182. En las invocaciones a los muertos se les llamaba tres veces por su nombre.

183. Principio de la *Antígona* de Eurípides, tragedia perdida.

184. Cuando se exponía un niño en Atenas se le metía en una olla o especie de cuna de barro que empleaban las clases pobres.

185. Esta es la etimología de *Edipo*.

186. Yocasta, viuda de Layo, rey de Tebas.

187. Uno de los generales que mandaban la flota ateniense en la batalla de las Arginusas; fue

condenado a muerte con sus colegas, por no haber dado sepultura a los soldados muertos en el combate.

188. Principio del *Arquelao*, tragedia de Eurípides que se ha perdido.

189. Ληκύθιον ἀπώλεσα, frase análoga a la latina *oleum perdidit* (trabajo perdido), con cuya adición a los versos que recita Eurípides da a entender su ningún valor, y que ha perdido lastimosamente el tiempo y el trabajo que le ha costado el componerlos.

190. Prólogo de la *Hipsípile*, tragedia de Eurípides que se ha perdido.

191. Prólogo de la *Estenebea*.

192. Prólogo del *Frixo*.

193. Prólogo de la *Ifigenia en Táuride*.

194. Prólogo del *Meleagro*.

195. Prólogo de la *Melanipe*.

196. Es decir, de la tragedia. Véase cómo Aristófanes hace justicia al mérito de Esquilo.

197. Reunión de fragmentos que no forman sentido citados por Eurípides para demostrar que su adversario incurre en muchas repeticiones.

198. Versos de *Los Mirmidones* de Esquilo.

199. Tomado de *Los Psicagogos* (*conductores de las almas*).

200. No se sabe si este fragmento pertenecía al *Télefo* o a la *Ifigenia*, tragedias de Esquilo.

201. Sacerdotisas de Diana. Dábase este nombre a todas las mujeres inspiradas, dedicadas al cuidado de los templos.

202. Verso 104 del *Agamenón* de Esquilo.

203. La tirada de versos que recita Eurípides está compuesta de fragmentos tomados de diversas obras de Esquilo, como la *Esfinge*, el *Agamenón* y los *Tracios*. El ridículo estribillo *flatotrato-flatotrat* es para imitar el traqueteo de algunas frases de Esquilo, cuyo sentido no se penetra con facilidad.

204. Parece natural que sea el poeta trágico; pero el Escoliasta dice que Esquilo se refiere al lírico.

205. Poeta trágico y lírico de ningún mérito. Se cree que es el mismo que sostuvo la

acusación contra Sócrates.

206. En sus nefandas torpezas.

207. Centón de versos tomados de la *Hipsípile*, el *Meleagro*, la *Ifigenia en Táuride*, y la *Electra* de Eurípides, sin enlace ninguno y citados sin más objeto que demostrar defectos de ritmo que no podemos apreciar los modernos.

208. Esta repetición de una misma vocal es una burla que el poeta hace de la costumbre de cantar varias notas sobre una misma sílaba que iba introduciéndose en la melopea; tal vez serían una especie de *grupetti* o *fiorituri*.

209. Famosa cortesana *quæ duodecim venereas staturat profitebatur*. Esquilo increpa de nuevo a Eurípides sobre la inmoralidad de sus dramas.

210. Parodia del monólogo de Hécuba, en la tragedia de este título, y de otros pasajes desconocidos para nosotros.

211. Esta repetición y las siguientes se encuentran en el texto original, y son parodia del estilo de Eurípides, en que eran muy frecuentes.

212. Se acerca a una gran balanza que acaban de traer a la escena.

213. Verso primero de la *Medea* de Eurípides. El *Argos* es el navío en el cual hicieron los héroes griegos su expedición a la Cólquide.

214. Verso del *Filoctetes* de Esquilo. El Esperquio era un río de Tesalia que nacía en el Pindo y desembocaba en el golfo Maliaco.

215. Verso de la *Antígona* de Eurípides. El sentido es que para persuadir no es preciso decir la verdad, sino hablar bien.

216. Verso de la *Níobe* de Esquilo.

217. Verso del *Télefo* de Eurípides. Aquiles jugaba en esta tragedia a los dados, cuya circunstancia hubo de suprimirse en otra representación, por haber sido silbada.

218. Verso del *Meleagro* de Eurípides.

219. Verso del *Glauco* de Esquilo.

220. Muchos de los mozos de cordel y cargadores de Atenas eran egipcios.

221. Amigo de Eurípides ya citado.

222. La situación de Atenas era al representarse *Las Ranas* sumamente crítica.

223. Alcibíades estaba entonces fugitivo de Atenas, y muchas personas trabajaban para que volviese.

224. Cinesias era sumamente flaco, y Cleócrito muy alto y grueso. A este le llamaban *el avestruz*, por su elevada estatura.

225. Tenía talento inventivo. Se le atribuyen la invención de los pesos, las medidas, los juegos de dados y de las cuatro letras θ, φ, ψ, χ.

226. Alusión a la participación que se decía tenía Cefisofonte en las tragedias de Eurípides.

227. Es decir, que no le agrada ni el partido aristocrático ni el democrático.

228. Aristófanes reproduce el sabio consejo de Pericles, que consideraba que la verdadera fuerza de Atenas estaba en la marina, y que nada importaba fuese devastado su territorio.

229. Alusión a su salario, que, al representar *Las Ranas*, era de dos óbolos, y que absorbía grandes sumas que podían ser destinadas al mantenimiento de la flota.

230. Frase del *Hipólito* de Eurípides, muchas veces citada.

231. Parodia de varios pasajes de Eurípides.

232. Para que se ahorque.

233. Extranjero influyente, enemigo de la paz.

234. Recaudadores concusionarios. Contra Nicómaco se ha conservado un alegato de Lisias.

235. Desconocido.

236. Como a los esclavos fugitivos.

237. General ateniense que mandaba parte de la flota.

238. Da a entender que son extranjeros.

Las Junteras

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Protágoras, y después Platón, en sus tratados de *República*, habían sentado teorías peligrosas que el mágico estilo del segundo hacía más de temer. Aparte de mil innovaciones en lo relativo al gobierno y administración de los estados, las ideas más repugnantes a la naturaleza humana, que descuellan en la república del fundador de la Academia, son las relativas a la comunidad de bienes, y sobre todo a la de hijos y mujeres, reglamentada con detalles dignos de una ley para el fomento de la cría caballar.[1] Aristófanes, que ya había combatido enérgicamente a los filósofos en *Las Nubes*, vuelve a la carga contra ellos en *Las Junteras*,[2] cubriendo de ridículo sus hipótesis y quimeras sobre los dos puntos principales que acabamos de indicar; y mostrando con una serie de cuadros y de escenas, llenas de colorido y de verdad, los extremos a que conduciría el planteamiento de un comunismo absurdo.

El poeta se vale en *Las Junteras* como en *La Lisístrata* del sexo femenino para lograr su objeto, presentándonos una nueva conspiración mujeril. Las atenienses, capitaneadas por Praxágora, resuelven introducir cambios fundamentales en la constitución de la república. Disfrazadas de hombres, armadas de bastones lacedemonios, envueltas en los mantos de sus maridos, y oculto el rostro en sendas barbas postizas, invaden el Pnix antes de amanecer, no sin haber tenido un ensayo de oratoria. Aprovechándose de la pereza de los ciudadanos y de lo que les retrasa el no hallar sus vestidos, hacen aprobar una ley estableciendo la comunidad más completa en los bienes y en los goces del amor. Síguese una admirable escena del mismo corte de la del *Justo* y el *Injusto* en *Las Nubes*, en la cual Aristófanes pinta de mano maestra esos dos eternos tipos del bueno y del mal ciudadano, del hombre amante de la justicia y del que solo atiende a su particular interés. Vienen después otras en que varias viejas y una muchacha se disputan, con arreglo a las disposiciones recientes, el amor de un hermoso joven, descendiendo en ellas la Musa aristofánica, como lo resbaladizo del asunto hace suponer, a su acostumbrada licencia y obscenidad.

En esta comedia no hay que buscar el desarrollo de la acción, nudo, intriga ni desenlace, pues no es, como casi todas las de Aristófanes, especialmente *Las Ranas* y *La Paz*, más que una serie de cuadros y animadas pinturas llenas de alegría, de chistes, de sales cómicas y de verdad. Entre los especiales méritos de *Las Junteras*, es de notar la elevación y gracia de su estilo, que en casi todas sus escenas tiene, al decir de Brumoy,[3] un aire trágico, parodia del de *La Melanipe* de Eurípides, en que este delineaba el tipo de la mujer-filósofo, y que en las arengas preparatorias presenta

burlescas imitaciones de los discursos que solían pronunciarse en el Pnix.

Las Junteras, según el dato nada más que probable que su verso 194 nos proporciona, debieron representarse el año 393 antes de Jesucristo, pues la alianza de que dicho pasaje hace mención se cree fuera la de los atenienses con los de Corinto, Beocia y Argólida en contra de Esparta, la cual se pactó en el referido año.

En esta comedia falta la parábasis, sin duda porque, después de la toma de Atenas por Lisandro, el gobierno de los Treinta prohibió a los poetas cómicos hacer alusiones personales y atacar la política, reduciéndoles a los límites de la sátira general.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Praxágora.

Varias Mujeres.

Coro de Mujeres.

Blépiro.

Un Hombre.

Cremes.

Ciudadano 1.º, que aporta sus bienes al común.

Ciudadano 2.º, que no los aporta.

Un Heraldo.

Varias Viejas.

Una Joven.

Un Joven.

Una Criada.

El dueño.

* * *

La acción pasa en la plaza pública de Atenas.

* * *

LAS JUNTERAS.

* * *

PRAXÁGORA. (*Adelantándose con una lámpara en la mano.*)

¡Brillante resplandor de mi lámpara de arcilla,[4] que desde esta altura atraes todas las miradas; tú, cuyo nacimiento y aventuras quiero celebrar, hija de la rápida rueda del alfarero, émula del sol por el fulgor radiante de tu pábilo, haz con los movimientos de tu llama la convenida señal! Tú eres la única confidente de nuestros secretos, y lo eres con motivo, pues cuando en nuestros dormitorios ensayamos las diferentes posiciones del amor, sola nos asistes, y nadie te rechaza por testigo de sus voluptuosos movimientos. Tú sola, al abrasar su vegetación feraz, iluminas nuestros recónditos encantos.[5] Tú sola nos acompañas cuando furtivamente penetramos en las despensas llenas de báquicos néctares y sazonadas frutas; y, aunque cómplice de nuestras fechorías, jamás se las revelas a la vecindad. Justo es, por tanto, que sepas también los actuales proyectos aprobados por las mujeres mis amigas en las fiestas de los Esciros.[6] Pero ninguna de las que

deben acudir se presenta, y empieza ya a clarear el día y de un momento a otro dará principio la asamblea. Es necesario apoderarnos de nuestros puestos, que, como yo recordaréis, dijo el otro día Firómaco,[7] deben ser *los otros*,[8] y una vez sentadas, mantenernos ocultas. ¿Qué les ocurrirá? ¿Quizá no habrán podido ponerse las barbas postizas como quedó acordado? ¿Les será difícil apoderarse de los trajes de sus maridos? — ¡Ah!, allí veo una luz que se aproxima. Voy a retirarme un poco, no sea un hombre.

* * *

MUJER PRIMERA.

Ya es hora de marchar: cuando salíamos de casa, el heraldo ha cantado por segunda vez.[9]

PRAXÁGORA.

Yo he pasado toda la noche en vela esperándoos. Aguardad, voy a llamar a esta vecina arañando suavemente su puerta; porque es preciso que su marido nada note.

MUJER SEGUNDA.

Ya he oído, al ponerme los zapatos, el ruido de tus dedos, pues no estaba dormida; pero mi esposo, que es un marinero de Salamina, no me ha dejado descansar en toda la noche; en este mismo momento he podido por fin apoderarme de sus vestidos.

MUJER PRIMERA.

Ya vienen Clináreta, Sóstrata y su vecina Filéneta.

PRAXÁGORA.

¡Apresuraos! Glice ha jurado que la que llegue la última pagará en castigo tres congios de vino y un quénice de garbanzos.

MUJER PRIMERA.

¿Ves a Melística, la mujer de Esmicitión, que viene con los zapatos de su marido? Esa es la única, a mi parecer, que se ha separado sin dificultad de su esposo.

MUJER SEGUNDA.

Mirad a Gensístrata, la mujer del tabernero, con su lámpara en la mano, acompañada de las esposas de Filodoreto y Querétades.

PRAXÁGORA.

Veo también a otras muchas, flor y nata de la ciudad, que se dirigen hacia nosotras.

MUJER TERCERA.

Querida mía, me ha costado un trabajo infinito el poder escaparme de casa sin que me vieran. Mi marido ha estado tosiendo toda la noche[10] por haber cenado demasiadas sardinas.

PRAXÁGORA.

Sentaos; y ya que estáis reunidas, decidme si habéis cumplido o no lo que acordamos en la fiesta de los Esciros.

MUJER CUARTA.

Yo sí. Lo primero que hice, como convinimos, fue ponerme los sobacos más hirsutos que un matorral. Después, cuando mi marido se iba a la plaza, me untaba con aceite de pies a cabeza, y me tostaba al sol durante todo el día.[11]

MUJER QUINTA.

Yo también he suprimido el uso de la navaja[12] para estar completamente velluda, y no parecer mujer en nada absolutamente.

PRAXÁGORA.

¿Traéis las barbas con que acordamos presentarnos todas en la asamblea?

MUJER CUARTA.

¡Por Hécate! Yo tengo una hermosísima.

MUJER QUINTA.

Y yo otra más bella que la de Epícrates.[13]

PRAXÁGORA.

Y vosotras, ¿qué decís?

MUJER CUARTA.

Hacen señas afirmativas.

PRAXÁGORA.

También veo que os habéis provisto de lo demás; pues traéis calzado lacedemonio, bastones y trajes de hombre, como dijimos.

MUJER SEXTA.

Yo traigo el bastón de Lamia, a quien se lo he quitado mientras dormía.

PRAXÁGORA.

Es uno de aquellos bastones bajo cuyo peso se doblega.[14]

MUJER SEXTA.

¡Por Júpiter salvador! Si ese hombre se pusiera la piel de Argos,[15] sería el único para administrar la cosa pública.

PRAXÁGORA.

Ea, mientras hay todavía estrellas en el cielo dispongamos lo que debemos hacer; pues la asamblea, para la cual venimos dispuestas, principiará con la aurora.

MUJER PRIMERA.

¡Por Júpiter! Tú debes tomar asiento al lado de la tribuna, frente a los

Pritáneos.

MUJER SÉPTIMA.

Yo me he traído esta lana para carmenarla durante la asamblea.

PRAXÁGORA.

¿Durante la asamblea? ¡Desdichada!

MUJER SÉPTIMA.

Sin género de duda. ¿Dejaré de oír porque esté cardando? Tengo a mis hijitos desnudos.

PRAXÁGORA.

¡Esta quiere cardar cuando es preciso no dejar ver a los asistentes ninguna parte de nuestro cuerpo! ¡Estaría bonito que en medio de la multitud una de nosotras se lanzase a la tribuna, y se dejase ver al natural![16] Por el contrario, si envueltas en nuestros mantos ocupamos los primeros puestos, nadie nos reconocerá; y si además sacamos fuera del embozo nuestras soberbias barbas y las dejamos extenderse sobre el pecho, ¿quién será capaz de no tomarnos por hombres? Agirrio,[17] gracias a la barba de Prónomo,[18] engañó a todo el mundo: antes era mujer, y ahora, como sabéis, ocupa el primer puesto en la ciudad. Por tanto, yo os conjuro por el día que va a nacer, a que acometamos esta audaz y grande empresa para ver si logramos apoderarnos del gobierno en pro de la república; porque al presente ni a remo ni a vela se mueve la nave del Estado.

MUJER SÉPTIMA.

¿Pero cómo podrán encontrarse oradores en una junta de mujeres?

PRAXÁGORA.

Nada más fácil. Es cosa corriente que los jóvenes más disolutos sean en general los de mejor palabra; y, por fortuna, esta condición no nos falta a

nosotras.

MUJER SÉPTIMA.

No sé, no sé; la inexperiencia es peligrosa.

PRAXÁGORA.

Por eso mismo nos hemos reunido aquí, para preparar nuestros discursos. Vamos, poneos pronto las barbas, tú y todas las que se han ejercitado en hablar.

MUJER OCTAVA.

Pero, loca, ¿quién de nosotras no sabe hablar?

PRAXÁGORA.

Ea, ponte la barba y conviértete cuanto antes en hombre. Aquí dejo las coronas;[19] ahora me voy a plantar yo también la barba, por si acaso tengo necesidad de decir algo.

MUJER SEGUNDA.

Querida Praxágora, ¡mira, mira qué ridiculez!

PRAXÁGORA.

¿Cómo ridiculez?

MUJER SEGUNDA.

Nuestras barbas parecen una sarta de calamares asados.

PRAXÁGORA.

Purificador, da vuelta con el gato;[20] adelante; silencio. Arífrades,[21] pasa y ocupa tu puesto. ¿Quién quiere usar de la palabra?

MUJER OCTAVA.

Yo.

PRAXÁGORA.

Ponte esa corona,[22] y buena suerte.

MUJER OCTAVA.

Ya está.

PRAXÁGORA.

Principia, pues.

MUJER OCTAVA.

¿Antes de beber?

PRAXÁGORA.

¿Cómo beber?

MUJER OCTAVA.

Pues si no, necia, ¿para qué necesito la corona?

PRAXÁGORA.

Vete; quizá allí nos hubieras hecho lo mismo.

MUJER OCTAVA.

¿Pero suelen beber los hombres en la asamblea?

PRAXÁGORA.

¡Vuelta al beber!

MUJER OCTAVA.

Sí, por Diana, y de lo más puro. Por eso, a los que los examinan y estudian detenidamente les parecen sus insensatos decretos resoluciones de borrachos. Además, si no hubiese vino, ¿cómo harían las libaciones a Júpiter, y demás ceremonias? Por otra parte, suelen maltratarse como personas que han bebido demasiado, y los arqueros se ven obligados a llevarse de la asamblea a más de un borracho revoltoso.

PRAXÁGORA.

Vete y siéntate; no sirves para nada.

MUJER OCTAVA.

Para eso, maldita la falta que me hacía el haberme puesto la barba: la sed me abrasa las entrañas.

PRAXÁGORA.

¿Hay alguna otra que quiera hablar?

MUJER NOVENA.

Yo.

PRAXÁGORA.

Pues ponte la corona: la cosa marcha. Procura pronunciar un discurso bello y vigoroso, apoyándote con majestad sobre tu báculo.

MUJER NOVENA.

«Hubiera deseado ciertamente que cualquiera de los que están avezados a las lides oratorias me hubiera permitido con lo excelente de sus proposiciones permanecer tranquilo en mi lugar; mas no puedo consentir, por lo que a mí respecta, que en las tabernas se construyan aljibes.[23] ¡No, por las dos diosas!...»

PRAXÁGORA.

¡Por las dos diosas![24] ¿En qué estás pensando, desdichada?

MUJER NOVENA.

¿Qué hay? Todavía no te he pedido de beber.

PRAXÁGORA.

Es verdad; pero, siendo hombre, has jurado por las dos diosas: lo demás ha estado bien.

MUJER NOVENA.

Tienes razón, por Apolo.

PRAXÁGORA.

¡Basta! No doy un paso para ir a la asamblea sin que todo quede

perfectamente arreglado.

MUJER NOVENA.

Dame la corona: voy a arengar de nuevo. Ahora ya creo que lo he pensado bien. «En cuanto a mí, oh mujeres aquí reunidas...»

PRAXÁGORA.

¡Desdichada! ahora dices «mujeres» en vez de hombres.

MUJER NOVENA.

Epígono[25] tiene la culpa. Le estaba mirando, y he creído que hablaba delante de mujeres.

PRAXÁGORA.

Retírate a tu asiento. Yo misma hablaré por vosotras y me ceñiré la corona, pidiendo antes a los dioses que concedan un éxito feliz a nuestra empresa.

«La felicidad de este país me interesa tanto como a vosotros, y me conduelen y lastiman los desórdenes de nuestra ciudad. Véola, en efecto, siempre gobernada por perversos jefes; y considero que si uno llega a ser bueno un solo día, luego es malo otros diez. ¿Queréis encomendar a otro el gobierno? De seguro que será peor. Difícil es, ciudadanos, corregir ese vuestro descontentadizo humor, que os hace temer a los que os aman, y suplicar incesantemente a los que os detestan. Hubo un tiempo en que no teníamos asambleas, y pensábamos que Agirrio[26] era un bribón; hoy, que las tenemos, el que recibe dinero no tiene boca para ponderarlas; mas el que nada recibe, juzga dignos de pena capital a los que trafican con las públicas deliberaciones.»

MUJER PRIMERA.

¡Muy bien dicho, por Venus!

PRAXÁGORA.

¡Infeliz, has nombrado a Venus! Nos dejarás lucidas si sales con esa pata de gallo en la asamblea.

MUJER PRIMERA.

Pero no lo diré.

PRAXÁGORA.

Bueno es que no te acostumbres.

«Cuando deliberábamos sobre la alianza,[27] todo el mundo decía que era inminente la perdición de la república si no se llegaba a hacer: hízose por fin, y todo el mundo lo llevó tan a mal que el orador que la había aconsejado huyó y no ha vuelto a parecer.[28] Es necesario armar naves —sostienen los pobres. —No es necesario —opinan los labradores y los ricos. —¿Os indisponéis con los corintios? Ellos os pagan en la misma moneda. Ahora, pues, que los tenéis amigos, sedlo vosotros también. El argivo es ignorante; pero Hierónimo es un sabio.[29] ¿Asoma una ligera esperanza de salvación?[30] En seguida la rechazáis... Ni el mismo Trasíbulo[31] si fuese llamado...

. . . . . .»[32]

MUJER PRIMERA.

¡Qué hombre tan hábil!

PRAXÁGORA.

Ese elogio ya está en regla. «¡Tú, oh pueblo, eres la causa de todos estos males! Pues te haces pagar un sueldo de los fondos del Estado, con lo cual cada uno mira solo a su particular provecho, y la cosa pública anda cojeando como Ésimo.[33] Pero si me atendéis, aún podéis salvaros. Mi opinión es que debe entregarse a las mujeres el gobierno de la ciudad, ya

que son intendentes y administradores de nuestras casas.»

MUJER SEGUNDA.

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! Prosigue, amigo mío, prosigue.

PRAXÁGORA.

«Os demostraré que son infinitamente más sensatas que nosotros. En primer lugar, todas, según la antigua costumbre, lavan la lana en agua caliente, y jamás se las ve intentar temerarias novedades. Si la ciudad de Atenas imitase esta conducta y se dejase de innovaciones peligrosas, ¿no tendría asegurada su salvación? Se sientan para freír las viandas, como antes; llevan la carga en la cabeza, como antes; celebran las Tesmoforias, como antes; amasan las tortas, como antes; hacen rabiar a sus maridos, como antes; ocultan en casa a los galanes, como antes; sisan, como antes; les gusta el vino puro, como antes; y se complacen en el amor, como antes. Entregándoles, oh ciudadanos, las riendas del gobierno, no nos cansemos en inútiles disputas, ni les preguntemos lo que van a hacer; dejémoslas en plena libertad de acción, considerando solamente que, como son madres, pondrán todo su empeño en economizar soldados. Además, ¿quién les suministrará con más celo las provisiones que la que les parió? La mujer es ingeniosísima como nadie para reunir riquezas; y si llegan a mandar, no se las engañará fácilmente, por cuanto ya están acostumbradas a hacerlo. No enumeraré las demás ventajas; seguid mis consejos, y seréis felices toda la vida.»

MUJER PRIMERA..

¡Divina, admirable, dulcísima Praxágora! ¿Dónde has aprendido a hablar tan bien, amiga mía?

PRAXÁGORA.

En el tiempo de la fuga[34] habité con mi esposo en el Pnix, y, a fuerza de oír a los oradores, he aprendido a arengar.

MUJER PRIMERA.

Ya no me extraña que seas tan hábil y elocuente. Tú serás nuestro jefe: procura poner en práctica tus proyectos. Pero si Céfalo[35] se lanza sobre ti para injuriarte, ¿cómo le replicarás en la asamblea?

PRAXÁGORA.

Le diré que delira.

MUJER PRIMERA.

Eso lo sabe todo el mundo.

PRAXÁGORA.

Que es un atrabiliario.

MUJER PRIMERA.

También eso se sabe.

PRAXÁGORA.

Que es tan buen político como mal alfarero.[36]

MUJER PRIMERA.

¿Y si te insulta el legañoso Neóclides?[37]

PRAXÁGORA.

A ese le diré que vaya a mirar por el trasero de un perro.[38]

MUJER PRIMERA.

¿Y si te empujan?[39]

PRAXÁGORA.

Les empujaré yo; en ese ejercicio pocos me ganarán.

MUJER PRIMERA.

En una cosa no hemos pensado: si se te llevan los arqueros, ¿qué harás?

PRAXÁGORA.

Me defenderé poniéndome así, en jarras, y no me dejaré coger por medio del cuerpo.

MUJER PRIMERA.

Si te sujetan, nosotras les diremos que te suelten.

MUJER SEGUNDA.

Todo eso está perfectamente dispuesto; pero de lo que no nos hemos ocupado es de la manera de levantar las manos[40] en la junta: nosotras que solo estamos acostumbradas a levantar las piernas.[41]

PRAXÁGORA.

Eso es lo difícil; y sin embargo no hay más remedio que alzar las manos, descubriendo el brazo hasta el hombro. Vamos, levantaos las túnicas, y poneos pronto los zapatos lacedemonios como habéis visto que lo hacen nuestros maridos todos los días al salir o al dirigirse a la asamblea. En cuanto os hayáis calzado perfectamente, sujetaos las barbas; después de atadas estas con todo esmero, envolveos en los mantos sustraídos a vuestros esposos, y marchad, apoyándoos en los bastones, y entonando alguna vieja canción a imitación de los campesinos.

MUJER SEGUNDA.

Bien dicho; pero cojámosles la delantera, pues creo que otras mujeres vendrán del campo al Pnix.

PRAXÁGORA.

Apresuraos; ya sabéis que los que no están en el Pnix desde el amanecer, vuelven sin recibir el menor regalo.

CORO.

Llegó el momento de partir, ¡oh hombres! (esta palabra no debe

caérsenos nunca de la boca por temor a un descuido, porque a la verdad no lo pasaríamos muy bien, si se nos sorprendiera fraguando esta conspiración en las tinieblas). Hombres, vamos a la asamblea.

El tesmoteta[42] ha dicho que todo el que a primera hora y antes de disiparse las tinieblas de la noche no se haya presentado cubierto de polvo, contento con su provisioncilla de ajos, y mirando severamente, se quedará sin el trióbolo. Caritímides, Esmícito, Draces, apresuraos y procurad no olvidar nada de lo que es necesario hacer. Cuando hayamos recibido nuestro salario, sentémonos juntos para votar decretos favorables a nuestras amigas. ¿Qué estoy hablando? Quería decir nuestros amigos.

Procuremos expulsar a los que vengan de la ciudad; antes, cuando solo recibían un óbolo[43] por asistir a la asamblea, se estaban de sobremesa charlando con sus convidados; pero ahora la concurrencia es extraordinaria. En el arcontado del valiente Mirónides[44] nadie se hubiera atrevido a cobrar sueldo por su intervención en los negocios públicos, sino que todo el mundo acudía trayéndose su botita de vino con un pedazo de pan, dos cebollas y tres o cuatro aceitunas. Hoy, en cuanto se hace algo por la república, en seguida se reclama el trióbolo, como un mercenario albañil.

(*Vanse.*)

* * *

BLÉPIRO.

¿Qué es esto? ¿Adónde se ha marchado mi mujer? La aurora despunta ya y no parece por ninguna parte. Largo rato hace que, atormentado por una perentoria necesidad,[45] ando a oscuras buscando mi manto y mis zapatos; pero, a pesar de mi empeño, no he podido encontrarlos a tientas; y

como el ciudadano excremento llama impaciente a mi puerta, me he visto obligado a coger este chal de mi mujer y a calzarme los borceguíes pérsicos. ¿Mas dónde encontraré un lugar limpio en que poder hacer del cuerpo? ¡Eh!, de noche todos los sitios son buenos, y nadie me verá. ¡Pobre de mí! ¡Qué desgraciado soy por haberme casado en la vejez! ¡Oh! ¡bien merezco ser majado a golpes! De seguro que no habrá salido para nada bueno. Pero sea lo que sea, desahoguémonos.[46]

UN HOMBRE.

¿Quién va? ¿No es mi vecino Blépiro? ¡Por Júpiter! El mismo. Dime, ¿qué es eso de color rojo? ¿Cinesias[47] te ha llenado quizá de inmundicia?

BLÉPIRO.

No. He salido de casa con el vestido de color de azafrán que suele ponerse mi mujer.

EL HOMBRE.

¿Pues dónde está tu manto?

BLÉPIRO.

No lo sé: lo he estado buscando mucho tiempo sobre la cama, y no lo he podido hallar.

EL HOMBRE.

¿Y por qué no has dicho a tu mujer que te lo buscase?

BLÉPIRO.

¡Si no está en casa! ¡Si se ha escurrido yo no sé cómo! Por lo cual temo no me esté jugando alguna mala partida.

EL HOMBRE.

Por Neptuno, entonces te pasa lo mismo que a mí. También mi mujer ha desaparecido llevándoseme el manto que suelo usar; y no es eso lo peor,

sino que también me ha cogido los zapatos, pues no he podido encontrarlos en ninguna parte.

BLÉPIRO.

Por Baco, ni yo mi calzado lacedemonio; y como apremiaba la necesidad, me he puesto a toda prisa sus coturnos, por no ensuciar la colcha, que está recién lavada.

EL HOMBRE.

¿Qué podrá ser esto? ¿Le habrá convidado a comer alguna de sus amigas?

BLÉPIRO.

Eso creo yo; porque no es mala, que yo sepa.

EL HOMBRE.

¿Pero estás haciendo sogas?[48] Ya es hora de ir a la asamblea; pero tengo que hallar mi manto, pues no tengo más que uno.

BLÉPIRO.

Yo también, en cuanto acabe. Una maldita pera silvestre me obstruye la salida.

EL HOMBRE.

Será la misma que se le atravesó a Trasíbulo[49] con motivo de los lacedemonios.

BLÉPIRO.

¡Por Baco, no hay quien la arranque! ¿Qué haré? Porque no es solo el mal presente lo que me aflige, sino el pensar por dónde habrá de salir lo que coma. Este maldito Acradusio[50] ha cerrado la puerta a cal y canto. ¿Quién me traerá un médico? ¿Y cuál? ¿Cuál es el más entendido en esta especialidad de la obstetricia? ¿Quizá Aminón?[51] Pero no querrá venir.

Buscadme a Antístenes[52] a toda costa: a juzgar por sus suspiros debe ser práctico en esto de estreñimientos. ¡Augusta Lucina,[53] no me dejes morir de esta obstrucción para ser después juguete de los cómicos![54]

* * *

CREMES.

¡Eh, tú! ¿Qué haces? ¿Tus necesidades?

BLÉPIRO.

¿Yo? No; me levanto: ya he concluido.

CREMES.

¿Te has puesto el vestido de tu mujer?

BLÉPIRO.

Lo he cogido sin saber, en la oscuridad. ¿De dónde vienes tú?

CREMES.

De la asamblea.

BLÉPIRO.

Pues qué, ¿se ha concluido?

CREMES.

Ya lo creo, al amanecer. Por Júpiter, no me he reído poco viendo la pintura roja[55] extendida con profusión por todo el recinto.

BLÉPIRO.

¿Habrás recibido el trióbolo?

CREMES.

¡Ojalá! Llegué tarde. Eso es lo que siento: volverme a casa con el zurrón vacío.[56]

BLÉPIRO.

¿Cómo ha sido eso?

CREMES.

Ha habido en el Pnix una concurrencia de hombres como no hay memoria. Al verles, les tomamos a todos por zapateros,[57] pues solo se veían rostros blancos en aquella muchedumbre que llenaba la asamblea; por eso no he cobrado el trióbolo, y como yo, otros muchos.

BLÉPIRO.

¿De suerte que yo tampoco lo cobraría aunque fuera?

CREMES.

No, por cierto; aunque hubieses ido al segundo canto del gallo.

BLÉPIRO.

¡Infeliz de mí! «¡Oh Antíloco! Llórame más vivo sin el trióbolo que muerto con él: perdido soy.»[58] ¿Pero por qué acudió esa multitud tan temprano?

CREMES.

Los Pritáneos habían resuelto abrir un debate sobre el medio de salvar la república. Al instante se plantó el primero en la tribuna el legañoso Neóclides,[59] y al punto gritó el pueblo en masa (ya puedes figurarte con qué fuerza): «¿No es una indignidad que, tratándose de la salvación de la república, se atreva a arengarnos ese que ni siquiera ha podido salvar sus pestañas?» Entonces Neóclides, replicando y mirando en derredor: «¿Pues qué debía hacer?»,[60] ha dicho.

BLÉPIRO.

«Machacar ajos, con jugo de laserpicio y euforbio de Lacedemonia y untarte con ello los párpados a la noche», le contesto yo, si estoy presente.

CREMES.

Después de Neóclides, el ingenioso Eveón[61] se ha presentado desnudo, según creían los más,[62] aunque él aseguraba que llevaba manto, y ha pronunciado un discurso lleno de espíritu popular. «Ya veis, decía, que yo mismo tengo necesidad de ser salvado, y que me hacen falta precisa dieciséis dracmas;[63] sin embargo, no por eso dejaré de hablar de los medios de salvar a la república y a los ciudadanos. En efecto, si al principiar el invierno los bataneros suministrasen mantos de abrigo a los necesitados, ninguno de nosotros sería atacado nunca por la pleuresía. Además, propongo que los que carezcan de camas y de colchas, se vayan después del baño a dormir a casa de un curtidor, el cual, si se niega a abrir la puerta en invierno, debe ser condenado a pagar tres pieles de multa.»

BLÉPIRO.

¡Excelente idea! Pero hubiera debido añadir (y de seguro que nadie le contradice) que los vendedores de harina tendrán obligación de dar tres quénices a los indigentes bajo las más severas penas; así, al menos, Nausícides[64] podría ser útil al pueblo.

CREMES.

Luego ha subido a la tribuna un hermoso joven,[65] muy blanco y parecido a Nicias,[66] y ha principiado por decir que convenía entregar a las mujeres el gobierno de la república. Entóneos la muchedumbre de zapateros[67] empezó a alborotarse y a gritar que tenía razón; pero los habitantes del campo se opusieron vivamente.

BLÉPIRO.

Y les sobraban motivos, ¡por Júpiter!

CREMES.

Pero eran menos. En tanto el orador continuaba vociferando más y

mejor, haciendo mil elogios de las mujeres y diciendo tempestades de ti.

BLÉPIRO.

¿Pues qué dijo?

CREMES.

Primero, que eras un bribón.

BLÉPIRO.

¿Y tú?

CREMES.

No me preguntes todavía... Después, un ladrón.

BLÉPIRO.

¿Yo solo?

CREMES.

Sí, por cierto; y un delator.

BLÉPIRO.

¿Yo solo?

CREMES.

Tú, y toda esa turba.

BLÉPIRO.

¿Quién dirá lo contrario?

CREMES.

«Las mujeres, proseguía, están llenas de discreción y dotadas de especial aptitud para atesorar: las mujeres no divulgan jamás los secretos de las Tesmoforias; al paso que tú y yo (añadía) revelamos siempre las decisiones del Senado.»

BLÉPIRO.

Y no mentía, ¡por Mercurio!

CREMES.

«Las mujeres, continuaba, se prestan unas a otras vestidos, alhajas, plata, vasos, a solas, sin testigos, y se lo devuelven todo religiosamente, sin engañarse nunca, lo cual no hacemos la mayor parte de los hombres.»

BLÉPIRO.

¡Por Neptuno! es cierto; y aunque haya habido testigos.

CREMES.

«Las mujeres jamás delatan ni persiguen a nadie en justicia, ni conspiran contra el gobierno democrático.» En fin, concluyó concediéndoles todas las buenas prendas imaginables.

BLÉPIRO.

¿Y qué se resolvió por último?

CREMES.

Encomendarlas la dirección del Estado: es la única novedad que no se había ensayado en Atenas.

BLÉPIRO.

¿Eso se decretó?

CREMES.

Yo te lo aseguro.

BLÉPIRO.

¿De modo que quedan a cargo de las mujeres todas las cosas que antes estaban al nuestro?

CREMES.

Eso es.

BLÉPIRO.

¿Y en vez de ir yo, será mi mujer la que vaya al tribunal?

CREMES.

Y tu mujer y no tú será la que en adelante alimente a los hijos.

BLÉPIRO.

¿Y no tendré que bostezar desde el amanecer?

CREMES.

No, por cierto, todo es ya cuidado de las mujeres; tú te quedarás en casa con entera comodidad.

BLÉPIRO.

Solo una cosa es de temer para las personas de nuestra edad, y es que en cuanto se apoderen de las riendas del gobierno, no nos obliguen...

CREMES.

¿A qué?

BLÉPIRO.

A pagarles el débito.

CREMES.

¿Y si no podemos?

BLÉPIRO.

No nos darán de comer.

CREMES.

Pues bien, arréglatelas de modo que comas y pagues.

BLÉPIRO.

Siempre es odioso lo que se hace por fuerza.

CREMES.

Pero cuando el bien de la república lo exige, debemos resignarnos: ya sabes que de antiguo se dice que nuestros más insensatos y descabellados decretos son los que suelen darnos resultados mejores. ¡Augusta Palas y

demás diosas, haced que así sea! — Yo me voy. Pásalo bien.

BLÉPIRO.

Igualmente, Cremes.

(*Vanse.*)

* * *

CORO.

En marcha, adelante. ¿Nos sigue algún hombre? Vuélvete y mira; ten mucho cuidado, porque hay una multitud de redomados bribones, que espían por detrás nuestro talante. Haz al andar el mayor ruido posible. Sería para todas la mayor vergüenza el ser sorprendidas por los hombres. Envuélvete bien, mira a todas partes, a la derecha, a la izquierda, no fracase nuestra empresa. Apretemos el paso: ya estamos cerca del lugar de donde partimos para la asamblea; ya se ve la casa de nuestra generala, la atrevida autora del decreto aprobado por los ciudadanos. Vamos, no hay que retrasarse y dar tiempo a que alguno nos sorprenda con barbas postizas y nos denuncie. Retirémonos a la sombra, detrás de esa pared, y, mirando con precaución, cambiémonos de traje y vistámonos con el ordinario. No hay que tardar. Mirad, ya viene de la asamblea nuestra generala. Apresuraos todas; es ridículo el tener aún puestas estas barbas, mucho más cuando aquellas compañeras vuelven ya con su habitual vestido.

PRAXÁGORA.

¡Oh mujeres! todos nuestros proyectos se han visto coronados por el éxito más favorable. Antes de que ningún hombre os vea, arrojad los mantos, quitaos ese calzado, desatad las correas lacedemonias y dejad los bastones. Encárgate tú del tocado de esas mujeres; yo voy a entrar con

precaución en casa antes de que me vea mi marido, y a poner el manto y demás prendas en el sitio de donde las cogí.

CORO.

Ya están cumplidas todas las órdenes; solo falta que ahora nos digas lo que debemos hacer para demostrarte nuestra sumisión, pues nunca he visto mujer más hábil y enérgica que tú.

PRAXÁGORA.

Quedaos para que me aconsejéis sobre el ejercicio de la autoridad de que acabo de ser investida. Ya en medio del tumulto he tenido ocasión de observar vuestra energía para los más arduos negocios.

* * *

BLÉPIRO.

¡Eh, Praxágora! ¿De dónde vienes?

PRAXÁGORA.

¿Qué se te importa, querido mío?

BLÉPIRO.

¿Qué se me importa? ¡Vaya una pregunta!

PRAXÁGORA.

Al menos no dirás que vengo de los brazos de un amante.

BLÉPIRO.

No de uno solo, quizá.

PRAXÁGORA.

Puedes averiguarlo.

BLÉPIRO.

¿Cómo?

PRAXÁGORA.

Mira si mi cabeza huele a perfumes.

BLÉPIRO.

¿Pues qué, los perfumes son indispensables para esas cosas?

PRAXÁGORA.

Para mí sí lo son.

BLÉPIRO.

¿Adónde has ido tan temprano y tan callandito llevándote mi manto?

PRAXÁGORA.

Me ha enviado a llamar una de mis amigas, que estaba con dolores de parto.

BLÉPIRO.

¿Y no podías habérmelo dicho antes de marcharte?

PRAXÁGORA.

Pero, marido mío, ¿había de dejarla sin asistencia en una necesidad tan urgente?

BLÉPIRO.

Bastaba una palabra. Aquí hay gato encerrado.

PRAXÁGORA.

¡No, por las dos diosas! Fui como estaba, porque me decía que acudiera a toda prisa.

BLÉPIRO.

¿Y por qué no llevaste tus vestidos? Lejos de eso te apoderas de los míos, me echas encima la túnica, y te largas dejándome como a un cadáver, salvo las coronas y los perfumes.

PRAXÁGORA.

Hacía frío y yo soy débil y delicada, y te cogí el manto por llevar más abrigo: además, marido mío, te dejé bien calentito bajo las colchas.

BLÉPIRO.

¿Y los zapatos lacedemonios y el bastón, para qué te los llevaste?

PRAXÁGORA.

Para defender el manto, cambié mis zapatos por los tuyos, y me fui a imitación tuya pisando con gran fuerza y golpeando las piedras con el bastón.

BLÉPIRO.

¿Sabes que te has perdido un sextario de trigo, que me hubieran dado en la asamblea?

PRAXÁGORA.

No te apures; ha tenido un niño.

BLÉPIRO.

¿La asamblea?

PRAXÁGORA.

No, hombre, la mujer que me ha llamado. ¿Pero de veras ha habido asamblea?

BLÉPIRO.

Sí, por cierto; ¿no te acuerdas que te lo dije ayer?

PRAXÁGORA.

Sí, ahora recuerdo.

BLÉPIRO.

¿Sabes lo que se ha resuelto en ella?

PRAXÁGORA.

No.

BLÉPIRO.

Pues, hija mía, en adelante ya puedes tratarte a cuerpo de rey. Dicen que se os ha encomendado la república.

PRAXÁGORA.

¿Para qué? ¿Para hilar?

BLÉPIRO.

No, para administrar...

PRAXÁGORA.

¿El qué?

BLÉPIRO.

Todos los asuntos del Estado.

PRAXÁGORA.

¡Por Venus! La república será feliz en adelante.

BLÉPIRO.

¿Por qué?

PRAXÁGORA.

Por mil razones. No se permitirá a los atrevidos mancharla con torpes atentados, ni levantar falsos testimonios, ni hacer calumniosas delaciones...

BLÉPIRO.

De ningún modo hagas eso, por todos los dioses; ¿no veis que nos vais a quitar los medios de vivir?[68]

CORO.

Querido mío, deja hablar a tu mujer.

PRAXÁGORA.

Ni robar, ni envidiar a los vecinos, ni estar desnudo, ni ser pobre, ni injuriar, ni tomar prendas a los deudores.

CORO.

¡Por Neptuno!, grandes promesas, si no son mentira.

PRAXÁGORA.

Yo las realizaré; tú (*Al Coro*) me harás justicia; y tú (*A Blépiro*) tendrás que callar.

* * *

CORO.

Ahora es la ocasión de poner en juego los recursos de tu ingenio, y de probar tu amor al pueblo y lo que sabes hacer en favor de tus amigas. Ahora es la ocasión de desplegar en provecho de todos esa hábil inteligencia que colme de infinitas prosperidades la vida de un pueblo culto, demostrando su inagotable poder. Ahora es, sí, la ocasión, porque nuestra república necesita de un plan sabiamente combinado. Pero tengamos cuidado de hacer cosas nunca hechas ni dichas; porque nuestros hombres aborrecen lo que están acostumbrados a ver. No tardes; pon en seguida manos a la obra. La prontitud es singularmente grata a los espectadores.

PRAXÁGORA.

Yo confío en la bondad de mis consejos; pero mucho temo que los espectadores no quieran aceptar mis novedades, y se aferren a las antiguas y acostumbradas prácticas: esto es lo que me inquieta.

BLÉPIRO.

No temas por tus innovaciones; al contrario, el apetecerlas y aceptarlas es nuestro flaco, así como el despreciar lo antiguo.

PRAXÁGORA.

Pues bien, que nadie me contradiga ni interrumpa antes de conocer mi sistema y de haberme oído. Quiero que todos los bienes sean comunes, y que todos tengan igual parte en ellos y vivan de los mismos; que no sea este rico y aquel pobre; que no cultive uno un inmenso campo y otro no tenga donde sepultar su cadáver; que no haya quien lleve cien esclavos, y quien carezca de un solo servicio; en una palabra, establezco una vida común e igual para todos.

BLÉPIRO.

¿Cómo ha de ser común?

PRAXÁGORA.

Comiendo tú estiércol antes que yo.[69]

BLÉPIRO.

¿También será común el estiércol?

PRAXÁGORA.

¡No, por cierto! Pero me has interrumpido. Iba a decir que haré primero comunes los campos, el dinero y las demás propiedades. Y después, con todo este acervo de bienes os alimentaremos, administrándolos económica y cuidadosamente.

BLÉPIRO.

¿Y el que no posee tierras, sino dinero, dáricos[70] y otras riquezas que no están a la vista?

PRAXÁGORA.

Las aportará al acervo común, y si no, será reo de perjurio.

BLÉPIRO.

Como que por ese medio las ha ganado.

PRAXÁGORA.

Pero no le servirán absolutamente de nada.

BLÉPIRO.

¿Por qué?

PRAXÁGORA.

Porque la pobreza no obligará a trabajar a nadie. Todo será de todos; panes, pescados, pasteles, túnicas, vinos, coronas, garbanzos. ¿Qué provecho obtendría por tanto de no aportar a la comunidad sus bienes? Dinos tu opinión sobre esto.

BLÉPIRO.

¿Los que disfrutan de todas esas cosas no son los ladrones más grandes?

PRAXÁGORA.

Antes sí, amigo mío, bajo el antiguo régimen; mas ahora que todo será común, ¿qué provecho podrá haber en no traer su parte?

BLÉPIRO.

Si alguno ve a una linda muchacha y se le antoja gozar de sus encantos, con los bienes reservados podrá hacerla un obsequio, y de este modo obtener su amor, sin dejar de percibir su parte de los bienes comunes.

PRAXÁGORA.

Es que lo podrá obtener gratis. Pues yo haré que las mujeres sean también comunes y den hijos al que los quiera.

BLÉPIRO.

¿Pero no ves que todos se dirigirán a la más hermosa?

PRAXÁGORA.

Las más feas e imperfectas estarán junto a las más lindas, y todo el que solicite a una de estas, deberá antes consumir un turno con las primeras.

BLÉPIRO.

¿Pero no ves que, conforme a tu sistema, los ya machuchos estaremos exánimes[71] cuando lleguemos a las hermosas?

PRAXÁGORA.

Tampoco se resistirán.

BLÉPIRO.

¿A qué?

PRAXÁGORA.

Tranquilízate, no se resistirán.

BLÉPIRO.

Pero ¿a qué, te digo?

PRAXÁGORA.

Al amor. Esto por lo que a vosotros respecta.

BLÉPIRO.

En cuanto a vosotras está muy bien entendido; pues habéis tomado todas las precauciones para que ninguna carezca de galán.[72] Pero, ¿y los hombres? ¿Qué haremos? Pues las mujeres rechazarán a los feos y se entregarán a los hermosos.

PRAXÁGORA.

Los hombres feos acecharán a los hermosos al salir de los banquetes y en los sitios públicos; y no se permitirá tampoco a las mujeres cohabitar con los buenos mozos sin haber cedido antes a las instancias de los deformes y chiquituelos.

BLÉPIRO.

De suerte que ahora la nariz de Lisícrates[73] hará la competencia a los más gallardos mancebos.

PRAXÁGORA.

¡Eso es, por Apolo! Esta decisión es eminentemente popular. ¡Mira que será mortificación para uno de esos vanitontos que llevan los dedos cargados de sortijas, cuando un viejo calzado con gruesos zapatones le diga: «Amigo mío, paso al más anciano; espera a que yo haya concluido; resígnate a ser plato de segunda mesa!»

BLÉPIRO.

Pero si vivimos de esa manera, ¿cómo podrá cada cual reconocer a sus hijos?

PRAXÁGORA.

¿Y qué necesidad hay? Los jóvenes creerán que son sus padres todas las personas de más edad.

BLÉPIRO.

Pero entonces, so color de ignorarlo, ¿no estrangularán sin ningún empacho a todo viejo,[74] cuando ahora lo hacen, sabiendo a ciencia cierta que son sus padres?

PRAXÁGORA.

Los presentes no lo permitirán. Antes a nadie le importaba que apaleasen a los padres ajenos; pero ahora todo el mundo, en cuanto oiga que ha sido maltratado un anciano, le defenderá en la duda de si será su propio padre.

BLÉPIRO.

En eso no andas descaminada. Pero te aseguro que pasaría un mal rato si Epicuro o Leucólofas[75] se me acercasen llamándome papá.

PRAXÁGORA.

Peor rato pasarías...

BLÉPIRO.

¿Cómo?

PRAXÁGORA.

Si Arístilo[76] te diese un beso llamándote su padre.

BLÉPIRO.

¡Pobre de él, si se atrevía!

PRAXÁGORA.

Pero tú olerías a calamento.[77] Además, como ha nacido antes del decreto, no tienes que temer sus ósculos.

BLÉPIRO.

No podría aguantarlo. ¿Pero quién cultivará la tierra?

PRAXÁGORA.

Los esclavos. Tú no tendrás más que hacer que acudir limpio y perfumado al banquete cuando sea de diez pies la sombra del cuadrante solar.[78]

BLÉPIRO.

¿Quién nos proporcionará los vestidos? Quisiera saber esto.

PRAXÁGORA.

Usad por de pronto los que tenéis; después ya os haremos otros.

BLÉPIRO.

Una sola pregunta: Si los magistrados condenan a uno a una multa, ¿de dónde tomará el dinero para pagarla? No es justo que sea del tesoro común.

PRAXÁGORA.

Pero no habrá ya procesos.

BLÉPIRO.

¡Cuánto les pesará a muchos!

PRAXÁGORA.

Así lo he decidido. Además, amigo mío, ¿para qué había de haberlos?

BLÉPIRO.

¡Para mil cosas, por Apolo! En primer lugar, para el caso de negarse una deuda.

PRAXÁGORA.

Siendo todos los bienes comunes, ¿de dónde había de sacar dinero el prestamista? Sería un ladrón manifiesto.

BLÉPIRO.

¡Muy bien, por Ceres! A otra cosa. Los que después de bien bebidos maltratan a los transeúntes, ¿con qué pagarán la indemnización correspondiente? Esto sí que no lo resuelves.

PRAXÁGORA.

Con su ordinaria pitanza: con este castigo de estómago no volverán a excederse así como quiera.

BLÉPIRO.

¿No habrá ya ladrones?

PRAXÁGORA.

¿Quién ha de robar siendo comunes los bienes?

BLÉPIRO.

¿No despojarán a la noche a los transeúntes?

PRAXÁGORA.

No, por cierto. Lo mismo si duermes en tu casa, que si duermes fuera de ella, como sucedía antes, todo el mundo tendrá con qué vivir. Si alguno quiere despojar de sus vestidos a otro, este se los cederá de buen grado; ¿a qué ha de oponerse? Ya sabe que ha de recibir del Estado otros mejores.

BLÉPIRO.

¿No habrá juegos de azar?

PRAXÁGORA.

¿Qué se ha de ganar jugando?

BLÉPIRO.

¿Qué género de vida vas a establecer?

PRAXÁGORA.

Un comunismo perfecto. Atenas será como una sola casa, en que todo pertenecerá a todos, hasta el punto de que se podrá pasar libremente de una habitación a otra.

BLÉPIRO.

¿Dónde se darán las comidas?

PRAXÁGORA.

Todos los pórticos y tribunales se convertirán en comedores.

BLÉPIRO.

¿Y la tribuna para qué servirá?

PRAXÁGORA.

Para colocar las cráteras y los cántaros de agua; un coro de niños celebrará desde ella la gloria de los valientes y el oprobio de los cobardes; así, si hay alguno de estos, se retirará de la mesa avergonzado.

BLÉPIRO.

¡Buena idea, por Apolo! ¿Y dónde colocarás las urnas de los sorteos?

PRAXÁGORA.

Las pondré en la plaza pública y junto a la estatua de Harmodio;[79] iré sacando de ellas los nombres de los ciudadanos, hasta que todos se vayan contentos, sabiendo la letra a qué les ha tocado ir a comer;[80] así, el heraldo

pregonará que los de la letra *Beta* vayan a comer al pórtico Basílico; los de la *Zeta*, al de Teseo, y los de la *Kappa*, al mercado de las harinas.

BLÉPIRO.

¿Para atracarse de trigo?

PRAXÁGORA.

No, para cenar.

BLÉPIRO.

Y al que no le toque en suerte ninguna letra para cenar, se le arrojará de todas partes.

PRAXÁGORA.

Eso no sucederá; porque tendremos especial cuidado en dar copiosamente de todo a todos; de manera que cada cual se retirará del banquete, ebrio con su corona y su antorcha. Entonces las mujeres os saldrán al encuentro, cuando volváis del festín, diciéndoos: «Ven acá, tenemos una hermosa muchacha.» «Aquí hay una hermosa y blanca como la nieve —os gritará otra desde un piso alto—, pero antes es preciso que compartas mi tálamo.» Los hombres feos seguiréis a los jóvenes gallardos, exclamando: «¡Eh, tú! ¿a qué tanta prisa? No has de conseguir nada por mucho que corras; la ley nos ha concedido a los feos el derecho de prelación; y en tanto podéis entreteneros en el vestíbulo, jugando con las hojas de higuera.»[81] Vamos, dime, ¿no te agrada este sistema?

BLÉPIRO.

Muchísimo.

PRAXÁGORA.

Ahora tengo que ir a la plaza a recibir los bienes que vayan depositándose, y a escoger por heraldo una mujer de buena voz. Es un

deber ineludible que me impone mi cualidad de jefe y la necesidad de proveer a la mesa común, si he de daros hoy, como pienso, el primer banquete.

BLÉPIRO.

¿Desde hoy ya?

PRAXÁGORA.

Sin duda. En seguida voy a suprimir las cortesanas.

BLÉPIRO.

¿Por qué?

PRAXÁGORA.

A la vista está: para que no se nos lleven la flor de la juventud. No es justo que unas esclavas bien adornadas roben sus placeres a las mujeres libres. Cohabitarán solo con los esclavos, y solo para ellos emplearán sus deleites.[82]

BLÉPIRO.

Anda, yo te acompañaré, para que me miren los transeúntes y digan: mirad el marido de nuestra generala.

(*Vanse Blépiro y Praxágora.*)

(Falta el Coro.)

* * *

CIUDADANO PRIMERO.

Voy a preparar mis enseres para llevarlos a la plaza, y a hacer inventario de toda mi hacienda. Ven, hermosa zaranda, tú eres mi bien más precioso; ven, llena aún de la harina de la cual has cernido tantos sacos, a servir de Canéfora[83] en la procesión de mis muebles. ¿Dónde está la

porta-sombrilla?[84] Esta olla hará sus veces: ¡qué negra está, justo cielo! no lo estaría más si en ella se hubiesen cocido las drogas con que Lisícrates[85] se tiñe las canas. Ponte a su lado, lindo tocador; y tú, trípode, desempeña las funciones de hidriáfora;[86] a ti, oh gallo, cuyo canto matinal me ha despertado tantas veces para ir a la asamblea, te reservo el papel de citarista. Adelántate, escacéfora,[87] con el gran cuenco de la miel cubierto por entrelazadas ramas de olivo, y tráete también los dos trípodes y la alcuza.[88] Los pucheros y demás menudencias que se queden ahí.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Yo entregar mis bienes? ¡Qué insensatez! ¡Qué locura! Jamás lo haré, por Neptuno. Veamos antes lo que pasa, y después meditemos mucho sobre la tal medida. Pues qué, ¿he de sacrificar sin más ni más el fruto de mis sudores y economías antes de saber a fondo todo lo que hay? — ¡Eh, tú! ¿Qué significan esos muebles? ¿Con qué objeto los has sacado? ¿Vas a mudarte de casa, o los llevas a empeñar?

CIUDADANO PRIMERO.

No.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Pues para qué has puesto en fila todo tu ajuar? ¿Envías una procesión a Hierón el pregonero?

CIUDADANO PRIMERO.

No, por Júpiter; voy a depositarlo en la plaza pública conforme a la última ley.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿A depositarlo?

CIUDADANO PRIMERO.

Sí.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Por Júpiter salvador, tú estás loco!

CIUDADANO PRIMERO.

¿Cómo?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Cómo? A la vista está.

CIUDADANO PRIMERO.

Pues qué, ¿no debo cumplir las leyes?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Cuáles? ¡Desdichado!

CIUDADANO PRIMERO.

Las promulgadas.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Las promulgadas? ¡Qué imbécil eres!

CIUDADANO PRIMERO.

¿Imbécil?

CIUDADANO SEGUNDO.

Sí, amigo; y el más tonto de todos los tontos habidos y por haber.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Porque cumplo las prescripciones legales?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Pues qué, un hombre honrado tiene ese deber?

CIUDADANO PRTMERO.

Es el principal.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Estúpido rematado!

CIUDADANO PRIMERO.

¿Pero tú no piensas depositar tus bienes?

CIUDADANO SEGUNDO.

Me guardaré muy bien, antes de ver la resolución que adopta la mayoría.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Puede ser otra que la de llevar al acervo común todos los bienes?

CIUDADANO SEGUNDO.

Cuando lo vea, lo creeré.

CIUDADANO PRIMERO.

Por las calles no se habla de otra cosa.

CIUDADANO SEGUNDO.

Se hablará.

CIUDADANO PRIMERO.

Todos dicen que van a llevar su parte.

CIUDADANO SEGUNDO.

Se dirá.

CIUDADANO PRIMERO.

Me matas con tu desconfianza.

CIUDADANO SEGUNDO.

Se desconfiará.

CIUDADANO PRIMERO.

¡Que Júpiter te confunda!

CIUDADANO SEGUNDO.

Se te confundirá. ¿Crees que todo ciudadano que tenga un átomo de

juicio ha de llevar nada? No estamos acostumbrados a dar: solo nos gusta recibir, en lo cual imitamos a los dioses. Para convencerte, no tienes más que mirarles a las manos: sus imágenes, cuando les pedimos dones y mercedes, nos alargan las manos vueltas hacia arriba; no en actitud de dar, sino de recibir.

CIUDADANO PRIMERO.

¡Miserable! Déjame cumplir con mi deber. ¿Dónde está mi correa?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Pero de veras lo vas a llevar?

CIUDADANO PRIMERO.

Sí, por cierto; mira, ya he atado este par de trípodes.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Qué locura! ¿Por qué no esperas a ver lo que hacen los demás, y después...?

CIUDADANO PRIMERO.

Después, ¿qué?

CIUDADANO SEGUNDO.

Esperar de nuevo y dar tiempo.

CIUDADANO PRIMERO.

¿A qué?

CIUDADANO SEGUNDO.

A que haya un terremoto o un relámpago de mal agüero, o a que pase una comadreja, y verás, imbécil, cómo nadie lleva nada al depósito.[89]

CIUDADANO PRIMERO.

Tendría gracia que por estar esperando no encontrase dónde depositar mis cosas.

CIUDADANO SEGUNDO.

No te apures por eso, y sí de cómo las has de recuperar. Aunque tardes un mes, hallarás sitio de sobra.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Cómo?

CIUDADANO SEGUNDO.

Yo los conozco perfectamente. En seguida dan un decreto, y después no lo cumplen.

CIUDADANO PRIMERO.

Todos aportarán sus bienes, amigo.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si no los aportan?

CIUDADANO PRIMERO.

No te quepa duda, los aportarán.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si no los aportan, qué?

CIUDADANO PRIMERO.

Les obligaremos.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si son más fuertes?

CIUDADANO PRIMERO.

Dejaré mis muebles y me iré.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si te los venden, qué?

CIUDADANO PRIMERO.

¡Ojalá revientes!

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y si reviento, qué?

CIUDADANO PRIMERO.

Harás perfectamente.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿De modo que persistes en llevarlos?

CIUDADANO PRIMERO.

Sí, por cierto; pues ya veo a mis vecinos que se disponen a llevar los suyos.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Quién? ¿Antístenes?[90] Prefiriría mil veces el estarse treinta días seguidos sentado en un bacín.

CIUDADANO PRIMERO.

¡Vete al infierno!

CIUDADANO SEGUNDO.

Y Calímaco,[91] el maestro de coros, ¿qué llevará a la comunidad?

CIUDADANO PRIMERO.

Más que Calias.[92]

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Este hombre quiere arruinarse!

CIUDADANO PRIMERO.

¡Maldiciente!

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Maldiciente? ¿Pues no estamos viendo todos los días decretos semejantes? ¿No te acuerdas de aquel que se dio sobre la sal?[93]

CIUDADANO PRIMERO.

Me acuerdo.

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Y de aquel otro sobre las monedas de cobre? ¿Te acuerdas?

CIUDADANO PRIMERO.

Ya lo creo, ¡como que me causó poco perjuicio aquella maldita moneda! Con la venta de mis uvas me había llenado la boca de monedas de cobre, y me dirigí al mercado a comprar harina: tenía ya abierto el saco, para recibirla, cuando, hete aquí que el pregonero grita: «Nadie debe recibir en adelante la moneda de cobre; solo será corriente la de plata.»[94]

CIUDADANO SEGUNDO.

Y hace poco, ¿no jurábamos todos que el impuesto de la cuadragésima, ideado por Eurípides,[95] proporcionaría quinientos talentos al Estado? No había quien no pusiese en las nubes al inventor; pero cuando, vista la cosa con detenimiento, se comprendió que era, como suele decirse: «la Corinto de Júpiter»,[96] y que no producía nada, todo el mundo se desató contra Eurípides.

CIUDADANO PRIMERO.

Las circunstancias han variado. Entonces gobernábamos nosotros, y ahora las mujeres.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Por Neptuno, ya tendré buen cuidado de que no se orinen en mis barbas!

CIUDADANO PRIMERO.

No sé qué sandeces dices. — Esclavo, cárgate ese fardo.

* * *

EL HERALDO.[97]

Ciudadanos, acudid todos, pues principia a plantearse la nueva ley; presentaos a nuestra generala, para que la suerte designe el lugar donde cada uno debe comer; ya están las mesas dispuestas y cargadas de manjares exquisitos, y los lechos adornados de colchas y tapices; ya el agua y el vino se mezclan en las cráteras junto a la fila de las mujeres encargadas de los perfumes; ya se asan pescados, se clavan liebres en los asadores, se tejen coronas y se fríen pastelillos; las jóvenes cuidan los puches de habas que hierven en las ollas, y entre ellas Esmeo,[98] con su uniforme de caballería, friega los platos de las mujeres; Gerón,[99] con una hermosa túnica y finos zapatos,[100] se presenta riendo con otro jovencito; ya se ha desprendido de su manto y grueso calzado. Venid, el panadero os espera; ejercitad bien vuestras mandíbulas.

CIUDADANO SEGUNDO.

Sí, iré. ¿Por qué me había de retrasar cuando la república lo manda?

CIUDADANO PRIMERO.

¿Adónde vas sin haber depositado tus bienes?

CIUDADANO SEGUNDO.

Al banquete.

CIUDADANO PRIMERO.

Si las mujeres tienen un átomo de juicio, no lo consentirán antes de que hagas el depósito.

CIUDADANO SEGUNDO.

Ya lo haré.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Cuándo?

CIUDADANO SEGUNDO.

Te aseguro que habrá otros menos solícitos que yo.

CIUDADANO PRIMERO.

Y mientras tanto, ¿vas a comer?

CIUDADANO SEGUNDO.

¿Pues qué he de hacer? Todo hombre sensato debe prestar su apoyo a la república.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Y si te prohíben entrar?

CIUDADANO SEGUNDO.

Bajaré la cabeza y entraré.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Y si te apalean?

CIUDADANO SEGUNDO.

Las citaré a juicio.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Y si se ríen de ti?

CIUDADANO SEGUNDO.

Me apostaré a la puerta...

CIUDADANO PRIMERO.

¿Y qué harás?

CIUDADANO SEGUNDO.

Y arrebataré al paso los manjares.

CIUDADANO PRIMERO.

Anda, pues; pero detrás de mí. Vosotros, Sicón y Parmenón,[101] cargad con mis enseres.

CIUDADANO SEGUNDO.

Vamos, yo te ayudaré a llevarlos.

CIUDADANO PRIMERO.

¿Tú?, de ningún modo. Me temo que ante nuestra generala digas que son tuyos los muebles que yo deposito.

CIUDADANO SEGUNDO.

¡Por Júpiter!, yo necesito hallar un medio de conservar mis bienes y participar de la comida común. — ¡Ah, excelente idea! ¡Pronto, pronto, a comer!

(*Vase.*)

* * *

(*A las ventanas de dos casas próximas*
se asoman una vieja y una joven.)

VIEJA PRIMERA.

¿Cómo no vendrá ningún hombre? Pues ya es hora pasada. Yo me estoy aquí llena de albayalde, vestida de amarillo, cantando entre dientes, loqueando, y dispuesta a arrojarme en brazos del primer transeúnte. ¡Oh Musas! Descended a mis labios e inspiradme una voluptuosa canción al modo jonio.[102]

UNA JOVEN.

¿Te has asomado a la ventana antes que yo, vieja podrida? Creías, sin duda, que estando yo ausente ibas a vendimiar la viña abandonada y a atraer alguno con las canciones. Si tú haces eso, yo también cantaré; pues aunque a los espectadores les parecerá gastado y fastidioso el procedimiento, no dejarán de encontrarlo algo cómico y divertido.

VIEJA PRIMERA.

Habla con ese carcamal y llévatelo. — Tú, mi joven flautista, coge tus instrumentos y toca una melodía digna de ti y de mí. Quien ame el placer, debe buscarlo en mis brazos. Las jovencitas carecen de la experiencia, dote de las ya maduras. Ninguna sabe querer como yo a mi amigo; a todas les gusta volar de flor en flor.

LA JOVEN.

No hables mal de las jóvenes: el placer reside en su cuerpo delicado y florece en su blanco seno. Tú, vejestorio, estás expuesta y embalsamada; solo la muerte te llamará: «amor mío».

VIEJA PRIMERA.

¡Ojalá pierdas la sensibilidad! ¡Ojalá no encuentres el lecho cuando quieras entregarte a un hombre![103] ¡Ojalá al ir a besarle estreches una víbora contra tu corazón!

LA JOVEN.

¡Ay!, ¡ay!, ¿qué haré? No viene mi amigo: estoy sola; mi madre ha salido, y de las demás me importa poco. — Nodriza mía,[104] llama a Ortágoras,[105] para que goces de los derechos de tu edad.

VIEJA PRIMERA.

Pobrecilla, eres apasionada como una jonia,[106] y no me pareces novicia en los placeres de Lesbos.[107] Pero no podrás arrebatarme mis placeres, ni robarme un solo instante de las deliciosas horas que me pertenecen.

LA JOVEN.

Canta cuanto quieras y alarga el hocico por la ventana como una gata; a pesar de todo, nadie entrará en tu casa antes que en la mía.

VIEJA PRIMERA.

Si entran, será para llevarte a enterrar.

LA JOVEN.

Sería una cosa nueva, vieja podrida.

VIEJA PRIMERA.

No, por cierto.

LA JOVEN.

Claro, ¿qué puede decirse de nuevo a una vieja?

VIEJA PRIMERA.

Mi vejez no te causará perjuicio.

LA JOVEN.

¿Pues qué? ¿Tu colorete o tu albayalde?

VIEJA PRIMERA.

¿Por qué me hablas?

LA JOVEN.

¿Por qué miras?

VIEJA PRIMERA.

¿Yo? Le canto a solas a Epígenes, mi amante.

LA JOVEN.

¿Tienes más amante que Geres?[108]

VIEJA PRIMERA.

El mismo Epígenes te lo probará: va a venir dentro de poco. Míralo, ahí está.

LA JOVEN.

Pero no piensa en ti, vieja bribona.

VIEJA PRIMERA.

Sí, por cierto, apestada.

LA JOVEN.

Él mismo nos lo probará: yo me retiro de la ventana.

VIEJA PRIMERA.

Y yo también, para que veas que no me engaño.

EL JOVEN.

¡Oh, si pudiese estrechar entre mis brazos a la joven, sin sufrir antes las caricias de la vieja! Esto es intolerable para un hombre libre.

VIEJA PRIMERA.

¡Por Júpiter! Las sufrirás, mal que te pese. No creas que esta es una vejez caída en desuso.[109] La ley ha de cumplirse, pues vivimos bajo un régimen democrático. Me retiro para observar sus movimientos.

EL JOVEN.

¡Ojalá, oh dioses, encuentre sola a aquella linda muchacha! El vino, que me enardece, me hace venir a buscarla.

LA JOVEN.

He engañado a la maldita vieja. Se retiró, creyendo que yo me iba a estar en casa.

VIEJA PRIMERA.

Es el mismo, el mismo de quien hablamos. — Ven acá, dueño mío, ven a pasar la noche entre mis brazos. Los bucles de tus cabellos me tienen loca de amor; una pasión frenética arde en mi pecho y me consume. Oye mis súplicas, Cupido, y haz que venga a compartir mi tálamo.

EL JOVEN.

Ven acá, ven acá, baja a abrir la puerta, si no quieres verme morir en su dintel. ¡Oh amada mía! quiero embriagarme con tus caricias.[110] ¡Oh Venus! ¿Por qué me inspiras este frenético deseo? — Oye mis súplicas, Cupido, y

haz que venga a compartir mi tálamo. ¡Qué impotente es la palabra para pintar mi pasión! Abre la puerta, dulce amiga: estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento. Ídolo mío, hija de Venus, abeja de las Musas, alumna de la gracia, vivo retrato del placer,[111] abre la puerta, estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento.

VIEJA PRIMERA.

¡Eh, tú! ¿Por qué llamas? ¿Me buscas?

EL JOVEN.

No.

VIEJA PRIMERA.

Sin embargo, llamabas.

EL JOVEN.

¡Antes morir!

VIEJA PRIMERA.

¿Por qué vienes con esa antorcha?

EL JOVEN.

Busco a un hombre de Anaflisto.[112]

VIEJA PRIMERA.

¿Cuál?

EL JOVEN.

No es Sebine,[113] a quien tal vez esperas.

VIEJA PRIMERA.

¡Sí, por Venus!, quieras o no.

EL JOVEN.

No entendemos de lo que cuenta sesenta años, y lo dejamos para más adelante; solo juzgamos de lo que tiene menos de veinte.[114]

VIEJA PRIMERA.

Eso era bajo el antiguo régimen, querido mío; pero ahora es preciso que nos juzguéis a nosotras primero.

EL JOVEN.

Si quiero, según la ley del juego de damas.

VIEJA PRIMERA.

Cuando comes no es la ley según el juego de damas.[115]

EL JOVEN.

No te entiendo; voy a llamar a esa puerta.

VIEJA PRIMERA.

Después de haber llamado a la mía.

EL JOVEN.

Por ahora, no tengo necesidad de criba.

(*La vieja baja y sale de la casa.*)

VIEJA PRIMERA.

Sé que me amas; solo que estás asombrado de verme fuera; vamos, dame un beso.

EL JOVEN.

Pero, amiga mía, tengo miedo a tu amante.

VIEJA PRIMERA.

¿A cuál?

EL JOVEN.

A aquel excelente pintor.[116]

VIEJA PRIMERA.

¿Quién es?

EL JOVEN.

Uno que pinta vasos sobre los féretros. Entra pronto, no vaya a verte en la puerta.

VIEJA PRIMERA.

Ya sé, ya sé lo que tú quieres.

EL JOVEN.

También se yo lo que quieres tú.

VIEJA PRIMERA.

Mas te juro por Venus, que me ha favorecido, que no te he de soltar.

EL JOVEN.

Chocheas, viejecita mía.

VIEJA PRIMERA.

Y tú te chanceas; pero tendrás que compartir mi lecho.

EL JOVEN.

¿Qué necesidad hay de comprar ganchos para sacar los cubos de los pozos? Con echar esta vieja, se conseguirá el mismo objeto.

VIEJA PRIMERA.

Déjate de burlas, pobre muchacho, y sígueme.

EL JOVEN.

Ninguna obligación tengo, a no ser que hayas pagado a la república la quingentésima[117] de tus años.

VIEJA PRIMERA.

Por Venus, sígueme: a mí nada me complace tanto como el amor de los muchachos de tu edad.

EL JOVEN.

Pues a mí nada me desagrada tanto como el amor de tus coetáneas; jamás podré quererlas.

VIEJA PRIMERA.

¡Por Júpiter! Esto te obligará.

EL JOVEN.

¿Qué es eso?

VIEJA PRIMERA.

Un decreto con arreglo al cual tienes que entrar en mi casa.

EL JOVEN.

Dilo y veamos.

VIEJA PRIMERA.

Escucha: «Han resuelto las mujeres que cuando un joven ame a una doncella no podrá gozar de sus favores sin haber otorgado previamente los suyos a una anciana: si atento solo a su pasión por la joven se negase a cumplimentar el precitado requisito, las mujeres de avanzada edad tendrán derecho a prenderle y a arrastrarle impunemente por donde más lo sienta.»[118]

EL JOVEN.

¡Ay de mí! Voy a ser un nuevo Procusto.[119]

VIEJA PRIMERA.

Es necesario obedecer nuestras leyes.

EL JOVEN.

¿Y si alguno de mis amigos o conciudadanos viniese a rescatarme?

VIEJA PRIMERA.

Ningún hombre puede disponer de cosa alguna cuyo valor exceda al de una medimna.

EL JOVEN.

¿No puedo oponerme?

VIEJA PRIMERA.

Todos los rodeos están prohibidos.

EL JOVEN.

Alegaré que soy comerciante.[120]

VIEJA PRIMERA.

Y yo haré que te arrepientas de haberlo alegado.

EL JOVEN.

¿Qué debo hacer?

VIEJA PRIMERA.

Entrar en mi casa.

EL JOVEN.

¿Indispensablemente?

VIEJA PRIMERA.

Como si Diomedes[121] lo ordenase.

EL JOVEN.

Pues bien, extiende una capa de orégano sobre cuatro ramas; cíñete de bandas la cabeza, y coloca junto a ti los vasos de perfumes, y en la puerta el cántaro de agua lustral.[122]

VIEJA PRIMERA.

También me comprarás una corona.

EL JOVEN.

¡Sí, por Júpiter! Con tal que sea de cirios,[123] pues creo que expirarás en cuanto entres en tu casa.

* * *

LA JOVEN.

¿Adónde arrastras a ese joven?

VIEJA PRIMERA.

A mi casa; porque es mío.

LA JOVEN.

Es una locura. Es demasiado joven para ti; mejor puedes ser su madre que su esposa. Con ese sistema vais a llenar el mundo de Edipos.[124]

VIEJA PRIMERA.

Calla, sierpe. La envidia te hace hablar así; pero la has de pagar.

LA JOVEN.

¡Por Júpiter salvador, qué gran servicio me has prestado librándome de esa vieja! ¡Esta noche te probaré mi ardiente gratitud![125]

* * *

VIEJA SEGUNDA.

¡Eh, eh! ¿adónde te llevas a ese? Según la ley, mi derecho a sus abrazos es preferente.

EL JOVEN.

¡Oh desdicha! ¿De dónde sales, vieja condenada? Esta es mil veces peor que la primera.

VIEJA SEGUNDA.

Ven acá.

EL JOVEN. (*A la joven.*)

¡Por todos los dioses! no dejes que esa vieja me obligue a seguirla.

VIEJA SEGUNDA.

La ley te obliga, yo no.

EL JOVEN.

Di más bien una Empusa[126] con todo el cuerpo plagado de úlceras hediondas.

VIEJA SEGUNDA.

Sígueme, corazoncito mío, y déjate de charla.

EL JOVEN.

Déjame ir a hacer una necesidad, para que pueda recobrarme un poco; si no, el miedo me obligará a pintar de rojo el dintel de esa puerta.

VIEJA SEGUNDA.

Ven, no temas; en casa lo harás.[127]

EL JOVEN.

¡Oh!, temo hacer más de lo que quiero; déjame, te daré dos buenos fiadores.

VIEJA SEGUNDA.

No los admito.

* * *

VIEJA TERCERA.

¡Eh, tú! ¿Adónde vas con esa vieja?

EL JOVEN.

No voy, me llevan. Quienquiera que seas, ojalá te colme el cielo de bendiciones, por venir a ayudarme en este apuro.[128] ¡Oh Hércules! ¡Oh Panes! ¡Oh Coribantes! ¡Oh Dióscuros! Ese monstruo es infinitamente más horrible. ¿Pero qué es, Júpiter poderoso? ¿Es una mona rebozada en albayalde, o el espectro de una vieja vuelta de los infiernos?

VIEJA TERCERA.

No te burles, y sígueme por aquí.

VIEJA SEGUNDA.

No, por aquí.

VIEJA TERCERA.

Nunca te soltaré.

VIEJA SEGUNDA.

Yo tampoco.

EL JOVEN.

Me vais a descuartizar, viejas malditas.

VIEJA SEGUNDA.

La ley manda que me sigas.

VIEJA TERCERA.

Como no se presente otra vieja más fea.

EL JOVEN.

Pero si me matáis así, ¿cómo he de poder acercarme a aquella hermosa?

VIEJA TERCERA.

Arréglatelas como puedas; por de pronto obedéceme.

EL JOVEN.

¿Con cuál de vosotras debo cumplir primero?

VIEJA SEGUNDA.

¿No lo sabes? Ven conmigo.

EL JOVEN.

Pues que me suelte esta otra.

VIEJA TERCERA.

No, ven conmigo.

EL JOVEN.

Iré, si esta me suelta.

VIEJA SEGUNDA.

Pues yo no te suelto.

VIEJA TERCERA.

Ni yo.

EL JOVEN.

Sois muy malas barqueras.

VIEJA SEGUNDA.

¿Por qué?

EL JOVEN.

Porque haréis pedazos a los pasajeros tirando a un lado y a otro.

VIEJA SEGUNDA.

Calla, y ven por aquí.

VIEJA TERCERA.

No, por aquí.

EL JOVEN.

Estamos en el caso del decreto de Canono,[129] pues tengo que partirme en dos para daros gusto. ¿Pero cómo he de poder manejar dos remos a un mismo tiempo?

VIEJA SEGUNDA.

Muy fácilmente, comiéndote un puchero de cebollas.[130]

EL JOVEN.

¡Ay de mí! ¡Ya estoy junto a la puerta!

VIEJA TERCERA. (*A la vieja segunda.*)

Nada conseguirás, porque entraré contigo.

EL JOVEN.

No, por todos los dioses: mejor es un mal que dos.

VIEJA TERCERA.

Por Hécate, quieras o no, así ha de ser.

EL JOVEN.

¡Negro infortunio! ¡Permanecer todo el día y toda la noche en brazos de una vieja hedionda, y para fin de fiesta caer de nuevo entre los de esa rana cuyas mejillas parecen dos alcuzas![131] ¿Hay desgracia como la mía? Sin duda nací con mal sino, pues tengo que nadar entre estos monstruos. Si algún mal me sucede al navegar sobre estas fétidas letrinas, acordaos de sepultarme bajo el mismo dintel de la puerta; y a la que me sobreviva untadle todo el cuerpo de hirviente pez. Cubridla hasta el tobillo de fundido plomo, y colocadla sobre mi tumba, a guisa de lámpara funeraria.[132]

* * *

UNA CRIADA.[133]

¡Qué felicidad la del pueblo ateniense! ¡Qué felicidad la mía! ¡Y, sobre todo, qué felicidad la de mi señora!

¡Felices todos vosotros, vecinos y conciudadanos, y cuantos estáis a nuestras puertas; y feliz con ellos yo, simple sirvienta, que he llenado mi cabellera de perfumes! ¡Y qué exquisitos, Júpiter soberano! Pero el perfume de las ánforas llenas de vino de Tasos es más exquisito todavía; este aroma se conserva largo tiempo, los otros se desvanecen en seguida. ¡Sí, excelsos dioses, el perfume de las ánforas es mil y mil veces preferible! ¡Echadme vino! Echadme; pues alegra toda la noche a la que ha sabido elegirlo. — Pero, amigas, decidme dónde está mi dueño, el marido de mi señora.

CORO.

Si te quedas ahí, me parece que lo encontrarás.

LA CRIADA.

Tenéis razón; ya viene a cenar. ¡Oh dueño mío! ¡Hombre feliz! ¡Hombre mil veces feliz!

EL DUEÑO.

¿Yo?

LA CRIADA.

Sí, tú, y más feliz que ninguno, por Júpiter. ¿Puede haber nadie más dichoso que tú, que en una población de más de treinta mil ciudadanos eres el único que no ha cenado?

CORO.

Es verdaderamente un hombre feliz.

LA CRIADA.

¿Adónde, adónde vas?

EL DUEÑO.

A cenar.

LA CRIADA.

Serás el último, por Venus. Sin embargo, mi señora me ha dicho que te lleve, y contigo a esas muchachas. Aún queda mucho vino de Quíos y otras mil cosas buenas. — ¡Ea, no tardemos! Los espectadores que nos favorecen, y los jueces imparciales, pueden venir también: les daremos de todo. Así, pues, di generosamente a todo el mundo, sin omitir a nadie, invitando a viejos, jóvenes y niños, que tendrán cena dispuesta para todos... si van a sus casas.

CORO.

Corro al festín, llevando mi antorcha con gracia. ¿Qué esperas tú? ¿Por

qué no vienes con esas muchachas? Mientras bajas con ellas, yo entonaré un canto a propósito para abrir el apetito. Pero antes quiero dar al jurado un pequeño consejo. Que los sabios me juzguen por lo que en esta comedia hay de sabio, y los que gusten de chistes por los muchos chistes que en ella he derramado. Así, si no me engaño, me someto al parecer de todos. No me perjudique el haberme tocado en suerte ser el primero;[134] no lo olvidéis; y fieles a vuestro juramento, juzgad siempre con rectitud a los coros; no seáis como esas viles cortesanas que solo se acuerdan de lo último que han recibido.

SEMI-CORO.

¡Ya es hora, amigas mías! Ya es hora, si queremos concluir, de dirigirnos al banquete danzando. Partid y ajustad vuestros pasos al ritmo cretense.

SEMI-CORO.

Así lo hago.

CORO.

Marchad vosotras, ligera y acompasadamente. Pronto se van a servir ostras, cecina, rayas, lampreas, pedazos de sesos en salsa picante, silfio, puerros empapados en miel, tordos, mirlos, palominos torcaces, palomas, crestas de gallo asadas, chochas, pichones, liebres cocidas en arrope, y sustancia de alones.[135] Ya lo sabéis; pronto, amigas mías, coged un plato, y en seguida un vaso, y a comer.

SEMI-CORO.

Las otras devoran ya.

CORO.

¡Saltemos! ¡Bailemos! ¡Ea! ¡Ea! ¡Al festín! ¡Ea! ¡Ea! ¡Victoria! ¡Victoria!

FIN DE LAS JUNTERAS.

* * *

Notas

1. V. *La República*, lib. V.

2. Esta nos parece la traducción más breve y exacta del Ἐκκλησιάζουσαι. Otros traducen *Las Arengadoras* (Rubió y Ors. *Apuntes para una Hist. de la Sat.*, p. 27), o el *Congreso de las Mujeres*. (Camús, *Estudios de lit. griega*, ya citados.)

3. *Le Théatre des Grecs*, t. VI, pág. 313.

4. Parodia de algunos prólogos de tragedia.

5. *In arcanos usque feminum recessus deustulans pullulantes pilos*. Sobre esta costumbre, véase *Las fiestas de Ceres*, , , ; *Lisístrata*, 821.

6. Estas fiestas se celebraban en el mes Esciroforión, que de ellas tomaba nombre, correspondiente a nuestro junio. Paseábanse en ellas las estatuas de los dioses bajo doseles o palios llamados σκίρος.

7. Desconocido.

8. Sin duda Firómaco, después de hablar de los asientos que las mujeres debían ocupar en los espectáculos, llamó a los de los hombres τὰς ἑτέρας, *los otros*. Praxágora trata, pues, de apoderarse de estos para realizar sus planes. Este pasaje ha suscitado muchas dificultades para su inteligencia, por haberse leído por muchos editores τὰς ἑταίρας, *las cortesanas*.

9. Este heraldo es un gallo.

10. *Tota me nocte usque, et usque agitavit en stragulis*.

11. Para tener el cutis más moreno y varonil.

12. Para afeitarse. Otras veces empleaban una lámpara con el mismo objeto.

13. Orador demagogo. Su barba era tan espesa y crecida que le bajaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho a guisa de escudo, por lo cual se le llamaba σακέσφορος.

14. *Pedit*.

15. Pasaje difícil de comprender por aludir a alguna circunstancia que nos es desconocida. La conjetura más probable es la de que, si Lamia tuviera ingenio y perspicacia, como

audacia y fuerza, sería un demagogo muy influyente.

16. *Ostenderet Phornissium*. Este general era muy velludo: *significat inde Praxagora pudendum muliebre*.

17. General ateniense, de costumbres depravadas que, sin duda para aparecer más respetable se dejaba crecer la barba. Fue objeto de muchos ataques de los poetas cómicos, cuyos derechos suprimió. (Véase Jenofonte, *Helén.*, V, 8, 31.)

18. Flautista notable por su hermosa barba.

19. Que se ponían los que hablaban en público.

20. En vez del cochinillo, con cuya sangre se purificaba el recinto de la asamblea. (Véase *Los Acarnienses*.)

21. Sus impurezas fueron anatematizadas en *Los Caballeros*. Aquí lo mezcla entre las mujeres por sus costumbres afeminadas.

22. Estas coronas eran generalmente de olivo verde.

23. Donde los antiguos conservaban el vino.

24. Era un juramento peculiar a las mujeres.

25. Bardaje desconocido.

26. Citado poco antes.

27. Esta alianza es la de los atenienses con los corintios, beocios y argivos, contra Lacedemonia. (Véase la Noticia preliminar, nota.)

28. Este orador fue Conón probablemente. Habiendo pasado al Asia menor, fue hecho prisionero y encarcelado en Sardes por Teribazes, sátrapa persa. (Véase Cornelio Nepote, *Vida de Conón*.)

29. General al cual encomendó Conón el mando de la flota, al partir a Persia. (Véase Diodoro Sículo, XIV, 81.) El Escoliasta toma ἀργεῖος por nombre propio. El elogio a Hierónimo es irónico.

30. Aristófanes alude a la batalla naval de Cnido, ganada por Conón a los lacedemonios.

31. Este, que libertó a Atenas en 401, estaba alejado con un pretexto honroso.

32. Falta la conclusión del discurso de Praxágora.

33. Personaje desconocido, que además de ser cojo era ignorante.

34. Al principio de la guerra del Peloponeso, cuando los habitantes del campo se refugiaron en Atenas.

35. Demagogo.

36. El padre de Céfalo ejercía este oficio.

37. Aristófanes vuelve a ocuparse de Neóclides en el *Pluto*.

38. Frase proverbial que se decía a los que tenían los ojos malos.

39. Esta palabra tiene además un sentido obsceno.

40. Se votaba levantando las manos.

41. *Obscæno sensu*.

42. Nombre de los seis últimos arcontes, entre cuyas funciones estaba la de recoger los votos en la asamblea.

43. Pasaje que sirve para probar que el salario de los asistentes a la asamblea, como el de los jueces, varió durante el transcurso de la guerra.

44. General muy estimado. Tucídides (I, 105, 108) refiere muchas victorias ganadas por él. Fue contemporáneo de Pericles.

45. *Cacaturiens*.

46. *Cacandum est tamen*.

47. En *Las Ranas* vimos que se acusaba a Cinesias de haber profanado las estatuas de Hécate, llenándolas de inmundicia.

48. *At tu funem cacas*.

49. Este Trasíbulo, distinto del restaurador de la democracia en Atenas, habiendo prometido hablar contra los lacedemonios que proponían una tregua, se disculpó diciendo que estaba ronco por haber comido peras silvestres.

50. Nombre formado de ἀχράς, *pera silvestre*.

51. Era un orador de los que Aristófanes designa en *Las Nubes* con el dicterio de εὐρυπρωκτοί, por lo cual invoca su auxilio Blépiro.

52. Bardaje inmundo.

53. Diosa protectora de los alumbramientos.

54. Si llega alguno a sorprenderle en tan ridícula posición.

55. Se refiere a la cuerda teñida de rojo, que servía para manchar a los morosos y no pagarles el trióbolo como a los puntuales. (Véase *Los Acarnienses*.)

56. En el cual pensaba traer las provisiones compradas con el trióbolo.

57. Porque trabajando dentro de sus talleres no tenían el cutis tan moreno como los de otros oficios.

58. Parodia de un verso de *Los Mirmidones* de Esquilo.

59. Citado en el verso 254.

60. Parodia del verso 551 del *Orestes* de Eurípides.

61. Ciudadano sumamente pobre a quien se daba ese nombre por antífrasis (εὖ αἰών, *buena vida*).

62. Perífrasis para indicar el deplorable estado de su vestido.

63. Sin duda para comprarse un manto.

64. Rico comerciante en harinas.

65. Praxágora.

66. Se cree que este Nicias sea un nieto del ilustre general del mismo nombre, que murió en la expedición a Sicilia, doce años antes de representarse *Las Junteras*.

67. Es decir, las gentes de cutis blanco.

68. En Atenas vivían muchos del producto de las delaciones.

69. *Comedes stercus* era una frase análoga a nuestro *vaya usted al demonio*, que se decía a los que interrumpían intempestivamente.

70. Moneda de oro que recibió este nombre por haber sido acuñada primeramente por Darío. Pasó después a Grecia. Valía veinte dracmas de plata.

71. *Nonne deficiet penis*?

72. *Ne cujus feminæ foramen vacuum sit*?

73. Según el Escoliasta y Suidas, Lisícrates era romo.

74. *Non tunc eum ultro concacabunt*?

75. Ciudadanos de malas costumbres.

76. Bardaje que usaba muchos perfumes, pero ordinarios.

77. Especie de menta de olor muy fuerte y desagradable.

78. Este cuadrante se componía de una ancha piedra en la cual estaba clavada verticalmente una barra de hierro, que proyectaba una sombra mayor o menor, según la altura del sol sobre el horizonte. Como se ve, este reloj no podía ser más sencillo e imperfecto.

79. Estaba en el centro del Ágora.

80. Alusión a la costumbre de sacar todos los años por suerte los nombres de los ciudadanos que habían de ejercer la judicatura.

81. *Obscæno sensu*.

82. *Cunno Catonacæ depilato*. La *Catonace* era el vestido de los esclavos.

83. Para Canéforas se elegían las jóvenes más hermosas y de mejores familias. Por eso escoge la zaranda, que es el mejor de sus utensilios.

84. Detrás de la Canéfora iba un esclavo con un quitasol.

85. Citado poco antes, y en *Las Aves*, 513.

86. Llamábanse así las mujeres de los extranjeros domiciliados, porque tenían obligación de llevar cántaros llenos de agua en la procesión de las Canéforas (ὑδρία, *cántaro*, φέρω, *llevar*).

87. Dábase este nombre a la mujer que llevaba una vasija con miel para los sacrificios.

88. Todo esto recuerda las ceremonias de las Panateneas.

89. Aprovechándose del pretexto que les da el mal agüero.

90. Avaro, que además, según dice Bothe, *durum cacabat*.

91. Era extremadamente pobre.

92. Ya citado. Sus prodigalidades le habían arruinado.

93. Alusión a un decreto bajando el precio de la sal, que no fue llevado a efecto.

94. Se refiere a la moneda acuñada durante el arcontado de Antígenes, catorce años antes de representarse *Las Junteras*. Se la llamó de cobre, aunque era de oro, por la mucha liga que en ella entraba. Por esto mismo, sin duda, se prohibió su circulación hacia el año 406, con grave perjuicio de muchos ciudadanos.

95. Este Eurípides era hijo o hermano menor del célebre poeta. La contribución de que habla Aristófanes consistía en entregar cada ciudadano al tesoro público la cuadragésima parte de sus bienes.

96. Como si dijéramos: «música celestial.» Sobre el origen de la frase proverbial del texto, véase lo dicho antes.

97. Es una mujer.

98. Bardaje del peor género. Las palabras que a él se refieren tienen un doble sentido repugnante.

99. Viejo elegante que quería pasar por joven.

100. Era costumbre dejarlos a la puerta de la sala del festín.

101. Esclavos.

102. Los cantos de Jonia participaban de la voluptuosidad de sus habitantes.

103. Las expresiones griegas tienen una crudeza intraducible.

104. Designa así irónicamente a la vieja.

105. *Inde significatur mentula arrecta*.

106. *Pruris ionico more*.

107. *Videris et* λάμβδα *secundum Lesbios*.

108. El viejo antes citado.

109. Lit.: «esto no es del tiempo de Caríxena», que es como si dijéramos «de cuando el rey que rabió».

110. *In tuo sinu volo lascivire cum tuis natibus*.

111. Piropos desusados.

112. Demo del Ática, cuya etimología da lugar a un equívoco obsceno (de ἀναφλᾶν.) (V. *Las Ranas*, .)

113. Equívoco del mismo género que el anterior. Τὸν Σεβῖνον, *eum qui te ineat*.

114. Alusión a la lentitud en administrar justicia. La frase tiene doble sentido.

115. Quiere decir que la ley debe cumplirse en todas sus partes.

116. Elogio irónico. Porque los pintores del jaez de los que habla eran, como diríamos hoy,

de panderetas.

117. Parece que este impuesto lo pagaban los amos respecto al valor de sus esclavos.

118. *Mentula prehensum*.

119. Célebre bandido. (V. Plutarco, *Vida de Teseo*.)

120. Los comerciantes estaban exentos del servicio militar.

121. Bandido de Tracia, en los tiempos heroicos, que obligaba a los viajeros a compartir el tálamo con sus hijas, bajo pena de ser devorados por sus caballos. Lo mató Hércules.

122. Aparato con que se exponían los cadáveres. El joven le manda preparar, en vez de tálamo nupcial, el lecho mortuorio.

123. Se hacían con juncos recubiertos de cera.

124. Que se casó con su madre Yocasta, sin conocerla.

125. *Gratiam tibi magnam et crassam referam*.

126. Fantasma infernal. (V. *Las Ranas*, .)

127. *Cacabis*.

128. Al decir esto, vuelve la cabeza y ve a una tercera vieja más horrible que las dos primeras.

129. Este decreto mandaba que cuando hubiera varias personas acusadas del mismo crimen, se formase pieza separada de lo relativo a cada una de ellas.

130. Como afrodisíaco.

131. El λήκυθος del texto, solía estar pintado de negro sobre fondo rojo.

132. Hay en esta lamentación del joven muchas palabras de doble sentido.

133. Saliendo del festín.

134. Como cada día se representaban varias piezas, se sorteaba el orden en que había de verificarse. Era ventajoso ser de los últimos, porque la impresión era más viva, como más reciente.

135. Esta enumeración de manjares constituye en el original un enorme vocablo de setenta y cuatro sílabas, que puede dar una idea de la maravillosa flexibilidad del griego para formar palabras compuestas. Voss lo tradujo al alemán en otro de setenta y nueve, cuya pronunciabilidad, si así puede decirse, nos parece dudosa. Por lo demás, el pasaje de

Aristófanes es una parodia del *Banquete* de Filóxeno de Citera, poeta lírico de alguna fama por aquel entonces.

Pluto

* * *

NOTICIA PRELIMINAR.

* * *

Después de haber combatido en *Las Junteras* los absurdos de ciertas teorías comunistas, vuelve Aristófanes en el *Pluto* a tratar por medio de una ingeniosa alegoría la gran cuestión del pauperismo y de la desigual e injusta distribución de las riquezas.

Pluto, el dios del oro, está ciego y distribuye sus bienes al azar, enriqueciendo a todos los bribones e intrigantes, y dejando en la miseria a los hombres virtuosos y trabajadores. Cremilo, honrado labrador, le encuentra en tan lastimoso estado, y, obedeciendo a un oráculo de Apolo, trata de devolverle la vista venciendo la resistencia del dios, a quien tiene atemorizado una amenaza de Júpiter. Después de sostener Cremilo una violenta discusión con la Pobreza, en que esta se presenta como la causa de todos los bienes y la fuente de toda felicidad, lleva a Pluto al templo de Esculapio, donde recobra la vista. Una multitud inmensa se agolpa en

derredor del dios, deseosa de conseguir sus favores, pero él los reserva para los hombres de bien, hasta entonces desdeñados. Un delator, una vieja verde, Mercurio y el sacerdote de Júpiter aparecen sucesivamente lamentando la situación a que les ha reducido la curación de Pluto, y la comedia acaba con una procesión para instalar al dios en su antiguo puesto, detrás del templo de Minerva.

Aunque velado por la multitud de sofismas, alegorías, narraciones burlescas, alusiones satíricas y discusiones y chistosos incidentes que constituyen la trama de esta comedia, se ve que el remedio eficaz, en concepto de Aristófanes, para la pobreza pública no era el dejar a todos los ciudadanos en una holgazanería llena de abundancia, ideal de los pueblos antiguos, sino el trabajo, condición necesaria de nuestra naturaleza y cuya conveniente utilidad sostiene la Pobreza para llegar al *quod satis est* y a la *aurea mediocritas*, que constituyen nuestra felicidad relativa, demostrando que el oro por sí mismo no constituye la riqueza.

Lo que más llama la atención en el *Pluto* y le distingue de las otras comedias de Aristófanes, es su lenguaje comedido y casi limpio de las obscenidades y bufonadas que afean el de otras piezas; la sátira es además mucho menos cáustica y mordaz, y el sangriento sarcasmo está sustituido casi siempre por una agradable ironía. El coro desempeña un papel menos importante, y las alusiones personales escasean: falta además la *Parábasis*, característica, como hemos visto, de la comedia antigua, por lo cual muchos escritores consideran el *Pluto* como perteneciente a la llamada *media*. Por esto mismo, hallándose desprovista del interés político, el poeta puso sin duda mayor cuidado en el desarrollo de su plan, desenvolviéndolo con un arte parecido al de *Las Nubes*, y embelleciéndole con chistes

espirituales y de buen gusto.

El *Pluto* se representó en dos épocas distintas: la primera vez en el año 408 o el 409 antes de Jesucristo; y la segunda en 390, aunque entonces con el nombre de Araros, hijo de nuestro poeta.

La edición que hasta nosotros ha llegado no es, según todas las apariencias, ni la primera ni la segunda, sino una refundición de ambas, hecha quizá por algún gramático, tomando trozos de una y otra. Pues la falta de Parábasis y diferentes alusiones a sucesos políticos posteriores al 409 demuestran que no puede ser la representada en esta fecha, al paso que aquellos pasajes en que se ataca personalmente a varios ciudadanos influyentes no pertenecen a la de 390, en cuya época los Treinta habían prohibido a los cómicos el satirizar a nadie por su nombre.

* * *

PERSONAJES.

* * *

Carión.

Cremilo.

Pluto.

Coro de Labradores.

Blepsidemo.

La Pobreza.

La mujer de Cremilo.

Un hombre honrado.

Un Delator.

Una Vieja.

Un Joven.

Mercurio.

Un Sacerdote de Júpiter.

* * *

La acción pasa delante de la casa de Cremilo.

* * *

PLUTO.

* * *

CARIÓN.

¡Oh Júpiter! ¡Oh dioses! ¡Qué terrible cosa es servir a un amo demente! Si el esclavo da los mejores consejos y al dueño no se le antoja seguirlos, no por eso deja de participar de su desgracia. Porque la fortuna no nos permite disponer de este cuerpo que es nuestro y muy nuestro, y se lo da al que lo ha comprado. ¡Así anda el mundo! Tengo que dirigir a Apolo, al dios cuya pitonisa profetiza desde el áureo trípode, una justa acusación: siendo médico y hábil adivino, según se asegura, ha dejado salir de su templo a mi amo loco, obstinado en seguir a un ciego y empeñado en oponerse al buen sentido, según el cual quien tiene buenos ojos debe guiar al que carece de ellos; pero a mi señor no hay medio de hacérselo comprender, y se va detrás del ciego, y por añadidura me obliga a ir también, sin responder a mis preguntas. No, dueño mío, yo no puedo callar si no me dices por qué

seguimos a ese hombre; te atormentaré, ya que gracias a mi corona[1] no puedes castigarme.

CREMILO.

Pero si me fastidias mucho, te quitaré la corona y te sacudiré de lo lindo.

CARIÓN.

¡Como si callaras! No pienso dejarte en paz hasta que me digas quién es ese. Ten presente que te lo pregunto por tu propio interés.

CREMILO.

Bueno, no te lo ocultaré, aunque solo sea porque eres el más fiel y el más ladrón de mis criados.[2] Yo, siendo piadoso y justo, era pobre y desgraciado.

CARIÓN.

Lo sé.

CREMILO.

Y otros, sacrílegos, oradores, delatores[3] y malvados, se enriquecían.

CARIÓN.

Lo creo.

CREMILO.

En vista de esto fui a consultar al dios, no por mí, que veo ya agotarse mi triste vida, sino por mi único hijo, si convendría que, cambiando de conducta, se hiciese canalla, injusto y malvado, puesto que este parece ser el camino de la fortuna.

CARIÓN.

¿Y qué ha respondido Apolo en medio de sus coronas?

CREMILO.

Vas a saberlo. En términos claros y precisos me mandó seguir al primero que me encontrase al salir del templo, y que no me separase de él hasta llevarlo a mi casa.

CARIÓN.

¿Quién fue el primero que encontraste?

CREMILO.

Ese.

CARIÓN.

¡Imbécil! ¿No has comprendido el espíritu del oráculo que te ordena educar a tu hijo a la usanza del país?

CREMILO.

¿De qué lo infieres?

CARIÓN.

Está claro, hasta para un ciego, que hoy día lo más provechoso es prescindir de todo honrado pensamiento.

CREMILO.

No puede ser ese el espíritu del oráculo, sino otro más noble y elevado. Si ese hombre nos dijera quién es y por qué ha venido, quizá pudiéramos comprender el sentido misterioso del oráculo en cuestión.

CARIÓN. (*A Pluto.*)

¡Eh, tú! Dinos quién eres, antes de que el efecto siga a la amenaza. ¡Vamos, pronto, pronto!

PLUTO.

¡Vete al infierno!

CARIÓN.

¿Has oído cómo te dice quién es?

CREMILO.

Eso va contigo y no conmigo, porque le preguntas de un modo grosero y brutal. — Amigo mío, si te agrada la conversación de los hombres honrados, respóndeme.

PLUTO.

¡Ahórcate!

CARIÓN.

¡Vaya un hombre y un agüero que te envía el dios!

CREMILO. (*A Pluto.*)

¡Por Ceres, no has de seguir burlándote!

CARIÓN.

Si no declaras tu nombre, te hago añicos.

PLUTO.

Amigos, dejadme en paz.

CREMILO.

Nunca.

CARIÓN.

No hay medio mejor, dueño mío; voy a matar a ese tunante. Lo llevaré al borde de un abismo, y lo abandonaré allí, para que se precipite y se rompa la cabeza.

CREMILO.

Llévatelo cuanto antes.

PLUTO.

¡No! ¡No!

CREMILO.

¿Responderás?

PLUTO.

Pero cuando os diga quién soy, sé muy bien que me maltrataréis; no me dejaréis marchar.

CREMILO.

¡Por los dioses! En cuanto quieras.

PLUTO.

Principiad por soltarme.

CREMILO.

Ya estás suelto.

PLUTO.

Oíd, pues, ya que es preciso revelaros lo que había resuelto ocultar. — Yo soy Pluto.[4]

CREMILO.

¡Grandísimo bribón! ¿Eres Pluto y lo callabas?

CARIÓN.

¡Tú Pluto en tan miserable estado!

CREMILO.

¡Oh Apolo! ¡Oh dioses! ¡Oh genios! ¡Oh Júpiter! ¿Qué dices? ¿Es verdad que eres tú?

PLUTO.

Sí.

CREMILO.

¿El mismo?

PLUTO.

El mismísimo.[5]

CREMILO.

¿Pero de dónde vienes tan puerco?

PLUTO.

De casa de Patroclo,[6] que no se ha lavado[7] en toda su vida.

CREMILO.

¿Y tu enfermedad de dónde procede? Responde.

PLUTO.

Me la ha producido Júpiter, por odio a los hombres. Yo, desde jovencito, le había amenazado con visitar solamente la casa de las personas justas, sabias y modestas, y él me dejó ciego para que no las conociese. ¡Tanto detesta a las gentes honradas!

CREMILO.

Pues la verdad es que solo los hombres buenos y justos le reverencian.

PLUTO.

Tienes razón.

CREMILO.

Y dime, ¿si recobrases de la vista huirías de los malos?

PLUTO.

Sí, por cierto.

CREMILO.

¿Y visitarías a los buenos?

PLUTO.

Seguramente: ¡hace tanto tiempo que no los he visto!

CREMILO.

No tiene nada de particular; yo tengo buenos ojos y tampoco los veo.

PLUTO.

Ahora dejadme; ya os lo he dicho todo.

CREMILO.

No, por cierto: ahora te retendremos con más motivo.

PLUTO.

¿No decía yo que habíais de atormentarme?

CREMILO.

Vamos, te lo suplico, déjate convencer y no me abandones. No encontrarás, por mucho que busques, un hombre mejor que yo. No, por Júpiter, no hay otro como yo.

PLUTO.

Lo mismo dicen todos; pero en cuanto me poseen y se hacen ricos, su perversidad no tiene límites.

CREMILO.

Es verdad, pero no todos son malos.

PLUTO.

Todos sin excepción.

CARIÓN.

Ya te volveré esa palabrita al cuerpo.

CREMILO.

Pero a lo menos debes saber las ventajas que conseguirás estando con nosotros: préstame atención. Yo espero, con ayuda de los dioses, curarte la ceguera y devolverte la vista.

PLUTO.

No harás tal; no quiero recobrarla.

CREMILO.

¿Qué dices?

CARIÓN.

Este hombre se complace en su infortunio.

PLUTO.

Júpiter (lo sé muy bien), en cuanto supiese que habías hecho esa locura, me pulverizaría.

CREMILO.

¿No lo hace ya, dejándote ir a tientas expuesto a mil peligros?

PLUTO.

Lo ignoro; pero le tengo un miedo cerval.

CREMILO.

Pero dime, ¡oh el más cobarde de todos los dioses! ¿Crees que el poder de Júpiter y sus rayos valdrían un comino si recobrases la vista, aunque solo por poco tiempo?

PLUTO.

¡Oh, no digas eso, desdichado!

CREMILO.

Tranquilízate; yo te demostraré que eres mucho más poderoso que Júpiter.

PLUTO.

¿Yo?

CREMILO.

Sí, por el cielo. ¿Quién da a Júpiter su poder sobre los demás dioses?

PLUTO.

El dinero; porque tiene muchísimo.

CREMILO.

Y bien, ¿quién le suministra ese dinero?

CARIÓN.

Pluto.

CREMILO.

Y el mismo Júpiter, ¿a quién debe los sacrificios que se le ofrecen? ¿No es a Pluto?

CARIÓN.

Es verdad, se le pide sin rebozo la riqueza.

CREMILO.

Por tanto, siendo Pluto la causa de esos sacrificios, ¿no pudiera darles también fin si se le antojara?

PLUTO.

¿Cómo?

CREMILO.

Ningún hombre podría en adelante ofrecer en sacrificio ni un buey, ni una torta, ni nada absolutamente contra tu voluntad.

PLUTO.

¿Cómo?

CREMILO.

¿Cómo? Porque nadie podría comprar nada si tú no le dabas el dinero; por consiguiente, en tu mano está el anular el poder de Júpiter el día en que te incomode.

PLUTO.

¿Qué dices? ¿Por mí le ofrecen sacrificios?

CREMILO.

Y lo repito; cuanto hay de brillante, de gracioso y de bello entre los hombres se te debe a ti; pues todo depende de la riqueza.

CARIÓN.

Yo, por ejemplo, soy esclavo por un poco de dinero; si hubiera sido rico, sería libre.

CREMILO.

¿Y no sabes lo que se cuenta de las cortesanas de Corinto?[8] Cuando se les acerca un pobre, ni siquiera le miran; pero como sea un rico, no le hacen esperar un momento.[9]

CARIÓN.

Lo mismo hacen los muchachos; el interés y no el amor les guía.

CREMILO.

No los honrados, sino los que se prostituyen a cualquiera; los primeros no piden dinero.

CARIÓN.

¿Pues qué piden?

CREMILO.

Uno, un buen caballo; otro, perros de caza.

CARIÓN.

Les da vergüenza exigir dinero, y mudan de nombre a su vileza.

CREMILO.

A ti se debe el nacimiento de todas las artes y de las invenciones más ingeniosas de los hombres. Por ti, y solo por ti, uno corta cueros sentado en su taller; otro forja el bronce; otro trabaja en madera; otro refina el oro que de ti ha recibido; otro roba en las calles; otro horada paredes; otro es batanero; otro lava pieles; otro las curte; otro vende cebollas; otro, sorprendido en adulterio, sufre, por ti también, la depilación.[10]

PLUTO.

¡Triste de mí! ¡Cuánto tiempo he estado sin saberlo!

CARIÓN.

¿No es él quien ensoberbece al gran rey?[11] ¿No es él quien convoca a la asamblea a los ciudadanos?[12] ¿No es él quien equipa los trirremes?[13] ¿No es él quien mantiene nuestros mercenarios de Corinto?[14] ¿No es él quien hará desesperar a Pánfilo,[15] y con Pánfilo al comerciante de agujas?[16] ¿No es él quien da tantos humos a Agirrio?[17] ¿No es él quien incita a Filepsio[18] a recitar sus fábulas? ¿No es él quien envía auxiliares al Egipto?[19] ¿No es por él por quien Lais[20] ama a Filónides?[21] ¿No es él por quien la torre de Timoteo?[22]...

CREMILO. (*A Carión.*)

Que ojalá te aplaste. — (*A Pluto.*) En una palabra, por ti se hace todo. Tú eres la causa de todos nuestros males y de todos nuestros bienes; tenlo entendido.

CARIÓN.

En la guerra la victoria se inclina siempre del lado donde tú pesas.

PLUTO.

¿Yo solo puedo hacer tantas cosas?

CREMILO.

Y otras muchas más, ¡por Júpiter! Así es que nadie se cansa de ti. Todas las demás cosas llegan a saciar: el amor...

CARIÓN.

El pan.

CREMILO.

La música.

CARIÓN.

Las golosinas.

CREMILO.

Los honores.

CARIÓN.

Las tortas.

CREMILO.

La virtud.

CARIÓN.

Los higos.

CREMILO.

La ambición.

CARIÓN.

Las puches.

CREMILO.

Los grados militares.

CARIÓN.

Las lentejas.

CREMILO.

Pero de ti nunca se ha saciado nadie. Si se tienen trece talentos.[23] se desea con mayor afán reunir dieciséis. ¿Se consignen los dieciséis? Pues se apetecen cuarenta, y se dice que no hay con qué vivir.

PLUTO.

Me parece muy bien todo lo que decís; solo me inquieta una cosa.

CREMILO.

¿Cuál?

PLUTO.

El cómo conseguiré hacerme dueño de ese poder que decís que tengo.

CREMILO.

¡Por Júpiter! Con muchísima razón dice todo el mundo que la riqueza es la cosa más cobarde.

PLUTO.

No, por cierto; me ha calumniado un ladrón. Habiendo penetrado un día en mi casa, no pudo llevarse nada, porque todo lo encontró cerrado; y en despecho llamó cobardía a mi previsión.

CREMILO.

No tengas ningún cuidado; si estás dispuesto a secundar mi empresa, te volveré una vista más penetrante que la de Linceo.[24]

PLUTO.

¿Cómo podrás hacer eso siendo un simple mortal?

CREMILO.

Tengo buenas esperanzas por lo que me dijo el mismo Apolo agitando el laurel de la pitonisa.

PLUTO.

¿De modo que también aquel lo sabe?

CREMILO.

Seguramente.

PLUTO.

Cuidado no...

CREMILO.

Nada temas, querido mío; yo estoy decidido, tenlo bien presente, a conseguir mi objeto, aunque deba morir en la demanda.

CARIÓN.

Y, si quieres, yo también.

CREMILO.

Además nos ayudarán en nuestra empresa todos los hombres honrados, que carecen hasta de un bocado de pan.

PLUTO.

¡Ay, qué pobres son esos auxiliares!

CREMILO.

No lo serán cuando se hagan ricos. — (*A Carión.*) Corre a todo correr...

CARIÓN.

¿Qué hago? Di.

CREMILO.

Llama a nuestros compañeros los labradores (estoy seguro de que los hallarás en el campo en su penosa faena), para que vengan a participar con nosotros de los dones de Pluto.

CARIÓN.

Voy; pero es preciso que alguno se encargue de llevar a casa este tasajo de carne.[25]

CREMILO.

Yo me encargo de eso: corre. — Tú, Pluto, el más poderoso de los dioses, entra conmigo en mi morada. Esa es la casa que hoy has de colmar de riquezas bien o mal adquiridas.

PLUTO.

Pongo por testigos a los dioses de que nunca he entrado a gusto en ninguna casa extraña; porque jamás lo he pasado bien en ninguna. Pues si por casualidad me alojo en la habitación de un avaro, en seguida me mete debajo de tierra, y cuando algún honrado amigo le viene a pedir prestado

un poquito de dinero, dice que jamás me ha visto. Si, al contrario, es la de un pródigo sin juicio, me entrega al punto a los juegos de azar y a las cortesanas, y en pocos momentos me veo en la puerta de la calle completamente desnudo.

CREMILO.

Es que nunca has tropezado con un hombre moderado como yo lo soy en todas mis acciones. A mí me gusta como a nadie la economía, pero también el gastar, cuando es necesario. Pero entremos, pues quiero que te vean mi mujer y mi único hijo, el ser a quien más amo después de ti.

PLUTO.

Lo creo.

CREMILO.

¿A qué te había de ocultar la verdad?

(*Entran en la casa.*)

* * *

CORO.

. . . . . .

(Falta.)

CARIÓN.

Amigos y paisanos, laboriosos agricultores que tantas veces habéis comido ajos con mi señor, venid, apresuraos, corred, no hay que perder un instante, acudid en nuestro auxilio.

CORO.

¿No ves que ya nos apresuramos cuanto es posible a unos hombres débiles y viejos? ¿Crees tú que debo de correr antes de haberme dicho por

qué nos llama tu amo?

CARIÓN.

¿No te lo he dicho hace un año? Sin duda te has vuelto sordo. Mi dueño quiere anunciaros que en adelante nadaréis todos en la abundancia, libres de esa vida ruda y miserable.

CORO.

Pero ¿de qué se trata, o de dónde procede eso que nos dice?

CARIÓN.

Se ha presentado aquí, mis pobres amigos, con un viejo sucio, encorvado, miserable, calvo, lleno de arrugas, sin dientes, y, por Júpiter, creo que hasta circuncidado.[26]

CORO.

¡Es una noticia preciosa! ¿Qué nos cuentas? Repítelo. ¿Querrás decir que se ha traído un montón de dinero?

CARIÓN.

Sí, un montón de achaques de la vejez.[27]

CORO.

¿Crees que si nos engañas te vas a ir impune, teniendo yo un garrote en la mano?

CARIÓN.

¿Por tan desvergonzado me tenéis que me juzgáis incapaz de hablaros formalmente?

CORO.

¡Qué impávido es el gran bellaco! Sus piernas gritan ya: ¡ay!, ¡ay!, y piden a voz en grito los cepos y las cuñas.

CARIÓN.

La letra[28] que te ha tocado en suerte te designa para ir a juzgar en el ataúd; ¿por qué no vas? Caronte te dará las insignias.[29]

CORO.

¡Así revientes! ¡Qué mal intencionado y fastidioso empeño de burlarnos, y de no acabar de decirnos para qué nos llama tu señor! Habla, ya ves que, aunque rendidos de fatiga y escasos de tiempo, hemos acudido a toda prisa, pasando a través de innumerables ajos.[30]

CARIÓN.

No os lo ocultaré más tiempo: mi amo, amigos míos, ha venido con Pluto en persona, que os enriquecerá.

CORO.

¿De veras? ¿Seremos todos ricos?

CARIÓN.

Seguramente; y también seréis Midas,[31] si os salen orejas de asno.

CORO.

¡Qué alegría! ¡Qué placer! Voy a bailar de gusto, si es verdad lo que dices.

CARIÓN.

Yo también, *trettanelo*,[32] quiero, imitando al Cíclope,[33] haceros andar a puntapiés. Ea, gritad, hijos míos; dad balidos melodiosos, como las ovejas o las cabras de penetrante olor, y seguidme a guisa de chivos lujuriosos enardecidos de amor.[34]

CORO.

Nosotros también *trettanelo* queremos, cuando balando encontremos al Cíclope,[35] es decir, a ti mismo, lleno de basura, con una alforja atestada de verdolagas cubiertas de rocío, pastoreando borracho tus ovejas, y

dormido en el primer sitio donde el sueño te rinda, coger un inmenso y encendido tizón y dejarte ciego.

CARIÓN.

Yo he de imitar en todo a la hechicera Circe, cuyos mágicos brebajes hicieron en Corinto que los compañeros de Filónides se atracasen, como cerdos, de excrementos por ella preparados. Vosotros, gruñendo de alegría, seguid a vuestra madre, marranillos.[36]

CORO.

Nosotros, imitando en nuestro júbilo al hijo de Laertes,[37] nos apoderaremos de Circe,[38] la de los mágicos brebajes, y mal olientes pomadas, y te colgaremos de donde más te duela;[39] te untaremos la narices de estiércol como a un chivo; y al relamerte, cual otro Arístilo,[40] los entreabiertos labios, exclamarás: «Seguid a vuestra madre, marranillos.»

CARIÓN.

¡Ea, cesen los jocosos insultos! Entonad otro género de versos. Yo voy a entrar en casa y a coger, a escondidas de mi amo, un poco de pan y carne: en cuanto lo coma volveré al trabajo.

CREMILO.

El deciros salud, conciudadanos míos, es una fórmula vieja y muy gastada; prefiero, pues, abrazaros cordialmente por la prontitud y buena voluntad con que habéis acudido. Procurad ayudarme con igual eficacia en todo lo demás, y lograremos entre todos salvar al dios.

CORO.

Pierde cuidado. Verás brillar en mis ojos la mirada de Marte. Sería absurdo, en efecto, que los que por tres óbolos nos estrujamos diariamente en la asamblea, nos dejáramos arrebatar a Pluto en persona.

CREMILO.

Veo a Blepsidemo que se acerca a nosotros. Su andar precipitado me demuestra que ha oído algo de lo que ocurre.

* * *

BLEPSIDEMO.

¿Qué sucede? ¿Cómo y cuándo se ha enriquecido Cremilo tan de súbito? Yo no lo creo; sin embargo, los habituales concurrentes a las barberías[41] no hablan de otra cosa que de su repentino enriquecimiento. Pero aún me admira más el que, a pesar de su próspera fortuna, mande llamar a los amigos: esto es apartarse de todos los usos y costumbres.

CREMILO.

Por los dioses, todo lo diré sin rebozo. Sí, Blepsidemo, mi situación actual es mejor que la de ayer; quiero hacerte partícipe de mi suerte, como a uno de mis amigos.

BLEPSIDEMO.

¿De veras eres rico como dicen?

CREMILO.

Lo seré muy pronto, si Dios quiere. Pero hay todavía un riesgo que correr.

BLEPSIDEMO.

¿Cuál?

CREMILO.

El de que...

BLEPSIDEMO.

Acaba de decir.

CREMILO.

Si logramos nuestro objeto, seremos perpetuamente felices; pero si no lo conseguimos, nuestra ruina será total.

BLEPSIDEMO.

Me parece que te has metido en un mal negocio; esto me da mala espina. Enriquecerse súbitamente, y andarse después con temores, demuestra que no se ha obrado bien.

CREMILO.

¿Cómo que no he obrado bien?

BLEPSIDEMO.

Tal vez has robado plata u oro en el templo del dios a quien has consultado, y te arrepientes de tu acción.

CREMILO.

Nunca. ¡Apolo me libre de ello!

BLEPSIDEMO.

Déjate de rodeos, amigo mío; está claro como la luz.

CREMILO.

No sospeches de mí semejante cosa.

BLEPSIDEMO.

¡Ah! ¡No hay un solo hombre honrado! Todos son esclavos del dinero.

CREMILO.

¡Por Ceres! ¿Tú has perdido el juicio?

BLEPSIDEMO.

¡Qué cambio de costumbres!

CREMILO.

Pero, amigo mío, tú estás loco.

BLEPSIDEMO.

Su semblante está agitado e intranquilo, prueba evidente de que ha perpetrado algún crimen.

CREMILO.

¡Oh! Ya comprendo adónde van a parar tus declamaciones: supones que he hurtado alguna suma para exigirme una parte.

BLEPSIDEMO.

¿Yo una parte? ¿De qué?

CREMILO.

Pero no es eso, sino cosa muy distinta.

BLEPSIDEMO.

¿Acaso en vez de hurto ha sido robo?

CREMILO.

Decididamente estás dejado de la mano de Dios.

BLEPSIDEMO.

¿Pero no has hecho daño a nadie?

CREMILO.

No.

BLEPSIDEMO.

¡Oh Hércules! ¿Qué medio emplearé? Está visto que no quieres confesar la verdad.

CREMILO.

¡Si me acusas antes de oírme!

BLEPSIDEMO.

Amigo mío, antes de que el asunto se divulgue, yo lo arreglaré a poca costa, tapando la boca a los oradores con algún dinero.

CREMILO.

Tienes toda la traza, querido mío, de gastar tres minas en el negocio y presentarme una cuenta de doce.

BLEPSIDEMO.

Se me figura ver a alguno[42] sentado al pie del tribunal con su mujer y sus hijos y el ramo de olivo de los suplicantes en la mano, enteramente parecido a los Heráclidas de Pánfilo.[43]

CREMILO.

No, pobre hombre, yo enriqueceré solamente a los hombres honrados, ingeniosos y modestos.

BLEPSIDEMO.

¿Qué dices? ¿Tanto has robado?

CREMILO.

¡Oh, me matas con tus injurias!

BLEPSIDEMO.

Tú mismo corres a la muerte, según creo.

CREMILO.

No, por cierto, imbécil: Pluto está en mi casa.

BLEPSIDEMO.

¿Cuál Pluto?

CREMILO.

El mismo dios.

BLEPSIDEMO.

¿Y dónde está?

CREMILO.

Ahí dentro.

BLEPSIDEMO.

¿Dónde?

CREMILO.

En mi casa.

BLEPSIDEMO.

¿En tu casa?

CREMILO.

Sí.

BLEPSIDEMO.

¡Vete al infierno! ¿Pluto en tu casa?

CREMILO.

Te lo juro por los dioses.

BLEPSIDEMO.

¿Pero es verdad?

CREMILO.

Es verdad.

BLEPSIDEMO.

Júralo por Vesta.

CREMILO.

Y por Neptuno.

BLEPSIDEMO.

¿Por el dios del mar?

CREMILO.

Y por otro Neptuno, si hay otro.

BLEPSIDEMO.

¿Y no lo envías a casa de tus buenos amigos?

CREMILO.

Aún no estamos en ese caso.

BLEPSIDEMO.

¿Qué dices? ¿No habrá partición?

CREMILO.

No. Antes es necesario...

BLEPSIDEMO.

¿Qué?

CREMILO.

Devolverle la vista.

BLEPSIDEMO.

¡La vista! ¿A quién?

CREMILO.

A Pluto; es indispensable, sin perdonar medio.

BLEPSIDEMO.

¡Pero está ciego de veras!

CREMILO.

Sí, por el cielo.

BLEPSIDEMO.

Ya no me admira que nunca haya venido a mi casa.

CREMILO.

Ahora ya irá, si place a los dioses.

BLEPSIDEMO.

¿No convendría llamar a algún médico?

CREMILO.

¿Qué médico hay ahora en la ciudad? Donde no hay recompensa no

hay talento.[44]

BLEPSIDEMO.

Sin embargo, veamos.

CREMILO.

No hay ninguno.

BLEPSIDEMO.

Lo mismo creo.

CREMILO.

No, por Júpiter; lo mejor será, como yo había pensado, llevarle a dormir al templo de Esculapio.[45]

BLEPSIDEMO.

Ese es, sin duda, el más eficaz remedio. ¡Ea!, no tardes; procura concluir pronto.

CREMILO.

Ya voy.

BLEPSIDEMO.

Corre.

CREMILO.

Eso hago.

* * *

LA POBREZA.

¡Atrevidos, miserables, sacrílegos! ¿Qué intentáis, débiles y temerarios mortales? ¿Adónde huís? Deteneos.

BLEPSIDEMO.

¡Oh Hércules!

LA POBREZA.

¡Perversos, yo os daré vuestro merecido! Osáis llevar a cabo un proyecto intolerable, un proyecto como nunca lo han intentado los hombres ni los dioses; moriréis sin remedio.

CREMILO.

¿Pero quién eres? ¡Qué espantosa palidez!

BLEPSIDEMO.

Es quizá una furia de teatro;[46] hay en su mirada algo de trágico y feroz.

CREMILO.

Pero no tiene antorchas.

BLEPSIDEMO.

Pues pagará su audacia.

LA POBREZA.

¿Quién pensáis que soy?

CREMILO.

Una tabernera o una vendedora de huevos. De otro modo no te hubieras lanzado con tan destempladas voces sobre nosotros, que en nada te hemos ofendido.

LA POBREZA.

¿De veras, eh? ¿Os parece que todavía es poco el tratar de echarme de todas partes?

CREMILO.

¿No te queda el Báratro?[47] ¿Pero quién eres? Vamos, dínoslo pronto.

LA POBREZA.

Yo soy quien os castigará hoy mismo por haber pretendido expulsarme de aquí.

BLEPSIDEMO.

¿Si será esa tabernera de la vecindad que siempre me engaña en la medida?

LA POBREZA.

Yo soy la Pobreza, que vivo con vosotros hace muchos años.

BLEPSIDEMO.

¡Soberano Apolo! ¡Dioses inmortales! ¿Adónde me escapo?

CREMILO.

¿Adónde vas? ¡Cobarde! ¿No te quedarás ahí?

BLEPSIDEMO.

Ni por cuanto hay.

CREMILO.

¿No te quedas? ¿Y dos hombres hemos de huir de una mujer?

BLEPSIDEMO.

¡Desventurado! ¡Es la Pobreza! El monstruo más horrendo y pestilente.

CREMILO.

Quédate, por favor; quédate.

BLEPSIDEMO.

No y no.

CREMILO.

Pero, amigo, comprende que cometeremos un crimen infinitamente mayor si huimos, abandonando cobardemente al dios, sin intentar siquiera la lucha.

BLEPSIDEMO.

¿Y con qué armas? ¿Con qué fuerzas? ¿Hay coraza o escudo que esa maldita no haya llevado a empeñar?

CREMILO.

Tranquilízate; el dios sin más que sus propios recursos la vencerá.

LA POBREZA.

¿Aún os atrevéis a chistar, desalmados, después de haber sido cogidos *in fraganti* del más abominable delito?

CREMILO.

Y tú, mujer que el cielo confunda, ¿por qué nos insultas no habiéndote ofendido en nada?

LA POBREZA.

¿En nada, eh? ¿Se os figura que no me perjudicáis tratando de devolver la vista a Pluto?

CREMILO.

¡Cómo! ¿Es perjudicarte el colmar de bienes a todos los hombres?

LA POBREZA.

¿Qué proyectáis para su felicidad?

CREMILO.

¿Qué? Por de pronto expulsarte de Grecia.

LA POBREZA.

¿Expulsarme? ¿Pudierais hacer un mal mayor a los hombres?

CREMILO.

¿Un mal mayor? Sí... el no realizar nuestro proyecto.

LA POBREZA.

Ea, consiento en explicaros las razones que sobre el particular me asisten: os demostraré que yo soy la causa única de todos vuestros bienes, y el único sostén de vuestra vida: si no consigo probároslo, podréis hacer lo que queráis.

CREMILO.

¿Te atreves a decir eso, desollada?

LA POBREZA.

Déjame hablar; pues creo facilísimo demostrarte que vas por muy errada senda al tratar de enriquecer a los buenos.

CREMILO.

¡Vergas y garrotes! ¿Para cuándo os guardáis?

LA POBREZA.

No te quejes y alborotes antes de escucharme.

CREMILO.

¿Quién puede callar al oír semejantes desatinos?

LA POBREZA.

Todo el que esté en su sano juicio.

CREMILO.

¿Qué multa quieres que te imponga si pierdes tu pleito?

LA POBREZA.

La que te parezca.

CREMILO.

Está bien.

LA POBREZA.

En cambio, vosotros, si sois vencidos, quedaréis sujetos a las mismas condiciones.

BLEPSIDEMO.

¿Crees que bastarán veinte muertes?

CREMILO.

Para ella, sí; para nosotros, con dos sobra.

LA POBREZA.

Vuestra perdición es inevitable. ¿Qué podréis oponerme?

CORO.

Buscad ingeniosas razones; aducid sólidos argumentos que la confundan; no hay que cejar un punto.

CREMILO.

Teniendo por verdad evidente y universalmente reconocida la justicia de que todos los hombres de bien vivan prósperamente y sufran la suerte contraria los impíos y malvados, y anhelando ver cumplido nuestro propósito, hemos hallado, por fin, un bello, generoso y utilísimo modo de realizarlo. En efecto, si Pluto recobra la vista y deja de caminar a tientas, se dirigirá a las personas honradas para no abandonarlas nunca, huyendo siempre de los impíos y malvados. Ahora bien, ¿qué se conseguirá con esto? Se conseguirá que todos los hombres sean buenos, ricos y piadosos. ¿Creéis que pueda encontrarse nada mejor?

BLEPSIDEMO.

Nada; aquí estoy yo para atestiguarlo; no se lo preguntes a esa.

CREMILO.

Estando arreglada de esta suerte la humana vida, ¿quién no creerá que todo es locura, o más bien frenesí? Los más de los hombres, que son los perversos, nadan en las riquezas injustamente acumuladas; mientras muchos otros de intachable honradez, arrastran una vida llena de privaciones y miserias, sin tener en casi todo el decurso de su existencia más compañera que tú. Por tanto, si Pluto recobra la vista y abandona este camino, ¿quién duda que podrá seguir otro infinitamente mejor para los hombres?

LA POBREZA.

Estos dos ancianos se dejan alucinar como nadie en el mundo, y deliran y desbarran al unísono con pasmosa unanimidad. Pero yo os aseguro que, si vuestros deseos se realizan, ningún provecho sacaréis. Porque si Pluto recobra la vista y distribuye sus favores con igualdad, nadie querrá dedicarse a las artes ni a las ciencias. Y una vez suprimidas estas dos condiciones de existencia, ¿habrá quien quiera forjar el hierro, construir naves, coser vestidos, hacer ruedas, cortar cueros, fabricar ladrillos, lavar, curtir, arar los campos, segar los dones de Ceres, pudiendo todos vivir en la holganza y desdeñar el trabajo?

CREMILO.

¡Necedades! Todos esos oficios que acabas de decir los ejercen los esclavos.

LA POBREZA.

¿Y cómo tendrás esclavos?

CREMILO.

Los compraremos.

LA POBREZA.

¿Y quiénes serán los primeros vendedores si todos tienen dinero?

CREMILO.

Cualquier codicioso comerciante a su vuelta de Tesalia, donde hay muchos traficantes en esclavos.

LA POBREZA.

Es que, según tu propio sistema, no habrá ningún mercader de esclavos. ¿Qué hombre rico arriesgará su vida en semejante tráfico? Por consiguiente, viéndote obligado a cavar la tierra y a otros trabajos

igualmente penosos, pasarás una vida mucho más angustiada.

CREMILO.

¡Ojalá la pases tú!

LA POBREZA.

No podrás dormir sobre una cama, porque no las habrá; ni sobre colchas, ¿quién querrá tejerlas sobrándole el oro? Cuando te cases con una hermosa joven, no tendrás ni esencias para perfumarla, ni trajes ricos en colores y bordados con que vestirla. ¿De qué servirá, pues, la riqueza, careciendo de todas estas cosas? Por el contrario, gracias a mí, tenéis a mano cuanto os hace falta. Yo soy una adusta señora que con el temor de la indigencia y del hambre obligo al artífice a ganarse la vida.

CREMILO.

¿Qué cosa buena puedes darnos tú, como no sean quemaduras en los baños,[48] y turbas de chiquillos, y viejecitas hambrientas, y nubes infinitas de chinches, pulgas y piojos que, pululando con molesto zumbido sobre nuestra cabeza, nos despiertan gritando: «Tendrás hambre, pero levántate»? Y además, por vestido unos jirones; por lecho, un jergón de junco, plagado de chinches, enemigas del sueño; por colcha, una estera podrida; por almohada, una piedra grande; por pan, raíces de malvas; por pasteles, hojas de rábanos secos; por escabel, la tapa de una tinaja rota; por artesa, las costillas de una cuba, y para eso rajada. ¿No quedan perfectamente enumerados los bienes que proporcionas a los hombres?

LA POBREZA.

No has descrito mi vida, sino la de los mendigos.

CREMILO.

La pobreza y la mendicidad son hermanas carnales.

LA POBREZA.

Para vosotros, que tenéis por iguales a Dionisio y Trasíbulo;[49] pero mi vida ni es ni será nunca así. La vida del mendigo que acabas de pintar consiste en vivir sin poseer nada; la del pobre en vivir con economía, en trabajar, en no tener nada superfluo ni carecer de lo necesario.

CREMILO.

¡Por Ceres! ¡Deliciosa vida! ¡Economizar y trabajar sin descanso para no dejar a nuestra muerte con qué pagar el entierro!

LA POBREZA.

Te ríes y te burlas en lugar de hablar formalmente, sin comprender que yo perfecciono el espíritu y el cuerpo de los hombres mucho más que Pluto. Con él son gotosos, ventrudos, pesados, extraordinariamente gruesos; conmigo delgados, esbeltos como avispas, terror de sus adversarios.

CREMILO.

Quizá a fuerza de hambre les das esa esbeltez de avispas.

LA POBREZA.

Ahora os hablaré de la templanza, y os demostraré que la modestia vive conmigo y no con Pluto.

CREMILO.

Debe ser muy modesto el hurtar y el horadar paredes.

BLEPSIDEMO.

¿Quién lo duda? Todas esas cosas se hacen escondiéndose. ¿Quieres más modestia?

LA POBREZA.

Fíjate en lo que pasa con los oradores: mientras son pobres, son justos

con la república y el pueblo; pero en cuanto se enriquecen a costa del Estado, se hacen injustos, venden a la multitud y atacan al gobierno democrático.

CREMILO.

Tus cargos son exactos, aunque tu lengua sea viperina; pero no te ensoberbezcas por eso, que te has de arrepentir del temerario arrojo con que pretendes probarnos las ventajas de la pobreza.

LA POBREZA.

Como no puedes refutar mis argumentos, alborotas y dices necedades.[50]

CREMILO.

¿Cómo, pues, huyen todos de ti?

LA POBREZA.

Porque mejoro sus costumbres. Más claramente vemos lo mismo en los muchachos; huyen de sus padres, que solo anhelan su dicha. ¡Tan difícil es distinguir lo que es justo!

CREMILO.

Dirás también que Júpiter no sabe distinguir lo que es bueno, porque tiene riquezas.[51]

BLEPSIDEMO.

Y nos envía la pobreza.

LA POBREZA.

¡Qué telarañas tenéis en los ojos, carcamales del siglo de Saturno![52] Júpiter también es pobre; y voy a probároslo. Si fuese rico, ¿cómo en los juegos olímpicos por él establecidos, al reunir cada cinco años toda la Grecia, había de contentarse con dar a los vendedores una sencilla corona

de olivo? De oro se la daría, si fuese rico.

CREMILO.

Prueba eso mismo la grande estimación en que tiene las riquezas. Por economía, por evitar gastos, regala a los vencedores coronas de ningún valor, y se guarda las riquezas.

LA POBREZA.

Mil veces más vergonzosa que la pobreza es esa avaricia sórdida o insaciable que le supones.

CREMILO.

¡Que Júpiter te confunda con tu corona de olivo!

LA POBREZA.

¡Atreverse a decir que la pobreza no es el manantial de todos los bienes!

CREMILO.

Preguntemos a Hécate[53] qué es mejor: ser rico, o indigente; por orden suya, todos los que viven con desahogo ofrecen mensualmente una comida, y los pobres se la arrebatan antes de haberla servido. Así, vete al infierno y no chistes más palabra, porque no me convencerás aunque me hayas convencido.

LA POBREZA.

«¿Oís lo que dice, habitantes de Argos?»[54]

CREMILO.

Invoca a Pauson, tu comensal.[55]

LA POBREZA.

¡Triste de mí! ¿Qué haré?

CREMILO.

Irte al infierno, y quitarte pronto de delante.

LA POBREZA.

¿Adónde iré?

CREMILO.

A la horca; pero, ¡pronto, pronto!

LA POBREZA.

Algún día me llamaréis.

CREMILO.

Entonces volverás; ahora márchate. Prefiero ser rico, mal que te pese.

BLEPSIDEMO.

Y yo, por Júpiter, en cuanto me enriquezca quiero comer espléndidamente con mi mujer y mis hijos, salir del baño limpio y reluciente, y reírme en las barbas de los trabajadores y la pobreza.

* * *

CREMILO.

Por fin se fue esa condenada. Llevemos al dios cuanto antes al templo de Esculapio, para que se acueste en él.

BLEPSIDEMO.

Sin perder un instante, no venga algún otro a impedirnos hacer todo lo necesario.

CREMILO.

¡Eh!, Carión, es preciso traer las colchas, y llevar a Pluto como el ritual prescribe; no se te olvide nada de lo que hay preparado.[56]

CORO.

. . . . . .

(Falta.)

CARIÓN.

¡Ancianos que en las fiestas de Teseo[57] empapáis mendruguillos de pan en la salsa de los pobres, cuán grande es vuestra felicidad! ¡Qué afortunados sois vosotros y todos los hombres de bien!

CORO.

¿Qué ocurre, buen amigo? Pareces portador de una noticia agradable.

CARIÓN.

¡Qué dicha la de mi amo, o, por mejor decir, la de Pluto! Era ciego y ha recobrado la vista; sus ojos lanzan brillantes destellos, gracias a la solicitud de Esculapio.

CORO.

¡Oh gratísima nueva! ¡Oh colmo de felicidad!

CARIÓN.

Es preciso alegrarse aunque no se quiera.

CORO.

Con resonante voz celebraré al hijo del ilustre Júpiter, a Esculapio, astro que vivifica a los mortales.

* * *

LA MUJER DE CREMILO.

¿Qué significan esos gritos? ¿Hay alguna buena noticia? Te esperaba dentro de casa, llena de impaciencia.

CARIÓN.

Pronto, pronto, saca vino, señora mía; también tú beberás: ya sabemos que te gusta. Te traigo en compendio todos los bienes.

LA MUJER.

¿Dónde están?

CARIÓN.

En mis palabras, lo vas a ver.

LA MUJER.

¡Vamos! Acaba de explicarte.

CARIÓN.

Escucha, pues: voy a contarte todo el negocio desde los pies a la cabeza.

LA MUJER.

¿A la cabeza?[58] No, cuidado con ella.

CARIÓN.

Luego no aceptas los bienes que se te meten en casa.

LA MUJER.

Lo que no quiero son negocios.[59]

CARIÓN.

En cuanto llegamos al templo con el dios, entonces tan miserable y ahora dichoso y feliz como ninguno, nuestro primer cuidado fue llevarle al mar y en seguida bañarle.[60]

LA MUJER.

¡Por Júpiter! ¡Vaya una felicidad! Meter a un viejo en agua fría.[61]

CARIÓN.

Luego volvimos al santuario de Esculapio, y colocamos sobre el altar tortas y otras ofrendas, entregamos harina de flor a la devoradora llama de Vulcano, acostamos a Pluto con las solemnidades de costumbre, y después cada cual se arregló un lecho de hojas.

LA MUJER.

¿Había más gente implorando al dios?

CARIÓN.

Un tal Neóclides,[62] ciego, pero que en robar aventaja a los de mejor vista, y otros muchos atacados de toda clase de enfermedades. Después, el sacerdote apagó las lámparas y nos mandó dormir, encargándonos el silencio, aunque oyésemos cualquier ruido. Todos nos acostamos tranquilamente. Pero yo no podía conciliar el sueño: una olla de puches, colocada a la cabecera de una vieja, me tentaba el apetito, y deseaba ardientemente darle un asalto. En esto, levantando los ojos, veo que el sacerdote despojaba de tortas e higos secos la sagrada mesa. Después giró una visita de inspección a todos los altares, y cuantos panes habían quedado en ellos, se los guardó santamente en un saquito. — Convencido de lo religioso de la ceremonia, depuse ya todo escrúpulo y avancé hacia la olla.

LA MUJER.

¡Ah grandísimo canalla! ¿No temías al dios?

CARIÓN.

Sí, temía que con sus coronas llegase a la olla antes que yo; su sacerdote me había abierto los ojos. La viejecita, al oír un ruido, extendía ya la mano para apartar la olla; entonces yo, imitando a la serpiente pareas,[63] di un silbido y la mordí. La vieja retiró vivamente la mano; se acurrucó en su lecho, se tapó con la colcha y lanzó de miedo un flato más pestilente que el de una comadreja. Entonces yo me atraqué de puches, y volví bien repleto a mi cama.

LA MUJER.

Y el dios, ¿no aparecía?

CARIÓN.

Aún no. Luego hice otra de las mías: al acercarse el mismo Esculapio solté una estrepitosa descarga, pues tenía el vientre lleno de aire.

LA MUJER.

¡Sin duda le darías asco!

CARIÓN.

¡Ca! Yaso,[64] que le seguía, fue quien se ruborizó, y Panacea[65] se apartó tapándose las narices, porque yo no huelo a incienso.

LA MUJER.

¿Y el dios?

CARIÓN.

No hizo caso.

LA MUJER.

De modo que le crees un grosero.

CARIÓN.

No; le creo aficionado a la basura[66] y nada más.

LA MUJER.

¡Ah, bellaco!

CARIÓN.

Después me metí en el lecho lleno de temor; el dios giró su visita, examinando con orden e interés a todos los enfermos, y luego un esclavo le trajo un matraz de piedra con su mano correspondiente y una cajita.

LA MUJER.

¿De piedra?

CARIÓN.

¡Por Júpiter! La caja no.

LA MUJER.

Pero, bribón, ¿cómo podías verlo si estabas tapado?

CARIÓN.

Por los agujeros del manto, que no son pocos a fe mía. Lo primero que preparó fue un ungüento para Neóclides; puso en el matraz tres cabezas de ajos de Tenos,[67] y las majó mezclándolas goma y cebollas albarranas; humedeció la masa con vinagre de Esfeto,[68] y se la aplicó al paciente sobre los ojos, habiéndole vuelto antes los párpados para que fuese el dolor más vivo. Neóclides grita, aúlla, salta del lecho y quiere huir; pero el dios le dijo sonriendo: «Quédate ahí con tu ungüento; así no podrás presentarte en la asamblea y hacerla cómplice de tus perjurios.»

LA MUJER.

¡Qué amante de la república y qué discreto es ese dios!

CARIÓN.

Después se sentó junto al lecho de Pluto: tocole primero la cabeza; luego le limpió los párpados con un lienzo muy fino; Panacea le cubrió el cráneo y toda la cara con un velo de púrpura; por último, Esculapio silbó, y dos inmensas serpientes se lanzaron del fondo del santuario.

LA MUJER.

¡Soberanos dioses!

CARIÓN.

Deslizáronse suavemente bajo el velo de púrpura, y a lo que me pareció, le lamieron los párpados, y en menos tiempo que el que tú necesitas para beberte diez cótilas de vino, Pluto, señora mía, se levantó con vista ya. Loco de júbilo, palmoteé y desperté a mi dueño: el dios y las serpientes se escondieron al punto en el interior del santuario. Pero los que tenían sus lechos junto al de Pluto le abrazaron con indescriptible cariño, y estuvieron

despiertos toda la noche hasta que amaneció. Yo daba al dios las gracias más expresivas por haber sanado tan pronto a Pluto y aumentado la ceguera de Neóclides.

LA MUJER.

¡Oh Esculapio, qué grande es tu poder! Pero, dime, ¿dónde está Pluto?

CARIÓN.

Ya viene. Pero le rodeaba una inmensa multitud. Los hombres de bien, reducidos hasta ahora a una existencia mezquina, le abrazaban y le saludaban en la efusión del más completo regocijo: los antes ricos y poseedores de una gran fortuna malamente adquirida, fruncían el ceño y dejaban traslucir su temor en la inquietud de sus miradas. Los primeros le seguían ceñidos de guirnaldas, risueños y decidores, y la tierra resonaba bajo el acompasado andar de los ancianos. Ea, ordenad el baile, saltad, constituid los coros; y nunca volveréis a oír al entrar en vuestra casa la terrible frase: «No hay harina en el saco.»

LA MUJER.

¡Por Hécate! En albricias de tu buena nueva voy a ponerte una corona de pastelillos.

CARIÓN.

No tardes, porque ya se acercan a la puerta.

LA MUJER.

Ea, voy adentro a disponer las oblaciones de costumbre para celebrar la entrada de esos ojos recientemente adquiridos para la luz.[69]

CARIÓN.

Y yo a salirles al encuentro.

* * *

CORO.

. . . . . .

(Falta.)

PLUTO.

¡Yo te saludo, oh sol! ¡Yo te saludo también, ínclita tierra de Palas, generoso país de Cécrope, que me has dado hospitalidad! Me avergüenzo de mi suerte infeliz. ¡Yo, sin saberlo, haber vivido con semejantes hombres! ¡Yo, ignorante de todo, haber huido de los únicos acreedores a mi amistad! ¡Ay, triste! ¡Cuán errados eran mis caminos! Pero cambiaré de conducta, y demostraré a todos los hombres que al entregarme a los perversos lo hice contra mi voluntad.

CREMILO.

¡Idos al infierno! ¡Qué fastidiosos son todos estos amigos que le asedian a uno en cuanto mejora de fortuna! ¡Cómo me codean y me martirizan las piernas a fuerza de querer demostrarme su cariño! ¿Quién ha dejado de saludarme? ¡Qué muchedumbre de ancianos me rodeó en la plaza!

LA MUJER.

¡Salud al más querido de los hombres! ¡Salud también a vosotros! ¡Oh Pluto, permíteme, como es costumbre, ofrecerte estos dones de bienvenida!

PLUTO.

No. Esta casa es la primera que visito después de mi curación, y de ella nada debo llevarme; al contrario, debo traerla mis dones.

LA MUJER.

¿Rehúsas estos regalos?

PLUTO.

Los aceptaré dentro, junto al hogar, como es costumbre. Así evitaremos además una escena ridícula. No está bien que el poeta haga reír a los espectadores arrojándoles golosinas e higos secos.[70]

LA MUJER.

Tienes razón. Mira, ya se había levantado Dexínico[71] para atrapar los higos en el aire.

(*Entran todos en la casa.*)

* * *

CORO.

. . . . . .

(Falta.)

CARIÓN.

¡Qué agradable es, amigos míos, la felicidad, sobre todo cuando nada cuesta! Un montón de bienes se ha colado de rondón en nuestra casa, sin que hayamos hecho mal a nadie. ¡De este modo sí que es buena la abundancia! La artesa está llena de blanca harina, y las tinajas de rojo y perfumado vino; el oro y la plata, ¡parece increíble!, no caben en los cofres; la cisterna se halla atestada de aceite; los frascos, de perfumes, y el frutero, de higos. Las vinagreras, las escudillas y las ollas son todas de bronce; de plata, las fuentes semipodridas en que antes servíamos la pesca; en fin, hasta el sillico[72] se ha hecho de marfil, repentinamente. Los esclavos jugamos a pares o nones con monedas de oro, y, ¡oh refinamiento de sensualidad!, usamos para limpiarnos[73] tallos de ajo, en vez de piedras. En este instante, mi amo, con su correspondiente corona, está sacrificando un cerdo, un carnero y un chivo; el humo me ha obligado a salir; no podía

parar dentro de casa. ¡Tanto me picaban los ojos!

UN HOMBRE HONRADO.

Sígueme, niño; vamos en busca del dios.

CREMILO.

¡Hola! ¿Quién va?

EL HOMBRE HONRADO.

Un hombre, hace poco infeliz y ahora afortunado.

CREMILO.

Tú eres a lo que veo un hombre de bien.

EL HOMBRE HONRADO.

Seguramente.

CREMILO.

¿Y qué deseas?

EL HOMBRE HONRADO.

Dar gracias al dios por sus inmensos beneficios. Habiendo heredado de mi padre una fortuna bastante regular, me dediqué a aliviar las necesidades de mis amigos, creyendo que esto era lo mejor que puede hacerse en la vida.

CREMILO.

¿Y te arruinaste muy pronto?

EL HOMBRE HONRADO.

Por completo.

CREMILO.

¿Y quedaste en la miseria?

EL HOMBRE HONRADO.

Más completa. Yo pensaba que los amigos necesitados, a quienes había socorrido, continuarían siéndolo en la desgracia, pero, ¡ay!, se apartaban de

mí, y fingían no verme.

CREMILO.

Y hasta se burlarían de ti; estoy seguro.

EL HOMBRE HONRADO.

Completamente. La pobreza de mi ajuar me ha perdido.

CREMILO.

Pero ya no es así.

EL HOMBRE HONRADO.

Precisamente eso me hace venir a tributar al dios una adoración merecida.

CREMILO.

¿Y qué tiene que ver con el dios el manto agujereado del esclavo que te acompaña?

EL HOMBRE HONRADO.

Lo traigo con intención de dedicárselo.

CREMILO.

¿Es el que llevabas cuando te iniciaste en los grandes misterios?[74]

EL HOMBRE HONRADO.

No; pero me he helado con él durante trece años.

CREMILO.

¿Y esos borceguíes?

EL HOMBRE HONRADO.

También sufrieron conmigo los rigores del invierno.

CREMILO.

¿Los traes para consagrárselos?

EL HOMBRE HONRADO.

Sí, por cierto.

CREMILO.

¡Magníficas ofrendas vas a presentar al dios!

* * *

UN DELATOR.

¡Ay infeliz! ¡Estoy arruinado, perdido! ¡Oh suerte tres y cuatro y cinco y doce y diez mil veces infortunada! ¡Ay, me agobian desdichas sin número!

CREMILO.

¡Oh Apolo preservador! ¡Oh dioses tutelares! ¿Qué desgracia le habrá sucedido a ese hombre?

EL DELATOR.

¿No es insoportable lo que me sucede? ¡Todo lo he perdido! Ese dios me ha despojado de todos mis bienes. ¡Oh, ya volverá a quedarse ciego, si hay justicia en el mundo!

EL HOMBRE HONRADO.

Empiezo a comprender; es sin duda un hombre arruinado; no tiene traza de ser de moneda corriente.

CREMILO.

Tienes razón; pero su ruina es justa.

EL DELATOR.

¿Dónde está, dónde está el dios que había prometido enriquecernos a todos en cuanto recobrase la vista? Lo que ha hecho ha sido arruinar a algunos.

CREMILO.

¿A quién ha maltratado de ese modo?

EL DELATOR.

A mí mismo.

CREMILO.

¿Eras, por tanto, un malhechor, un ladrón?

EL DELATOR.

Vosotros lo seréis, ¡por Júpiter! No me cabe duda de que ambos guardáis mi dinero.

CARIÓN.

¡Por la venerable Ceres, qué insolente se presenta el delator! Debe azuzarle el hambre.

EL DELATOR.

Vas a comparecer sin perder un instante en la plaza pública; la rueda y el tormento te obligarán a confesar tus crímenes.

CARIÓN.

¡Mucho ojo, mala pécora!

EL HOMBRE HONRADO.

¡Oh, por Júpiter salvador, qué agradecidos deberán estar a Pluto todos los griegos, si les libra de esta peste de delatores!

EL DELATOR.

¡Oh rabia! ¿También tú te burlas? ¡Tú eres cómplice de su robo! Y si no, contesta: ¿de dónde has sacado ese vestido nuevo? Ayer te vi hecho un andrajo.

EL HOMBRE HONRADO.

No te temo, gracias a este anillo que le compré a Eudemo[75] por un dracma.

CREMILO.

No hay anillo que valga contra la mordedura de un delator.

EL DELATOR.

¿Puede haber mayor ultraje? Os burláis; pero aún no habéis dicho lo que aquí hacéis; seguramente que no es nada bueno.

CREMILO.

Nada bueno para ti; tenlo presente.

EL DELATOR.

Vais a comer a mis expensas, por Júpiter.

CREMILO.

¡Impostor! ¡Ojalá revientes tú y tu testigo sin haberos desayunado!

EL DELATOR.

¿Podéis negarlo, bribones? Hasta aquí llega el olor de los peces y de los asados; ¡hu! ¡hu! ¡hu! ¡hu! ¡hu! ¡hu! (*Olfatea.*)

CREMILO.

¿Hueles algo, canalla?

EL HOMBRE HONRADO.

Es el frío sin duda. ¡Cómo lleva tan raído el manto!

EL DELATOR.

¡Vive Dios! ¡Esto no puede tolerarse! ¡Burlarse de mí esa gentuza! ¡Qué indignidad! ¡Verse tratado así un hombre honrado, un buen ciudadano!

CREMILO.

¿Tú, hombre honrado y buen ciudadano?

EL DELATOR.

Como ninguno.

CREMILO.

¡Pues bien!, responde a mis preguntas.

EL DELATOR.

¿Cuáles?

CREMILO.

¿Eres labrador?

EL DELATOR.

¿Por tan loco me tienes?

CREMILO.

¿Comerciante?

EL DELATOR.

Paso por tal, cuando me hace falta.[76]

CREMILO.

Por último, ¿has aprendido algún oficio?

EL DELATOR.

No, por cierto.

CREMILO.

¿Pues de qué vivías si no hacías nada?

EL DELATOR.

Velo sobre todos los asuntos públicos y privados.

CREMILO.

¿Tú? ¿Y por qué?

EL DELATOR.

Porque quiero.

CREMILO.

¿Cómo has de ser un hombre honrado, grandísimo ladrón, haciéndote odioso a todo el mundo por meterte en lo que no se te importa?

EL DELATOR.

¿No ha de importarme, imbécil, el servir a mi patria con todas mis fuerzas?

CREMILO.

¿Pues qué, el meterse en camisa ajena es servir a la patria?

EL DELATOR.

Sí, y el mantener las leyes establecidas y el no permitir que nadie las quebrante.

CREMILO.

¿No tiene para eso la república sus tribunales?

EL DELATOR.

¿Y quién acusa?

CREMILO.

El que quiere.[77]

EL DELATOR.

Pues bien, ese soy yo; por eso todos los negocios del Estado son de mi competencia.

CREMILO.

¡Buen magistrado, vive Dios! ¿Pero no preferirías vivir tranquilamente sin hacer nada?

EL DELATOR.

No ocuparse de nada es vivir como un borrego.

CREMILO.

¿No quieres mejorar de vida?

EL DELATOR.

No, aun cuando me des a Pluto en persona y el silfio de Bato.[78]

CREMILO.

Quítate el vestido.

CARIÓN.

¡Eh!, a ti te dice.

CREMILO.

En seguida, descálzate.

CARIÓN.

Todo eso va contigo.

EL DELATOR.

Acérquese quien se atreva.

CARIÓN.

Yo me acerco.

EL DELATOR.

¡Oh, me desnudan en pleno día!

CARIÓN.

Consecuencias de meterse en negocios ajenos y comer a costa del prójimo.

EL DELATOR. (*A un testigo.*)

¿No ves lo que me hacen? Sé testigo.

CARIÓN.

Tu testigo ha puesto pies en polvorosa.

EL DELATOR.

¡Ay! ¡Estoy solo, y cogido!

CARIÓN.

¿Ahora gritas?

EL DELATOR.

¡Ay de mí!, repito.

CARIÓN.

Alárgame ese manto destrozado y se lo pondré a este delator.

EL HOMBRE HONRADO.

No, no, está hace tiempo consagrado a Pluto.

CARIÓN.

¿Dónde podrá estar mejor que sobre los hombros de este infame bandido? A Pluto es necesario dedicarle vestidos mejores.

EL HOMBRE HONRADO.

Y con los zapatos, ¿qué hacemos?

CARIÓN.

Voy a clavárselos en la frente, como si fuese un acebuche sagrado.[79]

EL DELATOR.

Me marcho, porque conozco que podéis más que yo; pero como encuentre un auxiliar, siquiera sea débil como una tabla de higuera,[80] me he de vengar de ese dios tan poderoso que, por su sola autoridad, sin consultar previamente ni al Senado ni al pueblo, echa por tierra la democracia.

EL HOMBRE HONRADO.

Ahora que vas cubierto con mi armadura,[81] corre a los baños, y para calentarte, apodérate del primer puesto, que yo durante tanto tiempo he ocupado.[82]

CREMILO.

Pero el bañero, agarrándole por donde más le duela,[83] le pondrá bonitamente en la calle; pues a la primera ojeada comprenderá que es un bribón. Entremos nosotros, para que adores al dios.

* * *

CORO.

. . . . . .

(Falta.)

UNA VIEJA.

Buenos ancianos, ¿he llegado a la casa donde habita el nuevo dios, o he equivocado el camino?

CORO.

Estás a su puerta, hermosa niña,[84] tu pregunta es oportunísima.

LA VIEJA.

Voy a llamar a alguno de la casa.

CREMILO.

No es necesario: aquí me tienes; ¿qué es lo que te trae? Habla.

LA VIEJA.

Soy víctima, amigo mío, de la acción más inicua o infame desde que ese dios ha recobrado la vista; mi existencia es insoportable.

CREMILO.

¿Cómo? ¿Serás acaso un delator-hembra?

LA VIEJA.

No, por cierto.

CREMILO.

¿Te habrá correspondido mala letra en el sorteo para beber?

LA VIEJA.

Tú te ríes, y yo, ¡infeliz!, muero devorada por una pasión.

CREMILO.

Vamos, acaba de decir cuál es la pasión que te devora

LA VIEJA.

Escucha: yo amaba a un joven pobre; ¡pero tan hermoso, tan bien formado, tan bueno! Todo cuanto le pedía me lo daba con la mayor solicitud y cariño; yo a mi vez no le negaba nada.

CREMILO.

¿Y qué solía pedirte?

LA VIEJA.

Poca cosa; era conmigo lo más vergonzoso... Unas veces veinte dracmas para comprarse un traje; otras, ocho para unos zapatos; ya me decía que regalase túnicas a sus hermanas y un vestidillo a su madre; ya necesitaba cuatro medimnas de trigo.

CREMILO.

No es mucho a la verdad; su discreción es admirable.

LA VIEJA.

Y aun eso, según solía decirme, no me lo pedía por vil interés, sino por pura amistad. Por ejemplo, un vestido regalado por mí era un constante recuerdo.

CREMILO.

Ese hombre te quería extraordinariamente.

LA VIEJA.

Pero ahora no es así. ¡Cómo se ha cambiado el pérfido! Hoy le había enviado este pastel con otras golosinas que ves en este plato, indicándole que a la noche iría...

CREMILO.

¿Y qué ha hecho?

LA VIEJA.

Me ha devuelto mis regalos, y además este otro pastel, con la condición

de que no pusiese los pies en su casa, añadiendo este insulto:

«Eran en otro tiempo los milesios
Varones esforzados...»[85]

CREMILO.

Pues no es tan malo el muchacho: ahora que es rico no le gustan las lentejas;[86] antes la necesidad le obligaba comer de todo.

LA VIEJA.

Por las dos diosas te lo juro, antes estaba continuamente a la puerta de mi casa.

CREMILO.

¿Para llevarte a enterrar?

LA VIEJA.

No, sino por el gusto de escuchar mi voz.

CREMILO.

Ya sería por ver si le dabas algo.

LA VIEJA.

Cuando estaba triste me llamaba con ternura: «patito mío, palomita mía».

CREMILO.

Y después te pediría dinero para unos zapatos.

LA VIEJA.

Habiendo ido en carro[87] a la celebración de los grandes misterios, porque me miró por casualidad no sé quién, lo tomó tan a pecho que me estuvo pegando todo el día. ¡Tan celoso era el pobre!

CREMILO.

Sin duda deseaba comer solo.

LA VIEJA.

Solía decirme que mis manos eran hermosísimas.

CREMILO.

Cuando le alargaban veinte dracmas.

LA VIEJA.

Que mi cutis exhalaba un olor suavísimo...

CREMILO.

Cuando le servías vino de Tasos.

LA VIEJA.

Ponderaba la ternura y brillantez de mis ojos.

CREMILO.

No era lerdo el mozo. ¡Qué bien sabía explotar a una impúdica vieja!

LA VIEJA.

Creo, por tanto, querido mío, que Pluto obra muy mal al conducirse así, después de haber prometido su constante ayuda a las víctimas de cualquiera injusticia.

CREMILO.

¿Qué quieres que haga? Dilo, cumplirá tu deseo.

LA VIEJA.

Es muy justo, por Júpiter, obligar al que de mí ha recibido tantos favores, a hacérmelos a su vez: de otro modo, no es digno de disfrutar del bien más pequeño.

CREMILO.

¿No te manifestaba su reconocimiento todas las noches?

LA VIEJA.

Pero me prometía no abandonarme jamás mientras viviera.

CREMILO.

Muy bien; pero creerá que ya no existes.

LA VIEJA.

¡Ay, amigo de mi alma, estoy consumida por el pesar!

CREMILO.

Más aún; me parece que has entrado ya en putrefacción.

LA VIEJA.

Podría pasar por un anillo.[88]

CREMILO.

Con tal que ese anillo fuese el aro de una criba.

LA VIEJA.

¿Qué veo? ahí viene el joven de quien me estaba quejando: tiene traza de dirigirse a una orgía.

CREMILO.

Está claro: lleva, en efecto, una corona y una tea.

* * *

EL JOVEN.

¡Salud!

LA VIEJA.

¿Qué dice?

EL JOVEN.

Mi anciana amiga, ¡qué pronto has encanecido! ¡Es asombroso!

LA VIEJA.

¡Triste de mí! ¡Cuántos insultos!

CREMILO.

Sin duda hace mucho tiempo que no te ha visto.

LA VIEJA.

¡Mucho tiempo! Ayer estuvo conmigo.

CREMILO.

Le pasa lo contrario que a otros muchos: el vino, según parece, le aclara la vista.

LA VIEJA.

No; siempre es un desvergonzado.

EL JOVEN.

¡Oh Neptuno, rey del mar! ¡Oh vetustas divinidades, cuántas arrugas tiene en la cara!

LA VIEJA.

¡Eh! ¡Eh! Aparta la antorcha.

CREMILO.

Tiene razón; si le salta una sola chispa, arderá como un tronco de olivo seco.

EL JOVEN.

¿Quieres jugar un momento conmigo?

LA VIEJA.

¿En dónde, pérfido?

EL JOVEN.

Aquí, con nueces.

LA VIEJA.

¿A qué juego?

EL JOVEN.

A adivinar cuántos dientes conservas.

CREMILO.

Yo adivinaré también; le quedan tres o cuatro.

EL JOVEN.

Has perdido; no tiene más que una muela.

LA VIEJA.

¡Hombre infame! ¿Has perdido el juicio para sacarme los trapos a la colada[89] delante de tanta gente?

EL JOVEN.

No te vendría mal una buena jabonadura.

CREMILO.

Te equivocas; ahora está perfectamente pintada, y si la lavases se le quitaría el albayalde y se pondrían de manifiesto todas sus arrugas.

LA VIEJA.

Para ser tan viejo, me pareces muy poco formal.

EL JOVEN.

¡Ah! Te hace carantoñas y te abraza la cintura creyendo que nadie le ve.

LA VIEJA.

¡No, por Venus! ¡No, infame!

CREMILO.

Hécate me preserve de tal locura. Pero, mi joven amigo, yo no puedo consentir que aborrezcas a esta muchacha.

EL JOVEN.

Si la idolatro.

CREMILO.

Sin embargo, te acusa...

EL JOVEN.

¿De qué?

CREMILO.

De que eres un insolente, que le has dicho:

«Eran en otro tiempo los milesios
Varones esforzados...»

EL JOVEN.

Vamos, no quiero disputártela.

CREMILO.

¿Por qué?

EL JOVEN.

Por respeto a tu edad: a otro nunca se lo hubiera consentido. Vete en paz con la muchacha.

CREMILO.

Entiendo, entiendo: no quieres vivir ya con ella.

LA VIEJA.

¿Y quién lo consentirá?

EL JOVEN.

Yo no puedo tener relaciones con una vieja que cuenta trece mil años de amoríos.

CREMILO.

Sin embargo, pues no te desdeñaste de beber el vino, justo es que apures la hez.

EL JOVEN.

Pero esta es sumamente rancia y corrompida.

CREMILO.

Pásala por la manga y se purificará.

EL JOVEN.

Pero entra: yo te sigo para ofrecer al dios estas coronas.

LA VIEJA.

Yo también, porque tengo que decirle una cosa.

EL JOVEN.

Entonces, no entro.

CREMILO.

Tranquilízate: no te violará.

EL JOVEN.

Tienes razón: harto tiempo la he manejado a mi antojo.[90]

LA VIEJA.

Entra; yo te sigo.

CREMILO.

¡Oh Júpiter! La viejecilla se pega al mozo con la insistencia de una lapa.

(*Entran todos.*)

* * *

CORO.

. . . . . .

(Falta.)

CARIÓN.

¿Quién va? ¿Quién llama? ¿Qué es esto? No distingo a nadie; sin duda la puerta ha rechinado sin que ninguno la toque.

MERCURIO.

¡Hola! Carión: aguarda.

CARIÓN.

¿Eras tú el que tan estrepitosamente golpeaba la puerta?

MERCURIO.

No, pero me disponía a llamar cuando has abierto. Ea, corre y advierte a tu amo que sin perder un instante se me presente con su mujer, sus hijos, sus criados, su perro, tú y su marrano.

CARIÓN.

¿Pues qué ocurre?

MERCURIO.

Júpiter, gran bribón, quiere aderezaros a todos en la misma cazuela y arrojaros al Báratro.

CARIÓN.

¡Cuidado con la lengua, pregonero de desgracias! Mas, ¿por qué piensa tratarnos de ese modo?

MERCURIO.

Porque habéis cometido el crimen más horrendo. Desde que Pluto ha recobrado la vista nadie nos ofrece a los dioses ni incienso, ni laureles, ni tortas, ni víctimas, ni nada, en fin.

CARIÓN.

Ni se os ofrecerán nunca: nos gobernabais muy mal.

MERCURIO.

De los otros dioses poco se me importa; pero yo me siento desfallecer y morir.

CARIÓN.

¡Qué discreción!

MERCURIO.

Antes, de par de mañana, me ofrecían ya en los figones toda clase de deliciosos manjares, sopa en vino, miel, higos secos y, en fin, cuanto es digno de mi paladar; pero ahora, muerto de inanición, me estoy echado todo el día, con los pies en el aire.

CARIÓN.

Y se te está muy bien empleado: ¿por qué dejabas multar a los que te trataban tan a cuerpo de rey?[91]

MERCURIO.

¡Ay triste de mí! ¡Ay torta querida que me amasaban el cuatro de cada mes![92]

CARIÓN.

«Tu amor está ausente; inútilmente le llamas.»

MERCURIO.

¡Ay sabrosa pierna que yo devoraba!

CARIÓN.

Pues bien; salta sobre un pie en ese odre para distraerte.[93]

MERCURIO.

¡Ay intestinos calientes que yo comía!

CARIÓN.

Sin duda los tuyos están atormentados por un cólico.

MERCURIO.

¡Ay deliciosa copa, mitad vino y mitad agua!

CARIÓN.

Bébete eso,[94] y lárgate volando.

MERCURIO.

¿Querrás hacerme un favor, amigo mío?

CARIÓN.

Si puedo, con mucho gusto.

MERCURIO.

¿No podrías darme un pan bien cocido, y una gran tajada, de las víctimas que estáis sacrificando en casa?

CARIÓN.

Pero es un sacrilegio el sacarlas.

MERCURIO.

Ya sabes que cuando le robabas alguna cosa a tu dueño, yo siempre procuraba que no lo supiese.

CARIÓN.

Con la condición de partir los provechos, ladrón redomado; porque casi siempre recibías una exquisita torta.

MERCURIO.

Que te la comías tú solo.

CARIÓN.

¿Acaso participabas tú de mis golpes, cuando yo era sorprendido?

MERCURIO.

Olvida los pasados males, ya que has tomado a File.[95] En nombre de los dioses, recibidme en vuestra casa.

CARIÓN.

¿Y abandonarás a los dioses por habitar con nosotros?

MERCURIO.

Vuestra vida es mucho mejor.

CARIÓN.

¿Cómo? ¿Crees honrosa semejante deserción?

MERCURIO.

«Patria es todo país donde se vive bien.»[96]

CARIÓN.

¿Pero qué ocupación podemos darte aquí?

MERCURIO.

Nombradme portero.[97]

CARIÓN.

¿Portero? Maldita falta nos hace la chismografía porteril.

MERCURIO.

Comerciante.

CARIÓN.

Si somos ricos, ¿para qué hemos de mantener un Mercurio revendedor?

MERCURIO.

Agente de intrigas.[98]

CARIÓN.

¿Intrigas? quita allá. Sencillez de costumbres es lo que hace falta.

MERCURIO.

Guía.

CARIÓN.

El dios ve perfectamente, y ya no necesita guía.

MERCURIO.

Pues bien, seré presidente de los juegos. ¿Qué dirás ahora? Pluto debe instituir certámenes escénicos y gímnicos.[99]

CARIÓN.

¡Qué bueno es tener muchos nombres! Así ha encontrado el medio de ganarse la vida. No sin razón todos los jueces se afanan por ser inscritos en varios tribunales.[100]

MERCURIO.

¿De modo que me admitiréis para ese empleo?

CARIÓN.

Vete al pozo a lavar estas entrañas de las víctimas, para que sobre la marcha nos demuestres que entiendes de servir.

* * *

UN SACERDOTE DE JÚPITER.

¿Quién podrá decirme dónde está Cremilo?

CREMILO.

¿Qué ocurre, buen amigo?

EL SACERDOTE.

Nada de bueno. Desde que Pluto ha recobrado la vista, me muero de hambre; yo, todo un sacerdote de Júpiter salvador, no tengo que comer.

CREMILO.

Por los dioses, ¿cuál es la causa de tu laceria?

EL SACERDOTE.

Nadie ofrece el menor sacrificio.

CREMILO.

¿Por qué?

EL SACERDOTE.

Por que todos son ricos. Antes, cuando nada tenían, el mercader que regresaba sano a su casa, y el reo que conseguía la absolución, nunca

dejaban de ofrecer alguna víctima. Cuando alguno ofrecía un sacrificio favorable, era de rigor que el sacerdote asistiese al festín; pero ahora nadie sacrifica, nadie entra en el templo, como no sea millares de personas para atestarlo con sus excrementos.

CREMILO.

¿No tomas también tu parte de esas ofrendas?

EL SACERDOTE.

De modo que espontáneamente me he despedido de Júpiter salvador, para establecerme aquí.

CREMILO.

Tranquilízate; pues, dios mediante, todo saldrá a pedir de boca. Júpiter salvador está aquí; ha venido también espontáneamente.

EL SACERDOTE.

¡Oh, qué buena noticia!

CREMILO.

Aguarda un poco; vamos a colocar a Pluto en el lugar que antes ocupaba, como guardián perpetuo del tesoro de Minerva.[101] ¡Eh, vengan las antorchas encendidas! Tú las llevarás delante del dios.

EL SACERDOTE.

Está muy bien dispuesto.

CREMILO.

Llamad a Pluto.

LA VIEJA.

Y yo, ¿qué hago?

CREMILO.

Ponte sobre la cabeza esas ollas[102] consagradas al dios, y llévalas con

majestad y decoro; precisamente tienes un vestido de diversos colores.[103]

LA VIEJA.

¿Y el asunto que me ha traído?

CREMILO.

Todo se arreglará. El joven irá a tu casa esta noche.

LA VIEJA.

Si me respondes de que vendrá, llevaré las ollas.

CREMILO.

Sucede en estas ollas lo contrario que en las demás. Ordinariamente la tez arrugada[104] se forma encima; pero en estas la tez arrugada va debajo.

CORO.

Tampoco nosotros debemos permanecer aquí; preciso es que nos retiremos y marchemos cantando tras la procesión.

FIN DE PLUTO.

* * *

Notas

1. Los que volvían, como Carión, de consultar el oráculo de Apolo en Delfos traían una corona de laurel que les daba una especie de inviolabilidad.

2. Contraste chistoso.

3. Sicofantas. Sobre el origen de este nombre, que según su etimología quiere decir denunciadores de higos (συκῆ, *higo*, φαίνω, *denunciar*), se dan distintas explicaciones. Plutarco (*Vida de Solón*), supone que una antigua ley prohibía la exportación de higos, y a los que delataban a los contraventores se les llamaba *sicofantas*, habiéndose después generalizado esta denominación a cualquier denunciador. El Escoliasta de Aristófanes (*Pluto*, 31) dice que en tiempo de hambre esta obligó a algunos a robar el fruto de las higueras consagradas a los dioses, concitándose la ira de estos y siendo denunciados los

sacrílegos. Ya hemos visto en otra ocasión que muchas gentes no vivían en Atenas de otra cosa que del producto de sus denuncias contra malos e inocentes.

4. Dios de las riquezas.

5. Αὐτότατος, lo mismo que Plauto *ipsissimus* (*Trinummus*, IV, 2, 146).

6. Ateniense muy rico, pero tan miserable que la frase «más avaro que Patroclo» se hizo proverbial. Para evitar gastos imitaba a los lacedemonios, comiendo muy frugalmente, dejándose crecer barba y cabellos, y absteniéndose de bañarse.

7. Los atenienses se lavaban muy a menudo las manos y todo el cuerpo.

8. Las cortesanas de Corinto eran célebres por su belleza y por lo caros que vendían sus favores, de donde vino el proverbio: *Non cuivis homini contigit adire Corinthum*.

9. *Clunes ex templo eas huic obvertere*.

10. Sobre el castigo de los adúlteros, que tenía más de ridículo e infamante que de doloroso, véase la nota correspondiente en *Las Nubes*.

11. Llamábase así al de Persia, dueño de inmensos tesoros.

12. Para cobrar el trióbolo.

13. Este encargo se daba a los ciudadanos más ricos nombrándoles trierarcas. La república solo les proporcionaba el armazón de la nave.

14. Hicimos mención en *Las Junteras* de la alianza entre atenienses, beocios, argivos y corintios. Para socorrer a estos últimos, Atenas había enviado una guardia de algunos miles de soldados mercenarios.

15. Usurero famoso; o, según creen otros, demagogo que habiendo defraudado al Erario fue desterrado, confiscándosele sus bienes.

16. Parásito de Pánfilo, o cómplice de sus concusiones.

17. Rico insolente.

18. Se ganaba la vida refiriendo cuentos en las calles. Se parecía en esto algo a los ciegos que cantan y recitan romances y espeluznantes historias en nuestras plazuelas.

19. Se tiene por probable que el poeta aluda aquí al socorro de doscientos navíos que los atenienses enviaron a los egipcios cuando estos se sublevaron contra Persia proclamando rey a Inaro. (V. Tucídides, I, 104-112, y el Escoliasta.)

20. Célebre cortesana siciliana establecida en Corinto.

21. Rico imbécil.

22. Ostentoso edificio construido por Timoteo, hijo de Conón. Era un general hábil y afortunado, y muy joven al representarse el *Pluto*.

23. El talento valía 5560 pesetas.

24. Veía a través de los cuerpos opacos, y distinguía hasta lo que pasaba en los infiernos. Fue uno de los argonautas. Se le atribuye el descubrimiento de los metales.

25. Parte de la víctima que Cremilo había sacrificado a Apolo. Era costumbre obsequiar con ella a los parientes y amigos.

26. Los griegos despreciaban a los pueblos que practicaban la circuncisión.

27. Plauto (*Mercator*, III, esc. IV, V) dice también: *Non hominem mihi, sed thesaurum nescio quem memoras mali*.

28. Vimos en *Las Junteras* que se sorteaban por medio de letras los ciudadanos que debían de formar parte de los tribunales cada año. Carión quiere decir que en vez de pensar en castigarle, el coro debía de pensar en arreglar sus cosas para bien morir.

29. La insignia del juez era un bastón o vara (σκῆπτρον) que devolvían al Pritáneo al finalizar cada sesión, recibiendo entonces el trióbolo.

30. Y resistiendo sin duda a la tentación de arrancar algunas cabezas.

31. Conocida es la fábula que de Midas se refiere. Era este un rey que devolvió a Baco su ayo y pedagogo Sileno; en recompensa de cuyo favor el dios le concedió la merced que le pedía, que era convertir en oro cuanto tocase. Midas hubiera muerto de hambre si Baco no hubiera revocado el funesto don. En otra ocasión, habiendo dicho que la flauta de Pan era más armoniosa que la lira de Apolo, este le castigó haciéndole salir dos soberbias orejas de asno. De suerte que Midas era el prototipo de los avaros y de los *pseudo-dilettanti* mitológicos.

32. Palabra onomatopéyica para imitar el sonido de la lira.

33. Alusión, según el Escoliasta, al *Cíclope* de Filóxeno, en el cual Polifemo apacentaba sus rebaños al son de la lira. Se conserva un drama satírico de Eurípides con igual título. — Carión se finge el pastor del Etna, y considera al coro como su rebaño.

34. *Arrectis veretris, hircorum instar lascivitate*.

35. Alusión a la aventura de Ulises y Polifemo. (Véase *Odisea*, IX, y Eurípides, el *Cíclope*.)

36. Alusión a las orgías de Lais y Filónides, y a las sucias complacencias de este con aquella cortesana de Corinto, comparada a Circe la hechicera. (V. Homero, *Odisea*, y Lope de Vega, *La Circe*.)

37. Ulises.

38. Es decir, de Carión.

39. *A testiculis*. Castigo dado por Ulises a Melantio, uno de los procos o pretendientes de Penélope. (*Odisea*, XXII.)

40. Bardaje del jaez de Aríffrades. (V. *Los Caballeros*.)

41. Eran el punto de reunión de los desocupados.

42. A Cremilo.

43. Célebre pintor, maestro de Apeles. Fundó una escuela de pintura en Sición, donde se hacía pagar honorarios crecidísimos, pues no admitía menos de diez talentos (56.600 pesetas). En un cuadro expuesto en el Pecilo había representado a los Heráclidas acudiendo en demanda de auxilio contra Euristeo a los atenienses.

44. Los médicos estaban mal pagados en Atenas, y los de notable ciencia se iban a ejercerla a otros países.

45. Muchos enfermos eran llevados al templo de Esculapio, donde pasaban la noche, suponiendo que el dios les visitaba en la oscuridad y les ponía en el estado de recobrar la salud.

46. Como las que aparecieron en *Las Euménides* de Esquilo llenando de terror a los espectadores, entre los cuales hubo un «sálvese el que pueda» general.

47. Precipicio al cual eran arrojados los criminales.

48. En el invierno se permitía a los pobres entrar a los baños para calentarse. A veces se acercaban tanto al hornillo que se quemaban, como indica el texto.

49. Es decir, las cosas más opuestas. Dionisio era tirano de Siracusa, y Trasíbulo libertador de Atenas.

50. Como decimos nosotros: «Mucho gritas, poca razón tienes.»

51. Lit.: «porque tiene a Pluto.»

52. Esto es: «viejos chochos.»

53. En las encrucijadas de tres calles colocaban los griegos estatuas de Hécate, a causa de la triple advocación de Febea, Diana y Hécate bajo la cual era adorada. Los ricos ofrecían a la diosa cada novilunio el sacrificio de una comida, compuesta generalmente de huevos y queso, que era dejada al pie de sus imágenes. Los pobres se la comían, colgándole el milagro a la diosa.

54. Verso del *Télefo* de Eurípides.

55. Pintor pobrísimo, cuya miseria se había hecho proverbial.

56. Los manjares para obsequiar al dios a su regreso del templo.

57. Se celebraban el 8 de cada mes, en memoria de haber reunido a los habitantes dispersos por el campo en la ciudad. En la comida que en ellas se daba, la mesa de los ancianos de que habla Carión estaba muy mal servida a causa de su pobreza, y se veían obligados, faltos de cucharas y escudillas, a comer la salsa del plato común en pedazos de pan.

58. Juego de palabras: ἐς τὴν κεφαλήν era una especie de maldición.

59. Es decir, barullos, confusiones.

60. Para purificarle.

61. Los griegos tenían sin duda la misma idea, vulgar entre nosotros, de no ser conveniente los baños a los viejos. «De cincuenta para arriba, no te mojes la barriga», dice un refrán.

62. Orador concusionario y sicofanta, antes citado, y en *Las Junteras*, 255.

63. Serpiente no venenosa, consagrada a Esculapio. Había muchas en el templo de este dios.

64. Hija de Esculapio, diosa de la curación. Yaso viene de ἰᾶσθαι, *curarse*.

65. Otra hija de Esculapio. Su nombre está compuesto de πᾶν, *todo*, y ἀκεῖσθαι, *curar*.

66. *Merdivorum*. Alusión a la inspección de los excrementos que hacían los médicos para enterarse del estado de los enfermos en ciertas dolencias.

67. Una de las Cícladas. Probablemente sus ajos serían muy cáusticos.

68. Demo del Ática. El vinagre que en él se fabricaba era sumamente fuerte.

69. Habla de los ojos de Pluto como si fuesen un esclavo recién comprado que viniese por

primera vez a su casa. Entonces era costumbre esparcir en torno del hogar nueces, higos, pasas, etc., emblemas de la abundancia.

70. Ya censuró esta misma costumbre en *Las Avispas*, 58; y en *La Paz*, 962-965.

71. Hombre sumamente pobre y glotón.

72. Brunck propone que se lea ἶπος, *ratonera*, en el texto, en vez de ἰπνός, lección seguida por Dindorf, Bergck, Boissonade y otros. Este ἰπνός se traduce generalmente *lámpara* o *linterna*; pero la interpretación que le damos es más cómica. (V. *La Paz*, 841, y el escolio al verso 813 del *Pluto*.)

73. *Nates*.

74. Era costumbre consagrar a los dioses, después de haberlos usado, los vestidos que se llevaban al ser iniciado en los misterios de Eleusis. Muchos no los ofrecían hasta que no podían gastarlos ya de puro viejos.

75. Hechicero que vendía anillos mágicos, especie de amuletos que se creía preservaban de la mordedura de animales venenosos.

76. Cuando le convenía para librarse de ciertos gravámenes de que los comerciantes estaban exentos. En estas exenciones era la más importante la del servicio militar.

77. El derecho de acusar era público en asuntos de interés general.

78. Quiere decir, «la cosa más preciosa.» El silfio era sumamente apreciado y se pagaba a peso de oro. Bato fue el fundador de Cirene, que comerciaba mucho en silfio.

79. Era costumbre colgar las ofrendas de los árboles que había en los *lucus* o bosques sagrados.

80. Σύκινον. Menciona esta madera por su poca consistencia y por tener su nombre la misma raíz que el de sicofanta o delator.

81. Llama así a su manto y sus zapatos.

82. Véase la nota al verso 535 de esta comedia.

83. *Prehensum testiculis*.

84. Piropo irónico.

85. Este verso es atribuido por uno de los Escoliastas a Anacreonte, aunque no se sabe si en boca de este poeta era también cita de un oráculo dado a Polícrates, tirano de Samos. Al

aplicárselo a la vieja el joven, le da a entender que su belleza había ya caducado.

86. Proverbio que se aplicaba a los enriquecidos de repente.

87. Las mujeres ricas iban en carruaje a Eleusis.

88. Tan delgada se supone.

89. Lit.: lavarme la cabeza.

90. *Satis multo tempore eam sublevi*.

91. Se imponían frecuentes mullas a los taberneros por falla en la medida o por mala calidad del vino.

92. Que estaba consagrado a Mercurio.

93. Juego usado en las fiestas de Baco. El que lograba mantenerse en pie sobre el odre ganaba el premio. Tenía cierta analogía con algunas de nuestras cucañas.

94. *Hæc dicens, pedit*.

95. Cuando los atenienses, mandados por Trasíbulo, se apoderaron de File, fortaleza que estaba en la frontera del Ática, juraron *no acordarse* del mal y proclamar una amnistía general (V. Jenofonte, *Helénicas*, II, 4.). La frase μνησικακεῖν se hizo proverbial.

96. Verso tomado de alguna tragedia perdida.

97. Mercurio va mencionando los diferentes cargos que se le atribuían.

98. Δόλιον *astuto*.

99. Como hacían los ciudadanos ricos.

100. Fraude muy generalizado para cobrar salario doble o triple.

101. Detrás del templo de Júpiter Poliade había en la Acrópolis un edificio donde se guardaba el tesoro público. Pluto, o sea la riqueza, había dejado de habitarle, porque ge había agotado con los enormes gastos de la guerra.

102. Era costumbre ofrecer ollas de legumbres cocidas en la inauguración de la estatua de una divinidad.

103. Vestido usado en las festividades. La vieja se había adornado con otro objeto.

104. La palabra γραῦς significa *vieja*, y esa tez rugosa que se forma sobre la leche y otros comestibles sometidos a la cocción.

Notas

* * *

Se citan entre sus tragedias, de las cuales solo se conservan fragmentos insignificantes, el *Télefo* y el *Tiestes*.

Motus doceri gaudet Ionicos.
Matura virgo, et fingitur artubus
Jam nunc et incestos amores
De tenero meditatur ungui.
(Odas, III, 6, 21.)

Amaba, y no con rosas y manzanas
O apios, sino con furias perniciosas,

dice Teócrito para pintar la profunda pasión del Cíclope.

Placide eggredere, et sonitum prohibe forum et crepitum cardinum. Ne quod hic agimus herus percipiat fieri, mea Planesium. — Mane, suffundam aquam.

Clisth.
At ubi est?

Mulier V.

Rursus in anteriorem partem abit.

Clisth.

Utique hic non est.

Mulier V.

Etenim huc revorsus est.

Clisth.

Isthmum aliquem habes homo: sursum et deorsum penem trahis retrahisque frequentius quam Corinthii.

Tænarias etiam fauces, alta ostia Ditis.
(Virg., Georg., IV, 467.)

Nigram hiemi pecudem, Zephyris felicibus albam.
(Æn., III, 120.)

Silvestres homines sacer interpresque deorum,
Cædibus et victu fœdu deterruit Orpheus.
(Horacio, Art. Poet., 391.)

* * *

* * *

Índice

Tomo I **4**

Cuatro palabras 5

Introducción 24

Los acarnienses 40

Los Caballeros 125

Las Nubes 217

Notas 311

Tomo II **314**

Las avispas 315

La paz 403

Las aves 484

Lisístrata 590

Notas 666

Tomo III **669**

Las fiestas de Ceres y Proserpina 670

Las Ranas 744

Las Junteras 846

Pluto 919

Notas 997